JULIO ALEJANDRE

LA DERROTA DEL DRAGÓN



Pàmies


JULIO ALEJANDRE
LA DERROTA DEL DRAGÓN
Pàmies

JULIO ALEJANDRE

LA DERROTA DEL DRAGÓN



Pàmies

Primera edición: junio de 2026

Copyright © 2026 de Julio Alejandre Calviño

© de esta edición: 2026, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-10070-09-7
BIC: FV

Arte de cubierta y adaptación de mapas: CalderónSTUDIO®
Adaptación libre de las obras *Batalla Naval en la Guerra Anglo-Holandesa,* de Willem van de Velde el Joven(c. 1700) y *Derrota de la Armada Española,* de Philip James de Loutherbourg (c. 1796)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

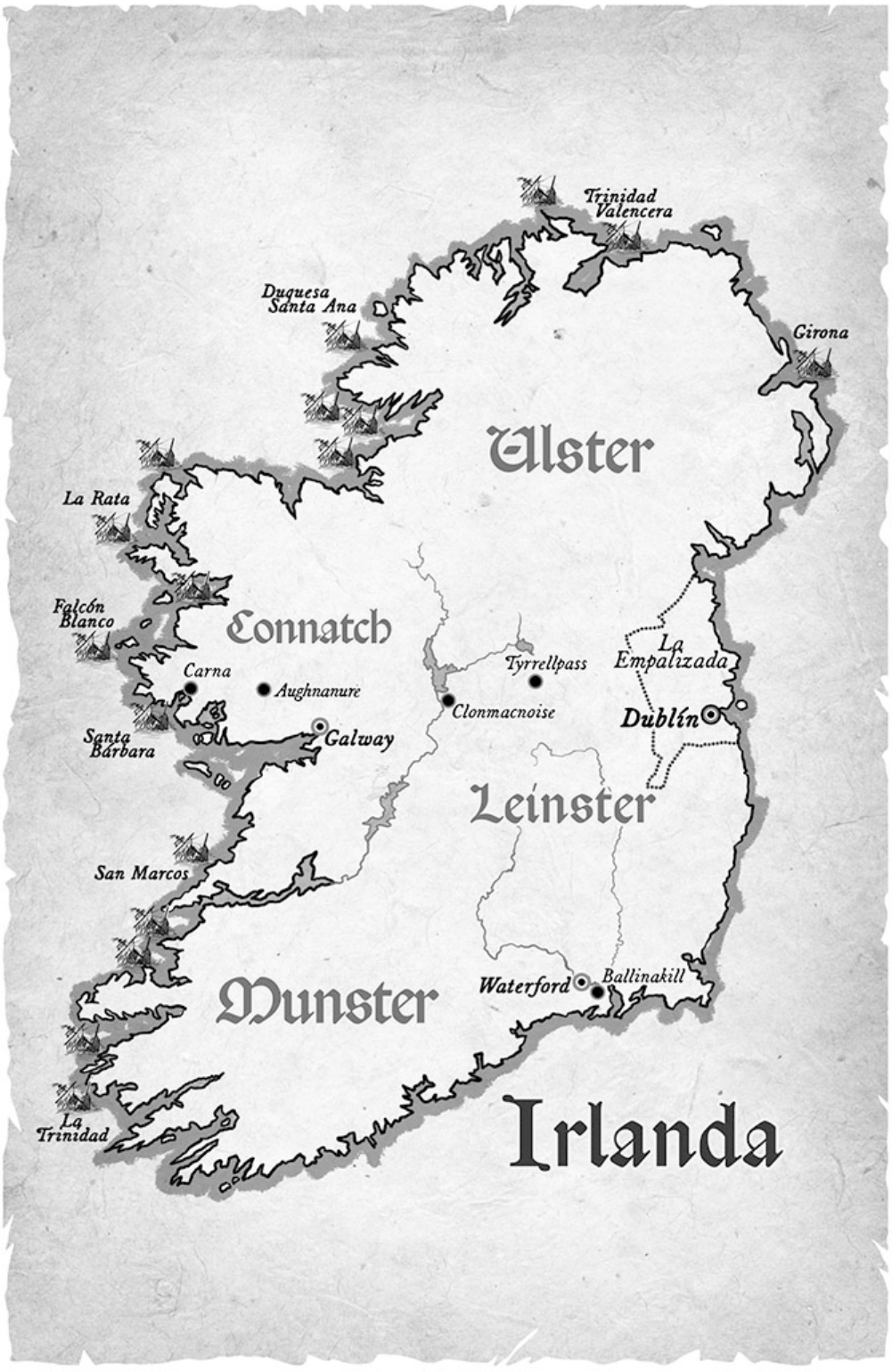
Índice de contenido

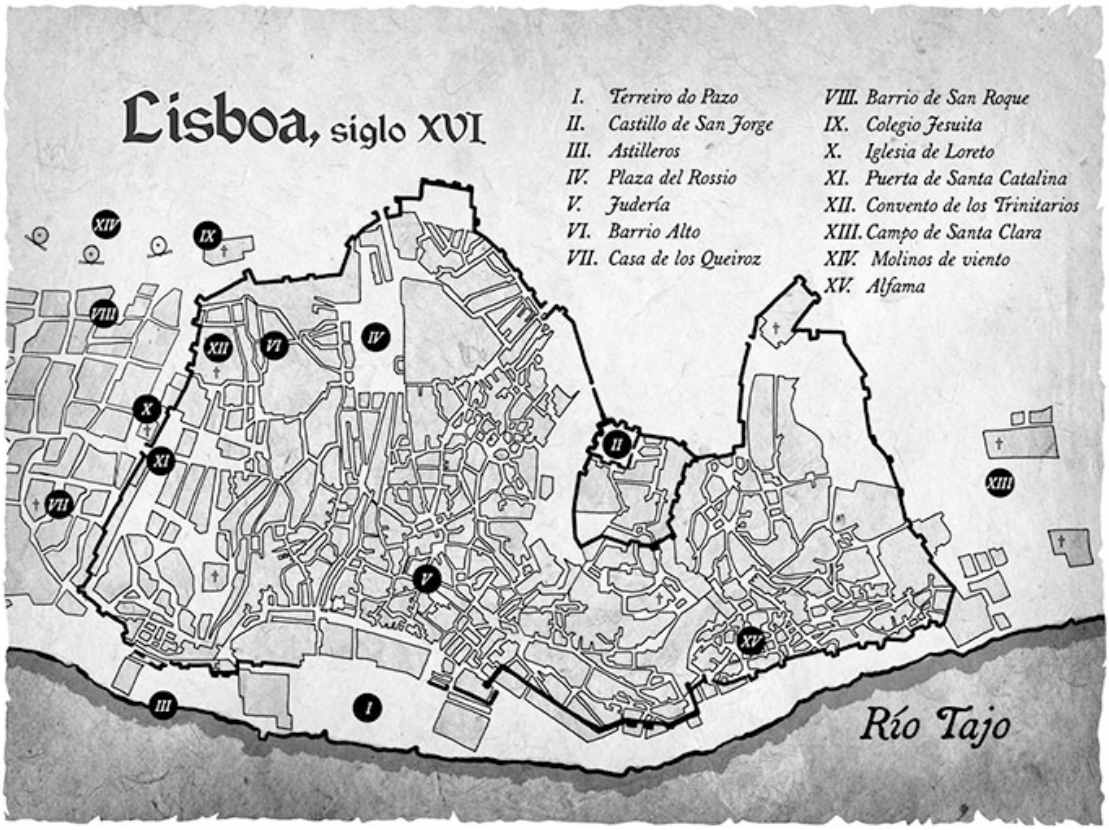
1. Índice de personajes
2. Introducción
3. Primera parte
4. I
5. II
6. III
7. IV
8. V
9. VI
10. VII
11. VIII
12. IX
13. X
14. Segunda parte
15. XI
16. XII
17. XIII
18. XIV
19. XV
20. XVI
21. XVII
22. XVIII
23. Tercera parte
24. XIX
25. XX
26. XXI
27. XXII
28. XXIII
29. XXIV
30. XXV
31. XXVI

32. XXVII
33. XXVIII
34. XXIX
35. Epílogo
36. Nota histórica
37. Agradecimientos

En América: a Ángela Leiva y Nicolás Villalobos,
a Pedro y Salomón, y a mis compadres Aníbal y Ángel.


Playa de Orzán
Barrio de la Pescadería
Calle de San Andrés
Calle Real
Playa de la Marina
Ciudad Vieja
La Coruña, siglo XVI
I. Plaza de Santa Bárbara
II. Puerta de Aires
III. Plaza de la Harina
IV. Puerta Real
V. Fortaleza Vieja
VI. Convento de Santo Domingo
VII. Castillo San Antón
VIII. Fuerte Malvecín
IX. Casa de Gabriel y Marcia
X. Muro de la Pescadería
XI. Hospital de San Andrés
XII. Torreón de Los Ángeles
XIII. Convento de San Francisco


Trinidad Valencera
Duquesa Santa Ana
Girona
Ulster
La Rata
Falcón Blanco
Connatch
Carna
Aughnanure
Tyrrellpass
La Empalizada
Clonmacnoise
Dublín
Santa Bárbara
Galway
Leinster
San Marcos
Waterford
Ballinakill
Munster
La Trinidad
Irlanda


Lisboa, siglo XVI
I. Terreiro do Pazo
II. Castillo de San Jorge
III. Astilleros
IV. Plaza del Rossio
V. Judería
VI. Barrio Alto
VII. Casa de los Queiroz
VIII. Barrio de San Roque
IX. Colegio Jesuita
X. Iglesia de Loreto
XI. Puerta de Santa Catalina
XII. Convento de los Trinitarios
XIII. Campo de Santa Clara
XIV. Molinos de viento
XV. Alfama
Río Tajo

Índice de personajes

(Marcados con * los personajes reales)

Tripulación de La Portuguesa

•Gabriel del Puerto / l'Avide: Capitán y antiguo corsario.
•Pascual Laiseca: Maestre.
•Frans Vermeulen: Piloto.
•Antonio Martínez, «Mahagüini»: Cabo de la gente de guerra.
•Ballesteros: Contramaestre.
•Garcés Serrano: Barbero.
•García: Paje.

En Irlanda

•Duarte Salazar: Sargento portugués embarcado en la urca Santa Bárbara.
•*Bartolomé Bravo: Capitán de la urca Santa Bárbara.
•*Johan Andriessen: Flamenco, maestre de la Santa Bárbara.
•Diego Hernandes: Portugués, cabo de escuadra embarcado en la Santa Bárbara.
•Eugenio López: Asistente de Duarte.
•Celestino Solano: Contramaestre de la Santa Barbara.
•Juan García: Barbero de la Santa. Bárbara.
•*Antonio de la Cruz: Fraile franciscano embarcado en la Santa Bárbara.
•Burke: Jefe de la aldea de Carna.
•*Morogh O'Flaherty: Noble irlandés, señor de Aughnanure.
•*Rory O'Flaherty: Hijo de Morogh.
•*Pedro de Arechaga: Capitán de la urca Flacón Blanco.
•*Luis de Córdoba: Aristócrata que viajaba a bordo del Falcón Blanco.
•*Gonzalo Fernández: Sobrino de Luis, también de noble linaje.
•*Gregorio Lange: Paje polaco del Falcón Blanco.
•*Alonso Valiente: Capitán de infantería de la nao Gran Grin.
•*Alonso Ladrón de Guevara: Capitán de infantería del Gran Grin.
•*Antonio de Ulloa: Soldado del Gran Grin.
•*Robert Fowles: Capitán destacado en Galway.
•*Patt Kirwan: Alcaide de la prisión de Galway.

•*Richard Bingham: Gobernador de la provincia de Connacht.
•*William FitzWilliam: Lord diputado y virrey de Irlanda.
•Fernando Álamo: Soldado del San Marcos.
•Padre Keogh: Abad del monasterio de San Agustín, Galway.
•Callum: Novicio del mismo monasterio.
•Declan de Ardagh: Monje de Clonmacnoise.
•*Richard Tyrrell: Noble normando, señor de Fartullagh.
•Doherty: Capitán al servicio de Tyrrell.
•Shannon FitzGerald: Señora de Ballinakill.

En la flota inglesa

•John Trenton: Capitán de la Speedwell, y después del Fortune.
•*Francis Drake: Corsario y almirante de la Contra Armada.
•*Lord Howard de Effingham: Gran almirante de Inglaterra en 1588.
•*Nicholas Oseley: Asistente de Drake.
•*Thomas Cely: Capitán al servicio de Drake.
•*Jervis Wilder: Capitán al servicio de Drake.
•*William Furthow: Capitán al servicio de Drake.
•*Hugh Hardinge: Segundo de John Trenton.
•*Pedro de Valdés: Almirante español capturado por Drake.
•*Roger Williams: Capitán del Swiftsure.
•*Robert Devereux: Segundo conde de Essex, favorito de la reina Isabel Tudor.
•*John Norris: General al mando del ejército embarcado en la Contra Armada.
•Robert Yates: Capitán del Relief.
•Jenkins: Patrón de la Stinky.
•Volpe: Marinero italiano de la Stinky.

En Inglaterra

•Manuel de Aranda / Ramón Zarco: Agente secreto al servicio de España.
•Joao Veiga: Agente doble que trabaja para Zarco.
•Geraldo Henriques: Portugués exiliado, seguidor del Prior do Crato.
•Fátima Henriques: Portuguesa, casada con Joao Veiga.
•*Antonio de Avis: Prior do Crato, pretendiente al trono portugués exiliado en Inglaterra.
•*Manuel de Avis: Hijo y heredero de Antonio de Avis.
•*Cipriano Figueiredo: Colaborador muy cercano del Prior do Crato.

•*Fray Diego Carlos: Primo del Prior do Crato y miembro de su séquito.
•*Lord Burghley: Ministro principal de la reina Isabel Tudor.
•*Francis Walsingham: Secretario de Estado y jefe de espías.
•Michael Gardiner: Armador inglés, hermano de John Trenton.
•Sir Humpfrey Gardiner: Padrastro de Michael y John Trenton.
•*Harry Sydeman: Capitán de infantería a las órdenes de Norris.
•*Pedro Robledo de Tapia: Cirujano mayor de la urca hospital San Pedro.
•*Gregorio Soutomaior: Oficial de la nao Nuestra Señora del Rosario, preso en Londres.

En Galicia
•Marcia Henriques: Portuguesa, casada con Gabriel.
•Isabel del Puerto / Elizabeth Trenton: Hermana de Gabriel y esposa de John Trenton.
•*Juan Pacheco: Marqués de Cerralbo y gobernador de Galicia.
•Sancho del Puerto: Cabeza de la casa comercial de los Del Puerto.
•Froilán: Hijo y colaborador de Sancho.
•Dominga: Esposa de Froilán.
•Martín Robledo: Herrero, viejo compañero de aventuras de Gabriel.
•Antoñita: Esposa de Martín, mujer de carácter agrio.
•*Gregorio Rocamonde: Carnicero.
•*María Fernández: Esposa de Gregorio y heroína de La Coruña, más conocida como María Pita.
•José Luján: Cabo de infantería, retornado de la Gran Armada.
•*Juan Padilla: Oidor de la audiencia de La Coruña.
•*Francisco de Meiranes: Regidor y capitán de una compañía de vecinos armados.
•*Martín de Ayala: Conde de Andrade.
•*Martín de Bertendona: Almirante retornado de la Gran Armada.

Lisboa
•*Alonso de Bazán: Almirante de las Galeras del Océano, con base en Lisboa.
•*Cardenal archiduque Alberto de Austria: Virrey de Portugal y sobrino de Felipe II.
•*Francisco Duarte: Funcionario real. Proveedor de la Gran Armada.
•Cerqueira: Comerciante lisboeta, conocido de Sancho del Puerto.
•Rafael Reigosa: Comerciante lisboeta, partidario del Prior do Crato.

•Rodrigo Jaque: Alférez de la compañía de Gaspar de Alarcón.
•Tiago Queiroz: Soldado portugués.
•Branca: Joven regatera, prima de Tiago.
•Natalia y Filipe: Padres de Tiago y tíos de Branca.
•Bruno Maciel: Exsoldado, padre de Branca y Mateo.
•Mateo: Hermano de Branca.
•Dinis Grilo: Sobrino de Reigosa.
•Humberto Manso: Capitán del patache San Jerónimo.
•*Gaspar de Alarcón: Capitán de caballería.
•*Diego Coutinho: Gobernador de armas de Lisboa y alcaide de San Jorge.
•*Pedro Enríquez: Conde de Fuentes, máximo responsable militar de Lisboa.
•*Ruy Díaz Lobo: Partidario del Prior do Crato.

OTROS

•Yabama: Pirata, antigua amante de Gabriel.
•Guy Malasaigne: Pirata francés.
•*Alonso Pérez de Guzmán: Duque de Medina Sidonia, capitán general de la Gran Armada.
•*Marolín de Juan: Capitán del galeón San Martín.
•*Juan Martínez de Recalde: Almirante de la Gran Armada, embarcado en el galeón San Juan.
•Romain Jubert: Contrabandista francés afincado en Cherburgo.

Introducción

«Me parece que oigo que a la cruda,
inexorable diosa, demandabas
en aquel paso ayuda;
y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?».

Garcilaso de la Vega,
Égloga I (Invocación a Lucina)

Isla de Pinos, 1582

Al oeste de la isla de Pinos, resguardada por los cayos de los Indios, que se prolongan hasta casi tocar el litoral de Cuba, se abre la ensenada de la Siguanea: un rincón caldeado y traicionero, cuajado de arrecifes, al que sólo los capitanes muy audaces, o muy desesperados, se atrevían a entrar. Al fondo desagua, en un laberinto de islotes y canales, el río San Pedro. Una manigua cenagosa devora sus márgenes y forma una bóveda vegetal tan cerrada que en algunos trechos apenas entra la luz del sol.

Una canoa de una sola pieza descendía por aquellas aguas calmas y verdosas. El mulato que la gobernaba, desnudo salvo por un taparrabos, dio un par de paladas enérgicas y desvió la embarcación hacia un calvero en la orilla norte.

Junto a un talud soleado dormitaba un grupo de caimanes. Uno de ellos bostezó con pereza, mostrando su dentadura aparatosa. Más allá, entre los juncos, varios flamencos de un rosa intenso escarbaban el limo con sus picos. Unas paladas más y la canoa alcanzó un pantalán de madera medio podrida. El mulato la amarró a un poste, y la anciana que lo acompañaba se puso en pie, se colgó del hombro una cebadera de cáñamo y descendió.

—¿La espero? —preguntó el mulato.

—No sé cuánto tardaré —repuso la mujer. Y sin añadir palabra, cruzó el embarcadero y se internó por una vereda muy trajinada, que conducía al caserío de la Iguana, refugio de indios, cimarrones y renegados que abastecían, cuando se terciaba, a los navíos que se atrevían a recalar en la ensenada.

A aquella hora de la mañana, el estrépito de las aves en lo alto y los chillidos de los monos ocultaban cualquier otro sonido. En el cielo, algunas nubes empezaban a elevarse como columnas de mármol.

La anciana cruzó entre un grupo de quince o veinte chozas de palma y cañabrava, dispuestas sin orden. Había gallinas, pavos y cerdos que campaban por doquier. Hombres, mujeres y chiquillos iban y venían por el caserío o se mecían en hamacas colgadas de los corredores.

Junto a un gran amate, en un bohío algo apartado, un muchacho mestizo partía leña con un hacha, mientras otro, más pequeño, recogía las rajas y las colocaba en una pila. Detrás, acuclillada junto a un fogón, una mujer troceaba una gallina y echaba los pedazos en un perol ennegrecido por el humo. Al ver a la anciana, se detuvo y se limpió el sudor con el dorso de la mano. El calor era sofocante.

—¿Y tu hija? ¿Se ha puesto de parto?

—Ya le han comenzado los dolores. —La mujer señaló hacia la entrada del bohío y volvió a lo suyo.

La anciana sacó de la cebadera un veguero, lo prendió con una astilla y dio unas chupadas. El tabaco crepitó levemente entre sus dedos, y el humo azulado dibujó espirales antes de diluirse en el aire quieto. Cuando estuvo bien encendido, apartó la cortina de sacos que hacía de puerta y penetró en la choza.

La penumbra, una vez se acostumbró a ella, no resultaba tan oscura. El suelo, de tierra batida, estaba recién barrido y el aire olía a humedad y podredumbre. Pegados a las paredes había varios camastros rudimentarios, hechos con ramas y cubiertos con esterillas de petate. Sobre un tabanco, en un rincón, se veían dos cántaros de barro con sendos cacillos en las bocas. Una silla baja servía de asiento a una mujer joven que cosía con destreza un vestido, mientras tarareaba algo apenas audible.

Mostraba en sus facciones la mezcla de todas las razas: los labios anchos, la nariz fina, los ojos marrones y ligeramente rasgados, la piel cobriza y tersa. El cabello, muy rizado, le caía en trenzas pequeñas y apretadas que recogía en lo alto de la cabeza con una cinta roja. Levantó la vista y sonrió.

—Mucho has tardado, Tomasa —dijo.

—Vengo de muy lejos.

La mujer dio las últimas puntadas, cortó el hilo con los dientes y se levantó con agilidad, a pesar de la preñez. Se llevó las manos a los riñones y arqueó el

cuerpo con un gemido de satisfacción. Vestía una saya amplia, de algodón crudo.

—Túmbate en la cama —dijo Tomasa.

—Ahora no me duele.

—De todas formas.

La joven se recostó con cuidado sobre uno de los petates y suspiró hondo. Tomasa se sentó a su lado, le remangó la saya y posó las manos sobre el vientre orondo y terso.

—Va a llover. —Tomasa tenía la voz ronca, y su habla era una mezcla de castellano y taíno.

—Llueve todos los días.

—Y la luna está creciendo.

—Igual que mi vientre.

Tomasa dio una calada profunda al veguero y expulsó el humo por la nariz. Hacía calor, también dentro del bohío. Un calor húmedo, desagradable y pegajoso que se metía por los poros y lo empapaba todo. Por la techumbre de palma se colaban haces de luz que iluminaban las motas de polvo.

—No debiste volver —dijo la anciana. Su rostro, arrugado y moreno, parecía una corteza reseca; el pelo color ceniza lo mantenía recogido en una trenza, gruesa como maroma, que le bajaba hasta el arranque de las nalgas.

—Son cosas de Atabey.

—¿Cómo sabes que ha sido ella?

—La voz de la Gran Madre no engaña.

—Quizá tú no sepas escucharla.

En los ojos de la joven asomó una chispa de inquietud. Tenía fe en los dioses arahuacos, y mucha más en Tomasa, que guardaba su memoria y sabía interpretar sus señales. Pero al punto recuperó la seguridad.

—A mí nunca me ha fallado.

Tomasa no respondió. Se limitó a palpar de nuevo el vientre con los dedos.

Las contracciones regresaron avanzada la tarde, espaciadas primero, luego cada vez más cercanas, en oleadas que no daban respiro. El cielo se llenaba de nubes más grandes y más grises, que crecían unas sobre otras, lentas y pesadas, hasta cubrirlo por completo. La claridad del día se apagó de golpe, y fue preciso encender un candil.

Los truenos largos, graves y rotundos, sostenidos, sonaron como un aviso. Después, sin transición, se abatió sobre la tierra una cortina espesa que

golpeaba con furia los techos de palma y barría el suelo con violencia.

La parturienta rompió aguas.

—El mar se lo va a llevar —murmuró Tomasa, agachada entre sus piernas.

La tormenta arreció. Era ya una masa compacta que borraba los contornos: los árboles, los corrales, las chozas vecinas. El agua descendía en hilos gruesos, formaba regueros achocolatados que abrían surcos en el suelo y corrían hacia el río San Pedro y lo arrastraba todo, hojas, ramas, plumas, excrementos, restos de ceniza, suciedad.

—¡Empuja!

El grito de Tomasa asustó a la madre, que sostenía el candil en alto.

La joven tomó aire con dificultad, apretó los dientes, arrugó el rostro y empujó como si en ello se le fuera la vida. El dolor la desgarraba por dentro, la partía en dos, pero el cuerpo no obedecía.

Las trencillas cobrizas se le habían desparramado sobre el cojín. Hebras sueltas, húmedas y pegajosas por el sudor, se le adherían a la frente y a las sienes. A la luz vacilante del candil, las mejillas parecían hundidas y la barbilla más afilada. Movía la cabeza de un lado a otro, desorientada, vulnerable.

—No puedo —jadeó, en el breve intervalo entre dos embestidas de dolor—. No puedo…

—Claro que puedes —replicó Tomasa—. Ella te ha señalado. Ella te guía. Confía en Atabey.

Junto al catre había una palangana con agua tibia y limpia. A su lado, varias colillas de vegueros consumidos, que daban testimonio de las horas transcurridas. El humo del tabaco, mezclado con el vaho del sudor y el olor de la lluvia, formaba una atmósfera espesa, casi irrespirable.

El dolor volvió de golpe, como un terremoto. La joven se arqueó, tensó el cuerpo, gruñó y gimió hasta desfigurarse el rostro. Luego quedó desmadejada, sin fuerzas, apenas consciente, hasta que el ciclo comenzó de nuevo.

En el techo, la lluvia repiqueteaba con furia creciente. Al fondo de la choza, los dos muchachos —el que rajaba leña y el que la apilaba— hablaban en un murmullo monótono y continuo.

Un rayo estalló muy cerca con un traquido seco, semejante a un cañonazo, pero multiplicado por cien. Una luz blanca, azulada, inundó el interior del bohío por un instante, un fulgor frío, casi funerario, que dejó las sombras clavadas en las paredes. Tomasa alzó la cabeza y negó despacio.

—Necesita ayuda —dijo.

Entonces se incorporó, cogió la cebadera y rebuscó en su interior hasta dar con un manojo de hojas verdes. Separó unas cuantas, se las llevó a la boca y las masticó con lentitud. Escupió la pasta verdosa en la mano izquierda, se inclinó sobre la parturienta y le pidió que abriese la boca. La joven obedeció. Al principio tuvo arcadas, pero se contuvo y se la tragó.

—La vas a matar —dijo la madre.

—La pongo en manos de Atabey. —La anciana encendió otro veguero.

Una nueva contracción sacudió el cuerpo de la muchacha. Apretó los dientes, se mordió los labios hasta hacerse sangre. Los músculos del rostro se le deformaron, los ojos se le nublaron. Rechinó los dientes con un sonido agudo, animal.

Poco a poco, su respiración se relajó y entró en un letargo extraño, un trance entre el dolor y el delirio. Del pecho le brotó un gemido prolongado.

El tiempo pasaba.

Estalló otro rayo, más cercano que los anteriores. Un fogonazo blanco, casi sobrenatural. Temblaron los horcones, y del techo de palma gotearon regueros de agua. El trueno fue terrible. Y al trueno le siguió otro grito, más hondo, más agudo, un alarido salvaje y desgarrador que se hizo uno con el estruendo de la tormenta, con el rumor de la manigua entera, que paría también con ella.

La cabeza de la criatura asomó por la boca de la madre.

—Más…, más, empuja más —dijo Tomasa, mientras enganchaba con los dedos sarmentosos la pequeña coronilla negra.

Y la joven obedeció con las últimas fuerzas que le quedaban. El cuerpo se le tensó, rígido como una ballesta, y con un último gemido ronco terminó de expulsar a la criatura, que cayó en las manos de la anciana, chorreante, casi escurridiza. Tenía la nariz chata, una oreja doblada y la piel manchada de sangre.

Tomasa cortó el cordón con un cuchillo y se lo tendió a la abuela.

—Entiérralo fuera, al pie del amate.

—Que lo haga uno de los muchachos.

—No. Hay que enterrar las ofrendas para que la diosa las reciba. Y tienes que ser tú. Vamos, apúrate, antes de que amaine.

La mujer la miró con espanto, pero obedeció. Salió al aguacero, que la empapó en un instante. Se arrodilló en el barro, con las manos abrió un hoyo junto al árbol y depositó el cordón umbilical. Cuando regresó, su hija ya había expulsado las secundinas y sostenía al niño en brazos.

—Es un niño feo —dijo.

—Ya tendrá tiempo de volverse hermoso —respondió la exhausta madre.

—Trae la vida y también la muerte —dijo Tomasa, con el cigarro en los labios. Y repitió—: El mar te lo va a quitar, Yabama.

—Entonces será como su padre.

Yabama cerró los ojos y la imagen del hombre acudió al instante. Habían pasado ocho meses desde que partió de Siguanea a bordo de un bajel pirata. Ocho meses no eran nada. O podían ser mucho. Pero ella lo recordaba como si se hubiera marchado ayer. Llevaba sus besos y sus caricias tatuados en la piel. Su rostro en las retinas. Su calor guardado entre los muslos. Y en los labios, su nombre: l'Avide.

Primera parte

Agosto a diciembre de 1588

«Sin esperanza en su tormenta esquiva
un navegante, por el mar perdido,
de mil olas furioso combatido,
rota la nave, al agua se derriba».

Leonor de la Cueva y Silva,
La firmeza en la ausencia

I

1

Galeón San Martín

Los cuatro atambores comenzaron a tocar a un gesto del capitán. Movían las manos al unísono, con destreza y rapidez, las espaldas rectas, los hombros adelantados y los pies firmemente asentados sobre las tablas de la cubierta. Las cajas, que colgaban terciadas de las correas, tenían los aros pintados de rojo, los vasos de blanco con una cruz de San Andrés y negros los cordones de la piola. Las baquetas golpeaban con fuerza el cuero lustroso de los parches, marcando un ritmo seco y solemne que apagaba por completo cualquier otro sonido. Rataplán, tan, tan, ratarataplán. Rataplán.

Los soldados, formados en cubierta, mantenían un mutismo expectante. El viento hacía ondear los pendones, las plumas de los sombreros y las telas de las vestimentas. El redoble se prolongó durante varios minutos y se tornó incómodo. Algunos soldados movían la cabeza con disimulo y con la mirada buscaban a sus compañeros.

En el alcázar, rodeado de nobles con escoltas y oficiales de mar y guerra se encontraba el duque de Medina Sidonia, capitán general de la Grande y Felicísima Armada. Llevaba una armadura oscura recamada en oro y bellamente labrada y una capa negra volcada sobre el hombro. El rostro serio, como cumplía a la ocasión, la boca apretada y la barbilla adelantada, era la viva imagen de la severidad.

El sol se ocultó tras un nubarrón orlado de blanco, y la luz de la mañana se apagó de golpe.

Tosió el duque y los tambores cesaron al instante. El silencio dejó oír los sonidos que la música había sofocado, el chapoteo del oleaje contra el casco, el restallar de la jarcia contra los mástiles, el flamear de las velas, los graznidos de las gaviotas. Las grímpolas y gallardetes ondeaban en los topes de los palos.

El capitán del galeón San Martín dio un paso adelante, cogió un rollo que portaba en el cinto, desató con torpeza la cinta que lo cerraba y desplegó el

papel, pero una ráfaga casi se lo arrebató. Los dedos de Marolín de Juan, hinchados por años de intemperie, lucharon unos instantes por sujetarlo. Una vez afianzado, lo inclinó contra el viento, se aclaró la voz y leyó sin titubear la sentencia redactada esa madrugada por el escribano real, y firmada por el duque, que condenaba a Cristóbal de Ávila, capitán de la urca Santa Bárbara, a la pena capital por desobediencia manifiesta durante la acometida inglesa del once de agosto pasado, cuando rehusó alinear su barco para el combate.

Plegó el papel.

Un murmullo nervioso se elevó entre la tropa, alguna exclamación:

—¿Qué justicia es esta?

—¡Levantad el castigo, general!

—¡Silencio! —exigió el capitán De Juan, pero el rumor prosiguió.

El duque de Medina Sidonia se aproximó al barandal del alcázar y recorrió la cubierta con la mirada, hasta que no quedó voz que osara alzarse.

—He conmutado la pena a veinte oficiales —dijo con irritación—, pero esta se ejecutará.

El condenado se hallaba al pie del árbol mayor, con las manos atadas. Había escuchado la sentencia sin alterar la expresión. Dos alguaciles lo tomaron de los brazos y lo condujeron hacia el cadalso mientras el verdugo colocaba bajo la horca una caja de madera. Cristóbal de Ávila giró la cabeza hacia el alcázar. Su rostro barbado y pálido conservaba un aire digno, y en sus ojos se adivinaba la aceptación de un destino inevitable. Rehusó la venda que le ofrecieron y subió por su cuenta a la caja, que crujió bajo su peso.

El verdugo le ajustó el lazo alrededor del cuello y aseguró el otro extremo de la soga en una de las piezas del cabillero. Un alférez sostenía en alto una bandera que ondeaba con tal fuerza que estorbaba la visión de los soldados más cercanos. El galeón, puesto en facha, se balanceaba sobre las agitadas aguas del mar del Norte. El condenado separó las piernas tanto como el reducido espacio de la caja se lo permitía.

Fray Francisco de Carvajal, de la orden de Santo Domingo, se acercó con un crucifijo que el reo besó con devoción. Ambos inclinaron las cabezas y rezaron en un susurro piadoso. Al concluir, el fraile trazó la señal de la cruz sobre la frente del hombre y pronunció las palabras de absolución.

—El crucifijo, padre —pidió el reo con voz contenida. Al recibirlo, lo apretó con fuerza entre sus manos atadas, tal si fuera un ancla para su alma.

Una ráfaga rebelde envolvió al sacerdote con la bandera. El alférez tiró del

asta para librarlo de ella, pero lo hizo trastabillar y perder pie. Al punto se enderezó y se sacudió la sotana mientras algunas risas surgían entre los soldados. El redoble de los tambores devolvió la atención al acto que estaba por consumarse. Cristóbal de Ávila alzó la vista hacia el cielo y movió apenas los labios. El verdugo pidió permiso al duque para proceder y Medina Sidonia se lo concedió.

Los tambores aumentaron el ritmo. Las baquetas percutían sobre el cuero con un repiqueteo frenético. El verdugo dio una patada a la caja y dejó sin apoyo al condenado. El rostro se le descompuso, la piel pasó de rojo a morado y luego a azul. Pataleó en el aire con movimientos espasmódicos, culebreaba con los hombros, con la cadera, con las piernas, en una pugna instintiva e inútil contra la muerte, y, tras unos momentos de agonía, el cuerpo quedó inmóvil al extremo de la soga, balanceándose a su compás, con los ojos fijos, muy abiertos, y los fluidos derramados.

Callaron las cajas. El duque ordenó romper filas y Francisco de Bobadilla, maestre de campo general, transmitió la orden a los capitanes. Los hombres, sobrecogidos por lo que habían presenciado, tardaron un rato en dispersarse.

El duque de Medina Sidonia se volvió a uno de sus asistentes y le ordenó que el cadáver fuera colgado del penol de un barco auxiliar y paseado ante toda la armada, para que su muerte sirviese de ejemplo a tibios y pusilánimes.

—¿Os parece bien un patache, excelencia? —preguntó con respeto el asistente.

—Cualquiera valdrá.

El subordinado se marchó, y el duque, girándose hacia el capitán del galeón, añadió:

—Señor De Juan, reunid a mi consejo. Necesitamos enviar hombres leales a los barcos más dudosos.

El capitán se apresuró en obedecerlo. Mientras los convocados se dirigían a la cámara principal, el cuerpo de Cristóbal de Ávila fue descolgado y depositado junto al portalón del combés, a la espera de que lo trasladaran al patache. Aquí y allá se vislumbraban jirones de cielo azul, pero en el horizonte se acumulaba un ejército de nubes bajas con muy malas intenciones.

2

Mar del Norte

El sargento Salazar fue enviado a la urca Santa Bárbara, la que había mandado el difunto Cristóbal de Ávila. Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, le ordenó que escogiera a un hombre de confianza y se trasladase a aquella nave.

—¿Cuál será mi cometido, excelencia? —preguntó con cautela el sargento.

—Mantener el oído atento. Donde ha habido un traidor, puede haber ciento, y aseguraos de que esa urca no se aparte de la formación.

Duarte Salazar apenas reparó en el comentario de Medina Sidonia y se removió inquieto, todavía acosado por dudas.

—¿Puedo haceros otra pregunta, excelencia?

—Sed breve, que no faltan navíos donde ajustar cuentas.

—Tras la ejecución del capitán Ávila, ¿quién quedará al mando de la Santa Bárbara?

—¿Quiénes están disponibles?

Duarte tomó aire antes de responder:

—El maestre de la urca, un flamenco llamado Johan Andriessen, y el capitán de infantería Bartolomé Bravo, del tercio de Nicolás de la Ysla.

—¿Ningún caballero de calidad?

—No, señor. Una urca destinada al transporte de pertrechos no es destino atractivo para capitanes aventureros o entretenidos.

—Un extranjero o un posible rebelde, ¡vaya dilema! —bufó el duque—. Que asuma el mando el capitán Bravo, pero mantened a ambos bajo vigilancia.

Asintió Duarte y permaneció junto al duque.

—¿Qué más deseáis? —la pregunta del duque mostraba su impaciencia.

—La patente de mando. Así será oficial el nombramiento.

El duque se rascó la cabeza, cubierta por un pelo ralo y deslucido.

—Mi escribano os la entregará —respondió al fin—. Señor Salazar, os tengo por un hombre despierto, que entiende las órdenes sin necesidad de rodeos. Por eso os encomiendo esta misión; por eso y porque la mitad de los soldados de esa urca son portugueses. No me defraudéis.

Duarte Salazar asintió con decisión y partió a cumplir sus órdenes. En poco tiempo preparó su baúl, se despidió de sus compañeros, eligió a un soldado de su confianza y recogió la patente de manos del escribano.

A media mañana, la armada inglesa volvió velas y desapareció en el horizonte. En el consejo de guerra que siguió, se discutieron las razones de la maniobra enemiga, pero, como de costumbre, el consenso brilló por su

ausencia. La opinión predominante fue que los ingleses evitaban un nuevo enfrentamiento porque, al igual que ellos, habían sufrido serios quebrantos y no estaban, por tanto, en condiciones de seguir su estela.

Atendiendo la sugerencia de sus asesores, Medina Sidonia dispuso enviar a los capitanes el itinerario de regreso, que los llevaría a rodear Gran Bretaña por el norte. Por desgracia, las cartas elaboradas en Lisboa para guiar a los pilotos no incluían las aguas de Escocia ni las de Irlanda: nadie había imaginado que el regreso sería por aquella peligrosa ruta. Tantos fueron los errores y omisiones cometidos que podían darse por satisfechos de que el desastre no hubiera sido mayor.

Al llegar a la Santa Bárbara, Duarte entregó la patente al capitán Bartolomé Bravo, que la leyó sin entusiasmo.

—No es ningún honor el que se me hace. —Guardó el documento entre el cinturón y la ropilla—. ¿Y vos? ¿Cuál será vuestra función?

—Tengo órdenes de ponerme a vuestra disposición —respondió Duarte con seriedad.

Bartolomé Bravo, que se hallaba en el combés de la urca rodeado de varios soldados, le dio un repaso con la mirada. Si le gustó o le disgustó, no lo dio a entender.

—Acompañadme. Os presentaré al maestre.

Johan Andriessen recibió las noticias con un gesto desdeñoso. Apenas echó un vistazo a la patente antes de decir:

—Un capitán u otro, ¿qué más da? Mi trabajo siempre es el mismo. —Luego, les dio la espalda y volvió a su faena.

—Es un hombre poco comunicativo —le explicó Bravo—. Ya lo iréis conociendo.

Duarte asintió en silencio, mientras meditaba que su misión era precisamente esa: observarlos y entenderlos.

La dotación de la urca era de cincuenta hombres entre castellanos y portugueses, además de algunos flamencos de su tripulación original, antes de que fuera embargada en Lisboa.

El capitán Bravo prefirió alojarse en la bodega, junto a la tropa, quizá para evitar el destino de su predecesor. Tampoco el maestre quiso la cámara del alcázar, alegando que no le correspondía. Así que Duarte se instaló en ella, aunque compartió el espacio con Eugenio López, su ayudante, a quien procuró un colchoncillo de lana.

Por lo demás, la cámara no era gran cosa. Comparada con la del San Martín, resultaba un simple tambucho. Y no sólo por el tamaño, sino porque en un mercante el espacio era para la carga.

—Nadie parece conforme con su puesto, señor sargento —comentó su ayudante por la noche—. Ni el capitán, ni el maestre ni nadie.

—Cada cual lleva su cruz, Eugenio. Y esta urca no es la excepción.

—No querría vuestra tarea ni por un año de paga.

—El soldado hace lo que debe, no lo que quiere. Pero baja la voz. Estos mamparos son como pergaminos, y no quiero que mañana repitan nuestra charla en los corrillos.

Eugenio rio por lo bajo y obedeció.

3

Londres

«De Manuel de Aranda a Bernardino de Mendoza, embajador de Su Católica Majestad en París. Cifrada.

Tomo la pluma con premura y no poca zozobra para poner a Vuestra Señoría al corriente de las muchas y muy apremiantes novedades que han traído estos días, en los que nuestras naves —tras los largos y fatigosos meses de espera en Lisboa y en La Coruña—, enfrentaron al enemigo con objeto de cumplir el propósito para el cual fueron armadas. Los acontecimientos se precipitan, y lo que ayer eran especulaciones son hoy hechos consumados que han de merecer juicio sereno. Por la urgencia de enviar a V. S. las nuevas con la mayor celeridad, y porque el patrón de la zabra que ha de llevar esta misiva parte esta misma tarde con destino al puerto de Ostende, en Flandes, me ceñiré a lo más sustancial, y no abordaré otros asuntos de los que V. S. me tiene prevenido y de los que espero dar próxima cuenta.

La Grande y Felicísima Armada, bajo el mando de su excelencia el duque de Medina Sidonia, fue avistada en el cabo Lizard el treinta de julio pasado. Pese a llevar los ingleses semanas aguardándola, su llegada fue tan súbita que sorprendió a su flota de interceptación, que estaba fondeada en Plymouth. Se cuenta que el almirante Drake se hallaba jugando a los bolos cuando recibió la nueva, y que respondió, sin prisas, que habría tiempo de sobra para acabar la partida. Anécdota en que se revela, más que despreocupado, arrogante, y que al cabo resultó desafortunada, pues la flota inglesa salió de la ensenada con tal premura y desorden que bien pudieran haberla batido y desbaratado los nuestros si el capitán general hubiera estado mejor aconsejado.

Durante el tránsito del canal de la Mancha, los enemigos acometieron hasta en

cuatro ocasiones —frente a Plymouth, Portland Bill, Swanage y la isla de Wight—, sin atreverse en ninguna a empeñar formal batalla por el buen orden y formación con que la Armada navegaba.

Al respecto, he tenido conocimiento por medio de un familiar de lord Burghley, de que la noche que siguió a la primera escaramuza se perdieron dos de nuestros navíos: el San Salvador, que voló por los aires a causa de una explosión en sus entrañas, y la nao Nuestra Señora del Rosario, del almirante Pedro de Valdés, que fue rendida a Francis Drake en circunstancias que se antojan confusas, e incluso poco honorables, y que están aún por esclarecerse.

No obstante estos percances, la Armada mantuvo su rumbo, y el día seis del corriente arribó sin novedad a Caláis, conforme a las órdenes de Su Majestad, con ánimo de unirse allí al ejército de Flandes, comandado por el serenísimo Alejandro de Farnesio, y proceder juntos al cruce del estrecho. Mas como el dicho ejército no estaba listo, y Farnesio solicitó al duque algunos días para disponer el embarque —supongo a V. S. más y mejor informado que yo acerca de los pormenores de este asunto—, la Armada se vio forzada a anclar y aguardar en aquella ensenada, que es abierta y sin resguardo alguno, expuesta a los vientos y a las corrientes.

Aprovechándose de ello, la madrugada del ocho lanzaron los ingleses contra la Armada hasta ocho brulotes incendiarios. Y aunque, por gracia del Altísimo, no lograron prender fuego a ningún bajel, sembraron tal alboroto que muchos capitanes, temiendo lo peor, cortaron sus amarras y se dispersaron. Rota la formación, la flota enemiga se precipitó sobre los nuestros con las primeras luces del alba, como jauría sobre presa cierta.

Cuando dio comienzo la batalla, apenas diez o quince naves guardaban aún su puesto, galeones y naos cantábricas, lo más granado de la Armada, que formaron una improvisada línea de resistencia para hacer rostro al enemigo. Durante horas sostuvieron bravamente el choque, en duelos singulares contra buques que los rodeaban por los cuatro costados, hasta contener su impetuosa arremetida y dar tiempo a que otras naves se sumasen a la batalla. Pasado el mediodía, los combates comenzaron a amainar y ambas escuadras se separaron.

Pese a la dureza del ataque, los ingleses sólo pudieron hundir un navío y desarbolar a otros dos. Se oye hablar de daños mayores, cascos agujereados, jarcias deshechas y mástiles rotos, mas no hay noticia segura de ello.

La última especie que corre por Londres indica que la Grande Armada, imposibilitada de volver a Caláis a causa del viento, navega hacia el norte en solitario, sin que la flota inglesa siga sus aguas. Pero son tantas las nuevas, y tan encontradas, que sería más fácil dar con una aguja en un pajar que con la verdad entre tanto ruido. Y como si la confusión propia de estos sucesos no dificultase la tarea de obtener información fiable, la reina ha prohibido bajo severísimas penas toda alusión a los daños de su flota o a la flaqueza de sus mandos, lo cual no deja de ser indicio de que no salieron tan bien librados como presumen. Si el resultado les hubiera sido favorable, se oiría por todo el reino el repicar de las campanas.

Yo estaré atento a cuanto pueda sobrevenir, y lo haré saber sin tardanza a Vuestra

Señoría, a quien Nuestro Señor guarde largos años, y prospere siempre en honra y salud.

Dada en Londres, a quince días del mes de agosto del año del Señor de mil quinientos ochenta y ocho».

4

Margate

El marinero notó que el batel se desviaba a babor y con el remo izquierdo dio varias paladas más potentes y corrigió el rumbo. Su capitán, ensimismado en sus pensamientos, no pareció advertir el cambio. La marea, casi baja, dejaba al descubierto extensiones de arena oscura y húmeda, repletas de charcas y regueros por donde correteaban bandadas de aves en busca de diminutos cangrejos. A lo lejos, un grupo de barcas varadas casi en paralelo despertó un recuerdo en el marinero, que había sido pescador antes de alistarse en la armada. Pensó que había hecho un mal negocio: la guerra le había traído hartas penalidades y escaso provecho. O ninguno, pues no había cobrado todavía una sola paga.

Sobre la ensenada de Margate, en el estuario del Támesis, un bosque de mástiles desiguales se alzaba entre pendones deslucidos y jarcias flojas. Más allá, en algunos puntos, la playa terminaba abruptamente en taludes invadidos por hierbajos. Entre las embarcaciones destacaba un gran galeón, de más manga y eslora que los barcos que lo rodeaban. Sus velas estaban recogidas, y se aferraba al fondo con dos anclas cuyos gruesos cables eran bien visibles. Las portas de los cañones permanecían cerradas, pero en cubierta había un constante ir y venir de hombres. Con unas pocas paladas más, el batel se acercó al costado de estribor, donde ya estaban fondeados otros botes.

—¿Quién va? —preguntaron desde la cubierta.

La voz sacó al capitán de su recogimiento. Se puso en pie, hizo bocina con las manos y gritó su nombre y el de su navío.

—Deseo ver al vicealmirante —añadió.

Un grumete largó un cabo, y el capitán subió con agilidad. Al llegar a la regala, apoyó la rodilla derecha, se deslizó y cayó en el combés del Revenge. Los marineros se apartaron para ceder el paso a otro oficial.

—Señor Trenton, ¿qué dichoso servicio os trae por aquí? —preguntó con una amplia sonrisa. Era un hombre alto y apuesto, con el rostro atezado y un

porte elegante.

—Servicio sin duda, señor Oseley, aunque menos dichoso de lo que desearía —respondió Trenton mientras le estrechaba la mano.

—Lo imagino, pero no sois el primero que desea hablar con sir Francis. —El asistente del vicealmirante borró la sonrisa y señaló hacia la entrada de la tolda, donde varios hombres hacían corro—. Tendréis que aguardar vuestro turno.

—No tengo prisa.

—Son los capitanes del Elizabeth Drake, del Brave y del Red Lion. ¿Os los presento?

Trenton observó con atención al grupo: tres hombres curtidos en el oficio, inmersos en una animada conversación. Sólo conocía a uno de ellos, y no le era especialmente simpático.

—Aguardaré aquí, si no os importa.

El señor Oseley lo dejó a solas, y John Trenton se giró para contemplar la amplia ensenada donde estaba fondeada la flota inglesa. Las aguas del Támesis se mezclaban con las del mar del Norte en una transición casi imperceptible, aunque suficiente para transformar su naturaleza dulce en salada. Aquello siempre lo sorprendía: uno supondría que un río tan caudaloso penetrara más en el mar. Sus ojos abandonaron el agua y se alzaron hacia el cielo aborregado. Al oeste, las nubes parecían más densas, y calculó que para mediodía estaría completamente cubierto. Mirar hacia el oeste lo reconfortaba: por ese rumbo, a dos días de navegación con viento favorable, estaban su esposa y su hogar.

—Estaban —susurró para sí mismo. Y con el susurro le subió por el pecho una congoja profunda que llevaba tiempo intentando contener.

Poco antes de su último embarque había recibido de sus padres la noticia de la desaparición de su esposa: una tarde cualquiera, al dar un paseo, se detuvo un coche junto a ella y dos hombres la hicieron subir a la fuerza y se la llevaron. Trenton reventó un caballo para viajar a Saint James, la heredad de sus padres, y enterarse bien de lo ocurrido. Pero allí no halló pista ni explicación alguna. Era como si a su Elizabeth se la hubiera tragado la tierra. Desde entonces, no hubo día que no pensara en lo ocurrido. Su esposa era española y católica, pero apenas salía de la casa, ni tenía más contacto que su familia. A Trenton le habría gustado disponer de más tiempo para lograr entender su desaparición y encontrarla, pero las necesidades del servicio lo obligaron a regresar a su barco. Habían pasado más de tres meses desde aquellos sucesos. ¡Tres meses sin regresar al hogar! Trataba de no caer en

manos del desaliento, pero había ocasiones en que le resultaba imposible. Cuando esperaba un hijo que prolongara su estirpe, cuando la fortuna comenzaba a sonreírle, había perdido a quien más quería. ¿Qué había hecho él para concitar tanta desdicha?

—¡John! ¡John Trenton!

Una voz familiar interrumpió sus pensamientos. Trenton compuso el gesto antes de volverse; no quería resultar descortés.

—¡William, William Furthow! —respondió, imitando el tono entusiasta del otro.

Furthow le hizo señas y Trenton se acercó al grupo. El capitán del Brave lo recibió con una palmada en el hombro.

—¡Cuánto tiempo, amigo John! —le dijo, y pasó a hacer las presentaciones —: Thomas Cely, Jervis Wilder: este es el valeroso capitán John Trenton, que nos acompañó en la expedición para poblar la isla de Roanoke, en el territorio de Virginia.

Los hombres le tendieron las manos, aunque no se mostraron impresionados por la hazaña.

—Ya ha llovido desde entonces, mis señores —continuó Furthow—. Cuatro años han pasado desde que sir Walter Raleigh nos enviara a fundar nuestra primera colonia en las Indias Occidentales. Lástima que las calamidades se confabularan contra nosotros, ¿verdad, John?

—No sólo las calamidades. Algo pusimos de nuestra parte los hombres —respondió Trenton, mientras recordaba las discusiones entre el gobernador y el almirante, las decisiones erradas y el abandono de un centenar de hombres tras la repentina marcha de la escuadra.

—¿Sabéis que al año siguiente sir Walter hizo otro intento de poblar Roanoke? —preguntó Furthow. Y prosiguió sin esperar respuesta—. Un centenar de familias con mujeres, niños, artesanos y soldados. Todo lo necesario para levantar una ciudad. Aunque no he vuelto a saber de ellos.

—Mala ocasión eligieron para hacerlo —comentó el capitán Wilder.

—Cierto —convino Furthow—, con la guerra encima y la flota anclada aquí.

Los hombres asintieron en silencio. Se oían con claridad el rascar de los cepillos sobre las tablas, las baldadas de agua y las voces de los marineros que faenaban en cubierta. Advertencias, reniegos, alguna risa.

—Ese es precisamente el punto —intervino el capitán Cely con fuerza—. ¿Qué hacemos aquí fondeados cuando hace días que los españoles se

perdieron de vista? ¿Por qué seguimos consumiendo víveres y aguantando el malestar de las tripulaciones? ¿En qué están pensando los lores del almirantazgo?

Las palabras de Cely concitaron de inmediato la atención de los demás. Era evidente que todos compartían su inquietud. En realidad, por eso estaban a bordo del Revenge.

—¿Qué proponéis vos? —preguntó Furthow.

—Ir contra España —respondió Cely sin dudar—. Atacar mientras su armada está fuera. Si hemos de gastar víveres y soldadas, que sea por una causa provechosa para Inglaterra. Y si no, que nos desmovilicen y nos envíen a casa.

—Señor Cely, comprendo vuestros deseos de desquite —dijo Wilder con calma—, pero son muchos los navíos que no están en condiciones de emprender acción alguna en estos momentos.

Trenton notó la alusión a los «deseos de desquite» y miró a Furthow en busca de una explicación. Este, en voz baja, lo informó de que Cely había pasado cinco años como prisionero en El Puerto de Santa María y que desde entonces abrigaba un odio visceral hacia sus captores.

—¿Víveres habéis dicho? —continuó Wilder, elevando la voz—. En el Red Lion no queda un celemín de trigo ni un tonel de bizcocho sano. Mis hombres están hambrientos y enfermos. Si no desembarcamos pronto, el tabardillo se extenderá por toda la flota.

El comentario levantó un murmullo de asentimiento. Furthow frunció el ceño, preocupado.

—¿Tabardillo? ¿Estáis seguro?

—Por eso estoy aquí, caballero —respondió Wilder con tono suspicaz.

—Sí, señores, informar es necesario —dijo Trenton con convicción—, pero no bastará para cortar la peste.

—¿Y qué la cortará? —preguntó una voz a sus espaldas.

Todos se volvieron hacia el almirante, que había escuchado la última parte de la conversación sin ser advertido. Francis Drake, vestido con su habitual elegancia, aunque con ropa deslucida por el uso, mostraba canas en la barba, arrugas nuevas en el rostro y expresión de cansancio. Aquella maldita campaña también le había pasado factura, pero aún mantenía esa mezcla de autoridad y carisma que lo caracterizaba.

—Llevarlos a tierra, sir Francis —le respondió Trenton tras una breve pausa —. Permitir que se alimenten adecuadamente y que los enfermos más graves

sean atendidos en hospitales.

El segundo almirante de la flota asintió con gravedad. Luego, su rostro se iluminó con una sonrisa, y lanzó una carcajada que resonó en la cubierta

—Voto al diablo que tenéis razón, amigo John.

Su risa era contagiosa, y los capitanes lo secundaron.

—Eso es precisamente lo que deberíamos hacer —continuó Drake—. No es tiempo de escatimar con los hombres que han brindado esta victoria a la reina y tanta gloria a Inglaterra.

—¿Qué victoria, señor? —preguntó Cely.

Drake lo miró con expresión de reproche y le pasó un brazo por los hombros.

—Ah, Thomas, Thomas. ¿Qué ganáis poniendo en duda lo que es evidente? ¿Cómo vamos a celebrarla si nosotros mismos no nos la creemos? Una victoria, una gran victoria.

Soltó al capitán y, abriendo los brazos en un gesto amplio, los invitó a todos:

—Venid, señores. Acompañadme al almuerzo. Os presentaré a mi prisionero e invitado de honor. Un invitado al que pienso exprimir hasta el último ducado.

El comentario, aunque proferido con cierto humor, dejó un eco incómodo entre los capitanes. Sabían que ninguno de aquellos ducados se escurriría hasta sus bolsillos. Nada dijeron, sin embargo, y siguieron a Drake hacia la penumbra del alcázar.

5

Galeón Revenge

La cámara principal era, como cabía esperar, amplia y lujosa, con dos grandes ventanales que le proporcionaban luz natural y ventilación. Adornada con tapices y mapas náuticos, el centro lo ocupaba una mesa de roble rodeada por varias sillas. Sobre ella, una lámpara de aceite apagada oscilaba con el leve balanceo de la nave. En uno de los costados había una estantería con una buena colección de volúmenes, un baúl donde su dueño guardaba bitácoras y cartas de navegación y un par de arcones de madera y hierro con los candados puestos. En el otro costado, tras las levantadas cortinas de damasco, podía verse una litera con una colcha vistosa y varios cojines mullidos. Trenton se

fijó en el globo terráqueo que, en un rincón junto al lecho, sobre un pedestal, daba fe de que el vicealmirante de la flota había realizado la hazaña de circunnavegarlo.

—Tomad asiento, mis capitanes —invitó Drake a sus oficiales.

Aunque el servicio estaba puesto: vajilla fina, primorosamente adornada, cubiertos de plata y vasos de cristal, Drake llamó a uno de los pajes para que añadiera dos cubiertos más.

—Avisa al cocinero de que seremos seis —ordenó.

Sir Francis Drake no era un hombre corpulento, pero tenía los miembros bien proporcionados, el rostro bermejo, una condición jovial y la fortuna de su lado en toda suerte de empresas. Mientras aguardaba la llegada del almuerzo, se complació en ilustrar a sus invitados sobre la historia de su galeón.

El Revenge tenía fama de barco maldito, quizá por ello Drake, que se jactaba de forjar su propia suerte, lo había escogido como buque insignia. Para muchos de sus hombres, en especial los marineros, que eran gente supersticiosa, el navío estaba condenado a un desenlace trágico. Su historial no ayudaba a desmentir tales temores, pues había tenido ya dos peligrosos accidentes. En el primero, ocurrido durante un viaje a Irlanda, chocó con un arrecife que por fortuna no le perforó el casco. Años después varó a la salida del puerto de Portsmouth, cuando se dirigía a participar en una expedición al sur.

Pero sir Francis se reía de los malos presagios.

—Qué presagios ni presagios: un barco bendecido por la mano del Todopoderoso —dijo con confianza—, pues su salvación fue milagrosa.

El cocinero, que acababa de dejar sobre la mesa un jamón cocido y lo loncheaba con tridente y cuchillo, no compartía la opinión de su superior.

—No tuerzas la cara, señor Baker, que eres peor que un papagayo viejo.

El cocinero ignoró el comentario, sirvió una loncha en cada plato y salió en busca de más viandas. Sir Francis, por su parte, cambió de tema y centró la conversación en el asunto que los había reunido.

—Entiendo vuestro malestar, caballeros, pero las dudas sobre las intenciones de la armada española tienen a los ministros de Londres sin sosiego —se burló —. Algunos aseguran que se encuentra resguardada en un puerto escocés, esperando vientos favorables para regresar al canal; otros la creen invernando en Noruega; y hay quienes sostienen que intentará rodear Gran Bretaña para

desembarcar en Irlanda o retornar al canal de la Mancha.

—Tengo entendido que la han avistado al norte de Escocia —comentó Jervis Wilder.

—Unos pescadores —añadió William Furthow.

—Nada verificado —opuso el almirante—. No podemos fiarnos de rumores.

—¿Qué pensáis vos, señor? —preguntó Trenton.

Drake se pasó la mano por la barba, un gesto mecánico que le ayudaba a reflexionar.

—Yo diría que han puesto proa a casa. Les hemos hecho mucho daño y necesitan lamerse las heridas.

El capitán Thomas Cely, más pesimista, negaba con la cabeza.

—Pero no hemos podido acabar con ellos.

—Pese a estar cerca de nuestras bases, nos faltaron suministros, pólvora, balas, víveres —apuntó Furthow, para quien las carencias de su flota habían sido determinantes—. ¿Cómo se puede hacer la guerra así?

—Lord Howard hizo lo que pudo —argumentó Wilder, ofendido por las críticas, pues era hombre afecto a él—. No es fácil enfrentarse a un enemigo tan poderoso.

—Por supuesto —concedió Furthow—, pero convendréis conmigo en que el lord gran almirante tiene escasa experiencia en el mar.

—¿Qué insinuáis? —dijo Wilder.

—Que si supiera tanto de navegación como de teatro… —comentó con malicia Furthow.

Sir Francis sonrió solapadamente. No era un secreto que lord Howard patrocinaba una de las compañías teatrales más renombradas de Londres.

—No se trata de que no hayamos podido, señores, sino de que no hemos sabido —dijo Drake, de repente grave—. Sus barcos eran más pesados y torpes que los nuestros, pero mantuvieron en todo momento una formación impenetrable. Lo que nos faltó fue organización, potencia y doctrina militar. Entregar la flota y el ejército a personas cuyo único mérito es su cuna no parece la política más acertada. —Mientras hablaba, tenía los ojos puestos en el capitán Wilder. Sabía que, antes del anochecer, sus palabras llegarían a oídos del lord almirante—. El conocimiento nace de la experiencia. He participado en múltiples empresas navales, en el Caribe, en el Pacífico, en el Índico, de nuevo en el Caribe, en el golfo de Cádiz… No todas fueron exitosas, pero

creedme que he aprendido mucho de ellas. En fin, mis señores, el lema de mi escudo habla por mí: la grandeza nace de pequeños comienzos. Y estoy muy orgulloso de ellos.

—Pero lord Howard de Effingham es el lord almirante —se atrevió a apuntar Jervis Wilder—, y sus órdenes deben ser acatadas.

Los otros capitanes miraron a Drake.

—Muy cierto. —El vicealmirante sonreía—. Y en este caso ha obrado con astucia. Después de que perdiéramos contacto con los españoles, envió dos navíos ligeros para seguir sus aguas. Cuando retornen, sabremos a qué atenernos. Mientras tanto, seguimos en zafarrancho. La amenaza que representa el ejército de Flandes al otro lado del estrecho es más real y cercana. Si Farnesio no ha desmovilizado a sus hombres, ¿por qué habríamos de hacerlo nosotros? —Drake recorrió la mesa con la mirada y concluyó con tono firme—: Así que nos toca aguardar, caballeros.

Los caballeros cabecearon en silencio. Trenton aprovechó la pausa para retomar el asunto que lo había llevado allí.

—Más cierta es la amenaza de una epidemia, si dejamos a un lado el descontento de los hombres, que aumenta cada día. Enfermos, mal alimentados y sin soldadas, son carne de motín.

—Señor Trenton, os tengo mucho aprecio, pero por Dios que me aburrís con ese asunto. Olvidaos de él siquiera por un rato y divirtámonos con don Pedro.

Trenton encajó la velada reprimenda con una sonrisa estirada. El cocinero volvió con una botija de vino, medio queso y almendras.

—Ah, Baker, haz venir a nuestro invitado de honor para que pueda disfrutar de tus manjares.

—Veneno le daba yo a ese don Pedro —refunfuñó el cocinero, aunque se apresuró a cumplir la orden y no tardó en regresar con el prisionero, que tenía ceñidas las muñecas con unos grilletes de plata unidos por una cadena larga y liviana que le permitía cierta libertad de movimiento. Se acercó a Drake, como si se tratara de un ritual repetido, para que se los quitara. Una vez libre, ocupó la silla vacía junto a su captor.

—Don Pedro de Valdés, el temido almirante de la escuadra de Andalucía —lo presentó Drake con tono afectado.

El español los saludó con una leve inclinación de cabeza. Era un hombre de pequeña estatura, pero de aspecto vigoroso, ojos grandes, pelo corto y unas

manos casi femeninas. Su inglés era malo, por lo que la conversación se mantuvo en una mezcla de ambas lenguas. Hablaron, por supuesto, de asuntos navales. Don Pedro se expresaba con una cortesía excesiva, como si procurara disimular su condición de prisionero, aunque a Trenton le pareció un hombre con alta opinión de sí mismo. Drake intentaba tomarle el pelo y, tras cada chanza, lanzaba guiños a sus oficiales para que no hubiera duda de su ingenio.

El capitán Furthow, queriendo imitar a su superior, le preguntó con malicia por la dureza del combate en el que había rendido su navío.

—No hubo ningún combate. Mi nao colisionó con otra, perdió el gobierno y quedamos desamparados por completo. Yo no quise exponer inútilmente a mis hombres y rendí la nao a sir Francis.

—Tengo entendido que una de vuestras galeazas —siguió Furthow—, encallada frente a Caláis, sostuvo un durísimo combate contra la escuadra de lord Howard antes de que sus hombres la abandonaran.

—¿Insinuáis que actué con cobardía? —saltó don Pedro, y se puso en pie con el rostro encendido—. He participado en más combates navales que años tenéis, señor. Exijo que os retractéis de inmediato.

Furthow se echó atrás, sorprendido por la violenta reacción del español.

—Tranquilizaos, don Pedro —intervino sir Francis con aire apaciguador—. Mi capitán no os ha querido ofender. Ha sido sólo un comentario nacido de la curiosidad. Decidme, ¿por qué Medina Sidonia no trató de socorreros?

Drake sabía cómo desviar la atención de su invitado.

—Medina Sidonia es un hombre desconfiado y envidioso —respondió Pedro de Valdés, todavía tirante—, rodeado de asesores ineptos.

Drake, con un gesto a espaldas del prisionero, les dio a entender a sus capitanes que no era la primera vez que se despachaba a gusto.

—Don Pedro está muy interesado en negociar su rescate —continuó Drake —. Dice que podría poner cincuenta mil ducados sobre la mesa, con el rey en persona como fiador.

—Su Majestad no ha de abandonar a quienes lo hemos servido con lealtad —afirmó con solemnidad Valdés.

—¿Vos qué opináis, sir Francis? —preguntó Jervis Wilder.

—Es muy pronto para hablar de rescates: la campaña aún no ha concluido.

—Los rescates deben ser aprobados por la reina —señaló Wilder—. Tanto el de don Pedro como el de los otros capitanes que custodiáis en el Revenge.

—Por supuesto, Jervis —asintió Drake con calma—. Nada se hará sin su

aquiescencia.

Tras responder al puntilloso capitán, el almirante se volvió hacia su prisionero para lanzarle una nueva pulla.

—¿Estáis seguro de que el rey don Felipe os avalará? ¿No os hizo encadenar tras una de vuestras campañas?

—Fue un equívoco, infundado por lenguas venenosas, que nunca faltan en la corte —se apresuró a aclarar Valdés—, pero ya se resolvió.

—Creo haber oído que en Terceira cosechasteis una derrota a manos de una tropa de vacas.

Don Pedro frunció los labios, humillado por el comentario, mientras trataba de hallar una respuesta digna.

Trenton, que había permanecido en silencio, observaba con atención el duelo verbal. Aquellos dos hombres le parecían tal para cual: Drake y Valdés, Valdés y Drake, si el uno era soberbio, el otro era petulante; si este resultaba vanidoso, aquel altanero.

—Yo estaba en Azores en aquella época —dijo de pronto.

Valdés levantó la vista, sorprendido.

—¿Con los portugueses?

—No.

—Ah. ¿Con los franceses?

—Con un buque corsario, señor.

El tono destemplado de Trenton cortó de raíz la curiosidad del español.

La conversación prosiguió durante un rato mientras el señor Baker no dejaba de llevar manjares a la mesa. Los capitanes, en cuyos barcos los víveres escaseaban, contemplaban con asombro aquella chorrera de comida, y callaban. Si había ocasión para una buena pitanza, mejor aprovecharla.

Finalmente, el vicealmirante de la flota se levantó y dio por concluido el almuerzo.

—Os acompañaré a cubierta, mis señores —dijo tras colocar de manera ceremoniosa los grilletes de plata en las muñecas de don Pedro. Algunos platos, aún a medio acabar, retuvieron las miradas codiciosas de sus capitanes.

El día se estaba nublando y el viento comenzaba a levantarse.

—Tras esta campaña vendrá otra, mis señores —anunció Drake junto a la borda—, y será un placer contar con vuestros servicios.

II

1

Mar de Escocia

Tras perder de vista a la flota inglesa, el duque de Medina Sidonia concentró todos sus esfuerzos en avanzar hacia el norte, sorteando chubascos, nieblas y un mar embravecido que desafiaba la resistencia de hombres y barcos. Sabía que sin la protección de su armada, las costas ibéricas quedarían indefensas ante un contraataque enemigo.

El San Martín, capitana de la armada, encabezaba la formación con todo su velamen desplegado para aprovechar el viento del sudeste y ganar leguas. Sin embargo, ese ritmo tan vivo dejaba atrás a los barcos más lentos y a los más dañados por los combates, y estiraba peligrosamente la formación.

Ante la perspectiva de un retorno largo y difícil, el duque ordenó racionar el agua y las vituallas a la mitad, y dispuso arrojar por la borda a las mulas y caballos con el fin de reducir el consumo. La imagen de los animales nadando desesperados tras las embarcaciones antes de hundirse entre las olas llenó de rabia a las tripulaciones.

—Quiera Dios que no echemos en falta su carne más adelante —comentó Celestino Solano, el contramaestre de la Santa Bárbara.

En la urca, el ambiente era sombrío. Entre los soldados, reclutados en su mayoría en Portugal y Extremadura, cundía la frustración. Eran jóvenes sin experiencia, que habían partido soñando con la gloria y veían el apresurado regreso como un humillante fracaso: no habían enlazado con el ejército de Flandes, ni desembarcado en tierras protestantes ni librado una batalla digna de ese nombre. La jornada de Inglaterra no les había traído honra ni fama. Las críticas a Medina Sidonia menudeaban. Se lanzaban acusaciones maliciosas y se recordaban decisiones controvertidas, como el abandono en el canal de la Mancha de la nao Nuestra Señora del Rosario. Maniobrar toda la armada para intentar rescatarla habría sido extremadamente difícil con el barlovento en contra, pero aquello no mitigaba la indignación.

Las críticas más feroces, no obstante, se dirigían contra Alejandro de Farnesio. Su demora en preparar al ejército de Flandes había condenado el éxito de la campaña. Lo acusaban sin ningún reparo de arrogancia y desinterés y de prestar más atención a las damas que a las armas.

La reducción de las raciones diarias enfureció todavía más a la tripulación. Media libra de bizcocho, medio cuartillo de vino y otro medio de agua era todo lo que se asignaba a cada hombre. El maestre Andriessen, convencido de que la Santa Bárbara tenía provisiones de sobra, propuso ignorar la orden, pero el capitán Bravo se negó.

—No tengo intención de acabar como mi predecesor —respondió delante de todos, aunque Duarte no pudo evitar preguntarse qué habría dicho si él no hubiera estado presente.

Días después, la armada alcanzó el norte de Escocia. Al sobrepasar el paralelo cincuenta y nueve, los barcos viraron al oeste y se adentraron en el pasaje entre las islas Orcadas y las Shetland. Dispersa en una amplia zona, la flota había perdido el orden de marcha, y varias unidades quedaron aisladas. A pesar de ello, Medina Sidonia no aminoró la marcha.

La Santa Bárbara era una urca flamenca de cuatrocientos toneles destinada al transporte de pertrechos militares y material de asedio. Aunque tenía dificultades para seguir el ritmo que imponía la capitana, Andriessen, que antes de ser maestre había sido piloto, la mantenía en formación.

El principal problema de la urca era que su casco, ya viejo, comenzaba a abrirse por las tracas de proa y embarcaba mucha agua, lo que obligaba a los marineros a faenar en las bombas para evitar que la bodega se inundara. Para remediarlo, el maestre mandó clavar cueros de vaca, a modo de parches, en el casco. Una solución rudimentaria que logró reducir el flujo lo suficiente para que pudieran continuar.

Duarte se apresuró a establecer relaciones con la tripulación. Su carácter abierto y decidido lo ayudó a disipar la inicial desconfianza y los hombres pronto lo vieron como un oficial dispuesto a conversar, bromear e incluso a escuchar quejas. Su origen portugués le facilitó el trato con los marineros de su tierra, aunque no con los soldados de Diego Hernandes, un grupo cerrado y difícil de abordar.

Tampoco le resultaba sencillo comunicarse con Andriessen. Sus respuestas, siempre escuetas, y su dominio limitado del castellano —o su falta de interés en hablarlo— no facilitaban el entendimiento.

El capitán Bravo, en cambio, tenía otra actitud. Ya fuera para ganarse su confianza o porque entendió que Duarte no buscaba perjudicarlo, apartó la adustez inicial y se mostró más receptivo.

Bartolomé Bravo era un veterano de Italia, Berbería y Portugal, donde había ganado fama de capitán esforzado, y también de rebelde, de ahí su destino en la Santa Bárbara. Fornido y con la cabeza rapada, disfrutaba alardeando de sus hazañas militares y conquistas amorosas en Italia, donde, según él, los capitanes españoles eran tan valorados que las damas les abrían sus alcobas. Esas bravatas, que a Duarte le parecían de mal gusto, despertaban en cambio la admiración de sus hombres.

—No os envidio el encargo, señor Salazar —le dijo Bravo en una ocasión.

—¿Qué encargo?

—Ser la oreja del duque en un barco señalado por la rebelión no es tarea fácil.

—¿De veras creéis que es un barco rebelde?

El capitán rio y le dio una palmada en la espalda.

—No lo es. Ni lo era su anterior capitán. Tened por cierto que su ejecución fue un error.

Duarte no respondió, pero sospechaba que Bravo decía la verdad.

El frío no tardó en hacerse presente, un frío para el que los hombres no estaban preparados. Por fortuna, la urca llevaba un pañol lleno de mantas de campaña, y el maestre decidió repartir dos por cabeza.

—No hay necesidad de que se sacrifiquen en vano —informó Andriessen a Bravo y a Duarte, como si ambos compartieran el mando.

En cualquier caso, Bravo, desconocedor de los asuntos de navegación, dejaba en manos de Andriessen todo lo relativo al gobierno de la urca.

2

Margate

La Speedwell era una pinaza de setenta toneles con una tripulación inicial de treinta hombres, de los cuales apenas una veintena se mantenía en condiciones para el servicio. Se hallaba fondeada a varias millas de tierra, en el perímetro exterior de la flota, y hasta allí se desplazó Nicholas Oseley, el asistente de Drake. En cubierta lo recibió el contramaestre, Hugh Hardinge.

—El señor Trenton ha bajado a tierra —le informó—, pero no tardará en regresar.

Le extrañó la noticia a Oseley, toda vez que estaba tajantemente prohibido el desembarco de cualquier hombre de la flota, en especial de los oficiales, pero se guardó de hacer comentarios.

Pese a ser un barco auxiliar, dedicado a llevar avisos y realizar descubiertas, la Speedwell montaba sobre cubierta varias piezas de artillería de buena calidad.

La espera de Oseley no fue larga. Trenton traía consigo a un hombre pálido, barbado y tambaleante. Antes de saludar a Oseley, el capitán se volvió hacia el contramaestre y le pidió que condujera a su acompañante a sacar unas cuantas muelas.

Ante la mirada interrogante de Hardinge, se explicó:

—Es el único barbero que he encontrado. —Luego le preguntó a Oseley por el motivo de su presencia.

—Veo que os preocupáis por vuestros hombres —se admiró el asistente de Drake.

—¿Y quién no?

Oseley le dedicó una mirada calculadora antes de proseguir.

—El vicealmirante desea que os presentéis ante él al caer la tarde. Y que acerquéis la pinaza al Revenge.

—¿Mover la Speedwell?

—Esas son las órdenes.

Trenton se giró hasta dar la cara al viento.

—Con esta ventolina no va a ser fácil.

Oseley se encogió de hombros.

—La podéis atoar con la lancha —sugirió. Y como notó su curiosidad, añadió—: No tengo idea de cuáles son las intenciones de sir Francis.

Por más que lo sorprendiesen los deseos del almirante, Trenton no se entretuvo en vanas especulaciones y pasó la mañana supervisando el trabajo del barbero, que sacó unas cuantas muelas, sajó y limpió algún divieso y, antes de marcharse, lo alertó sobre el estado de los enfermos.

—No soy médico, capitán, pero su dolencia es contagiosa.

En pago a sus servicios, Trenton le ofreció una botija de manzanilla de Sanlúcar.

Por la tarde se levantó una brisa bonancible, suficiente para que la pinaza se aproximara al Revenge sin necesidad de ser remolcada. Drake lo recibió en el

combés.

—¡Ah, señor Trenton! Hace un buen rato que os aguardo —dijo con impaciencia—. Vayamos a mi cabina. Allí estaremos más tranquilos. Vos también, Nicholas.

Sir Francis vestía la misma ropa que la última vez; desprendía olor a comino y portaba, por única protección, una daga vela colgada del cinturón. Cruzaron el pasillo de la tolda y entraron en la cámara. El segundo almirante de la flota cerró la puerta y salió al balconcillo de popa, que era amplio, con barrotes torneados y pintados de negro. Tanto secreto hizo crecer la curiosidad de Trenton, y también su desconfianza. Conocía bien a sir Francis y nunca lo había visto actuar de aquella manera.

Frente a ellos se divisaban las siluetas oscuras de numerosos navíos. El sol se había puesto, y en el horizonte quedaba un resplandor anaranjado. La luna era apenas una rodaja diminuta, y la estrella de la tarde pendía sobre ella como una joya brillante.

Sin más preámbulos, Drake informó a sus oficiales de la última novedad: habían regresado los capitanes enviados por Howard para espiar los movimientos de los españoles, con la noticia segura de que su armada había superado las islas Orcadas y puesto proa a España.

Sir Francis hizo una pausa. Oseley no pareció impresionado, por lo que Trenton dedujo que ya estaba al tanto.

—Esta mañana, el lord gran almirante me comunicó que había enviado despachos a Londres y que, sin duda, nos licenciarán en breve.

—Al fin —murmuró Trenton.

—Sin embargo, y puesto que la desmovilización es un hecho —Drake endureció el gesto y lo señaló con el dedo—, quiero que vos partáis esta misma noche.

Trenton abrió la boca, pero fue Oseley quien habló.

—No temáis, capitán. No se trata de ninguna deserción. Sir Francis ha extendido y firmado la orden oportuna.

El crepúsculo había avanzado, y resultaba difícil distinguir los rostros.

—Provenís de Portsmouth, ¿no es cierto?

—Así es, señor.

—Pues allí deberéis llevar la Speedwell, ponerla en carena y desmovilizar a la tripulación. Pero antes —el almirante hizo una pausa y alzó un dedo— os dirigiréis a Plymouth y entregaréis a una persona de mi confianza una valiosa

mercancía.

—¿Qué mercancía?

—No seáis impaciente, John —se burló Drake—. Y ahora abarload la Speedwell al costado de babor del galeón.

Trenton obedeció sin rechistar y una hora después varios marineros del Revenge pasaban a la pinaza, con sumo cuidado, dos pesados cofres de madera. Concluido el traslado, Drake apoyó ambas manos sobre la regala, miró a su subordinado y alzó una ceja.

—Esos cofres contienen exactamente lo que tenéis en mente, señor Trenton, pero no le vamos a dar el empleo que sospecháis. Al contrario, servirán para engrandecer a nuestra nación y dar a los españoles una lección que tardarán en olvidar.

Trenton guardó silencio. La noche había caído por completo y en el cielo despejado brillaba una miríada de estrellas.

—¿Acaso no me creéis? —insistió sir Francis.

—Jamás se me ocurriría, señor. —Trenton sacudió la cabeza con gravedad —. Sólo estaba considerando otro asunto.

—¿Qué asunto?

—Las soldadas de mis hombres —respondió con sequedad.

—Las pagas serán satisfechas cuando la Corona lo disponga.

—Esperan recibirlas antes de abandonar el barco. Después de tantos meses en el mar, volverán a sus casas con las manos vacías.

—No seáis tan quisquilloso con vuestros hombres, John. Para ellos no habrá mayor contento que verse por fin en tierra.

Quiso replicar el oficial, pero Drake lo interrumpió con un gesto.

—Dios proveerá, capitán. Dios proveerá. Mas tened por seguro que no olvidaré este servicio.

Trenton contempló a su superior. No era persona de fe ciega, ni en Dios ni en los hombres, y menos en sir Francis Drake. Sabía que era un marino excelente, un jefe astuto y un hombre que inspiraba una lealtad inquebrantable en sus subordinados. Pero también sabía que nunca había dejado de ser el pirata de antaño, el hombre que, por encima de cualquier otra cosa, miraba por su propio beneficio. En todo caso, si aquella misión le servía para regresar antes a Saint James y reencontrarse con los suyos, bienvenida fuera.

3

Atlántico norte

Tras alcanzar el punto más septentrional, se hacía preciso dar un largo rodeo hacia el oeste para evitar las peligrosas costas de Irlanda. Sin embargo, el Atlántico norte mostró su peor cara, con una sucesión de temporales y vientos del sur y del oeste que dificultaban cualquier avance hacia la península. Durante semanas, las naves, cada vez más dispersas, dieron bordadas y viraron de un rumbo a otro intentando bajar en latitud, sin más resultado que dañar cascos y arboladuras, consumir provisiones y extenuar a las tripulaciones.

Estas condiciones terminaron de fragmentar la Gran Armada. El grupo principal, encabezado por el San Martín, era seguido a distancia por otros contingentes menores. En uno de los más rezagados se hallaba la Santa Bárbara, junto a una decena de embarcaciones. Entre ellas marchaba el galeón San Juan, del almirante Juan Martínez de Recalde, como un perro pastor que procuraba reagrupar a las ovejas perdidas.

Una mañana, Recalde envió una falúa para conocer la situación de la urca.

—¿Qué necesidades tienen vuesas mercedes? —preguntó el patrón de la falúa.

—La más urgente es un ancla de respeto —respondió Bravo, repitiendo lo que le había comunicado el maestre—. Perdimos la principal frente a Caláis, y la que nos queda es demasiado pequeña.

—En eso no podemos ayudaros: todos andamos necesitados de ellas —replicó el patrón—. Y de víveres ¿cómo andan vuesas mercedes?

Bravo indicó que aún tenían provisiones para un par de semanas, pero que el agua escaseaba.

—Manteneos a la vista, y evitad derivar hacia el este —les aconsejó el patrón, antes de marcharse.

El panorama a bordo no tardó en agravarse. La urca seguía haciendo agua por la proa, a pesar de los parches de cuero, y los marineros, agotados, no daban abasto con las bombas, por lo que Andriessen pidió al capitán que los soldados también participaran en el achique.

—No es trabajo para soldados del rey —replicó Bravo con altivez.

Duarte, que observaba la situación con creciente preocupación, intervino:

—Capitán, si no colaboramos, esta nave se hundirá. Os ruego que lo reconsideréis.

Bravo, tras un momento de reflexión, accedió.

—Está bien. Pero vos y yo daremos ejemplo.

—Si queréis que os acompañe, allí estaré —le respondió Duarte. Y ambos encabezaron el primer turno en una de las bombas.

Los temporales no daban tregua: lluvia, vientos, granizo. Marineros y soldados trabajaban con riesgo constante, pero las tracas seguían abriéndose y, a pesar de su esfuerzo, la bodega acumulaba casi dos codos de agua.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Bravo al maestre.

—Ceñir el casco con maromas.

—Habladme en cristiano.

Se encontraban en el alcázar de popa. El océano, aún embravecido, espumeaba gris y amenazador.

—Rodearlo con unas sogas, señor capitán —dijo Andriessen—, como se amarra una caja para evitar que se abra.

—¿Es eso posible?

—Mañana lo veréis.

Al amanecer, el maestre llamó a dos de los mejores buceadores y ordenó sacar de la bodega dos gruesas maromas. Una debía rodear el casco a la altura del castillo de proa y la otra junto al palo mayor. Cuatro marineros se encargarían de largarlas desde un costado mientras otros tantos se preparaban para recibirlas en el opuesto.

Cuando todo estuvo listo, los buceadores se despojaron de las sayas, a pesar del frío, y ataron a sus cinturas sendos cabos fijados a las puntas de las maromas. Andriessen había puesto la urca en facha y la nave cabeceaba al capricho de un mar agitado.

Los buzos se descolgaron por la banda de estribor, llenaron de aire los pulmones y se sumergieron en las heladas aguas. Duarte, consciente de la dificultad, decidió calcular cuánto tiempo podría aguantar él. Inspiró profundamente y contuvo la respiración. Pronto sintió el impulso de tomar aire. Los segundos se alargaban, su pecho se tensaba; apretó la garganta, pestañeó rápidamente, agitó los dedos. Los buzos no asomaban. Su corazón latía con fuerza, sus venas parecían a punto de estallar. La sangre se retiró de su rostro, su visión se nubló y el ardor en los pulmones se hizo insoportable. Finalmente, abrió la boca con desesperación. Luego de un rato, emergió el primero de ellos.

El hombre, con el cabello pegado al cráneo cual casco de cuero, braceó con

esfuerzo hasta el costado de babor. Desde el combés le arrojaron un cabo y lo izaron a bordo. Apenas pisó la cubierta, se soltó de la maroma y se inclinó sobre la regala, buscando con la mirada a su compañero, que tardó unos instantes más en aparecer, jadeante y con los brazos en alto.

—¡Basta de diversiones! —gritó Andriessen cuando ambos estuvieron a bordo.

Siguiendo sus indicaciones, los extremos de las maromas se enlazaron y se tensaron al máximo con los cabrestantes.

—¡Más fuerza, flojos! ¡Quiero que esto quede más templado que una verga en una mancebía!

Los hombres sudaban y maldecían mientras empujaban los vástagos de las poleas.

—Espero que este circo valga la pena —comentó Bravo cuando hubieron terminado.

—Valdrá —replicó Andriessen, con seguridad.

Pero nunca tuvo oportunidad de comprobarlo.

Durante la guardia de la madrugada, el contramaestre Solano lo fue a llamar porque el viento había rolado al oeste y la urca se alejaba del grupo, pero halló su cabina vacía. Tras una búsqueda infructuosa, llamó al capitán y a Duarte.

—¿Seguro que lo habéis buscado?

—Dos veces, capitán —aseguró Solano—. Creo que lo han tirado por la borda.

—¿A qué viene eso? —replicó Bravo—. Es de noche, está nublado y tenemos mala mar. Se habrá caído.

—¿Caerse el maestre? Me cuesta creerlo.

—Cosas más extrañas se han visto. Además, todos sabíamos que le gustaba el vino.

—Era un buen marino. Borracho o no, no habría caído por descuido.

—¿Y qué insinuáis, entonces?

Solano, al notar las miradas inquisitivas de la tripulación, decidió ser más cauteloso.

—Podrían haberlo golpeado mientras dormía.

—¿Y arrastrarlo hasta la borda? Para eso se necesitan al menos dos hombres. Vos ocupáis la cabina contigua. ¿Oísteis algo?

—Desde que me dio el relevo de medianoche, nada.

—Ahí lo tenéis.

El contramaestre negó con la cabeza, poco convencido.

—Pensadlo bien —prosiguió Bravo—. ¿Quién mataría al maestre? Sin piloto, la nave está condenada. Se acabó el debate: Andriessen se cayó. Con este mar, hasta el más baqueano puede tener un descuido fatal. ¿No opináis lo mismo, señor Salazar?

Duarte había escuchado atentamente el cruce de opiniones. Aunque desconfiaba del apresurado juicio del capitán, decidió no alentar sospechas sin pruebas.

—Nada indica que lo hayan matado —concedió al fin—. No obstante, cuando lleguemos a puerto informaré del incidente.

—Hacedlo —zanjó Bravo.

El viento fresco que entraba por la amura de babor mantenía a la tripulación en constante actividad. Duarte, mirando el horizonte oscuro y encrespado, no pudo evitar estremecerse. No sólo por el frío. Sentía que todo se conjuraba contra aquella armada, cada vez menos grande y ya definitivamente dispersa.

4

Portsmouth

La Speedwell largó velas y, aprovechando la brisa terral, puso rumbo al este. Tras doblar el cabo de North Foreland, avanzó paralela a la costa de Kent. El amanecer la sorprendió a la altura del estrecho de Dover, que los continentales llamaban de Caláis. Dejó atrás la isla de Wight y la de Portland y arribó sin novedad a la bahía de Plymouth. Al aproximarse al puerto, Trenton distinguió varios navíos bien armados. No tardó en saber que formaban parte de una escuadra al mando del conde de Cumberland, que aguardaba órdenes para emprender una expedición de corso contra las posesiones españolas de ultramar.

En tierra, recorrió varias calles antes de dar con la casa de míster Doe, un conocido prestamista y banquero de la ciudad, a quien entregó en mano una carta de Drake. El banquero se colocó unas antiparras, rompió el lacre de la carta y se retiró hasta la ventana para leerla con mejor luz. A medida que avanzaba en la lectura, sus cejas dibujaban un peculiar vaivén: primero una se alzaba, luego descendía y después se fruncían ambas en un arrugado entrecejo para finalmente elevarse con expresión preocupada. Sacudió la cabeza con

resignación.

—Esperad hasta la noche —dijo al terminar—. Enviaré unos hombres de confianza para desembarcar los cofres.

—Como queráis —respondió Trenton—, pero no me separaré de ellos hasta que estén en su destino y vos me hayáis firmado el correspondiente recibí.

—Lo mismo iba a deciros, capitán —apuntó míster Doe con seriedad.

Bien entrada la noche, una cuadrilla de hombres con aspecto de rufianes se allegó a la Speedwell. Con ayuda de varios marineros, transportaron los cofres a tierra, no a la casa del banquero, sino a un almacén junto a la muralla. Allí, míster Doe redactó un documento certificando la entrega.

Trenton no quiso demorarse hasta el amanecer. Conocía bien la bahía, así que se hizo a la mar antes del alba. Con viento favorable, cubrió en una sola singladura la distancia hasta Portsmouth.

La antigua abadía de Saint James, donde residía su familia, quedaba a media jornada a caballo, pero Trenton no pensaba ir allí hasta haberse asegurado de que su tripulación recibiera las soldadas. Se dirigió, pues, al cabildo en compañía de su contramaestre, Hugh Hardinge. Fueron recibidos por uno de los regidores, un comerciante llamado Adams, que pronto dejó claro que no estaba dispuesto a ofrecerles ninguna ayuda.

—Esta ciudad ya ha pagado un impuesto extraordinario para sufragar los gastos de la guerra, señor Trenton. —Su tono era inapelable—. Y varios hombres leales, entre los que tengo el honor de incluirme, hemos armado y apertrechado, a nuestras expensas y con gran sacrificio, siete navíos para la flota de Su Majestad. Corresponde a la Real Hacienda hacerse cargo de las soldadas.

—Mis hombres sí que se han sacrificado —replicó Trenton, con más vehemencia de la habitual—. Llevan cinco meses de campaña, han combatido, han pasado hambre y calamidades, han enfermado y, por su causa, algunos han muerto. No podemos enviarlos de vuelta a sus casas con las manos vacías.

—Me pongo en vuestro lugar —respondió Adams—, pero no está en mi mano hacer nada por ellos.

Trenton lo evaluó con la mirada.

—Conozco bien Portsmouth. Es una villa próspera y sus arcas municipales pueden sufragar parte de las pagas debidas a mis hombres, si no en dinero, en especie. También podéis ayudar en costas a las viudas y haceros cargo de los enfermos más graves.

—Portsmouth no cuenta con hospital de misericordia.

—Pero sí con médicos y cirujanos competentes.

—No podemos obligarlos a practicar su ciencia gratuitamente.

Trenton intentó apelar a la humanidad del regidor, que se mantuvo en una obstinada negativa. Peor aún, parecía convencido de que actuaba con absoluta rectitud. Aquella intransigencia lo indujo a pasar de los ruegos a las advertencias.

—He visto que los almacenes de la ciudad están bien surtidos…

El regidor entrecerró los ojos.

—¿Qué queréis decir con eso?

Trenton se inclinó levemente sobre la mesa. Su voz sonó más baja, pero no menos firme.

—Un hombre desesperado es un hombre peligroso, señor Adams. Por última vez os pido que os hagáis cargo de mis hombres.

El regidor sostuvo su mirada sin pestañear.

—Y yo, por última vez, os digo que no.

El capitán apretó la boca y cerró los puños, presa de la contrariedad. Habría deseado golpear a aquel obtuso hasta tumbarlo. Nada se lo impedía, pero la oportuna mano de Hardinge sobre su hombro lo detuvo.

—Será mejor que volvamos a bordo.

Trenton lanzó una mirada encendida a Adams y, sin despedirse, dio media vuelta y se encaminó hacia el puerto. El paseo, sin embargo, no bastó para calmarlo. Lo sublevaba la falta de compromiso del regidor, su indiferencia ante el sufrimiento ajeno. En la pinaza, continuó dándole vueltas al asunto. Durante toda la tarde estuvo recorriendo sus cubiertas, las manos en la espalda y en el rostro una expresión tan hosca que ningún marinero se atrevió a dirigirle la palabra. Al anochecer pareció haber tomado una resolución. Reunió a la tripulación y le explicó que las autoridades no tenían intención de abonar sus pagas, al menos en el corto plazo. No les restaba, pues, otro camino que hacerlo por su cuenta.

Los hombres le mostraron su apoyo incondicional.

—Así se habla, capitán.

Poco después, bajó a tierra con los que se hallaban en mejor estado y los dividió en dos grupos. Al contramaestre, acompañado de una pequeña escolta, lo envió a buscar a uno de los médicos de Portsmouth para que atendiera a los enfermos más graves.

—No lo tratéis mal, señor Hardinge —le ordenó—, pero tampoco aceptéis un no por respuesta. Decidle que yo me haré cargo de sus honorarios.

Él, con el resto de los hombres, se encaminó a uno de los almacenes del puerto, que sabía bien surtido de grano y otros productos. Saltaron el candado y, con orden marcial, hizo sacar lo indispensable para que sus hombres pudieran satisfacer sus necesidades más inmediatas, además de un pequeño excedente para que llevaran a sus casas.

En la Speedwell lo esperaba el médico que había encontrado Hardinge, que examinó a los enfermos de mala gana.

—Tifus exantemático —diagnosticó con fastidio—. Deberían permanecer a bordo hasta que se curen.

—O hasta que mueran, que es lo más probable —replicó Trenton—. No, señor. Los enviaré a sus casas para que sus familias los cuiden.

—Si hacéis eso, la epidemia se extenderá.

—Si tanto os preocupa, recomendad al cabildo de la ciudad que los ingrese en un hospital.

El médico se encogió de hombros y pidió una libra por su trabajo. Un abuso que Trenton pagó religiosamente. Después desmovilizó a la tripulación, conforme a las órdenes de Drake.

—Haré lo posible por que os paguen lo adeudado, pero no os hagáis muchas ilusiones —les advirtió—. Y desapareced, antes de que se enteren de nuestra hazaña.

Se acostó casi de madrugada y durmió con la conciencia más tranquila. Por la mañana, cuando se disponía a partir hacia Saint James, fue detenido por el sheriff.

—¿Qué atropello es este?

—Quedáis arrestado por robo, secuestro y alteración del orden público —le respondió el sheriff, y ordenó a uno de sus ayudantes que le pusiera los grilletes y lo encerrase en la prisión.

5

Atlántico norte

Septiembre entró con mal pie. Las borrascas se sucedían sin pausa, azotando las embarcaciones y derrengando a las tripulaciones, y cada buque no podía

hacer otra cosa que velar por su propia ventura. Mientras una parte de la armada navegaba hacia la península ibérica, otras naves luchaban por alejarse de las traicioneras costas de Irlanda, o intentaban hallar en ellas abrigo para reparar daños.

La Santa Bárbara, aislada ya de su grupo, trataba de capear el temporal como mejor podía. A pesar de las maromas que ceñían el casco, la proa, dañada por los continuos golpes de mar, seguía embarcando agua, lo que obligaba a achicar día y noche. La inundación no sólo restaba maniobrabilidad al barco, sino que había arruinado gran parte de los víveres almacenados en la bodega. La galleta estaba húmeda, el tocino rancio y el queso enmohecido. El agua de las pipas se agotaba, y aunque se tendían lonas para recoger la lluvia, las olas que saltaban por la borda la salaban y hacían la labor inútil.

Los hombres no estaban en las mejores condiciones. Hasta los marineros más veteranos sufrían mareos por los constantes vaivenes. El agotamiento se sumaba al hambre, la humedad y el frío. El barbero de a bordo, cuya ciencia no daba para mucho, se limitaba a aplicar emplastos o recetar purgantes, hasta que estos se agotaron, como se agotaron las dietas especiales reservadas para los enfermos. Antonio de la Cruz, el fraile franciscano, lo ayudaba en lo que podía: vaciar orinales, llevarles el escaso rancho y, sobre todo, escuchar sus cuitas y aliviar sus almas.

Una tarde, un cometa apareció en el horizonte de levante. En la penumbra del atardecer, un punto de luz brillaba al final de una plumilla difusa. Hubo división de opiniones sobre su significado: para unos era una señal divina, una guía del rumbo a seguir; para otros, la clara advertencia de una catástrofe inminente.

Fuera o no una señal, al día siguiente el viento, el cielo y el mar se conjuraron para descargar su ira contra la Santa Bárbara. La durísima tormenta, con vientos huracanados del oeste, convirtió el océano en un caldero hirviente. Olas gigantescas se abatían sobre las cubiertas con la violencia de una catarata, zarandeaban la nave como una corteza, la alzaban hasta alturas que daban vértigo para sumirla después en horribles simas donde parecía que toda el agua del mundo habría de sepultarla.

Con el trapo recogido, daban proa a la tormenta y aguantaban sus embestidas. Los marineros, jugándose la vida en la jarcia, trataban de mantener el barco a flote, mientras los soldados se reventaban en las bombas. La tarde se volvió noche, y la noche un abismo negro iluminado sólo por relámpagos. En

un destello, creyeron ver a sotavento la silueta de otro navío, pero la luz lechosa del amanecer sólo reveló un océano vacío y amenazador.

En una tregua momentánea, sondaron la bodega, que ya hacía más de dos codos de agua.

—Así no hay forma de achicar, aunque desagüemos con baldes hasta morir —protestó Bravo, exhausto.

Duarte, a su lado, se encogió de hombros. Nada podían hacer sino desjarretarse en las bombas.

El temporal arreciaba. Las olas, más altas que nunca, destrozaban todo a su paso. El trinquete se desgajó, una de las maromas que ceñían el casco se rompió y el agua comenzó a colarse no sólo por la proa, sino también por los costados. Los cañones, destrincados de los bragueros, rodaban por la cubierta como bestias sueltas: uno cayó al mar, otro le rompió la pierna a un soldado, y los ladrillos del fogón, sueltos, cruzaban el barco como balas.

Los esfuerzos de los hombres, al límite de su resistencia, resultaban vanos ante aquella furia desatada. Un pájaro, perdido en la tormenta, se estrelló contra la ampolleta de la bitácora y la destrozó: mal presagio para una noche que se cernía como definitiva. Los soldados, rendidos, aguardaban el final, elevaban plegarias al cielo, hacían votos desesperados o pedían a fray Antonio confesión.

El contramaestre dio entonces la orden de virar y correr la tormenta por la popa. Bravo protestó.

—¿Estáis seguro? —le preguntó, con esa desconfianza que tiene del mar la gente de tierra.

—No veo otra manera de evitar el hundimiento.

Despuntó por oriente un alba timorata que les permitió entrever la costa irlandesa. A Duarte le pareció una visión fantasmal, suspendida entre la quimera y la pesadilla: un perfil de acantilados y picos afilados, envueltos en brumas, bajo un cielo gris y opresivo.

El viento y las olas los empujaban hacia la costa, por más que intentaran alejarse. Solano mandó ceñir todo lo posible, navegar en paralelo y buscar una bahía donde guarecerse. Pasaban las horas. Mediada la tarde, cargó el sudoeste y se vieron metidos entre las dos puntas de una embocadura. El peligro era grande y, por no dar al través, siguieron ensenada adelante, donde Nuestro Señor fue servido de que hallaran cierto resguardo. Se sondaban las profundidades constantemente hasta que el contramaestre ordenó que se

largara el ancla para fijar la urca al fondo.

—Más no puedo hacer —dijo Solano.

—¿Y ahora qué? —preguntó el capitán.

—Aguantar lo que se nos viene encima. —El contramaestre señalaba la negrura que dominaba el horizonte—. Y cuando amaine, habrá que vararla en la playa, reparar el casco y continuar el viaje.

Les sobrevino una nueva borrasca. Las olas barrían la cubierta con furia, mientras el cable del ancla se tensaba al límite de la rotura. Marineros y soldados, agotados pero tenaces, seguían luchando en las bombas. Duarte, con los músculos ardiendo, cumplía sus turnos con rabia, concentrado sólo en el presente.

—He mamado agua de mar desde la cuna —dijo el contramaestre en un breve descanso—, pero nunca me había enfrentado a una situación como esta.

Duarte no respondió.

Por la mañana, el cielo se despejó brevemente y los hombres pudieron observar el lugar donde se encontraban. La costa era baja, cubierta de un verde intenso y salpicada de peñascos. Una playa estrecha y rocosa recibía el constante embate de las olas, que levantaban espuma al romper y se retiraban burbujeantes. Entre la bruma se adivinaban las siluetas de algunas gentes que, desafiando al frío y el viento, se habían acercado a contemplar la urca.

—¿Serán naturales de esta tierra? —preguntó Eugenio López.

—¿Quiénes si no? —respondió el barbero Juan García, que se arropaba con una manta empapada.

—O una patrulla inglesa —terció un soldado joven, instruido y vivaz, cuya opinión valoraban sus camaradas.

Pese a la cercanía de la tierra, la situación seguía siendo dramática. El mar, todavía muy picado, continuaba azotando el casco. La fuerte resaca amenazaba con arrastrar la urca hacia el interior de la ensenada, el cable del ancla, cada vez más tirante, amenazaba con ceder y las afiladas rocas que asomaban a flor de agua auguraban un desastre si la nave derivaba más.

El cielo volvió a cerrarse y el viento cargó con renovada furia. La costa se desdibujó, y por el lado del mar asomó un gran buque que navegaba del través. Estaba maltrecho, con las velas hechas jirones. Al avistarlos, modificó su rumbo para intentar aproximarse a la ensenada, pero debieron de considerar demasiado peligrosa la embocadura y volvieron al mar abierto para correr la tormenta. Su silueta aparecía y desaparecía entre las olas hasta que se perdió

tras la espesa cortina de lluvia.

—Se me hizo un galeón —aventuró el capitán.

—A mí, una nao levantina. Quizá la Regazona —opinó el contramaestre.

Duarte recordó que en esa nave viajaban un par de viejos compañeros y rogó por que el destino les fuera propicio.

Al día siguiente, el mar cargó tanto que el ancla garreó e hizo derivar la urca hacia la costa. Los hombres fijaban sus miradas en el cable, como si con sus ojos pudieran reforzar su firmeza. Sin embargo, la embarcación continuó su lenta deriva hasta chocar contra una restinga rocosa que emergía en el centro de la rada.

El golpe, fortísimo, hizo rodar por las tablas a quienes no estaban bien aferrados. El crujido de la madera al ser destrozada por la piedra pareció brotar de una garganta monstruosa. La Santa Bárbara quedó fuertemente encallada. Los soldados, alterados, se temían lo peor. Fray Antonio, con la cruz alzada, convocaba al rezo a quienes quisieran unirse a él. Otros, en cambio, se asomaban a la borda y retrocedían atemorizados al ver cómo el oleaje espumeaba alrededor del casco.

El capitán Bravo salió a cubierta y se dirigió a Duarte.

—¿Qué diablos ha ocurrido?

—La popa ha encallado en esas rocas —respondió Duarte, señalando hacia abajo.

—¿Nos hundiremos?

—No de inmediato.

—¿Qué queréis decir?

—Justamente eso, capitán. El contramaestre ha bajado para evaluar los daños.

En ese momento lo vieron emerger por una de las escotillas, en compañía del carpintero y del calafate.

—La roca ha abierto una buena vía de agua en la aleta de babor, junto a la popa, y el eje del timón se ha roto —informó con calma, pese a la gravedad de sus palabras.

—¿Hay alguna buena noticia? —preguntó Duarte.

—La marea apenas ha empezado a bajar, y tenemos varias horas para abandonar la nave. La misma roca que ha horadado el casco actúa de tapón.

—¿Podremos repararla?

—Dependerá del temporal. Si sigue azotando así y la desencalla, se hundirá

en un santiamén. Lo que se impone es llevar a la gente a tierra.

Tras mucho debatir, acordaron botar el esquife y tratar de alcanzar la playa para pedir ayuda a los lugareños que, cada vez en mayor número, se arremolinaban en ella. Necesitarían varios botes para evacuar a la tripulación y parte de la carga. Sin embargo, el mar mostraba tal cara de perro que nadie se ofreció voluntario, y el contramaestre tuvo que designar a los dos remeros que irían en el esquife. El capitán Bravo, por su parte, señaló a Duarte.

—Vos conocéis la lengua de los herejes —le explicó.

—Apenas unas palabras.

—Más que yo.

—Los naturales de esta tierra hablan otra lengua. —Duarte recordaba lo que un irlandés que viajaba en el San Martín le había contado sobre el gaélico. Pero, por no parecer cobarde, se calló y acató las órdenes.

—Que os acompañe también el fraile, que sabe latín —ordenó Bravo. Y fray Antonio tragó grueso y subió al esquife.

III

1

La Coruña

El arenal de la Marina estaba alborotado aquella mañana.

En realidad, la ciudad llevaba meses con un ajetreo fuera de lo habitual. A finales de la primavera, la Gran Armada había hecho escala en su bahía de camino hacia Inglaterra. Más adelante, durante el verano, se convirtió en el principal centro de almacenamiento de pertrechos y provisiones para la empresa. Y ahora, en otoño, era puerto de recalada para algunos de los navíos que estaban regresando.

La primera en arribar fue la nao San Bartolomé, de la escuadra de Castilla; luego, la urca Sansón y el galeón San Bernardo, de la escuadra de Portugal. Aquella mañana de octubre, dos pataches hicieron su entrada en la bahía, seguidos poco después por un enorme galeón, maltrecho, con las velas desgarradas, el bauprés y el trinquete rendidos y el casco cubierto de remiendos. Dejó a babor la punta de Mera, se adentró en la ensenada, viró con esfuerzo, rodeó trabajosamente el islote de San Antón y fondeó a un cable de la playa. Las portas de los cañones estaban cerradas y sólo algunos versos y falconetes asomaban en los castillos de proa y popa. Antes siquiera de botar su chalupa, una decena de barquichuelas de pescadores se abarloaron a sus costados. Parecían vivaces pececillos junto a una ballena exhausta.

Gabriel del Puerto y Martín Robledo observaban en la orilla la maniobra. Desde la borda del galeón comenzaron a lanzarse cabos, y al poco, los hombres de la tripulación descendían hasta las barcas en un lento goteo. Venían derrengados, macilentos, sucios. Enfermos. Algunos se apoyaban en compañeros para andar; otros eran transportados en andas. En cuanto tocaban tierra, los rodeaba la multitud, deseosa de ayudarlos, de ofrecerles agua, comida, o simplemente de conocer su suerte.

—¿De qué barco se trata? —preguntó Martín a un curioso que pasaba junto a ellos.

—Del galeón San Juan —respondió el hombre, y antes de proseguir su camino, añadió—: Dicen que a bordo viene el almirante Recalde.

Una cuadrilla de alguaciles, con las varas en alto, trataba de abrirse paso entre el gentío para acercarse a los recién llegados. Una mujer con un cesto de sardinas en la cabeza pregonaba su mercancía; otra vendía hogazas de pan recién horneado, cuyo aroma abría el apetito. Niños de todas las edades correteaban por la arena o jugaban con las olas. Una línea de algas oscuras marcaba la última marea. Grupos de soldados arribados en otros barcos pululaban por la playa, deseosos de conocer la suerte de sus camaradas.

Después de un buen rato curioseando y de hablar con un marinero que les confirmó que el almirante Recalde venía, en efecto, a bordo y se hallaba muy enfermo, Gabriel y Martín se internaron en el barrio de la Pescadería.

El día era fresco y despejado. Una brisa bonancible que soplaba del mar había facilitado la entrada del galeón. La Pescadería, situada en el istmo que unía la ciudad vieja con el continente, estaba flanqueada por dos playas: Orzán miraba al mar, y la Marina, a la bahía. Lo que antaño fuera un arrabal de pescadores, extramuros de la villa, se había transformado con el tiempo en un barrio pujante y populoso donde concurrían viviendas humildes con casas de artesanos y elegantes quintas de prósperos armadores. No le faltaban iglesias, conventos, una parroquia ni un buen hospital: el de San Andrés.

Tras callejear unos minutos, los amigos se detuvieron ante una casa de dos plantas. La inferior, de piedra irregular pero bien asentada, mostraba solidez; la superior, repellada con argamasa, lucía una uniformidad simplona, rota por un balcón con balaustrada de granito.

—Por fin, caballeros —los saludó la voz alegre de una mujer que barría frente a la gran puerta, más de cuadra que de vivienda. Apoyó el escobón en la fachada y besó a Gabriel en la mejilla. Luego hizo lo propio con Martín. Del interior salía un olor a suero y uvas maduras.

—Estáis más hermosa que nunca, Marcia —dijo Martín, con una sonrisa pícara.

—El piropo no os librará del rapapolvo, viejo truhan —respondió ella—. Llevo más de una hora esperándoos. He barrido el patio, la casa y hasta la entrada.

—No le eches la culpa, esposa —intervino Gabriel—. Nos entretuvimos viendo atracar otro de los barcos de la armada.

—Conque por eso tanto trajín.

—Exacto. Pero ya nos ponemos manos a la obra.

Entraron en la casa y depositaron sus alforjas. La de Martín, más pesada, contenía herramientas; la de Gabriel, escuadras para fijar unas baldas. Se aplicaron al trabajo sin demora, y durante un buen rato la vivienda resonó con los golpes estridentes del cincel contra la piedra, el sordo sonido de las tablas, el martilleo acompasado sobre los clavos, las voces cruzadas, algún estornudo por el polvo desprendido y más de un reniego por un golpe torcido o una astilla traicionera.

Gabriel y Marcia acababan de mudarse a aquella casa de la calle de la Estrella, sencilla pero acogedora. Se habían conocido años atrás en las Azores, tierra natal de ella, y se habían casado y establecido en La Coruña, donde vivía un tío de Gabriel. Los hermanos Del Puerto —Sancho, Antonio y Santiago— eran armadores y comerciantes. Dirigían una sociedad con licencia de la Casa de Contratación para comerciar con las Indias. Sancho desde La Coruña, Antonio desde Sevilla y Santiago desde Veracruz habían conseguido salir adelante y prosperar gracias al esfuerzo, el ingenio y la resolución de los tres. Santiago, padre de Gabriel, murió en un ataque pirata, y Sancho le ofreció a su sobrino asociarse con él en la empresa familiar.

Tras un periodo de felicidad, ciertos malentendidos y desavenencias separaron a los cónyuges: Gabriel se dedicó al corso en las frías aguas del norte y Marcia recaló en Londres, junto a sus hermanos, donde se vio involucrada en asuntos de inteligencia. Pero el destino, caprichoso o providente, dio en reunirlos y traerlos de vuelta a La Coruña.

Martín Robledo, viejo amigo de Gabriel, cambió años atrás la espada por el yunque, abrió una herrería en la parte alta de la ciudad e intercambió los votos con una coruñesa.

—La segunda balda está torcida —observó Marcia.

—Y una leche —replicó el herrero. Se alejó unos pasos y examinó la estantería—. Está en su sitio. Y si acaso hubiera alguna inclinación, los libros asentarán mejor.

—No es para libros, señor Robledo, sino para avíos de costura —lo corrigió Marcia—. ¿Os quedaréis a almorzar?

—Me encantaría, pero Antoñita no gusta de comer sola. Y ya conocéis su genio.

Gabriel asintió, aún acalorado. Conocía bien el humor de la mujer del herrero.

—Pero un tentempié no me lo negaréis —insistió Marcia. Y al punto colocó sobre la mesa queso fresco, pan, uvas, una jarrilla de vino y tres tazas.

Mientras los hombres bebían y comían, Marcia los escuchaba atenta. Gabriel y Martín habían navegado juntos en el Caribe, con un buque pirata, y rara era la ocasión en que su conversación no derivaba hacia las andanzas y malandanzas de aquella época.

—A veces me pregunto qué habrá sido de Yabama —dijo Martín, mientras se escanciaba otra taza—. ¿Te acuerdas? ¿Y de aquella india con la que te casaste?

Gabriel masticaba en silencio. Con vino, su amigo se volvía indiscreto.

—Jutum —respondió al fin.

—¡Qué mujer!

—¿Cuál de las dos? —preguntó Marcia, con un tono que puso a Gabriel en alerta.

—Yabama —dijo Martín—. Más arrecha que cualquier hombre.

Las campanas de San Jorge tocaron el ángelus.

—¡Cuerpo del mundo! Qué tarde es —exclamó Martín, y se levantó y se echó al hombro el saco con las herramientas—. Disculpadme, el deber me llama.

Lo acompañaron hasta la puerta, que había permanecido abierta. Un enjambre de moscas revoloteaba en los rayos de luz que se colaban por ella. Justo entonces llegó una mujer que llevaba un pequeñín en brazos.

—Señor Robledo, me alegra veros.

El hombre respondió cortésmente al saludo, le hizo un par de cucamonas a la carita que asomaba entre un lío de paños y arrugó la nariz.

—Este muchachito necesita que lo limpien —dijo, antes de emprender la marcha.

—Qué prisa tenía don Martín —comentó la joven madre.

—No es para menos, Isabel. Lo espera su esposa —apuntó entre risas Marcia.

Isabel del Puerto, la hermana menor de Gabriel —los demás hermanos residían en Veracruz—, cruzó el zaguán, dejó a su hijo sobre la mesa y fue en busca de una palangana y trapos. Marcia retiró los restos del aperitivo y Gabriel se entretuvo con su sobrino. Un bebé como casi todos, con la piel sonrosada, los ojos oscuros y una expresión tranquila. No hallaba en él ningún rasgo que le recordara a su madre, en contra de la opinión de Marcia, que

insistía en que era un Del Puerto de pura cepa. Acercó su dedo índice a la naricita del niño y la acarició. El bebé seguía con los ojos el movimiento de su dedo.

Isabel regresó con la palangana llena de agua. Con destreza fue desvistiendo al pequeño Santiago, le quitó el pañal, que puso a un lado, lo lavó con agua y jabón, susurrándole arrullos, lo secó y le colocó un trapo limpio en la entrepierna.

—El tío Sancho quiere verte —dijo de pronto Isabel.

—¿Sabes para qué?

—Algo relacionado con Portugal —respondió ella, sin apartar la vista del niño. Isabel se había aficionado a la religión y pasaba parte de su tiempo en el convento de la Orden Tercera de Santa Bárbara, que se hallaba en la ciudad vieja, frente a la casa de su tío.

—Iré por la tarde.

Pero la tarde se le fue a Gabriel en atender los múltiples arreglos que exigía la recién estrenada vivienda. El corral, aunque pequeño, estaba cubierto de cardos y maleza, el emparrado, medio caído, y la palizada que lo separaba de otros huertos tenía algunos maderos podridos. Pasó horas arrancando hierbajos, apilando restos de madera, retirando piedras, reforzando estacas y clavando travesaños sueltos.

Al caer el sol, empapado en sudor y con los músculos doloridos, pensó en la visita pendiente a su tío Sancho y le dio pereza allegarse hasta su casa. Había pasado tanto tiempo embarcado y lejos de los suyos que ahora, al compartir techo con Marcia, su hermana y el pequeñín, se daba cuenta de lo mucho que añoraba la vida familiar.

Cenaron unas migas de gato: un plato sencillo pero sabroso. Aunque podían permitirse una sirvienta, Marcia no quiso contratarla. De momento, se iban apañando entre las dos mujeres.

La noche cayó de golpe. Isabel subió a acostar a su hijo y ya no bajó. Dormía en la habitación de la planta superior, menos húmeda, aunque algo más fresca. Marcia encendió el candil de aceite que colgaba de una de las vigas del techo de la cocina, se acomodó en el arquibanco y se enfrascó en su labor de costura. Le estaba tejiendo unas calzas de lana a Santiaguillo. Gabriel la acompañó en silencio. Fuera, en algún corral, rebuznaba un jumento, el viento soplaba con más fuerza y el oleaje batía en la playa.

—¿Quién es esa Yabama?

Gabriel estaba preparado para aquella pregunta. Yabama, una mujer mestiza y extraña, lo había ayudado a salir adelante en la época que pasó entre piratas. Lo amó con una pasión intensa y posesiva, y tiempo después se separó de él por voluntad propia, en una isla cualquiera del Caribe. Todo eso sucedió muchos años atrás, antes de conocer a Marcia. Su esposa, sin embargo, era curiosa y tenaz, y no cejaría hasta saberlo todo. Oponerse resultaba inútil, así que Gabriel optó por contarle una versión endulzada de la verdad. Marcia lo escuchó sin interrumpir. Al final, dejó su labor y lo abrazó. Su cabello olía a humo; su cuerpo, a jabón y a humanidad. Un olor familiar y saludable.

—¿Te gustaría tener otro hijo? —le susurró al oído.

—Cada día te lo demuestro. ¿Por qué lo preguntas ahora?

Ella no respondió enseguida. La llama del candil, alargada y oscura, se fundía en una columna de humo. Las piedras de las paredes, iluminadas por su luz temblorosa, dibujaban sombras caprichosas.

—Quizá esté embarazada —dijo al fin, y se apretó más contra él.

Gabriel le besó los ojos, posó la mano sobre su vientre y la movió con suavidad sobre la tela. Luego, la mano subió hacia sus pechos y acarició sus redondeces. Marcia, que aquel día no había salido de casa, vestía una blusa sencilla con un corpiño cerrado por cordones, que él comenzó a desatar.

—Nos puede oír tu hermana —susurró ella.

—Estará dormida —respondió Gabriel, mientras le subía la falda y las enaguas. Sus dedos acariciaron el tobillo, la pantorrilla, y progresaron con lentitud hacia el muslo.

—Mmm… El bebé podría despertarse —murmuró Marcia, en un tono entre protestón y rendido.

La mano de Gabriel alcanzó el regazo de su esposa, buscando su calor más íntimo.

—Ese diablo duerme como un lirón —aseguró. Y temiendo que ella lo hiciera desistir, la alzó en vilo, la llevó a la alcoba y cerró con firmeza la puerta.

—¿Algo más que alegar?

—El candil, marido. Has olvidado el candil —rio ella, con voz sofocada.

—Vas a apagar mi ardor —rezongó Gabriel, pero salió de la alcoba, volvió con el candil y lo colgó de un travesaño—. ¿Queréis que lo apague, mi señora?

—Dejaos de pretextos y venid a mí, caballero.

2

Ensenada de Carna, Irlanda

El bote, con sus seis tripulantes a bordo, se alejó de la nave por la banda de tierra. Si el mar se permitía jugar con una urca de cuatrocientos toneles, el esquife semejaba una hoja atrapada en un remolino. Avanzaron con grandes dificultades, embarcando agua que Duarte y el fraile achicaban a baldes. Los marineros pugnaban por alcanzar la parte más arenosa de la ensenada, pero las olas no daban tregua y la corriente los arrastraba hacia una cresta rocosa que, a su derecha, les mostraba los dientes. En aquellos momentos, el mundo se reducía al torbellino de agua que los envolvía; la tierra parecía lejana, perdida tras la cortina de lluvia.

Frágil y vulnerable, la embarcación luchaba por mantenerse a flote. Los remeros sudaban, jadeaban y miraban con espanto la espumeante cresta. Sus esfuerzos por esquivarla fueron inútiles: una ola lateral los golpeó de lleno y los estrelló contra ella cuando aún faltaba un cable para alcanzar la orilla.

El esquife se astilló y no tardó en hundirse. Duarte, atrapado por las olas, logró a duras penas deshacerse de la capa y los zapatos y nadó con brío para alejarse de las rocas. El agua estaba helada. Se había criado junto al mar y aprendido a nadar desde niño, pero nunca lo había hecho en condiciones tan extremas. La resaca tiraba de él mar adentro, y juzgó más sensato avanzar en diagonal, buscando la playa poco a poco. Pronto notó la fatiga. Las ropas mojadas lo lastraban; alguna ola más violenta lo hundía, le hacía tragar agua y emerger desorientado, con los pulmones a punto de estallar. El frío empezaba a embotarle el cuerpo. La playa, que no distaba ni cien varas, se le antojaba estar a una milla. *Señor, Señor, ten misericordia de este pecador,* rogaba en silencio, y, cuando ya daba la vida por perdida, sintió el fondo bajo los pies.

Al acercarse a la orilla, divisó figuras moviéndose. Trató de avanzar, pero otra ola lo derribó y lo estrelló contra una roca oculta. Un dolor agudo le recorrió la frente y el mareo lo dejó casi inerte. Con un esfuerzo sobrehumano, se enderezó. Chorreando agua, temblando de frío y escupiendo, dio unos pasos tambaleantes y cayó de hinojos sobre los cantos rodados de la playa.

Alguien le habló en un idioma desconocido. Duarte se limpió el rostro con las manos, que retiró ensangrentadas. La frente le dolía, las sienes le latían con violencia. Una mano le arrebató el crucifijo del cuello con tal fuerza que le desolló la piel. Alzó la vista y vio a un hombre pelirrojo, vestido con harapos,

que examinaba el objeto con ojos brillantes. A su alrededor, una decena de isleños gritaba y gesticulaba. Uno de ellos lo sujetó por la ropilla e intentó arrancársela. Duarte, con las pocas fuerzas que le quedaban, se zafó, se puso en pie y trató de empuñar la daga que colgaba de su cintura. La vaina estaba vacía. Una patada en el corvejón lo derribó de nuevo. Cubrió su cabeza con las manos y, acurrucado, se encomendó al Altísimo. Pero los isleños no buscaban matarlo, sino despojarlo de sus pertenencias.

De pronto, los asaltantes detuvieron el saqueo y Duarte alcanzó a entrever a un gigante barbado que gritaba y les hacía señas para que se apartasen. A su lado marchaban fray Antonio y uno de los remeros. El fraile, con las ropas talares empapadas y remangadas, las piernas delgadas y velludas, y los pies cubiertos de arena, ayudó a Duarte a levantarse mientras le explicaba que había logrado comunicarse por señas y en latín con aquel gigantón, que le había dicho que se hallaban en la ensenada de Carna. El hombre debía de tener algún rango, o al menos autoridad entre los suyos, pues consiguió que le devolvieran a Duarte la ropilla y el jubón, aunque no el crucifijo.

—¿Y el otro marinero? —preguntó el sargento.

—Se ahogó —respondió su compañero.

Superado el desconcierto, el gigante, que según fray Antonio se llamaba Burke, los condujo aparte para poder conversar con más calma. Duarte le explicó, con ayuda del fraile, la necesidad urgente de evacuar a la tripulación. El irlandés asintió y respondió que podía reunir varias barcas, pero que el rescate era peligroso y exigiría un alto precio.

—¿Cuánto?

—Monedas de plata. Muchas.

—¿Cuántas?

—Muchas.

Fray Antonio calificó la exigencia de robo. Burke replicó que ya hacía bastante con contener a los suyos, y que, con tropas inglesas merodeando por la zona, el tiempo apremiaba. Esta breve plática requirió bastante tiempo, muchas señas, latinajos y equívocos, hasta que acordaron que Burke acompañaría al fraile a bordo de la Santa Bárbara para negociar el rescate directamente con el capitán.

Una barca apareció de improviso, y el gigante se embarcó junto con fray Antonio y el marinero superviviente. Duarte, desde la orilla, los vio sortear con habilidad las primeras olas, rebasar la cresta rocosa y abarloarse a la urca, cada

vez más castigada por el oleaje. Mientras tanto, los isleños trajeron cinco botes de distintos tamaños y calidades por un sendero que desembocaba en la playa.

Al sentirse más seguro, al menos por el momento, Duarte empezó a observar a la gente que lo rodeaba. Había hombres y mujeres de todas las edades, vestidos con sayas toscas y capas de lana basta, colgadas de cualquier manera. Algunos señalaban la urca; otros lo miraban a él con curiosidad. Un grupo de niños semidesnudos correteaba por la orilla. A ambos lados de la estrecha playa, paredes rocosas, oscuras y amenazadoras, se alzaban como guardianes, golpeadas sin cesar por las olas. El mar seguía agitado, gris y ominoso. El horizonte, devorado por negros nubarrones, anunciaba tempestad. Más allá, difuminados por la lluvia, se vislumbraban cerros grises y algún caserío disperso.

Dos hombres se acercaron a Duarte y le hablaron en su lengua. Su tono parecía cordial. Duarte, fatigado y aturdido, observó sus manos y trató de interpretar los gestos. Entendió, o creyó entender, que le hablaban de otro naufragio, hacia el norte. Por señas, les preguntó por su aldea, y los hombres señalaron la vereda por la que habían traído las barcas. Uno de ellos, golpeándose el pecho y luego el de su compañero, dijo:

—O'Shea.

Duarte dedujo que era el apellido de su clan y, por cortesía, les dijo su nombre.

—*Dwart* —repitió uno de ellos.

Al cabo de un rato, el bote regresó con el capitán Bravo y varios soldados. Burke descargó un cofrecillo pesado y lo mostró a los suyos, que prorrumpieron en gritos de alegría y quisieron meter las manos en él. Su cabecilla no se lo permitió.

—Unos saqueadores desalmados, sargento —dijo Bravo con furia mientras señalaba el cofrecillo—. Han exigido un rescate desproporcionado, y, para colmo, se han apoderado de los objetos de valor que traíamos encima.

Duarte comprendía la frustración del capitán, pero sabía que en ese momento la prioridad era salvar la vida. Estaban en tierras nominalmente inglesas, rodeados de desconocidos y posibles enemigos. Lo demás podía esperar.

—¿Y las armas? —preguntó.

—Que intenten quitárnoslas.

El rescate prosiguió con una mezcla de desorden y precipitación. A los botes

se sumaron un par de balsas rudimentarias que a Duarte no le inspiraban ninguna confianza, aunque los isleños las botaron sin titubear. Una de ellas fue devuelta por las olas dos veces antes de que sus ocupantes se dieran por vencidos.

—Vaya tropa —masculló Bravo, al presenciar el fracaso.

—Olvidad las quejas, capitán, y seguidme —intervino fray Antonio con inesperada firmeza—, que aún hemos de decidir qué hacer y adónde ir.

La determinación del fraile molestó a Bravo e impresionó a Duarte.

—Porque vestís hábitos no os respondo como merecéis —le espetó el primero.

Los isleños rescataron a la dotación en varios viajes. Los náufragos se agrupaban en un extremo de la playa, al amparo de un saliente rocoso, empapados y abatidos. Algunos permanecían de pie, vigilantes, mientras otros se dejaban caer sobre los cantos. Todavía conservaban sus armas, aunque la humedad había echado a perder la pólvora de los arcabuces. Eugenio López le entregó a Duarte su espada: un terciado sencillo de cuatro palmos, con la empuñadura reforzada por dos aros.

El contramaestre Solano llegó en el último viaje.

—No queda nadie a bordo —informó.

—¿Y qué hacen aquellos? —preguntó el capitán Bravo. Dos barcas estaban abarloadas al costado de la urca, y sobre cubierta se distinguían varias figuras.

—Robar lo que puedan.

—¡La puta que los parió! —juró Bravo, y fue hacia donde estaba Burke, que desde un montículo dirigía las operaciones en la playa.

—Vamos —le dijo Duarte al fraile.

El capitán increpó al gigante con dureza mientras señalaba hacia la urca. Burke descendió del montículo, se encaró con él y le respondió en su lengua, sonriendo, con una calma que parecía burla. Le sacaba una cabeza. Al ver a fray Antonio, cambió al latín y le dijo que, en aquella tierra, saquear un pecio era un derecho consagrado. Cuando el fraile tradujo la respuesta, el capitán llevó la mano a la empuñadura de su ropera, pero un irlandés que se había acercado por detrás le dio un garrotazo y se la arrebató.

Los hombres, al ver lo que sucedía, se incorporaron; los dispersos se reagruparon y, en pocos instantes, habían formado un cuadro irregular pero amenazante. Un repentino silencio se extendió por la playa. Un irlandés desenvainó un cuchillo; otro alzó un garrote; unos chiquillos arrojaron piedras

contra los extranjeros y una mujer lanzó un chillido agudo antes de avanzar hacia ellos. En un abrir y cerrar de ojos se había formado un corro vociferante alrededor de los náufragos. Fray Antonio, que estaba algo alejado, se remangó el hábito y corrió hacia los suyos. Si la situación no hubiera sido tan dramática, Duarte se habría reído de sus torpes saltos.

—¡Bajad las armas, por Dios! —gritaba. Y les endilgó un discurso atropellado que surtió efecto. Los náufragos depusieron su actitud belicosa, y los isleños, algo más calmados, los dejaron tranquilos.

A media mañana, la tormenta arreció. La lluvia caía con furia, y el viento y el oleaje zarandeaban la urca con tanta violencia que lograron desencallarla y, en cuestión de minutos, se fue a pique. La rapidez del hundimiento impresionó a Duarte: en un instante, el mar había engullido al barco y a los saqueadores que aún estaban a bordo. A pesar de la tragedia, suspiró con alivio: podrían haber sido ellos los ahogados.

—¿Cómo haremos para volver a España? —preguntó Celestino Solano. Pese a la reciedumbre de su porte, parecía verdaderamente desolado.

—Esa urca tenía difícil arreglo —respondió Bravo.

—Y ahora no tiene ninguno.

—Cierto —intervino Duarte—. Ahora nuestro futuro está aquí, en esta isla. Será mejor que hagamos de la necesidad virtud y busquemos llevarnos bien con ellos.

Bravo lanzó una mirada de reproche a su sargento; frases como esa debería ser él quien las pronunciara.

La resaca no cesaba de arrojar bultos a la orilla: cajas, arreos, bancos, cofres, escudillas y cucharas de madera, barricas, que eran recogidas con presteza y trasladadas a donde quiera que vivieran aquellas gentes. Al cabo de una hora, la playa comenzó a vaciarse. La exposición prolongada al viento y a la lluvia tenía a los hombres ateridos y tiritando; algunos tosían. Los que portaban capas o mantas se las ceñían al cuerpo, aunque estuviesen empapadas. Hacía días que estaban mojados, y Duarte veía a su alrededor rostros pálidos, ojerosos y cargados de preocupación.

Burke les ofreció refugiarse en su aldea, al menos por aquella noche, pues corrían rumores de otros naufragios.

—Las tropas inglesas de Galway están alerta —dijo por boca de fray Antonio—. Patrullan las costas, apresan y ahorcan a los españoles. Podrían llegar aquí en cualquier momento, y nosotros no tenemos cómo protegeros.

Incluso podrían tomar represalias contra nosotros por haberos cobijado.

—¿Y entonces? —inquirió Duarte.

—La aldea de Carna y las tierras colindantes pertenecen al clan de los O'Flaherty, a quienes los ingleses respetan. Su señor principal, Morogh O'Flaherty, vive en el castillo de Aughnanure, a un día de marcha desde aquí. Podemos conduciros hasta él.

El capitán Bravo, aunque desconfiaba de aquel irlandés, sabía que la situación era muy apurada.

—Iremos a la aldea —sentenció tras meditarlo un instante—, y mañana decidiremos qué hacer.

3

La Coruña

Antes de visitar a su tío, Gabriel recorrió el puerto. La Coruña no era una ciudad de especial relevancia en el comercio del reino, pero su movimiento no era desdeñable: la bahía, ocupada por medio centenar de embarcaciones menores, casi todas de pequeños comerciantes, y otras tantas lanchas de pescadores, transmitía una impresión de constante actividad.

El galeón San Juan permanecía en el mismo lugar donde había fondeado. Más al sur, cerca del castillo de San Antón, se hallaba en carena la fragata de Gabriel, la Portuguesa. Vista desde lejos parecía una nave modesta, pero él conocía bien sus virtudes. Adquirida en Flandes, había realizado con ella varias campañas de corso en los mares del norte capturando presas que le habían reportado renombre y buenos beneficios. Ahora comenzaba una nueva etapa. Le había prometido a Marcia abandonar la vida incierta del corsario y dedicarse a una ocupación menos arriesgada.

La casa de Sancho del Puerto ocupaba un lateral de la plaza de Santa Bárbara, dentro de las murallas de la villa. Tenía un patio central empedrado y porticado, al estilo de las *domus* romanas, y un salón decorado con sobriedad donde Gabriel halló a su tío y a su primo Froilán conversando animadamente sobre el asunto del día: el lamentable estado de salud de Recalde. Tras haber cumplido con las autoridades locales y acomodado a sus hombres, el almirante se había retirado a una celda del convento de San Francisco en busca de reposo para el cuerpo y sosiego para el alma.

—Toda una hazaña la de Recalde —comentaba Sancho del Puerto—. El San Juan fue de los más resueltos en los combates contra los ingleses. A causa de los daños recibidos, se vio forzado a recalar en Irlanda para hacer algunas reparaciones y reponer aguada. El capitán de uno de los pataches asegura que el almirante veló por la armada más que por sí mismo, que auxilió a otros navíos y que logró alcanzar puerto a pesar de los temporales y del estado de su buque.

—Lo prodigioso —añadió Froilán— es que haya podido navegar con una tripulación tan diezmada. Más de la mitad de los hombres ha sido llevada al hospital de campaña.

El arribo escalonado de buques a los puertos gallegos, con tripulaciones en un estado deplorable, había obligado al gobernador de Galicia a habilitar un hospital de campaña siguiendo órdenes reales. En realidad, la ciudad entera estaba desbordada por el advenimiento de todas aquellas tropas que requerían no sólo cuidados médicos, sino también vestido, alimento y alojamiento. Mientras aguardaban ayudas mayores, el cabildo municipal y el gobernador entregaron a los soldados un socorro de cincuenta reales para mantenerse durante un mes. Y a los marineros los proveyeron de ropa limpia y comida fresca, y los obligaron a permanecer a bordo.

Aun así, muchos particulares y cofradías, movidos por la caridad o el patriotismo, les ofrecieron ayuda de manera espontánea. Además, dada la escasez de médicos y otros sanitarios, frailes y monjas acogían y cuidaban a los enfermos en sus conventos.

Pero, por interesante que resultara aquel asunto, la razón por la que Sancho del Puerto había citado a su sobrino era otra.

—Mucho ha llamado la atención tu fragata, Gabriel, diferente a otras de su tipo. Varios de mis conocidos han elogiado lo ligera y maniobrable que parece.

—Y su escaso calado —añadió Froilán.

—Las costas de Flandes están plagadas de bancos de arena, y el menor calado permite franquearlos y pasar por lugares donde los buques de guerra, más pesados, embarrancan. Más de una vez hemos podido escapar así de nuestros perseguidores.

—Habría que ver si aguanta en aguas oceánicas.

—No lo dudéis, tío. Con ella he navegado por mares boreales, rodeado Escocia y alcanzado Islandia.

Sancho alzó las cejas, entre sorprendido y escéptico, mientras que Froilán no

ocultaba su admiración. Poseía una franqueza natural que le permitía reconocer sin reparos el mérito ajeno.

—Me alegra que la vean con tan buenos ojos. Eso, sin duda, incrementa su valor.

—No te alegres tanto, sobrino. En estos momentos escasean los buenos barcos, y no hay autoridad que vacile en incautarse del que le convenga —dijo Sancho, más serio—. En fin, vayamos a lo sustancial. La unión de Portugal a la Corona ha abierto las rutas orientales, monopolizadas hasta ahora por nuestros vecinos, y nos ofrece la oportunidad de probar fortuna en el comercio de las especias, que tantos beneficios promete.

—Mi padre, en su día, ya pensó en ello —reconoció Gabriel. En realidad, la desgraciada muerte de su padre se produjo cuando viajaban a las Azores para cerrar un trato con un ricohombre portugués afincado allí.

—Lo sé, lo sé. —Sancho suspiró y por un instante su mirada se perdió en los recuerdos de su hermano—. El caso es que Lisboa sería el lugar idóneo para establecer una hijuela de nuestra casa comercial, y tú, la persona adecuada para llevarlo a cabo.

Gabriel asintió. Era un asunto que ya habían tratado.

—Estoy de acuerdo, lo sabéis. Y también Marcia.

—Bien, bien. Pero los portugueses no nos lo pondrán fácil. Antes de lanzarnos a la empresa de Lisboa, he considerado prudente obtener cartas de recomendación dirigidas a sus autoridades civiles y eclesiásticas. Sé por experiencia que los buenos padrinos y los doblones de oro son los mejores avales. Por eso he solicitado audiencia con el marqués de Cerralbo, con quien he hecho más de un negocio, para pedirle que nos respalde.

—Vos sabéis más que yo de estas materias. Cuando os parezca oportuno, visitamos al señor gobernador.

—No es tan sencillo. El marqués es un hombre atareado, en especial ahora, con la atención a las dotaciones de los buques retornados. No sé cuándo nos concederá audiencia. Quizá mañana, quizá en noviembre.

—Cuando sea —convino Gabriel—. No tengo intención de moverme de La Coruña.

Finalizada la plática, Gabriel regresó a su casa, donde halló a Marcia meciendo al pequeñín.

—Shhh. No hagas ruido. Me ha costado mucho dormirlo —le dijo con una sonrisa tierna—. ¡Qué preciosidad! ¿No crees?

—Claro. ¿Dónde está su madre?

—En el beaterío de Santa Bárbara, ayudando al cuidado de las enfermas.

Gabriel frunció el ceño.

—No sé por qué te sorprendes. Isabel lleva tiempo hablando de profesar como religiosa. Y siempre que puede, acude al beaterío para orar con las hermanas o echarles una mano.

—Si ha encontrado refugio en la fe, bienvenida sea. Pero dedicarse a las enfermas… Hay gente apestada. No me parece sensato que se exponga así, y menos teniendo un hijo tan pequeño.

—Si yo no tuviera que encargarme de la casa, iría a ayudar al hospital. Muchos médicos y enfermeros se embarcaron en la armada y la ciudad está necesitada de ellos. Ya presté servicio en la enfermería del hospital de Angra. ¿Lo has olvidado?

—Lo recuerdo, querida. Allí nos conocimos. Como también recuerdo las ínfulas que te dabas. Apenas me dirigías la palabra, ocupada en curar a ese perillán de Martín Robledo.

—¿Yo? ¡Santa María, qué calumnia! Te falla la memoria. Si eras tú quien no me hacía caso, con esa facha de pirata fatal. ¿No es así, señor Del Puerto? ¿O debería llamarte l'Avide?

A Gabriel le vinieron a la mente, de golpe, los años que había navegado con los hombres del capitán Ricard, las aventuras vividas, la llegada a las Azores, su encuentro con Marcia, sus primeras discordias, la batalla de San Miguel.

—Aquella época ya pasó. Ahora soy simplemente Gabriel.

—¿Simplemente? ¡Ja! —replicó ella, con un brillo burlón en los ojos—. En fin, querido, para mí siempre tendrás alma de corsario.

4

Provincia de Connacht, Irlanda

Lo que Burke llamaba aldea era un poblado disperso de cabañas bajas y rectangulares con paredes de zarzo y barro. Duarte y la mitad de los hombres se acomodaron en un granero semiderruido, donde el vendaval silbaba entre las rendijas y el agua goteaba de un techo de ramas y musgo. Para la cena, unas mujeres de rostros curtidos les llevaron gachas de avena, frías y aguadas. Pero la mejor salsa del mundo es el hambre, y los hombres las devoraron en

silencio. A pesar del cansancio extremo, Eugenio y algunos compañeros más jóvenes, impulsados por una vitalidad desesperada, aún encontraron ánimos para rondarlas con gestos y sonrisas. Un par de ellas, de ojos claros, contestaron con risas nerviosas y rápidas palabras en gaélico que los soldados no comprendían.

Un veterano logró encender un fuego tímido con ramitas húmedas y virutas, y todos se apiñaron alrededor y extendieron las amoratadas manos para buscar su tibieza. Las llamas danzantes proyectaban sombras en las paredes y el humo acre, atrapado bajo el techo, les hacía lagrimear. Duarte, absorto, se perdió en ese parpadeo danzante y recordó la calidez de la corrala de Lisboa en la que estuvo viviendo un tiempo con Belinha, una memoria tan vívida y a la vez tan remota que aumentó la crudeza del presente.

El fuego, falto de combustible, duró poco. La oscuridad que lo sucedió fue absoluta y no trajo descanso, sino el constante remover de cuerpos que buscaban una postura menos incómoda sobre el suelo duro. Los hombres amanecieron anquilosados, con los huesos doloridos y los músculos entumecidos tras horas de frío penetrante.

No hubo desayuno. Durante la noche, se habían producido algunos robos: desaparecieron unas botas, una manta, un puñal con empuñadura de hueso y una mecha de arcabuz. El capitán Bravo protestó con enojo contenido. Burke lo escuchó con los brazos cruzados y se disculpó con un encogimiento de hombros que parecía decir «así son las cosas». Fray Antonio, que había pasado la noche en la cabaña de su anfitrión, les dijo que el padre de Burke había sido un sacerdote católico. Por eso el hijo respetaba tanto a los religiosos. Luego añadió una noticia más relevante:

—Se ofrece a guiarnos al castillo de O'Flaherty. Conoce bien el territorio.

El capitán Bravo, siempre desconfiado, se burló de la oferta en voz baja.

—Querrá librarse cuanto antes de nosotros. O conducirnos a una emboscada.

Sin embargo, la realidad era tozuda. Convocó a los hombres y les expuso la situación con crudeza: quedarse significaba arriesgarse a las patrullas inglesas; marchar ofrecía una posibilidad de refugio y, tal vez, una vía para regresar a España. Todos, sin excepción, estuvieron de acuerdo en emprender la marcha hacia las tierras del tal O'Flaherty.

Burke, vestido con unos calzones ajustados de lana gruesa y montado en un pequeño caballo peludo, se colocó al frente y los condujo por una vereda

estrecha y embarrada que se adentraba en el interior. Los hombres avanzaron durante horas por un terreno traicionero. Rodearon cerros áridos batidos por un viento cortante, cruzaron valles envueltos en niebla y atravesaron un llano encajado entre dos lagos de aguas plomizas. La tierra no tenía caminos, sólo rastros de ganado. El paisaje, desolador, apenas ofrecía consuelo a los caminantes.

Mientras avanzaban, Burke conversaba con fray Antonio y Duarte en un latín lento y poco digerible, que el religioso traducía. Con gestos hacia su indumentaria, les explicó que la camisa larga que vestían, tejida en lino, se llamaba *léine,* y que la capa de lana con el cuello enrollado, el *brat,* era la prenda más típica de Irlanda. Era usada por hombres y mujeres, nobles y plebeyos; sólo la calidad de la lana y el tinte, que era caro, marcaban la diferencia entre unos y otros.

También les dijo que se hallaban en Connacht, una provincia, con cabecera en Galway, que los Tudor ansiaban domeñar.

Al mencionar Galway, su tono se cargó de amargura:

—Es una ciudad próspera, pero sus mercaderes están rendidos al poder inglés. No hallaréis allí quien hable nuestra lengua ni simpatice con nuestra causa.

—¿Y cuál es vuestra causa? —preguntó Duarte.

Burke se enderezó en su montura. Su figura resultaba imponente incluso sobre un animal tan menudo.

—La de una Irlanda libre de *sassenachs,* de ingleses, y de sus leyes —dijo con un orgullo que se quebró un instante después—. Pero las disensiones entre los jefes de los clanes, e incluso dentro de ellos, hacen casi imposible la unión. Los O'Neill desconfían de los O'Donnell, los Burke luchan contra otros Burke. Así vamos, de fracaso en fracaso, mientras ellos consolidan los asentamientos de sus colonos.

Las pocas arboledas de robles retorcidos y abedules amarilleaban por el otoño prematuro. Bandadas de ánsares cruzaban el cielo encapotado, sus graznidos acentuaban la lejanía. El ritmo lo marcaban los más débiles: marineros con los pies llagados y envueltos en trapos. Durante un breve rato cesó la lluvia, y el sol pálido se asomó entre las nubes, alegrando fugazmente los espíritus. La tregua fue breve. Pronto regresaron los chaparrones, esta vez mezclados con granizo. Duarte chapoteaba entre el barro. Sus botas, de cuero fino, estaban completamente anegadas, y su ropa, empapada desde hacía días,

le pesaba como una cota de malla.

Pasaron la noche en un collado desnudo al pie de unos cerros, sin más refugio contra el viento que unos peñascos. Se apiñaron unos contra otros para compartir el escaso calor corporal, mientras la pertinaz llovizna los calaba. El sueño, entrecortado, apenas les aportó descanso. Por la mañana, retomaron la marcha por un terreno ascendente y más frondoso. El liquen colgaba de las ramas como barbas grises, y el silencio del bosque, roto sólo por el ruido de los pasos, resultaba opresivo.

Cerca del mediodía, tras una última y empinada subida, la vegetación se abrió de repente. Burke detuvo su caballo y señaló al frente. Entre unas lomas suaves, de tierra verde y saturada, surgía la silueta poderosa de una torre de piedra gris, flanqueada por murallas.

—*Achadh na nIubhar* —anunció Burke—. Aughnanure. El castillo de los O'Flaherty.

Sin esperar respuesta, espoleó a su caballo para iniciar el descenso, dejando atrás a la columna de hombres exhaustos que contemplaban, con una mezcla de alivio y aprensión, el fin de su penosa marcha.

IV

1

La Coruña

No había día en que don Juan Pacheco, segundo marqués de Cerralbo, no se lamentara ante sus clientes y vasallos por los innumerables disgustos y sobresaltos que le acarreaba el cargo de gobernador y capitán general de Galicia, especialmente desde que a Su Majestad se le ocurrió enviar contra Inglaterra a la bendita armada.

—Si a la ida me causó hartos quebrantos, mayores han sido a su regreso —decía el marqués, mientras medía con pasos cortos la gran alfombra que cubría las losas de su gabinete—. Dos hospitales de campaña he ordenado improvisar en el breve transcurso de unos pocos meses. Uno para curar a los apestados que venían desde Lisboa y otro para atender y dar recaudo a tanto enfermo y herido como están volviendo de Inglaterra.

Y no se trataba únicamente del asunto de los hospitales. Acoger y atender al millar de soldados y marineros retornados a La Coruña y a otras localidades gallegas, así como hacer frente a las reparaciones y carencias de los bajeles arribados, suponía un esfuerzo logístico y pecuniario casi inabarcable para las exhaustas arcas del Reino de Galicia.

—No hay jornada que no reciba una misiva de Su Majestad ordenando o disponiendo novedades, ya sobre los hombres o los navíos que regresaron, ya sobre las defensas de la ciudad o sobre… —El gobernador se interrumpió, como si el mismo pensamiento lo empujara a guardar silencio—. No son invenciones mías, mis señores, no lo son. Atended lo que me manda decir nuestro buen rey, atended. —Don Juan Pacheco tomó uno de los muchos papeles que se aglomeraban en su escritorio—: «Advertido quedo del socorro que habéis hecho a la infantería y oficiales porque se vayan alojando, etcétera, etcétera». Veamos aquí: «Y pues los dichos navíos que han venido a esos puertos traerán gran necesidad de reparos y adobos, convendrá, y así os lo encargo, que se ponga luego la mano en ello y también con los que en adelante

fueren viniendo». ¿Os dais cuenta? A los que ya están y a los que todavía hubieran de llegar.

Sancho del Puerto compuso un gesto de aflicción y se aprestó a pronunciar unas palabras de consuelo para el atribulado gobernador, cuando este retomó la palabra con renovado énfasis.

—¿Y creéis que eso es todo? —preguntó con teatral retórica—. Pues no. También me urge a concluir las obras del castillo de San Antón. Escuchad. —Rebuscó en su escritorio hasta dar con la carta adecuada—: «… y en lo tocante a la fortificación de la isla de San Antonio os encomiendo poner manos a la obra y dar en ella toda la prisa que se pueda, y que la arméis con piezas de artillería bastantes y suficiente munición, que ya por Consejo de Guerra os fue la orden, etcétera, etcétera». Y sin realizar nuevos desembolsos. El secretario Andrés de Alba me entregó dos mil ducados, que han volado en menos de un mes, como se han desvanecido también los mil quinientos de las alcabalas de Lugo y Pontevedra. Y debe ser uno, con su propio peculio o valiéndose de dineros prestados, quien acometa tantas obras y tareas… Os leo: «… entre tanto mando proveeros del dinero necesario para todo ello». ¿Cuándo será eso, señor, cuándo?

Verlo lamentarse habría llevado a cualquiera a pensar que se trataba de un pobre pechero sin recursos para cumplir con los tributos, o de un modesto tratante a quien una gavilla de rufianes hubiese despojado de sus ahorros, en lugar del hombre más poderoso de Galicia, con permiso del arzobispo de Santiago. Pero Sancho del Puerto, que lo conocía bien, no se dejaba engañar por semejantes clamores. Sabía que el marqués era un noble altivo y testarudo, desdeñoso con los vasallos y obsequioso con los superiores, y presto siempre a sacar ventaja de cualquier circunstancia. Aquellas quejas formaban parte, sin duda, de alguna retorcida estrategia que escenificaba con esmero.

Les había concedido audiencia apenas dos semanas después de haberla solicitado, antes, en todo caso, de lo que Sancho se esperaba. Los recibió entrada ya la mañana, en la Real Audiencia, pues acostumbraba a despachar a primera hora los asuntos tocantes a la administración de justicia: pleitos, litigios y querellas de vecinos de la ciudad o de las parroquias comarcanas. Los Del Puerto hubieron de aguardar casi una hora en el pasillo del edificio a que concluyera la sesión, y otra más mientras el marqués tomaba un refrigerio con los oidores que lo habían asistido, hasta que por fin un ujier los condujo a su gabinete privado.

La luz apagada del otoño iluminaba las estanterías repletas, el escritorio, un cofre ancho con pesadas bisagras y un perchero de cuatro ganchos donde los visitantes podían colgar sus capas y sombreros. Las vigas del techo se mostraban a la vista y componían una severa cuadrícula sobre sus cabezas.

—Y por si todas estas desgracias fueran pocas —dijo el marqués—, el pasado domingo entregó su alma al Todopoderoso el almirante Recalde. Ver morir a un hombre tan singular y honrado me ha afligido tanto que podría llorar el duelo de medio reino sin agotar mi pena.

—Así es, excelencia, ha muerto como un santo varón, en el recogimiento de su celda —se condolió don Sancho con gesto grave—. Su pérdida es irreparable, una desgracia para España entera.

—Sí, sí —se apresuró a añadir el gobernador, como si le doliera que alguien pudiera sentir más que él la suerte del esforzado almirante de Vizcaya—. Por fortuna, gracias a la ayuda constante y desinteresada que nos presta don Juan de San Clemente, mi queridísimo arzobispo, podemos hacer frente a tantos desafíos y trabajos como nos depara la situación. Pero hagamos a un lado los hechos luctuosos, señor Del Puerto, y vayamos a lo que nos interesa…

El brusco cambio de asunto sorprendió a Gabriel, que hasta el momento había atendido como convidado de piedra.

—Me indicó mi secretario —Cerralbo hizo un leve gesto hacia la pila de papeles, sin intención de tocarla— que tenéis el propósito de establecer una sucursal de vuestra casa en Lisboa para…, en fin, meter cabeza en el comercio de los lusos. Difícil intento, por vida mía. Habréis de saber que el buen rey don Felipe ha otorgado a sus nuevos súbditos tales concesiones y mercedes que no os arriendo la ganancia.

—Permitid que os explique nuestros planes… —se apresuró a decir don Sancho.

—No hace falta que me detalléis los pormenores de la empresa. —El marqués hizo un gesto imperioso con la mano diestra—. Pero no os inquietéis. Es deseo del rey fomentar el comercio con las Indias portuguesas, y es mi voluntad favorecer a un vasallo tan reputado como vos. Quien os acompaña es vuestro sobrino, ¿verdad?

El señor Pacheco tenía la costumbre de cambiar de asunto sin transición alguna, y Gabriel disimuló el bostezo que acudía a su boca y adoptó una actitud más alerta.

—Gabriel del Puerto —respondió don Sancho.

—Ah, cierto. Lo presentasteis al entrar. Y sois dueño de un filibote, según creo.

—De una fragata, excelencia, la Portuguesa —lo corrigió Gabriel. Y para suavizar la enmienda, añadió—: En Flandes están surgiendo diseños más adaptados a las condiciones de aquellas aguas y a la difícil situación en que nos pone el bloqueo rebelde.

—Flandes —repitió el marqués de Cerralbo, dejando en el aire la palabra como un eco—. ¿Quién sabe si no será ese mi próximo destino? Como decía, mandaré redactar los avales que me solicitáis, y otro más para el proveedor Francisco Duarte, funcionario eficiente donde los haya.

El noble se había acercado a la ventana que daba sobre la plaza de la Harina, el corazón de la ciudad vieja. Se trataba de un hombre que sobrepasaba la cuarentena, los ojos caídos, el rostro encendido y la barba escasa.

—Pero lo hago no sin pesar —dijo, al tiempo que se volvía hacia ellos—, porque el viaje de vuestro sobrino a Lisboa me priva de un buen bajel, y bien sabe Dios cuán necesitados estamos de ellos. Tan es así que me tienta la idea de requisarlo, no os lo negaré.

Sancho del Puerto, que no contaba con semejante salida cuando tan bien encaminada iba la entrevista —sospechosamente bien encaminada—, miró con estupor al marqués, a la espera de que se explicara mejor.

—Pero, descuidad, señor Del Puerto, que, en honor a vuestros servicios, no lo haré —lo tranquilizó don Juan Pacheco.

Sancho y Gabriel suspiraron aliviados. Una requisa habría sido la peor de las noticias.

—Sin embargo, hay algo que podéis hacer por mí, y que nos beneficiaría mutuamente. —Cerralbo detuvo sus paseos por el amplio gabinete y se sentó en el sillón castellano, con brazos acolchados de terciopelo rojo—. Entre tantas peticiones, Su Majestad me solicita que repatríe sin falta a todos los portugueses que han arribado a Galicia con la armada, sabedor de la escasa utilidad de mantenerlos aquí. Y de los gastos que acarrea su sostenimiento —añadió, alzando el índice—. Y puesto que viajaréis en breve a Lisboa, sería una pérdida de recursos no aprovechar la travesía para trasladarlos.

Gabriel y su tío se miraron en silencio. Habían acordado aprovechar el viaje para llevar un buen flete que costeara parte de los gastos y sobornos necesarios para arrancar con la delegación.

—Será un placer complaceros, excelencia —respondió Gabriel con

resolución—. Esos hombres, sin duda, se merecen volver a sus hogares, pero la fragata no es un barco de gran arqueo, y dudo que pueda albergarlos a todos.

—Si no caben en un viaje, se podrán dar dos. A menos que vuestro tío esté en disposición de facilitar la nao que tiene fondeada en la bahía. ¿No es la Anunciada de vuestra propiedad?

—Lo es —reconoció con resignación don Sancho—. ¿Y cuánta prisa le corre a vuestra señoría?

—Ah, amigo Sancho —respondió el marqués con una sonrisa beatífica—, espero que os toméis este servicio con la misma diligencia que pondré yo en redactar las cartas de recomendación.

A continuación, les encargó que se pusieran en contacto con el sargento mayor Luis de León para que les facilitara la lista de los soldados portugueses que habían llegado a La Coruña, Ribadeo y Muros, y los ayudara a organizar el traslado.

Al salir de la Real Audiencia, el viento fresco y húmedo, proveniente del mar, los obligó a arrebujarse en sus capas. Comenzaron a caer algunas gotas de agua, tan menudas que apenas alcanzaban a humedecerlas.

—Habrá que ponerse manos a la obra, Gabriel, y adelantar los planes —indicó su tío—, que los poderosos retiran su favor con la misma facilidad con que lo otorgan. Yo me ocuparé de hablar con el sargento mayor. Y tú reúne a tu tripulación y ve poniendo a la fragata en son de mar.

—¿Y la Anunciada?

—Puede que las necesitemos a las dos, pero no adelantemos acontecimientos. Lo primero es hacerse con la relación de pasajeros.

Tras la entrevista con el gobernador, Gabriel se dirigió a la Pescadería para dar la noticia a Marcia. Su esposa, que no contaba con que la partida se adelantara tanto, no la recibió con alegría. El reciente embarazo la había vuelto más sensible y aferrada al hogar. Separarse de su marido tan poco después de reencontrarse le resultaba un trago amargo.

—Iré contigo. No quiero perderte de vista otra vez.

—No seas boba. Acabamos de instalarnos en esta casa, con Isabel. Lisboa no está lejos, y cuando la nueva delegación esté en marcha, nos estableceremos allí, como lo planeamos.

—Ya, pero las noches son frías y la soledad inclemente.

—Serán frías para ambos, mujer. Tú, al menos, tienes a Isabel. Y si eso no te

basta, piensa en el hijo que viene en camino. Por nada del mundo querría que lo perdieras.

Al fin Marcia hizo de tripas corazón y cedió. Isabel, al enterarse, la abrazó con ternura y le dio ánimos.

—El tiempo corre más deprisa que el pensamiento, y los meses se pasarán en un suspiro. Y cuando te aburras —añadió con un guiño travieso—, podrás sonsacarle a don Martín alguno de esos secretos que con tanto celo guarda.

Marcia sonrió. La compañía de Isabel haría más llevadera la ausencia de su marido.

2

Saint James, condado de Hampshire

Luego de haber pasado unas semanas preso en Portsmouth, de donde logró salir gracias a los buenos oficios de su padrastro, sir Humpfrey Gardiner, y, sobre todo, a la ayuda de sir Francis Drake, el hombre del momento, Trenton corrió a Saint James para tratar de aclarar la extraña desaparición de su mujer. Pero sus pesquisas continuaron resultando vanas. Nadie supo darle una pista sólida: ni su madre, ni su padrastro ni la servidumbre. Tampoco su hermana Mary, que había salido a pasear con ella la tarde que se la llevaron, pudo aportar información. El suceso le resultaba tan inexplicable como a él.

A pesar del amor que Trenton sentía por su esposa, sopesó la posibilidad de que se hubiera marchado por voluntad propia, una posibilidad poco consistente. Elizabeth era extranjera, apenas salía de Saint James y no tenía trato alguno fuera de la heredad. Sus únicas amistades eran su cuñada Mary y una joven criada, a la que Trenton sometió a un interrogatorio minucioso.

La muchacha, tímida por naturaleza y aterrada ante la posibilidad de perder el trabajo, subrayó, entre sollozos, el afecto que le profesaba a su antigua ama y negó saber nada de su desaparición. De todo cuanto pudo sacársele, sólo hubo un dato rescatable: las malas relaciones entre Elizabeth y su suegra. Pero eso Trenton ya lo conocía, y le costaba creer que semejante desavenencia la hubiese empujado a huir, y menos estando encinta y próxima a dar a luz.

Su hermano, en cambio, sostenía una opinión muy distinta.

Michael Gardiner —que había adoptado sin reparo el apellido de su padrastro— residía habitualmente en Southampton, pero se había trasladado a

Saint James para asistir a sir Humphrey en las gestiones destinadas a liberar a Trenton. Desde el principio se mostró convencido de que la mujer se había marchado por su propia voluntad.

—Desengáñate, John —le dijo sin rodeos—. Esa potrilla aguardaba la primera oportunidad para largarse. Y no me ha parecido nunca tan desvalida como tú crees. Es papista, y este condado está lleno de los suyos. No le habrá faltado ayuda.

Michael jamás había aceptado a Elizabeth, y tampoco se había esforzado en disimularlo. La despreciaba por extranjera, por católica y, sobre todo, porque el hijo que esperaba habría apartado a los suyos de la herencia de Saint James, al corresponderle a John, como hermano mayor, la titularidad del dominio.

Al margen de esos prejuicios, Michael era un comerciante próspero, tanto por su habilidad natural como por el respaldo económico de su padrastro. Gustaba de los lujos, de la caza y de la vida social, y se tenía por el más sensato de los dos hermanos. Miraba con desdén la vida aventurera de John y no perdía ocasión de censurarla.

—¿Cómo has podido ponerte en evidencia ante las autoridades? —le reprochó cuando fue a recogerlo a Portsmouth—. ¿Qué necesidad tenías de armar semejante alboroto por unos simples marineros?

Trenton no respondió. Sabía que su hermano jamás comprendería que, para él, la lealtad hacia sus hombres estaba muy por encima de cualquier consideración social.

En Saint James, el tiempo transcurría con lentitud. Las veladas familiares, antaño placenteras, ahora lo aburrían; las conversaciones con su hermano y su padrastro le resultaban pesadas; los paseos no lo calmaban y evitaba a toda costa las visitas a los vecinos. Además, aquella casa le recordaba demasiado a su esposa.

Necesitaba un cambio de aires. Y un buen día, se sacudió la pereza y partió hacia Londres.

En la capital visitó a sir Francis para darle las novedades de la entrega de los baúles a míster Doe y agradecerle su intercesión ante las autoridades de Portsmouth.

—Es lo menos que podía hacer por vos, John —dijo sir Francis—. Vuestros hombres lucharon por la reina, y no estoy orgulloso de la forma en que les estamos pagando.

Trenton asintió, aunque le pareció que Drake, más que buscar justicia para

sus marinos, empleaba su influencia para criticar a lord Howard y presentarse como el salvador de la nación. Con el contenido de aquellos dos cofres que le encomendó, quizá hubiera podido aliviarse la situación de muchos hombres.

—Conjurado el peligro español, se hace preciso organizar una respuesta —le confió el almirante—. La reina pronto necesitará buenos capitanes. Cuento con vos. No lo olvidéis.

Trenton se hospedó en una modesta pensión cercana al río. Los muelles y tabernas del Támesis estaban llenos de oficiales que, tras la desmovilización, no se alejaban de la capital. La guerra continuaba y no había mejor sitio para conseguir un buen destino en la próxima campaña.

Muchos marinos celebraban la victoria con entusiasmo y aceptaban la invitación a beber de cualquier parroquiano ansioso por escuchar relatos prodigiosos y grandes hazañas; otros criticaban a sus superiores por los errores cometidos; y los más escépticos se conformaban con brindar por haber sobrevivido.

En una de sus vueltas por la ciudad, se encontró con Henry Dobson, un aristócrata amigo de Drake. Tras un rato de charla y varias pintas de cerveza, las formalidades se relajaron y Trenton mencionó la desaparición de su esposa.

—Yo la vi en Londres —dijo Dobson sin rodeos—. A vuestra esposa.

El corazón de Trenton se aceleró. Intentó hablar, pero el miedo a un error lo dejó mudo.

—En compañía de una portuguesa llamada Marcia Henriques —prosiguió Dobson.

—La conozco —repuso Trenton, de repente entusiasmado—. Vivía en Fetter Lane, si no recuerdo mal. En una ocasión fuimos vos y yo juntos a una velada en esa casa, ¿no lo recordáis?

—Es posible —admitió Dobson con desgana. Pero, al observar su interés, le confesó que había mantenido una estrecha amistad con la señora Henriques, e incluso le había pedido matrimonio, con poca fortuna—. Partió inesperadamente —concluyó—, y se llevó a Elizabeth con ella. Por cierto —añadió en voz baja—, que me entregó una nota para vos.

—¿Cómo decís? —casi gritó Trenton—. Hace meses que la busco, por encontrarla he removido cielo y tierra, y vos… —Se detuvo para tratar de contener el enojo—. Si me hubieseis hecho llegar esta nota en su momento, me habríais ahorrado muchos sinsabores.

—Os ruego que me perdonéis, pero todo lo relacionado con la señora

Henriques me sigue perturbando. Por fortuna, aún conservo la nota.

Se ofreció a entregársela al instante y, en desagravio, lo invitó a alojarse en su residencia. Trenton reconoció de inmediato la caligrafía de su mujer y sintió un nudo en la garganta. El mensaje era breve pero devastador: lo informaba de su inminente partida de Inglaterra, del buen estado de su embarazo y de su intención de regresar a España con los suyos. Seguía queriéndolo, pero no podía vivir en un país donde era vista como una enemiga.

Tras leerla, dobló con cuidado el papel.

—¿Sabéis al menos a dónde fueron?

—A Flandes —respondió Dobson—. Al menos eso me dijo la señora Henriques. Antes de partir se hospedaron en una pensión para mujeres, en Wolf Lane, cerca de los muelles.

—¿Os fiais de Marcia Henriques?

Dobson se mordisqueó el labio.

—Tengo ciertas dudas sobre sus lealtades, pero de mi boca no saldrá una palabra contra ella.

Trenton no insistió. Le agradeció el ofrecimiento de alojarlo, pero lo rechazó con la excusa de no querer importunar. En realidad, deseaba proseguir solo con sus indagaciones. La carta no cerraba por completo la puerta a la esperanza, y su única pista era la casa de Fetter Lane, donde habían residido los Henriques. Y allí se dirigió.

Tras varias visitas infructuosas, logró ser recibido por Geraldo, el hermano de Marcia, que se mostró receloso y con quien mantuvo una conversación breve y tensa. Trenton tuvo que recurrir a la información que poseía para obligarlo a admitir que su hermana había salido del país y que aún no había regresado.

Aquella entrevista fue un jarro de agua fría. Todas las vías para encontrar a su esposa se cerraban. No conocía a nadie más en el entorno del Prior do Crato, y en la pensión de Wolf Lane la dueña no pudo, o no quiso, darle noticias de ella. Sólo quedaba esperar que Elizabeth quisiera ponerse en contacto con él. Con el corazón destrozado, sin ilusiones ni rumbo, y sin novedades de Drake, Trenton regresó a Saint James.

3

Aughnanure, Irlanda

El castillo de Aughnanure, erigido junto a un río que le servía como defensa natural, constaba de una torre del homenaje, maciza, de planta rectangular, y dos murallas perimetrales salpicadas de torreones defensivos. El castellano recibió a los extranjeros desde uno de estos torreones, el que protegía la entrada del muro exterior. Lo acompañaban varios hombres de armas.

Burke explicó a los españoles que Morogh O'Flaherty estaba dispuesto a ofrecerles refugio, pero bajo ciertas condiciones.

—Ya empezamos con las condiciones —gruñó Bravo.

—Sois un grupo numeroso, capitán —respondió Burke, después de que el fraile tradujera el comentario—, y necesita asegurarse de que no le jugaréis una mala pasada.

—¿Nosotros? —Bravo señaló hacia sus agotados hombres—. ¿Una mala pasada?

—O'Flaherty es desconfiado —replicó Burke.

Tras aquel último consejo, el gigantón irlandés se despidió de ellos y emprendió el camino de regreso. Duarte lo siguió con la vista.

Se hallaban en un espacio despejado delante de la torre donde aguardaba O'Flaherty. Más allá, había arboledas dispersas, campos de labor y humildes viviendas. Fray Antonio, a instancias del capitán Bravo, se aproximó al borde del foso seco que rodeaba la muralla y saludó al castellano en inglés.

—¿Quiénes sois? —preguntó este.

—Náufragos, señor —respondió el fraile—. El barco en el que viajábamos se hundió en la bahía de Carna y…

—¿Españoles? —lo interrumpió el señor de Aughnanure.

—Súbditos del rey de España. Buscamos refugio mientras encontramos la manera de regresar a nuestra tierra.

—¡Ja!

La interjección desconcertó al fraile.

—¿Quién es vuestro cabecilla?

—El capitán Bartolomé Bravo.

—Un servidor —añadió Bravo, adelantándose.

O'Flaherty lo examinó con detenimiento antes de hablarle.

—Podéis quedaros en Aughnanure por ahora, pero deberéis entregar las armas.

El fraile tradujo la exigencia, y Bravo, molesto, pidió tiempo para consultar con sus hombres. Llamó a Duarte, al contramaestre Solano y a Diego

Hernandes, el cabo de la gente portuguesa.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Solano.

—Entregar las armas es ponernos completamente en sus manos —objetó Bravo.

—En sus manos estamos de todas formas —apuntó Duarte.

—Podríamos tomar el castillo y atrincherarnos en él —propuso Hernandes con osadía.

—No desbarréis, cabo —replicó Bravo—. Haría falta un ejército de sitio para tomar esta fortaleza.

El capitán no exageraba. La fortaleza era imponente: muros gruesos y altos de piedra gris, con musgo en las juntas y plantas trepadoras aferrándose a las esquinas. A lo largo del adarve, hombres armados los vigilaban.

—¿Y bien? —preguntó el contramaestre.

—Lo de las armas habrá que negociarlo —sugirió Duarte—. Que nos permita conservar al menos las dagas.

—Y los chafarotes de la gente de mar —añadió Solano.

—Dudo que lo acepte.

—Siempre es mejor pedir al alza, señor Salazar —insistió el fraile—. Así, la merma no nos será tan desfavorable.

El fraile transmitió la propuesta al castellano, que, luego de pensárselo unos instantes, la rechazó con firmeza.

—Ningún arma —dijo—. En el castillo de Aughnanure, sólo mi guardia las porta.

Volvieron a deliberar los náufragos y, tras breve discusión, aceptaron las condiciones. O'Flaherty ordenó entonces abrir un postigo en el portón. Varios soldados salieron a recibir las armas. El capitán Bravo explicó el acuerdo a sus hombres, pero la noticia no fue bien recibida. Surgieron protestas y reniegos.

—¡Basta ya! Entregad las armas —ordenó el capitán. Para dar ejemplo, se despojó él mismo de las suyas. Duarte lo imitó al instante, y, poco a poco, el resto fue dejando espadas, chafarotes, mosquetes, arcabuces y hasta un par de alabardas a los pies de los irlandeses, que los recogían con diligencia y los llevaban al interior de la fortaleza.

Dos soldados portugueses, al llegar su turno, se negaron a entregar las armas. Hernandes, a pesar de la renuencia que al principio había mostrado, se plantó frente a ellos y les ordenó cumplir con la disposición.

Cuando se hubieron despojado del último cuchillo, los irlandeses les

franquearon el paso al recinto exterior del castillo, que era amplio, de forma más o menos rectangular, y acababa, en uno de sus lados, en un torrente encajonado y caudaloso. En el ángulo opuesto se alzaba, como un rectángulo metido dentro de otro, el recinto interior, resguardado por dos sólidos lienzos de muralla.

Mientras aguardaban a que el castellano se les acercase, Duarte echó una mirada en derredor. El terreno, nivelado pero lodoso, mostraba las huellas de constantes pisadas. A un lado había varias construcciones de cal y canto con techumbres de junco; otras, más rudimentarias, hechas de madera y ramas, podían servir de morada a soldados o sirvientes. Se veían también corrales donde se mezclaban cerdos, ovejas y gansos. Pecheros, criadas y servidores del castillo los observaban desde cierta distancia, con una mezcla de recelo y asombro, como si fueran una extraña atracción.

Finalmente, Morogh O'Flaherty descendió del torreón y abordó en inglés al capitán Bravo y a Duarte. El fraile, que también era versado en esta lengua, tradujo sus palabras:

—Que vuestros hombres coman y descansen. Esta noche dormirán en los establos, y mañana se les buscará alojamiento en otro lugar. Sois demasiados para el castillo. Vosotros, en cambio, cenaréis conmigo en la torre a la caída del sol.

—Os estamos muy agradecidos, señor —dijo el capitán Bravo, con una leve inclinación de cabeza.

—Espero que sepáis mantener a vuestra gente en orden —replicó el irlandés. Y, señalándolo con el dedo, añadió—: No quiero riñas, ni agravios ni atropellos.

—Descuidad, que no los habrá.

Morogh O'Flaherty dio instrucciones a sus hombres para que se mantuvieran vigilantes y se cumplieran sus órdenes sin demora, y el capitán Bravo se dirigió a los suyos:

—Levantad esos ánimos, hombres —dijo con voz clara—. Hemos padecido penalidades sin cuento, pero por la gracia del Altísimo y de su Santísima Madre seguimos con vida, y nos hallamos ahora bajo la protección del castellano de Aughnanure. No quiero engañaros: ignoro qué nos traerá el nuevo día. Estamos en tierra hostil, ocupada por ingleses y poblada por gentes cuya lengua y costumbres nos son ajenas. Pero eso no excusa la falta de disciplina. Somos soldados del rey Católico, y hemos de comportarnos como tales —hizo

una pausa breve, y prosiguió—. Hablad con mesura, no toméis lo que no es vuestro, evitad toda pendencia y respetad a los moradores del castillo.

—¿También a sus mujeres? —La ocurrencia del soldado provocó algunas risas mal contenidas.

—Sobre todo a ellas. —La voz dura del capitán se impuso al murmullo creciente—. Hay mucho en juego, señores, y no consentiré que la avidez o la intemperancia de unos cuantos ponga en riesgo la vida de todos. Quien me desobedezca lo pagará caro. —Hizo una pausa y añadió con tono seco—: Os lo juro por lo más sagrado.

Tras esas palabras, se hizo un silencio denso. Las sonrisas se borraron de todos los rostros. Duarte, que había permanecido atento, aplaudió para sus adentros la firmeza del capitán, que por primera vez mostraba la autoridad que la situación exigía.

Los establos, adosados al muro norte del castillo, albergaban caballos, mulas y bueyes. Un pasillo largo, entre los animales y la pared, les fue destinado como alojamiento. El suelo, cubierto de orines y estiércol, fue limpiado por varios mozos hasta dejarlo en condiciones aceptables. Luego extendieron sobre la tierra una generosa capa de heno. En el exterior, otros sirvientes encendieron una gran hoguera, sacrificaron dos cerdos, los despiezaron con rapidez y comenzaron a cocer la carne en un perol grande y abollado. El aroma del guiso se extendió por el patio e hizo salivar a los náufragos, cuyo apetito, tras tantos días de privaciones, era voraz.

Morogh O'Flaherty recibió a sus huéspedes en una gran sala situada en el tercer piso de la torre, a la que se accedía por una estrecha escalera de caracol. Era un hombre ya maduro, alto, recio, con poco pelo, ojos oscuros y un rostro marcado por la viruela. Lo acompañaban varios de sus hombres, entre ellos su primogénito y un sacerdote encargado de oficiar misas en el castillo.

La cena consistió en aves de corral y carne de cerdo. Mientras disfrutaban de ella, el señor O'Flaherty sometió a sus invitados a un interrogatorio minucioso. Quería saberlo todo sobre la Gran Armada, los motivos de su presencia en Irlanda y cuáles eran sus propósitos. Mostró incredulidad al escuchar que su arribada y posterior desembarco se debía al mal estado de la urca.

Duarte había convivido en Flandes con una escuadra de católicos ingleses que le enseñaron algunas palabras y frases en su idioma, claramente insuficientes para entender a O'Flaherty. En todo caso, fray Antonio traducía y medía cuidadosamente lo que respondía. Habían acordado, antes de acudir al

encuentro, tratar de obtener, con cautela, información sobre la situación política y militar en Irlanda, las intenciones del señor de Aughnanure y las posibilidades de regresar a España. Sin embargo, no era fácil sonsacarlo sin provocar sus recelos. Rory, el hijo de O'Flaherty, más efusivo, les explicó que Irlanda estaba gobernada por un virrey, aunque quienes realmente controlaban el territorio eran los clanes locales: unos favorables a los ingleses, otros opuestos a ellos, y casi todos enfrentados entre sí. La ciudad más cercana a las tierras de su padre era Galway, un puerto próspero con un intenso tráfico de barcos y mercancías. Su gobernador, es decir, el gobernador de Connacht, era sir Richard Bingham, un noble inglés, duro y muy leal a la reina.

Cuando más comunicativo se mostraba Rory, su padre lo interrumpió con un comentario en gaélico. El joven bajó la vista y se retrajo. La conversación, que hasta entonces había discurrido con cierta viveza, se extinguió poco a poco, sin que los españoles le arrancasen una sola palabra más acerca de su porvenir. En el centro de una de las paredes, una enorme chimenea caldeaba la estancia.

—Señor O'Flaherty —dijo de pronto Duarte, decidido a no marcharse sin despejar algunas incertidumbres—, comprendo que vuestra situación es delicada, pero necesitamos saber bajo qué condiciones nos encontramos aquí. Estamos en guerra con los ingleses; para ellos, somos enemigos. Si caemos en sus manos, nos capturarán, si no algo peor. No podemos permanecer indefinidamente en esta posición y nuestra única salida es regresar a España. ¿Nos ayudaréis?

Antes de traducir, fray Antonio miró al capitán Bravo, que asintió con un leve movimiento de cabeza. El señor de Aughnanure escuchó con atención las palabras del fraile y guardó silencio. Su hijo le dirigió una mirada elocuente, como si aquel asunto ya lo hubieran tratado entre ellos.

—Ningún irlandés que se precie es amigo de los invasores por gusto —respondió al fin O'Flaherty—. Pero los ingleses están en Galway, a una jornada de aquí, y yo debo proteger mis intereses.

—¿Queréis decir que somos vuestros prisioneros? —inquirió el capitán Bravo.

—Mis invitados —lo corrigió Morogh.

—¿Y cómo podemos regresar a España?

—Volver cuesta dinero.

—No tenemos.

—¿Nada en absoluto? —O'Flaherty señaló con el mentón los anchos

cinturones que algunos portaban—. Veo que cabrían muchas monedas en esos cinturones.

Duarte sabía que algunos habían salvado algunas piezas durante el naufragio, pero no era su caso. Se desabrochó el cinturón y lo mostró, vacío.

—En cualquier caso, desde Galway no podréis zarpar —añadió O'Flaherty.

—¿Entonces?

—La ruta más segura es a través de Escocia.

Duarte, que conservaba un mapa mental aproximado de Irlanda, frunció el ceño.

—Escocia está lejos.

—Por eso necesitaré tiempo para organizar vuestra marcha.

Finalizada la colación, O'Flaherty ofreció alojamiento a los oficiales en el interior del castillo. Bravo y Duarte estuvieron a punto de rechazar la oferta, deseosos de permanecer junto a sus hombres, pero fray Antonio los persuadió de aceptar.

—En la torre será más fácil tratar con esta gente. Ahora lo prioritario es obtener información.

Se instalaron en un aposento de la planta baja, destinado a la servidumbre. Fue una decisión acertada: esa misma noche, el fraile logró conversar a solas con el sacerdote del castillo, que le reveló un dato inquietante: Morogh O'Flaherty había jurado fidelidad a la reina Isabel. Durante la rebelión de 1569, había denunciado a sus propios parientes, propietarios seculares de Aughnanure, lo que le valió que la Corona lo recompensara con la posesión del castillo.

—¿Dónde hemos ido a meternos? —El capitán Bravo se llevó las manos a la cabeza.

—Pero el padre O'Reilly asegura que las cosas han cambiado —matizó fray Antonio—. Morogh está descontento con la política actual, que entrega las tierras confiscadas tras la rebelión a nobles ingleses, no a los jefes irlandeses que permanecieron leales. Además, recela de que pretendan imponerles la religión anglicana.

Duarte no compartía el optimismo del sacerdote. Aunque el castellano mostrase reparos hacia los ingleses, le parecía arriesgado depender de un hombre cuyas lealtades eran tan mutables como las mareas.

A la mañana siguiente, O'Flaherty organizó la estancia de los náufragos. Una parte quedó en el recinto exterior y la otra fue alojada en viviendas de sus

vasallos, fuera de las murallas. Con el paso de los días, los hombres aprendieron algunas palabras elementales de gaélico para comunicarse con los lugareños. El trato era correcto, incluso afable, y más de una mujer los contemplaba con ojos complacientes. Aquella acogida les permitió reponerse de las penurias pasadas; sin embargo, la incertidumbre de la situación pesaba sobre todos ellos. No tenían armas. No sabían si eran huéspedes o rehenes. Y esa ambigüedad les corroía el ánimo.

4

Londres

Geraldo Henriques se calzó las botas de montar, se echó el grueso capote por encima y salió a la calle. Con la cabeza baja y una mano sujetando el borde del abrigo, esquivó charcos e inmundicias mientras se abría paso entre la lluvia, el viento y el frío de aquel desapacible otoño inglés. Se dirigió a la casa de su hermana.

Fátima lo recibió con una sonrisa, tomó su empapado capote y lo invitó a entrar en la cocina, en cuyo fogón hervía un caldo de verduras con tropezones. La casa era vieja, grande y desangelada. Tenía desconchones en las paredes, goteras en el tejado y ventanas que cerraban mal, pero el alquiler era barato y el propietario no puso reparos en arrendársela a unos extranjeros de tez morena.

—¿Dónde está tu marido? —Geraldo se frotaba las manos frente al fuego.

—Yo también me encuentro bien, hermano. Gracias por preguntarlo —ironizó Fátima sin acritud. Luego respondió—. Salió temprano y no creo que tarde en regresar. Puedes esperarlo aquí si lo deseas.

Geraldo masculló algo ininteligible. Una vez se hubo quitado el frío de encima, recorrió con pasos inquietos la cocina, la única estancia caldeada de la casa, miró por la ventana y comprobó que la lluvia persistía. Finalmente, acercó una silla al fogón y se acomodó en ella.

—¿Para qué necesitas a Joao? —preguntó Fátima mientras añadía unos nabos al caldo.

—Asuntos nuestros —repuso Geraldo con aire pensativo.

La respuesta no pareció afectar a Fátima, que continuó trajinando con naturalidad. Estaba acostumbrada a los modales desconsiderados de su

hermano. Sin embargo, poco después, él volvió a hablar.

—¿Recuerdas a la española que recogisteis el verano pasado?

—¿Te refieres a Isabel? —Geraldo asintió—. Por supuesto que la recuerdo. Al principio no me hizo gracia que me metieran en casa a una mujer tan bonita, pero resultó ser una persona encantadora.

—Traerla aquí fue idea de tu marido.

—De Marcia.

Geraldo se inclinó hacia delante y volvió a extender las manos hacia las llamas.

—Se marchó de repente. ¿No te resulta raro?

—Marcia la trajo y Marcia se la llevó. No le di mayor importancia.

—Pero no ha regresado.

—Tendrá sus motivos.

—Tampoco tu hermana. ¿No te importa lo que le haya ocurrido?

Fátima, que troceaba unas zanahorias, alzó la cabeza un instante antes de seguir con su tarea. Geraldo la observó con atención. Se la veía lozana, con buen color, pero tan delgada como siempre. Tras casi un año de matrimonio, seguía sin quedar embarazada. Torció el gesto. Había oído decir que casarse tan joven no favorecía la concepción, aunque también era posible que las largas ausencias de su cuñado fueran la causa.

—Todo eso pasó hace meses —contestó al fin Fátima—. ¿Por qué te has acordado ahora?

—Marcia es un baldón para la familia —Geraldo obvió la pregunta—. Y una traidora.

—No comprendo por qué le guardas tanta inquina.

—Si no se hubiera dejado seducir por Duarte Salazar, nuestro padre ahora estaría vivo.

—Padre murió en una pelea nocturna.

—Lo mató el maldito Salazar —la corrigió Geraldo.

—¿Qué culpa tuvo Marcia en ello?

—Su desobediencia fue el origen de todas nuestras desgracias. Y después, no contenta con habernos deshonrado con ese asesino, se casó con un español.

Fátima no respondió y Geraldo fijó la vista en las llamas. Sabía que Fátima no era como Marcia, pero no estaba seguro de que estuviera siendo sincera. Era demasiado joven para resistirse a la influencia negativa de su hermana mayor. Se echó hacia atrás en la silla y comenzó a balancearse con suavidad.

Geraldo Henriques se consideraba un leal servidor de don Antonio de Avis, el verdadero rey de Portugal, igual que lo había sido su padre. Desde la crisis sucesoria del año ochenta, había dedicado su vida a la causa. Primero, como voluntario en las Azores, hasta que las islas fueron reducidas a obediencia del usurpador Felipe y él hecho prisionero y condenado a trabajos forzados. Al recuperar la libertad, viajó a Inglaterra para reunirse con la corte en el exilio y colaborar en la restauración del trono. Había sido un tiempo difícil y sacrificado para él, que perdió a su madre, y también para la causa: la Gran Armada había sembrado el pánico entre los seguidores de don Antonio. Pero ahora que la amenaza española había sido conjurada, la esperanza resurgía.

Y Geraldo se sentía exultante. Había conseguido un lugar en la corte, era respetado por los suyos y estaba comprometido con una mujer a la que no amaba, pero cuyo patrimonio pondría a disposición de su rey.

El ruido de la puerta al abrirse lo hizo levantar la cabeza. Reconoció la voz de Joao Veiga, su cuñado, saludando a Fátima. Un instante después, este entraba en la cocina.

—Geraldo. ¿Cómo tú por aquí? —preguntó con solicitud y, sin darle tiempo a responder, se arrimó al fogón, se calentó las manos, destapó el perol y aspiró el aroma del caldo—. ¿Te quedarás a almorzar?

Geraldo se puso de pie.

—Me gustaría, pero me he comprometido con los Lancastre. Llevo un rato esperándote.

Joao volvió a tapar el perol, sonrió a su esposa y condujo a Geraldo a una sala algo más amplia y escasamente amueblada.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó mientras señalaba una silla a su cuñado y tomaba asiento en otra.

—Esta mañana estuve con don Manuel de Avis, nuestro amado príncipe —anunció Geraldo.

Joao asintió. Conocía bien las conexiones de su cuñado y lo mucho que le complacía alardear de ellas. Sin embargo, en esta ocasión, el motivo parecía ser otro.

—Su padre, el rey, está entusiasmado con las buenas noticias —prosiguió Geraldo—. Esa armada felipista fue una dura prueba para todos, pero ahora los ánimos se han renovado. Incluso los indecisos empiezan a reconsiderar sus lealtades. Además, el ataque español ha hecho que los ingleses comprendan la importancia de aliarse con nosotros.

—No te fíes. Nos tratan con condescendencia y hasta con escarnio. Para ellos siempre seremos el último recurso, la baza desesperada.

—Esta vez no pueden seguir ignorándonos. La reina está deseosa de desquitarse y el Consejo de Estado insiste en devolver cuanto antes el golpe. Si realmente quiere perjudicar al Usurpador, nosotros somos su mejor baza. Don Antonio hará todo lo posible por involucrarla en la causa portuguesa. Las negociaciones están en marcha.

Mientras Geraldo hablaba, Joao se acercó a una alacena empotrada en la pared, extrajo una botella oscura y dos copas, las llenó y le ofreció una a su cuñado.

—Dios te oiga.

—Don Antonio tiene intención de enviar a su hijo a Berbería para negociar con el sultán de Marruecos un préstamo y apoyo militar.

—¿A don Manuel? —preguntó Joao.

—No, el príncipe es demasiado valioso aquí. Enviará a don Cristóbal en una flotilla mercante con escolta de guerra.

—Dudo que el jerife de Marruecos se comprometa. ¿Qué gana con ello?

—Ver a Portugal fuera del yugo castellano será para él como maná caído del cielo.

—¿Aliarnos con los infieles? —Joao soltó una carcajada irónica—. ¿Dejarán acaso sus piratas de atacar nuestras costas y esclavizar a nuestra gente?

—Cada cosa a su tiempo. Ahora necesitamos más que nunca mantener viva la llama de la esperanza en Portugal. Por eso se han escrito, y se seguirán escribiendo, cartas para nuestros seguidores, para que sepan que el momento de la liberación se avecina. —Geraldo sacó de los pliegues de la oscura ropilla que vestía un atadijo de cartas y se las tendió a su cuñado—. Es preciso que las hagas llegar a nuestros amigos en la península como creas conveniente.

Joao tardó unos instantes en tomar el paquete.

—Tendré que viajar hasta la costa —dijo finalmente, con las cartas en las manos—. Y necesitaré dinero, que estos negocios no son baratos.

Geraldo arrugó el gesto, pero se llevó la mano a la bolsa y depositó sobre la mesa un par de libras. Joao alzó las cejas y añadió que había que pagar el caballo, la fonda y también al mensajero. Y Geraldo soltó otra libra.

—Si no te fías, ven conmigo y comprobarás que no exagero con los gastos —le dijo, mientras guardaba el dinero y el fajo de cartas en una gaveta del solitario taquillón que adornaba la sala—. Y de paso podrás alejarte del clima

infame de Londres.

—Prefiero no hacerlo. Es mejor que una mano no sepa lo que hace la otra.

Joao sonrió, pero Geraldo no lo notó, concentrado en la forma de abordar el siguiente asunto. Tosió antes de hablar.

—Hace unos días vino a verme un capitán inglés.

—Eso es bueno. Nos conviene tratar con nuestros aliados.

Geraldo apretó los dientes. Su cuñado tenía razón.

—Cierto, pero este era especialmente huraño y no me inspiró confianza.

—¿Qué quería?

—Ese tal Trenton es el esposo de la española que hospedasteis aquí. Al parecer, ella lo abandonó sin explicación, y ahora él la busca.

Joao se puso en guardia.

—John Trenton pertenece a la órbita de Drake. Nos interesa mantener esa relación. —El comentario de Joao llevaba implícita una crítica. Le gustaba emplear ese tipo de maniobras para desviar la atención de su cuñado, pero esta vez no surtió efecto.

—No me dijiste que huía de su marido.

Joao bebió un sorbo de su copa y chascó la lengua. Apreciaba aquel vino dulce y acaramelado que había comprado a un contrabandista del sur.

—No tenía la menor idea —dijo con indiferencia.

—Es raro que llegara de improviso.

—¿De improviso?

—¿La esperabais?

—Marcia nos la trajo. Me dijo que la mujer tenía problemas con sus suegros y quería alejarse unos días de su hogar. ¿Saint Peter, quizás?

—Saint James —corrigió Geraldo—. ¿No te pareció sospechoso?

Joao rellenó la copa de Geraldo.

—¿A dónde quieres llegar, cuñado? —La mención al parentesco no era casual.

—Don Cipriano te considera un hombre sagaz, pero me sorprende que en este asunto hayas estado en la inopia. Esa maldita española…

—Isabel. Isabel Trenton.

—Esa española —insistió Geraldo, alzando la voz— desapareció el mismo día que Marcia, delante de tus narices. ¿Y no te inquieta?

Joao caminó hacia la ventana, donde un postigo permanecía entreabierto. El suelo de la estancia dejaba mucho que desear: algunas baldosas estaban rotas,

desgastadas o cubiertas de manchas de humedad. Contempló sus botas aún mojadas, giró la copa entre los dedos, la vació de un trago y se volvió hacia Geraldo.

—¡Por Dios, Geraldo! Marcia es tu hermana. Tu hermana —repitió, señalándolo con la copa vacía—. Tú la trajiste a Londres. Lo que haga o no haga es asunto tuyo, no mío. Sé que tienes buenos valedores en la corte, pero si Marcia no es trigo limpio, tendrás que dar explicaciones.

Geraldo encajó el golpe con un temblor involuntario. Se llevaba bien con don Manuel, el primogénito del rey, y no pondría en riesgo su posición por nada del mundo. Aun así, había algo en las palabras de Joao que no cuadraba, aunque no supo precisar qué. Ya volvería sobre la cuestión más adelante.

El viento amainaba y la lluvia menguaba. El caldo con tropezones que preparaba Fátima desprendía un aroma tentador, pero los Lancastre lo esperaban para almorzar, y Geraldo no quería ser impuntual. Se despidió y salió apresurado de la casa.

Tras cerrar la puerta, Fátima miró a su esposo.

—¿Qué negocios te traes con él?

—Está interesado en Marcia. Y en Isabel.

—También a mí me sacó el tema —dijo Fátima. Luego alzó el rostro y miró a Joao con intensidad—. ¿Tú sabes algo de mi hermana?

—Sé lo mismo que vosotros.

—¿Será una traidora?

—¿Por largarse con Isabel? Para serlo, tendría que haber puesto en peligro la causa.

—Pero Geraldo sospecha que la ayudamos.

—No lo creo. Y aunque así fuera, él tiene más que perder que nosotros. Anda, ven aquí y no te preocupes más por eso.

Fátima se desató el pañuelo, sacudió la cabeza y su cabello se derramó sobre los hombros. Luego se apresuró a cobijarse entre los brazos de su marido.

5

La Coruña

Hacía ya varios días que Gabriel no ponía los pies en la Portuguesa, ocupado como estaba en coordinar el embarque de los soldados que habría de trasladar,

así como en adquirir vituallas, jarcia nueva, velas de respeto, barriles de pólvora y otros pertrechos y suministros indispensables para la travesía. La fragata, ya carenada, permanecía fondeada a dos cables del islote de San Antón. Era una nave de ciento veinte toneles de arqueo, dócil en la maniobra y fiel al gobierno, con casco sin apenas arrufadura, quilla prolongada, mástiles provistos de juanetes, remos auxiliares y bauprés casi horizontal. Ceñía el viento con mayor agilidad que ninguna otra en la que hubiera navegado.

Apenas subió a bordo, se le echó encima el maestre Laiseca con una retahíla de problemas y reparos: que algunos marineros eran demasiado bisoños, que el contramaestre no le ofrecía garantías o que no había espacio en el navío para alojar a tantos portugueses como pretendían embarcar.

—Veo que la estancia en tierra te ha hecho chochear —le replicó Gabriel con una sonrisa apenas disimulada—. Se me hace que antes no eras tan quejica.

—¿Quejica yo? ¡Voto a Satanás, capitán! Cuatro días sin aparecer por aquí, y un servidor ha de encargarse de todo: desde alimentar a la tripulación hasta contar los clavos.

—Bueno, señor maestre. Calmaos y resolvamos los problemas uno a uno.

Pascual Laiseca llevaba ya varios años junto a Gabriel. La mar era su elemento, y pocos podían enseñarle algo que él no dominara. Por ello se entrometía en todos los aspectos del manejo del buque, estuvieran o no bajo su directa responsabilidad. Gabriel lo conocía bien y sabía templar con paciencia sus maneras ásperas y su natural impaciente.

Mientras conversaban a la entrada de la tolda, se les aproximó el piloto para interrogar a Gabriel acerca de la fecha prevista de partida. A Frans Vermeulen, un flamenco católico de carácter sereno y ojos sagaces, lo había contratado en Dunquerque, tiempo atrás, cuando estaba necesitado de alguien que conociera la lengua y las traicioneras costas de Flandes. Y hasta ahora, no le había dado motivo de queja.

—Me gustaría zarpar a finales de esta semana, señor Vermeulen.

—¿Tan pronto?

—¿Os lo parece?

—Los hombres están aún rascando la cubierta, como podéis ver, y falta rociarla con vinagre, repasar la jarcia y el velamen, revisar los cables de las áncoras y comprobar las bombas de achique.

—Y no olvidéis el bote y los remos, que también han de inspeccionarse —

añadió Laiseca—, y de cargar las pipas de agua dulce y otros bultos que esperan en el arenal.

—¿Vamos tan retrasados? —se extrañó Gabriel.

—¿Cómo que retrasados? Se hace cuanto se puede con la tripulación que tenemos. Necesitamos seis u ocho marineros más. Y un par de grumetes.

No le faltaba razón al maestre. Tras la última travesía, la mitad de los hombres se habían despedido. De hecho, pocos restaban ya de la tripulación original.

—Pues daos prisa en buscarlos.

—¡Rayos y truenos, capitán! ¿Cuándo me habéis dado orden de hacerlo?

—Pascual, tú haces y deshaces a tu antojo en este barco ¿y tienes el cuajo de pedirme autorización para enrolar más hombres? —Gabriel trataba de ponderar si el enfado del maestre tenía más de justo que de teatral. Por si acaso, prefirió ser prudente—. Pues te doy permiso. Busca la gente que necesites.

—Que me ayude Vermeulen.

—Iré con vos si así lo deseáis.

Luego de haber dejado bien encaminados los problemas a bordo, Gabriel regresó a tierra para encargarse de otras gestiones que no admitían demora: acudir a palacio del gobernador para recoger las cartas que le había prometido, y cuya redacción demostraba poco entusiasmo por la empresa; desplazarse a Santiago para hacer lo propio con otra que el arzobispo, tras una larga audiencia, tuvo a bien facilitarles; recorrer uno a uno los almacenes coruñeses para asegurarse de que no se quedaba en puerto ni un barril de galleta marinera, ni una rueda de queso ni un tonel de vino; y, por supuesto, el embarque de los portugueses, que resultó una tarea más exigente de lo previsto. Como si hubieran publicado el viaje en una hoja volante, o corrido la voz por las tabernas costeras, no paraban de acudir a La Coruña, desde distintos puertos del Cantábrico, soldados de aquella nación. Era un reguero constante que obligó, finalmente, a aprestar también la Anunciada, cuyo capitán cayó gravemente enfermo y hubo de ser sustituido, a última hora, por el señor Vermeulen.

El sargento Luis de León, con la lista definitiva y actualizada de hombres, compañías y navíos de procedencia, puso al frente de la tropa a un alférez entretenido, Jaque Manzanares, un hombre agraciado, cumplidor y diligente, que hablaba con soltura la lengua portuguesa y que impuso algo de orden

entre los recién llegados.

Con todo dispuesto, sólo faltaba aguardar a que aflojara el temporal que azotaba con furia las costas gallegas. Durante las jornadas de inactividad forzosa, Gabriel aprovechó para despedirse de su tío Sancho, que le entregó una última carta para un mercader lisboeta, de apellido Cerqueira, con el que tenía cierta confianza, y para desgranar con Marcia e Isabel largas charlas al calor del hogar.

Una tarde en que la lluvia parecía haber hecho una pausa, acudieron a cenar a la casa de Martín Robledo, que vivía en la calle Amargura, dentro de las murallas. El grupo llegó a la puerta acalorado, pues habían acelerado el paso ante el temor de que regresase el chubasco, y aguardaron unos instantes para recobrar el aliento. Pese a la amistad con Martín, las mujeres se habían ataviado con las ropas más elegantes que tenían en sus baúles, elegantes y abrigadas, porque el otoño avanzaba deprisa y el aire frío mordía como lobo hambriento.

Antoñita, la esposa de Martín, poco dotada para las artes culinarias, preparó una sopa boba más desvaída que sustanciosa y un escabeche de conejo demasiado salado que no lograron empañar el ánimo de la velada.

Martín era charlatán por naturaleza, pero no del tipo pesado que agota la paciencia, sino un conversador ameno y vivaz que atraía con facilidad a sus oyentes. Conservaba infinidad de anécdotas de sus peripecias pasadas y, gracias al trato constante con una clientela variada, estaba siempre al día de chismes y chascarrillos que relataba con mucho gracejo. Todos reían, menos Antoñita, cuya expresión oscilaba entre la seriedad y la acidez. Cualquiera habría dicho que no simpatizaba con sus invitados, pero Gabriel sabía que esa era su manera de ser. Marcia, en cambio, no estaba tan segura.

—Cuidado con los corsarios, Gabriel —dijo, en cierto momento, Martín Robledo.

—¿Corsarios en estas costas? —preguntó Isabel, con una sombra de inquietud en la voz.

—Y tanto. Pululan por el litoral atlántico como perros rabiosos, sobre todo ahora, que el reino está sin armada que lo guarde.

Marcia, que conocía a Martín, esperaba que rompiese en risas de un instante a otro, pero el herrero mantuvo una expresión tan grave que la hizo vacilar. Gabriel tampoco ayudó a disipar sus dudas.

—Rara vez se agrupan en escuadrillas mayores de tres o cuatro bajeles.

—Cuatro me parece un número respetable —reconoció Marcia, con los ojos

puestos en su esposo.

—No se atreverán con dos naves bien armadas y repletas de soldados —respondió Gabriel.

Sus palabras hicieron que todos enmudecieran. La estancia era alargada y tan angosta que los comensales debían arrimarse a la mesa para dejar paso entre las sillas y la pared. Había caído la noche y Antoñita había encendido los velones de la lámpara de seis brazos que pendía sobre la mesa.

—Un brindis por el éxito de la nueva delegación —propuso Martín Robledo para romper el silencio.

—No te hagas el gracioso —le reprendió su esposa. Pero Martín alzó su taza para entrechocarla con las de los demás.

—Alegraos, Antonia —le dijo Marcia con un guiño cómplice—. Si la empresa prospera, podréis cocinar con las especias más exóticas y haceros vestidos de seda china.

—Ni me entusiasman las especias ni me agradan los vestidos llamativos —respondió ella, sin alterar el gesto.

A pesar de la sequedad de su respuesta, el buen humor prevaleció, y la reunión se prolongó hasta bien entrada la noche.

—Hasta pronto, mis señoras —se despidió Martín desde el umbral de la fragua, que ocupaba la planta baja de la casa—. Y tú, l'Avide, no te olvides de nosotros.

—Trataré de complacerte.

—Y mantén a raya a ese pirata que llevas dentro.

—Ven conmigo y compruébalo tú mismo, señor soldado.

—Mis días de soldado ya pasaron.

—Pero la espada ha de mantenerse engrasada y libre de orín. Nunca se sabe cuándo volverá a necesitarse.

En el cielo se abrían algunos claros por los que asomaban las estrellas. La noche se había tornado más fría.

—¿Qué nombrecito es ese, l'Avide? —preguntó después Isabel.

—El apodo que los piratas le pusieron a tu hermano.

—Mi nombre de guerra —la corrigió Gabriel.

—Me cuesta imaginármelo en ese oficio.

Los pasos de los tres resonaban en el empedrado de la calle Real, que los condujo hasta la puerta del mismo nombre, aún abierta. El viento zarandeaba las llamas de dos hachones colgados de sendas argollas en los muros. Bajo su

luz, las sombras danzaban sobre los rostros de los guardianes y los hacían parecer trasgos.

Santiaguillo, al cuidado de Genara, una vecina de la calle de la Estrella, dormía con tal profundidad que hubo que espabilarlo para que, somnoliento, aceptara el pezón materno y se pusiera a succionar. Formaban una estampa tan entrañable los dos, tan plácida, que a Gabriel le vino a la memoria el recuerdo de su propia infancia, cuando observaba, oculto tras una esquina, a su madre amamantar a Isabel con la ternura de una virgen.

Se alegró, en todo caso, por lo mucho que su hermana había disfrutado de la velada. Poco a poco recuperaba su antigua vivacidad y dejaba atrás la aflicción. Pese a la confianza que los unió en su juventud, y que poco a poco resurgía, Gabriel no se había atrevido aún a preguntarle directamente por la separación de su esposo, el capitán John Trenton, a quien temía que aún amase.

En más de una ocasión había hablado del tema con Marcia, incluso le había pedido que sonsacara a Isabel cuando la ocasión fuera propicia. Pero su esposa pensaba que sacar el asunto a colación podía abrir una herida que apenas comenzaba a cicatrizar.

Gabriel se sentó en una banqueta junto al hogar y contempló el tenue resplandor de las últimas brasas. Al rato, Marcia tiró de él con dulzura y lo condujo hasta la alcoba. Aquella noche ardía como una hoguera, y su pasión fue tan intensa que aún estaban entregados a ella cuando las campanas de San Jorge tañeron a completas. La mujer presentía la inminencia de la despedida.

Y su corazón no la engañó: el cielo amaneció apenas nublado, y a lo largo del día se despejó por completo. El frío aumentó y el viento, que roló al nordeste, se tornó favorable para zarpar.

V

1

Londres

Joao callejeó un rato por el enmarañado centro de Londres hasta llegar a Carter Lane, en la esquina con Addle Hill. Allí se encontraba una sastrería pequeña pero bien abastecida con telas de Holanda y paños de Ruán, entre otros géneros de calidad. En ella trabajaban el señor Bell, su esposa y su cuñado, tres artesanos hábiles que, en poco tiempo, habían logrado una excelente reputación por su seriedad y destreza. Gracias a ello, habían consolidado una clientela fiel, entre la que figuraban varios oficiales de mar y guerra.

El señor Bell recibió a Joao con amabilidad y le pidió que esperara en la sala donde atendían a los clientes. Al cabo de unos minutos, regresó y lo condujo por un pasillo largo y angosto hasta el despacho del dueño del establecimiento, un extranjero llamado Manuel de Aranda.

—El señor Aranda os aguarda.

Joao llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró en una sala espaciosa con salida independiente a la calle. Manuel de Aranda, sentado ante una mesa repleta de libros de cuentas y pilas de papeles, se levantó para saludarlo.

—Amigo Joao —dijo con una sonrisa medida, aunque sus ojos claros permanecieron serios—. Algún asunto importante debéis de traer entre manos para que os hayáis decidido a venir.

—Así es, señor Zarco…

—Aranda, Manuel de Aranda —lo corrigió el comerciante.

—Disculpad, pero no me acostumbro a llamaros así.

Aranda hizo un gesto comprensivo, entrelazó las manos a la espalda y se dispuso a escuchar.

—En breve partiré para Portsmouth —comenzó Joao. Luego relató con detalle su encuentro con Geraldo y el asunto que este le había encomendado.

—¿Habéis leído las cartas?

—Son todas iguales. He hecho una copia para vos. —Joao descolgó una cartera de cuero que llevaba en bandolera, extrajo un papel plegado y se lo entregó a Aranda—. ¿Debo hacerlas llegar a su destino o extraviarlas?

Aranda recorrió con la vista el contenido de la copia.

—Enviadlas —resolvió tras una breve pausa—. No conviene despertar sospechas. ¿Habéis elaborado un listado con los destinatarios?

Joao sonrió. Volvió a hurgar en la cartera y sacó otro papel.

—Aquí lo tenéis.

—Vuestro cuñado está bien relacionado.

—Así es. Don Manuel, el hijo del Prior, lo tiene en gran estima. Por él sé que los contactos con los ministros de la reina son más frecuentes de lo habitual, y que están tratando de alcanzar un acuerdo.

—Estad atento. Saber con antelación cualquier alianza entre el Prior y la reina es importante para organizar nuestra defensa. Por cierto, señor Veiga, ya que vais al sur, no os olvidéis de indagar sobre los presos. Su Majestad tiene un interés especial en ellos.

—¿A qué presos os referís?

—A las tripulaciones de las dos naos que se perdieron en el Canal de la Mancha, y que encerraron en aquellos puertos. Sería deseable conocer quiénes son, dónde están y en qué estado se encuentran.

—Indagar por los prisioneros españoles podría levantar sospechas.

—No os lo pediría si no conociera vuestra habilidad y sutileza.

—Procuraré complaceros. Por cierto, ¿qué sabéis de Irlanda?

—Las informaciones son confusas y poco halagüeñas —respondió Aranda —. Barcos naufragados, otros perdidos, cautivos… En fin, habrá que esperar a que lleguen noticias más fidedignas.

La breve reunión parecía haber concluido, y Joao se dirigió a la puerta que daba a la calle.

—Ah, aguardad —lo detuvo Manuel de Aranda.

El agente se acercó al escritorio, abrió un cofrecillo con una llave que llevaba colgada al cuello, sacó de él una pequeña bolsa de cuero y se la entregó.

—No derrochéis, pero tampoco escatiméis, que el dinero abre muchas puertas. Y no os arriesguéis más de lo necesario —añadió mientras abría la puerta.

Joao asintió con un leve movimiento de cabeza y echó a andar. Aranda lo observó hasta que se perdió entre el gentío que abarrotaba Addle Hill a aquella

hora de la mañana. Luego regresó a su despacho, tomó asiento y se quedó un momento en silencio, con la barbilla apoyada en las manos. Al cabo, cogió una pluma de ganso que había cortado y desbarbado antes de que se presentara Joao, la mojó en el tintero y comenzó a redactar el borrador de una carta destinada a don Bernardino de Mendoza, embajador del rey Católico en París, cuya escritura no podía demorar más. Tenía muchos asuntos que comunicar, pero no debía precipitarse ni omitir detalles importantes.

El primero y más urgente era que el almirantazgo inglés, tras semanas de incertidumbre, había dado por fin la orden de desembarcar a sus tropas, hasta entonces retenidas en el estuario del Támesis y en Dover. Únicamente una escuadra, al mando de lord Seymour, permanecería en servicio con el propósito de controlar el tráfico de mercantes en el paso de Caláis, impedir que las ciudades de la Liga Hanseática comerciaran con puertos españoles y proteger a sus propios navíos de los ataques de la incipiente actividad corsaria en Dunquerque.

En cuanto a las tripulaciones inglesas, debía informar a don Bernardino de que los hombres habían desembarcado en condiciones deplorables, diezmados por el hambre y las enfermedades, y con el cuerpo roto por meses de penurias en alta mar. Esta situación, aunque lamentable, redundaba en beneficio de la Real Hacienda, pues las bajas a bordo fueron tan cuantiosas que permitieron ahorrarse buena parte de las pagas. Una vez en tierra, a los enfermos se los confinó en graneros y almacenes húmedos e insalubres, donde apenas recibieron asistencia, y esta, en el mejor de los casos, corrió a cargo de sus oficiales o de la caridad de algunas villas. El descontento era grande y algunos grupos realizaron protestas y altercados que fueron sofocados sin miramientos por los soldados de la reina.

Aunque se hubiera rozado el desastre con los dedos, en la corte sólo se hablaba de victoria. Una victoria incontestable. Y cualquier relato que se apartase de esa versión oficial era interpretado como un acto de deslealtad. Sin embargo, las diferencias entre los altos mandos de la flota eran notables, en especial entre el gran almirante lord Howard de Effingham y su segundo, sir Francis Drake. Y también entre estos y lord Burghley, el primer ministro.

Manuel de Aranda dejó la pluma sobre el tintero, echó el torso hacia atrás y estiró los brazos. Pasar largas horas inclinado sobre la mesa le producía persistentes dolores en la espalda. Luego sacó de un compartimento disimulado en el escritorio una nota meticulosamente doblada, la desplegó y

repasó su contenido. Era una crónica enviada por otro de sus corresponsales en la que detallaba con precisión la acalorada entrevista que el primer ministro había mantenido con los dos almirantes, y que tenía intención de transmitir fielmente a don Bernardino.

Los marinos reprocharon al ministro la demora en desmovilizar la flota, aun cuando ya se sabía que la Gran Armada se dirigía de regreso a España. Burghley se defendió alegando que el ejército de Flandes representaba aún una amenaza latente. Para los almirantes, sin embargo, tal peligro era irreal mientras la flota holandesa bloquease los puertos del mar del Norte. En respuesta, el primer ministro los acusó de haber dejado escapar a la Armada tras casi haberla batido en Gravelinas, una oportunidad como no se presentaría otra. Lord Howard, incómodo, aceptó la crítica, pero Drake, más osado, replicó que sin vituallas, pólvora ni balas, volver a enfrentar a la flota española habría sido muy arriesgado.

Insistió Burghley en que las empresas inconclusas son sinónimo de fracaso y Drake repuso que la tacañería nunca es buena estrategia cuando hay tanto en juego. El primer ministro se irritó ante semejante insinuación y lo amenazó con llevar el asunto ante la reina. *«Hacedlo»,* bramó aquel dragón del mar, *«quizá así se entere de los muchos despropósitos de esta campaña»*. Lord Howard, que se sintió aludido por esta frase, sacó a relucir el abordaje a la nao Nuestra Señora del Rosario y acusó a su colega de haberse apoderado de treinta mil escudos de la caja de la nao, de retener a don Pedro de Valdés como prisionero personal y de pretender cobrar en exclusiva su rescate.

También debía transmitir a Mendoza las noticias que llegaban de Irlanda, inciertas aún, pero no por ello menos inquietantes. El número de navíos españoles que habrían arribado a sus costas aumentaba sin cesar, y en Londres se murmuraba no sólo de naufragios, sino también de un desembarco considerable de soldados, con el temor añadido de que pudieran emprender alguna acción militar. Aunque tales informes no habían sido verificados, no le parecían los bulos habituales del secretario Walsingham. Pese a que muchos hombres habían sido apresados, la alarma en el Consejo de Estado era patente y ya se habían movilizado tropas y se había instruido al virrey de Irlanda para que actuase con la mayor contundencia. Lo último que deseaban en aquel momento era una rebelión en la isla.

Debía informar asimismo sobre los cautivos que había en la propia Inglaterra, provenientes de los dos buques perdidos en el canal de la Mancha.

El almirante Valdés y algunos de sus oficiales estaban en manos de Drake, su captor, que los trataba con gran consideración. Del resto, sin embargo, apenas tenía noticias más allá de que los habían repartido entre diferentes prisiones y casas privadas a lo largo de la costa.

La última cuestión que debía comunicar a don Bernardino, aunque no la menos relevante, concernía a los movimientos del enemigo portugués. Las noticias sobre el fracaso de la Gran Armada les habían insuflado nuevas esperanzas de recuperar la corona de Portugal. El fiel «Fabio», su mejor corresponsal, había averiguado que Crato estaba persuadido de que por fin era su hora. Sabedor de que la reina Isabel planeaba devolver el golpe, le había propuesto que lo descargase sobre Portugal, a cambio, por supuesto, de una fortuna y de concesiones comerciales y territoriales.

Para animarla, Crato preparaba una embajada encabezada por su hijo Cristóbal, con el doble objetivo de convencer al sultán de Marruecos de sumarse a la ofensiva contra Su Majestad y solicitar un préstamo con el que contribuir a sufragar los gastos de la campaña. Tan seguros estaban de que el plan prosperaría que ya enviaban cartas a sus seguidores en Portugal, de quienes adjuntaría una primera relación.

Esperaba certificarse bien de sus planes, le solicitaba al embajador que fuera servido de mandarle las instrucciones que considerase más oportunas y se despedía con la fórmula habitual, que Dios guardase a su señoría, etcétera, etcétera.

Finalizada y revisada la carta, Manuel de Aranda la plegó cuidadosamente y la guardó en la gaveta oculta de su escritorio. Antes de acometer la ardua labor de cifrarla, pensaba salir a despejarse y tomar un ligero refrigerio. Los agentes de Walsingham, aunque menos experimentados que él, se multiplicaban como hongos tras la lluvia, y ninguna precaución era poca para evitar que aquella misiva cayera en sus manos.

2

Atlántico peninsular

La Portuguesa y la Anunciada zarparon de La Coruña para navegar en conserva hasta Lisboa. La fragata llevaba la dotación incompleta, en parte porque el maestre Laiseca no había logrado rematarla en el puerto, y en parte

porque hubo de ceder algunos marineros a la nao.

No eran las fechas más propicias para surcar aquellas aguas, y, aunque la primera singladura transcurrió en calma, en cuanto doblaron el cabo Finisterre se toparon con mares gruesas y vientos fuertes que pusieron de manifiesto las cualidades marineras de la fragata, que, para no separarse de la nao, debía tomar algunos rizos en el aparejo.

A bordo iban, aparte de la tripulación, más de cincuenta soldados portugueses que acomodaron como buenamente pudieron. Gabriel alojó al alférez Jaque en una cabina de la tolda. En los pocos días de trato en La Coruña, se había formado ya una idea de su carácter y modales, e incluso había trabado con él cierta amistad. En una de sus charlas, el alférez le confesó que era natural de Ciudad Rodrigo, aunque buena parte de su vida la había pasado como soldado en tierras portuguesas. Contaba ya una década en la milicia. Había servido bajo las órdenes del duque de Alba durante la campaña contra el Prior do Crato; más tarde, acompañó a Sancho Dávila en la toma de Oporto, y recientemente había participado en la empresa de Inglaterra, a bordo del galeón San Bernardo. A Gabriel le pareció el modelo perfecto del soldado: bragado, austero y cumplidor, uno de esos imprescindibles que hacían de los Tercios lo que eran.

Gabriel aprovechó la travesía para relacionarse con los pasajeros. La mayoría provenía de la nao San Bartolomé, pero también los había que arribaron a La Coruña en otras embarcaciones, como la nao Regazona, que tocó en la ría de Muros, o el galeoncete Augusta, que entró en el puerto de Laredo. Cada cual traía a cuestas su historia, dura, amarga. Así se enteró Gabriel de que, contrariamente a lo que muchos creían, los combates contra la flota inglesa no fueron lo peor de aquella malhadada empresa. Lo verdaderamente atroz fue la travesía de regreso, la infernal navegación que obligó a bordear Escocia e Irlanda, sorteando tempestades, mares turbulentos y costas tan afiladas como guadañas. La falta de víveres, la escasez de agua potable y la desorganización completaron el cuadro.

—Olas enormes, señor capitán —le relató un soldado joven, alegre y locuaz —. Altas, encrespadas, con la mar tan blanca de tanto pelear consigo misma y tales nubes de espuma que apenas si se veía a dos brazas.

Gabriel creía entenderlo. Había navegado por aquellos mismos mares con la Portuguesa, y por otros aún más hostiles; pero él era marino, y su experiencia se contaba en años. No así aquellos hombres, casi todos de tierra adentro,

embarcados en naves pesadas y poco marineras, o en naos mediterráneas que no resistían bien las furias del Atlántico.

—Y frío, señor. Mucho frío —añadió el joven—. Figuraos: todo el día mojados, sin poder secar la ropa, sin capotes ni mantas. El frío fue un tormento constante.

Aquel soldado se llamaba Tiago Queiroz y era natural de Lisboa. Había navegado en la Regazona y sufrido una herida leve en el brazo por un virote de ballesta, que el cirujano cosió sin complicaciones. Era animado y locuaz, y se hacía entender con facilidad.

—¿Y qué os movió a embarcaros en semejante empresa? —quiso saber Gabriel.

—Mi padre es pescador, y yo no quiero pasarme la vida como él, partiéndome el lomo de sol a sol, sin esperanza ni más recompensa que unas monedas para ir trampeando. Prefiero la profesión de las armas.

—Que también es dura y peligrosa.

—Pero en ella se puede alcanzar honra y fama, medrar y salir de pobre a base de denuedo y valor —afirmó Tiago con firmeza.

Una racha sacudió la jarcia con fuerza. La fragata, en ceñida abierta, cortaba con esfuerzo las olas que venían del sudoeste y levantaba cortinas de rocío salobre que bañaban la cubierta.

—No habéis ganado mucha fama en esta jornada —dijo tras una pausa.

—*Ad astra per aspera*.

—¿Sabéis latín?

—Todos los soldados conocemos esa máxima, señor capitán. El triunfo se alcanza por el sendero más duro.

Gabriel asintió. Si el muchacho creía en ello, ¿quién era él para rebatirle?

Entre los últimos portugueses en embarcar venía un marinero de gesto ceñudo y juicio fatalista que había perdido una pierna a causa de un cañonazo. A través de Laiseca, que no sabía mantener la boca cerrada, llegó a enterarse el marinero de sus planes en Lisboa, y empezó a mostrar por ellos un interés vivo. Las ocasiones en que se le acercaba a Gabriel, apoyado en una muleta de tosca madera, recogía su carácter agrio y se deshacía en palabras zalameras y dilatados ofrecimientos. Decía llamarse Bruno Maciel y alardeaba de tener buenos contactos en la ciudad.

Tiago Queiroz, que al parecer lo conocía, no lo tenía en buena estima.

—Recelad de lo que ese hombre os diga, capitán —le advirtió un día—. No

es de fiar.

Gabriel, sorprendido, le preguntó el motivo.

—Sería capaz de vender a su propia hija por unas monedas.

—Duras palabras.

—Sabed que no las he dicho por decir, capitán.

El asunto no fue más allá. Gabriel no quiso insistir, y Tiago tampoco abundó en él. Aun así, abonaron el desagrado que a Gabriel le producían los aduladores.

La travesía fue larga y movida. Durante ella, el maestre Laiseca no cesó de maldecir el tiempo, la mar, el viento variable, los aguaceros pertinaces, la escasa visibilidad y cuantas inclemencias se le ocurrieran.

—¡Una semana! —gruñó la mañana en que avistaron Cascaes—. Una puta semana para recorrer cien leguas.

—¿Qué esperabas, Pascual? —replicó Gabriel—. Con el otoño tan avanzado, milagro hubiera sido hacer un viaje tranquilo. Podemos darnos con un canto en los dientes por no haber topado con piratas.

A última hora, un levante frescachón los obligó a tirar de los remos auxiliares para poder entrar en el estuario del Tajo y atracar en el puerto de Lisboa, borda con borda, la nao y la fragata.

3

Aughnanure, Irlanda

Tres días llevaban los náufragos alojados en Aughnanure cuando se presentó en el castillo un nuevo contingente de españoles: una veintena de supervivientes del naufragio de otra urca, el Falcón Blanco, encallada más al norte, en la isla de Freaghillaun. En aquel desastre había perecido más de la mitad de la tripulación. El grupo estaba comandado por un vizcaíno llamado Pedro de Arechaga, a quien acompañaban un caballero aventurero de noble linaje, Luis de Córdoba, pariente del duque de Medina Sidonia, y su joven sobrino Gonzalo Fernández.

El arribo de estos hombres alegró a los de la Santa Bárbara, pero inquietó al señor del castillo. No sólo aumentaban las bocas que alimentar, sino que la hueste comenzaba a resultar considerable, aunque desarmada. A Arechaga lo alojó en la planta baja de la torre; a Luis de Córdoba y a su sobrino, en cambio,

les asignó estancias mejores, en atención a su linaje.

Entre los recién llegados se hallaba Gregorio Lange, un paje muy joven, rubio, diligente y más maduro de lo que su edad permitía suponer, a quien Arechaga había tomado bajo su protección. Formaba parte de la tripulación original de la urca y era natural de la ciudad hanseática de Danzig, aunque hablaba un castellano fluido.

El capitán Bravo puso a los oficiales del Falcón Blanco al tanto de la situación: las simpatías declaradas de O'Flaherty, sus antiguos tratos con la reina y su posterior desencuentro con ella.

—Una situación incierta, vive Dios —resumió Arechaga—. En cualquier momento podría entregarnos a los ingleses.

—Eso mismo pensamos nosotros —le respondió Bravo.

—Podemos presionarlo para que nos busque una salida —propuso Luis de Córdoba—. Aunque sea sincero, nuestra presencia aquí ni le beneficia ni le resulta barata.

—¿Presionarlo? —Bravo se mostraba escéptico.

—Nada perdemos con tantear sus intenciones —insistió el noble, ansioso por abandonar Irlanda.

Para protegerse, no había dudado en revelar su linaje, pero ahora temía que su condición jugara en su contra: O'Flaherty podría retenerlo, bien para obtener un buen rescate, bien para congraciarse con las autoridades inglesas.

El castellano, cuando fue interrogado al respecto, les aseguró con concisión que seguía buscando la forma de sacarlos del país. Su hijo se mostró algo más franco. Les habló del naufragio de varios navíos de gran tamaño en la costa norte y de los rumores sobre una gran hueste de más de mil españoles que había puesto en alerta al lord diputado FitzWilliam, virrey de Irlanda.

—¿Y no podéis interceder ante vuestro padre? —preguntó Luis de Córdoba —. Los hombres ya se han repuesto y necesitamos una ruta de regreso a España.

—Mi padre no os abandonará, si es lo que teméis —respondió el joven O'Flaherty—. Tampoco le molesta que sigáis aquí. Sabe que vuestros hombres son soldados de gran valor, y no le importaría contratar a quienes quisieran ponerse a su servicio.

Mas las garantías del joven O'Flaherty pronto chocaron con la información que recogió fray Antonio. O los estaba engañando, o poco conocía a su padre.

El fraile seguía estrechando lazos con el padre O'Reilly. El capellán del

castillo le procuró ropa seglar para disimular su condición religiosa, le aconsejó raparse la cabeza para ocultar la tonsura y, lo más importante, le reveló que el gobernador de Galway, que ya sabía de la presencia de los náufragos en Aughnanure, le había exigido a Morogh que se los entregara.

La noticia se difundió pronto, y con ella, el miedo. Entre los hombres se multiplicaron los rumores: que O´Flaherty era fiel a los ingleses, que había traicionado a su propia sangre para hacerse con la torre, que nunca soltaba una presa, que era artero y ambicioso, y un sinfín de comentarios que se repetían de boca en boca y cobraban fuerza con cada nueva versión. Uno de los que más se hizo eco de ellos fue el cabo Hernandes, que abordó a Duarte una tarde y le expuso sus aprensiones.

—Sois portugués, como yo, y sé que me entenderéis.

—¿Venís en nombre de los portugueses?

—Y de algunos castellanos. En el Falcón Blanco todos lo son.

—No es momento de dividirnos ni de agitarnos.

—Tampoco de quedarnos de brazos cruzados. He hablado con hombres resueltos. Dispuestos a todo.

Duarte lo miró en silencio. Se hallaban en el exterior del castillo, junto a unos tejos vetustos cargados de frutillos. A sus pies, las agujas caídas formaban una alfombra marrón. Soplaba un viento húmedo que removía las hojas secas. Nubes grises y apretadas cruzaban a gran velocidad el cielo y dejaban caer algunas gotas gruesas.

—¿Y qué estáis dispuestos a hacer?

—Los hombres de O'Flaherty no son tan numerosos, ni tan diestros.

—Pero están armados.

—Si diésemos un golpe de mano, podríamos tomar el castillo.

—A costa de muchas vidas. Y aunque lo lográsemos, ¿qué haríamos después? ¿Esperar a los ingleses? ¿Combatirlos? Si O'Flaherty hubiera querido entregarnos, ya lo habría hecho —le respondió Duarte, aunque ni él mismo lo creía del todo.

—¿Por qué quedarnos ociosos? Podríamos abandonar el castillo y buscar nuestro propio destino. He oído que muchos clanes nos brindarían su apoyo incondicional.

—«He oído» no basta. Y menos si se ha entendido mal o por señas. Una decisión así requiere certezas.

—Dicen también que al norte se ha formado una tropa numerosa de

españoles. ¿Es cierto?

—Eso parece, pero no son más que rumores.

—A qué tantos recatos, señor sargento.

—Son precauciones.

—Más se antoja cobardía.

—Entre la cobardía y la temeridad, se halla la virtud —dijo, cortante, Duarte. Mas al punto moderó el tono—. Atended, Diego. Comprendo vuestras aprensiones, también yo las tengo, pero separarnos ahora sería un error. Veré qué averiguo, y vos, entre tanto, intentad calmar a los hombres.

Diego Hernandes partió sin convencerse. Duarte podía entender su inquietud, y su deseo de actuar en lugar de depender de los caprichos de O'Flaherty. Pero ¿qué acción emprender, de qué modo? Y, sobre todo, ¿a qué precio?

Un hacha resonaba a lo lejos entre la arboleda. Unas mujeres recogían ramas secas y las ataban en haces que cargaban sobre la cabeza. Por el claro que conducía al portón pasó un hombre con un cerdo escuálido amarrado a una cuerda. De pronto, la lluvia arreció, y Duarte echó a correr hacia la puerta de la muralla: no deseaba volver a empaparse.

De regreso en el castillo, compartió sus preocupaciones con los demás oficiales, sin obtener ni la respuesta ni la unidad de criterio que esperaba. El capitán Bravo se encendió al saber que algunos soldados conspiraban al margen de su autoridad y exigió conocer los nombres de los implicados para escarmentarlos como a amotinados; Pedro de Arechaga consideraba que, si se planeaba una rebelión, debían organizarla los capitanes y contar con la participación de todos; Luis de Córdoba prefería confiar en la buena fe de los O'Flaherty antes que exponerse a un alzamiento sin garantías; y fray Antonio, por su parte, abogaba por una vía intermedia: antes de tomar ninguna decisión, había que reunir información fiable sobre la geografía de la isla, los clanes y sus caudillos, los puertos disponibles y la presencia inglesa.

—¿Y vos, señor Salazar? —inquirió el fraile—. ¿Qué opináis?

—Coincido con vos, padre. Pero recabar toda esa información tomará un tiempo que quizá no tengamos. Y, sobre todo, exige cautela. Mucha cautela. Por eso debemos comenzar por organizar a los hombres y estar listos para actuar si la ocasión lo requiriese.

Sin embargo, al no haber acuerdo entre los oficiales, ni existir una verdadera unidad de mando, todo quedó en el aire: nadie habló con los soldados, ni con

O'Flaherty, ni se dispuso medida alguna.

Y las consecuencias no tardaron en llegar.

Dos días después, un grupo de hombres huyó de Aughnanure al amparo de la noche. Antes de marcharse, habían saqueado algunas viviendas para apoderarse de armas y víveres, habían degollado a un hombre y habían violado a su esposa. Morogh O'Flaherty, furioso, exigió a los oficiales que reunieran a todos en el recinto exterior.

—¿Qué pretendéis hacer? —preguntó Pedro de Arechaga.

—Justicia —respondió el castellano.

Una hora más tarde, O'Flaherty, acompañado de su hijo, apareció en lo alto del torreón donde se unían los dos lienzos que cerraban el patio interior. Y ordenó hacer un recuento. Faltaban dieciocho hombres y dos cabos. Entre ellos, Diego Hernandes. Duarte miró en derredor. La guardia del señor de Aughnanure, bien pertrechada, se había desplegado tanto en las almenas como en el recinto. La situación no pintaba bien, y se preguntó qué clase de justicia pensaba aplicar O'Flaherty.

No tardó en averiguarlo.

El castellano señaló a cuatro hombres y les ordenó que se acercaran. Eran marineros, dos de ellos flamencos. Cuando lo hubieron hecho, los guardias los redujeron de inmediato y los llevaron al interior de la fortaleza. Entonces O'Flaherty anunció su sentencia: serían ahorcados en las almenas, a la vista de todos.

Durante unos instantes, reinó un silencio cargado de estupor. Luego estallaron las protestas, primero los oficiales y después los soldados. Gritos, improperios, puños alzados. Pero O'Flaherty no se inmutó. Cuando creyó que el escándalo se alargada demasiado, levantó los brazos y reclamó orden. No fue su gesto lo que acalló a la multitud, sino la aparición en lo alto de la torre del homenaje de los cuatro prisioneros con las sogas al cuello.

La escena fue atroz. Los condenados, conscientes de su destino, forcejearon e intentaron desasirse; imploraron clemencia y, al no obtenerla, pidieron ayuda a gritos a sus compañeros, que permanecían demasiado atónitos para reaccionar. El capellán les hizo la señal de la cruz en la frente y, después, se arrodilló a orar por sus almas. Pese a su resistencia, fueron arrastrados hacia el borde de las almenas y lanzados al vacío sin dilación. Las sogas, cortas, se tensaron de golpe; un latigazo sacudió los cuerpos, que quedaron balanceándose, inertes, a más de treinta varas del suelo.

En ese momento, un claro inesperado se abrió entre las nubes, y unos rayos de sol acariciaron la tierra mojada.

—¡El Todopoderoso los ha recibido en su seno! —gritó una voz entre la multitud. Duarte reconoció al contramaestre Solano. Un murmullo recorrió las filas. No eran pocos los que compartían aquel sentir.

Morogh O'Flaherty llamó a fray Antonio. El fraile, resignado, obedeció.

—¿Qué nueva bellaquería estará tramando ese hideputa? —soltó el capitán Bravo.

Pero no se trataba de una nueva intriga. El señor del castillo lo requería como traductor, para que sus palabras llegaran claras a oídos de todos.

—¿No os he acogido en la adversidad, os he alimentado y cuidado? —dijo, mirando desde lo alto del torreón—. ¿Os he dado acaso motivos para dudar de mi hospitalidad? Y, sin embargo, habéis traicionado mi confianza. Ya no puedo consideraros huéspedes. Desde ahora, seréis mis prisioneros. Y aceptaréis lo que yo decida.

A una seña suya, la guardia se desplegó, rodeó a los náufragos y los condujo en grupos hacia un gran corral de ganado dentro del recinto, donde permanecerían encerrados bajo estricta vigilancia. Algunos se dejaron llevar, aún esperanzados en un entendimiento, otros, en cambio, se resistieron o trataron de escapar.

Pero con las puertas del castillo cerradas, los irlandeses los redujeron con facilidad. A un soldado que trató de empuñar la espada le cercenaron el cuello; un compañero suyo cayó atravesado por el virote de una ballesta. Tan sólo un muchacho de piernas largas alcanzó el río y se arrojó a sus turbulentas aguas. Nadó con fuerza, corriente abajo, hasta perderse tras el ángulo del muro.

En un instante, todo había cambiado. Los irlandeses, antes amables y hospitalarios, se volvieron hostiles. Los hombres de O'Flaherty patrullaban el recinto como perros de presa y trataban a los cautivos con aspereza. Incluso a Luis de Córdoba y a su sobrino los sacaron de sus aposentos y los empujaron al corral común. Fray Antonio recibió la oferta de permanecer bajo techo, pero alegó que sus compañeros lo necesitaban más que nunca, y la rechazó.

Bravo y Arechaga renegaban de los huidos, por cuya causa estaban con la vida pendiente de un hilo, y los acusaban de haber actuado en su propio interés, sin pensar en el colectivo.

Duarte no estaba tan seguro. Habían pagado justos por pecadores, cierto, pero Hernandes, al menos, había manifestado sus inquietudes. Y sólo cuando

comprobó que los oficiales no hacían nada, decidió actuar por su cuenta. Lamentaba, eso sí, que Eugenio López se contara entre los fugados.

Esa misma noche, tres hombres lograron salir del corral y escalar el muro perimetral, pero fueron capturados y ahorcados al amanecer. Morogh O'Flaherty aún no se había saciado. A uno de ellos, al registrarlo, le encontraron, escondido en los calzones, una pequeña fortuna en escudos de oro.

La lluvia regresó con fuerza y empapó a los prisioneros. El hallazgo del oro animó a los guardias a realizar un minucioso registro en el que, a falta de otra cosa, requisaron capas, jubones, botas, hebillas e incluso los sombreros de mejor calidad.

—Dicen que el maestre Andriessen tenía mucho dinero oculto en su cabina —comentó Solano a Duarte en voz baja—, y que por eso lo mataron.

—¿Quién lo dice?

—Lo comentan los marineros. Tal vez esas monedas fueran suyas.

—Sí fue así, ya ha pagado —respondió Duarte. No era amigo de las habladurías, pero sabía que el dinero era una de las razones más comunes para el asesinato.

Por la tarde, la lluvia cesó, aunque el viento seguía soplando helado y persistente. Fue un día gris, desolador, que dio paso a otro más funesto, pues una compañía inglesa llegó al castillo de Aughnanure. Morogh O'Flaherty se quitaba por fin la máscara.

4

PORTSMOUTH

Joao alquiló un caballo en una cuadra situada en Southwark, en la orilla sur del Támesis. Calculaba que, en tres etapas tranquilas y cambiando de montura en las postas del camino, alcanzaría Portsmouth. No se equivocó, aunque el mal tiempo lo acompañó durante todo el camino. Se alojó en una fonda frente al mercado, cenó algo caliente y, a la mañana siguiente, se dirigió al muelle de Camber. Pocos pescadores habían salido a faenar, y sus barcas permanecían varadas en la orilla.

Dejó atrás el muelle, cruzó la muralla y siguió la playa hasta llegar a una hilera de casas humildes, dispuestas sin orden ni concierto. Unos niños

harapientos, desafiando al frío, buscaban entre las rocas lapas que la marea ponía al descubierto. Continuó por la orilla de una ría estrecha que se adentraba en tierra. El terreno, húmedo y lleno de irregularidades, lo obligaba a avanzar con cautela. Una parvada de gorriones revoloteaba sobre una parcela recién arada. Un hombre que guiaba un jumento cargado con esportillas llenas de algas pasó a su lado y lo observó con curiosidad. Detrás de los muros semiderruidos de un viejo molino se abría una pequeña caleta con cuatro o cinco casas y otras tantas barcas. Varias mujeres se movían de un lado a otro, ocupadas en sus quehaceres. Una de ellas arreaba unas ocas con una escoba. Comenzó a caer una llovizna fina, que el viento arrastraba a su antojo.

Un pescador remendaba una red tendida entre dos pértigas clavadas en la arena. Sostenía una pipa apagada entre los dientes, y estaba tan concentrado en su labor que dio un respingo al oír el saludo de Joao.

—No era mi intención asustaros.

—Parecéis un gato, señor Veiga —respondió el pescador.

—No está el día para hacerse a la mar, señor Caldwell.

Caldwell soltó una carcajada seca.

—¿Creéis? Pues yo acabo de arribar —replicó, y retiró la pipa de su boca para señalar una embarcación anclada a pocas varas de la orilla. Era mayor que una lancha, aunque menor que una pinaza. El mástil estaba desnudo y la verga descansaba sobre la borda.

El viento arreció y Joao se ajustó el capote. Caldwell, que vestía una sayuela sin mangas, esbozó una sonrisa.

—Vamos dentro —dijo, y se encaminó hacia la casa más cercana. Era pequeña, pero los muros de piedra y el tejado de pizarra gris le conferían un aspecto más sólido que las demás.

Dentro, un rescoldo de brasas mantenía el ambiente tibio. Caldwell tomó una jarrilla de barro, destapó un barril de madera curtida por el tiempo y la llenó antes de ofrecérsela a Joao.

—No es una cerveza exquisita, pero os ayudará a entrar en calor.

Joao dio dos largos sorbos, puso la jarrilla sobre una mesa tocinera y se sentó en una banqueta. No terminaba de acostumbrarse a aquella bebida tan del gusto de los ingleses.

—¿Venís de Francia?

—De Cherburgo. Y traigo correo para vos.

El pescador se agachó, sacó de debajo de la cama una caja de madera

barnizada, la abrió y, tras rebuscar en su interior, extrajo una talega de tela verde, descolorida, y se la entregó a Joao.

Este la abrió, comprobó que contenía varias cartas y la cerró. Luego sacó el atadijo de misivas que le había dado Geraldo e hizo ademán de ofrecérselo al señor Caldwell, pero este no movió un dedo. Joao entendió el gesto al instante. Desanudó de su cinturón una bolsita de cuero, contó varias monedas y las dejó caer sobre la mesa.

—Sabéis que siempre cumplo.

—Lo sé, señor Veiga. Pero me he llevado más de un chasco. Un poco de desconfianza nunca está de más.

—¿Cuándo cruzaréis de nuevo el canal?

—La próxima semana, quizá —respondió con vaguedad Caldwell. Después de meter el paquete y las monedas en la caja y guardarla debajo de la cama, limpió un par de lubinas, las abrió y las puso sobre las brasas. Mientras se asaban, rellenó la jarrilla de Joao y se sirvió una para él.

Joao no tenía prisa y se quedó un buen rato de charla con aquel hombre de cuya vida y milagros únicamente sabía que estaba soltero y era católico. A él nunca le había fallado. Volvió a Portsmouth pasado el mediodía, un poco mareado. El campanario de la catedral sobresalía por encima de la muralla, como si fuera una atalaya de vigilancia. Por la tarde aprovechó para observar los barcos fondeados en el canal de entrada a la bahía. Una nao grande y dos carracas artilladas destacaban entre el centenar de pesqueros y pequeños mercantes.

Cenó en una taberna del puerto unas lentejas con más caldo que lentejas. Mientras apuraba las lentejas, no quitaba oído a las conversaciones de los parroquianos, que hablaban de los muchos casos de tifus habidos en las últimas semanas. Después regresó a la fonda donde se hospedaba. Ya en su cuarto, abrió la talega que le había entregado Caldwell y revisó las cinco cartas que contenía. Una era de Marcia. Le chocó verla allí, aunque no le sorprendió: era una mujer de recursos. La nota, breve, informaba de que se había establecido en La Coruña con su marido y su cuñada.

Madrugó para regresar a la capital. Sin embargo, poco después de salir de Portsmouth, se topó con un desvío y detuvo su montura. Había tenido, de repente, una corazonada. Tras unos instantes de reflexión, tiró de las riendas y tomó el sendero que conducía a Saint James. No tenía nada que perder. Sólo tiempo.

Años atrás había visitado la antigua abadía transformada en mansión señorial, y la recordaba bien. Penetró en el amplio huerto que rodeaba la casa, desmontó y condujo el caballo de la rienda hasta la puerta principal. Un criado le salió al paso y le preguntó por el motivo de su visita. Joao, a su vez, preguntó por el capitán John Trenton. El criado, al ver su rostro extranjero, lo miró con recelo, pero finalmente le indicó que el señor se encontraba en las cuadras y lo encaminó hacia ellas.

Trenton lo reconoció de inmediato.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita? —preguntó con sequedad.

Joao suspiró. Aquel hombre no parecía muy dispuesto a la conversación, así que decidió ir directo al grano.

—Nos vimos una vez, hace ya tiempo, y quizá os parezca impertinente que me presente aquí por una cuestión personal, mas la considero importante. —Trenton asintió en silencio, con el aire de quien concede una única oportunidad—. Sé que buscáis a vuestra esposa.

El capitán inglés frunció el ceño. Un mozo apareció por la puerta de las cuadras con una carretilla cargada de estiércol. El olor fuerte y acre se esparció por el aire.

—En efecto. Y es un asunto que sólo a mí me concierne —respondió al fin.

—Sin embargo, preguntasteis por ella a Geraldo Henriques.

—El señor Henriques no se mostró muy accesible.

—Lo sé. Mi cuñado es desconfiado por naturaleza. Yo, en cambio, puedo deciros dónde está.

—¿Dónde está quién?

—Isabel.

Unos pájaros piaban en el frondoso seto detrás del establo. El viento arrancaba hojas secas y agitaba la descuidada cabellera de Trenton.

—¿Por qué ibais a hacerlo? ¿Y por qué habría de creeros?

—No me gusta perder el tiempo, caballero. —Joao movió la cabeza negativamente—. Si mi visita os incomoda, me marcharé. Me queda un largo camino por delante.

Trenton no dijo nada. Joao se dio la vuelta y se dirigió hacia donde había dejado su montura, pero sólo había dado cuatro pasos cuando la voz del inglés lo detuvo.

—¿Dónde está? —preguntó. Esta vez, su expresión era más ansiosa que huraña.

—En La Coruña.

—¿Cómo lo sabéis?

El mozo, tras vaciar la carretilla en una gran pila de estiércol, regresaba al establo. Joao se pensó la respuesta. Lo más cómodo sería darle una contestación evasiva, que no lo comprometiera, pero intuyó que aquel no sería el camino para ganarse su confianza.

—Por una carta de Marcia Henriques.

—He sido muy desconsiderado con vos, señor… Disculpadme, no recuerdo vuestro nombre.

—Veiga. Joao Veiga.

—Acompañadme adentro, si no tenéis inconveniente. —El tono de Trenton era ya otro.

—Será un placer —respondió Joao con una sonrisa leve, y echó a andar en pos del inglés—. Tengo entendido que combatisteis contra la armada de Medina Sidonia.

—Allí estuve, como tantos de nosotros.

—¿Y qué opináis del desastre que han sufrido?

—¿Desastre? Un término poco preciso, que no describe lo que yo presencié.

—Me sorprendéis. He oído que las cárceles de estos puertos están repletas de enemigos.

—Cierto, las dos naos que se tomaron en el canal de la Mancha eran grandes y todos sus tripulantes fueron hechos prisioneros. Casi un millar.

—Una buena cosecha —se admiró Joao—. ¿Aún no los han enviado a Londres?

—Unos pocos fueron trasladados allí. Pero la Corona excusa correr con los gastos que supone alojar y alimentar a tantos reos, y la mayoría han ido a parar a casas particulares, establos y graneros de estos puertos, donde se mantienen de la caridad pública, si no han caído en manos de caballeros poco escrupulosos.

—¿Sabéis si hay prisioneros portugueses?

Trenton se detuvo en la entrada de la antigua abadía.

—Algunos hay. ¿Por qué os interesa ese detalle?

—Porque soy portugués.

Las nubes cruzaban el cielo con rapidez, abriendo y cerrando claros como si jugaran con la luz. Contra ellas se recortaba la silueta solitaria de un ave rapaz.

VI

1

Lisboa

La ciudad de Lisboa era, en aquellos años, uno de los puertos más frecuentados de la cristiandad. Alzada sobre siete colinas, a semejanza de la Roma clásica, se derramaba en un laberinto de calles empinadas, con casas de muros encalados, tejas rojas y balcones que se asomaban unos al Tajo, otros a los cerros y barrancos.

Por las rúas que descendían del castillo de San Jorge hacia la Baixa se mezclaban las gentes más dispares: mujeres con cántaros, mozos de cuerda, estudiantes sin posibles, pecheros que buscaban faena, conversos, criados, pícaros, fidalgos, frailes y monjas. Se oía hablar el portugués del norte, el del Alentejo, el castellano de los recién venidos, el árabe de los moriscos, el bantú de los esclavos y también el italiano, el francés y el flamenco de mercaderes, cambistas, tratantes y espías. Las procesiones atravesaban las calles con severa pompa. Las iglesias, que no eran pocas, ofrecían un espectáculo de oro, incienso y recogimiento.

El río, ancho como lengua de mar, hervía de velas. Las naves arribaban de los más lejanos confines: de Goa y de Cochin, de Pernambuco, de Angola o de Tidore con especias, maderas olorosas, oro, azúcar, marfil y esclavos. Los muelles y almacenes de la Ribeira y del *Terreiro do Pazo,* donde se descargaban las mercancías, bullían día y noche. El aire olía a clavo y a canela, a sudor, a brea y a alquitrán.

El rey Felipe había sido acogido con alborozo por la alta nobleza y el clero mayor, y con una mezcla de resignación y esperanza por el pueblo llano, que aguardaba de él firmeza frente a berberiscos y corsarios, coto a las desmesuras de los grandes y fidalgos y la promesa de un nuevo orden, mientras soñaba con el retorno del joven rey Sebastián, desaparecido en Alcazarquivir.

Tras residir dos años en la ciudad, don Felipe regresó a Madrid, dejando la regencia en manos de su sobrino, el cardenal archiduque Alberto de Austria, y

de un consejo que juró gobernar sin quebranto de la autonomía portuguesa. Sin embargo, no pocos miraban con suspicacia a los castellanos, a quienes se tenía por altivos e imperiosos. El descontento afloraba en las tabernas del Barrio Alto, en los mentideros de la Alfama y en los sermones de los clérigos más desafectos, que denostaban de la nueva dinastía, las costumbres perdidas y una identidad amenazada.

Gabriel, acompañado por el alférez Jaque, se apresuró a presentarse ante las autoridades portuarias para dar cuenta de su llegada y solicitar instrucciones sobre el desembarco de los soldados que traía consigo. Sin embargo, contra toda lógica, le fue denegado el permiso mientras el gobernador de armas no lo aprobara.

La noticia fue recibida con indignación por los portugueses, que, tras varios meses de ausencia, y de afrontar peligros y adversidades, se veían impedidos de bajar a tierra y reunirse con los suyos. Tampoco le agradó a Gabriel, que habría de hacerse cargo *sine die* de su alimentación y de su custodia.

Esta tarea se la encomendó a Antonio Martínez, el hombre de mayor confianza de su tripulación. Un sujeto impasible y parco en palabras al que había conocido en la Florida muchos años atrás. Martínez había pasado largo tiempo cautivo entre los indios Ais, de quienes aprendió e incorporó no pocas costumbres y obtuvo su sobrenombre, Mahagüini, que era como aquellos pronunciaban su apellido.

Gabriel explicó a Mahagüini que debía evitar que descendiesen a tierra sin permiso, pues las autoridades sancionarían con severidad cualquier conato de desobediencia.

—Dudo que nadie trate de bajar durante el día —concluyó—. Pero la noche es otro cantar. Organiza una guardia de varios hombres en cada navío.

—¿Y si alguno trata de escaparse?

—Procura impedírselo.

Mahagüini asintió sin decir palabra y partió a buscar a la gente.

Al día siguiente, Gabriel bajó a tierra en el batel junto al alférez Jaque. Este se encaminó al castillo de San Jorge, para intentar agilizar el desembarco de los hombres, y él se dirigió a la casa del mercader que le había recomendado su tío. Tras callejear un buen rato por la antigua judería y preguntar a algunos viandantes, dio con la vivienda, que tenía la fachada blanqueada, una puerta estrecha y una pequeña ventana con celosías. Sobre el tejado asomaba una chimenea que soltaba humo con desgana.

Lo recibió el señor Cerqueira en persona y lo condujo por una escalera de madera, en varios tramos, hasta una estancia pequeña y fresca, de techo bajo y atiborrada de libros contables, contratos, letras de cambio, frascos con especias y una pequeña balanza con un juego de pesas. Se sentó junto a una mesa camilla y ofreció al visitante hacer lo propio en una silla situada frente a él.

Gabriel se echó las enagüillas sobre las piernas y se reconfortó con el calor del brasero. Le explicó con brevedad el motivo de su presencia en Lisboa y le entregó la carta de su tío Sancho, que el mercader abrió con lentitud y leyó en silencio.

—No es fácil lo que os proponéis —dijo tras aclararse la garganta—. El comercio con Oriente está en manos de armadores celosos de sus prerrogativas, y no verán con buenos ojos que un castellano pretenda participar, máxime ahora, bajo el reinado de don Felipe.

—¿Por qué con él?

—Porque es español, mi estimado capitán. ¿Entendéis?

Gabriel lo entendía. Por eso llevaba cartas de recomendación del gobernador de Galicia para el marqués de Vila Real y el conde de Castanheira, y otra del arzobispo de Santiago para su homólogo de Lisboa.

—El arzobispo de Lisboa no se inmiscuye en asuntos comerciales, os lo aseguro.

Gabriel renegó para sus adentros. Obtener aquella carta le había costado un viaje a Santiago y una larga espera.

—Quedan los nobles —apuntó.

—Olvidaos de esos señores. Detentan los mayores privilegios comerciales y, si por ellos fuera, se lo repartirían todo en exclusiva. Ved, no sois los primeros en advertir los inmensos beneficios que reporta el comercio con las Indias Orientales, por eso es un coto tan cerrado.

El señor Cerqueira se extendió en explicar el papel de las grandes casas nobiliarias, sus nombres e interrelaciones, y mencionó tal nómina de condes, barones y marqueses que Gabriel no pudo retener ni la décima parte.

—En todo monopolio siempre hay migajas que se caen. Migajas muy sabrosas, si es tan lucrativo como decís.

—Ah, para comerse esas migajas están los fidalgos.

La sala en que se hallaban tenía una ventana abierta a un patio trasero, cercado de altos muros. Entre adelfas y matas de lavanda, se divisaba la espalda de una mujer negra que lavaba ropa en una panera.

—Pero vos no sois noble ni fidalgo, y sin embargo participáis del comercio ultramarino…

—Una parte muy pequeña —lo interrumpió Cerqueira—, marginal, diría. Y no con Oriente, sino con Brasil, que imagino que no será de vuestro interés.

—¿Y algún conocido vuestro?

—Mis relaciones son gentes como yo, sin influencia y con mucho que perder si se supiera que ayudan a un extranjero.

—Mi esposa es portuguesa.

El señor Cerqueira desestimó con una sonrisa el tosco amago de Gabriel.

—En fin, siempre se puede hacer a las bravas —comentó Gabriel, que veía cómo se le agotaban las opciones.

—Comerciar por vuestra cuenta en la ruta de Oriente es casi un suicidio. El viaje desde la India, o la Especiería, exige escalas obligadas en puertos y fuertes de África, y en todos esos puntos existen agentes reales que supervisan buques y cargamentos. Un barco sin las licencias pertinentes sería rápidamente detectado e intervenido. Podéis probar fortuna, sin duda, pero no os lo recomiendo. —Cerqueira hizo una pausa antes de proseguir—. Existen, eso sí, circuitos menores: entre las islas de las especias y el golfo de Bengala, entre este y Ormuz, o entre el Moluco y las Filipinas, pero son menos rentables. Y os exigiría estableceros allá durante años, si no décadas.

Gabriel sopesó aquella última posibilidad. Desde Filipinas bien podría enviar mercancías al virreinato de Nueva España, donde residían sus hermanos, y desde allí a España. Pero la empresa se le antojaba titánica y tan azarosa que la desechó al momento.

—Si no sois demasiado escrupuloso —continuó Cerqueira—, hay un campo comercial amplio y prometedor, en el que tal vez no sería difícil abrirse paso. Me refiero al comercio de esclavos.

—¿Es que hay lugar en Lisboa para más esclavos?

—Siempre lo habrá. Pero no hablo de Lisboa ni del Portugal peninsular. Ni siquiera de Europa, que también tiene su demanda. Me refiero al tráfico con América. Guinea proporciona esclavos y Brasil caña de azúcar. Sin Guinea, no hay esclavos; sin esclavos, no hay azúcar; y sin azúcar, no hay Brasil.

Gabriel no se mostró entusiasmado con aquel «campo», y el portugués, recapitulando, le dijo que probase, si quería, con los señores para quienes llevaba cartas de presentación, pero que lo mejor sería buscarse un socio: alguien ya implicado en el comercio de especias, y que pasase por dificultades.

—¿Qué dificultades?

—Económicas, ¿cuáles si no? Asia es muy rentable, pero también arriesgada: naufragios, piratas… En fin, supongo que estaréis al tanto de los peligros que acechan a nuestros barcos.

Gabriel estaba al tanto, sin duda.

—¿Y conocéis a alguien en tal situación?

El señor Cerqueira conocía a uno a quien le vendría bien un nuevo socio comercial, aunque no era persona con la que se asociaría por voluntad. Pero si Gabriel lo deseaba, podía facilitarle su contacto.

—Muy poco aliento me dais.

—He sido claro con vos, señor Del Puerto. Os he expuesto ventajas e inconvenientes de cada vía, pero si de verdad ansiáis abrir ruta hacia Oriente, esta es la mejor opción.

El señor Cerqueira le dio el nombre y dirección del comerciante en problemas, y lo puso en antecedentes: hombre natural de Lisboa, que había perdido recientemente una nao en un naufragio y caído en desgracia ante los actuales gobernantes por sus simpatías manifiestas hacia el Prior do Crato.

—¿Ese es su mayor defecto? —preguntó Gabriel, a quien la política le interesaba bien poco.

—Es ambicioso y marrullero; no le inquieta fletar cascarones podridos, engañar a sus capitanes, traicionar a sus socios ni traficar con esclavos. Por lo demás, todo un caballero.

El señor Cerqueira, considerando cumplido el favor a Sancho del Puerto, alegó compromisos ineludibles y lo despidió en la puerta.

De regreso a la fragata, Gabriel contó a Laiseca los pobres frutos de su gestión y, como este, con su humor chusco, no hizo sino echar sal en la herida, buscó una compañía más grata y se quedó conversando en cubierta con Tiago y el alférez Jaque.

El soldado había aceptado con buen talante la absurda decisión de mantenerlos a bordo, aunque confiaba en que pronto se les permitiera desembarcar.

—¿No lo creéis así, señor Jaque?

El alférez hizo un ademán ambiguo.

—Más que creerlo, lo deseo.

—No seáis cenizo, señor alférez —dijo Tiago con una sonrisa que pedía disculpas por la confianza—. Cuando bajemos a tierra, os invitaré a conocer a

mi familia y a probar los guisos de mi madre, si no tenéis reparo en visitar mi humilde casa.

—¿Reparo? Ninguno, sobre todo si tenéis una hermana bonita —se rio Jaque. Y Tiago se ruborizó.

Al día siguiente, se presentó a bordo de la Portuguesa una comisión formada por un cirujano del hospital militar de San Felipe y Santiago, un capitán de la guarnición del castillo y un funcionario de la proveeduría. Mientras el primero valoraba el estado de salud de los pasajeros, los otros elaboraron, junto al alférez Jaque y dos capitanes que viajaron en la Anunciada, una relación detallada de la tropa: nombres, filiación, compañías y tercios de origen, así como las naves en las que partieron y en las que regresaron, que no siempre coincidían.

Concluida la laboriosa faena, solicitaron un cómputo de las raciones consumidas desde la partida en La Coruña, para lo cual Gabriel los remitió a Laiseca, y al fin se despidieron con gran formalidad, pero sin comprometerse a nada.

Fuera o no efecto de aquella visita, lo cierto fue que dos días más tarde se autorizó por fin el desembarco de los soldados. A quienes no tenían familia en la ciudad, se les procuró acomodo provisional en el castillo de San Jorge, donde recibirían rancho, cama y una mudada de ropa, en espera de ser integrados en nuevas compañías o en unidades reformadas.

—Os aguardo en casa —se despidió Tiago Queiroz, no sin antes explicarles con detalle el modo de llegar—. No faltéis, capitán.

—Descuidad, que iré —le aseguró Gabriel.

Se alejó el joven orilla adelante y Gabriel se quedó en el muelle, cavilando sobre sus problemas.

—*Senhor capitão!* —dijo una voz a su espalda.

Al volverse, se encontró con el marinero tullido.

—Amigo Maciel. ¿Se os ofrece algo?

Antes de responder, el hombre miró hacia los lados.

—La otra tarde puse atención a vuestra conversación con el maestre y os oí quejaros de ciertas trabas comerciales —le dijo en un castellano entreverado de portugués.

—¿Ahora estáis versado en los entresijos del comercio? —respondió Gabriel con sarcasmo. No le agradaba aquel hombre, ni la frescura con que admitía haberlo escuchado.

—No, capitán. Pero conozco a gente del entorno del conde de Castanheira, y con mucho gusto podría poneros en contacto con ellos.

Gabriel lo observó detenidamente. Maciel tenía el pecho ancho, los brazos recios y el cabello lacio y canoso. Su misión en Lisboa no estaba resultando fácil, y cualquier padrino podía resultarle útil, pero no estaba tan apurado para ponerse en las manos de Maciel.

—Creo que podré resolver solo mis asuntos, señor Maciel.

Una chispa furiosa asomó a los ojos del marinero, un instante, para después apagarse.

—Si cambiáis de opinión, preguntad por mí en los muelles.

—Así lo haré, señor Maciel. Os deseo que vuestro retorno a casa sea placentero.

—¡Menudo retorno! —protestó el marinero, y se perdió, con paso incierto, entre la muchedumbre que colmaba el mercado de la Ribeira.

2

Connacht, Irlanda

La compañía inglesa, procedente de Galway, acampó en los alrededores de la fortaleza. Su capitán, Robert Fowles, era un hombre altivo y desagradable que miraba con desprecio a los prisioneros y los trataba como si fueran ganado: a uno le daba un bastonazo en el lomo, a otro lo tomaba por la quijada para revisarle los dientes, a un tercero lo apartaba con un empujón.

Un guardia irlandés lo llevó ante Luis de Córdoba, tal vez por considerarlo el jefe natural del grupo. El noble, que se encontraba en un estado lamentable, lo saludó con una ligera genuflexión, y Fowles respondió con una sonrisa rígida, más de hiena que de lobo. Luego le dijo algo en inglés, y, al percatarse de que Córdoba no lo entendía, se lo repitió en español:

—Sois carne de horca.

Más tarde, Rory O'Flaherty se acercó a los prisioneros y quiso disculpar a su padre argumentando que el gobernador Bingham lo había estado presionando, y aun amenazando, para que los entregara, pues las noticias sobre la masiva llegada de españoles a las costas de Irlanda habían alarmado a las autoridades. En Dublín y en Londres se temían que unieran fuerzas con los rebeldes irlandeses e intentaran apoderarse de la isla, algo que bajo ninguna

circunstancia podían permitir.

Pero la actitud de Morogh O'Flaherty sugería que ya tenía tomada la decisión de entregarlos, y que la fuga de Hernandes y su grupo, con la violencia que la acompañó, había sido la disculpa perfecta para justificar sus acciones.

—Más que por el viejo Morogh, parece que quisiera pedir disculpas por sí mismo —opinó fray Antonio—, por las esperanzas que nos hizo albergar.

—De nada sirve darle vueltas a ese asunto —dijo Duarte.

—Cualquier conflicto que ataña a la conciencia de un hombre merece toda mi atención.

—Si vos lo decís, padre…

—De haber caído en manos de un clan menos poderoso quizá nos habría ido mejor —dijo el capitán Bravo, poco interesado en debatir sobre la conciencia de Rory.

—O quizá no —lo corrigió fray Antonio—. Especular sobre eso sí que no sirve de nada.

Apenas despuntó el alba, los treinta y nueve prisioneros que quedaban en Aughnanure fueron sacados del castillo, amarrados y organizados en colleras de siete y ocho con una rudeza extrema. A los oficiales los atraillaron aparte, pues se consideraba que su captura tenía mayor valor. Al cabo de una hora, todo estuvo listo para emprender la marcha. Los presos formaban una larga fila flanqueada por soldados armados con partesanas, espadas y arcabuces.

Había lloviznado durante toda la noche y los campos estaban cubiertos por una niebla desapacible. Duarte sentía que la humedad le penetraba hasta el tuétano. El cuerpo, debilitado por días de sufrimiento físico, había comenzado a resentirse. Tenía fiebre y le dolían la cabeza, la garganta y las articulaciones. Pero no podía permitirse flaquear.

Robert Fowles, montado en un caballo de buena alzada, impuso un ritmo rápido que pronto ahuyentó de todos el frío con el calor del esfuerzo. La columna serpenteaba por un sendero estrecho que atravesaba un terreno bajo lleno de atolladeros, un paisaje cubierto de un verdor húmedo, a veces despejado, otras arbolado, mientras a la izquierda se extendía la lámina plomiza de un lago. Las cuerdas que ataban sus muñecas les desollaban la piel con cada movimiento. Avanzar en aquella cadena, sacudidos por los tirones de quienes les precedían y arrastrando a quienes los seguían, resultaba agotador. Los que iban descalzos soportaban la peor parte, aunque se esforzaban por disimular su sufrimiento: cualquier queja o gemido era castigado con rigor.

Duarte marchaba entre Bravo y Arechaga, al frente de la fila, muy cerca del capitán inglés, que los miraba con aire ufano y se burlaba de ellos en voz alta. Duarte alcanzaba a entender palabras sueltas y frases breves, referidas al rey Felipe, a la deshonrosa derrota de la Gran Armada y al infeliz estado en que se encontraban: mojados, cubiertos de lodo y lamentando el día que se enrolaron en la empresa. Pronto se aburrió de aquella cháchara y caviló sobre su propio pasado: la tierra y la familia que había abandonado mucho tiempo atrás, cuando decidió seguir las banderas reales.

Había iniciado su carrera como voluntario en las Azores, durante la guerra civil entre los partidarios del Prior do Crato y los de Felipe de España. Más tarde, pasó a la península y se integró en un tercio de infantería embarcada. Combatió en la batalla de San Miguel a las órdenes de don Álvaro de Bazán, cuyo genio militar logró derrotar a una armada francesa muy superior y reconquistar Terceira con un desembarco sin precedentes. Tras esta campaña, Duarte sirvió en Flandes con Alejandro de Farnesio y participó en el prolongado asedio de Amberes, donde se defendía con feroz determinación cada palmo de dique y contradique, cada puente, fortín y aldea. Finalmente, regresó a Lisboa como asistente de Bazán, y, a la muerte de este, pasó a servir al duque de Medina Sidonia y embarcó en el galeón San Martín.

Al cruzar un río de aguas heladas, un prisionero perdió pie y estuvo a punto de ahogarse. Sus compañeros de collera trataron de ayudarlo, pero los soldados los obligaron a continuar hasta alcanzar la otra orilla. El hombre, salvado de milagro, jadeaba y tosía mientras escupía agua. Se trataba del contramaestre Solano. Fowles se acercó, desmontó con lentitud deliberada y golpeó con el pomo de su espada al desafortunado. Sin una palabra, repitió el mismo castigo sobre los hombres que marchaban a su lado.

—¡Sin piedad, sin piedad, sin piedad! —repetía a gritos.

A mediodía, hicieron alto en un bosquecillo de robles y hayas, situado en una ligera depresión del terreno. Los ingleses aprovecharon para comer lo que llevaban en sus bolsas, mientras los prisioneros los observaban con envidia.

—Conformémonos con el descanso —dijo fray Antonio, vestido con una saya basta y unas calzas tan ajustadas que resultaban ridículas.

—¿Nadie habla mi lengua? —preguntó Fowles en castellano.

La pregunta estaba dirigida al grupo de oficiales. Todos negaron con la cabeza, salvo Gonzalo, el sobrino de Luis de Córdoba, que se atrevió a preguntar, a su vez, cómo había aprendido la lengua de Castilla.

—Con mi tío, sir Richard Bingham —respondió Fowles con orgullo—. Ambos combatimos en la campaña de Lepanto.

—Hemos sido aliados, entonces —apuntó Gonzalo, en un intento de ganar sus simpatías.

—Un inglés nunca será aliado de un papista —replicó Fowles con rotundidad. Y, para recalcarlo, le cruzó la cara con el revés del guantelete, cuyos refuerzos metálicos le partieron el labio y le arañaron la nariz.

—¡Maldito hideputa! —murmuró el capitán Bravo. Y Arechaga lo hizo callar, temeroso de que el inglés conociera aquella expresión.

El descanso fue breve. Fowles, obsesionado con alcanzar Galway antes del anochecer, forzó la marcha. El camino seguía el curso de un río ancho y de generosa corriente, que servía de desagüe natural a los lagos. El terreno, una turbera esponjosa e inundada, cedía a cada paso y convertía el avance en una prueba de resistencia que los hombres, exhaustos, pagaban con tropiezos y caídas cada vez más frecuentes. Los rezagados, incapaces de mantener el ritmo, recibían nuevos golpes de sus custodios. Algunos, recordando al cabo Hernandes y a los demás fugados, lamentaban no haber seguido su ejemplo.

—Ahora estarán escondidos en algún refugio, disfrutando de su libertad —comentó uno en voz baja.

—O acogidos por algún clan amigo —añadió otro.

Tal vez inspirado por aquellos comentarios, un joven grumete que había logrado soltarse de sus ataduras aprovechó el cruce de un arroyo crecido para lanzarse al agua y dejarse arrastrar por la corriente en busca de una escapatoria desesperada. Fowles detuvo la columna, ordenó a una escuadra de soldados que lo persiguiera por la orilla y a los arcabuceros que abrieran fuego. Estos cargaron sus armas, soplaron las mechas y dispararon una andanada poco certera. Los prisioneros contuvieron el aliento al presenciar la cacería. Algunos, incluso, se atrevieron a animar al fugitivo, que braceaba con furia río abajo.

Duarte, que apenas conocía al muchacho, admiró su valor. Más adelante, el arroyo describía un recodo que, de alcanzarlo, lo pondría a cubierto. Pero el esfuerzo comenzó a pasarle factura, sus brazadas perdieron fuerza y, cuando estaba a punto de desaparecer, una bala le acertó en la espalda. El cuerpo se arqueó, luego se quedó inmóvil y derivó lentamente hasta engancharse en las ramas de un arbusto. El arcabucero que lo había matado alzó el arma y celebró la hazaña con un grito agudo.

La escuadra que lo había perseguido regresó con el cadáver y lo depositó

ante Fowles, que escupió sobre él y ordenó colgarlo de un fresno cercano. No contento con la ejecución, señaló a uno de los prisioneros que había alentado al muchacho y mandó que lo desnudaran, lo ataran al tronco del árbol y le quebraran los huesos de brazos y piernas con una maza.

El capitán Bravo protestó ante semejante barbaridad, pero Fowles lo hizo callar con un gesto amenazante. Al concluir la tortura, lo desataron, le echaron agua al rostro hasta hacerlo reaccionar y, sin demora, le colocaron una soga al cuello y lo colgaron junto al grumete. Mientras aún se agitaba, Fowles le asestó varias puñaladas en el pecho y el abdomen.

—Españoles de mierda —murmuró.

La marcha se reanudó en un silencio fúnebre. La brutal demostración dejaba claro qué podían esperar de sus captores. La esperanza se disipaba, y cada cual sacaba fuerzas de flaqueza para no desfallecer ni entorpecer a su collera. Nadie quería provocar una nueva explosión de cólera en Fowles, que había vuelto a forzar el paso para recuperar el tiempo perdido.

En los cruces de caminos y caseríos que atravesaban, los lugareños los contemplaban sin decir palabra. Iban mal vestidos, cubiertos apenas por harapos, indiferentes al frío y al decoro. Unos rapaces corrieron un trecho junto a la columna, hasta que un soldado los ahuyentó con un aspaviento.

Llegaron a Galway al caer la tarde. La ciudad estaba rodeada por una recia muralla medieval, punteada de torreones. Fuera de sus límites, se extendía un arrabal de casuchas dispersas, sin orden ni concierto. La columna atravesó entre ellas y se detuvo ante la puerta oriental, una sólida estructura de piedra rugosa coronada por almenas. Fowles se acercó a hablar con los guardias que la custodiaban.

—¡Adelante, bastardos! —bramó al momento. Y la fila de prisioneros penetró en la ciudad.

A pesar del cansancio, Duarte no pudo evitar reparar en el empedrado firme de la calle y en la calidad de las casas que la orillaban. El crepúsculo teñía de violeta el cielo, pero la ciudad seguía viva: hombres envueltos en capas, algunos armados con espadas; un caballero que pasaba al trote; mujeres tocadas con cofias; campesinos de ropas raídas y niños que mendigaban en medio del arroyo. Los soldados habían disminuido el paso, para convertir la procesión en desfile triunfal. Los vecinos los contemplaban desde los portales y las ventanas con una mezcla de curiosidad y desdén.

Una mujer envuelta en una capa de lana gris soltó su cesta de mimbre y se

agachó para murmurar algo al oído de su hijo. Había gente asomada a puertas y ventanas. Un muchacho, apenas un crío, lanzó una piedra desde una esquina que acertó en la nuca de uno de los prisioneros.

Fowles guio a la columna a través de una plaza dominada por un gran crucero, continuó por la calle principal, dobló una esquina y se detuvo ante un edificio oscuro, de paredes húmedas y ventanas estrechas protegidas con rejas de hierro: la cárcel de Galway.

Alguien debió de anunciar su llegada, pues el portón comenzó a abrirse con un chirrido largo y penoso. Un soldado apremió a entrar a Duarte con la contera de su partesana. Apenas cruzó el umbral, lo golpeó una oleada de hedor: humedad, sudor rancio y mugre. Dentro lo aguardaban el frío, la miseria y dos centenares de prisioneros de la Gran Armada.

3

Londres

Geraldo pensó, con cierta decepción, que la residencia de don Manuel de Avis no era tan lujosa como el heredero del rey de Portugal merecía, a pesar de destacar entre las casas aledañas como una muela sana en una dentadura estropeada. La edificación, de tres pisos, con los niveles superiores en voladizo sobre la calle de Bishopsgate, exhibía un entramado de vigas de madera oscura sobre una fachada de yeso que había perdido su blancura. Las ventanas, pequeñas, reflejaban la luz diáfana de aquella mañana de otoño. Sobre la puerta principal, de arco ligeramente apuntado, pendía un farol de hierro forjado que la brisa apenas lograba balancear.

Un criado negro le franqueó el paso a un zaguán angosto, de suelo de madera desgastada y un penetrante olor a cera y a ropajes guardados. Lo condujo por una escalera estrecha y ligeramente torcida hasta el saloncito del primer piso, donde lo aguardaba don Manuel.

—Puntual como siempre, amigo Geraldo —lo recibió don Manuel con calidez. Estaba acompañado por un hombre enjuto y moreno, vestido con ropas talares, pese a su condición de eclesiástico.

—Excelencia, fray Diego Carlos —los saludó Geraldo—. Me he apresurado en acudir a vuestra cita, eso es todo.

—Y os lo agradezco —respondió don Manuel—. Las conversaciones con

los ingleses van por buen camino, y hoy confiamos en darles un buen empujón.

—Así es, señor Henriques—intervino el fraile, miembro del séquito del rey —. Don Antonio se reúne con lord Burghley, en Islington, y nosotros esperamos a sir John Norris.

—¿Norris?

—Es el coronel que ha designado la reina Isabel para encabezar el ejército que participará en la próxima expedición inglesa.

—Cuyo destino habría de ser Portugal —añadió fray Diego Carlos.

En la estancia, de proporciones modestas, la luz entraba quebrada por los vidrios emplomados. El mobiliario consistía en una mesa con sus sillas, varias estanterías con libros latinos y portugueses, un mapa de Portugal y, junto a la chimenea, una arquilla con cerradura flamenca. En un rincón, medio oculta, había una talla de san Jorge, algo mellada, que había pasado por más de un viaje.

—Mi padre me ha pedido que seamos categóricos con Norris. Debe salir de aquí convencido de que el pueblo apoya nuestra causa.

—De eso no hay duda, don Manuel. Nuestros seguidores callados lo confirman en cada uno de sus mensajes. El reino entero está harto del usurpador. Y de sus ministros, que con su desgobierno no hacen sino abonarnos el terreno. Una chispa bastará para encender el polvorín.

Un criado irrumpió en la estancia para anunciar la llegada de sir John Norris. El fraile, adelantándose a don Manuel, ordenó que lo hicieran pasar. Unos momentos después, el militar entró en el salón.

Don Manuel lo saludó con cordialidad y lo invitó a sentarse junto a la mesa. Sir John, corpulento, de pelo ligeramente alborotado y tan negro que le había ganado el sobrenombre de Black Jack, vestía un jubón gris claro punteado de negro, con cuello a la valona, calzas a juego y medias blancas. Aunque apenas superaba los cuarenta, contaba con una dilatada experiencia militar en Flandes, Francia e Irlanda.

—Imagino que estáis al tanto de la empresa en la que estamos embarcados sir Francis Drake y yo —dijo Norris tras las presentaciones, como si quisiera ir directo al grano. No obstante, para evitar dudas, hizo un breve resumen—. Su Majestad desea responder al innoble ataque español como corresponde y nos ha encomendado reunir una gran armada y un numeroso ejército. Y pronto, pues debemos aprovechar su actual debilidad naval.

—Cierto —intervino el sacerdote—. Los recursos del Austria son ilimitados. Además de las riquezas que le proporcionan las Indias Occidentales, ahora también cuenta con las Orientales. Si se lo propone, podrá disponer de otra flota en un año.

A Norris no le agradó la interrupción. Anglicano convencido, aquel clérigo seguía siendo, por muy aliado que pareciera, un papista. Pero un gesto de don Manuel bastó para contener su reacción. El hijo del Prior do Crato se humedeció los labios, tragó saliva y retomó la plática.

—A mi padre y a mí nos complace saber que la empresa sigue adelante. Don Antonio os estima mucho, pero ha sido engañado tantas veces que desconfía de las promesas. Y deseamos, por su bien, asegurarnos de que no se trata de otra ilusión.

Norris escuchó con expresión comedida, sin mostrar desagrado, aunque las palabras le incomodaran. Cuando hubo finalizado, respondió con tono apaciguador.

—Podéis tranquilizar a vuestro padre, Príncipe. No puedo hablar por boca del Consejo, pero sir Francis ya prepara navíos en el Margate y Plymouth, y yo tengo comisión de Su Majestad para levantar a la gente.

—Estamos al tanto de los preparativos, coronel. Lo que nos inquieta es el destino de esa armada.

Norris no sabía si el plural de don Manuel incluía a sus acompañantes o era mayestático.

—¿Cuál habría de ser sino restaurar a vuestro padre en el trono de Portugal?

—Palabras hermosas. Pero hemos oído que vuestra, llamémosla, contra armada zarpará en enero rumbo al Caribe, para estorbar que el rey de España reciba flotas y dineros.

Don Manuel contaba veinte años, pero se comportaba con mucha gravedad, como si su condición de príncipe heredero de Portugal le exigiera estar a la altura del título.

—No puedo creer que aún tengáis esa duda —replicó Norris, algo sorprendido—. No serán las Indias, sino la península, el destino de nuestro esfuerzo. ¿Qué más garantías necesitáis?

—La península ibérica es vasta. Necesitamos tener la certeza de que Portugal será el objetivo cardinal —don Manuel hizo un alto a la espera de un gesto de asentimiento de Norris, pero este prefirió responder con precisión.

—El cardinal, sí, pero no el único. Para alcanzar la cima hay que subir antes

la ladera. Así, para entronizar a vuestro padre en Lisboa, es preciso antes neutralizar la capacidad militar del enemigo y destruir los navíos de la Gran Armada que están siendo reparados en puertos del Cantábrico.

Don Manuel ladeó la cabeza, evidenciando sus reservas. Los cuatro estaban sentados en la mitad izquierda de la mesa, la más próxima al fuego. Don Manuel ocupaba la cabecera, con Norris a su derecha y fray Diego Carlos y Geraldo a su izquierda.

—Otra inquietud de mi padre es el financiamiento de una armada tan grande.

Norris sonrió abiertamente: tenía la respuesta lista.

—También Su Majestad ha considerado ese obstáculo, pues las arcas reales sufren el esfuerzo bélico, pero sir Francis y yo le hemos propuesto una fórmula para superar el escollo: crear una sociedad mixta entre la Corona e inversores privados. La Corona aportará veinte mil libras y ocho galeones; los mercaderes londinenses han contribuido con otras diez mil; y el resto lo financiarán otros comerciantes, armadores e incluso aristócratas. Además, las Provincias Unidas prometen sesenta filibotes con dotaciones completas. Sir Francis y yo, por nuestra parte, también haremos importantes aportes. Confiamos en que vuestra familia haga lo propio, ya que será la principal beneficiada.

Una doncella entró con una bandeja que contenía, en fuentes separadas, frutas escarchadas y bizcochuelos de soletilla. Las dejó sobre la mesa en silencio y se retiró con una reverencia.

—Hermosa mujer, vive Dios. Y lozana —exclamó sir John, y cogió un bizcochuelo. El sacerdote lo imitó, pero don Manuel, deseoso de responder, no prestó atención a las viandas.

—Nuestra familia está empeñando su fortuna en esta empresa, señor Norris. La mayoría de las joyas que mi padre consiguió sacar de Portugal han pasado a manos de vuestros prestamistas y usureros. Aun así, no dudéis de que seguiremos contribuyendo tanto en dinero como en futuras concesiones. Os supongo al tanto del viaje de mi hermano Cristóbal, que partirá en breve hacia Berbería para solicitar un préstamo de quinientos mil escudos al sultán. Como veis, la Casa de Avis no rehuirá su responsabilidad. En cambio, esos armadores privados se me antojan el punto más volátil del proyecto.

—¿Cómo así? Los *privateers* son el nervio de esta iniciativa. Sin ellos, no habrá armada.

—Pero sus intereses pueden entrar en conflicto con los de mi padre y con los de vuestra reina. ¿Qué diferencia hay entre un armador privado y un corsario? El saqueo será su verdadera motivación.

—¡Pardiez, príncipe! ¿Cuestionáis nuestra capacidad? Sir Francis y yo hemos comandado flotas y ejércitos. Esta armada, una armada real, estará dirigida por oficiales capaces de mantener la disciplina. Pero convendréis conmigo en que todo ejército vencedor tiene derecho al botín de guerra.

—En Portugal no. Ni con nuestros súbditos.

—Imagino que habláis de vuestros súbditos leales.

Fray Diego Carlos, ocupado en una pera escarchada, se pasó por la boca el dorso de la mano y preguntó:

—¿Cómo distinguirlos en plena batalla? Sois soldado, sabéis que es imposible contener a los hombres en la confusión que sucede a la toma de una plaza.

Norris no se esperaba la pregunta, y se tomó unos instantes para responder.

—Confío en que Sus Majestades especificarán esos detalles en el acuerdo final. En todo caso, el botín principal no estará en la península, sino en el océano. Tras devolver la corona a vuestro padre, parte de la armada pondrá rumbo a las Azores para expulsar de allí a los castellanos e interceptar la flota de la Carrera de Indias. Sus tesoros serán la mejor bandera de enganche para hombres e inversores. Mas, para lograrlo, necesitamos la colaboración de los isleños y un flujo constante de información.

Para recuperar el aliento, el coronel Norris cogió de la fuente otro bizcochuelo y comenzó a mordisquearlo. Los sonidos de la calle, amortiguados, se mezclaban con el lejano vocear de un pregonero. Don Manuel aprovechó la pausa para referirse a Geraldo.

—Don Geraldo Henriques es nativo de las Azores. Vivió el largo asedio español y conoce su geografía y gentes. Más aún, mantiene una red de amigos leales que lo informan puntualmente.

—Así es, excelencia. No hay territorio más entregado a la causa de don Antonio que esas islas. No en vano los españoles necesitaron tres campañas para doblegarlas. Las autoridades actuales son arbitrarias, imponen penas y dispensan favores a su gusto. El descontento crece, pero la guarnición es escasa. Bastaría una quinta parte de vuestra fuerza para reconquistar Terceira.

Norris, el fraile y don Manuel asintieron complacidos. Geraldo, lleno de orgullo, se ofreció a unirse a la expedición:

—Sé lo que es combatir en primera línea, sir John.

—Vuestro valor os honra, caballero —replicó Norris.

—Y no estaré solo. Otros patriotas exiliados, aquí y en Francia, ansían participar en la campaña.

Norris, ahora sin prisa, permitió que la reunión se extendiera, mientras las viandas desaparecían. Otra de las inquietudes de don Manuel era la calidad de las tropas inglesas. Estaba al tanto de las levas que se habían empezado a publicar en los distintos condados, y temía que un ejército bisoño no pudiera hacer frente a los tercios acantonados en Portugal, pero el coronel le restó importancia al asunto: la reina le había ordenado partir a Flandes para socorrer el cerco de Bergen Op Zoom con las tropas recién reclutadas, dejarlas allí y volver con soldados veteranos.

—Eso puede retrasar indefinidamente la empresa —objetó el fraile.

El coronel lo miró con dureza.

—Sé lo que hago, señor fraile. Nadie desea más que yo el éxito de esta campaña. —Y, dirigiéndose a don Manuel—: Mi intervención en Flandes será decisiva. Antes de Navidad, el general Farnesio habrá levantado el cerco de Bergen.

—Por cierto, sir John, mi padre está interesado en conocer la situación de los presos portugueses de la Gran Armada —dijo el príncipe—. Es un asunto tan baladí que no ha tenido ocasión de tratarlo aún con la reina.

—Los soldados a bordo de esos barcos eran enemigos de Inglaterra.

—Ah, coronel, sabéis tan bien como yo que cuando se realizan reclutas masivas, y los españoles las realizaron, no se mira a quién. Entendedme. No les tengo una especial simpatía a esos hombres, pero la política exige sacrificios. Mi padre desea que en Portugal lo vean como a un libertador, y cree que sería positivo hacer un gesto desde aquí. Además, quizá algunos de los presos acepten integrarse en nuestras filas.

El coronel torció el gesto y tragó grueso.

—Trasladaré puntualmente vuestra inquietud.

Al filo del mediodía, Geraldo abandonaba la residencia de don Manuel. Tomó Bishopsgate hacia el sur y entró en Threadneedle Street. La calle era angosta y las plantas altas de ambos lados, que casi se tocaban, formaban un túnel irregular donde sus pasos resonaban con fuerza. Estaba satisfecho con la reunión, pese al pueril deseo del rey de liberar a traidores y a los riesgos del enfoque inglés. Un ejército mercenario era difícil de controlar, y muchas

poblaciones sufrirían saqueos. Pero así eran las leyes de la guerra, como había afirmado Norris. En cualquier caso, su participación en una reunión de tal relevancia era en sí misma un éxito personal.

4

Lisboa

Gabriel intentó, sin suerte, entrevistarse con el marqués de Vila Real. Con el conde de Castanheira tampoco tuvo fortuna: fue recibido por uno de sus secretarios. Tras la correspondiente espera, recogió la carta de acomodo del marqués de Cerralbo, escuchó sin comentarios sus proyectos y lo informó de que don Antonio de Ataíde no se hallaba en disposición de recibirlo.

—¿Se encuentra enfermo, acaso?

El secretario compuso una mueca fastidiada y respondió, sin entusiasmo, que otros asuntos reclamaban su atención.

Tras aquel revés, y después de meditarlo con calma y consultar con Laiseca y Vermeulen, Gabriel decidió ponerse en contacto con el hombre de quien le había hablado Cerqueira.

Rafael Reigosa, que así se llamaba, vivía en la judería vieja, dentro de la Baixa, un barrio bullicioso y desigual, de calles estrechas y casas altas. Por su cercanía al puerto, había concentrado la vida mercantil, administrativa y portuaria, la Alfandega, la Casa del Trigo, la Casa da India, y atraído, por ello, a numerosos escribanos, cambistas, funcionarios y mercaderes vinculados al comercio marítimo.

Gabriel buscaba un buen flete para que la Anunciada no regresara de vacío a La Coruña, y se le ocurrió, como excusa para un primer acercamiento, contratarlo por mediación de aquel hombre.

La casa de Reigosa era más grande y ostentosa que la de Cerqueira. En la pared de un amplio salón exhibía el mascarón de proa de la nao con que, según dijo, había ganado su primer millón de reales. El propietario aparentaba más edad de la que tenía, a causa del cabello prematuramente encanecido, igual que el bigote y la perilla. De modales campechanos, saludó a Gabriel palmoteándole la espalda, como si se conocieran de antiguo. Hablaba con rapidez, saltaba de un tema a otro con bruscos giros y digresiones inesperadas y se recataba tan poco en presumir de sus logros como se cuidaba de silenciar

sus fracasos.

Gabriel le explicó quién lo enviaba, y como Reigosa no hizo comentario alguno, dedujo que ya estaba al tanto. Le habló de la casa comercial de los Del Puerto, de sus negocios a ambas orillas del Atlántico, de las rutas hacia el Mediterráneo y el mar Báltico, y, por último, le planteó el asunto del flete con destino a La Coruña.

Reigosa pareció, al principio, algo decepcionado con aquel negocio, como si esperase una empresa de mayor envergadura. Pero enseguida reaccionó, mostró un interés más decidido y propuso llenar la nao con una carga compuesta por una cantidad apreciable de especias, otra respetable de fardos de seda y un resto de azúcar y vino que aún conservaba en sus almacenes.

A Gabriel, el azúcar y el vino no le resultaban atractivos: el primero se conseguía a buen precio en los puertos del Caribe, y el segundo, además del que se producía en Galicia, lo cubría su tío Antonio desde Sevilla con caldos excelentes de Sanlúcar y Jerez.

—En todo negocio hay que ceder, para que la ganancia se reparta —dijo Reigosa, cuyos ojos inquietos no cesaban de rebotar de un punto a otro del salón.

—Eso por descontado, caballero —replicó Gabriel, sin perder el tono efusivo—. Debe haber parte para todos, sin que nadie se sienta engañado ni desairado en el trato.

Después de un largo regateo, en el que ambos fingían un escaso interés por los márgenes, redactaron y firmaron el acuerdo. No era, quizá, el más ventajoso que Gabriel podría haber obtenido, pero le aseguraba un margen aceptable y, sobre todo, le permitía tratar de cerca y formarse una impresión más certera del carácter y el proceder del señor Reigosa.

—Mañana presentaré el contrato en la casa de la Alfandega. En cuanto lo autoricen, podremos comenzar con la carga —le dijo Reigosa antes de despedirse.

La aduana se tomó su tiempo en conceder la autorización. Mientras, los barcos se trasladaron a un muelle próximo al almacén del señor Reigosa, junto a la torre de la Escribanía.

La vida en puerto distaba mucho de la que se llevaba en alta mar. Una tripulación ociosa era siempre fuente de problemas. Para prevenirlos, permitían a los marineros bajar a tierra por turnos. Por la noche regresaban borrachos a dormir la mona, o no regresaban. Laiseca hubo de resolver en más

de una ocasión pendencias con los alguaciles.

El día en que dio por fin inicio la estiba de la mercancía, se presentó en la fragata Tiago Queiroz, que reiteró su invitación. Y no estaba dispuesto a marcharse sin concretarla. Tras un rato de plática, fijaron el encuentro para el almuerzo del día siguiente.

—Y traed con vos al señor Jaque —le advirtió.

El alférez aceptó gustoso. Se había instalado en el castillo de San Jorge y sentado plaza en la compañía de caballería de un capitán Alarcón. Gabriel lo encontró en la explanada frente a una de las numerosísimas puertas de la muralla, y juntos siguieron la orilla del Tajo hacia el oeste.

El día era frío y revuelto. El cielo, sobre sus cabezas, lucía un azul intenso, surcado por plumillas altas, de un blanco deslumbrante; pero más abajo, sobre el horizonte fluvial, se acumulaban nubarrones espesos y amenazadores. En el amplio estuario del mar de la Paja, de aguas serenas, se divisaban bajeles de toda clase: desde barquichuelas de pescadores hasta naves levantiscas cargadas de trigo, o una nao de la Gran Armada tan maltrecha que aún trabajaban en sus adobos. En la orilla opuesta, junto a Almada, fondeaba un grupo de galeras aderezadas para la guerra. Numerosas barcas y bateles se movían de los muelles a los barcos, en un vaivén constante de gentes, bultos y mercancías. El sol esparcía sus destellos sobre el agua, que brillaba con reflejos vivaces, como escamas de pez.

Tiago los esperaba junto a la iglesia del Cuerpo Santo, desde donde los condujo hasta la casa de su madre, una vivienda modesta, próxima a la orilla, con un huerto trasero donde cultivaban coles, acelgas y nabos. Pese al cariz inestable del día, habían dispuesto la mesa en el exterior, bajo un emparrado cuyas escasas hojas estaban secas y arrugadas.

La familia de Tiago era numerosa. Para agasajar a los invitados, habían preparado un guiso de cordero que, por lo tierna que estaba la carne, debía de cocer desde muy temprano. Olía a laurel, romero y mejorana.

—Tomad, capitán, probad un poco —le dijo Natalia, la madre de Tiago, mientras le acercaba un cucharón de madera.

Gabriel sorbió parte del contenido y notó que contenía, además, alguna de esas mezclas de especias que se habían hecho tan populares: tal vez polvo fuerte, o pólvora del rey.

Natalia era una mujer alta y angulosa, curtida por años de trabajo duro, mientras que su marido parecía un hombre sufrido, simple y de buen fondo,

que había dedicado su vida a la pesca de bajura. Tiago les presentó a sus tres hermanos, menores que él, aunque el mayor acompañaba ya al padre en la faena. También a sus primos, Mateo y Branca, huérfanos de madre, a quienes los Queiroz acogían bajo su techo.

—La madre de Branca era regatera, como la mía, y falleció en trágicas circunstancias —explicó Tiago—. Ella la ha sustituido dentro de la hermandad a la que pertenecen.

—¿Y su padre?

—No tengo padre —respondió la muchacha con expresión dramática, mientras Tiago hacía a Gabriel una discreta señal de advertencia.

Branca era una joven de diecisiete o dieciocho años que, sin poseer un rostro bonito, resultaba atractiva: labios gruesos, cabello castaño y ondulado y unos ojos grandes y expresivos, difíciles de olvidar. Durante el ágape, que regaron con un azumbre de *vinho verde,* Gabriel advirtió que el joven soldado dirigía la mayor parte de sus comentarios a su prima, y que la miraba con una devoción apenas disimulada.

Ella, sin embargo, no le correspondía con el mismo entusiasmo, o quizá lo disimulaba, pues se mostraba más atenta a Rodrigo Jaque.

Los más jóvenes se levantaron pronto y se marcharon, unos a sus juegos y otros a sus quehaceres. El guiso, consumido casi por completo, reposaba sobre un lecho de brasas apagadas, mientras algunos moscardones otoñales, torpes e insistentes, revoloteaban alrededor de la mesa.

—La guerra nos afecta a todos en mayor o menor medida, señores oficiales —comentaba Filipe Queiroz—. La gente marinera vive con miedo a los corsarios de otras naciones, que recorren el litoral y apresan sin reparo hasta al más pequeño pesquero. Las villas costeras recelan de cada vela que aparece en el horizonte, y esta ciudad, antaño próspera y resplandeciente, se diría ahora una perla deslucida.

—Cuando la armada se recupere —replicó Tiago, con afán de parecer hombre de mundo—, veréis cómo corren a esconderse en sus madrigueras.

—Quizá —admitió el padre—, pero ¿cuándo será eso?

—En el taller también se habla de eso —intervino Mateo, con voz baja pero firme. El joven trabajaba de aprendiz de carpintero—. El maestro dice que, de seguir así, pronto faltará trabajo.

Natalia se interesó por la procedencia de Gabriel y de Jaque, y por los motivos que los habían traído a Lisboa. Los hombres la complacieron, y la

charla derivó hacia la Gran Armada y el rosario de buques que habían ido arribando a distintos puertos de la península, casi todos maltrechos y estropeados. Tiago les refirió, quizá por enésima vez, las vicisitudes que él había pasado, y el alférez, por su parte, narró algunas de las suyas.

—¿Del barco de Medina Sidonia se sabe algo? —preguntó de repente Branca.

—Arribó a Santander en septiembre —le respondió Rodrigo Jaque, con una sonrisa cortés—, con don Alonso enfermo y rodeado de su cortejo.

La muchacha asintió y bajó la cabeza. Gabriel tuvo la impresión de que se quedaba con ganas de preguntar algo más.

—Es que un buen amigo de su madre viajaba en el San Martín —explicó Tiago.

—Que no haya regresado a Lisboa no quiere decir nada —la consoló el alférez—. El desbarajuste en los puertos de llegada es enorme, las listas confusas e incompletas y las autoridades cruzan órdenes y contraórdenes respecto al acomodo y el traslado de soldados y marineros.

—Branca le tenía mucho cariño a don Duarte —añadió Mateo—. También yo.

—No es cierto —protestó la jovencita, enrojeciendo.

—Si hasta se disfrazó de varón para seguirlo en la aventura —añadió Tiago con una sonrisa traviesa.

—Jamás he oído hablar de tanta osadía en una mujer —silbó el alférez con admiración.

Branca enrojeció aún más y agachó el rostro hasta casi hundirlo en el cuello del vestido.

—Lo que tiene que hacer tu prima es pensar en buscar marido y sentar la cabeza —terció Filipe Queiroz.

—No le será difícil —añadió Jaque, galante—. Con su juventud y su belleza, sus pretendientes estarán haciendo cola en vuestra puerta.

La joven dirigió una rápida mirada al alférez.

Al marcharse, ya en la calle, Tiago se las arregló para mantener un aparte con Gabriel.

—¿Recordáis al señor Maciel, el lisiado que nos acompañó desde La Coruña? —preguntó con cautela. Gabriel lo confirmó con un gesto—. Es el padre de Branca y de Mateo —añadió—, y la causa de su orfandad. Mató a golpes a su madre.

El regreso fue silencioso. Enredados en sus propios pensamientos, apenas cruzaron palabra. Gabriel se despidió del alférez junto a la iglesia de Todos los Santos y se encaminó al muelle de la Alfandega, donde lo esperaba un marinero con el batel preparado.

—Hay problemas a bordo —le dijo el marinero, y señaló hacia donde estaban fondeados los bajeles. Junto a ellos se divisaba una galera ordinaria.

Gabriel subió al batel y se dejó conducir hasta la fragata. Las nubes habían ganado la partida a los claros, y las aguas del Tajo cobraban ya un color grisáceo y sucio. Unas avocetas removían el lodo del fondo, cerca de la orilla, y varios patos nadaban con placidez, ajenos a la algarabía de las gaviotas.

La galera, que tenía la vela y la entena recogidas, se encontraba abarloada a la Portuguesa. El maestre Laiseca recibió a Gabriel con gestos de desesperación.

—Debe de tratarse de un error, capitán. Un tremendo error.

—¿Qué ocurre, Pascual? —preguntó Gabriel, con una calma que no sentía.

—Quieren requisarnos la fragata —respondió el atribulado maestre.

—¿Quién lo dice?

—Aquel capitán. —Laiseca señaló hacia dos hombres que charlaban con Mahagüini sobre la rasa cubierta del alcázar. La brisa, contraria, impedía escuchar lo que decían—. Trae una orden y viene dispuesto a ejecutarla.

En el castillo de proa se agrupaban varios soldados armados con arcabuces. Gabriel apretó los labios, miró hacia los intrusos y se dispuso a acercarse a ellos. El sol, oculto tras un banco de nubes densas, parecía haber perdido la batalla.

VII

1

Galway, Irlanda

Galway se levantaba en un terreno levemente ondulado en la desembocadura del Corrib, un río pedregoso y rico en peces que la rodeaba por dos costados. Había dos puentes sobre el río: el principal, al oeste, guarnecido por atalayas en ambos extremos, y otro, más modesto, que conectaba la ciudad con un islote donde se encontraba el convento de San Francisco. Al este, en una loma suave, se alzaba otro convento, el de San Agustín. El puerto, aunque pequeño, tenía una notable actividad comercial. Se importaban vinos españoles y portugueses y se exportaban lana, pieles y el afamado salmón del Corrib. Era una villa pequeña y próspera, gobernada por poderosos comerciantes, miembros de una docena de familias que se enorgullecían de su lealtad a la corona inglesa y menospreciaban a los clanes del interior.

Gracias a su prosperidad, Galway contaba con una cárcel ubicada en el centro, junto a la iglesia de San Nicolás. El edificio constaba de dos plantas que se asomaban a un patio central, alrededor del cual se abrían todas las celdas.

A los cautivos de la Santa Bárbara y del Falcón Blanco los dejaron aquella primera noche en el patio, a la intemperie, bajo la lluvia y el sereno. Nadie se molestó en desatarlos. Duarte, agotado tras la larga caminata, se mantuvo de pie junto a sus compañeros de collera durante un buen rato, hasta que cedieron al cansancio y se tumbaron sobre el suelo de tierra, lleno de charcos y piedras. Con la caída de la tarde, la prisión se fue sumiendo en la oscuridad, los muros se tornaron más grises y el cielo más negro.

Las celdas de abajo ya albergaban a otros prisioneros de la Armada, que no tardaron en compartir con los recién llegados noticias y desventuras en un rumor apagado que los carceleros no se molestaron en acallar. Así, Duarte se enteró de que allí había hombres de al menos cinco navíos, entre ellos grandes buques como el Gran Grin o la Rata Encoronada, lo que le dio una idea de la magnitud del desastre. Estaban presentes todas las graduaciones: soldados,

grumetes, capitanes y maestres, incluso otro sacerdote.

Después de un rato de charla animada, los ánimos comenzaron a decaer y el silencio se impuso, roto sólo por murmullos aislados. Duarte conversó un rato con un sargento de una nao de la escuadra de Castilla, Nuestra Señora de la Begoña, que le contó que la nave había quedado muy maltrecha tras la batalla de Gravelinas y se vieron, por ello, obligados a buscar resguardo en una bahía al noroeste de la isla.

—Era un lugar amplio, pero de poco fondo, así que la mayoría tuvimos que desembarcar —relató el sargento.

El mal tiempo no les dio tregua, y al cabo de una semana, la falta de agua y provisiones se volvió insostenible. El capitán, Juan Gutiérrez de Garibay, lo puso al frente de una partida de ochenta hombres con la misión de internarse tierra adentro en busca de víveres. Pero mientras cumplían su cometido se desató una tormenta que los forzó a emprender el regreso. Cuando alcanzaron de nuevo la bahía, la Begoña había desaparecido.

—¿No volvieron a buscaros? —preguntó Duarte.

—La tempestad duró varios días, sin tregua ni clemencia —explicó el sargento con voz pausada. Duarte pensó que aquella podría ser la misma tormenta que había azotado a la Santa Bárbara y provocado su naufragio.

Tras media semana de infructuosa espera, una tropa inglesa los encontró y exigió su rendición. Los hombres se atrincheraron en una península, pero su situación era tan desesperada que optaron por capitular.

—Y aquí estamos —concluyó el sargento, con un tono que no denotaba ni reproche ni amargura.

—Mala suerte la vuestra. O quizá mala voluntad de vuestro capitán —observó Duarte—. Abandonar a una tropa raya en la traición.

—Conozco bien al capitán Garibay. Sólo una fuerza de causa mayor pudo obligarlo a dejarnos atrás.

Duarte asintió, poco convencido. La experiencia le había enseñado que eran los malos pasos y los caminos estrechos los que revelaban la verdadera naturaleza de los hombres. La charla lo distrajo un rato, pero su agotamiento era tal que cerró los ojos y trató de dormir. Apoyó la espalda contra el muro áspero y recostó la cabeza sobre el hombro de fray Antonio.

La noche transcurría con una lentitud penosa. Los prisioneros, exhaustos, trataban de hallar acomodo como podían. Algunos se sentaban con la espalda contra los muros, mientras otros, vencidos por el cansancio, se tendían en el

suelo mojado. Desde las celdas superiores, a las que se accedía por una escalera de mano, llegaban de tanto en tanto gritos sueltos, murmullos, el eco de conversaciones ininteligibles. A lo lejos, el traqueteo de una carreta resonaba sobre el empedrado.

En algún momento la lluvia cesó, y Duarte se dio cuenta de que había logrado dormitar algo. El viento arreció, y el cielo despejado permitió entrever fugazmente las estrellas. En el patio, algunos prisioneros estornudaban, tosían o le castañeteaban los dientes.

—¿Vos tampoco podéis dormir? —preguntó fray Antonio en voz baja.

—No, padre —respondió Duarte.

El frío calaba hasta los huesos, y no era posible el descanso verdadero. En un rincón, un grupo murmuraba oraciones. La oscuridad acrecentaba la sensación de desamparo.

Por la mañana, los guardias les soltaron las ligaduras y los empujaron a una de las celdas inferiores, ya atestada de prisioneros. Al cruzar el umbral, Duarte, fray Antonio y otros tres hombres fueron detenidos por un guardia que señalaba, con expresión de asco, los excrementos de quienes, durante la noche, no habían podido contenerse. Con gritos y amenazas les ordenó recogerlos y echarlos en un balde pestilente que colocó a sus pies. Uno de los cagajones era tan reciente que aún humeaba.

Los cautivos se negaron, y el guardia los azotó con un rebenque corto de cuero crudo. Viendo que no conseguía quebrar su voluntad, intervino otro, furioso: desenvainó la espada y amagó con abrirles la cabeza. Entonces, fray Antonio se inclinó, recogió con las manos el excremento tibio y lo echó en el balde.

—No vale la pena morir por esto —dijo.

Duarte se arrodilló a su lado y echó mano de otro zurullo, duro y oscuro, procurando no aplastarlo. El resto de los presos los miraba con cara de circunstancias. Al terminar, Duarte se restregó la mano contra el borde del balde para desprenderse los restos adheridos, pero el balde estaba tan sucio que el remedio resultó peor que el mal.

Finalmente, los guardias los hicieron entrar en la celda entre carcajadas y burlas. La celda era un espacio de unas seis por ocho varas. El suelo, de tierra, estaba cubierto de paja sucia que no se renovaba desde hacía semanas. Al fondo, una estrecha aspillera, con un único barrote de hierro, comunicaba con un callejón angosto que daba a la plaza de la iglesia. Contra la pared del fondo

corría un canalete por el que debían escurrirse los orines, aunque a menudo se estancaban. En un rincón, un balde grande y maloliente servía de letrina.

Cuando la lluvia regresó, Duarte sacó la mano por la reja para que el agua se la lavara.

Los hombres que ya ocupaban la celda pertenecían, en su mayoría, a la dotación de la nao Gran Grin, almiranta de la escuadra de Vizcaya. Entre ellos destacaban un maestre y dos capitanes, ambos llamados Alonso: Alonso Ladrón de Guevara, emparentado con el conde de Oñate, y Alonso Valiente, un capitán de fortuna. Este último se acercó a los recién llegados para conocer las circunstancias de su captura, compartir las suyas y ponerlos al tanto de la situación.

Contó que la Gran Grin había encallado en la isla de Clare, unas leguas al norte de Carna, durante la furiosa tempestad del veintidós de septiembre. En el naufragio perecieron dos terceras partes de la dotación. El resto, unos cien hombres, logró alcanzar tierra firme y ponerse a salvo. Aquella isla estaba en manos del clan de los O'Malley, gobernado por un tal Eoghan, que los mantuvo bajo estricta vigilancia. Aunque don Pedro de Mendoza, su capitán, trató de negociar un rescate por una suma respetable, Eoghan le daba largas, ya que su intención era entregarlos a los ingleses. Al enterarse de ello por boca de un alma caritativa, los náufragos intentaron escapar hacia el interior de Irlanda, pero fueron descubiertos.

—La represalia de O'Malley fue terrible —dijo Alonso Valiente con voz sombría—. En un arrebato de furia, mandó degollar a setenta y cuatro cristianos, entre ellos don Pedro y varios de nuestros oficiales.

El corro que lo rodeaba guardó silencio ante semejante carnicería.

—A nosotros nos sucedió algo similar, aunque sólo fueron ajusticiados cuatro hombres —comentó el capitán Bravo, en referencia a lo ocurrido en Aughnanure.

Sobre las altas paredes del patio se vislumbraba un recuadro de cielo gris. La lluvia había cesado, pero el frío persistía. Algunos prisioneros temblaban con fiebre, moqueaban o respiraban con dificultad. El capitán Valiente, con los ojos enrojecidos y la piel amarillenta, parecía especialmente afectado.

—Ocho días hace que estamos aquí —continuó Valiente—, y no fuimos los primeros. Desde entonces no han cesado de llegar hombres, ya sea en grupos numerosos como el vuestro o en partidas menores, hasta colmar las celdas. Esta prisión, que no fue construida para albergar a más de setenta hombres,

contiene ahora más de trescientos. El alcaide, Patt Kirwan, un irlandés cercano a los ingleses, está desbordado por la situación y pide instrucciones a sus superiores. En realidad, todos lo hacen: Kirwan al sheriff, el sheriff al corregidor, este al gobernador de la provincia, y el gobernador al lord diputado FitzWilliam.

—Que, sin duda, consultará con la reina —añadió Duarte, ingenioso.

Valiente sonrió apenas.

—¿Y los presos locales? —preguntó Bravo.

—A esos los han metido arriba. La guardia, aunque reforzada, no es numerosa. Pero no necesitan mucho más. El único momento delicado es cuando abren las celdas para llevarnos a interrogar.

—¿Os han interrogado a todos? —preguntó Bartolomé Bravo.

—No tienen medios ni tiempo —explicó con displicencia Ladrón de Guevara, más altanero que su tocayo—. Llaman sólo a los oficiales de mar y guerra, y acaso a algún soldado aventajado, los únicos con valor de rescate o información de interés.

—¿Bajo tormento? —insistió Bravo.

—A veces aprietan —admitió Valiente—, sobre todo si sospechan que se les oculta algo. Pero más que noticias, buscan estimar nuestra calidad y hacienda, para calcular el precio del rescate.

—Dios os oiga —murmuró Pedro de Arechaga, sombrío—, porque, o mucho me engaño, o no saldremos de aquí con vida.

—No seáis ave de mal agüero, señor capitán —lo reprendió Ladrón de Guevara.

—¿Cómo no serlo? Si los propios irlandeses, católicos y a veces aliados, han cometido las atrocidades que sabemos, ¿qué no harán los ingleses?

El comentario provocó algunas protestas. Se apeló a la caballerosidad, al hecho de que eran prisioneros de guerra y no criminales. Duarte, que recordaba bien las campañas de las Azores y Flandes, sabía que la clemencia era virtud rara en tales contiendas.

—Vos sois portugués, ¿no es así? —le preguntó de improviso Ladrón de Guevara.

La pregunta, aunque sorprendió a Duarte, no lo tomó desprevenido. Apartó la vista del pequeño Gregorio, el paje de Danzig, a quien el frío hacía tiritar, y la posó en aquel capitán que lo observaba con expresión maliciosa.

—Nací en las Azores —respondió con sequedad.

—Entonces, quizá os agrade saber que ha habido flamencos, y también portugueses, que se apresuraron a declarar que su reclutamiento fue forzoso. Y los han sacado de aquí y alojado en casas particulares, bajo palabra de no huir.

—¿Y creéis que yo…?

—No creo nada —lo interrumpió el otro—. Los hechos pondrán a cada cual en su lugar.

—Más me parece que teméis verme libre mientras vos permanecéis preso —replicó Duarte, molesto por las insinuaciones.

Los demás se removieron con incomodidad ante el cariz que tomaba la conversación.

—Basta ya, señores —terció fray Antonio—, que Dios bendijo la paz y maldijo las riñas.

—No olvidemos que el enemigo está fuera —añadió Alonso Valiente.

2

Lisboa

Las protestas de Gabriel y Laiseca no lograron convencer al capitán de la galera de que detuviera el embargo. El oficial alegó que sus órdenes eran terminantes y que cualquier reclamación debía dirigirse a sus superiores. Dispuso que se trasladara la fragata a otro fondeadero y apostó en ella una escuadra al mando de un cabo. Sobre la Anunciada, en cambio, no pesaba mandato alguno, y Vermeulen se apresuró con la carga, no fuera que las autoridades mudasen de opinión.

Cuando Gabriel supo que el mandato de requisa provenía de Alonso de Bazán, almirante de las Galeras del Océano, se presentó temprano en la capitanía del puerto, decidido a solicitar la restitución de su navío. Pero los asistentes de Bazán no le permitieron llegar hasta él ni en uno, ni en dos ni en tres días. Las tareas defensivas del reino lo ocupaban, al parecer, por entero. Recurrió entonces a la última carta de recomendación que le había proporcionado el gobernador de Galicia destinada al proveedor Francisco Duarte.

Francisco Duarte, pese a la dignidad de su cargo, resultó ser un hombre llano y accesible. Recibió a Gabriel en su despacho del Terreiro do Pazo, anexo al palacio virreinal, escuchó con paciencia sus quejas, se excusó por el tiempo

perdido y le expuso con claridad las dificultades que enfrentaban en el gobierno y defensa de aquel reino.

—Nuestro virrey, el cardenal archiduque, ha encomendado a don Alonso de Bazán todo lo tocante a la defensa naval del litoral portugués. La desdichada jornada de Inglaterra nos ha dejado, mal que nos pese, algo en pañales. Pensad que las costas y dominios de esta monarquía abarcan cuatro continentes y tres océanos. Es menester proteger con los pocos galeones disponibles las flotas de Nueva España y Tierra Firme, tanto en su ida como en su retorno, además del arribo de las naos de las Indias orientales. Y mientras no se reparen los buques dañados ni se construyan otros nuevos que remplacen a los perdidos, es preciso valerse de lo que se tiene a mano, señor Del Puerto.

Gabriel escuchó con cortesía los razonamientos del proveedor y replicó que ya había contribuido sobradamente a las necesidades de la Corona. Le aclaró que su fragata fue retenida durante dos meses en Flandes por orden de Alejandro de Farnesio para transportar su ejército a Inglaterra, y que más tarde había navegado a Lisboa en misión oficial, junto con otra nao de su propiedad, para trasladar a más de un centenar de soldados portugueses desde La Coruña. A su juicio, aquel nuevo embargo no era sino un abuso.

—¿No hay acaso otros armadores, dueños de navíos más aptos, a quienes recurrir?

—Ha de haberlos, sin duda —respondió Francisco Duarte con voz mesurada y ademán cortés—, pero aquí no, ni ahora. Y no pretendáis hacerme creer que la fragata es flor de cantueso, ni que el traslado de los soldados es el único propósito de vuestro viaje a Lisboa. Sé que deseáis establecer una casa comercial dedicada al tráfico con Oriente.

Al percibir la sorpresa de Gabriel, el proveedor se apresuró a añadir que parte de su cometido consistía en estar al tanto de cuanto ocurría en la ciudad.

—Sé, asimismo, de las dificultades con que os habéis topado —prosiguió—. Y de las que aún habréis de enfrentar para alcanzar vuestra meta.

—No he encontrado el respaldo que esperaba entre los naturales —admitió Gabriel—. Tampoco entre mis compatriotas: lejos de tenderme la mano, parecéis empeñados en despojarme de mis bienes —añadió con ironía—. ¿Cómo ha de prosperar así un español en tierras lusas?

Francisco Duarte se incorporó levemente en su asiento, apoyó los codos en el escritorio cubierto de legajos y tamborileó con suavidad sobre un tintero de bronce mientras meditaba su respuesta. La luz tamizada que entraba por una

ventana lateral perfilaba sus mejillas, y en sus ojos se adivinaba la prudencia de quien acostumbra a sopesar cada palabra antes de soltarla.

—No es tan sencillo como imagináis. Este reino de Portugal que el buen don Felipe ha añadido a su corona y confiado al gobierno de su sobrino no es fácil de poseer ni de regir. Al contrario, plantea retos delicados. Consolidar su control requiere crear una burocracia fiel y eficaz, que se integre sin sobresaltos en el aparato existente, y hacerlo paso a paso, sin herir la susceptibilidad de unos nobles y prelados indispensables para la conservación del reino. En especial en tiempos como estos, cuando el Prior do Crato vuelve a ser una amenaza. Una amenaza compleja, pues obliga a mantener tropas castellanas en territorio portugués, contra el sentir de esos mismos nobles, cuya lealtad dista mucho de ser incondicional. Frente a este panorama, vuestras pretensiones resultan arduas. Al menos en lo que toca a obtener un apoyo manifiesto.

Gabriel suspiró y dirigió la mirada más allá de su interlocutor, hacia la ventana que se abría sobre la explanada del Terreiro do Pazo, colmado del bullicio cotidiano.

—En cuanto a la requisa de vuestra fragata, me agradaría ayudaros con el almirante. Don Alonso es hombre razonable cuando se le presentan razones. Regresad mañana a esta misma hora, que trataré de concertaros una entrevista con él.

Gabriel dedicó el resto de la jornada a supervisar, junto a Vermeulen, la carga y la estiba de la Anunciada y a meterle prisa al señor Reigosa, que se tomaba con demasiada calma el proceso. Por la tarde llovió con fuerza, lo que obligó a suspender las faenas a bordo. Se acostó pronto y durmió mal. Una pesadilla en la que se ahogaba en una charca poco profunda, retenido en el fondo por unas manos oscuras, lo despertó a medianoche y lo mantuvo largo rato en vela, mientras trataba de encontrarle sentido. Por la mañana, al abrir los ojos, aún le daba vueltas y se reprochaba, como si el sueño hubiese sido real, no haber girado la cabeza para ver quién lo atenazaba y le impedía alcanzar la superficie. No se tenía por supersticioso, pero presentía que aquellas manos eran conocidas.

Don Alonso de Bazán lo recibió en un pasillo del palacio virreinal. Pasaba holgadamente del medio siglo y tenía fama de excelente marino, aunque su figura hubiera estado siempre a la sombra de su hermano Álvaro, el insigne marqués de Santa Cruz, a cuyas órdenes había servido en La Valeta, en

Lepanto, en Argel, en las Terceiras y en la organización de una Gran Armada que el rey, tras la muerte del marqués, puso inexplicablemente en manos del duque de Medina Sidonia, en perjuicio suyo.

Alto, enjuto y vestido de riguroso negro, pues aún guardaba luto por su hermano, permaneció en pie durante la entrevista, como si el tiempo le faltara. El proveedor, tras ponerlo en antecedentes, cedió la palabra a Gabriel, que repitió lo ya expuesto: los servicios que su barco había prestado en Flandes y en La Coruña, y la injusticia que suponía, a su entender, ser de nuevo desposeído de él.

El almirante no apartó los ojos de Gabriel mientras hablaba. Su mirada, penetrante sin ser intimidante, y su semblante, más serio que severo, transmitían rectitud y mesura, y daba la impresión de que ningún asunto que llegara a sus manos quedaría sin resolverse con justicia.

—Señor Del Puerto, comprendo vuestro descontento —dijo con la entonación justa para hacerse oír entre los rumores del concurrido palacio—, pero las necesidades del reino, de las que os supongo al tanto, son tales que no podemos prescindir de un bajel tan valioso y bien armado como esa fragata.

—Excelencia, también yo comprendo la situación; sin embargo, en el estuario del Tajo he visto fondeados pataches y zabras, naos ligeras y numerosas carabelas, muchas de ellas seguramente de particulares, además de la escuadra de galeras, que cuenta con una docena de unidades.

—Cada clase de navío tiene sus funciones. Las galeras, en aguas oceánicas y con mares gruesas, sufren lo suyo. En cuanto al resto, los hay del rey y los hay particulares, pero pocos se ajustan a las necesidades del momento. —Hizo una pausa para asegurarse de que Gabriel lo escuchaba con atención—. El incremento del corso en estas costas ha sido considerable, y son muchos los armadores, consignatarios, fidalgos y regidores que nos exigen protección frente a esa plaga. Pero ¿con qué medios? —Bazán abrió la mano y mostró la palma vacía.

—Mi fragata no va a resolver los problemas de la Corona —objetó Gabriel, inquieto por el derrotero que tomaba la conversación. Aunque seguía considerando al almirante un hombre justo, temía que esa misma cualidad lo hiciera inflexible en el cumplimiento de su deber.

—Si todos alegaran lo mismo, no podríamos requisar un solo navío. Y no habría modo de encarar las dificultades que atraviesa el reino.

—El reino de Portugal —matizó Gabriel—. ¿No deberían requisarse

primero los navíos de sus propios naturales, que serán los principales beneficiarios de esa lucha contra el corso?

—Varios reinos, pero una sola Corona —intervino el proveedor. Y añadió al instante—: Sed práctico, señor Del Puerto, y alegraos de conservar todavía la nao.

Gabriel frunció el ceño. Se había hecho a la idea de que Francisco Duarte era su aliado, y su intervención lo hizo sentirse traicionado.

Los pasos de funcionarios, secretarios y asistentes del palacio, de peticionarios y solicitantes que cruzaban junto a ellos, resonaban con fuerza en el pasillo de altos techos y paredes desnudas, blanqueadas con cal y desprovistas de ornamento alguno.

—El muro se construye piedra a piedra —dijo sin alterarse el almirante—. Quienes han apoyado a Su Majestad para que gobierne estas tierras esperan resultados. El prestigio de España está en juego y, para mantenerlo en lo alto, emplearé todos los medios a mi alcance.

—También yo tengo un prestigio que defender, excelencia.

Don Alonso rio ante aquella réplica. Su rostro, anguloso y enjuto, prolongado en una perilla, pareció aún más alargado, y sus ojos brillaron con una chispa de humor.

—Me habéis caído en gracia, señor Del Puerto. Ya había oído hablar de vos, y lo que supe fue de mi agrado. Así que voy a proponeros una alternativa que acaso os acomode mejor.

Gabriel no acertaba a imaginar a través de quién había tenido noticias suyas.

—En lugar de dejar la fragata en mis manos, para que yo le encuentre capitán y dotación —prosiguió Bazán—, podéis poneros a mi servicio, vos y vuestra tripulación, con soldada y rancho a cargo de la Corona. ¿Qué decís?

¿Qué iba a decir Gabriel? Era inútil lamentarse. Ni veía en el almirante a un hombre que cediera a ruegos ni él era dado a implorar. Si no quería perder de nuevo la fragata, la propuesta de Bazán le ofrecía una vía para conservarla. Ahora estaban en Lisboa, pero mañana, en mar abierto, ¿quién podría impedirle dirigirse a donde le pluguiera?

—¿Durante cuánto tiempo?

—Mientras el reino permanezca indefenso.

—Largo lo fiais, excelencia —replicó Gabriel: aquello era como firmar un pagaré en blanco—. Si acepto, seré yo quien determine qué misiones me convienen y cuáles no.

—Eso no será posible. ¿Qué comandante sería yo si consintiera que mis capitanes decidieran a su antojo?

—Lo supongo —concedió Gabriel. Se estaba dando cuenta de que no trataba con un hombre dócil, por más que hubiera sido durante un cuarto de siglo el segundo de su hermano—. Al menos, podréis facilitarme una carta de marca.

—No seréis un corsario, sino un capitán del rey.

—El rey también tiene corsarios a su servicio. Con una carta de marca podría disponer de las presas y venderlas como convenga. Sé que las arcas reales no rebosan.

—Recibiréis el pago habitual por ser el armador. Y de las presas, si las hubiera, ya hablaríamos.

Un clérigo vestido de negro, con la teja en la mano, se acercaba por el pasillo sin apartarles la vista. Al pasar junto a ellos, movió la cabeza con disimulo, tal vez intentando captar algo de lo que se decía. Los tres hombres callaron hasta que se alejó.

—El arrendamiento de navíos se paga a razón de dos ducados por tonel de arqueo —comentó Francisco Duarte.

—Eso en tiempos de paz —alegó Gabriel, que estaba al tanto de los contratos de arrendamiento de navíos particulares al servicio de la Corona—, y para misiones de poco fuste. Que en la guerra se pagan cuatro y hasta cinco ducados el tonel.

—Esa cantidad rige para los galeones —matizó Bazán—. Pero en vuestro caso podríamos ajustarla en dos ducados y medio.

Gabriel no quiso tensar más aquella cuerda y prefirió discutir el tonelaje:

—La fragata arquea ciento cincuenta.

—Yo le calculo ciento veinte, como mucho —refutó Bazán.

—¿La habéis visto, acaso? —preguntó Gabriel, sorprendido por la exactitud de la estimación.

—Es difícil no reparar en un navío como el vuestro. Parece un cartel de reclutamiento de marinos. ¿Dónde la adquiristeis?

—En el puerto de Ostende. ¿Deseáis hacer el arqueo oficial?

—Que quede en ciento treinta toneles —dijo el almirante.

—¿He oído ciento cuarenta, excelencia?

—Así es —concedió el almirante, con una leve sonrisa. Se le veía disfrutar de la plática.

Animado por aquella señal de distensión, Gabriel se atrevió a formular una última petición.

—Los Del Puerto deseamos establecer una delegación en Lisboa —comenzó sin rodeos—. Cuando las urgencias amainen y el reino recobre su armonía, necesitaré ayuda para obtener la licencia de la Casa da India para comerciar con Oriente. ¿Podré contar con vuestro aval?

—Por vida que sois atrevido —juró don Alonso—. Pese a haberme mostrado tan complaciente, diríase que os debiera un favor.

—Siempre que mi desempeño sea de vuestro agrado —apuntó Gabriel.

El semblante del almirante se volvió grave, y sus cejas vacilaron entre fruncirse de enfado o alzarse con admiración.

—Siempre que así sea —otorgó al fin—. Y que me cuelguen si alguna vez negocio un flete con vos, señor Del Puerto.

Como entre buenos entendedores sobraban las palabras, la reunión se disolvió con prontitud. El proveedor regresó a sus despachos, el almirante a sus galeras y Gabriel a ordenar su nueva situación. Mientras cruzaba el mercado de la Ribeira, camino de la fragata, no dejaba de pensar en la facilidad con que Bazán había accedido a su última condición, sin hallar explicación satisfactoria.

Fue Pascual Laiseca quien se la ofreció:

—Esa promesa te ata para cumplir el compromiso —le dijo—. Lo que habría que saber es si también lo compromete a él, porque las promesas de los poderosos el viento se las lleva.

3

Saint James, condado de Hampshire

La llegada de Drake a Saint James fue tan repentina que apenas dio tiempo a sus moradores a recibirlo como se merecía. Sir Francis, que había estado inspeccionando los navíos reunidos en Plymouth y negociando con el conde de Cumberland la posible incorporación de sus barcos a la nueva armada, hizo escala en Portsmouth durante su regreso a Londres y, desde allí, envió aviso de su inminente visita.

El almirante, a quien acompañaban dos *privateers,* fue recibido por la familia Gardiner al completo e invitado a compartir un almuerzo preparado en su

honor. Sin embargo, antes de sentarse a la mesa, el antiguo corsario pidió a Trenton que le mostrara los terrenos de la heredad y, durante el paseo, aprovechó para ponerlo al tanto de los pormenores de la expedición que se estaba preparando: los objetivos, los contactos con el pretendiente portugués, la magnitud de la flota, la participación del coronel Norris y la urgencia de actuar antes de que el enemigo se rehiciese. Trenton asentía en silencio y le permitía explayarse a gusto.

—Ya sabéis que hay un barco para vos, capitán —le anunció con tono triunfal.

—Me alegra oírlo, señor.

—No os veo muy entusiasmado, amigo Trenton. Podéis estar seguro de que esta vez no comandaréis una pinaza.

—Nunca he sido hombre de efusividades, sir Francis. Pero sabéis que agradezco vuestra confianza, y que me tenéis a vuestra disposición.

—Lo sé, John, lo sé —admitió Drake—. Por eso quiero pediros que me echéis una mano con vuestro padre.

—Padrastro —lo corrigió Trenton—, aunque me haya criado como hijo suyo.

A pesar de haber calado bien al almirante, su solicitud de ayuda lo tomó por sorpresa.

—Y así debe ser. Como os decía —prosiguió Drake—, la Corona, por más que lo desee, no cuenta con recursos para sufragar una empresa de tal magnitud. Puede aportar unos cuantos galeones reales y sufragar una parte de los gastos. El resto ha de venir de armadores privados.

—Que invertirán su capital con fervor patriótico —observó Trenton con sorna.

—Por supuesto. —Una tos lo interrumpió—. Pero no sólo. A cambio de su pasión obtendrán parte del cuantioso botín que espero conseguir. Ya son muchos los que se han sumado.

—Lo imagino, sir Francis —respondió Trenton. Aquel hombre gustaba mostrar su grandeza a tiro de ballesta, y no pudo evitar halagar su vanidad—: Vuestra fama es la mejor garantía de éxito, y vuestra palabra vale su peso en oro.

—No vais desencaminado —concedió Drake—, pero la tarea de juntar una armada que humille al Austria está aún en pañales. Necesito…, necesitamos más barcos, más levas, más provisiones. Más inversores, en resumidas cuentas.

Y aquí es donde entráis vos. —Drake se detuvo, lo miró de frente y añadió—: Sé que sir Humpfrey ha participado en anteriores empresas de la Corona.

—Sin mucha fortuna, como el intento de establecer una colonia en Virginia.

—Ah, aquella infausta aventura de Grenville… —El almirante chascó la lengua y negó con la cabeza, como dando a entender que con él las cosas habrían sido diferentes—. En fin, me gustaría proponerle que se uniera a esta empresa. El riesgo es alto, pero la recompensa puede ser grandiosa. ¿Qué opináis? ¿Podrá aportar uno o dos navíos?

—No estoy tan al tanto de los negocios de mi padrastro como lo está mi hermano Michael, pero supongo que podría fletar un barco sin demasiada dificultad.

—¿Y querrá hacerlo?

—Para saberlo habrá que preguntárselo. Mas ¿quién podría negarse tratándose de vuestra señoría?

Aunque Trenton sonreía con amplitud, sintió en su fuero interno una punzada de decepción. La visita del almirante no había sido sólo para saludar a un amigo ni para ofrecerle un mando, sino para reclutar a un nuevo socio. Y quiso ponerlo en un pequeño aprieto.

—¿El mando que me ofrecéis será el del navío que flete mi padrastro? —le preguntó con malicia. Pero Drake sorteó la insinuación con soltura.

—En absoluto, John. Necesito a los mejores capitanes en los mejores navíos. Y ahora, si os parece, volvamos a la casa.

Trenton lo condujo al luminoso salón de la abadía. De grandes proporciones y ricamente decorado, mostraba vigas ennegrecidas por el humo de muchas estaciones y adornadas con tallas de hojas y racimos. El mobiliario, de castaño macizo, incluía una mesa larga con patas torneadas, varias sillas y dos cómodos sillones junto a la chimenea. Tapices de lana, algo desvaídos, cubrían las paredes, y una alfombra sarracena, extendida bajo la mesa, servía de colchón a un par de hermosos lebreles.

Sir Francis, acomodado en uno de los sillones, volvió a exponer los detalles de la empresa para que sir Humpfrey pudiera valorarla con propiedad. Trenton conocía bien su capacidad retórica, pero aquella vez superó con creces sus expectativas. Incluso Michael, siempre cauto, se comprometió a participar con parte del capital y a unirse él mismo.

—Debéis sentiros orgulloso, almirante —bromeó Trenton—: el fulgor de vuestra estrella ha obrado el prodigio de embarcar a mi prudente hermano.

Sir Francis se hinchó como un pavo real. Michael, por su parte, encajó la pulla con una sonrisilla.

—Imagino que ostentaréis el mando supremo —aventuró el joven Gardiner.

—El mando de la flota —lo corrigió Drake, celoso de la precisión—. El ejército irá a las órdenes de John Norris. Excelente militar, a quien conocí en Irlanda, hace ya más de una década, durante la campaña contra el clan rebelde de los McDonnell.

Trenton asintió con gravedad. De joven había combatido en Irlanda y había oído hablar de las atrocidades cometidas en aquella campaña. Ignoraba qué papel habían desempeñado Drake y Norris, y prefería no saberlo.

—¿Para cuándo está prevista la partida? —preguntó sir Humpfrey.

—Lo antes posible. Me gustaría zarpar al amparo de las calmas de enero. En febrero, a más tardar.

—Poco margen queda, entonces.

—Así es, caballero. Si en verdad deseáis participar, habréis de apuraros en armar y tripular vuestro navío.

—¿A qué viene tanta premura?

—No podemos permitir que el rey de España se rehaga del varapalo sufrido —respondió el almirante.

Pasaron luego a hablar de otros armadores, del firme respaldo de los mercaderes londinenses, del interés mostrado por el conde de Essex, Robert Devereux, en sumarse personalmente a la jornada, así como de los rumores en torno a la última flota llegada de América con un millón y medio de escudos de oro, y de los naufragios sufridos por naves de la Gran Armada en las costas de Irlanda.

—Tengo entendido que la mayoría de los barcos sobrevivientes se refugiaron en Santander —comentó Michael—. ¿Será nuestro primer objetivo?

—Es posible. El deseo de Su Majestad es destruir su capacidad naval.

—Empezando por los galeones —añadió uno de los *privateers* que acompañaban a Drake—. No será presa fácil. Podrían infligirnos un serio revés.

Un silencio denso siguió a sus palabras.

—Los vientos del Cantábrico son caprichosos —dijo sir Francis, con tono enigmático. Luego se explicó—: Si no podemos arribar a Santander, el viento podría empujarnos hacia Castro Urdiales, Gijón o incluso La Coruña.

Trenton, que hasta entonces seguía la conversación con distraída atención,

alzó la cabeza.

—¿La Coruña? —inquirió.

—Varios buques han retornado a ella.

—Una ciudad pequeña —observó el otro *privateer*.

—Cierto —concedió Drake—, pero fue el último fondeadero de su Gran Armada antes de lanzarse al canal de la Mancha. Sabemos que almacenaron allí grandes cantidades de vituallas, bastimentos y pertrechos… —hizo una pausa teatral antes de añadir—: y también una fortuna en escudos de oro, destinados a atender las necesidades de la guerra. No olvidéis que Medina Sidonia planeaba desembarcar en Kent y sostener una campaña prolongada. Además, La Coruña está próxima a Santiago de Compostela, donde los papistas guardan las reliquias del apóstol rodeadas de riquezas fastuosas.

Los ojos de los presentes brillaron al escuchar tales palabras. Todos conocían la fama de Drake: un almirante con alma de corsario, héroe de la nación y garantía para sus bolsillos. También a Trenton se le encendieron los ojos, aunque por otra razón: su Elizabeth estaba en La Coruña.

Los visitantes no pernoctaron en Saint James. Tenían asuntos pendientes en Portsmouth y cierta urgencia por regresar a Londres, donde a no mucho tardar se celebraría el aniversario de la coronación de la reina.

—No estaría de más que os dejaseis ver por allí, John —le aconsejó Drake antes de picar espuelas—. Para medrar, no hay nada mejor que estar en el lugar adecuado en el momento preciso.

4

Prisión de Galway

Los ingleses comenzaron a interrogar a los prisioneros de la Santa Bárbara y del Falcón Blanco. Pero antes, pidieron a sus capitanes que hicieran una lista con los nombres, rangos y nacionalidades de todos sus hombres, para lo que les entregaron unos pliegos de papel y recado de escribir. A fray Antonio lo anotó Bravo como Antonio de la Cruz, despensero, y al llegar a Duarte le preguntó cómo quería que lo declarase, castellano o portugués. Duarte dudó, pues de ninguna manera quería dar al capitán Ladrón de Guevara la satisfacción de salirse con la suya, pero su acento podría delatarlo, y decidió que no valía la pena arriesgarse a que lo cogieran en una mentira. De modo

que se declaró portugués. Una vez anotados los datos, los guardianes los contaron, para comprobar la veracidad de la lista, al menos en cuanto a su número, y los marcaron a todos con un brochazo de pintura roja.

Los interrogatorios siguieron un estricto orden jerárquico, y, detrás de Luis de Córdoba, de su sobrino Gonzalo y de los capitanes Bravo y Arechaga, le tocó el turno a Duarte. Una cuadrilla de soldados dejó a Arechaga en la celda y se lo llevó a él tras amarrarle las manos. Cruzó el patio en unas cuantas zancadas, agradeciendo la inesperada caricia de aquel sol gaélico que hacía brillar las paredes grises y mojadas.

El primer cuerpo del edificio, que daba a la calle, estaba destinado al alcaide y los guardianes. A Duarte lo condujeron a una sala reducida, sombría y amueblada con austeridad. Allí, sentados alrededor de una mesa de madera tosca, lo esperaban tres hombres.

—«Sargento Duarte Salazar, de la urca Santa Bárbara» —leyó en voz alta el hombre sentado en el centro—. «Portugués».

El capitán Fowles, situado a su derecha, tradujo al castellano y añadió:

—El señor Patt Kirwan es el alcaide de la prisión de Galway.

Duarte inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. Kirwan respondió del mismo modo.

Las primeras preguntas giraron en torno a la Gran Armada. ¿Dónde estaban los demás barcos? ¿Cuántos habían llegado a Irlanda? ¿Qué objetivos tenían? Duarte explicó con calma que habían perdido de vista al grueso de la flota cerca de Escocia, que durante semanas lograron navegar junto a otras embarcaciones, pero que las tormentas los dispersaron. La Santa Bárbara continuó en solitario el viaje hacia España, hasta que un temporal especialmente duro la hizo encallar en la ensenada de Carna.

El capitán Fowles lo interrumpió:

—¿No sería más bien que os dirigisteis a tierra porque era vuestra misión? —preguntó en tono inquisitivo—. ¿Veníais a ayudar a los rebeldes? ¿A apoderaros del condado?

Duarte negó con firmeza. Explicó que acercarse a propósito a la costa con un mar tan embravecido habría sido un suicidio y añadió que era absurdo pensar en conquistar un condado con apenas dos docenas de soldados. También mencionó haber oído rumores de otros naufragios en la costa irlandesa, pero dejó claro que no sabía más de lo que le habían referido los otros presos.

—Demasiados barcos han acabado en nuestras costas. ¿No os parece una asombrosa coincidencia? —Kirwan hablaba con un acento tan cerrado que Duarte no entendió una sola palabra hasta que Fowles tradujo. En todo caso, prefería hacerse el ignorante.

—Tan asombrosa como las tormentas que nos azotaron, señor —replicó Duarte—. Esta armada zarpó de Lisboa con destino a Flandes, para unirse a las fuerzas del gobernador de aquel territorio.

—Querréis decir para invadir Inglaterra, deponer a la reina y reinstaurar el catolicismo —precisó Fowles.

Duarte suspiró y respondió que estaban en guerra y, como en cualquier guerra, el objetivo final era derrotar al enemigo. Kirwan levantó las manos, aceptando la explicación, y las preguntas derivaron hacia la Santa Bárbara: su tripulación, su armamento y el naufragio. Duarte contestó cuanto recordaba.

—¿Os ayudaron los habitantes del lugar? —continuó Fowles.

Duarte, para no comprometer a los lugareños de Carna, declaró que se negaron al principio, y que sólo accedieron cuando les ofrecieron dinero.

—¿Qué precio pidieron?

—Cinco escudos por cabeza. Y se quedaron con las alhajas que quisieron arrebatarnos.

—¿Quién lideraba a los irlandeses?

—No lo sé.

—Arechaga, tu capitán, dice que era un tal Burke.

—Entonces así será. Pero mi capitán no era don Pedro de Arechaga, sino don Bartolomé Bravo.

El escribano revisó las hojas que tenía delante y corrigió el error. El frío se hacía cada vez más intenso, o tal vez era el estar quieto, de pie, lo que acentuaba la sensación. Duarte miró el vaho que salía de su boca, pero reprimió las ganas de soplarse las manos, decidido a no darles la satisfacción de verlo padecer.

—¿Cuánto dinero llevaba en custodia la urca? —preguntó Fowles.

—Poco.

—Sed más preciso.

—La custodia de la caja general era cosa del capitán. Nunca me ocupé de eso. Quizá cien escudos, o quizá menos. Todo se gastó en pagar la ayuda que nos prestaron, y la comida que nos dieron en la aldea.

—Hablemos ahora de los cañones. ¿Cuántos montaba la urca? ¿Dónde

están? —preguntó Fowles con las cejas alzadas—. ¿Se los entregasteis a los irlandeses?

—Los diez cañones se hundieron con el barco. ¿Cómo íbamos a transportarlos en simples barquillas y en medio de semejante temporal? Allí estarán —añadió al percatarse de la desconfianza con que lo escuchaban—, junto a la cresta rocosa con la que chocamos. En el fondo de la rada.

Fowles frunció el ceño, como si considerara que Duarte intentaba burlarse de él. Su mirada se tornó cortante, y el prisionero entendió que más valía medir sus palabras a partir de entonces.

—¿Y las armas personales? —prosiguió Fowles—. Mosquetes, arcabuces, espadas, armaduras… ¿También se las tragó el mar?

—Una buena parte —confirmó Duarte, esforzándose en no mostrarse evasivo—. Las pocas que pudimos salvar nos las arrebató Morogh O'Flaherty.

El nombre del caudillo irlandés, de cuya lealtad no debían estar seguros, provocó un breve silencio. El escribano levantó la vista, pero no dejó de mover la pluma. Las preguntas que siguieron se centraron en su estancia en Aughnanure.

—¿Qué trato os dio O'Flaherty? —preguntó Kirwan, con un tono que ocultaba cualquier juicio.

—Nos ofreció albergue y comida —dijo Duarte—. Pero también tomó medidas para asegurarse de que no pudiéramos huir.

—¿Y dinero? —insistió Fowles, inclinándose hacia delante.

Duarte se tomó un momento para responder.

—Todo lo que logramos recuperar del naufragio fue a parar a sus manos —dijo al fin. Le daba igual comprometer a los O'Flaherty.

—¿Todo?

—¿Acaso hay mucho sitio donde esconder algo?

—¿Y bienes? —Fowles parecía obsesionado con ese tema.

—En Aughnanure nos desplumaron por completo: joyas, crucifijos, cadenas… —Duarte alzó las manos vacías para demostrar su despojo.

—¿Sabes si alguien escondió algo de valor?

—No. Y si…

—¿Y qué? —Fowles golpeó la mesa con ambas manos y se incorporó con brusquedad—. ¿Y si lo supieras, tampoco lo dirías?

Duarte lo miró sin alterarse, aunque por dentro maldecía la prepotencia de su interrogador. Antes de que pudiera responder, Kirwan intervino.

—Sabemos que algunos hombres huyeron de Aughnanure. ¿Dónde están?

—No lo sé —contestó Duarte—. Fue una decisión de unos pocos, tomada por su cuenta.

—Mientes —espetó Fowles, con los ojos encendidos.

—Esa huida nos costó cuatro muertos, señor capitán. No les debo lealtad a ninguno de ellos.

Fowles, que no había vuelto a sentarse, se alejó hacia un rincón de la sala y, sin el menor recato, se alivió en una bacinilla. El escribano seguía garabateando en los pliegos.

Tras la pausa, el interrogatorio derivó hacia cuestiones más personales: por qué se había alistado en la jornada, a las órdenes de quiénes había estado y por qué, siendo portugués, combatía bajo las banderas del rey Católico. Duarte respondió que era un soldado profesional, obligado a servir donde se le ordenara. Para evitar referirse a Medina Sidonia, explicó que su unidad, acantonada en Lisboa, se embarcó en la armada bajo el mando del capitán Bartolomé Bravo, del tercio de Nicolás de la Ysla. Añadió, en tono neutro, que como portugués, católico y súbdito del rey don Felipe no concebía otra bandera bajo la cual luchar.

—El legítimo rey de Portugal es Antonio de Avis —señaló Fowles.

Duarte parpadeó, sorprendido de que alguien en un lugar tan apartado estuviera al tanto de la política interna portuguesa, pero optó por no entrar en ese berenjenal y se limitó a encogerse de hombros.

—¿Cuántos portugueses iban en la urca?

—Creo que ocho —respondió Duarte—. Sin contar a los que escaparon en Aughnanure. El capitán Bravo los anotó en la relación.

—¿Y estarían dispuestos a servir bajo la bandera del verdadero rey de Portugal? —Fowles volvió a sentarse.

—No lo sé. Pero no lo creo.

—¿Y tú?

—No.

—¿Por qué?

—Porque sólo se puede jurar lealtad una vez. Y yo ya lo he hecho.

Bajo la mesa, un brasero intentaba sin éxito combatir el frío que invadía la estancia. Duarte aspiró el aroma de las brasas, como si de alguna manera pudiera absorber algo de su calor. Era un gesto inútil, pero le dio un respiro momentáneo.

—¿Qué familia tienes? —preguntó el capitán—. ¿Dónde viven? ¿Qué propiedades poseen?

Duarte explicó que su única familia era su padre, que vivía en la isla de Terceira y poseía una pequeña heredad donde producían vino y hortalizas, además de criar ganado.

—¿Vino en las Azores? —preguntó Kirwan con genuino interés.

—Así es, señor. En especial en Terceira. No es una gran producción, pero es un vino de calidad. —Por un instante, Duarte recordó los cuidados y desvelos que su padre les dedicaba a las viñas. Y los muchos consejos y lecciones que le había dado a lo largo de su vida, total para terminar siendo soldado. O cautivo.

—¿Qué valor tiene su hacienda? —preguntó Fowles—. ¿Qué rescate podrían pagar por ti?

Duarte estaba al tanto de las cantidades que solían pagarse en los rescates según el rango y calidad del individuo; al menos en Flandes, donde la guerra prolongada convertía en habitual aquella práctica, y partió a la mitad lo que calculó que podrían pedir por él.

—No mucho. A lo sumo, quinientos escudos, y eso endeudándose de por vida.

Fowles torció el gesto, insatisfecho.

—Eres joven para ser sargento —apuntó el alcaide—. ¿No tienes otros valedores? Algún caballero, maestre o noble que te ampare.

Duarte seguía sin entender el inglés de Kirwan.

—No sé cómo funcionarán aquí las cosas, pero en los tercios sólo se asciende por méritos propios —dijo con orgullo, quizá más del conveniente. Para suavizarlo, añadió—: Como todos los soldados, conozco a personas importantes de vista, pero os mentiría si dijera que alguna responderá por mí.

Kirwan y Fowles intercambiaron una mirada, como si compartieran un pensamiento que Duarte no alcanzó a descifrar.

—Estos bastardos siempre tiran por lo bajo, pero el gobernador Bingham decidirá lo que pedimos por él.

El escribano tomó nota de sus palabras sin levantar la vista.

Después de Duarte, llegó el turno de los otros portugueses y de los flamencos. Al resto de los soldados no los llamaron, un detalle que no pasó desapercibido.

—Ya lo dije —gruñó Alonso Ladrón de Guevara, con la voz áspera de quien se siente agraviado—. A los extranjeros siempre los tratan mejor que a los

españoles.

Y no se equivocaba: poco después de ser interrogados, los sacaron a casi todos de la celda. También quisieron llevarse a Gregorio Langes, pero cuando los guardias le ordenaron salir, el niño se negó a hacerlo.

—No quiero irme —protestó, aferrado al brazo del capitán Arechaga.

Los guardias dieron un paso al frente, dispuestos a separarlo por la fuerza, pero Arechaga levantó una mano para detenerlos. Se inclinó hacia el chico y le habló con afecto.

—Gregorio, escúchame. Nadie te va a hacer daño. Te llevarán a una casa donde estarás mejor, con comida caliente y una cama donde dormir. Más cerca de la libertad.

El muchacho no soltaba el brazo del capitán. Sus ojos, enrojecidos y secos, transmitían un miedo sordo que ninguna promesa parecía capaz de aplacar. Arechaga intentó deshacer el abrazo sin brusquedad mientras proseguía hablándole; pero Gregorio negaba con la cabeza y permanecía inmóvil, con la determinación de quien se resiste a rendirse.

Al fin, uno de los guardias se encogió de hombros.

—Allá él —le dijo a su compañero.

Y allí quedó Gregorio, junto al capitán, firme en su desafío, expuesto al frío y a las incomodidades. Duarte pensó en la lección de lealtad que les había dado aquel niño.

5

Lisboa

Don Alonso de Bazán se dio prisa en emparejar a la Portuguesa con un patache y enviarlos a las aguas del cabo de San Vicente, con la misión de aguardar y capturar a una flotilla, procedente de Inglaterra, en la que podría viajar uno de los hijos del Prior do Crato en misión diplomática a la corte del sultán de Marruecos.

Gabriel le había entregado a Vermeulen dos cartas: una para Marcia y otra para su tío Sancho. A este le daba cuenta de los escasos avances con la licencia para comerciar con las Indias Orientales y las inciertas expectativas de futuro; a su esposa le explicaba que el giro de los acontecimientos lo dejaba, por tiempo indefinido, a merced de los caprichos de Bazán, y le prometía allegarse a La

Coruña en la primera ocasión que tuviera.

A la tripulación de la Portuguesa no le provocaba especial entusiasmo convertirse en empleados de una corona que no se distinguía ni por la cantidad ni por la puntualidad de sus salarios. Aun así, la confianza que les merecía su capitán era grande y la mayoría aceptó la nueva situación.

Aunque no estaba el mar para bromas cuando abandonaron el estuario del Tajo, los dos navíos, marineros y bien tripulados, aguantaron sin dificultades la travesía. Tampoco encontraron problemas para patrullar la zona asignada, donde detuvieron y registraron varios convoyes mercantes provenientes de ciudades hanseáticas o del litoral atlántico francés, cargados con géneros para Sevilla o los puertos levantinos. También dieron caza a un pequeño jabeque berberisco que, una vez apresado, llevaron a Lisboa para entregarlo a las autoridades.

Don Alonso de Bazán, recibidas las novedades, perdió el interés por las aguas del cabo de San Vicente y les asignó una nueva misión.

—Necesito que os dirijáis a las Azores —les dijo con la brusquedad que lo caracterizaba.

—¿El hijo del Prior do Crato ya no es importante? —preguntó Humberto Manso, el capitán del patache que comandaba la pequeña escuadra.

—Nuestro agente en Fez ha informado de que el cachorro de los Avis ya arribó a su destino —respondió don Alonso con las cejas alzadas, unas cejas que no aclaraban si se limitaba a informar o si les lanzaba un velado reproche —. En cuanto a las Azores, se espera la llegada allí de dos naos y un galeón provenientes de La Habana. Como podrán imaginar vuesas mercedes, ni el cardenal archiduque, ni mucho menos Su Majestad, desean que caigan en manos de los corsarios que infestan aquellas aguas.

Manso y Gabriel asintieron en un acto reflejo, aunque ambos albergaban dudas sobre la protección que podrían ofrecer sus bajeles ligeros. Don Alonso no tardó en despejarlas.

—El convoy hará escala en la isla de Terceira, donde os uniréis a él para escoltarlo hasta Lisboa. Excuso decir que transporta un cargamento de enorme valor, crucial para el sustentamiento del reino. Vuestra misión será hacer la descubierta, alertar sobre la aproximación de cualquier navío sospechoso y neutralizarlo. Y si tal no fuera posible, regresar junto al convoy y socorrer al barco que más lo precise.

El almirante hizo una pausa para asegurarse de que el mensaje se había

recibido con claridad.

—La captura de buques enemigos no será —añadió con los ojos puestos en Gabriel—, en absoluto, un objetivo prioritario.

—¿Debemos descartarlo entonces, excelencia? —preguntó Gabriel con un aire de falsa inocencia.

—No, señor Del Puerto, siempre que tal acción no comprometa la seguridad del convoy.

La conversación tenía lugar en uno de los muelles que daban al Terreiro do Pazo, un lugar concurrido y bullicioso en el que su presencia pasaba inadvertida. La mañana era desapacible, con claros y nublados que se alternaban con rapidez.

—¿Y si no está en Terceira cuando lleguemos? —preguntó, sonriente, el capitán Manso.

—Os dirigiréis al canal entre Corvo y Flores, que es la entrada natural al archipiélago y el lugar preferido por los piratas para tender sus cazaderos —indicó Bazán—. La travesía será larga, por lo que dispondréis de dos días para hacer aguada y aprovisionaros.

Cuando Bazán se marchó, sus capitanes convinieron los pormenores de aquella nueva comisión. No se le escapaba a Gabriel que uno de los cometidos de su compañero era vigilarlo a él y evitar cualquier intento de deserción. Pese a ello, le caía bien Humberto Manso. Un apellido, por cierto, poco afortunado, pues el hombre era grande, hercúleo hasta reventar la ropa y bravo como un toro de lidia. Y su patache, el San Jerónimo, aunque menor que la Portuguesa, no desmerecía en rapidez ni en maniobrabilidad.

El tiempo concedido por Bazán era tan escaso que apenas les permitiría tomarse un respiro, como señaló el señor Laiseca.

—Tenemos el tiempo que tenemos, Pascual —alegó Gabriel—. ¿Acaso crees que a mí me agradan estas prisas?

Luego de apaciguarlo, fue en busca del proveedor Duarte, que le aseguró que al amanecer podría retirar lo que necesitase en uno de los almacenes de la Ribeira.

La mañana transcurrió entre idas y venidas, sin respiro ni sosiego. Al filo del mediodía se dejó ver por el muelle el cojo Maciel, que lo llamó aparte para transmitirle una invitación del señor Reigosa a almorzar en su casa. El aire, más conspirativo que misterioso, casi hizo reír a Gabriel, que, por disimulo, le preguntó qué relación tenía con el comerciante. Maciel, henchido de

importancia, aseguró que don Rafael era amigo suyo y, acortando razones, lo urgió a seguirlo por el laberinto de calles que llevaban hasta su vivienda. Una vez dentro, lo condujo al salón principal con la soltura de quien se mueve en terreno propio. Al despedirse, alargó la mano para recibir de propina unos tostaos que no parecieron colmar sus expectativas.

La mesa estaba puesta, pero el señor Reigosa no quiso abordar el asunto que se traía entre manos hasta después del postre: unas peras al vino que la cocinera sirvió con esmero en los platos.

Cuando terminaron, Gabriel sacudió discretamente las migas de sus calzas de gamuza, viejas y ajadas; don Rafael se limpió los labios con la servilleta y, tras un breve silencio, dijo:

—Tengo entendido que vuestro próximo destino serán las Azores.

—Los rumores son el pan nuestro de cada día en Lisboa, señor Reigosa —replicó Gabriel, sin confirmar ni desmentir.

—No todos los rumores son falsos —repuso el comerciante—. Y este, en particular, sé que es cierto.

Gabriel se recostó en la silla. Con un leve movimiento de la mano, lo invitó a continuar.

—No os he invitado aquí para entretener la sobremesa con habladurías. Veréis…, ¿cómo os lo diría?

—Valoro la claridad, caballero —lo animó Gabriel.

Reigosa soltó una risa seca, casi una tos.

—Tengo amigos en Terceira que desean venir a la península y este viaje podría ser la ocasión que esperan.

—¿No habéis hallado otro barco que los traiga? —preguntó Gabriel—. Debéis de conocer al dedillo el ambiente naval de Lisboa, rutas, fletes, capitanes.

—Cierto. Y en condiciones normales, no habría tenido problemas. Mas ahora, haceos cargo: la escasez de barcos, el mal tiempo y la inseguridad de unas rutas infestadas de corsarios desde que vuestro rey le declaró la guerra a los ingleses…

—Nuestro rey, señor Reigosa —lo corrigió Gabriel.

—Muy cierto —admitió el comerciante con una breve inclinación de cabeza —. En fin, como os decía, tales contratiempos me han impedido poner a su disposición un transporte seguro.

Gabriel observó en silencio cómo su interlocutor agrupaba lentamente las

migas de la mesa.

—Mis amigos pagarían su pasaje, claro está —añadió Reigosa—. Aunque preferirían viajar de incógnito.

—Eso no será sencillo —repuso Gabriel—. Deberé escamotearlos tanto al comandante de la escuadrilla como a los alguaciles de Lisboa.

Reigosa movió una mano para restarle importancia al obstáculo.

—Permitidme un pequeño paréntesis —dijo—. Cerqueira me refirió no hace mucho vuestro interés por estableceros en Lisboa. Sabéis que el comercio con Oriente es un coto cerrado. Lo que no domina la Corona lo controlan unos pocos nobles y fidalgos.

—Y otros tantos comerciantes —apostilló Gabriel.

—Cierto. Yo soy uno de ellos.

Reigosa hizo una pausa enfática de la que Gabriel, arrellanado en su asiento, no se dio por enterado.

—Haceros un hueco es tarea ardua —prosiguió—. No todos ven con buenos ojos la llegada de nuevos competidores, y menos si son extranjeros. Pero si me prestáis este pequeño servicio, podría allanaron el camino.

Puestas las cartas boca arriba, no fue difícil llegar a un acuerdo, un acuerdo asimétrico, como le ocurrió con Bazán, ya que la parte correspondiente a Gabriel antecedería a la del portugués. Este, como garantía, le ofreció nada más y nada menos que su palabra.

—La palabra de un Reigosa — subrayó.

Gabriel no insistió. Si la información que le había trasladado Cerqueira era cierta, don Rafael necesitaba un socio con más urgencia que él.

Después de dejar a Reigosa, Gabriel pasó a despedirse de Tiago Queiroz. El joven había sido encuadrado en una compañía de portugueses del tercio de Manuel Castelblanco, y se mostraba exultante. Sin embargo, no tardó Gabriel en advertir una pátina de amargura que empañaba su alegría. La causa no tardó en salir a la luz: Tiago se confesó enamorado de Branca.

—Es tu prima —le advirtió Gabriel—. Para poder casarte con ella necesitarías una dispensa papal.

—Lo sé, señor Del Puerto. Y no me importaría pedir una o diez dispensas —replicó Tiago, con un arranque de coraje—, pero ella me ha rechazado. Y para colmo de males —añadió, en tono más lúgubre—, sé que el desalmado de su padre pretende buscarle un marido con posibles.

—Vaya vaya con Maciel.

—Lo vais conociendo mejor, ¿verdad? Un judas, dispuesto a entregarla a cambio de unas monedas de oro.

De no haber estado tan afligido el joven, Gabriel habría soltado una carcajada. Pero se contuvo y trató de consolarlo: no le parecía tan sencillo casar a una mujer en contra de su voluntad, y menos a una tan resuelta como Branca.

—Además, ¿no está ella a cargo de tus padres? —preguntó.

—Es lo único que me tranquiliza, capitán. Pero Maciel es ladino, sabe de las estrecheces por las que pasamos, y me temo que no cejará hasta encontrar la manera de ponerlos de su lado.

Gabriel se despidió del joven soldado. Sus tribulaciones, en realidad, no eran para menos, pues Branca se estaba convirtiendo en una mujer tan atractiva como desenvuelta.

Regresó al muelle antes de que cayera la tarde. El maestre tenía la fragata cargada y en son de mar.

—El capitán Manso ha estado aquí —dijo Laiseca.

—¿Qué quería?

—Informar de que zarparemos con la bajamar de la madrugada.

VIII

1

Isla de Flores, Azores

El falucho, grande para su clase, de casco raso y palos inclinados, se balanceaba con lentitud al ritmo de la resaca. A la vista había otros dos barcos, una pinaza y un bergantín, fondeados al resguardo de la punta Delgada, al norte de Flores. Acodada sobre la popa, una mujer vestida con ropas masculinas contemplaba el horizonte con rostro serio y mirada fija, como si tratase de descifrar un secreto oculto en la lejana bruma.

Después de varios días de patrullar aquel canal por donde embocaban las naves procedentes de América, no habían avistado ninguna presa que mereciese tal nombre.

«Tiempo perdido», había dicho Malasaigne.

Quizá para él, que ambicionaba riquezas y renombre. Mas no para ella, que no buscaba una vela en el horizonte, sino algo más esquivo: un signo, un rastro, una señal que la guiara. Una búsqueda que duraba ya demasiado tiempo y le hacía, a veces, perder la fe, maldecir su suerte y preguntarse si no habría errado el camino…, pero al punto se rehacía. Atabey no engañaba.

Esa misma madrugada, antes de despuntar el sol, había soñado con un pez rojo atrapado en una red. El pez coleaba y boqueaba en el aire, y cuando ella se inclinó para devolverlo al agua, le habló con palabras mudas, que no recordaba. Aunque sí la certeza que le había infundido: el tiempo de la espera se acababa. *«No hay señales vanas»,* le habría dicho la anciana. Y un pez rojo en sueños es anuncio de hallazgo, de revelación. Y de encuentro.

Recordaba la última vez que la vio. A la anciana.

Cuando se le cerró el cuerpo fue hasta La Habana, sola, a la hacienda donde Tomasa envejecía, pero ya no estaba allí. La buscó por las calles de la villa, por sus arrabales, en las casas, en los bohíos dispersos por las ensenadas, en los refugios y hasta en los cementerios. Nada. En una hacienda del río Armendáriz, un zambaigo la encaminó a Batabanó. Cruzó la isla y recorrió

Artemisa, Chacaritas, Candelaria, las lagunas de Guanamón. Y tampoco. Pero al regresar a la isla de Pinos, se la encontró en su propia casa, sentada junto a su hijo, como si no hubiese pasado un solo día.

—¿Cómo sabías que te buscaba?

Tomasa se encogió de hombros. Había sentido su urgencia. Estaba muy anciana y mascaba arrayanes verdes, tan ácidos que cortaban los dientes. Escupió su jugo, que formó un círculo oscuro en el polvo del suelo del tamaño de un castellano de oro. Le pasó el pie por encima y lo borró. El pasado, en cambio, imprimía una huella duradera. Invisible, pero presente. Para Maquetaire no. Para él, las vidas eran caminos trazados con más nitidez que los signos de una vara sobre la arcilla, desde el principio hasta el final.

—Todos conducen a él —dijo.

—Entonces, nada se puede cambiar.

—Se puede —respondió Tomasa—. Atabey es la madre universal. Más poderosa que Maquetaire. Más poderosa que Coaibai, y que los cemíes de los otros dioses.

—Se me ha cortado la sangre.

—Atabey es señora de las aguas, y de la luna.

La piel de la anciana tenía el color oscuro del linaje cimarrón. Sus ojos, cuando se clavaban en los de otra mujer, desnudaban lo que ni una madre podría ver. Tenía la voz grave y baja, y olía a humo y a monte.

—¿Es malo?

—La vena de la mujer no fluye porque ella no está contenta.

—Siempre he hecho lo que me pidió.

—Nunca sabemos lo que Atabey desea. ¿Tienes, por ventura, su vista? ¿Conoces su corazón? La madre protectora sólo nos muestra lo que quiere que veamos. A veces enseña lo contrario.

Tomasa se levantó despacio, fue hasta una tinaja, tomó un cuenco, lo llenó de agua y bebió a pequeños sorbos. Después le pidió que recogiera unas hojas secas que el viento había amontonado en un rincón del bohío mientras ella terminaba la colada y tendía la ropa sobre unas aulagas secas que había en el patio.

Luego destusaron y desgranaron juntas un saco de mazorcas, vertiendo el maíz en un gran capazo de palma. Los olotes los echaban en otro capazo, para alimentar a las cabras. Tomasa trabajaba con la lentitud de quien no tiene prisa por llegar a parte alguna, como si se hubiera olvidado de la mujer que estaba a

su lado. Yabama no se atrevió a romper el silencio. Sabía que las respuestas llegaban cuando debían llegar.

Por fin, Tomasa se agachó junto a una cebadera vieja y rebuscó en su interior. Sacó una raíz de jengibre amarilla, casi ocre.

—Es una raíz poderosa —dijo.

Y lo era. Recordaba la forma de un muñeco, dos piernas, el tronco torcido, brazos desiguales y una cabeza puntiaguda con un filamento grueso como cerda de jabalí. A Yabama le pareció viva, como si la savia latiera bajo su corteza terrosa.

—Orina en ella —ordenó.

La mujer se bajó las calzas y obedeció. Hacía calor, incluso dentro del bohío, el aire estaba quieto y el olor se expandió con rapidez. El líquido entibió la tierra e impregnó el ambiente con un vapor dulzón, penetrante.

—Más.

El chorro generoso formó un reguero sobre el polvo. Se subió las calzas y se sentó en una banqueta. La anciana pronunció unas palabras en taíno, restregó la raíz con la mano, como si tratara de limpiarla, la olisqueó y, cuando hubo terminado, llamó al niño y se la entregó.

—Entiérrala debajo del amate, junto a tu ombligo.

El niño se fue y Tomasa la miró de nuevo.

—Cuando brote, busca al hombre.

—¿Qué hombre?

—La madre sólo señala a uno, cuando lo hace. No hay más. Tú lo sabes. Él te devolverá la sangre. Y llévate contigo a tu hijo. Te hará falta.

—¿Y si no brota?

—Entonces es que ha muerto.

La mujer agachó la cabeza, aquella idea la entristecía. Tomasa le cogió las manos.

—Los atajos de los dioses son peligrosos. Quien los toma sin saber leer sus señales acaba más perdido que antes.

Pero la raíz brotó, y ya no hubo excusas.

—¿Qué hago ahora?

Tomasa, que se había quedado con ellos, la miró con esos ojos velados que lo veían todo y habló con la misma convicción de siempre:

—Busca al otro lado, en la Punta del Este. Conoces el barco y a su capitán.

Yabama asintió. Sabía bien de quién hablaba.

—Es un miserable.

—Da igual. Sabes cómo manejarlo, y dominarlo. Ese hombre siempre te deseó. Usa tu poder.

Partió con su hijo al amanecer siguiente para atravesar la isla de parte a parte. Sorteó la ciénaga de Lanier, dejó atrás Cayo Piedra, recorrió la llanura del sur por caminos de contrabandistas y alcanzó, al fin, la Punta del Este. En sus aguas calmas y espesas como el aceite, con las velas arriadas y el casco recién calafateado, estaba fondeado el Hermes.

Malasaigne la reconoció apenas pisó la playa y el ceño se le frunció. Se miraron como dos perros viejos que ya se han mordido y no esperan disculpas.

—Mestiza —dijo—. Apareces cuando menos me conviene.

—Y tú sigues vivo, lo cual ya es un milagro.

—¿Te habría gustado verme muerto?

—Sabía que estabas aquí. Atabey te ha puesto en mi camino.

—Tan pagana como siempre. Miedo me dan tus dioses.

—Más miedo dan los hombres.

Yabama lo había tratado en otros tiempos, en otras correrías. Era taimado, impío y poco amigo de preguntas, pero siempre supo hacer que se plegase a sus deseos. Si estaba allí, no era por casualidad.

Él escupió a un lado, se rascó la barba mugrienta y le franqueó la pasarela sin más preguntas.

—Sube. Pero no prometo cama blanda ni trato suave.

—No he venido por caricias —replicó ella—. Sólo necesito que me saques de esta isla.

Yabama se embarcó sin equipaje, con el niño pegado a sus piernas.

—¿De quién es ese niño?

—Mío. También el Hermes es un poco mío.

—Nunca lo fue.

Yabama se rio en las barbas de Malasaigne. El pirata abrió la boca para responder, pero movió negativamente la cabeza y le presentó a la tripulación.

Malasaigne permaneció una semana más en la isla de Pinos. Comandaba una escuadrilla de tres barcos dedicada al corso a pequeña escala en aguas caribeñas, pero Yabama no tardó en convencerlo de ampliar sus horizontes y emprender travesías más largas. Pasaron de puerto en puerto, ella preguntando, mirando rostros, aguardando señales, fragmentos, gestos, murmullos que la llevaran al hombre que le devolvería la sangre. Rumores sin nombre, corrientes

de agua sin cauce. Siguió buscando y esperando, como aquel día y los que habrían de venir, cuantos fueran precisos. Pero el tiempo de la espera llegaba a su término. Se lo habían anunciado las nubes cambiantes y el color de las aguas, y se lo había confirmado el pez rojo de su sueño.

2

Londres

Geraldo se hallaba de pésimo humor. No encajaba bien su traslado a casa de su hermana Fátima, una medida que había adoptado a regañadientes para evitarle un gasto más a la ya apurada hacienda de don Antonio de Avis. Aquel sacrificio, con todo, no parecía suficientemente valorado. Su hermana y su cuñado lo habían alojado en un cuarto pequeño, húmedo y mal ventilado, impropio de quien, como él, se desvelaba por la causa portuguesa.

La recuperación de su independencia pasaba por formalizar el matrimonio con la señorita Mary Rose Kerridge, con la que hacía tiempo que estaba prometido. Sin embargo, el enlace distaba de presentarse tan firme y cercano como había supuesto. No después de su última conversación con el señor Kerridge. El padre de Mary Rose, un abogado con más fama que méritos, llevaba meses lanzándole señales equívocas. Aquella tarde, empero, había dejado claro que supeditaba el matrimonio al devenir de las relaciones entre Inglaterra y Portugal, y —lo que resultaba más hiriente— a las probabilidades de que don Antonio lograra recuperar la corona.

Geraldo salió de la residencia de los Kerridge presa de la indignación, mascullando y agitando las manos. Se había mordido la lengua durante la entrevista para no soltarle al picapleitos un par de verdades: que la dote no era tan lucida como le había hecho creer, y que su hija, católica y pasadita de años, no estaba en posición de poner condiciones a nadie.

El día, húmedo y destemplado, no contribuía a calmar su ánimo. Entró en casa sin saludar, colgó el gabán en la percha y se encaminó directamente a la cocina, la única estancia caldeada. Fátima, que estaba sentada junto al fogón, con un pliego sobre el regazo, alzó la vista, sorprendida por la brusca irrupción.

—¿Tan pronto por aquí? —preguntó, mientras doblaba el papel y lo deslizaba en el bolsillo del mandil.

Geraldo extendió las manos hacia el calor del carbón que humeaba en el hornillo.

—¿Qué leías?

—Una receta que me ha facilitado la señora Lancastre —dijo Fátima—. ¿Qué quería el señor Kerridge?

—Dilatar las cosas, como siempre —replicó él, hosco, y para evitar que Fátima insistiera, cambió de asunto—. ¿Y tu marido?

—Ayer lo hizo llamar el señor Figueiredo, y esta mañana se ha apresurado a acudir.

—¿Ayer? No me dijo nada, y eso que estuvimos hablando de él.

—Se le pasaría —lo disculpó Fátima—. Tiene tantas cosas en…

—Tu marido nunca se olvida de nada —la cortó Geraldo—. Me pregunto qué negocios se traerán esos dos.

—¿Te incomoda que se lleven bien?

Le incomodaba, en efecto, aunque se guardó de decirlo. Cipriano Figueiredo, uno de los más fieles colaboradores del Prior do Crato, era también el principal valedor de Joao Veiga, y aquella predilección le producía una dentera que no sabía explicarse.

Harta del mal humor de su hermano y viendo que no sacaría de él más que respuestas cortantes, Fátima se levantó, cambió el mandil por la capa, tomó una cesta y salió hacia el mercado a comprar lo necesario para preparar unas albóndigas.

El mercado de Smithfield, concurrido pese al mal tiempo, bullía de voces, disputas, ladridos, cacareos y una mezcla espesa de olores. La tierra, empapada por las lluvias recientes, se había vuelto un barrizal. Fátima avanzaba con soltura entre los puestos: en uno consiguió una libra de carne picada, raspada con esmero de los intersticios del costillar de un cabrito; a una vendedora arrugada y verrugosa le compró salvia y estragón frescos; en otro puesto adquirió una docena de huevos, que acomodó con cuidado en una cestilla menor; y los peniques restantes los gastó en media hogaza de pan recién horneado.

Al salir de la tahona estuvo a punto de chocar con un caballero absorto en la lectura de un papel. Fátima lo esquivó, y en ese mismo instante recordó, con un sobresalto, el que ella misma había tenido entre las manos cuando su hermano irrumpió en la cocina: la carta que Marcia le envió desde La Coruña. Joao le había advertido que no debía mostrársela a Geraldo bajo ningún

concepto; sin embargo, en la precipitación del momento, ella la había metido en el bolsillo del mandil.

Geraldo era un fisgón incurable y el papel quedaba demasiado expuesto a su mirada. ¿Y si la había encontrado? Sintió que le flaqueaban las piernas. Ignoraba casi todo acerca de los asuntos de su marido, pero sabía que nunca le hacía advertencias vanas. Mientras trataba de decidir qué hacer, la gente pasaba a su alrededor: mozos que corrían, mercaderes que voceaban sus géneros, una mujer con cofia que le lanzó un improperio al pasar. Fátima no escuchaba, concentrada en sus cuitas. Al cabo decidió ir en busca de Joao para prevenirlo. Por fortuna, la residencia de Figueiredo no se hallaba lejos, y, con la cesta colgada del brazo y los bajos de la falda sucios de fango, dejó atrás el mercado y se encaminó a paso vivo hacia Snow Hill, junto a la muralla. Una vez allí se situó ante la puerta principal y aguardó. El tiempo se alargó; doblaron las campanas, y el frío empezó a calarle los huesos. Por su mente cruzaban pensamientos inquietos: ¿y si Joao ya había salido?, ¿y si Figueiredo lo había retenido a su mesa? Se mordía el labio, indecisa, sopesando regresar, cuando la puerta se abrió.

Joao apareció en el umbral, se despidió de su valedor con un apretón de manos y bajó los escalones con semblante relajado. Al ver a Fátima mostró una sorpresa grata; no obstante, el apuro que advirtió en ella borró la sonrisa incipiente, y se dispuso a escucharla con atención.

—¿Qué hacemos? —preguntó Fátima al concluir la exposición de sus temores.

Joao le alzó la barbilla con suavidad, la miró con ternura y sonrió.

—Cuando lleguemos a casa, compórtate con naturalidad —le dijo—. Recibir una carta de tu hermana no es ningún delito. Además, puede que no la haya leído.

—Mi hermano es curioso…, y desconfiado.

—¿Y qué puede hacer? ¿Enfadarse porque no lo hayas puesto al corriente? Más reprochable es leer la correspondencia ajena.

Para tranquilizarla del todo, le habló de su reciente entrevista con don Cipriano Figueiredo. Le había encargado levantar un censo de los portugueses que, tras participar en la Gran Armada, permanecían prisioneros en Inglaterra. Sabía que muchos sobrevivían en condiciones miserables, abandonados por todos.

—¿Cómo se te ocurre aceptar semejante encargo? —Fátima mudó en un

instante la preocupación por el fastidio—. Te mantendrá lejos de Londres durante semanas.

—Estamos en guerra, querida. Y la guerra exige sacrificios. Esos hombres también tienen familias. Si yo hubiera sido hecho prisionero, ¿no te gustaría que alguien intentara localizarme?

—¿Y cómo piensas liberarlos?

—Ahora estamos en buenas relaciones con la reina. Don Cipriano me ha asegurado que, si juran lealtad a don Antonio y se suman a nuestra causa, podrán ser liberados sin pagar más rescate que los gastos de manutención. Por supuesto, los casos especiales serán valorados aparte.

—¿Qué casos son esos? —También Fátima era curiosa.

—La gente principal, capitanes, oficiales entretenidos, nobles. Es de suponer que ninguno de ellos fue reclutado a la fuerza.

Fátima ladeó la cabeza, escéptica. La política le interesaba poco. De todo aquel asunto, lo único que le importaba era desentrañar las lealtades últimas de su esposo. Cerca de Chancery Lane se separaron: Joao entraría primero; ella lo seguiría poco después.

Geraldo, sentado junto a la ventana, hojeaba un folleto de Thomas Harriot, sobre su viaje a Virginia, cuando oyó la puerta. Saludó a su cuñado sin levantar apenas la vista.

—¿Y Fátima? Hace más de una hora que salió al mercado y aún no ha regresado.

—Una mujer en un mercado se eterniza —respondió Joao con desenfado—. Ya lo verás cuando te cases.

Geraldo aceptó la broma sin humor y le preguntó por su entrevista con Figueiredo. Joao se la resumió con la concisión que juzgó apropiada.

—Integrar en nuestras filas a soldados que alguna vez sirvieron al Usurpador es un tremendo error —dictaminó Geraldo—. Se lo advertí en su día a don Manuel.

—Hay que poner los pies en la tierra, Geraldo. Don Antonio sólo cuenta aquí con un puñado de hombres; muy leales, sí, mas tan escasos que los ingleses nos tomarán a risa. Si entre los presos logramos reunir una compañía de piqueros y arcabuceros, e incluso la tripulación de un navío, bienvenidos sean.

—Me provocan rechazo esos hombres.

—También a mí. Pero en este caso, el fin justifica los medios.

—Un traidor siempre lo es.

—Muchos fueron reclutados a la fuerza en Lisboa, Setúbal o Cascaes. No todos merecen ese juicio.

—Por librarse de las cadenas jurarán lo que sea. Nunca conoceremos sus verdaderas intenciones hasta el momento decisivo. Y entonces ya será tarde. ¿No es así, Joao?

—La gente habla cuando le tiras de la boca —dijo Joao, sin hacer caso de la insidiosa pregunta—. Basta con ganarte su confianza, estar atento y separar la paja del grano.

—¿Y quién lo hará? ¿Tú solo?

—Podrías ayudarme. Cuatro ojos ven más que dos.

Geraldo declinó la invitación.

—Ayudar a don Manuel a asegurar el compromiso inglés con la empresa de Portugal ocupa por entero mi tiempo.

Joao aprovechó el cambio de rumbo de la conversación.

—¿Entonces es seguro que irán a Portugal?

—El acuerdo está casi cerrado —aseguró Geraldo—. Pero dime, ¿cómo piensas realizar tu misión?

—El Prior conseguirá una carta firmada por un ministro de la reina. Con ella confío poder acceder a las cárceles inglesas y tratar de convencer a nuestros compatriotas.

—No lo llames Prior. Es el rey Antonio de Avis.

—¿Y qué tiene de malo? Prior fue su dignidad legítima antes que la corona. El infante don Luis, su padre, también lo fue, y nunca renegó de ello.

El regreso de Fátima interrumpió la discusión. Saludó a ambos y se encerró en la cocina. Las albóndigas requerían su tiempo, y ya era tarde. Para entretener la espera, Joao cortó unos trozos de queso, escanció cerveza y ofreció un vaso a su cuñado. Fuera, arrancó a llover. El viento sacudía con furia las gotas contra los vidrios. Cada una dejaba una estela lenta y zigzagueante.

—Brindemos por el buen éxito de la empresa —propuso Joao con su humor habitual.

La conversación derivó hacia temas más mundanos. Comentaron la gran ceremonia con que los ingleses pretendían dar gracias por la derrota española, y los rumores sobre la asistencia de la propia reina. Joao, entre sorbos, relató con ironía algunos chismes sobre el conde de Essex, nuevo favorito de Isabel,

un joven tan impetuoso como ambicioso. Geraldo salió en su defensa: sabía que era partidario de golpear con decisión, de devolver al Usurpador afrenta por afrenta.

—Aborrece lo católico —apuntó Joao.

—Y más aún lo español.

—Entonces, quizás prefiera lanzar la armada contra un puerto español antes que contra Lisboa.

—¿La Coruña, por ejemplo?

A Joao no le tembló la mano al llevarse la jarra a la boca. No terminaba de acostumbrarse al sabor de la cerveza, pero el vino escaseaba y era caro en aquellas islas.

—Espero que no —dijo con sencillez—. Hay ciudades más importantes. Y más ricas.

—Ya, pero Marcia está allí.

La frase cayó como un aldabonazo. Joao, que había mantenido hasta entonces un tono casi amable, se incorporó de golpe y se acercó hasta quedar a un palmo del rostro de su cuñado.

—Leer cartas ajenas es una descortesía —advirtió sin inmutarse—, y un atentado contra la confianza. Más aún cuando se es huésped.

Desde la cocina llegaba el murmullo de una coplilla mal entonada. El olor de la carne y las hierbas ya llenaba la casa.

—Estamos en guerra, señor mío —respondió Geraldo con voz tensa—. ¿Desde cuándo mantenéis correspondencia con esa traidora?

—Mucho te gusta esa palabra —dijo Joao, tranquilo—. Deberías manejarla con más cuidado. ¿Cuál ha sido la traición de tu hermana? ¿Enamorarse de un español? ¿Marchar a su tierra?

—No le restes méritos. Sé que ha colaborado con agentes del Usurpador, que embaucó a sir Henry Dobson, se burló de Trenton y ayudó a escapar a la española que vosotros mismos acogisteis. Pero lo que ahora me inquieta es saber cómo ha ido a parar a vuestras manos esa carta.

Joao sonrió. Una sonrisa más afilada que amable.

—Las cartas vienen y van, Geraldo. La red de don Antonio es extensa, y yo he enviado y recibido mensajes a muchos de nuestros seguidores, como bien sabes.

—Y también a Marcia. ¿Eres su contacto?

—¿Insinúas que estoy en connivencia con ella? ¿Que soy un agente enemigo?

—Geraldo desvió la mirada y retrocedió un paso—. Dilo sin rodeos, si así lo crees. Acúsame ante quien quieras y veremos en qué para todo.

—No me provoques —gruñó Geraldo, ya sin la firmeza inicial.

Joao lo notó, y aflojó el tono.

—He escrito a Marcia porque a Fátima y a mí nos importa su suerte —explicó—, no como a ti. Y porque no conviene desdeñar ninguna fuente. Aunque nuestra causa no le interese, si sabes leer entre líneas, siempre encuentras información que el remitente no pretendía revelar.

Geraldo no quedó convencido, pero dejó de insistir. Vivía bajo aquel techo y sabía que hombres del peso de Figueiredo confiaban ciegamente en Joao. Marcia, sin embargo, era otro asunto. Y algún día, más pronto que tarde, tendría que rendir cuentas por su deslealtad.

3

Prisión de Galway

La prisión de Galway, aunque no era pequeña, no había sido concebida para albergar a tantos reclusos. Ni sus guardianes estaban preparados para semejante carga. No se trataba de maleantes comunes, sino de soldados de los tercios, célebres por su fiereza y su temple. Por ello, los trataban con suma cautela y los sacaban de uno en uno, o en grupos muy reducidos.

No obstante, con el paso del tiempo se dieron cuenta de que aquellos soldados no eran tan temibles como habían supuesto, sino hombres quebrantados por las penurias, abatidos por la derrota, sin jefe que los guiase ni ánimo para emprender acción alguna. Y perdieron el recelo y ganaron seguridad.

El capitán Bravo apuntó que la seguridad tenía también su vertiente favorable:

—Un enemigo confiado es más fácil de engañar.

—Engañarlo ¿para qué? —preguntó Duarte.

—Para intentar escapar, por ejemplo.

—Escapar —repitió Duarte—. ¿Os referís a un grupo pequeño o una fuga masiva?

—Podemos apoderarnos de la prisión.

—¿Cómo? ¿Quiénes? Para eso hace falta una planificación minuciosa, mucha

reserva y el acuerdo de los demás capitanes. ¿Habéis hablado con ellos?

—Veis dificultades donde yo encuentro oportunidades, señor sargento.

—Soy realista, capitán.

La idea de apoderarse de la prisión, o de cualquier acción concertada que les devolviera la libertad, le parecía a Duarte una quimera. Al menos, en aquel momento. Y aun si lo lograran, ¿qué podrían hacer después? ¿Atacar la guarnición de la villa? ¿Correr hacia el puerto con la esperanza de tomar un barco?

Los alimentaban con pan duro, y no a diario. Dos mozos, quizá aprendices de alguna tahona de la villa, traían una cesta repleta de mendrugos que repartían por las celdas. Duarte recordó cómo, de pequeño, usaban regojos para alimentar a los mastines que guardaban el ganado. Los animales se lanzaban babeando sobre los panes y los devoraban en un instante. La escena allí no era muy distinta: el mozo arrojaba los trozos entre los barrotes y los presos se abalanzaban sobre ellos como lobos hambrientos.

En su celda, sin embargo, habían establecido una norma: reservar siempre algunos pedazos para los enfermos. Por grande que fuera el apetito, tal acuerdo se respetaba como si se tratase de un dogma de fe. El agua la tomaban de un tonel situado bajo el alero del tejado, fuera de la celda. Cuando tenían sed, extendían el brazo entre los barrotes y, con ayuda de un cacillo de peltre, bebían. Era agua de lluvia, sucia de tejados y canalones, pero les sabía a gloria.

Uno de los mozos que traían el pan solía hablarles cuando no había guardianes cerca. Lo hacía en gaélico, y no había forma de entenderlo. Tenía los ojos saltones, aún más grandes cuando se esforzaba en hacerse comprender, y un rostro expresivo que intentaba comunicar lo que sus palabras no lograban. A juzgar por sus gestos y la frustración que mostraba, debía de tratarse de algo importante. En la celda se comentaba el asunto, y cada cual tenía su parecer. Los más esperanzados pensaban que traía algún mensaje de aliento, tal vez de irlandeses amigos. Los más desconfiados creían que pretendía advertirles del destino que les aguardaba. Gregorio Langes, que lo escuchó uno de los días, aseguraba que hablaba de otros prisioneros españoles capturados en la isla.

—¿Van a traerlos aquí?

—Eso no lo dijo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

El muchacho se encogió de hombros.

—Yo oigo y aprendo —fue lo único que dijo. Y debía de ser cierto, porque, pese a su origen polaco, hablaba el castellano con la soltura de un nativo.

Los irlandeses de la planta superior, aunque separados, no dejaban de hacerse notar. A veces gritaban o lanzaban ininteligibles peroratas desde sus celdas. Sus calabozos eran sombríos, con ventanas mínimas por las que apenas penetraba luz, y puertas de madera que impedían ver el interior. Sólo cuando los sacaban al pasillo era posible observarlos: desgreñados, barbudos, con ropa pobre y gastada, curtida por meses o años de encierro.

Con el tiempo supieron que se trataba de rebeldes capturados durante alguna de las muchas revueltas contra el dominio inglés.

A Duarte le gustaba, cuando podía, colocarse junto a la puerta de la celda y contemplar el patio interior, que era de planta rectangular, más largo que ancho. Sobre las celdas superiores corría una especie de terraza almenada por la que deambulaba, aburrido, un centinela. Y por encima de todo se abría un cuadrado de cielo, también cercado de almenas. Siempre había prisioneros asomados a las puertas: algunos buscaban conversación; otros, más melancólicos, se entregaban a una contemplación muda.

Del exterior no tenían más noticias que los sonidos que alcanzaban a colarse hasta su encierro, como las sombras de la caverna de Platón: el quiquiriquí de los gallos anunciando el día, el martilleo de las fraguas, voces y gritos lejanos, el mugido de alguna vaca, el batir del oleaje, el tañido de las campanas de los barcos en el puerto. A ratos se oía la voz atiplada de algún pregonero, los ladridos de perros inquietos o el graznido de las gaviotas, cuyas siluetas alcanzaban a ver pasar sobre el cielo gris. Era el rumor de la vida que continuaba fuera, indiferente a su cautiverio, el eco de una libertad que se les antojaba cada vez más remota, más inalcanzable.

Las desgracias sacaban a la luz lo mejor y lo peor de cada cual. Duarte advertía en sus compañeros una variedad de conductas. Esos, dominados por el miedo, se abandonaban a un lamento continuo y desagradable; aquellos, vencidos por la desesperanza, se replegaban en un silencio hondo y abatido. No faltaban quienes reaccionaban con furia, provocando disputas constantes, ni quienes formaban pequeños grupos cerrados, reacios a admitir a nadie más. Muchos se refugiaban en rezos y promesas, ofreciendo misas y sacrificios al Altísimo a cambio de la salvación. Otros, como fray Antonio, actuando con menos devoción aparente pero mayor humanidad, se dedicaban a consolar a los afligidos y a los enfermos: escuchaban, tomaban manos y rezaban con

ellos. Duarte se preguntaba si aquel empeño nacía de una fe sincera o si había en él algo de fariseísmo.

También estaban quienes fingían frialdad y se comportaban como si nada terrible estuviera ocurriendo. Entre estos destacaba un cordobés llamado Ulloa, hombre alto y huesudo de la compañía del capitán Ladrón de Guevara, cuyo valor parecía consistir en reírse de todo. Exageraba su acento andaluz hasta volverlo caricaturesco y siempre encontraba un refrán o dicho oportuno. Al principio, aquella actitud irritaba a Duarte; con el tiempo, acabó por agradecerla como se agradece un bien escaso.

Otros, en cambio, ocultaban el miedo tras bravatas y fanfarronadas, alardeando de hechos de guerra o de lances amorosos. Mataban las horas jugando y apostando bienes inexistentes, urdiendo planes de fuga tan audaces como irrealizables.

El capitán Bravo, hombre de natural jactancioso, sugirió en cierta ocasión que, antes que dejarse ejecutar por los ingleses, sería mejor matarse entre ellos.

—¿Matarnos cómo? —preguntó Arechaga.

—A golpes, ahogándonos, estrellándonos la cabeza contra las piedras, sacándonos los ojos…, lo que haga falta —respondió Bravo, sin rastro de burla.

—Eso es una barbaridad propia de salvajes —replicó Valiente.

—De hombres de honor —se defendió Bravo.

—Pecado mortal sería —intervino fray Antonio—. Guardaos para vos tales ideas, capitán.

Duarte trató de imaginar aquella escena de sangre y desesperación, negó despacio con la cabeza y esbozó una sonrisa amarga. Ni el Apocalipsis podía ser peor.

Las noches eran lo más duro para Duarte. No había conseguido dormir una entera, no sólo por la incomodidad y el hacinamiento, o por los piojos y pulgas que no daban tregua, sino por los propios presos. Siempre había alguno que gemía de dolor, que roncaba, eructaba con estrépito o se vaciaba de vientre; otros maldecían su suerte, lanzaban gritos espeluznantes, fruto de pesadillas o de un juicio que empezaba a quebrarse, o simplemente no conciliaban el sueño y se ponían a charlar con otro desvelado.

Duarte intentaba refugiarse en recuerdos gratos, pero estos lo conducían pronto a otros más amargos: a Marcia Henriques, su primer amor en Terceira, cuando era joven, impetuoso e ingenuo, un romance truncado por el odio y la

mala fortuna; a los compañeros caídos en combate; a Belinha, la regatera de Lisboa, muerta de forma trágica; o a su hija Branca, arrebatada y valiente, que llegó a disfrazarse de soldado para seguirlo en la Gran Armada. Entonces, arrinconaba las remembranzas y trataba de pensar en el porvenir, en lo que había postergado durante años: regresar a su tierra para ver a su padre, viejo y solo, y reencontrarse con sus amigos de la infancia y la juventud. Pero también ese camino era corto. La realidad de la prisión se imponía de nuevo y apagaba cualquier esperanza.

4

Islas Azores

Para dos barcos ligeros y de escaso calado, la salida del estuario del Tajo, sorteando los bancos de arena del Sable y Cabeza Seca, no representó dificultad alguna. La travesía, sin embargo, fue harina de otro costal. El Atlántico los recibió con una tormenta furibunda que los obligó a derivar primero hacia el norte y luego al sudoeste. Sin embargo, una vez superada siguieron días soleados y bonancibles en los que el único inconveniente fueron los vientos del oeste, que los obligaban a navegar de bolina y trazar amplias bordadas que alargaron el viaje más de lo previsto.

La bahía de Angra, al sur de la isla, se hallaba encajada entre el cráter apagado del Monte do Brasil y un espolón rocoso coronado por el fuerte de San Sebastián. En su puerto fondeaban numerosas embarcaciones de diverso porte, aunque entre ellas no se encontraba el convoy que debían escoltar.

Gabriel y el capitán Manso descendieron a tierra en un batel y accedieron a la villa por la puerta de la Alfandega, apenas custodiada por unos soldados indolentes. La rúa Direita, bulliciosa a aquella hora de la mañana, los condujo hasta la plaza Vieja, donde se alzaban la cámara de gobierno y la capitanía. Allí los recibió un oficial de maneras pulcras y modales corteses que, tras leer con atención las credenciales que le presentó Manso, anotó los nombres de los navíos en el libro de registro y les indicó dónde podían abastecerse.

—No he visto ninguna embarcación de la Corona en el puerto —observó Gabriel, tras agradecer sus indicaciones.

—Ni la veréis, salvo cuando hacen escala las grandes flotas —respondió el oficial, con voz suave—. Mucho costó al rey don Felipe hacerse con estas islas

para luego permitir que quedasen expuestas a las asechanzas de los piratas.

—¿Tanta es su presencia?

—En Terceira y San Miguel, menos. Pero en las islas más occidentales se mueven a sus anchas, y cuentan con guaridas y escondrijos difíciles de descubrir.

—Y de soldados ¿cómo anda la cosa? —quiso saber Humberto Manso.

—Cuando Bazán recuperó estas islas, dejó dos mil quinientos hombres de guarnición; pero muchas compañías fueron retiradas para las campañas de Flandes e Inglaterra. Hoy apenas quedan tres en Terceira, y otras dos dispersas por el resto del archipiélago.

—Escaso contingente para un punto tan estratégico.

—Desde hace tiempo se habla de construir un castillo que abarque el Monte do Brasil y el istmo que lo une a la villa.

—Será una obra formidable —reflexionó Gabriel.

—Será. Pero hasta hoy no he visto por aquí a un ingeniero ni a un topógrafo que levante los planos.

—En algunos aspectos, Angra ha cambiado mucho —comentó Gabriel al salir de la capitanía.

—¿A qué os referís? —preguntó Manso.

—La última vez que estuve aquí era un bastión del Prior do Crato, y hablar en castellano equivalía a tentar al diablo. Sin embargo, ahora…

—El tiempo no transcurre en vano.

Gabriel le propuso dar un paseo por la villa y almorzar en el puerto, donde conocía un par de tabernas en las que se comía bien. Pasaron ante la catedral, aún en obras; el colegio de los jesuitas, quienes, por apoyar al rey Felipe, fueron recluidos durante más de dos años; y la casa de la aduana, donde tendría que declarar las mercancías traídas de Lisboa.

Mientras caminaban y conversaban, Gabriel no cesaba de rememorar su anterior estancia en Angra. Frente al hospital del Espíritu Santo, adonde había llevado a su amigo Martín Robledo para que lo curasen de una puñalada, se arremolinaban los mismos menesterosos de antaño, con las manos tendidas en demanda de limosna. En el huerto trasero del hospital había paseado con quien acabaría siendo su esposa, y mantenido con ella animadas conversaciones y vivas disputas. Recordó también a Manuela, la aya de Marcia, y se juró no partir sin antes visitarla.

En las calles más céntricas, una sucesión de puestos y tenderetes ofrecía

frutas, verduras, huevos, leche, aceite, pescado seco y cortes de carne. También había cestos, telas, curtidos y remedios, desde entrañas de animales hasta ungüentos de herbolario. Un zapatero remendaba una suela, un lechero empujaba su carrito con cántaras cubiertas de corcho. Mujeres vestidas con sencillez recorrían los puestos, manoseaban la mercancía, discutían precios y soltaban protestas con voz afilada.

De pronto, Gabriel sintió una inquietud indefinible, como si una mirada conocida se hubiese cruzado con la suya. Se volvió con presteza, pero no halló más que un hervidero de rostros, voces y olores. Sacudió la cabeza y siguió su camino hacia el puerto. El tráfico incesante mantenía en plena actividad los astilleros de Prainha, ocupaba a barqueros, estibadores y almacenistas, llenaba de bullicio las calles aledañas y colmaba posadas, mancebías y tabernas.

Encontró con facilidad una que frecuentara en otro tiempo, en la que entró con el capitán Manso. La regentaba aún el mulato Cerveira, a quien los años no parecían haber tocado, no así a los platos que servían, ni a la calidad de los caldos, que Gabriel recordaba mejores.

De regreso a la fragata, Pascual Laiseca le dio novedades sobre la carga de agua y vituallas para los días venideros. Mahagüini, por su parte, le comunicó los resultados de sus gestiones: había contactado con los pasajeros que habrían de llevar a Lisboa. Eran cinco hombres, y estaban listos para embarcar en cualquier momento.

—Tendrán que esperar a nuestro regreso —dijo Gabriel.

—Así se lo dije, y no les agradó. Tienen prisa por partir.

—¿No te han gustado?

—No me parecen gente de fiar.

—Con que paguen, nos basta.

Mahagüini asintió en silencio, sin compartir del todo aquel juicio. Gabriel lo conocía bien y adivinó su reserva. Sabía de su buen olfato con la gente, pero pensaba cumplir el trato con Reigosa.

—¿Te fijaste en el falucho? —preguntó Mahagüini.

—¿Cuál de ellos?

—El que estaba fondeado en las Pipas. —Mahagüini señalaba hacia el pequeño puerto bajo la fortaleza de San Sebastián.

—No veo ninguno allí.

—Zarpó hace unas horas. Era el Hermes.

Gabriel, que lo escuchaba distraídamente, se puso alerta.

—¿Estás seguro? —Una pregunta innecesaria, porque Mahagüini no gastaba saliva en balde.

—Ajá.

—¿Reconociste a alguien?

—Demasiado lejos para eso.

—¿Qué hará por aquí? —Gabriel recordó la impresión que había tenido mientras paseaba por el centro de la villa.

—Nada bueno.

Tardó en conciliar el sueño, rumiando la inesperada aparición de aquel barco. El Hermes era un espectro de un pasado compartido con Mahagüini y que creía definitivamente enterrado. Pero el pasado, tenaz como raíz vieja, se empeña a veces en volver. El Hermes había sido uno de los bajeles del pirata francés Jean Ricard. Lo capitaneaba un hombre crudelísimo llamado Montmor, y al morir este, el puesto lo ocupó su segundo, un tal Malasaigne.

Zarparon al día siguiente, un día de cielos claros y mar movida. Las islas de Corvo y Flores, las más occidentales, distaban casi ochenta leguas de Terceira, y el trayecto les llevó varios días. Tocaron primero en Flores, la mayor de las dos, la bojearon en todo su perímetro y cruzaron luego el canal que la separaba de Corvo. Echaron el ancla en una rada que había al sur, frente a la pequeña villa del mismo nombre. El cabo al mando de la reducida guarnición no tenía noticia de la llegada de ningún convoy americano; en cambio, los informó del abundante contrabando y del merodeo esporádico de navíos corsarios.

Desde la villa de Corvo se distinguía el perfil de Flores, recostada sobre el mar, violeta en la lontananza, y se dominaba el canal por donde solían arribar los barcos procedentes de la otra orilla del océano. A pesar de ello, Gabriel acordó con Humberto Manso patrullar el paso en días alternos. La primera jornada le tocó al San Jerónimo.

Mediada la tarde, cuando daba las últimas bordadas para regresar a la rada, una pinaza surgida de alguna caleta cercana se dirigió hacia él a gran velocidad, aprovechando el barlovento, y le disparó una andanada lejana. El patache, cuya artillería era de escaso calibre, viró en redondo para evitar el combate.

Gabriel decidió acudir en su ayuda. La fragata arrancó con parsimonia y tardó en cobrar velocidad, pero la pinaza, al advertir su presencia, abandonó la persecución y puso proa hacia la isla de Flores.

—Vamos tras ella —ordenó Gabriel.

Humberto Manso, que pensó lo mismo, volvió a virar y se encaminó hacia la

pinaza, una nave de tres palos, baja y alargada. Debía ser mala para navegar con el viento del través, porque iba perdiendo terreno poco a poco.

—Va a llegar antes que nosotros —predijo Laiseca.

—Así así andará la cosa —repuso Gabriel.

El patache, por su parte, se había situado a babor de la pinaza y le impedía la salida a mar abierto.

A medida que se aproximaban a Flores, se definía el contorno abrupto y rocoso de la costa, que describía un arco hacia el este y luego giraba hacia el sur en una línea quebrada de entrantes, islotes y abras. La distancia disminuía, pero también se agotaba la tarde.

—Esos carajos se pegan a la costa como lapas —comentó Laiseca.

—Será que la conocen —dijo Gabriel.

Y debía de ser cierto, pues en un par de ocasiones lograron escabullirse entre la costa y unas restingas rocosas. Aun así, no conseguían despegarse del todo.

—Que apresten toda la artillería —ordenó Gabriel.

El contramaestre Ballesteros transmitió la orden, y los hombres se apresuraron a cargar los cañones de ambas bandas. El sol y la tierra jugaban al escondite: cuando la fragata coronaba una cresta, el astro asomaba sobre la costa; cuando caía en un seno, desaparecía. El juego duró poco, hasta que el movimiento del orbe puso fin al vaivén.

Al acercarse a distancia de tiro, la pinaza rodeó un cabo prominente y viró a estribor. El viento, en aquel punto, roló al sudoeste y aflojó, haciendo que la fragata perdiera de vista a su presa. Gabriel ordenó bracear las vergas para recuperar el viento, pero el tiempo perdido en la maniobra resultó decisivo, y la pinaza ganó ventaja. La tarde breve declinaba, y la oscuridad tornaba peligrosa la caza cerca de la costa.

—¿Fondeamos y aguardamos hasta mañana? —preguntó Laiseca.

Gabriel oteó la ensenada que se abría ante ellos.

—No merece la pena, Pascual. La luna está en menguante, y podrían escabullirse por cualquier punto.

Antes de poner proa a Corvo, vieron salir de un recodo una segunda vela que se arrimó a la pinaza.

El convoy apareció por la mañana. Tres navíos que navegaban en conserva, maltrechos por la travesía. Una de las naos escoraba a estribor, otra venía tan cargada que la borda apenas sobresalía del agua y al galeón le faltaba el velacho del trinquete.

Humberto Manso se encargó de presentarse al comandante del convoy. Para evitar recelos, puso el patache al pairo, a cierta distancia, y se aproximó al galeón en un bote. Finalizada la embajada y entregadas las credenciales, regresó a su nave y encabezó la marcha hacia Terceira.

El convoy se demoró en el puerto de Angra cerca de tres semanas, el tiempo necesario para reparar daños, reponer bastimentos y aguardar una tregua de las borrascas invernales. Gabriel aprovechó para vender su mercancía, procurarse carga para el tornaviaje y visitar a Manuela, a quien encontró en el convento de la Esperanza. Pese a las canas, la mujer conservaba la piel tersa, la mirada limpia y la mente clara. Recibió a Gabriel con una alegría emocionada y lloró al saber del nuevo embarazo de su pupila.

—No me hagáis caso, señor Del Puerto. Las viejas lloramos a poco motivo.

Gabriel, conmovido por la devoción que Manuela profesaba a Marcia, le propuso embarcarse con él rumbo a La Coruña.

—Cuando nazca nuestro hijo, necesitará quien le eche una mano.

A Manuela se le iluminaron los ojos, pero enseguida recobró la compostura.

—Los años no pasan en balde. Criar a un niño, adaptarse a otro hogar y soportar la travesía hasta La Coruña requiere de unas energías que ya no tengo.

Gabriel no insistió. Aparecer con Manuela habría supuesto una grata sorpresa para Marcia, pero comprendía sus razones. Tras un rato desgranando recuerdos, la llamada al ángelus del mediodía puso fin a la conversación.

—Decidle a Marcia que la llevo en el corazón, y que cada noche rezo por ella.

El encuentro dejó a Gabriel un regusto agridulce: el paso del tiempo, la soledad, el cambio inevitable. Volver al lugar donde se fue feliz no traía alegría, sino melancolía. La vida lo obligaba a uno a avanzar en espiral, sin pisar jamás la misma senda.

La tarde era invernal; la lluvia menuda empapaba su capote y su sombrero, las botas se cubrían de barro y los bajos de las calzas, de salpicaduras. Almorzó solo en la taberna de Cerveira y, antes de regresar a la fragata, decidió darse una vuelta por el puerto de las Pipas.

Giró junto al hospital, subió hacia la ermita del Cuerpo Santo, bajó una pendiente resbalosa y cruzó un portillo en la muralla. En la cala arenosa, al pie del fuerte de San Sebastián, se hallaban varias lanchas y pequeñas embarcaciones. Entre ellas, el falucho del que le hablara Mahagüini. Gabriel avanzó por el pantalán y se detuvo junto a su borda de babor. Dos gruesas

maromas lo amarraban a los norayes.

No cabía duda: era el Hermes.

Mojado hasta los huesos, desistió de ceñirse el capote, puso los brazos en jarras y escudriñó el bajel. No vio a nadie en cubierta; los tripulantes, si estaban a bordo, se habrían recogido bajo la media tolda. Sólo el ojo ciego de un falconete lo miraba, amenazador.

Pensó en subir, pero desechó la idea de inmediato: no sabía quién sería ahora su dueño y no quería ser tomado por un fisgón. Dio la vuelta y recorrió el pantalán en sentido contrario. Todavía no había pisado la arena cuando una voz sonó a su espalda. Una voz conocida que le retorció las entrañas.

5

Prisión de Galway

La mala alimentación, el frío constante, la humedad y las fatigas acumuladas, sumadas a la desesperanza que roía los ánimos, pronto comenzaron a cobrar su tributo. En pocos días, muchos hombres cayeron enfermos. Algunos, aquejados del mal de cámaras, apenas podían apartarse del balde que servía de bacinilla; pero la mayoría sufría afecciones de garganta y pulmones, con calenturas y temblores que los dejaban rendidos e incapaces de moverse. Juan García, barbero de la Santa Bárbara, hacía cuanto estaba a su alcance. Había servido como ayudante en el hospital de campaña de Lisboa, pero sin lancetas para sangrías, ni jarabes, ungüentos o medicinas, sus esfuerzos eran poco menos que estériles. Fray Antonio, que poseía ciertos conocimientos médicos, lo asistía cuando podía, aunque la mayor parte de sus tareas acababan siendo más por el alma que por el cuerpo de los enfermos.

En apenas una semana murieron cinco hombres en una sola celda. Los guardias obligaban a los presos a amontonar los cadáveres en un carretón y, cuando este se llenaba, a empujarlo por las calles hasta el cementerio, más allá de la muralla.

Una madrugada, bajo una llovizna tan fría que parecía aguanieve, les tocó a Duarte y a fray Antonio empujar el carretón, un artefacto simple con una batea de madera montada sobre dos ruedas macizas. Los escoltaban dos soldados, que los instaban a apresurarse.

—El miedo que siento —comentó el fraile mientras empujaba el carretón—

es que se desate una epidemia como la que vivimos en Lisboa.

—¿Lo creéis posible? —preguntó Duarte.

—En las condiciones en que nos tienen estos putos, es lo más probable —respondió fray Antonio, con un lenguaje poco clerical. En realidad, con sus ropas seglares, la barba cerrada y el rapado de Aughnanure, el fraile tenía más aspecto de rufián que de hombre de Dios.

—Sería terrible —dijo Duarte—. En todos los sentidos.

—¿A qué os referís?

—Una epidemia les daría a los ingleses una razón más para acabar con nosotros.

Uno de los soldados, harto de oírlos hablar, dio un empellón al fraile.

—*Hurry up! Hurry up!* —gritó. El hombre se frotaba las manos contra el frío y, para calentarse, de vez en cuando sorbía de un pequeño frasco de licor que compartía con su compañero.

El cementerio de Forthill estaba en una loma suave, al este de la ciudad, junto al convento de San Agustín. El carretón, cargado y pesado, se hundía en el fango, y el esfuerzo de empujarlo hacía sudar a los dos cautivos a pesar del aire helado. Cuando llegaron al borde del camposanto, los soldados les ordenaron cavar una fosa junto a un túmulo reciente. La tierra estaba blanda, y cavar resultaba fácil, pero el trabajo les dejaba las manos heladas y entumecidas.

La niebla comenzó a disiparse. Sobre la loma opuesta empezaron a emerger, como flotando sobre un mar blanco, las almenas, torres y tejados de los edificios más elevados de Galway.

De repente, un fraile agustino salió del convento y les ofreció en silencio un tazón de leche tibia. Los soldados lo miraron de reojo, pero siguieron con su plática, arrimados al muro. Duarte bebió con lentitud, saboreando cada trago como un lujo inusitado. Aquella leche olía diferente a la de su tierra, con una fragancia a pasto recién segado. Fray Antonio susurró unas palabras en latín al agustino, que, tras mostrar cierta sorpresa, le respondió en la misma lengua. Duarte, comprendiendo que hablaban de algo delicado, retomó su tarea con más ruido del necesario para distraer a los soldados. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que se dieran cuenta y alejaran de malos modos al agustino.

Cuando terminaron la fosa, depositaron en ella los cuerpos, unos con la cabeza hacia un lado, otros hacia el opuesto. Fray Antonio, de rodillas, se

santiguó y rezó una breve oración. Uno de los soldados hizo ademán de detenerlo, pero su compañero le permitió continuar.

Uno de los fallecidos era el capitán Alonso Valiente, que no pudo superar la fiebre griposa que lo atenazaba. Su cuerpo estaba tan consumido que apenas pesaba lo que un niño. Duarte lo recordó con tristeza mientras arrojaban la tierra sobre los cadáveres y la apelmazaban con la pala.

—Los frailes del convento se encargarán de poner la cruz —dijo el fraile cuando hubieron terminado.

En el camino de regreso, le explicó que los agustinos habían intentado comunicarse sin éxito con otros cautivos que, antes que ellos, habían llevado muertos al cementerio.

—¿Y vos qué les dijisteis?

—Que nos hallamos en situación desesperada, que no sabemos qué pretenden hacer los ingleses con nosotros y que necesitamos ayuda. Pero poco pueden hacer ellos, aparte de rezar.

—¿Y para eso estaban tan deseosos de hablar?

—No subestiméis el poder de la oración, señor Salazar, más cuando encomendarse al Todopoderoso se me antoja tan conveniente. También me dijo que no esperemos misericordia alguna del gobernador de Connacht. Es un hombre sin escrúpulos cuyo único interés es complacer al virrey y medrar a toda costa. Y aunque en Galway hay almas compasivas que se entristecen por nuestra suerte, el cabildo está en manos de partidarios de los ingleses.

—No os noto muy preocupado por una noticia tan terrible.

—Más vale buena esperanza que ruin lamento —respondió el sacerdote. Y al hacerlo, le lanzó una mirada traviesa que Duarte no alcanzó a comprender.

Las casucas que había extramuros le parecieron más cercanas a chozas que a otra cosa, aunque distinguió aquí y allá algunas construcciones más sólidas. Sin duda, los ricos comerciantes de la villa se sentían más seguros tras las recias murallas de Galway. La lluvia, que les había dado una tregua, volvió a apretar, pero a Duarte le dio igual. Venía a llover sobre mojado.

De vuelta en la celda, el sacerdote llamó discretamente a algunos oficiales hacia un rincón. Metió la mano en sus calzones y extrajo un cuchillo de punta rota, cuya hoja, carcomida por el orín, apenas habría servido para cortar nabos.

—¿Os lo dio el fraile irlandés? —preguntó Duarte.

El sacerdote asintió.

—Lo dejó caer dentro de mi saya.

—¿De qué nos servirá esa herramienta? —inquirió con desdén el capitán Ladrón de Guevara.

—Como arma, desde luego que no —bromeó el capitán Bravo.

—Menos es nada —replicó el fraile, imperturbable ante las burlas—. Mientras veníamos hacia aquí, pensé que podríamos intentar aflojar el barrote de la arpillera. —Y señaló el angosto hueco que daba al exterior, dividido por un grueso barrote oxidado.

Bartolomé Bravo se adelantó, agarró el barrote con fuerza y trató de moverlo.

—Firme como un puntal —dijo.

—Por ahora —concedió el fraile—. Pero si desgastamos la piedra que lo sostiene, quizá consigamos soltarlo.

Ladrón de Guevara permanecía escéptico.

—Aunque el cuchillito aguante, que lo dudo, nos llevará una eternidad.

—Entiendo vuestras reticencias, señor capitán: os veo tan ocupado… Pero somos muchos en esta celda que no tenemos nada mejor que hacer.

A esas alturas, la mayoría de los prisioneros ya se había percatado de lo que ocurría y mostraban su disposición a colaborar con gestos, cabeceos o murmullos.

—A un servidor no se le caen los anillos por echar una mano. —Antonio de Ulloa, el soldado cordobés, se adelantó, tomó el cuchillo y comenzó la tarea, que resultó más ardua de lo previsto. Tras un buen rato de raspar la piedra que sujetaba la base del barrote, apenas había desprendido unos pocos granillos.

A Ulloa lo relevó Duarte, que consideraba que los oficiales debían dar ejemplo. Sujetaba la hoja cerca del extremo inferior, cuidando que el maltrecho metal no se rompiera. Aunque el chirrido del acero contra la piedra le resultaba insoportable, persistió hasta que el agotamiento lo obligó a ceder el puesto a otra mano.

La idea del cuchillo no fue la única iniciativa de fray Antonio. Había oído que, en otra celda, un sacerdote oficiaba misa a diario, protegido por la oscuridad. Y quiso hacer lo mismo.

Por las noches, cuando la prisión se calmaba y los guardianes se recogían, iniciaba la ceremonia. En un latín susurrado, y con una cruz apenas marcada en una piedra del muro, el fraile consagraba un mendrugo de pan y un cazo de agua, y celebraba una misa breve que, pese a su sencillez, insuflaba esperanza a unos, aliviaba la conciencia de otros, ofrecía consuelo a los enfermos y

permitía, en fin, a quien quisiera, hacer las paces con Nuestro Señor.

Días después, un preso alcanzó a escapar mientras empujaba el carretón al cementerio. Se trataba de Celestino Solano, el contramaestre de la Santa Bárbara. La noticia llegó a través de su compañero de faena, que no se atrevió a unirse a la aventura. El capitán Bravo tachó a este soldado de cobarde y pusilánime, pero el hombre alegó que estaba tan débil que no habría sido capaz de correr veinte varas sin desplomarse, mucho menos los doscientos pasos que había hasta las casas más próximas.

—Esta mañana había una niebla tan densa que hasta el más torpe habría sabido aprovecharla —insistió el capitán. Su opinión cayó en gracia a unos cuantos y el soldado prefirió callarse y no dar más disculpas.

La noticia se difundió de celda en celda y no dejó a nadie indiferente. La posibilidad de que alguno de ellos alcanzara la libertad insuflaba ánimos entre los demás. Un marinero, que también había acarreado muertos al cementerio, se lamentó de no haberlo intentado en su momento.

—Logrará reunirse con otros huidos —dijo uno.

—O esconderse en un barco y regresar a España —añadió otro.

—Lo primero que hará el señor Solano será buscar una mancebía y desquitarse de los muchos meses de abstinencia que arrastra —comentó un tercero, que al parecer lo conocía mejor.

La alegría fue efímera. Al día siguiente, varios guardias trajeron a Solano y lo arrojaron en el patio. Estaba herido, maltrecho y quejumbroso. Poco después apareció Fowles y ordenó que le metieran la cabeza y las manos en el cepo, un cepo tan pesado que lo obligaba a estar arrodillado. Su cabello oscuro y rizado le cubría el rostro. Permaneció dos días así, a la vista de todos. Los hombres le dirigían palabras de ánimo desde las celdas, pero el cautivo apenas tenía fuerzas para responder.

Duarte se preguntaba cuánto tiempo lo obligarían a soportar la intemperie, el frío, el hambre y el pesado yugo de la trampa. Apenas reconocía al contramaestre en aquel hombre escuálido, desgastado, con el costillar a la vista. En realidad, todos se hallaban en una situación similar. ¿A quién no se le podían contar las costillas?

La mañana del tercer día, los guardianes limpiaron el patio de la cárcel con esmero. Barrieron la basura, arrancaron cardos y hierbajos, rellenaron hoyos e irregularidades del suelo y colocaron varios bancos en la parte posterior, transformando el espacio en algo que recordaba la corrala de un teatro. Los

presos se asomaban a las puertas de las celdas, curiosos y expectantes ante aquella insólita actividad. Hacía mucho frío, pero lucía el sol, ese sol irlandés que apenas calentaba. Al cabo de un rato se oyeron ruidos de puertas y cerrojos, murmullo de conversaciones y las risas claras y agudas de algunas mujeres.

Un grupo entró en el patio. Al frente iba un hombre menudo, barbado y algo canoso, tocado con un gorro de fieltro oscuro con un cordón dorado. Lo acompañaban el alcaide de la prisión, el sheriff de Galway, varios regidores, un par de ricohombres y tres mujeres, todos bien vestidos y enfundados en gruesas capas para combatir el frío.

El hombre menudo se adelantó, se acercó hasta donde yacía Solano y paseó con parsimonia a su alrededor.

—Sir Richard Bingham —proclamó Fowles, a su lado—, lord presidente y justicia mayor de Connacht, señor de Galway, señor de Castlebarry, vencedor de Smerwick, de Ballinrobe, de Cloonan, diputado de la cámara irlandesa y embajador de la reina.

Bingham permaneció inmóvil mientras el capitán lo presentaba, con la cabeza inclinada, como si meditara sobre el peso de sus títulos. El vaho de su aliento se disolvía en el aire cortante de la mañana. Luego lanzó una mirada indiferente a los presos que se asomaban tras las rejas, esbozó una ligera sonrisa, dio una orden breve a Fowles para que comenzara el procedimiento y se sentó en el primer banco, junto a una mujer de rostro hierático, mucho más joven que él.

Fowles hizo un gesto imperioso a los guardianes antes de tomar asiento él mismo, a la izquierda del gobernador. De inmediato, dos hombres corpulentos entraron en el patio. Uno cargaba un grueso tronco de madera que dejó caer pesadamente en el suelo y lo empujó, resoplando, hasta colocarlo a unas tres varas de Bingham. El otro blandía un hacha en la mano derecha y un cuchillo en la izquierda. Guardó el cuchillo en la vaina de su cinturón y el hacha la apoyó en el tronco. El despliegue no ofrecía dudas sobre lo que iba a suceder.

Los verdugos, porque de verdugos se trataba, liberaron a Celestino Solano del cepo. Sus muñecas y cuello estaban llagados por el roce constante de la madera, y se hallaba tan débil que apenas podía mantenerse en pie. Su rostro, barbado y sucio, mostraba costras de sangre seca en los pómulos y la barbilla, un ojo amoratado y una expresión de pánico. Seguía, con mirada inquieta, cada movimiento de los verdugos. El más fornido se abalanzó sobre él, lo tumbó

boca abajo y se sentó en sus muslos. Le sujetó la pierna izquierda y la colocó sobre el tronco. El otro alzó el hacha con ambas manos y, a una leve señal de Bingham, la descargó con brutal fuerza. La hoja segó el pie de Solano, que lanzó un grito desgarrador, agitó los brazos y se retorció bajo el peso del bruto que lo inmovilizaba, sin lograr apenas moverse. Del muñón brotó un torrente de sangre que se derramó sobre el tronco y tiñó la tierra.

Los presos, hasta entonces silenciosos, prorrumpieron en protestas e imprecaciones:

—¡Asesino!

—¡Salvaje!

—¡Perro hereje!

—¡Inglés del diablo!

Pero Bingham las desoyó.

—Esto le ocurre por intentar escapar de la justicia de la reina —dijo con voz inusualmente ronca para un hombre de su tamaño.

—¿Qué justicia? —replicó una voz anónima.

El gobernador de Connacht se levantó, dio unos pasos y miró con dureza hacia la celda de donde había salido la voz. Duarte, que se hallaba entre los asomados, sintió que aquellos ojos se posaban en él, y un temblor le recorrió la espalda. Al cabo, Bingham regresó a su asiento y la ejecución prosiguió.

Los verdugos le cortaron a Solano el otro pie y ambas manos, y después lo despellejaron. Sus alaridos rebotaban en las paredes de la cárcel y helaban el alma de sus compañeros. La mayoría no tuvo estómago para contemplar su suplicio, pero Duarte permaneció junto a la reja, obligándose a mirar. Al cabo de un rato, el desgraciado no era más que un amasijo sanguinolento y deforme, sin fuerzas siquiera para gemir. Los verdugos tenían dificultades para sujetar las tiras de piel, que se les escurrían de los dedos.

Un preso que observaba la escena se arrodilló y vomitó sobre la paja el magro desayuno de ese día. Cuando Bingham se aburrió del espectáculo, ordenó que lo decapitaran y que su cabeza fuera clavada en una pica y plantada en el centro del patio como muda advertencia para los más osados.

Cuando oscureció, fray Antonio celebró una misa por el alma del contramaestre.

IX

1

Terceira, Azores

La mujer lo vio asomar por el portillo de la muralla y cruzar entre las barcas varadas en la arena: los pasos decididos, los hombros anchos, la mano en la empuñadura del sable. Una empuñadura sencilla, sin adornos, que no le complació. Parecía impropia de él, o al menos impropia del hombre que ella había confiado encontrar. Oculta tras la borda, lo observaba a través de las rendijas de las tablas. Llevaba mucho tiempo esperándolo, y más aún buscándolo. Cuando lo descubrió entre el gentío del mercado de Angra, no pudo creerlo. Necesitó mirar dos veces y pellizcarse el antebrazo para convencerse de que no era un espejismo. Al fin lo había hallado.

Sintió un deseo intenso, casi irreprimible, de dejarse ver. El tiempo transcurrido no era nada. Un suspiro entre dos bocanadas. Su piel tiraba de ella, añoraba la otra piel. Se habían extraviado la una de la otra y ahora reclamaba su contacto, como dos piedras imantadas que se atraen entre sí. Pero aún no era el momento. Logró sofocar el ansia merced a la paciencia que había cultivado durante años. Había aprendido a dominar sus impulsos en la larga travesía, a templar el fuego con el que Atabey la había probado.

Él no la había visto, pero la había sentido, y la buscaba. Eso era lo importante. Y ahora estaba allí, detenido junto al falucho, con los brazos en jarras y la mirada penetrante de siempre. Era él, aunque cambiado. El rostro desbarbado, que le daba un aire más joven, resultaba engañoso y mostraba sin velos las líneas duras de su cara, los pómulos altos, el mentón cuadrado, el espolón de la nariz y dos arrugas verticales muy marcadas en las mejillas. El gesto se advertía más contenido, menos impulsivo. Los ojos, grises y hermosos, conservaban su agudeza, pero faltaba en ellos algo que necesitaba indagar con más calma. Había una sombra nueva, una reserva desconocida que no sabía si atribuir al tiempo o al olvido.

Lo vio dudar, el labio mordido, el pulgar en la barbilla, la sonrisa leve. ¿Se

atrevería a subir? No lo hizo. La curiosidad no fue acicate suficiente. Demasiado arriesgado, quizás. El gesto era suyo, tan suyo como la forma en que apoyaba el peso en una pierna, o la manera de inclinar la cabeza cuando pensaba. Se dio la vuelta y emprendió el regreso. Pero ella no podía permitirlo. Esta vez no.

—L'Avide —llamó, y saltó la borda con un movimiento felino, sin hacer crujir ni una tabla.

Él pestañeó y la reconoció al instante. No hubo sorpresa en sus ojos, sí en sus palabras.

—Así me cuelguen. ¿Qué haces aquí, Yabama?

—Esto es un puerto, y yo navego. Lo mismo que tú —dijo con sequedad. Le había molestado que no extendiera los brazos, que ni siquiera los despegara del cuerpo. Tampoco ella se los ofreció. Era el primer gesto, y ya había sido malgastado.

—Creí que nunca volverías a embarcarte.

—Pues te equivocaste.

Él recorrió con la mirada sus vestiduras de hombre, de la escarcela a las botas. El jubón corto, las calzas de cuero, la espada en la cadera. La piel tostada, el gesto firme. No había duda. La mujer que conoció seguía allí, intacta, después de todo.

—¿He cambiado? —preguntó ella, pero Gabriel sorteó la cuestión con la misma habilidad de siempre.

—Este barco es el Hermes. ¿Quién lo capitanea? ¿Malasaigne?

—¿Acaso importa?

—Sé que quedó al mando tras la muerte de Montmor.

—Pues no. Lo mando yo. ¿Te sorprende?

—Nada tuyo me sorprende.

—¿Acaso una mujer sólo puede comandar si está con un hombre?

—Puede, por supuesto —repuso él, y un brillo especial le cruzó la mirada, un fulgor que hablaba de otras historias, de noches pasadas, de alientos compartidos—. ¿Estás con él?

La pregunta la despistó. No era celoso el tono, sino inquisitivo.

—¿Y tú? ¿Con quién estás? —replicó ella, para ganar tiempo.

—No me apetecen las adivinanzas, mujer.

—Tampoco a mí.

—¿Qué hace este falucho en Angra? Malasaigne era un pirata. ¿Sigue en el

oficio?

—¿Ahora te has vuelto honrado?

—Más bien suspicaz. Y esta situación me escama.

—¿Qué situación?

—¿Responderás sólo con preguntas? Hace días, unos corsarios intentaron capturar ese patache. —Señaló vagamente hacia el otro lado de la bahía—. Y ahora te encuentro aquí, en el mismo puerto donde fondea el convoy que debo escoltar. No me gusta.

—Has mejorado bastante. Antes navegabas para los Ricard, y ahora tienes un barco magnífico. Si es tuyo.

—Lo es —reconoció él con orgullo.

Yabama sintió un repentino malestar. Comprendía que todo aquello lo había logrado sin ella, y se dio cuenta del tiempo transcurrido, del abismo que los separaba, de por qué no la abrazaba. Él tenía otro barco, otra vida, quizá también otra mujer. Había una distancia que no estaba en los años ni en los cambios, sino en lo que no habían compartido. Pero daba igual: ya lo había tenido que pelear. Y lo volvería a hacer.

—¿Dónde está el sable que te regalé? —quiso saber—. Era hermoso, el arma de un rey. Me costó mucho conseguirlo. ¿Lo has vendido? ¿Tan poco valía para ti?

Negó con la cabeza y el ala del sombrero escurrió más agua. El pelo, también mojado, parecía más oscuro, casi negro.

—Me lo quitaron.

—El l'Avide que yo conocía no se lo habría dejado quitar.

Él aceptó el reproche con una sonrisa.

—La misma gata salvaje de siempre.

—El mismo hombre esquivo.

Gabriel alzó las manos, con las palmas hacia ella, como quien renuncia a luchar contra lo inevitable. Luego se giró y comenzó a alejarse por el embarcadero de madera. ¿Cómo se atrevía? Ella había cruzado dos veces el Atlántico, soportado a Malasaigne y sus bastardos, arriesgado su vida y la de su hijo. No podía permitir que se fuera. La diosa no se lo perdonaría. Y ella misma tampoco. No sabía si lo amaba, pero desde luego lo necesitaba para que volvieran a abrirse sus venas, para volver a ser mujer, a ser madre.

—¡He venido por ti! —gritó, siguiéndolo—. Te he buscado en todos los rincones del Caribe, en la Florida, la Bermuda, Madeira, las Azores, en las

costas ibéricas y otra vez en las Azores. —Había ido subiendo el tono hasta acabar gritando, pero no lo detuvo—. Y he traído a tu hijo.

Entonces sí. Frenó en seco, se dio la vuelta y la encaró. Una ráfaga agitó su capote. El rostro, impasible hasta entonces, se suavizó levemente.

—He traído a tu hijo —repitió ella, con voz más amable—. A nuestro hijo.

—¿Qué diablos significa esto? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que lo conozcas.

—¿Dónde está?

—Ahora no.

—¿Cuándo?

Vio la curiosidad en sus ojos, la avidez en su mirada y supo que no se le escaparía.

—Ya te avisaré —dijo. Y corrió de vuelta al falucho.

Las voces habían hecho salir a los tripulantes, sucios, hoscos, malencarados. También a su hijo.

—¡Adentro! —ordenó ella—. Esto no os concierne.

Los hombres obedecieron y se apartaron sin replicar. Le seguían guardando respeto y no les apetecía mojarse. Gabriel quedó de pie sobre el pantalán, inmóvil, los ojos puestos en aquel muchacho de seis o siete años, menudo, fibroso, curtido por el sol y la intemperie, que lo observaba a su vez sin asombro, con una calma impropia de su edad. Llevaba una camisa ancha, remendada en los hombros, y en el cinto una navaja.

El silencio entre el hombre y la mujer se alargó como el eco de un trueno lejano. Algo se agitó dentro de Gabriel, un temblor mínimo, que no llegó a los labios ni a los ojos. Al cabo, bajó la cabeza, giró sobre sus talones, cruzó la caleta y se perdió tras la muralla, irremisiblemente mojado.

2

Prisión de Galway

Tras la ejecución de Celestino Solano, Bingham se centró en los rescates y ordenó suministrar a los prisioneros papel y tinta para que, quienes tuvieran posibilidades, escribieran cartas a sus familiares o valedores. A los nobles y oficiales los tasó en función de su rango y linaje, a los soldados y marineros en un mínimo de cien libras, y a los pajes y grumetes en cincuenta. Fray Antonio

actuó como secretario en su celda, pero apenas redactó una veintena de misivas, ya que eran pocos los hombres que podían comprar su libertad. Duarte dudó en gravar a su padre con las trescientas libras fijadas para los sargentos. Las finanzas de su padre habían quedado muy perjudicadas por la guerra de sucesión al trono portugués. Sin embargo, pudo más el temor a verse abandonado en aquella prisión, y finalmente se decidió a escribirle.

El efecto de aquellas cartas fue inmediato. A don Luis de Córdoba, a su sobrino Gonzalo, al capitán Ladrón de Guevara y a varios nobles de otras celdas se los llevaron al día siguiente. Su marcha hizo saltar el rumor de que Bingham tenía intención de enviarlos a España bajo palabra para negociar los rescates de todos. A Duarte, el rumor le pareció infundado, pues tratar bien a los presos más distinguidos era una práctica habitual en la guerra. Aquellos hombres podrían proporcionar rescates sustanciosos o ser intercambiados por prisioneros de calidad. Fray Antonio, que era de la misma opinión, le pidió a don Luis que no se olvidara de ellos.

—No uséis vuestra posición sólo en el provecho propio —le dijo, pero el hermano del marqués de Ayamonte no le prometió nada.

De cualquier manera, las cantidades establecidas por Bingham eran provisionales. El gobernador, que se destapó como un hombre codicioso, estaba decidido a obtener el máximo provecho y los interrogó nuevamente para conocer sus verdaderas posibilidades. Duarte se encontró con una desagradable sorpresa. Imaginaba que sería un mero trámite, pero al entrar en la sala se enfrentó a un tribunal riguroso. Sir Richard Bingham, sentado en el centro de la mesa con el mentón tenso y el rostro severo, le dedicó una mirada despiadada antes de iniciar el interrogatorio.

—Hemos sabido —le dijo en un español bastante decente— que formabais parte de la tripulación del galeón San Martín, la capitana real, y que erais uno de los asistentes del duque de Medina Sidonia.

Duarte comprendió la gravedad de la acusación y se tomó unos momentos para reflexionar. Alguno de sus compañeros debía de haberse ido de la lengua.

—¿Por qué nos ocultasteis esta información? —insistió Bingham, amenazante.

—Porque la urca con la que naufragamos en Irlanda era la Santa Bárbara —respondió por fin Duarte—. No pensé que mis anteriores destinos resultaran de interés para vuesas mercedes…

—¿Ser asistente del duque tampoco os pareció relevante? —lo interrumpió

Fowles.

—Todos cuantos íbamos embarcados en la capitana real estábamos al servicio de don Alonso Pérez de Guzmán, que tenía a muchos hombres principales en quienes poner su confianza. Yo no era más que un simple sargento de compañía.

—Permitid que seamos nosotros quienes decidamos lo que es importante, señor Salazar —dijo Bingham—. Vos limitaos a contarnos todo lo que sepáis.

A estas palabras siguió un interrogatorio más largo y exhaustivo que el primero. Bingham y Fowles se relevaban en preguntarle sobre todo lo ocurrido en el San Martín desde que zarpó de Lisboa hasta que Duarte fue trasbordado a la urca: datos concretos, cantidades, fines y propósitos. Le preguntaron sobre lo que se hizo, planeó y dijo; quiénes se reunieron, para qué, cuándo y por qué; los notables que iban a bordo, sus dignidades, títulos y haciendas, su cercanía con el duque; las tropas embarcadas, sus mandos, antigüedad y desempeño; los navíos de la Gran Armada, sus características, dotaciones y armamento; los daños sufridos y ocasionados. Era información en bruto, sin utilidad militar tras la conclusión de la empresa, pero el escribano presente no cesaba de anotarlo todo.

Durante varias horas, Duarte intentó responder con lo que sabía o creía que deseaban escuchar. Su única ventaja era que nadie podría contrastar lo que dijera, al menos en el corto plazo, pues sólo él había navegado a bordo del San Martín. Sopesaba cada pregunta con rapidez, procurando mostrarse sincero sin serlo del todo, abundando en detalles irrelevantes y guardándose lo importante. Hacía un esfuerzo por no contradecirse ni mostrar nerviosismo, pero tampoco quería parecer desafiante u ofensivo, sino colaborador y resignado a su destino.

Pese a sus cuidados, sir Richard insistía con tozudez en saber si el duque de Medina Sidonia había desembarcado en Irlanda. Se diría obsesionado con esta idea, como si fuera la prueba irrefutable de que los naufragios no habían sido tales, sino un intento organizado de invadir la isla. Y aunque Duarte le reiteró que no, el inglés seguía sin convencerse.

—Creedme, señor —dijo al fin Duarte, cansado de tanta insistencia—. Os aseguro que, si no sufrió ningún contratiempo, el duque llegó a España mucho antes que nosotros a Galway.

—Trato de hacerlo, señor sargento, me esfuerzo por creeros. Pero si vuestro navío marchaba en la cola de la formación, ¿cómo podéis asegurar lo que hizo

o no hizo vuestro general?

Duarte se encogió de hombros y desistió de convencer a Bingham. Tampoco tenía intención de explicarle que don Alonso había hecho cuestión de honor el no desviarse un ápice de las órdenes del rey, y que de ninguna manera pensaba realizar un desembarco masivo en Irlanda.

La intensidad del interrogatorio y la tensión soportada, junto a la debilidad causada por los meses de cautiverio, lo dejaron exhausto. Tanto, que apenas pestañeó cuando sir Richard Bingham declaró que, por ocultar información, traicionar su confianza y actuar con doblez y artificio, sería castigado con una semana de cepo.

De inmediato, dos guardias lo escoltaron fuera de la sala y lo llevaron al patio. Allí, le metieron las manos y la cabeza en el pesado cepo que, como le había sucedido a Solano, lo forzaba a permanecer de rodillas. Duarte, estremecido, se preguntaba si su destino sería igual de sombrío. No temía a la muerte en sí —en su profesión, la muerte era una compañera probable—, pero le aterraba que lo torturasen, y que su cabeza terminara clavada en una pica, expuesta al sol y al viento, despojada poco a poco por cuervos y arrendajos. Esa profanación del cuerpo, a la vista de todos, le inquietaba profundamente.

Pocas horas después de ser inmovilizado, su percepción cambió. La postura forzada se tornó un suplicio constante: el cuello, los hombros, la espalda, las caderas, las rodillas, los pies y los tobillos se convertían en una única fuente de dolor. Las articulaciones estaban rígidas y los músculos acalambrados, atrapados en la inmovilidad que imponía el infernal artefacto. Su único consuelo provenía de los compañeros de cautiverio, conocidos y anónimos, que le dedicaban palabras de ánimo a través de las rejas. En un par de ocasiones, los guardias se apiadaron lo suficiente para acercarle agua en un cazo y darle un mendrugo de pan duro. Sin embargo, al intentar comerlo, se le cayó al suelo y se burlaron de él. La piedad tenía sus límites.

Por la noche, el frío incrementó su sufrimiento. La humedad del aire penetraba su ropa maltrecha, calando en la piel y adueñándose de su carne. Los minutos se volvían eternos. Con el paso de las horas comenzó a tiritar, le castañeteaban los dientes y su cuerpo quebrantado sentía que no soportaría un instante más. Temió no ver el amanecer.

Pero la mañana llegó. El sol despuntó, primero haciendo brillar la escarcha y luego transformándola en rocío. Duarte resistió aquella noche y también el día

que le siguió, y otro, y otro más, y pudo comprobar que, por mal dadas que vinieran las cartas, la suerte repartía manos peores, como la que corrió el cordobés Antonio de Ulloa, que había afirmado ser pariente del duque de Feria y redactado una carta de rescate dirigida a él. Sin embargo, Bingham, que conocía personalmente a muchos nobles españoles por haber combatido junto a ellos en San Quintín y Lepanto, descubrió con facilidad el engaño y ordenó su inmediata ejecución.

Fowles, siempre diligente, hizo traer al verdugo con el hacha y empujó a Ulloa al centro del patio. Duarte, desde su incómoda posición, vio cómo el cordobés, sereno y resuelto, se acercaba a los cautivos para despedirse. Su inesperado movimiento dejó a los guardias inmóviles. A los más cercanos les estrechó las manos a través de las rejas.

—Les deseo a vuesas mercedes buena ventura en el cautiverio. Sean sinceros con los ingleses y no sigan mi ejemplo; antes se atrapa a un mentiroso que a un cojo —dijo con una sonrisa que provocó algunas risas—. Nunca imaginé que este refrán fuese tan cierto —añadió en voz más baja, como hablando consigo mismo.

Con paso firme cruzó el patio y solicitó permiso al capitán Fowles para cumplir una última voluntad: hacer testamento. El capitán, que bostezaba sin disimulo, lo miró con cierto interés.

—¿Qué clase de testamento queréis hacer? —preguntó con una sonrisa socarrona.

—Encargar misas por mi alma —respondió Ulloa, muy serio—, ya que no me habéis concedido la merced de la confesión.

—¿Y quién llevará el testamento a vuestra tierra?

—Cualquiera de mis compañeros, si sobreviven. O vos mismo, si os parece bien.

Patt Kirwan, el alcaide, que estaba presente durante aquel diálogo, se ofreció a hacer llegar el documento a Castilla. Le entregaron, pues, papel, pluma y tinta, y Ulloa se arrodilló junto al tajo para emplearlo como improvisado escritorio. Duarte, girando el anquilosado cuello, observaba cómo su compañero empezaba a escribir con diligencia. Al principio sospechó que sólo intentaba ganar tiempo, pero la gravedad con la que trazaba cada palabra lo hizo dudar. El patio quedó sumido en un profundo silencio, roto únicamente por el rasgueo constante de la pluma.

—¿Tantas misas vais encargar? —se burló Fowles.

—Han sido muchos mis pecados —replicó Ulloa sin apartar la mirada del papel, aunque aceleró su escritura. Finalmente, tras un último trazo, se detuvo y mordisqueó el cañón de la pluma.

—Ea, acabemos de una vez —lo apremió Fowles.

Duarte alcanzó a oír a Ulloa murmurar algo apenas audible mientras escribía sus últimas palabras: *«El verdugo no me da más lugar»*. Con determinación, firmó el testamento, lo abanicó para secar la tinta y lo entregó al alcaide. De camino al tajo, Ulloa se giró brevemente y le dedicó un guiño a Duarte.

En comparación con el tiempo que tomó redactar el testamento, la ejecución fue rápida. Ulloa apoyó la cabeza donde antes había estado el papel, cerró los ojos y esperó con entereza el golpe fatal. La cabeza, separada del cuerpo, rodó hasta detenerse cerca de Duarte, que pudo contemplar el rictus triste que en el último instante había congelado los labios del ajusticiado.

En pocos días habían ejecutado a dos hombres. Duarte no pudo evitar pensar que la mano dura del gobernador de Connacht se hacía sentir no sólo entre los españoles, sino también entre los irlandeses. Tras semanas de forzada convivencia, las pláticas entre irlandeses y españoles se hicieron más frecuentes. Aunque no se veían ni conocían, compartían la fe religiosa y, sobre todo, el mismo enemigo. Duarte, como muchos otros, fue familiarizándose con el gaélico. Poco a poco, algunas palabras y frases llegaban a resultarle comprensibles. Uno de los irlandeses, que sabía inglés, a veces traducía lo que consideraba relevante.

La semana de castigo concluyó de forma inesperada. El sufrimiento y su estado físico le habían hecho perder a Duarte por completo la noción del tiempo. Cuando pensaba que aún le quedaban días de suplicio, los guardias lo liberaron del cepo. Kirwan, que supervisaba la operación, le ofreció una mano para levantarse. Sin embargo, sus piernas, agarrotadas tras siete días de inmovilidad, no pudieron sostenerlo, y los guardias lo llevaron en volandas hasta la celda. Comparada con la intemperie, la mazmorra le pareció cálida y acogedora.

Su estado era lamentable: macilento, febril y delirante, con temblores, una tos seca y un dolor constante en todo el cuerpo. La mente, envuelta en una densa niebla, lo mantenía en un limbo entre la vida y la muerte. El barbero apenas podía hacer algo con sus escasos recursos. En esas condiciones, lo más viable era evitar que se enfriara, y la única forma de hacerlo era transmitirle calor corporal. Sin embargo, este gesto implicaba el riesgo de ser tachado de

bujarrón. Sólo fray Antonio se atrevió a desafiar ese prejuicio, y durante varias noches durmió junto a él, abrazándolo con fuerza para compartir su calor.

En realidad, nadie osaría acusarlo de nada. Tras el traslado de Luis de Córdoba y otros notables, fray Antonio se había convertido en la persona más respetada de la celda. Su constante caridad, su ánimo inquebrantable y la sensatez de sus palabras, sumados al respeto que infundía como representante de Dios, lo situaron como cabecilla natural. Incluso los capitanes Pedro de Arechaga y Bartolomé Bravo reconocían su autoridad espiritual y buscaban su consejo.

El cuerpo humano es un misterio. Cada organismo responde de forma distinta a la enfermedad. Quizá Duarte tenía una resistencia especial, o tal vez el calor de fray Antonio lo salvó. Nunca lo supo con seguridad. Lo cierto fue que, una semana después, se había recuperado casi por completo.

Sin embargo, la enfermedad continuaba azotando a los prisioneros, y otros, menos afortunados que Duarte, iban engrosando lentamente la lista de fallecidos.

El fraile había acarreado más cadáveres al cementerio. En la primera ocasión, los agustinos del convento le dieron unas hierbas que, masticadas y aplicadas como emplasto, ayudaban a curar llagas y cerrar heridas. Pero las provisiones se agotaron rápidamente. En la segunda, trajo una noticia singular: el virrey de Irlanda estaba en camino a Galway.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el capitán Arechaga.

—Como representante de la reina en Irlanda, está por encima de sir Richard. Su llegada, sin duda, nos afectará.

—¿Cómo lo hará, padre?

—Lo ignoro. Y tampoco en el convento lo saben.

Al día siguiente, uno de los mozos que repartía el pan les dijo que las mujeres de la villa hacía tiempo que se ocupaban en coser mortajas.

—¿Qué mujeres? —le preguntaron a través de Gregorio Lange.

—Todas las mujeres. Nobles y plebeyas.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Muchas mortajas, muchos cadáveres —respondió el mozo, apurado, antes de dar media vuelta y alejarse de la celda.

Un silencio fúnebre siguió a sus palabras.

—Nos van a masacrar —dijo uno de los presos.

—¿Por qué ahora, después de tanto tiempo? —respondió otro, más

optimista.

Los ojos de muchos se posaron en el fraile.

—Con las molestias que se han tomado en conocer nuestra hacienda, ¿qué sentido tendría matarnos? —dijo tras unos momentos de reflexión—. El gobernador es hombre avaricioso y no creo que renuncie a los rescates que espera recibir.

—La mayoría no tenemos quien pague por nosotros ni cien, ni cincuenta, ni siquiera veinte libras —repuso el soldado que había hablado en primer lugar.

—El rey responderá —apuntó el capitán Arechaga.

—¡El rey! —se burló un enfermo—. El rey. ¿Cuándo se ha dignado Su Majestad a preocuparse por sus soldados?

—A la milicia se viene a luchar y a obedecer, no a rehusar —protestó uno más bizarro—. Si no os gusta el cartel, haberos buscado otro oficio.

—¿Quién habla de rehusar? Pero ved en lo que hemos parado.

—La hazaña ahora es aguantar —respondió el bizarro—. Y no hay más, señor pusilánime.

Fray Antonio, que veía que tal disputa no conduciría a nada bueno, se apresuró a intervenir.

—Si tan negras pintan las cosas, mis señores, más nos vale que avancemos con el barrote.

—Esa piedra es más dura que una muela de molino —apuntó el capitán Bravo.

La ocurrencia cosechó algunas risas y calmó los ánimos, aunque razón no le faltaba, pues la tarea avanzaba con lentitud exasperante. Por más esfuerzos que hiciesen, habían profundizado apenas una pulgada en la roca al precio de mucho sudor y del notable desgaste de la hoja del cuchillo.

3

Terceira, Azores

Gabriel cenó en tierra, en la taberna de Cerveira, para secarse en su fogón y reflexionar sobre el encuentro con Yabama, la última persona con quien habría imaginado cruzarse en Terceira.

Aquella travesía se estaba convirtiendo en un viaje al pasado. La isla, la ciudad, Manuela… y ahora Yabama. Recuerdos sobre recuerdos. Sólo que este

último estaba tan profundamente enterrado que volver a él producía vértigo. Yabama, la mujer extraña y supersticiosa que lo ayudó a sobrevivir y medrar en la cofradía de los piratas de Ricard, que se arriesgó por él y combatió a su lado como cualquier hombre, su aliada más fiel, su inseparable compañera, que más tarde, cuando se supo embarazada, lo abandonó por mandato de una deidad caprichosa. Gabriel no entendió aquel desvarío, pero lo aceptó sin oponer resistencia. Entonces, su único objetivo era dar con su hermana, y no le dedicó al asunto más de dos pensamientos: ella se quedaba, él seguía adelante. La vida era cambio constante. Movimiento. Luego conoció a Marcia, y la tierra del presente cegó por completo la fosa del pasado. Pero no la sepultó. Yabama había venido a buscarlo. O eso había dicho. Después de tantos años sin dar señales de vida se presentaba con Malasaigne. Necesitaba aclararlo. Las casualidades existían, sí, pero eran tan infrecuentes que toda desconfianza era poca.

Y con un niño. Su hijo. No tenía dudas. A pesar del color de su piel, se le parecía lo suficiente como para estar seguro. Y la edad concordaba. ¡Un hijo! El de Yabama. Siempre había sido de Yabama. De ella y de su maldita Betay o como diablos se llamara. Desde el mismo momento de la concepción. No le había preguntado, no le había dado opción alguna, ni siquiera le había anunciado su preñez hasta el día en que lo dejó. Un hijo que posiblemente no supiera quién era su padre, que no lo necesitaría, y con quien ningún lazo lo unía.

Atardecía cuando subió a bordo. El mar estaba revuelto y la fragata, pese a las amarras, se balanceaba con ímpetu. Laiseca le dio las novedades y Mahagüini se le acercó y le preguntó a bocajarro si había visitado el falucho. Raro en él, iniciar una conversación.

—Así es.

—¿Y?

—Me encontré con Yabama —respondió sin rodeos.

Mahagüini silbó y le puso una mano en el hombro. Sobraban las palabras.

A la mañana siguiente, el falucho había desaparecido. Humberto Manso se allegó a la fragata para informar de que el convoy estaba listo, a falta de completar la aguada del galeón. Gabriel dio orden de embarcar a los pasajeros para Lisboa. Traían con ellos una docena de baúles con los que no había contado, pero Laiseca logró acomodar a hombres y equipajes en el entrepuente. Daban la impresión de ser gente acomodada: dos comerciantes,

dos fidalgos con negocios en la península y un sacerdote agustino, pero pretendieron aplazar el pago hasta llegar a destino, un intento que Laiseca cortó de raíz:

—El espacio que vuesas mercedes ocupan lo puedo destinar a varios quintales de buen cuero.

Pagaron, por supuesto.

Se les echó encima un temporal del oeste que rugió con fuerza durante un par de días e impidió toda faena. Cuando amainó, Yabama envió a su hijo a buscar a Gabriel.

—¡Mi señora madre aguarda al capitán! —gritó el niño desde un bote abarloado a la Portuguesa.

Mahagüini avisó a Gabriel, que bajó sin demora a la barca. No esperaba aquella cita: la marcha del Hermes lo había confundido.

—¿Cómo te llamas?

—García —respondió el niño, que vestía camisa y zaragüelles de lana y llevaba sobre los hombros una manta de arriero.

—Te pregunto por el nombre.

—Así me llamo, señor.

—¿Y qué más? —preguntó Gabriel, que nunca supo el apellido de Yabama. En realidad, no sabía casi nada de ella, ni de su familia.

—Sólo García.

El niño le contó que había vivido siempre en la isla de Pinos, hasta que su madre se embarcó.

—¿Hace cuánto?

—Mucho, señor —respondió con seriedad.

Desembarcaron en el muelle y el niño condujo a Gabriel por el camino que bordeaba la ribera y llevaba al puerto de las Pipas. Pasada la ermita del Cuerpo Santo, a mitad de la bajada, se detuvo frente a una casa aislada, rodeada de campos de labor.

—Aquí es.

Por fuera, la vivienda tenía el aspecto rústico de una casa de labradores. En su interior, se abría una sala amplia, sombría y de techos altos que cumplía al mismo tiempo funciones de taberna y almacén. En ella se apilaban cajas con géneros diversos, pescado, panes, hortalizas de invierno, jarcias, arneses y útiles marineros. En una mesa cercana al fuego, dos parroquianos compartían en voz baja una jarra de vino. El fuego que ardía en la chimenea esquinera bastaba

para entibiar el aire húmedo del lugar.

—Calentaos, señor —dijo García, y ambos se acercaron al hogar.

El niño frotaba sus manos pequeñas y sarmentosas frente a las llamas. Y a Gabriel le recordó a sí mismo, no tantos años atrás. Pese a que el temporal había amainado, el día seguía siendo desapacible. Instantes después, sin mediar explicación, García lo tomó del brazo y lo guio fuera de la sala, subieron una estrecha escalera de madera desgastada y se detuvieron ante una puerta baja, hecha de listones desiguales, con una gatera circular en la parte inferior.

Dentro los esperaba Yabama, apoyada en la balaustrada de un balconcillo que se abría sobre el huerto trasero. La estancia, aunque pequeña y fría, era más luminosa que la de abajo. Las paredes encaladas contrastaban con el rojo vivo de las baldosas. Un arcón bajo, algo deteriorado, dos sillas y una cama de tijera constituían todo el mobiliario.

—Os dejo solos —dijo García antes de escurrirse por la puerta.

A Gabriel le resultó extraño ver a Yabama en aquel entorno. Nunca habían estado juntos en un lugar tan civilizado. Su historia había transcurrido entre bodegas y cubiertas de bajeles, bohíos, selvas, playas e intemperie. Tampoco la había visto nunca con ropajes femeninos. Y no descartaba una trampa.

—¿Qué te parece? —preguntó ella—. Tu hijo.

—Educado —respondió Gabriel. Pero no iba a permitir que lo despistara. Quería saber dónde estaba el falucho, por qué se había quedado en tierra, y sobre todo por qué lo buscaba. El motivo real.

Yabama empezó por el final.

—Te lo dije: para que conozcas a tu hijo.

—Ya lo he conocido.

—Para que lo conozcas de verdad. Para que estés con él.

Gabriel negó con la cabeza.

—No te creo.

—No hay otro motivo —aseguró ella—. Yo nunca te he mentido. ¿Para qué iba a hacerlo?

Gabriel recordó el desprecio absoluto que Yabama sentía por el engaño, al menos con él. La simpleza de sus creencias y la fe inquebrantable en su ventura hacían innecesario fingir. Pero seguía sin creerla. Claro que había otro motivo. Y pensaba descubrirlo.

—¿Dónde está el Hermes?

—Se hizo a la mar —respondió ella. Había salido del balcón para sentarse en

una de las camas con un hombro apoyado en la pared, las rodillas dobladas y los pies sobre la colcha, unos pies hermosos, morenos, de dedos largos y arco pronunciado.

—Eso ya lo veo.

—Lo abandoné.

—¿No lo mandabas tú?

Ella esbozó una sonrisa difícil de descifrar.

—Quiero ir contigo, l'Avide. El falucho y Malasaigne eran los medios para encontrarte. Ahora que lo he hecho, ya no los necesito.

Gabriel soltó un suspiro. Por fin admitía que iba con el francés. La miró de nuevo, con intención de verla de verdad. En su rostro se fundían muchas sangres. En sus ojos marrones, ligeramente rasgados, ardía la determinación de siempre y una llama apasionada que le inspiró temor.

—No puedes aparecer de repente y meterte en mi vida como si nada hubiera ocurrido, como si nos hubiéramos despedido ayer.

Al principio pensó decir «entrometerte», pero lo cambió al vuelo por una palabra más suave. Daba igual. Yabama tenía su propia lógica de causas y efectos, y nada la desviaría de su rumbo.

—¿Tienes otra mujer?

—¿Y si la tuviera?

—Tú eres mi hombre. Atabey te señaló…

—Poco has tardado en nombrarla —interrumpió Gabriel, con ironía.

Yabama no supo qué decir. Para ella, la gran madre era tan real como cualquier ser de carne y hueso.

—¿Dónde está Malasaigne?

—En la pinaza —respondió Yabama—. En la que perseguisteis en la isla de Flores.

—¿Estabas allí?

—El Hermes se hallaba fondeado en una ensenada. Malasaigne capitanea una escuadra de tres navíos: la pinaza, el falucho y un bergantín de buen tamaño.

—No estamos en guerra con los franceses.

—Él es hugonote.

—¿Qué hace en estas aguas?

—Lo que todos los corsarios, l'Avide: aguardar una buena presa. Guy navega para un armador de La Rochelle.

—¿Guy? Vaya nombrecito. ¿Duermes con él?

—No es cosa tuya. Además, da igual. Para mí sólo hay un hombre.

—Basta ya de esa monserga, mujer. Este hombre ya no es tuyo. Ni va a hacerse cargo de ti.

Yabama se levantó de la cama con un movimiento rápido y elegante y se acercó hasta él, que había estado de pie durante toda la conversación, junto al baúl. Puso su rostro a un palmo del suyo y lo miró a los ojos, muy al fondo.

—No puedes abandonarme en este puerto. ¿Cómo voy a salir adelante?

—Te las has arreglado muy bien sin mí.

—¿También abandonarás a García?

—Cuerpo del diablo, Yabama. ¿Qué carajo quieres de mí? Ahora me dedico al comercio, en lo que los almirantes y gobernadores me lo permiten, tengo una familia, mi esposa espera un hijo y no voy a perderla por tu culpa.

La mestiza detuvo la mano que dirigía a su rostro y la mantuvo en el aire, los dedos engarfiados, el pulgar hacia arriba, como si se hubiese convertido en estatua. De pronto, pareció perder la fuerza que la sostenía: la pasión se le evaporó del cuerpo, los ojos se le humedecieron, sus facciones se distendieron, la sorpresa se apoderó de su boca y una sombra de desánimo se instaló en su mirada. Pero fue sólo un instante. El que necesitó para recomponerse, cerrar los labios y recuperar la fe en su destino.

—No me importa que te hayas casado, ni que tengas otra familia, l'Avide —dijo con voz firme—. Iré contigo sin pedir nada a cambio. Seré tu marinero, tu soldado, tu sirviente o lo que demonios quieras que sea. Estaré a tu lado sin decir palabra, comeré lo que te sobre y dormiré en cualquier esquina. Pero García es tu hijo. Y tiene derecho a un padre.

—Así, de repente.

—De repente no: llevo dos años buscándote por todos los malditos rincones de este mundo, soportando lo que no te imaginas y viviendo en el filo de la navaja. Debes reconocerlo. Y mirar por él. Y para que no desconfíes más de mí, te diré cómo y dónde piensa atacaros Malasaigne.

Yabama echaba fuego por los ojos. Era la mujer resuelta y temeraria de antes, fresca, importuna, descarada, la Yabama de siempre, más hermosa que nunca. Y Gabriel sintió un deseo imperioso de arrancarle la ropa y morderle los labios, de rodearla, de estrujarla y oprimirla hasta que pidiera tregua, como solían aniquilarse cuando se poseían. Pero se refrenó. Y aceptó el trato.

Por el momento.

4

Londres

Provisto de las credenciales extendidas por sir Francis Walsingham y acompañado de un oficial inglés, Joao se dedicó a visitar las prisiones y fortalezas de Londres y sus alrededores donde se encontraban presos de la Gran Armada.

Comenzó por Bridewell, un antiguo palacio real convertido en prisión, donde buena parte de los cautivos de la nao del almirante Valdés y de la San Salvador compartían encierro con ladrones, homicidas, mendigos, traidores y prostitutas. Situada junto a la desembocadura del Fleet en el Támesis, Bridewell presentaba un aspecto macizo y austero, con muros altos y ventanas enrejadas. Estaba compuesta por tres plantas y varios patios interiores, y cumplía funciones de cárcel, correccional e incluso hospicio. Contaba, para ello, con pabellones separados para hombres y mujeres, salas para los trabajos forzados, como moler el trigo o apalear cáñamo, celdas colectivas y una capilla.

Pese a las credenciales que portaba y la compañía de un tal capitán Sydeman, el alcaide se mostró en principio renuente a permitirles el acceso a los presos. Tras un breve intercambio de palabras, Joao advirtió que aquella actitud respondía más a una cuestión de dinero que de principios, y sin titubeos ofreció una gratificación discreta, suficiente para compensar las molestias. Conseguido el entendimiento, el alcaide mudó el gesto y se mostró locuaz y casi complacido:

—La reina ha decidido concentrar aquí a los cautivos dispersos por Inglaterra —explicó—, y aun a los traídos desde Irlanda. Y nos están desbordando.

—Donde caben veinte caben ciento —comentó con desabrida indiferencia el capitán Sydeman.

—No es el espacio lo que nos falta, capitán, sino los recursos —repuso el alcaide—. No hay caudales para mantener a tantos prisioneros. He dado aviso a los regidores de la villa, mas no estaría de más que vuesas mercedes lo hagan llegar a oídos más encumbrados. Si continúan enviando bastardos a Bridewell, acabaremos dándoles de comer sus propias boñigas.

El alcaide delegó en su secretario los aspectos más concretos de la misión. Este, un hombre grueso al que la ropa le ceñía con apuro, les mostró el registro de presos de la Gran Armada allí encerrados y los ayudó en la

identificación y recuento de los portugueses. La labor resultó más ardua de lo previsto. Por un lado, en no pocos asientos la procedencia aparecía incompleta, reducida al nombre de una villa o de un lugar menor, sin más noticia. Y por otro, la semejanza de nombres y apellidos castellanos y portugueses confundía a los carceleros al consignarlos, lo que obligó a Joao a examinar nombre por nombre.

—Veo que no os dormís en los laureles, señor Veiga —dijo el capitán Sydeman al salir de Bridewell.

—Y yo veo que las prisiones se parecen en cualquier parte del mundo —respondió Joao con jovialidad.

Relación en mano, los dos hombres se dedicaron a entrevistarse con los presos, explicarles la situación y plantearles las condiciones de su posible liberación. Para ello, los acomodaron en una sala de guardia, no muy distinta de las celdas. Un vigilante de confianza los traía uno a uno, y los devolvía tras el interrogatorio.

Con la excusa de evitar que se colara entre los seleccionados algún felipista acérrimo, o incluso un tibio, Joao convirtió los interrogatorios en sesiones largas, exhaustivas y tediosas, hasta lograr que tanto Sydeman como el vigilante empezaran a bostezar y a ausentarse de la sala. Así obtenía ratos a solas con los presos, que lo enteraron de detalles valiosos: sus barcos de origen, el destino de sus superiores, el número de fallecidos y la ubicación de otros grupos de cautivos. También pudo identificar a soldados españoles que hablaban portugués con corrección, un conocimiento que podría serle útil más adelante.

Y también constató las miserables condiciones en que vivían: sucios, cubiertos de piojos, famélicos, enfermos y sin atención sanitaria ninguna. Tan duras eran que muy pocos tuvieron la entereza o las convicciones suficientes para rechazar la oferta.

Luego de tres días de interrogatorios, consiguió elaborar una lista de veintitrés hombres dispuestos a jurar lealtad al Prior de Crato y participar en su campaña militar. Joao sabía que la mayoría aceptaba por verse libre de sus cadenas, pero también supo reconocer a algunos, reclutados a la fuerza, que mostraban sincera adhesión al de Avis.

Antes de avanzar en la negociación de su libertad, la lista hubo de pasar por el visto bueno del alcaide, que tachó dos nombres con el argumento de que se trataba de fidalgos. A Joao le pareció más bien una muestra de autoridad, o quizá una maniobra encaminada a conseguir un rescate más sustancioso.

Confirmados los veintiún restantes, restaba acordar el importe de los gastos que su manutención había ocasionado a las arcas de la ciudad. Era asunto que excedía las atribuciones de Joao, pero que acabó resolviéndose —gracias a los oficios personales del Prior— en un penique diario por cabeza.

Con las gestiones en Bridewell concluidas, Joao pudo entregar al señor Zarco un informe bastante completo sobre los prisioneros allí recluidos: su identidad, grado, nobleza y nacionalidad.

—Un trabajo extraordinario —reconoció el agente—. ¿Qué posibilidades veis de conseguir la libertad de más gente?

—Los alemanes, flamencos e italianos podrían lograrla con relativa facilidad —respondió Joao—. O quienes se hagan pasar por tales.

—No os entiendo.

—Aquí no distinguen bien vuestros nombres de los italianos o portugueses. Y con algo de fortuna, y no poca ayuda —Joao se frotó el pulgar contra el índice y el corazón, dejando clara la naturaleza de aquella ayuda—, podríamos sacar también a algunos españoles.

—No había caído en eso —musitó Zarco, mientras se rascaba la barba—. Tal vez convendría mover a los italianos establecidos en Londres. No son pocos.

—Con la gente de linaje, en cambio, la empresa será más ardua. No sólo porque la mayoría son españoles, sino porque esperan por ellos jugosos rescates.

—Ahí tenemos las manos atadas. Su Majestad ha delegado en el gobernador de Flandes la negociación. Y Farnesio alega no disponer todavía de los fondos necesarios.

—Sea como fuere, en Bridewell hay pocos hombres importantes. Si acaso capitanes, alféreces, maestres o algún oficial entretenido. Los de más peso, como Valdés o los hijos de grandes casas, están en domicilios particulares. Y viven con mucha más holgura.

En la voz de Joao asomó un deje reivindicatorio, que Zarco percibió y juzgó necesario responder.

—Así es el mundo, muchacho. Y no es cosa que se enderece de un plumazo. Si os sirve de alivio, el ejército es la mejor república que existe: en él, hasta el mozo más humilde puede llegar a capitán, y aun a maestre de campo.

—Lo sé. Pero ¿cuántos lo consiguen?

Zarco alzó las manos con un gesto impreciso.

—Vuestra relación será un buen punto de partida —dijo—. Nos permitirá hacernos una idea aproximada de los presos y de su estado. Imagino que proseguiréis la labor en otras cárceles.

—En efecto. Al Prior se le ha antojado escasa la lista, y me ha hecho saber, por medio de Figueiredo, que en adelante sea más prolijo.

Tras Bridewell, Joao visitó la prisión de Marshalsea, al sur del río. Más antigua y de menor tamaño que la anterior, se hallaba en estado ruinoso, y los reclusos malvivían entre el hacinamiento y la necesidad. Por ventura, el número de hombres de la Armada allí retenidos era escaso, y sólo pudo añadir dos portugueses más a la relación de nuevos seguidores del Prior.

Después de Marshalsea, recorrió otras localidades donde constaba la presencia de prisioneros, en los condados de Surrey y Middlesex, no lejos de Londres, y sobre todo en la península de Cornualles, adonde había sido llevada la nao Nuestra Señora del Rosario con parte de su tripulación y donde, más recientemente, había naufragado la urca San Pedro el Mayor, uno de los buques hospital de la Armada.

Joao y el capitán Sydeman cabalgaron hasta aquella apartada esquina del reino y visitaron Dartmouth, Torquay, Exeter, Salcombe e incluso Plymouth, donde fueron testigos de los preparativos de la flota que Drake estaba reuniendo.

—Veo avanzados los aprestos. Al menos, los navales —comentó Joao—. Sumando los barcos fondeados en el estuario del Támesis, reúnen ya una flota considerable.

—Aun así, puede que no basten para transportar a toda la infantería —apuntó Sydeman.

—No me parece que las tropas sean tan numerosas.

—El ejército se está acantonando en distintos lugares, para facilitar el adiestramiento y no desbordar los recursos del condado. Es difícil calcular su tamaño.

—¿Tomaréis parte en la expedición?

—Llevo años con el coronel Norris y no tengo intención de abandonarlo en esta empresa —respondió Sydeman—. ¿Y vos, señor Veiga? ¿También vais a participar?

El capitán Sydeman era un hombre con amplia experiencia militar, de la que se sentía ufano. Se esforzaba por aparentar frialdad, cumplía sus tareas con la dedicación de un buen soldado y trataba a Joao con cortesía, pero no lograba

ocultar cierto menosprecio hacia los portugueses, cuya participación consideraba anecdótica.

—Estaré donde se me ordene, capitán —replicó Joao, serio—. En primera fila o tras una escribanía.

Sydeman cabeceó, sin atreverse a ironizar sobre lo que parecía una evasiva. Sin embargo, Joao aún ignoraba qué planes podían tener Figueiredo o Zarco para él. El ánimo lo empujaba a tomar parte, lo sentía como una ocasión cargada de oportunidades: desde dentro de la expedición podría recabar noticias y hacerse más útil. Pero Inglaterra reclamaba todavía su atención. El asunto de los presos distaba de estar cerrado y prometía dar no poco juego. Y estaba Fátima, por supuesto, a quien no quería dejar sola en un momento tan cargado de incertidumbre.

Con cada visita, con cada interrogatorio, Joao reunía nueva información sobre penales, castillos o casas particulares donde habían ido a parar otros cautivos. En muchos de estos lugares había apenas media docena, o incluso una simple pareja. Como la que hallaron en la mansión de un caballero, que se había reservado, para su servicio personal, a un enfermero y un boticario de la urca hospital. Por desgracia, el caballero no le permitió a Joao hablar con ellos.

Con quien sí pudo hacerlo fue con Pedro Robledo de Tapia, el cirujano mayor del hospital, recluido con otros tres compañeros en casa del juez de Salcombe. En ese pueblo eran muy valorados sus servicios, gracias a los cuales gozaba de un régimen de semilibertad.

El cirujano, de rostro enjuto y frente despejada, era un hombre cultivado y de modales sobrios. En un portugués correcto, que había aprendido en los años en que sirvió en el hospital militar de Lisboa, puso al tanto a Joao de la infausta travesía de la urca San Pedro. Sus desventuras habían dado comienzo en Caláis, cuando el maestre, el piloto y varios marineros desertaron aprovechando el atraque. Falta ya de manos expertas para gobernarla, la nave fue castigada por los temporales y hubo de fondear en una ensenada al norte de Irlanda, con el propósito de hacer aguada y proveerse. Pero, al descender a tierra, varios hombres fueron capturados por los ingleses. Los restantes, en un gesto desesperado, largaron velas y prosiguieron el viaje. A la altura de las Sorlingas, una tormenta dañó el timón, y los vientos contrarios, y la falta de pericia, los empujaron de nuevo al canal de la Mancha, donde acabaron naufragando cerca de Salcombe.

—La única suerte que hemos tenido, en medio de tanta desventura —

concluyó—, es que, al dirigirnos en demanda de nuestra tierra, nos han considerado náufragos, no prisioneros.

—¿Y en qué cambia eso vuestra situación? —preguntó Joao, intrigado—. ¿Acaso os permiten retornar a casa?

—Eso quisiéramos —suspiró el cirujano—, pero aquí un médico es tenido por lujo. Los señores que nos acogen no piensan renunciar a tal ventaja y nos obligan a ganarnos el sustento con nuestra ciencia. No podemos alejarnos del pueblo sin permiso, ni negar auxilio a quien nos lo solicite.

—Vuestra profesión os mantiene cautivos —comentó Joao, con una mezcla de comprensión y pesar.

—Sí. Nos honran con techo y comida, pero somos siervos, no huéspedes.

Joao meditó un instante. En su cabeza ya clasificaba a Tapia como un hombre útil que podía servir para futuros contactos: hablaba portugués, tenía conocimientos médicos, y gozaba de cierto margen de acción.

—Tal vez pueda ayudaros —dijo entonces—. En Plymouth reside un comerciante portugués de cierta confianza. Le haré llegar noticias vuestras. Quizá él pueda serviros de enlace y facilitaros el regreso a España.

Los ojos de Tapia, apagados hasta entonces, se encendieron por un instante.

—Dios os lo pague, señor Veiga. Aquí todo gesto, por pequeño que sea, es una dádiva.

Joao le estrechó la mano con firmeza. De vuelta al camino, no pudo dejar de pensar en aquel tipo de prisión invisible, hecha de favores, necesidad y resignación. Más sutil, pero no menos real que los muros de piedra.

—¿Por qué os afanáis tanto en encontrar hasta el último portugués de la dichosa Armada? —preguntó Sydeman, cuando se despidieron del juez de Salcombe.

—Cumplo la tarea que se me ha encomendado. Mi rey necesita hombres, y yo trato de proporcionárselos.

—También yo cumplo lo que se me ordena, señor Veiga, pero todo tiene un límite, voto al diablo.

—Son mis compatriotas, capitán. Si supierais que hay ingleses presos en tierra extranjera y pudierais liberarlos, ¿no haríais lo mismo?

Como resultado de todos aquellos viajes y gestiones, Joao consiguió la liberación de trece portugueses más.

5

Londres

«De Manuel de Aranda a Bernardino de Mendoza. Copia cifrada.

He recibido las cartas que Vuestra Merced tuvo a bien escribirme los días treinta de octubre y siete de noviembre próximos pasados, y quedo suficientemente advertido de cuanto en ellas se me comunica. La presente va remitida por medio de un secretario del embajador de Francia, que, habiendo obtenido licencia para pasar por París, no se dignó declararme el objeto de su viaje, ni quise yo, por no ser indiscreto, requerirle mayor explicación. Paso, pues, sin más dilación, a referiros los sucesos recientes de este reino, que son tantos y de tan variada índole que me veré obligado a resumirlos sin menoscabo de lo que pueda interesar a los negocios de Su Majestad.

El más señalado y de mayor ruido ha sido, sin duda, la celebración que tuvo lugar el pasado domingo veintisiete de noviembre —que en su calendario corresponde al día diecisiete— en la catedral de San Pablo, en Londres, con motivo del trigésimo aniversario de la subida al trono de la reina Isabel, que, resuelta a dar públicas gracias a Dios por la victoria que afirma haber logrado sobre la Grande y Felicísima Armada, dispuso una ceremonia con todo el fasto, aparato y magnificencia de que fueron capaces sus ministros.

A fin de que fuera saludada con la mayor solemnidad por los lores del reino, diputados del Parlamento y miembros de su Consejo, se vistió con ropajes de gala recamados de joyas, se tocó con una intrincada diadema de perlas y fue conducida en carroza triunfal desde su palacio hasta la iglesia catedral, cuyas paredes interiores se hallaban cubiertas con estandartes y banderas arrebatadas a la nao Nuestra Señora del Rosario, así como otras traídas desde Irlanda. Las casas todas presentaban un aspecto festivo y radiante, adornadas con colgaduras de lienzo blanco con la cruz de San Jorge y las armas de los Tudor. Y el pueblo de Londres, vestido con galas y uniformes de ceremonia, se apostó a lo largo del recorrido para aplaudirla, vitorearla y desearle tan larga vida como siniestra suerte a sus enemigos.

Una vez en el templo, la reina, acompañada de sus nobles y eclesiásticos, subió al estrado y dio gracias al Altísimo por el favor que les había concedido en la batalla y por la grandiosa victoria obtenida contra nuestras armas, que había salvado a Inglaterra de caer bajo la opresión del ruin enemigo, y exhortó a los presentes, y por extensión a todos los fieles del reino, a rendir también gracias a Dios. Finalizada la ceremonia, se organizó nueva procesión general, y durante el resto del día siguieron justas, juegos y grandes luminarias en toda la ciudad.

Mas no se me oculta que todo cuanto se ha mostrado es fachada y ostentación, pensada para engatusar al pueblo y levantar su ánimo en tiempos tan inciertos. La Jezabel hereje, aunque se presente a ojos del vulgo como fuerte y regia, apenas puede ocultar con polvos y afeites los estragos de la edad, ni la melancolía que la aflige, y que se dice causada por la muerte de su antiguo favorito, el conde de Leicester, acaecida el pasado verano; aunque las malas lenguas aseguran que ha encontrado

consuelo en el joven conde de Essex, de quien no se despega ni de día ni de noche.

Respecto a los preparativos de guerra, que Vuestra Señoría me pide seguir con la mayor puntualidad, puedo deciros que hay verdadera determinación, y aun furor, por devolver el golpe. La reina se hallaba tan deseosa dello que, en cuanto se dieron por seguras las noticias de los naufragios y del triste retorno de nuestros buques, de inmediato quiso enviar a su flota para interceptarlos y destruirlos. Sus consejeros debieron emplearse a fondo para hacerla entrar en razón, pues ni las reales arcas cuentan con recursos para una empresa de tal calado, ni su flota está en condiciones de hacerse tan presta a la mar. En tal tesitura, Francis Drake y un tal coronel Norris le ofrecieron una solución tan ambiciosa como conveniente: ellos se encargarían de levantar una gran armada a cambio de que los pusiera al mando. La Tudor, que está encantada con su pirata, dio el visto bueno y, según lenguas, ya han reunido más de ochenta barcos y un contingente de diez mil soldados.

Sobre el destino de esta contra armada y la parte donde desembarcará, los pareceres son tan diversos que no se puede extraer juicio cierto. Unos dicen que navegará hacia las islas Azores, o a América, para capturar la próxima flota del tesoro; otros, que tendrá por objeto destruir los restos de nuestra armada refugiados en los puertos del Cantábrico; otros más afirman que embarcará con ellos el Prior do Crato y que el objetivo será Portugal. Pero los muchos privateers *que participarán en la empresa me hacen recelar que combine varios de estos objetivos, o incluso que se diversifique y amague con atacar en un lugar para golpear en otro.*

En cuanto a las pérdidas de nuestra armada, he tenido acceso a una relación según la cual los navíos naufragados en Irlanda y Escocia serían al menos diecisiete. Al principio juzgué el dato por bulo, pero he visto con mis propios ojos una lista de nombres y detalles, y de la que adjunto copia. El secretario de la reina asegura que más de dos mil hombres han sido hechos prisioneros o degollados, y que aún otros tantos deambulan sin rumbo por la isla. Para darles caza, una fuerza al mando de sir Thomas Perrot partirá de Gales con presteza, pues la posibilidad de abrir otro frente en Irlanda les preocupa sobremanera.

De Escocia, se sabe que un emisario inglés intentó engañar al rey Jacobo prometiéndole la sucesión al trono de Inglaterra y un condado en Leicester a cambio de entregar a los náufragos acogidos en su reino; pero, descubierto el engaño, el rey escocés se escandalizó y prometió auxiliarlos en cuanto le fuera posible.

En lo que concierne al almirante Valdés, después de pasearlo por Londres en triunfal desfile, como el César a Vercingetórix, lo han trasladado a una casa de campo en Esher Place, propiedad de un pariente de Drake, donde lo tratan con cortesía, lo invitan a recepciones y se burlan de su mal genio. El resto de los hombres de su nao, y de la San Salvador, están repartidos por prisiones, casas particulares y graneros de la costa sur de Cornualles, o en las cárceles de Bridewell y Marshalsea, en Londres, donde malviven en condiciones extremas.

Me ha llegado noticia por vía segura de que Drake estaría dispuesto a negociar la libertad de Valdés y la de otros capitanes y entretenidos, y que desea hacerlo de manera privada y sin levantar polvo, ya que hay en la corte voces discordantes, y

seguramente envidiosas, que abogan por posponer su liberación en tanto la guerra prosiga. Os ruego que me remitáis instrucciones precisas al respecto, tanto en lo tocante a los soldados comunes como a las personas de mayor calidad, que no son pocas. He pensado confiar este delicado asunto a un genovés avecindado en Londres; sin embargo, si el gobernador Farnesio no procede al desembolso de las sumas exigidas con celeridad, mucho me temo que las gestiones se dilatarán por tiempo indefinido, en especial en el caso del almirante Valdés, por las circunstancias dichas.

Se ha sabido que también el Prior está interesado en los cautivos de la Gran Armada y que ha encomendado a sus hombres que visiten las prisiones y realicen censo de los soldados y marineros portugueses, pues pretende solicitar a las autoridades inglesas que los liberen con el fin de que, jurándole lealtad, pasen a servirle. Si bien su número no es notable, resulta preocupante el conocimiento que tienen de nuestras disposiciones militares y defensas en Portugal, por lo que os ruego que trasladéis a Madrid, si lo juzgáis oportuno, esta inquietud. Por fortuna para nosotros, "Fabio" es una de las personas que se encargan de dicho censo, y podrá darnos cuenta de cualquier contingencia y, al mismo tiempo, informarnos sobre la situación, número y filiación de algunos presos españoles.

No quisiera despedirme sin referir el último naufragio del que he tenido noticia: el de la urca hospital San Pedro el Mayor, a la que, tras un largo y peligroso periplo alrededor de Gran Bretaña e Irlanda, los vientos encaminaron de vuelta al canal de la Mancha, donde acabó encallando en el condado de Devon. Sus tripulantes han sido encerrados en las mismas condiciones que el resto de prisioneros. Un tal míster Ashley quiso que, como enemigos, se los apresara y juzgara de inmediato, pero el Consejo de Estado determinó que, al tratarse de náufragos en viaje de retorno a España, no podían ser considerados prisioneros de guerra. Yo sospecho que la verdadera razón estriba en que, siendo así, su manutención no recaerá sobre la Reina, sino sobre la caridad de los vecinos.

El Altísimo guarde a Vuestra Señoría largos años y lo colme como merece en salud y hacienda.

Dada en Londres, a tres días de diciembre de 1588».

X

1

Prisión de Galway

A medida que se acercaba el invierno, el tímido sol se acobardaba, las nubes gobernaban el cielo y la lluvia, ya fuera intensa o suave, pero siempre presente, regaba Galway. Las calles se llenaban de charcos, de los tejados se escurría el agua a raudales y los muros rezumaban tanta humedad que algunos llegaban a desmoronarse y caerse. Los habitantes, envueltos en sus capas de lana impermeabilizada con sebo, seguían con aparente despreocupación su vida cotidiana.

Una mañana, los carceleros llevaron al patio, en pequeños grupos, a los prisioneros de la Gran Armada. Les entregaron pastillas de jabón y los dejaron lavarse bajo la copiosa lluvia. Duarte se apresuró a quitarse la capa de roña que acumulaba desde su captura, junto con los piojos, pulgas y otros parásitos que habían anidado en su piel y prosperaban a su costa. Aunque sabía que necesitaría varios días para que sus ropas volvieran a secarse, el alivio inmediato valía la pena.

La novedad alegró el día de los cautivos. Risas, bromas y chanzas llenaron el patio de la prisión durante horas. Uno enjabonaba a otro, un tercero lo empujaba, y más de uno resbalaba en el suelo encharcado. A quienes recelaban del jabón sus compañeros los tumbaban y los frotaban con entusiasmo. Algunos corrían, saltaban o danzaban, mientras los más enfermos semejaban pequeños gorriones mustios.

Patt Kirwan contemplaba la escena desde la seguridad de un cobertizo, con su habitual impasibilidad, rota, en ocasiones, por una sonrisa fugaz.

Por la tarde, una cuadrilla de braceros locales acudió a la prisión con la tarea de retirar la paja de las celdas, que estaba podrida, maloliente y llena de inmundicias. La reemplazaron por paja limpia y seca, lo que supuso un cambio inesperado. Cuando el último mozo cruzó la puerta y se marchó, el barbero Juan García bromeó:

—Dará gusto dormir esta noche.

—Ya iba siendo hora —comentó un marinero del Falcón Blanco.

—Cortesía del señor Bingham —añadió un tercero.

—Y mucho que me escama —dijo en voz alta el capitán Bravo. Sus palabras áridas y cortantes apagaron el ambiente festivo.

—¿Por qué os escama? —preguntó Duarte.

—¿A vos no? —respondió Bravo con un punto de sarcasmo, pero luego aclaró—: Que estos perros se tomen tantas molestias por nosotros no puede significar nada bueno.

—Apestábamos tanto, tanto, que no me extrañaría que el cabildo de la villa haya cursado una queja formal ante las autoridades militares —dijo fray Antonio. Su explicación pareció razonable a la mayoría, pero no a Bravo.

—Pensad lo que os plazca, señores —aseguró—. Yo estoy más convencido que nunca de que debemos aplicarnos con ese dichoso barrote.

Sin embargo, el barrote no se pudo librar esa noche. Ni la siguiente. Ni nunca.

La razón del zafarrancho de limpieza no había sido el bienestar de los prisioneros, ni mucho menos. En realidad, todo se hizo para no ofender el olfato de una sola persona: la mayor autoridad de la isla, el virrey William FitzWilliam, que había abandonado su residencia en Dublín para inspeccionar personalmente a los prisioneros de la armada. Era un hombre mayor, cargado de espaldas, de rostro imberbe y expresión afilada. Junto a sir Richard y el capitán Fowles, recorrió todas las celdas. Se paseaba entre los prisioneros con las manos cruzadas a la espalda, sin mostrar temor. De vez en cuando, hacía un alto para observar con curiosidad a algún cautivo que llamara su atención. En la celda de Duarte, FitzWilliam se detuvo un rato frente al joven paje Gregorio Lange, le sujetó la quijada, le examinó las manos y formuló un par de preguntas en voz baja a sus acompañantes, con tono seco y cortante. Luego quiso visitar las celdas de los irlandeses, a pesar de las objeciones del gobernador Bingham. Subió con calma las escaleras, inspeccionó cada celda con cuidado y, al cabo de una hora, dio por concluida la visita.

Tras la partida de FitzWilliam, el alcaide ordenó sacar de la celda a Gregorio Lange, a quien esta vez no le sirvió de nada resistirse.

—¿A dónde lo lleváis? —preguntó el capitán Pedro de Arechaga, sin obtener respuesta. El eco de sus palabras quedó suspendido en el aire, mientras la lluvia continuaba cayendo sobre las piedras húmedas de la prisión.

Durante días no volvieron a saber nada del virrey, pero una mañana empezó temprano el movimiento en la prisión. Antes de que amaneciera, los carceleros levantaron a los presos con gritos destemplados y golpes en las rejas. Los obligaron a salir de las celdas y les ataron las manos bajo la luz de unos hachones. Varias escuadras de soldados bien armados acompañaban a los guardias. El capitán Fowles, que supervisaba la operación, impartía instrucciones escuetas y precisas. Una vez formados y amarrados los prisioneros de cada celda, los iban sacando en una larga fila custodiada por soldados.

—¿A qué tanta actividad? —preguntó el capitán Bravo—. ¿Acaso nos trasladan a otra prisión más miserable?

—Pronto lo sabremos —le respondió el fraile.

Cuando llegó el turno de la celda de Duarte, el cielo empezaba a clarear. Había helado por la noche. Los carceleros, ateridos por el frío, ataban a los prisioneros apresuradamente. A Duarte le tocó un guardia alto y tripón, cuyo aliento olía a cerveza. Era caprichoso en su trato con los prisioneros, y también indolente. Le ató las manos a la espalda con nudos fuertes y bien hechos, dejando medio palmo de cuerda entre las muñecas. Después, con un empellón, lo colocó en la fila, detrás de fray Antonio y delante del capitán Bravo.

Mientras tanto, los irlandeses, despertados por el ajetreo, hablaban y gritaban en gaélico desde sus celdas. Duarte captó algunas palabras sueltas, exclamaciones sorprendidas que no lograba descifrar. En un momento de calma, el hombre que sabía inglés les aconsejó con voz firme que tuvieran cuidado y que no se fiaran de FitzWilliam. Una advertencia innecesaria: ¿quién confiaría en el lord diputado o en cualquier otro inglés?

El grupo de Duarte fue el último en salir de la cárcel. Serían unos cuarenta y avanzaban con paso firme, el aire frío calando a través de sus harapientas vestiduras. Los soldados marchaban en silencio, y se escuchaban claramente los crujidos de las botas sobre las piedras, el roce de las corazas y correajes y las toses de los enfermos, roncas y ásperas.

Duarte veía las figuras de los soldados a ambos lados de la fila, armados con alabardas y arcabuces cuyas mechas encendidas desprendían tenues volutas de humo. No parecía difícil escapar: bastaría con dar un salto hacia un lado, atravesar la línea de custodios y correr con la esperanza de que el primer disparo no hiciera blanco. Pero no tenía idea de dónde estaba, ni qué había

más allá de las calles por las que marchaban, y no se decidió a intentarlo.

Al torcer una esquina, comenzaron a oírse rumores de voces a lo lejos, sin duda vecinos madrugadores que se habían acercado para ver el sombrío desfile. De repente, un fogonazo quebró la escasa claridad, seguido por un disparo y una voz. Hubo carreras, alboroto, y después volvió la calma. Un preso trató de huir y fue abatido. Los soldados, alertados, estrecharon aún más la vigilancia, para impedir una nueva tentativa.

La luz del alba se abría paso y revelaba detalles del paisaje: las piedras y las hojas caídas de los árboles, las calles y edificios, las torres de la muralla. Los colores lucían apagados por el invierno, mientras que los sonidos se percibían con sorprendente claridad. Avanzaban con lentitud, y a Duarte se le hizo más largo el trayecto que cuando fue al cementerio empujando el carretón.

Delante de ellos apareció la muralla. El capitán Bravo se desvió unos palmos de la fila y recibió un culatazo en el hombro que lo derribó al suelo. El arcabucero que lo había golpeado se agachó sobre él y le gritó que se levantara.

—Arriba, capitán —lo animó Duarte, mientras el soldado continuaba apremiándolo.

Bravo se levantó con dificultad, ayudándose de las manos, que estaban amarradas al frente, y reanudó la marcha trastabillando. El golpe había sido muy fuerte.

—La puta que lo parió —masculló Bravo.

Al traspasar la puerta de la muralla, los obligaron a girar a la izquierda y formar en batalla: un rectángulo alargado, de mucho frente y poco fondo. El frío seguía siendo intenso. Duarte alzó el rostro y vio un cielo azul y despejado. El sol despuntaba sobre el horizonte, y sus rayos, al reflejarse en la escarcha, la transformaban en un manto de diamantes. Por un momento, todo quedó suspendido en un extraño silencio: amigos y enemigos se mostraban maravillados por igual ante la calma de la mañana.

Se hallaban en la explanada que se extendía entre el arrabal de la villa y el convento de los agustinos, partida en dos por un pequeño arroyo que descendía hacia la orilla del mar. Además de los prisioneros y sus guardianes, se congregaba un gentío de lo más variopinto.

—Voto al malo —juró un prisionero—. ¿Qué clase de espectáculo se va a representar aquí?

La voz le pareció a Duarte la del capitán Ladrón de Guevara. Un compañero de fila descubrió un pequeño grupo, situado hacia la derecha, donde estaban

los nobles y oficiales que se habían llevado de la prisión. Y, más allá, estaban los flamencos que alegaron haber sido reclutados a la fuerza. También los portugueses. Duarte reconoció entre ellos a un par de tripulantes de la Santa Bárbara.

—Me tranquiliza verlos aquí —dijo fray Antonio—. Creí que nos iban a ejecutar en masa.

—Pues no os tranquilicéis demasiado —lo contradijo el capitán Bravo—, porque allí adelante han levantado un armazón con muy mala leche.

En la suave ladera que ascendía hacia el convento despuntaban dos recios postes unidos por un larguero.

—Ese guindaste no estaba la última vez que pasé —advirtió, más alarmado, fray Antonio.

—Pues podéis estar seguro de que ahora sí está —replicó Bravo.

El frío intensificaba la sensación de espera. Más allá de los postes, sobre el pasto aún escarchado, había varias filas de bancos vacíos, como el graderío de un improvisado teatro.

Los soldados, dirigidos por Fowles, se habían desplegado en una larga línea que rodeaba a los prisioneros. Eran al menos dos compañías. Algunos portaban medias armaduras y otros coseletes de cuero, pero la mayoría vestía gruesas sayas de lana y sombreros cónicos. Duarte observó cómo sostenían las lanzas con manos torpes y llegó a la conclusión de que eran tropas inexpertas.

Pasó un buen rato sin que se produjera ningún movimiento. La inquietud comenzó a propagarse entre los prisioneros.

—Mucho dura esta parada militar —comentó Arechaga.

El tiempo pasaba y la concurrencia aumentaba. Gente y más gente se sumaba al espectáculo: villanos de todas las edades y condiciones, comerciantes e incluso marineros provenientes de los barcos atracados en el puerto. De pronto, el murmullo de las conversaciones se intensificó, acompañado de vítores y aplausos. Una elegante comitiva, encabezada por FitzWilliam y Bingham, atravesó la multitud. El virrey de Irlanda y el gobernador de Connacht tomaron asiento en el centro del semicírculo de bancos. El resto de los asistentes, hombres y mujeres vestidos con elegancia, se desplegaron a derecha e izquierda y se acomodaron donde pudieron.

Una escuadra de soldados se acercó al armazón y, colgando del travesaño varias sogas, lo transformaron en un cadalso. Una acción que despejaba cualquier duda sobre las intenciones de FitzWilliam.

A Duarte le vino a la mente el recuerdo de una escena similar en Punta Delgada, en la isla de San Miguel, cuando don Álvaro de Bazán ordenó ahorcar a todos los prisioneros capturados en la batalla de las islas Terceiras. Entonces, él había sido un mero espectador. Esta vez, sin embargo, sería uno de los actores.

El frío seguía calando, y las mejillas y manos de Duarte estaban entumecidas. Pero apenas lo notaba. El tiempo parecía haberse congelado.

Una algarabía de gritos y lamentos cruzó las filas de los prisioneros. Junto al oído de Duarte, el capitán Bravo se deshacía en insultos y maldiciones, mientras que, al otro lado, fray Antonio rezaba en un murmullo. Otros, en cambio, flaqueaban; las fuerzas los abandonaban y gemían su desdicha. En un gesto de benevolencia, FitzWilliam autorizó la salida de un grupo de frailes del convento de San Agustín. Los religiosos portaban largas cruces que pasearon lentamente frente a los cautivos. Quienes tenían las manos atadas al frente lograron santiguarse torpemente. Los demás, como Duarte, hincaron una rodilla en tierra e hicieron una genuflexión. Finalizado el recorrido, los frailes regresaron al convento.

El lord diputado se levantó, un gesto que fue recibido con una gran ovación. Esperó unos momentos, alzó los brazos para pedir silencio, aunque sin mucho éxito, y pronunció unas palabras que Duarte apenas alcanzó a oír. La distancia, de unas cien varas, y el rumor de las conversaciones impedían que se le entendiera con claridad. Al terminar, FitzWilliam se giró hacia el cadalso y dio la orden de iniciar la ejecución.

Fowles, siempre atento, se dirigió hasta el extremo de la hilera de condenados. Señaló a los cinco primeros y ordenó a sus hombres que los condujeran hasta las horcas, donde los verdugos tomaron el relevo. Cuatro de los prisioneros se dejaron poner las cuerdas al cuello, pero el quinto intentó resistirse. Gritaba desaforadamente, tiraba patadas y movía la cabeza de un lado a otro para evitar que le calzaran la horca. Sus músculos se marcaban como tiras en los escuálidos brazos. Tras un duro forcejeo, fue reducido. Sin mayor ceremonia, los verdugos tiraron de los extremos libres de las sogas, y los condenados quedaron colgando y pataleando hasta morir.

—Qué cobardía tan bochornosa —exclamó un español—. Aquí se muere como un hombre. No hay otra.

—Yo antes prefiero matarme que permitir que me ahorquen —respondió el capitán Bravo.

A los primeros los siguieron otros tantos. Fowles los iba organizando en grupos de cinco para que el proceso no se demorara inútilmente. Un joven, flamenco a juzgar por el cabello rubio y la piel pálida, cayó desmayado mientras lo llevaban al patíbulo. Dos soldados lo arrastraron hasta él y ayudaron al verdugo a ponerle la soga al cuello. Apenas recobró la conciencia antes de morir.

Fray Antonio suspiró.

—Nadie nos preparó para este horror —dijo, y meneaba con pesar la cabeza.

Un marinero portugués suplicaba por su vida, alegando que había sido reclutado a la fuerza, que era devoto seguidor del Prior do Crato y que no merecía la muerte. Gritaba con tal desesperación que Duarte entendió cada palabra a pesar de la distancia. Pero no hubo clemencia.

Duarte, en el extremo opuesto de la fila, sería de los últimos, si el orden no se alteraba. Mientras observaba cómo sus compañeros iban siendo ahorcados, sentía un vacío opresivo en el estómago y una bilis amarga que le subía a la garganta. Morir en el calor de la batalla era una cosa, pero verla aproximarse lentamente, con tiempo para reflexionar, recordar y añorar la vida, era algo completamente distinto, algo terrible. Para soportarlo sin desfallecer, para no enloquecer en un instante, ni derrumbarse, iba a tener que reunir toda la entereza que le quedaba. Intentó distraerse, apartar de su mente el lugar donde estaba y el destino que le aguardaba. Reparó en los rostros de los prisioneros: afligidos unos, firmes otros. Miró también a los soldados, ocupados en las ejecuciones mientras reían y se burlaban del que flaqueaba, del que suplicaba y del que lloraba. Algunas palabras sueltas llegaban hasta él, arrastradas por la brisa caprichosa. Entre ellos circulaban botas de vino y garrafas de licor para celebrar la ocasión, combatir el tedio y calentar los cuerpos.

Los habitantes de Galway, que en gran número se habían acercado a presenciar el espectáculo, mostraban reacciones diversas. Estos vociferaban con cada ahorcado, esos comentaban con despreocupación lo que ocurría, mientras aquellos atendían en silencio o parecían distraídos. Un mendigo, con una pata de palo demasiado corta, quizá a propósito, cojeaba mientras extendía la mano. Un hombre de cabellos ondulados, envuelto en una capa de lana finamente bordada, juntaba las manos en muda oración. Muchos serían católicos, pero pocos mostraban compasión o respeto hacia lo que ocurría. Una mujer, con una cesta sobre la cabeza, vendía hogazas de pan; otra, con un

cántaro apoyado en la cadera, ofrecía vasos de leche. Un hombre larguirucho y escuálido había subido a su hijo pequeño sobre sus hombros para que pudiera ver mejor las ejecuciones.

Los cadáveres eran retirados por una cuadrilla de desharrapados. Los levantaban entre dos, uno por los pies y otro por los brazos, los trasladaban hasta el cementerio de Forthill y los arrojaban al suelo como sacos de grano. Detrás de la creciente pila había un carretón cargado de sábanas blancas. Varias mujeres pías, junto a frailes agustinos, se encargaban de envolver los cuerpos en las mortajas y colocarlos, con mayor cuidado, uno al lado del otro. Sin embargo, el ritmo de las ejecuciones superaba con creces la lentitud de esta tarea.

2

PLYMOUTH

La ceremonia de acción de gracias en la catedral de San Pablo, presidida por la reina, había sellado oficialmente la victoria. Era momento de mirar hacia delante. Francis Drake dejó atrás los cánticos triunfales, cambió la lujosa ropera por el sable de asalto y abandonó la corte. En Plymouth, donde ya se concentraba el corazón del nuevo proyecto, le aguardaba la verdadera tarea: levantar una armada. Y no era una tarea sencilla.

Una notable actividad comenzaba a manifestarse en los puertos del reino. Se aprestaban naves, se reunían pertrechos, se acopiaban cañones y se trazaban rutas sobre los mapas. El anuncio de una expedición de represalia contra España, aunque en sus inicios no despertó el entusiasmo que sus promotores esperaban, pronto se difundió por Inglaterra y encontró eco en los corazones de los patriotas y también en los bolsillos de los oportunistas.

Los pastores desde sus púlpitos y la imprenta en las calles habían magnificado la victoria pasada hasta convertirla en gesta. En los mercados circulaban historias sobre las riquezas de los galeones, en las tabernas se hablaba de Cádiz, Sevilla y Lisboa, y el nombre de Drake empezaba a ser repetido por los más pequeños como si fuera el de un héroe legendario. La nueva empresa prometía gloria, botín y la oportunidad de repetir la hazaña. La fe en el experimentado almirante contribuyó a que las reservas iniciales se fueran transformando en expectación. Las listas de voluntarios empezaron a

crecer, aumentaba el número de armadores interesados y no cesaban de llegar mercantes que se ofrecían para la campaña.

Sin embargo, al tiempo que crecía el fervor, lo hacían también las dificultades. La logística no alcanzaba a abastecer a la flota en formación. Muchas naves presentaban deficiencias en sus aparejos o no eran aptas ni para hacer cabotaje, y buena parte de la tropa recién incorporada jamás había pisado la cubierta de una nave.

Para reforzar a esta tropa bisoña, la reina había ordenado el regreso a Inglaterra, bajo el mando de Norris, de varios regimientos veteranos que luchaban en las Provincias Unidas. Las autoridades holandesas no querían que las plazas cedidas a Inglaterra quedasen en manos de reclutas sin formación, y pusieron reparos, reparos a los que Isabel, más calculadora que nunca, no hizo caso: había llegado a la conclusión de que tenía mucho más que ganar en otro escenario de guerra. El acuerdo con el Prior do Crato estaba casi cerrado y ahora aspiraba a arrebatarle al Austria su hegemonía naval y un buen bocado de sus posesiones. También ella quería su imperio. Y para eso, necesitaba hombres como Drake.

Pero el almirante tenía sus propios planes.

La niebla matinal se aferraba aún a los muros de Plymouth y ocultaba tejados y masteleros. Las aguas de la ensenada, verdes y sucias, se agitaban bajo los cascos de decenas de embarcaciones en diferentes fases de alistamiento. Había actividad en cada rincón del puerto: herreros forjando cadenas, carpinteros acarreando tablones, toneleros reforzando aros. La ciudad entera parecía respirar al ritmo de la guerra.

Sobre una colina baja se alzaba la casa de sir Francis Drake. No era una mansión, pero su emplazamiento privilegiado le permitía dominar con la vista todo el movimiento del puerto. En la estancia principal, amplia y de techos bajos, ardía un fuego generoso. Sobre la mesa reposaba un portulano de las costas ibéricas y, a su alrededor, un grupo de hombres en actitud expectante.

—No os he reunido aquí para repasar lo que ya sabemos —empezó Drake —, sino para descubrir lo que ignoramos. Para evitar sorpresas y anticiparnos a lo inesperado. Os he traído porque necesito ojos que sepan mirar.

Cabecearon los presentes, los ojos fijos en el plano, inquietos ante la curiosa convocatoria y el tono grave del almirante, un hombre que no dejaba nada al azar. La misma astucia que lo había llevado a cruzar el estrecho de Magallanes, a saquear ciudades del Caribe o a escapar entre las sombras del canal de la

Mancha era la que lo volvía precavido ahora. Si algo había aprendido en sus años de navegación y piratería era que los informes engañan, los rumores se inflan y los enemigos se disfrazan de aliados.

La empresa que se preparaba no sólo ponía en juego los intereses del reino, sino también los suyos. Drake había apostado fuerte: su reputación, su vida y cinco mil libras de su patrimonio personal. El éxito no era sólo deseable, sino imprescindible. Por eso había reunido a aquellos cuatro capitanes: Thomas Cely, William Furthow, Jervis Wilder y John Trenton. Todos hombres de valía contrastada, curtidos en años de navegación y combates. Hombres que sabían mirar y callar.

Sobre una cómoda, un globo terráqueo; en la pared, un gran espejo que devolvía sus propios gestos.

—Sé que sabéis calibrar la potencia de fuego de un navío —dijo, con las manos apoyadas en el borde de la mesa—, distinguir una batería operativa de unos cañones herrumbrosos y hacer preguntas sin levantar sospechas.

—Ponednos a prueba, almirante —dijo Thomas Cely, mientras los otros asentían en silencio.

—Lo sé, lo sé, señores —reconoció Drake—. Los informes de Walsingham hablan de costas desguarnecidas, hospitales llenos y barcos aún sin reparar. Pero yo soy perro viejo, y conozco a los españoles. Me fío tanto de las buenas noticias como de una maldita víbora.

William Furthow soltó una risa que se hizo contagiosa.

—Quiero saber qué voy a encontrarme en sus puertos —continuó Drake, sin perder el hilo—. No lo que digan los informes, sino lo que veáis con vuestros propios ojos.

Y a continuación, el almirante les explicó que necesitaba que inspeccionaran ciertos puertos de España y Portugal, infiltrados como simples comerciantes. No viajarían en barcos de guerra, sino a bordo de buques irlandeses o flamencos, cargados con mercancías inofensivas. Mientras sus patrones vendían la carga, ellos examinarían barcos, defensas, tropas, la actividad en los muelles, la riqueza de los almacenes, los ánimos de la población. Bastarían unos días y preguntas bien hechas. Lo justo para volver sin dar tiempo a que los descubrieran.

—¿Son leales esos patrones? —preguntó Cely, que no quería regresar a un presidio español.

—Me tengo por un hombre avispado, Thomas. —Drake alzó una ceja.

—El más sagaz de todos, almirante.

—Pero la lealtad se esconde tan profundamente en el corazón de los hombres que es difícil de calar. En todo caso, hasta donde yo puedo saber, sí. Y el beneficio que se les ofrece es suficiente para que no quieran traicionarnos.

—¿Y los puertos de destino? —preguntó John Trenton.

—Amigo John, creí que os había comido la lengua el gato —ironizó Drake —. Bien, he seleccionado cuatro. Santander es nuestra primera opción. Los informes indican que allí han recalado la mayoría de los buques de la Gran Armada. Pero ¿cuántos son? ¿En qué estado se encuentran? Puede que estén en dique seco, haciendo reparaciones importantes, o en el agua, con arreglos menores. Laredo es otro puerto que me interesa reconocer. Vigo, por su cercanía a Portugal, será el tercero. Y Lisboa, claro está, no sólo por su valor como capital, sino porque se rumorea que allí se reorganiza parte de la nueva flota oceánica. Necesito saber qué hay de cierto en ello.

—¿Qué hay de San Sebastián? —intervino Furthow—. He oído que el almirante Oquendo, con parte de la escuadra de Guipúzcoa, regresó allí.

Sir Francis se acercó al fuego, extendió las palmas de las manos hacia las llamas y luego se las frotó con lentitud. Trenton observó a sus compañeros, todos oficiales de segunda fila, destinados a mandar buques pequeños o medianos, a los que el almirante había escogido para aquella peligrosa misión. No eran sino marionetas en manos de aquel prestidigitador. A los grandes nombres les reservaba mejores mandos y tareas más nobles. Y aun así, no le importó.

—Oquendo murió en octubre, según nuestras fuentes. Y San Sebastián, como Pasajes, están demasiado metidos en el golfo de Vizcaya. Para una operación de esta índole, eso los hace poco apropiados. —Furthow abrió la boca para replicar, pero Drake levantó una mano que lo detuvo en seco—. Una rápida razia de dos o tres navíos es una cosa, William, y nuestra empresa, otra muy distinta. No podemos dejar su éxito al albur de los vientos ni al capricho de las corrientes.

—¿Y La Coruña? —preguntó Trenton, tratando de disimular el desencanto que sentía—. Vigo es apenas una aldea, y hasta donde sé, no ha recibido naves de la Armada.

—¿Creéis que La Coruña es mejor destino? —Drake entrecerró los ojos.

—Fue el último fondeadero de la Gran Armada, sir Francis —insistió.

—Vigo está más próxima a la frontera portuguesa.

—Si el objetivo es Portugal, ¿por qué desembarcar en un puerto español? —replicó Trenton con viveza. En Vigo no se le había perdido nada.

Pero al almirante le incomodó aquella réplica, o fingió que lo hacía, frunció el ceño y la atmósfera de familiaridad que había reinado hasta entonces se enrareció. Los demás capitanes bajaron la vista o carraspearon, incómodos. Desde el fondeadero llegaban, amplificados por la humedad, los golpes de los carpinteros y calafates, gritos y órdenes de marineros y cargadores, arrastre de fardos, la campana de un buque llamando al rancho. Drake se volvió hacia la mesa con aire de fastidio. El capitán Thomas Cely, oportuno, aprovechó para desviar el foco.

—¿Cómo nos repartiremos? —preguntó con voz neutra.

—A eso vamos —respondió el almirante—. William se dirigirá a Santander. Jervis, a Laredo. Y John, ya que parece conocerlo, visitará Vigo. En cuanto a vos, Thomas, os reservo la tarea más delicada: viajaréis a Lisboa y os las arreglaréis para entregar a las autoridades una carta que os daré a su debido tiempo.

Tras esas palabras enigmáticas, Drake les expuso los detalles logísticos: fechas previstas, rumbos, imprevistos. Les prohibió hablar del encargo con nadie, les exigió absoluta discreción y los citó dos días después para presentarles a los patrones de los mercantes que los transportarían a la costa enemiga. El tiempo urgía.

Cuando todo estuvo dicho, despidió a Furthow, Cely y Wilder, que inclinaron la cabeza, tomaron sus capas y abandonaron la sala uno a uno. Sólo John Trenton se quedó, de pie junto a la mesa. Drake se encaminó hasta un pequeño aparador, sirvió dos medidas de brandy en vasos de cristal y le ofreció uno a Trenton sin pronunciar palabra.

—¿Y bien, John? —dijo por fin, con el vaso entre los dedos—. ¿Qué hay en La Coruña que os llame tanto la atención?

—Nada más que intuición, señor —respondió Trenton, esquivo. No iba a revelar que tenía motivos personales para apostar por aquel puerto. A Drake no.

El almirante alzó las cejas, insatisfecho con la respuesta.

—Os conozco, capitán. Sois de los pocos que saben cuándo hablar y cuándo callar. Y también sé que no hacéis preguntas al azar.

Trenton bajó la mirada. El terreno que pisaba era resbaladizo. Si mostraba demasiada insistencia, el almirante sospecharía. Si se mostraba indiferente,

parecería haber mentido, de modo que optó por arriesgarse con una respuesta inesperada.

—La Coruña está cerca de Santiago de Compostela, señor. Vos mismo lo dijisteis en Saint James. Lo recuerdo bien.

Drake, que en ese momento se llevaba la copa a los labios, soltó una carcajada que estuvo a punto de atragantarlo.

—¡Ah! John, John, John…, haber empezado por ahí. —Drake le dio una sonora palmada en la espalda—. Por vida mía. No os imaginaba tan ambicioso.

—Tampoco me embarco en misiones en vano —respondió Trenton con firmeza, pero sin insolencia.

Se hizo el silencio. Sólo se oía el crepitar de la leña en el hogar y, a lo lejos, el chillido agudo de las gaviotas. El espejo de la pared devolvía la imagen de Drake, con su rostro curtido y su barba rojiza. El almirante apuró su vaso, lo dejó sobre la mesa con un golpe seco y, por fin, sonrió. Aunque su sonrisa no tenía calor.

—Id a La Coruña si queréis —dijo con un tono más grave—. Después de Vigo. Pero no volváis a contradecirme delante de los demás.

Trenton asintió. Hizo una leve reverencia y se marchó sin añadir palabra. La niebla había comenzado a disiparse y el frío mordía la piel, pero el capitán sonreía. Elizabeth estaba, de nuevo, al alcance de la mano.

3

Afueras de Galway

La clara y despejada mañana parecía prometer un día soleado, pero pronto se echó a perder. El cielo se llenó de nubarrones y poco después empezaron a caer las primeras gotas de agua, que en breve se transformaron en un chaparrón. Los ingleses habían ejecutado ya a casi la mitad de los cautivos. La pila de cadáveres aumentaba con sombría velocidad. Arreció la lluvia. El lord diputado no estaba dispuesto a empaparse por una ejecución y se levantó y se encaminó hacia la villa con solemne dignidad. Lo siguió sir Richard y el resto de la comitiva. El pueblo llano, en cambio, permanecía en su sitio, atraído por la macabra distracción.

El nerviosismo de los condenados era palpable. La tensión de la larga espera, los compañeros muertos, el temor, las súplicas, los desmayos, las

demostraciones de valor. Todo sumaba.

—No me matarán —rugió de pronto el capitán Bravo—. A mí no.

No comprendía Duarte a qué se refería, aunque en varias ocasiones le había oído afirmar lo mismo.

—Atendedme, señor sargento —añadió el capitán en voz más mesurada.

Duarte volvió la cara y se encontró con una mirada encendida y unos ojos delirantes que señalaban hacia abajo, hacia el cuchillo roto y desgastado con el que habían tratado de librar el barrote de la pequeña ventana. De alguna forma había conseguido esconderlo y lo sujetaba con fuerza entre las manos atadas.

—Daos la vuelta —le indicó.

Duarte, sin pensarlo, se giró y le ofreció las manos. Alzó la cabeza para ver si algún soldado los veía, pero todos estaban atentos a los cinco diablos que colgaban de las horcas. Estaban alegres y algo bebidos. El capitán cortó la cuerda con facilidad y Duarte sacudió los hombros y los brazos, agarrotados de tenerlos atrás. En cada muñeca tenía enlazada aún una pulsera de cuerda.

—Cortad mis ataduras —le susurró el capitán, y le entregó el cuchillo para que hiciera lo que le pedía. En cuanto se sintió libre, Bravo se apoderó nuevamente de él y comenzó a desatar a los que estaban cerca.

—¿Qué pretendéis? —le preguntó Duarte.

—Os he dicho que no voy a dejarme matar —respondió Bartolomé Bravo mientras liberaba a fray Antonio.

El desorden que se había formado alrededor de ellos, pese al entretenimiento que suponían las ejecuciones, no pasó desapercibido. Algunos soldados ya miraban hacia allí.

—Tomad, padre. Seguid vos —añadió Bravo. Y sin esperar más, derribó con el hombro al soldado más cercano, se agachó sobre él, le quitó la espada y se lanzó sobre el siguiente, que tendió la alabarda para defenderse. El capitán fintó hacia un lado y logró esquivarlo. Con la espada en alto corrió hacia su derecha, donde estaba la mayoría de la tropa.

—¡Matadme ahora! —aullaba como un poseso—, ¡por Cristo y por Santiago!

Un arcabucero disparó contra él, sin acertar, y el capitán lo pinchó con la espada y lo hizo caer. Se oyó otro disparo, también fallido, y un tercero que hizo, al fin, blanco. Bartolomé Bravo se encogió y cayó, y varios soldados lo rodearon y lo acribillaron a estocadas. Duarte vio su cuerpo hecho un ovillo, inmóvil, sobre la tierra. Había tenido la muerte que deseaba.

Para entonces, otros condenados se habían soltado y, siguiendo el ejemplo de

Bravo, cargaban contra los soldados o trataban de huir hacia el bosque o el arrabal. Tampoco los que permanecían atados se quedaron quietos.

Fowles reaccionó de inmediato. Mandó a sus hombres que rodearan a los que no se habían movido y persiguieran a quienes trataban de huir, pero el desorden era tal que parecía imposible recomponer las filas. La explanada era un pandemonio de carreras, gritos, voces marciales y disparos. Los curiosos, que se habían acercado para disfrutar de una jornada festiva, desalojaban el lugar a toda prisa, encaminándose hacia las puertas de la villa o hacia las casas del arrabal. Los soldados, enfurecidos y rabiosos, disparaban a discreción sobre los prisioneros, los alanceaban o los acuchillaban sin fijarse en si trataban de escapar o no. Los más disciplinados arrastraban hasta el cadalso a quienes capturaban vivos para que los verdugos cumplieran con su tarea. Otros prisioneros, que no habían conseguido soltarse de las ataduras, desesperados, se precipitaban sobre los alabarderos.

Al principio, Duarte intentó desatar a algunos compañeros, pero cuando el tumulto se desbordó y todos huyeron en desbandada, miró a su alrededor en busca de la mejor salida. Los soldados, al cargar, habían roto la formación. Hacia la derecha, en la vaguada que descendía hasta la orilla, se abrían numerosos huecos en su línea, así que decidió dirigirse hacia allá, corriendo despacio para no llamar la atención.

Apenas había empezado a moverse cuando chocó de frente con una mujer, que soltó un gritito espantado antes de llevarse las manos a la boca. Tenía el cabello rojizo y enmarañado y los ojos, muy azules, fijos en él. Duarte la apartó de un manotazo y reemprendió la marcha. Mientras corría, observó cómo un prisionero fuerte y grueso, con las manos en la espalda, derribaba de un cabezazo a un arcabucero, se arrodillaba junto a él y lo mordía en el cuello. El soldado, retorciéndose en el suelo, pedía auxilio mientras pugnaba por zafarse. Un compañero acudió en su ayuda y atravesó al cautivo por la espalda. Duarte no reconocía al hombre, y la última imagen que guardó de él fue su barba embadurnada de sangre, como si el mismísimo Mitra lo hubiera ungido.

Aceleró el paso. Otros españoles lo vieron y lo siguieron. Poco después, los arcabuceros abrieron fuego. Duarte escuchó el silbido de las balas y giró la cabeza. Tres cautivos lo seguían. Uno dio un mal paso y cayó de bruces. Fowles daba órdenes a sus hombres para que no permitieran escapar a nadie.

Duarte oyó un grito a su espalda, pero no se detuvo a mirar. El aire le zumbaba en los oídos. El terreno, encharcado y lleno de irregularidades, junto

con la hierba mojada y resbaladiza lo obligaban a concentrarse en cada zancada. La lluvia seguía cayendo. A su izquierda, una mancha boscosa se dibujaba en la distancia, demasiado lejana. Frente a él podía distinguir las aguas grises y encrespadas de la ensenada. Las olas rompían con violencia contra las rocas. La vaguada descendía suavemente hacia la orilla, pero aún faltaban trescientas o cuatrocientas varas para alcanzarla. Un joven zanquilargo se puso a su altura, a pesar de tener las manos atadas.

—Vamos, compañero —dijo con una sonrisa cansada.

—¿Viene alguien más? —preguntó Duarte.

—Sólo nosotros —respondió el joven mientras lo adelantaba. Corría con la espalda muy recta y, para equilibrarse, balanceaba exageradamente los hombros.

La distancia hasta la orilla se había reducido a la mitad, aunque Duarte no sabía qué haría si lograba llegar a ella. A su derecha, las murallas de Galway concluían en un bastión que se adentraba en el mar. Al pie de la fortificación se distinguían algunas casas bajas y pobres, quizá de pescadores. Pensó en cambiar de dirección y encaminarse hacia ellas.

En ese momento, el muchacho zanquilargo cayó abatido por un disparo, y Duarte hubo de saltar para no tropezar con su cuerpo. Herido, pidió socorro, pero ¿qué auxilio podía prestarle? Duarte viró a la derecha. El terreno ascendía ligeramente. Apenas había avanzado unas veinte varas cuando sintió un golpe seco en la paletilla, como si le hubieran sacudido con un garrote. Trastabilló y cayó al suelo. Quiso incorporarse, pero las piernas no lo sostenían. El dolor del hombro era tan intenso que lo dejó inmóvil. Finalmente se desplomó de bruces sobre la hierba verde y húmeda, olorosa a pasto recién segado.

No tardó en oír pasos y voces. Un grupo de soldados alcanzó al muchacho zanquilargo, que agonizaba más abajo. Tres portaban arcabuces y el cuarto una partesana. Hablaban en voz alta, excitados, jadeantes y empapados. El lancero atravesó al caído con tal violencia que la moharra se clavó en la tierra, lo que provocó las risas de los demás. Malhumorado, consiguió extraer el arma y ordenó a uno de los arcabuceros que rematara al otro herido.

Duarte lo vio acercarse. Intentó pensar en su padre, en las mujeres que había amado, en los camaradas de otros tiempos, en los amigos más cercanos; pero sólo acudió a su mente la imagen de la mujer con la que había tropezado al iniciar la huida, los ojos claros, muy abiertos, y una expresión de sorpresa en la que no había miedo.

El arcabucero se detuvo a su altura. Duarte distinguió sus botas rotas, sujetas con cuerdas, y alzó apenas la cabeza para verle el rostro, pálido, sudoroso, o quizá empapado, con el cabello castaño asomando bajo el ala del sombrero. Sacó de la cintura un pistolón de mecha y apuntó.

Duarte sintió un frío repentino justo antes de que la bala le atravesara la carne. Después llegó el olor acre de la pólvora y una oscuridad creciente, en cuyo fondo unos ojos azules lo miraban con tristeza, cada vez más lejanos, más apagados, hasta extinguirse por completo.

4

Océano Atlántico

La llegada de los nuevos pasajeros a la Portuguesa suscitó cierto revuelo. La vestimenta y los modales de Yabama, que se conducía como un marinero más, el evidente parecido del niño con Gabriel y el hecho de que el capitán les hubiera cedido su propia cámara encendieron las lenguas y avivaron las conjeturas entre los tripulantes. Para los más despiertos, se trataba de una antigua amante; para los más suspicaces, de una criolla rica que, con intención de disimular su riqueza, fingía humildad, y para los más fantasiosos, era una princesa amazona enviada por su pueblo para solicitar una merced al monarca. En todo caso, su presencia no dejó a nadie indiferente, y la inquietud creció cuando Gabriel la puso al frente de la cocina.

—¿Y eso por qué? —le preguntó, escamado, Laiseca.

—Porque ese era su oficio —respondió Gabriel, con sequedad.

—Imagino que habrá pagado su pasaje —insistió el maestre—. Es decir, dos pasajes.

—En tal caso, no la habría puesto a trabajar, ¿no os parece?

—No menéis más el asunto —intervino Mahagüini, que contemplaba la escena con la tranquilidad acostumbrada. Laiseca hizo caso al medio indio y no volvió a sacar el asunto, aunque se pasó varios días rezongando.

Con los barcos ya en son de mar, bien que una de las naos algo maltrecha, sólo quedaba aguardar la ocasión propicia para hacerse a la vela. Antes de la partida, los capitanes de los distintos navíos acudieron a bordo del galeón para determinar, en consejo, el rumbo y el orden de marcha. Don Íñigo Espinosa, almirante del convoy, expuso que seguirían la altura de treinta y ocho grados

boreales y que navegarían en conserva, con el galeón en cabeza, como era de rigor, seguido por la fragata y las dos naos, mientras que el patache cerraría la formación.

Yabama había advertido a Gabriel que Malasaigne y su escuadrilla acostumbraban a seguir a sus presas a cierta distancia, al aguardo de que alguna nao se separase del grupo para caer sobre ella. Como la inesperada aparición de la fragata y del patache en Corvo había malogrado sus designios, el corsario optó por ocultarse en las ásperas calas del noroeste de San Miguel, a la espera de mejor ocasión. Sin embargo, el rumbo elegido por Espinosa los alejaría de aquella isla, y Gabriel, tras pensarlo bien, juzgó innecesario dar cuenta de tales noticias. Propuso, en cambio, que fuera la fragata, y no el patache, la que ocupara la retaguardia, pues su porte y artillería la hacían más idónea para socorrer a cualquier nave rezagada. Espinosa no tuvo inconveniente en aceptar la sugerencia, ni en admirar el compromiso de Gabriel, que se adjudicaba la posición más comprometida.

Para el caso de que el convoy se dispersase, fijaron como punto de reunión el Cabo da Roca, al norte de Lisboa, en la misma latitud que Terceira.

Pocos días después de haber celebrado el consejo, el cielo se aclaró, la orilla se serenó y el almirante dio orden de partir. Gabriel solicitó a fray Lorenzo, el clérigo que llevaba de pasajero, que celebrase una misa en cubierta para que los hombres pudieran comulgar y poner en paz sus almas antes de afrontar la travesía. Conocía bien su natural supersticioso y sabía que la misa los confortaría más que cualquier promesa.

Los cinco navíos salieron de la bahía de Angra a primera hora de la mañana, aprovechando un viento favorable del segundo cuadrante. Desde el puente de la fragata, Gabriel y Laiseca seguían con atención las evoluciones de los barcos que los precedían y no tardaron en advertir que una de las naos, de nombre Santa Cruz, tendía a rezagarse.

—Muy cargada va esa nao —comentó Gabriel.

—O mal gobernada —apuntó el maestre.

El buen tiempo fue apenas un espejismo, y no tardó en alcanzarlos una nueva borrasca, no tan feroz como las anteriores, pero suficiente para complicar la travesía y desordenar la formación. La Santa Cruz, que ceñía mal el viento, comenzó a derivar hacia el sur. La fragata la siguió, y ambas naves perdieron pronto de vista al resto del convoy. El cielo encapotado impedía tomar la altura y la mala mar, calcular la velocidad. Sólo la silueta de una isla

los ayudó a orientarse: no podía ser otra que San Miguel. Tras la crudeza de los primeros embates, el viento, que aflojó y roló a oeste franco, les permitió corregir el rumbo.

Apenas se desvaneció San Miguel en el horizonte, el vigía divisó tres velas por la aleta de estribor.

—La escuadrilla de Malasaigne —le dijo Gabriel a Mahagüini, el único al que había puesto al tanto de las revelaciones de Yabama. A continuación, ordenó pegarse a la nao todo lo que el estado de la mar permitiera, desplegar todo el trapo y tratar de encontrar al convoy. A lo largo de la mañana, la distancia entre perseguidores y perseguidos fue disminuyendo. La nao era demasiado lenta para dejar atrás a los corsarios, y la fragata debía retener su marcha para no abandonarla. El mar, aún muy picado, la hacía cabecear y balancearse. Cortaba con firmeza las olas pequeñas, remontaba las grandes y, al superar sus crestas, hundía con violencia la proa. Las salpicaduras barrían la cubierta, y no quedaba a bordo un solo hombre seco.

El viento, largo, entraba por la aleta de babor. Las vergas estaban ligeramente braceadas, con los puños de las velas cazados a proa. Los piratas habían estirado su formación, y el convoy no aparecía por parte ninguna.

Había que prepararse para el combate. Las portas se abrieron, los artilleros tomaron sus puestos, se levantaron las batayolas y la gente de guerra se repartió por cubierta. La pinaza, donde según Yabama iba Malasaigne, se había destacado tanto que pronto entraría en distancia de fuego. Pasaba con holgura de los cien toneles y montaba media docena de piezas por banda: nada mal para su tamaño. Entre la espuma y la llovizna se adivinaban las siluetas de sus tripulantes, trepados en palos y jarcias, asomados a las bordas.

Esa pinaza tan adelantada le dio a Gabriel la idea de hacer algo a poca costa, algo que, de salir bien, abreviaría el combate. Calculó las distancias y las velocidades, la fuerza y dirección del viento, y ordenó orzar dos cuartas a estribor y superar a la Santa Cruz. La decisión sorprendió a Laiseca.

—Es cobardía largarse cuando pintan bastos —renegó el maestre.

—Tú obedece, o te encierro en la bodega. Sólo espero que no se rindan sin presentar batalla.

El maestre lo miró desconcertado, apretó los dientes y transmitió la orden. Los hombres, por más que se sorprendieran, conocían a su capitán, y ninguno protestó. La Portuguesa, con todo el velamen desplegado, bailó sobre el agua y en un santiamén sobrepasó a la nao, cuyos tripulantes, al sentirse abandonados,

alzaron los puños en señal de protesta. Veían cómo su compañera les daba la popa y se alejaba con la misma rapidez con que el primer enemigo se les aproximaba.

Gabriel, desde el alcázar, no dejaba de mirar atrás. La pinaza se aproximaba sin pausa a la nao hasta que llegó un punto en que esta le obstaculizó la vista de aquella. Entonces ordenó virar en redondo. A Laiseca se le encendió al fin la luz y se dio prisa en obedecer. Los hombres lanzaron un grito de júbilo al tiempo que preparaban la maniobra. Recogieron la vela de mesana, metieron el timón y pusieron la verga de la mayor en cruz, con lo que la fragata cayó de golpe a sotavento. A continuación, se bracearon el trinquete y el velacho, se hizo lo propio con la mayor, se largó el trapo y, con el viento en la amura de estribor, se enderezó el rumbo para aproximarse a la nao.

—Carajo de diablo —juró Laiseca.

La súbita maniobra de la Portuguesa desconcertó a los corsarios, que de improviso se veían entre dos fuegos: la nao a estribor y la fragata a babor. El falucho y el bergantín, aún a varios cables de distancia, no podrían socorrerla a tiempo.

—Listos para el zafarrancho —gritó Gabriel.

Los cañones se cebaron y cargaron, y cada cual ocupó su puesto. La gente de guerra, con los mosquetes prevenidos, se apostó en las bordas y en los palos; la marinería empuñó sables, cuchillos y chafarotes. Se hallaban casi borda con borda con la pinaza, donde reinaba una agitación frenética. Los piratas, que no habían apercibido la artillería de aquella banda, no sabían a qué cañones atender. La nao dejó ir una primera descarga que, a causa de la marejada, apenas logró hacer blanco.

—Malos artilleros llevan —comentó Yabama, que se encontraba cerca de Gabriel.

—¿Y García?

La mujer señaló hacia atrás. Por la escotilla de la tolda asomaba la cabeza del niño, que observaba la escena con los ojos chispeantes.

—Llévatelo abajo —ordenó Gabriel.

Ella no le hizo caso.

Rugieron entonces los cañones de la fragata, mejor dirigidos, y varios proyectiles hicieron blanco en los costados de la pinaza. Gabriel dio la orden de abordaje.

Los garfios mordieron en la borda enemiga, algo más baja que la propia. Así

aferrados, los cascos se juntaron y entrechocaron hasta astillarse. Los hombres saltaron a la cubierta de la pinaza y comenzó un combate durísimo. Gabriel, al frente del asalto, se encaró con dos enemigos que intentaban cargar un falconete. Tajó al primero en la base del cuello y embistió con el hombro al segundo, que soltó la bala de hierro que sostenía y echó mano de un puñal que colgaba de su cintura. Antes de que pudiera desenvainarlo, le golpeó la oreja con la guarda del sable y le descargó luego el pomo contra el ojo, que se hundió en la cuenca. El hombre se cubrió el rostro y cayó de rodillas. Gabriel soltó el aire que retenía y buscó otro adversario.

Se luchaba en parejas, tríos o en grupos más enredados. Un grito lo hizo girarse a tiempo para alzar la hoja y detener el mandoble de un hombre que había salido de una escotilla. Blandía un machete bien afilado, roto en su tramo final, que manejaba con rapidez y pericia, pero una pelota disparada desde la fragata le dio en el abdomen y lo abatió.

Gabriel pasó sobre el cuerpo y escudriñó la tolda en busca de Malasaigne. El humo de la pólvora dificultaba la visión, pero alcanzó a distinguirlo sobre el alcázar, rodeado de varios de sus cofrades. Agitaba la espada por encima de la cabeza y se desgañitaba en gritos que Gabriel no alcanzaba a entender. Las voces y los jadeos, los quejidos, el restallar del agua y el viento, el entrechocar de aceros y los últimos disparos aislados creaban una confusión que borraba todo orden. Cruzó el combés, esquivando hombres y duelos, trepó por la escala de babor y alcanzó la cubierta alta. Desde allí vio cómo los corsarios retrocedían hacia el castillo, superados en número por los hombres de la fragata y de la nao, que se habían sumado a la lucha. En tres zancadas llegó hasta Malasaigne, parcialmente oculto por uno de los suyos. Tenía la cabeza descubierta, la barba larga, entrecana y salvaje, la piel aceitunada y los hombros anchos y rectos. El mismo bastardo de siempre, algo más viejo y gastado. El hombre que lo protegía le daba la espalda y Gabriel, aprovechando el descuido, le hundió la punta en los riñones y lo apartó de un empellón.

—¡Aquí, bastardo! —gritó en francés.

Malasaigne se volvió hacia él. En su rostro apareció una expresión de sorpresa: la cara del adversario le resultaba familiar, pero no conseguía situarla. Aun así, retrocedió un par de pasos, alzó la espada y compuso una guardia baja, fácil de atacar. Gabriel se deslizó hacia él sin dejar de moverse. Los aceros se agregaron y los hombres cruzaron el primer lance, en el que Malasaigne desvió con esfuerzo un botonazo envenenado. Dio otro paso atrás, dobló el

codo y levantó la punta de su espada. Algunos piratas trataban de escapar por la escotilla de la tolda, y otros se rendían. La cubierta se iba vaciando.

—¿No me recuerdas?

El pirata frunció el ceño, concentrado en defenderse y en adivinar quién era. Gabriel sonrió. Yabama no le había dicho nada sobre él. Adelantó la pierna derecha y alargó el sable, pero Malasaigne desvió su golpe con un giro de muñeca.

—Soy l'Avide —dijo entonces.

La revelación hizo que Malasaigne bajara la guardia un instante. Bastó. Gabriel le pinchó la mano y le hizo soltar la espada, y de inmediato llevó la punta del sable a su cuello. El pirata, con la mirada fija en su rostro, parecía no advertir que el duelo había terminado.

—Os tenía por muerto, l'Avide —dijo al fin.

—Ya veis que no —repuso Gabriel con voz suave—. Ahora decid a los vuestros que depongan las armas. No tiene sentido seguir luchando.

Malasaigne se adelantó y gritó a sus hombres que se rindieran. En verdad, el combate estaba casi concluido. En ese momento, una bala le alcanzó el cuerpo y un trallazo seco acompañó su caída. Todas las cabezas se volvieron hacia la fragata. En el alcázar, Yabama sostenía un mosquete humeante entre las manos.

5

Cementerio de Forthill

Los cadáveres formaban una pila macabra. El sheriff de Galway había ordenado cavar una gran fosa entre el cementerio de Forthill y el convento, pero la tarea era tan laboriosa que los hombres encargados de abrirla estuvieron trabajando toda la tarde. Mientras, un grupo de frailes agustinos y de mujeres piadosas se dedicaba a amortajarlos.

El nublado se disipó tan deprisa como había llegado, y el cielo se tiñó con los tonos sangrientos del crepúsculo. Envolver a más de dos centenares de caídos requería tiempo, y la luz empezaba a escasear. Los enterradores soltaron las herramientas y se marcharon. Proseguirían al amanecer. Los soldados que vigilaban la tarea hicieron lo mismo, fatigados tras una jornada tan repleta de acontecimientos. Los agustinos, sin embargo, decidieron continuar. Restaban

pocos cuerpos sin sudario, y les resultó un sacrilegio dejarlos apilados como animales.

Algunas mujeres se quedaron a ayudarlos. Una de ellas se dedicaba, con paciencia, a lavar con un balde y un paño húmedo el barro, la sangre seca y los rastros de violencia de los rostros de los fallecidos. Otras envolvían cada cuerpo en una sábana blanca y lo colocaban al borde de la fosa. Los difuntos, ya rígidos, eran difíciles de manipular, y los más pesados exigían tres personas para ser movidos.

Las estrellas comenzaron a aparecer entre las nubes rotas. Dos frailes sostenían antorchas para iluminar la escena. El viento agitaba las llamas con tal fuerza que parecía querer arrancarlas de las estacas. Un tercer fraile, enjuto y de edad avanzada, hacía la señal de la cruz sobre cada muerto y murmuraba una oración en latín. Testigo de aquella barbarie, movía la cabeza con pesar.

—¡Padre Keogh! —llamó de pronto la mujer que limpiaba los rostros.

El abad interrumpió el rezo y se acercó a la mujer que, arrodillada sobre la húmeda hierba, tenía la cabeza de un hombre barbado y sucio apoyada en los muslos.

—¿Qué ocurre?

—Este hombre aún vive —susurró ella.

El abad se inclinó, escuchó, y al comprobar que, en efecto, respiraba, se irguió y miró en torno. Las sombras eran densas. De los vigilantes no había rastro.

—Ayudadme a trasladarlo —le pidió.

Lo agarró por los hombros, ella por las piernas. Apenas pesaba. Uno de los frailes con antorcha se aproximó, pero el abad le indicó con un gesto que se alejara: no convenía iluminar la escena.

A la entrada del convento, otro religioso tomó el relevo de la mujer. Era el tercer prisionero que rescataban vivo. Lo trasladaron por un pasillo hasta una celda usada como enfermería y lo acostaron sobre un jergón. El padre enfermero alzó un candil para examinarlo. Tras unos momentos de inspección, descubrió dos heridas: una en la espalda y otra en la nuca, junto al cuello, que limpió con cuidado hasta despegar la costra con que la sangre había endurecido el pelo. La bala había rozado el hueso, pero no lo había penetrado.

—¿Vivirá, hermano Thomas? —preguntó el abad.

El enfermero plegó los labios y alzó las manos en un gesto de duda.

—Ha perdido mucha sangre —dijo, y se puso a trabajar sin añadir nada más.

Lavó la herida de la cabeza con vinagre rosado y la cubrió con ungüento amarillo. La de la espalda, tras extraerle el plomo alojado junto a la paletilla, la desinfectó con el mismo vinagre, la suturó con aguja gruesa y seda encerada, le aplicó el ungüento y la vendó con tiras limpias de lino.

Esa misma noche, los frailes los trasladaron a una celda oculta tras un muro falso. Fue una decisión afortunada: los soldados habían hallado varios prófugos escondidos en casas cercanas y, al día siguiente, una patrulla registró el monasterio. Sin embargo, el escondite era pequeño, húmedo y oscuro, inapropiado para atender a pacientes en tan grave estado, y uno de ellos no tardó en fallecer.

El abad del monasterio decidió llevar a los dos supervivientes a un lugar más seguro, pero el enfermero negó suavemente con la cabeza.

—Un traslado ahora lo mataría, padre Keogh, al menos a este. Está demasiado débil.

—¿Qué hacemos entonces, hermano?

—Atenderlo en la enfermería. Es poco probable que vuelvan a registrar el convento.

—Pero no imposible.

—Si lo ocultamos en otro sitio, tendré que ir a verlo con regularidad. Eso sería igual de peligroso, o más.

El abad lo observó con sus ojillos brillantes, ladeó la cabeza, y al fin asintió.

—Hágase la voluntad del Altísimo.

—Así sea.

Fray Thomas volvió junto al herido, que respiraba con dificultad, y avivó la llama del candil. Fuera, el viento ululaba entre las columnas del claustro.

—Nos espera un duro invierno —murmuró.

6

Océano Atlántico

Los dos corsarios, al presenciar el destino de la pinaza, desistieron del ataque y se esfumaron en el horizonte meridional. Los prisioneros, casi una treintena, fueron repartidos entre la fragata y la nao Santa Cruz. De la pinaza se hizo cargo Gabriel, que envió a bordo una tripulación de presa bajo el mando de Laiseca. El maestre se ocupó de que se taponaran los boquetes provocados

por la artillería con tacos de madera, y de que se remendara la vela mayor, también horadada, antes de reemprender la travesía.

A Malasaigne lo atendió Garcés Serrano, el barbero de la Portuguesa. Con manos firmes, le extrajo la bala de plomo del costado, lavó la herida con vino caliente, aplicó un ungüento de basilicón y la cubrió con un emplasto.

Gabriel no tardó en exigirle a Yabama explicaciones por el disparo alevoso, cuando el pirata ya se había rendido.

—Lo hice para protegerte —alegó ella—. Siempre lleva una daga disimulada entre la ropa.

—Esta vez no la llevaba.

—Por eso lo ha salvado la providencia —replicó, sin inmutarse.

—Todavía no.

Yabama descendió al sollado donde Malasaigne convalecía. La luz era escasa y el aire estaba impregnado de un hedor espeso a ungüentos y sangre seca. El barbero se apartó sin decir palabra.

El francés yacía inmóvil sobre un jergón de lona. Tenía el rostro pálido y la respiración entrecortada. Sus ojos se abrieron al sentir una presencia y, al reconocerla, contrajo los labios.

—Zorra traidora… —musitó.

Yabama lo miró con la misma frialdad con la que se contempla a un extraño.

—Estás donde mereces estar —dijo. Su voz era seca como una costra.

El pirata intentó incorporarse, pero el dolor se lo impidió. El sudor le empapaba la frente y la herida supuraba bajo el emplasto.

—Ese l'Avide será tu ruina.

—¿Creíste que ibas a tener siempre a tu perra mestiza? —siguió ella, dando un paso adelante—. ¿Que dejaría a mi hijo a tu alcance? Aquello se acabó, Guy. Y espero que te pudras aquí abajo.

Malasaigne estaba desconcertado, incapaz de comprender que aquella mujer, que un día creyó suya, pudiera tratarlo con tanto desprecio. Yabama se inclinó hasta quedar muy cerca de su rostro. Exhibía una sonrisa helada.

—Lástima no haberte matado —susurró. Y se marchó sin cerrar la escotilla.

Más tarde, Gabriel le preguntó al barbero por el herido.

—No será fácil que salga de esta —dijo Garcés—. Las heridas de bala suelen emponzoñarse.

—Haced lo que esté en vuestra mano.

—No prometo nada. Ah, capitán, hoy bajó la mestiza a verlo.

—¿Y?

—Él la llamó traidora y ella le deseó que se pudriera.

Gabriel no respondió. Sólo asintió y siguió su camino. No le sorprendía. La Yabama que él conoció no perdonaba.

Malasaigne no sobrevivió a la travesía y su cuerpo fue lanzado al mar sin mayores ceremonias.

Las tres naves no lograron alcanzar al convoy e hicieron solas el resto del peligroso viaje. Una de aquellas noches, en mitad de un Atlántico iracundo, celebraron la Nochebuena como mejor pudieron, con más calor humano que recursos. Laiseca mandó calentar vino con miel y especias, y Garcés Serrano sacó de quién sabe dónde una flauta de caña con la que improvisó una romanza. Un soldado entonó villancicos de su tierra y otros marineros se le unieron entre risas y palmadas.

Levantaron un portal viviente con velas, mantas y cajones. Yabama, envuelta en un manto, se plegó a hacer de Virgen, y su hijo encarnó al Niño. Nadie protestó, ni siquiera el fraile, que cruzó los brazos y sonrió con indulgencia.

Luego, sentados en la tolda, adonde los había empujado el frío, hablaron de sus tierras y de sus oficios, de las veces que habían zarpado sin saber si volverían, de hijos y difuntos, de tabernas lejanas y promesas no cumplidas. Laiseca, que rara vez hablaba de sí, contó que en su juventud se había ganado la vida haciendo cabotaje en el Cantábrico, pero que tras enviudar cambió la costa por las travesías de altura. Su tierra, dijo, le llenaba el ánimo de melancolía. Nadie respondió.

—No sabía que estuviera casado —le dijo Gabriel a Mahagüini.

—Creo que tiene una hija —apuntó Mahagüini, con lo que terminó de sorprender a su capitán.

Con los víveres agotándose y recurriendo al agua de lluvia, avistaron por fin el Cabo da Roca. Allí tampoco hallaron rastro de sus compañeros. Sólo al remontar el estuario del Tajo divisaron el San Jerónimo fondeado frente a uno de los muelles de Lisboa.

El capitán de la Santa Cruz acompañó a Gabriel a presentar novedades a Bazán, que los recibió con su habitual impavidez. Escuchó el relato con gesto adusto y, al terminar, se limitó a felicitarlos por el buen resultado de la navegación. Los prisioneros fueron condenados a remar en las galeras. La pinaza capturada se incorporaría a la armada de Lisboa, escasa de efectivos, y a Gabriel se le abonaría la mitad de su valor en arqueo.

—¿La mitad? —protestó, incrédulo.

—Es una merced que os hago, señor Del Puerto. —Bazán esbozaba una sonrisa medida—. En tanto naveguéis a mis órdenes, no rigen las leyes del corso. Además, la Santa Cruz también participó en la captura.

Tras discutir con el capitán de la nao los detalles del desembarco del cargamento, el almirante volvió a dirigirse a Gabriel.

—Tomaos unos días de descanso, que luego os avisaré de vuestra nuevo cometido.

—¿Tenéis más patrullajes para mi fragata?

—Estamos en guerra, y vuestra fragata está al servicio de la Corona. ¿Lo habéis olvidado?

—Recuerdo que me prometisteis ayudarme con la licencia para comerciar con Oriente, excelencia.

—Cada cosa a su tiempo, señor Del Puerto —respondió el almirante.

De regreso en la Portuguesa, Gabriel informó a los suyos de la situación, les concedió unos días de asueto y reiteró que quien no estuviera conforme podía desembarcar. No quería tibios a bordo.

En cuanto a Yabama y García —todavía le costaba llamarlo hijo—, decidió mantenerlos a bordo. Llevaba días dándole vueltas al asunto sin alcanzar resolución firme. Durante la travesía del Atlántico, la mujer se había mostrado reservada. No dejó de lanzarle miradas ardientes ni de deslizar alguna alusión velada, pero no intentó torcer su voluntad, ni colarse en su lecho. Cumplía la labor de cocinera con buen tino y, cuando le quedaba un rato, se sumaba a las faenas como uno más, lo que acabó por ganarle el respeto de la tripulación. Las ropas de hombre, que al principio Gabriel temió fuente de conflictos, terminaron por ser una ventaja, ya que facilitaban que los marineros la viesen como a una igual.

García, por su parte, se conducía como un paje más, bajo las órdenes del contramaestre Ballesteros. Vestido con una simple saya, baldeaba y rascaba la cubierta, barría la bodega, llamaba al rancho, repartía las raciones, recogía la mesa de los oficiales, hacía guardia junto a la ampolleta y entonaba los salmos cuando tocaba. Todo lo ejecutaba con tal naturalidad y empeño que parecía haber nacido para la mar. Aun así, Gabriel no estaba satisfecho: verlo entregarse con tanto afán a un oficio sin porvenir le causaba cierta desazón. Y en más de una ocasión se preguntó qué sería de él el día de mañana.

—El destino no está en nuestras manos —le dijo Yabama cuando la

interrogó al respecto—. Y de nada sirve preocuparse.

Después de desembarcar de incógnito a los cinco pasajeros que habían traído desde las Azores, Gabriel fue a visitar a Rafael Reigosa y se interesó por su promesa de «allanarle el camino» para establecerse en Lisboa. El mercader lo recibió con efusividad, le dedicó un elogio desmesurado por la brillante captura del buque corsario y se ufanó de su hospitalidad hacia los azoreños, a quienes alojaría, por el momento, en su propio domicilio. Respecto a la casa comercial, le propuso un primer negocio conjunto.

—Vuesa merced dirá —lo animó Gabriel.

—He pensado que podríamos conformar una sociedad mercantil, sujeta a la mía, de la que seríais socio minoritario. Eso os abrirá las puertas para operar como armador independiente más adelante, cuando os traspase mi parte.

La idea no disgustó a Gabriel, siempre y cuando acordaran una inversión razonable y un precio claro para el futuro traspaso de las participaciones. Pero para que la nueva sociedad comenzase a funcionar necesitaba contar al menos con un barco de cierto arqueo, apropiado para navegaciones oceánicas, un barco que, según Reigosa, debería aportarlo Gabriel.

—Mi fragata está al servicio de la Corona. Lo sabéis.

—¿Y la pinaza que capturasteis? —preguntó el comerciante.

—Olvidaos de ella —replicó Gabriel, y lo puso al tanto la decisión de Bazán.

Don Rafael protestó por la mezquindad de las autoridades y le sugirió que, con el dinero que le correspondiera, y un tanto más, adquiriese otra nave. Sabía de una carraca en buen estado que quizá podría interesarle.

—Es cuestión de verla —respondió Gabriel.

En cuanto al negocio en sí, Reigosa le explicó que se trataba de viajar a Guinea.

—¿No a Asia?

—Para llegar a Asia, hay que pasar antes por África —respondió Reigosa, con voz estentórea y sonrisa cómplice—. Los negocios se basan en la confianza, señor mío, y la confianza se gana poco a poco. ¿No os parece?

Lo que no le parecía a Gabriel era la idea de traer de Guinea una partida de esclavos. El negocio era el negocio, desde luego, y nadie decía que abrir una casa comercial en Lisboa fuera sencillo, pero lo que Reigosa le ofrecía, más que una puerta por la que entrar, era una rendija por la que colarse. Además, sentía un rechazo profundo hacia aquel comercio, toda vez que él mismo había sido esclavizado durante una época.

—El trato que me proponéis excede mis atribuciones —alegó—. Tanto la compra de la carraca como el viaje a Guinea debo consultarlos con mi tío.

—No lo demoréis, amigo mío —advirtió Reigosa—. Tampoco yo puedo aplazar indefinidamente el viaje.

—En eso dependo por entero de la voluntad de Bazán —dijo Gabriel, zanjando la cuestión. Aquella vía empezaba a revelarse más estrecha y espinosa de lo que en un principio había supuesto.

Segunda parte

Enero a abril de 1589

«Dame cincuenta velas, que con ellas
haré temblar el mar cuando me importe,
aunque me falte el viento y las estrellas,
que bastas tú que reinas en el norte».

Lope de Vega,
La Dragontea

XI

1
La Coruña

La Stinky era un mercante de aspecto robusto, con más de coca que de urca. Su capitán, maestre y piloto era míster Jenkins, un escocés de apellido inglés y cara de pocos amigos. Cuando el barco zarpó de la ensenada de Plymouth, iba con las bodegas tan atestadas de grasa de ballena que más que navegar parecía que cabalgaran sobre el lomo de un gran cetáceo.

Stinky, «apestosa», era el apodo que la tripulación le había colgado tras una travesía a Brasil con un cargamento de guineanos. Fue un viaje largo y tormentoso durante el cual los esclavos se vaciaron una y otra vez, hasta que las tablas de la bodega acabaron cubiertas por una costra de inmundicia que ni aun rascándola con cal y vinagre fue posible eliminarla. Con los años, el hedor acabó disipándose, pero el apodo perduró y terminó por desplazar al nombre verdadero de la nave: Pelican.

Nombre aparte, el barco no destacaba por sus cualidades marineras, con el casco demasiado redondeado y los mástiles mal distribuidos. Al embarcarse, John Trenton lo tildó de *«cascarón viejo y mal ensamblado»*. Sin embargo, unas singladuras después, hubo de reconocer dos cosas: que la Stinky se defendía con solvencia frente al bravo océano invernal y que míster Jenkins conocía bien su oficio. En lugar de bordear el continente siguiendo el litoral francés, aprovechó un frío nordeste para internarse en el Atlántico y trazar un amplio arco que los condujo directamente a las costas gallegas.

Las comodidades solían escasear en los mercantes, pero en la Stinky brillaban por su ausencia. La cámara de popa, que Jenkins aceptó compartir con Trenton, no era más que un tambucho de escaso puntal en el que no cabía un hombre de pie. La tolda, cerrada tan sólo por una cortina de basta arpillera, quedaba indefensa ante los rociones de espuma, el golpe de las olas y la furia del viento; la marinería, por su parte, se apiñaba en el angosto castillete de proa.

El maestre, pese a su rudo aspecto y su léxico vulgar, era hombre de cierta ilustración. Durante las largas horas de forzosa convivencia, Trenton advirtió que hablaba con soltura varias lenguas, poseía conocimientos sólidos de política, historia y cartografía, y guardaba en su arcón una pequeña colección de libros náuticos, relaciones de viajes y un evangelio en latín.

La travesía hasta La Coruña les llevó trece días durante los cuales Trenton había logrado, a fuerza de voluntad, mantener a raya sus pensamientos y emociones; con todo, al divisar la mancha clara de la ciudad recortada entre el verde oscuro de prados y arboledas, sintió cómo se le aceleraba el pulso. En alguna de aquellas casas, veladas por la llovizna, se encontraban su esposa y su hijo.

De pie en la cubierta del alcázar, tuvo que esforzarse para atender las explicaciones de Jenkins, que le describía la disposición de la villa, asentada al sudeste de una pequeña península rocosa. La parte antigua estaba rodeada por una muralla medieval festoneada de torreones, mientras que el arrabal se extendía a lo largo de la estrecha lengua de tierra que unía la península al continente.

—Al sur —añadió Jenkins—, hay un segundo muro que protege ese barrio, llamado de la Pescadería. Y enfrente, en el islote de San Antón, veréis un baluarte.

En la bahía fondeaban numerosos pesqueros de escaso porte, una docena de naos y carabelas, algunos pataches, un par de galeras y tres grandes buques de guerra, retornados con toda seguridad de la Gran Armada. La playa, extensa y abierta, parecía de fácil acceso. Trenton recorrió con la mirada el conjunto de la bahía, el río que desembocaba en ella, los arenales, los cabos, las alturas y los roquedales que la circundaban.

La Stinky largó anclas y se botó la chalupa.

—Vamos a tierra, señor Trenton —anunció Jenkins—. ¿Nos acompañáis?

—Por supuesto —respondió el capitán, y se echó el capote al hombro.

A pesar del resguardo de la bahía, el mar estaba movido y llegaron empapados, más por las olas que por la llovizna. Vararon junto a otras barcas de pescadores, cuyos dueños, indiferentes al mal tiempo, reparaban tablas y aparejos o remendaban redes.

El maestre saludó en castellano a quienes se fijaban en ellos y se internó en las primeras calles del arrabal. La naturalidad con que actuaba sorprendió a Trenton, que había aguardado con temor el momento de entrar en contacto

con los naturales. Pero, pensándolo bien, ¿qué sospechas podía levantar un mercante escocés cargado de grasa de ballena?

—Yo iré a anunciar el arribo y declarar la carga —dijo Jenkins—. Os dejo con Volpe. Conoce bien la villa y la lengua. Nos encontraremos aquí mismo al atardecer.

Trenton aceptó y, anteponiendo el deber al placer, manifestó su intención de comenzar la visita por el muro de la Pescadería. Después de cumplir con el encargo de Drake, quedaría libre para dedicarse a sus asuntos.

Volpe, un meridional moreno y nervioso, lo guio por la playa hasta un pequeño fuerte que cerraba el muro del istmo. Desde sus almenas asomaban las bocas negras de algunos cañones. Luego de reconocer la endeble muralla, de apenas cuatro varas de altura, recorrieron el barrio, sorprendentemente próspero para tratarse de un arrabal. Allí se alzaban, en una curiosa mezcolanza, casas de piedra bien labrada y cabañas miserables, corrales y solares baldíos, tenderetes, iglesias y un hospital.

Tras rebasar unas huertas aledañas a un convento, entraron en la ciudad vieja por una de las puertas sin que ningún centinela los detuviera. Aquella muralla, más sólida, fabricada con más mampostería que sillería, superaba en altura las seis varas y contaba con numerosas torres defensivas.

Protegidos de la lluvia por sus capotes, siguieron la ronda interior y pasearon por calles, pasajes y plazas cuyos soportales daban cobijo a vendedores, labradores, soldados, frailes, pescadores y mendigos. Trenton observaba con mirada de soldado, atento a muros, accesos y puestos de guardia; pero también con íntimo recogimiento: pisaba las mismas losas que había hollado su esposa, veía las fachadas, fuentes y rincones que la habían visto pasar y respiraba un aire que acaso, poco antes, había rozado su rostro.

De vuelta a la playa arreció la lluvia, y buscaron abrigo en una venta próxima a la playa de la Marina. Aunque no ardía fuego alguno, el ambiente resultaba cálido. Se bebía y se comía, se jugaba a los naipes y al cubilete, se escupía y se hablaba en voz tan alta que el lugar parecía más concurrido de lo que en verdad estaba. El idioma que llenaba el aire sonó a Trenton más cercano al portugués que al castellano. Volpe no tardó en trabar conversación con unos parroquianos: contó fábulas de viajes, habló del cargamento y, antes de partir, preguntó al ventero, a petición de Trenton, por la familia Del Puerto. El hombre se rascó pensativo el mentón con una uña larga y sucia, recogió las monedas, señaló vagamente hacia el interior de la ciudad y le dio a Volpe unas

explicaciones que el capitán no alcanzó a comprender.

—Hay varias familias con ese apellido —le aclaró ya en la calle—, pero la más conocida vive intramuros, en la plaza de Santa Bárbara, frente a un convento de beatas.

La tarde, ya corta, se apagaba cuando regresaron a bordo de la Stinky. Jenkins había logrado apalabrar parte de la carga y confiaba en despachar el resto al día siguiente. Trenton, en cambio, tenía otros planes.

2

Lisboa

Una fría tarde de enero, con poco movimiento a bordo, para distraer el tedio y las preocupaciones, Gabriel visitó a los Queiroz. A Tiago lo encontró en el corral de la casa familiar, acompañado por el alférez Jaque.

—Os sabía amigos, mas no tanto —bromeó Gabriel a modo de saludo.

—Don Rodrigo está más interesado en cultivar la amistad de mi prima Branca que la mía —siguió Tiago la broma, aunque Gabriel, que conocía sus sentimientos, comprendió que la procesión iba por dentro.

Jaque se acomodó el chapeo y mostró su dentadura blanca y bien alineada.

—A don Tiago —dijo con mucho respeto, pese a ser inferior en graduación — me une el vínculo más sagrado que puede haber entre dos hombres: la admiración por la misma dama.

Gabriel se dejó caer sobre un tocón bajo, inspiró el aire fresco y replicó, festivo:

—Peligroso vínculo, voto a Satanás. Si algún día necesitáis padrinos, confío en que no recurráis a mí.

Luego, tras una breve pausa, cambió de tono y preguntó por las novedades que se cocían en la ciudad.

—Rumores, capitán. Rumores y más rumores —respondió Tiago, con gesto más serio.

—¿Cómo así?

El joven se alzó de hombros, como quien intenta restar importancia a lo que va a decir:

—Lisboa anda revuelta. En las tabernas, en los muelles y en los mentideros todos murmuran sobre el regreso del Prior do Crato y el ejército inglés que lo

ayudará a recuperar el trono.

—Se ve que hay muchos nostálgicos de don Antonio —comentó Gabriel.

—No creáis, capitán. El preferido del pueblo siempre ha sido el rey Sebastián —dijo Tiago—. Y hay quienes aseguran que escapó de la masacre en Alcazarquivir y que, disfrazado de peregrino, vaga por el reino levantando seguidores.

—Ese muerto lleva más de diez años resucitando —bromeó Jaque.

Gabriel soltó una risa seca.

—Pero la gente aún lo aguarda —insistió Tiago—. Dicen que era valiente y generoso, y que habría engrandecido a Portugal de no haberse perdido en aquella alocada aventura africana. Muchos están convencidos de que, cuando regrese, el reino volverá a manos portuguesas.

—Cualquiera antes que don Felipe —remató el alférez.

Gabriel asintió, pensativo.

—Sea como fuere, la ciudad está inquieta —dijo—. Y cuando es así, conviene estar atento. O lejos.

La tarde se extinguió sin que Branca hiciera aparición, y Gabriel anunció que se marchaba. El rato de plática lo había distraído de sus otras preocupaciones. Antes de partir, le preguntó a Tiago por Maciel.

—Sigue empeñado en buscarle marido a su hija.

—Mala cosa —observó Gabriel.

—No os preocupéis, capitán, que no la dejaremos desamparada.

Gabriel se encaminó al muelle. El aire frío le hizo ceñirse la capa y alzar el embozo hasta la barba. Las calles, más vacías que de costumbre, eran corredores oscuros en los que el viento se encajonaba y aullaba entre las cornisas. La noche cayó de golpe. Las campanas doblaron a vísperas, y la luna, redonda y amarilla, se insinuaba entre jirones de nubes. Desde una ventana, alguien arrojó el contenido de una bacinica, que salpicó sus botas. Dos perros flacos perseguían a un gato escurridizo, que trepó con agilidad la tapia de un corral.

En la ribera lo esperaba Mahagüini.

—Llévate tú el batel —le dijo—. Esta noche dormiré en tierra.

Gabriel no preguntó. La vida privada de su compañero era un enigma. Se limitó a asentir, tomó los remos y bogó hasta la fragata. Amarró el batel al costado, sin prisa. A bordo no quedaba casi nadie. Tras la travesía a las Azores, la tripulación se tomaba el descanso a destajo.

En el combés, sobre la plancha de hierro del fogón, brillaba un rescoldo rojizo.

3
La Coruña

Trenton bajó temprano a tierra con la intención de encontrar a Isabel. Lo acompañaba otra vez el marinero apodado Volpe, oriundo de Venecia, que llevaba un par de años navegando con Jenkins.

Con la información recogida el día anterior, se dirigieron al convento de Santa Bárbara. Volpe preguntó a un mendigo por la casa de los Del Puerto. El hombre extendió la mano antes de responder con otra pregunta:

—¿Cuál de ellos, el padre o el hijo?

—El padre —respondió Trenton, y le entregó unos maravedíes.

La mano se cerró con rapidez sobre las monedas y señaló con el índice una casa frontera al convento.

Se trataba de una vivienda de granito, de dos plantas, con un portón de recia madera que se hallaba entreabierto. Trenton lo empujó y se adentró solo en un zaguán alto, bien encalado, adornado con un arcón de madera, un cuadro con motivo naval y dos aspidistras frondosas. El suelo, de losas de pizarra, tenía en el centro una alfombra de cantos rodados que se prolongaba a lo largo del interior sombrío. Dio un par de voces y, al poco, apareció una mujer desde una habitación lateral. Lo miró con suspicacia y le dijo algo en gallego.

—Doña Isabel —acertó a responder Trenton—. Busco a doña Isabel.

El castellano de Trenton, aprendido del trato con su esposa, era rudimentario. Podía seguir con esfuerzo una conversación y hacerse entender con frases cortas y sencillas, pero de gallego no entendía palabra. Tras la confusión inicial, la mujer, por las apariencias una criada, le indicó con gestos que aguardase. Poco después, regresó con un hombre joven que se presentó como Froilán del Puerto.

—¿Quién sois y qué deseáis, caballero? —le preguntó, midiendo cada palabra.

—Me llamo John Trenton, soy maestre del buque Pelican y busco a doña Isabel —respondió Trenton, sin prever que aquella frase podría resultar inconveniente. La expresión de estupor de su interlocutor se lo hizo

comprender de inmediato. Preguntar por una dama respetable sin mediar una explicación quizá no fuera la mejor forma de presentarse.

—Soy su marido —añadió entonces.

Froilán lo observó con callada atención, calibrando hasta qué punto podía creerlo. Tenía el rostro alargado, el cabello moreno y lacio, la frente algo despejada y una expresión afable, pese a la tirantez de la situación.

—Venid conmigo —le dijo al fin. Y siguió la alfombra de rollos hasta un patio interior con arcadas, lo atravesó con paso seguro y se detuvo bajo uno de los arcos. Un hombre de cierta edad, que aguardaba de pie junto a unas macetas de barro cuyas plantas goteaban aún por la lluvia reciente, los recibió sin moverse de su sitio. Las paredes altas del patio protegían del viento, pero el suelo de piedra estaba aún oscurecido y húmedo. Sin perder tiempo, Froilán se apresuró a hacer las presentaciones:

—Extranjero, este es don Sancho. Padre, este hombre asegura ser el marido de Isabel.

—Me llamo John Trenton —añadió el inglés.

Don Sancho del Puerto lo estudió con frialdad. No le tendió la mano. Tras unos momentos de incómodo silencio, cruzó con Froilán unas rápidas frases en gallego.

—¿De qué Isabel sois marido? —preguntó al fin, en castellano, con lentitud medida.

—De Isabel del Puerto —respondió Trenton, y viendo que el otro no añadía nada, se esforzó en precisar—: Nació en Veracruz. Su hermano se llama Gabriel.

Don Sancho pareció dar crédito a sus palabras. Pero no cambió de expresión.

—¿Y por qué queréis verla?

—Ella vivía en Inglaterra, conmigo. Se marchó mientras yo estaba navegando y no supe por qué. —Trenton se esforzaba por controlar su nerviosismo—. Llevo meses buscándola.

—Quizá no quiera veros —dijo don Sancho, sin acritud, simplemente como quien enuncia una posibilidad.

—Prefiero que me lo diga en persona.

Otra mirada entre el tío y el sobrino precedió a un nuevo intercambio en gallego. Trenton lamentó no haberse traído a Volpe para que le tradujera. Al cabo, don Sancho se resolvió y dio un paso al frente, apoyando una mano en el

brocal del pozo.

—Veréis, caballero —dijo, sin apartarse de su lugar—, si la mujer que buscáis es, en efecto, mi sobrina, habéis de saber que regresó hace unos meses de Flandes…

—¡Ella es! —lo interrumpió Trenton, al borde de perder la compostura.

Don Sancho cerró los ojos un instante, para indicar que se daba por enterado, y prosiguió su plática. La expresión se le había suavizado desde que aceptó la identidad del visitante. Tenía el cabello ya encanecido, las manos morenas, sin apenas vello, y vestía una ropilla azul sin abotonar sobre un jubón de cuero envarado, rematado en el cuello por un encaje fino.

—Mi pobre sobrina llegó a La Coruña con el alma destrozada por una vida de penurias y un matrimonio desgraciado. Buscaba consuelo espiritual, y como la religión ha sido siempre muy importante para ella, volvió los ojos al Todopoderoso y tomó la decisión de profesar en un convento de clausura.

Trenton se quedó inmóvil, sin aliento, por el golpe inesperado.

—¿Clausura…? ¿Dónde?

—En Santiago de Compostela —respondió don Sancho.

—El voto de clausura —añadió Froilán— supone encerrarse de por vida en el convento y renunciar al trato con sus semejantes para alcanzar una comunión más perfecta con Dios.

—Pero ella estaba… —Trenton no encontraba la palabra adecuada—. Íbamos a tener un hijo.

Don Sancho alzó las cejas y adoptó una expresión contrita.

—Por desgracia, el embarazo se malogró. Fue ese suceso, tan triste, el que precipitó su decisión de tomar los hábitos.

Trenton bajó la cabeza. Las noticias caían como mazazos. Isabel monja. Su hijo perdido.

Don Sancho, consciente del impacto, adoptó un tono más compasivo.

—Lamento ser el portador de semejantes nuevas. También a nosotros nos entristeció su decisión. Pero el Altísimo sabe lo que hace. —Alzó las manos, como rindiéndose ante lo inevitable—. La criada os acompañará hasta la salida.

La entrevista había concluido. Trenton se giró casi por inercia. Al dirigirse hacia la puerta del zaguán, vio que, bajo la arcada opuesta, lo observaban una mujer bien vestida y un muchacho casi adolescente. La criada que lo había recibido se adelantó entonces y, con un gesto discreto, le indicó que la siguiera.

Cruzaron juntos el zaguán en penumbra y, al llegar al umbral, ella se detuvo.

—Preguntad en la herrería —le susurró sin levantar la vista.

—¿Cómo?

—En la calle Amargura —añadió en voz aún más baja, y sin esperar respuesta, entornó la puerta con gesto rápido.

Trenton permaneció clavado un momento, mirando la madera cerrada ante sí. La calle, mojada y gris, parecía ahora más inhóspita que nunca. Pero la llama que por un instante creyó extinguida acababa de revivir con una sola palabra. *«Herrería».*

4

Lisboa

—He tenido que recalentar el guiso de pescado —dijo Yabama, mientras vertía agua sobre las brasas, que se quejaron con un siseo agudo y chirriante. Su naturaleza caliente rechazaba la frialdad esencial del agua.

—No tienes que hacer nada especial por mí. —L'Avide se esforzaba por mostrarse distante.

Pero había otra verdad en su corazón. Ella lo sabía. Lo había sabido siempre, y lo confirmó días atrás, durante la travesía, cuando Atabey le devolvió la sangre. Cada acto tenía su sentido, su peso, su precio. Ella sacrificó a Malasaigne por l'Avide; derramó su sangre, y la sangre le fue devuelta. Nada ocurría por azar, sino que respondía a un equilibrio eterno.

Ahora necesitaba su esencia. Aunque la vieja Tomasa no se lo hubiera revelado, sabía que esa era la forma de completar el círculo. Y si su hombre se resistía, ella rompería las cadenas con que él mismo ataba su voluntad. No era insensible a su lucha; al contrario, la comprendía y hasta la admiraba. Pero la lucha se alargaba. Demasiado. Los días propicios se pasaban, y debía intervenir. Por eso había despachado a los hombres a tierra.

—¿Y García? —preguntó él, para suavizar la aspereza de su anterior respuesta.

Al niño lo había enviado a la bodega aquella noche, con los otros pajes.

—Va a aprender malas mañas de ellos.

—¿Y eso te importa?

L'Avide se encogió de hombros. No iba a responderle. No tenía respuestas

que darle. Aún era muy pronto para sentir apego por aquel niño.

Estaban en la entrada de la tolda. La bujía encendida proyectaba una luz tibia que le permitía distinguir cómo comía el pescado, apartando con cuidado las espinas, cómo sujetaba con los dedos los lomos carnosos, antes de llevárselos a la boca, cómo empapaba el pan en la salsa espesa. La fuerza estaba en la salsa.

—¿Encontraste a tu hermana? —preguntó como al descuido.

—Está en La Coruña, con mi esposa.

No era necesario que mencionara a su mujer. Pero lo había hecho. Era su modo de poner límites.

—Ella fue quien la localizó —añadió—. A Isabel.

Debía de ser una mujer tocada por el fuego, peligrosa, pues de lejos quemaba el aire y hacía sentir su presencia. Pero ella tenía la salvia para conjurar aquel fuego, salvia de tierra adentro, de hojas secas, raíz amarga y tallo roto.

Guardó silencio y lo observó. La luz anaranjada de la bujía sacaba resplandores a su barba, hacía brillar la frente, el filo de la nariz y uno de los ojos, en el que asomaba un rescoldo de deseo.

—¿Y a Sackfield?

El nombre sobresaltó a l'Avide.

—¡Sackfield! —repitió como un eco perdido. Durante un tiempo no hubo en su vida otra meta que hallarlo.

—Lo encontré.

Su respuesta fue tan rotunda que Yabama no dudó. Había ocurrido lo que tenía que ocurrir. No esperaba menos de él.

Cuando terminó de chupar la cabeza del pescado, Yabama cogió la jarrilla y le sirvió un poco de vino en un vaso. Él la miró con desconfianza, pero le dio un buen trago. No era del vino de lo que debía desconfiar.

—Muy sabroso el guiso —reconoció, y apartó el plato.

Yabama salió con la jarrilla y el plato para lavarlos en un balde. Fuera hacía frío, y el agua le heló las manos. Aunque esquiva, la luna estaba llena. Era el día señalado. Cuando regresó a la tolda, la droga ya ardía en la sangre de l'Avide. Sus ojos brillaban con un fuego nuevo, febril.

—Esta noche puedes dormir en la cámara —le dijo.

—No quiero dormir contigo —protestó con la voz de un borracho.

—Pero me deseas.

No respondió. Ella alargó la mano, se la colocó en la entrepierna y notó que

estaba bien armado.

—Ven —le dijo.

Le quitó el vaso, apagó la bujía y lo tomó de la mano. Él se dejó guiar hasta la cámara. Los pasos de sus botas resonaban en las tablas y Yabama temió que despertaran a alguno de los pajes. Pero no. El rumor de las olas y el quejido de la jarcia lo amortiguaban todo.

Aquella era su noche. Llevaba tiempo soñando con ella. Sentía el calor de l'Avide tan próximo, su aliento, el latido de sus venas, el temblor apenas perceptible de su carne. Cerró la puerta y lo condujo hasta el lecho. La luna derramaba su luz por el balconcillo de popa y dibujaba un rectángulo claro en las tablas.

—Mujer —dijo él.

—Aquí me tienes.

Lo empujó sobre las sábanas. Luego se despojó de las calzas y del jubón, se tumbó a su lado, lo rodeó con sus brazos y le robó su calor.

—¿Qué me ocurre? ¿Dónde estoy? —preguntó aquel hombre que, sin sombra de duda, ya le pertenecía.

—En el seno de Atabey —le respondió. Porque en ese instante ella era Atabey, la madre de todas las madres, la mujer entre las mujeres.

Y tomó su virilidad y la encaminó hacia la boca de la madre, y se enredó en su cuerpo como lo había hecho en sus sueños, y lo hizo suyo, y lo elevó a su delirio. Él balbucía palabras sin sentido, abandonado a su marea, meciéndose en sus brazos como se mece una nave en el remanso. La miraba con los ojos muy abiertos, alucinados, a la luz sin luz de la luna esquiva, la quería y la volvía a querer, a ella, océano de todas sus rutas, puerto de todos sus destinos, hoguera de sus deseos, madre de su hijo, mujer de su vida, la única, la diosa que lo amaba a través de su carne, que lo dominaba con su cuerpo, fundidos en un solo sudor, unidos en la misma eternidad.

El tiempo apaciguó los sentidos y disolvió la pasión. La noche extendió su manto frío sobre los cuerpos. Yabama lo cubrió con el suyo y veló su prolongado sueño, pegada a él, sintiendo su calor, escuchando sus latidos y saboreando su triunfo.

Pasara lo que pasase mañana, nadie le arrebataría la noche. Ni el fruto que ya germinaba en su vientre.

El lejano canto de los gallos, matador de deleites, envidioso de la felicidad ajena, la obligó a moverse, a vencer la pereza que la retenía. No debía verla allí,

ni descubrir el embrujo. Aunque recordase retazos, los tomaría por pesadilla o desvarío, producto del vino.

Compuso su ropa, lo sacó de la cámara y lo devolvió a la tolda. Le echó por encima una manta y regresó sigilosa. Después se tumbó en el lecho, la espalda aún caliente, el corazón en calma. El mar seguía gimiendo en la oscuridad y el mundo estaba en orden bajo la mirada atenta de Atabey.

5

La Coruña

Volpe, que conversaba animadamente con el mendigo, supuso por la expresión del inglés que no había tenido suerte en sus gestiones, fueran cuales fuesen.

—Vamos a una herrería de la calle Amargura —dijo Trenton, sin más.

El mendigo les indicó la dirección, sin exigir nueva limosna. Durante la mañana, el cielo se había abierto y había aumentado el frío, aunque el capitán, absorto en sus pensamientos, era apenas consciente de los detalles meteorológicos. El paseo hasta la calle Amargura fue breve. Mientras avanzaban, se fijó en los seis torreones de la Fortaleza Vieja, situada en la esquina sudeste de la muralla, junto a la puerta de San Francisco, y en las siluetas que se recortaban en el adarve, entre las almenas.

La herrería, fácil de ubicar por el estruendo de martillazos que salía de ella, presentaba una fachada estrecha, ocupada casi por completo por una puerta de dos hojas abiertas de par en par. En el interior, se distinguían dos figuras entre sombras y el resplandor oscilante del fuego. Trenton hizo una seña al veneciano para que lo siguiera. No quería más conversaciones ininteligibles.

Cesó el martilleo y uno de los operarios preguntó con voz clara qué se les ofrecía. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, Trenton vio que se trataba de un hombre de más de cuarenta años, con la camisa remangada y sucia y sudoroso por el trabajo. A su derecha, un mozo más joven y musculoso tenía las manos apoyadas sobre el brazo de un fuelle grande y curtido por el uso.

Trenton desembozó la capa y se dirigió al herrero, que sostenía el martillo como si empuñara una maza de combate.

—Soy marino escocés —mintió Trenton—. Busco a doña Isabel del Puerto, y en su casa me han dicho que quizá aquí podría hallarla.

El herrero dio unos pasos hacia ellos. Su mirada, clara e inquisitiva, iba del rostro de Trenton al de su compañero.

—¿Para qué deseáis ver a doña Isabel? —preguntó. El aliento le olía a ajo.

Trenton no sabía si aquel hombre conocía o no a Isabel, ni qué relación lo unía a ella, pero decidió arriesgarse.

—Traigo una carta que debo entregarle en mano.

—¿Una carta? —repitió el herrero, y arrugó el ceño como si la palabra «carta» le resultase sospechosa—. Vaya, vaya. ¿Y se puede saber de parte de quién?

—De su marido —dijo Trenton, a la defensiva.

—¿Su marido? —Aquel hombre se empeñaba en repetir lo que decía—. ¿Y cómo sabe su marido dónde se encuentra doña Isabel?

Trenton tardó un instante en responder. Volpe le dio un leve codazo, instándolo a improvisar.

—No sabría deciros, señor. Sólo cumplo un encargo.

El herrero dejó el martillo sobre el yunque con un golpe seco y descolgó con parsimonia una espada que pendía de un clavo en la pared. No la desenvainó, pero la sostuvo en una mano, con gesto más de advertencia que de amenaza. El mozo soltó el fuelle, se limpió las manos en un trapo y se acercó a su compañero.

—Me están pareciendo vuesas mercedes un par de embusteros, de modo que, ¡hale!, largo de aquí.

—Disculpad a mi compañero —intervino Volpe, con su acento musical—. Apenas conoce vuestra lengua. Somos tripulantes del Pelican, una coca fondeada frente a la playa. Si os asomáis a la muralla, podréis verla sin dificultad. Traemos un cargamento de grasa de ballena, que pretendemos vender en estos puertos. Luego buscaremos flete para el regreso.

La gracia y la soltura del veneciano atenuaron la suspicacia del herrero, que bajó la espada, aunque no modificó su negativa a colaborar.

—No tengo idea de dónde estará esa señora. Isabel es un nombre corriente por estos pagos. Deseo a vuestras mercedes suerte con las pesquisas. Y ahora, si son tan amables, tenemos encargos que atender.

Trenton hizo ademán de replicar, pero Volpe lo cogió del brazo y lo empujó suavemente hacia la salida. La búsqueda de Isabel iba a ser más ardua de lo previsto.

Apenas habían cruzado el umbral, cuando casi chocaron con dos mujeres,

cada una con una cesta en los brazos.

—¡John Trenton! —exclamó una de ellas.

El resplandor exterior impidió al capitán reconocerla de inmediato.

—Señora Henriques —respondió por fin. Jamás habría creído que se alegraría de ver a aquella mujer.

Formose al instante un pequeño alboroto en la puerta de la fragua. Salieron el herrero y su ayudante; la señora que acompañaba a Marcia preguntó, con gesto receloso, quién era aquel caballero; Marcia respondió que un amigo inglés; el herrero se mostró sorprendido al saber que no era escocés, y Volpe, sin perder la compostura, se disculpó con gracia por la mentirijilla.

—¿Qué hacéis por aquí? —le preguntó en inglés Marcia a Trenton.

—Busco a Isabel. Fui a casa de los Del Puerto y me dijeron que había profesado en un convento de clausura. Sin embargo, cuando me marchaba, una criada me aconsejó que preguntara aquí.

—No hay quien entienda esa algarabía, Martín —protestó la otra mujer.

—Decidnos qué ocurre —le pidió el herrero a Marcia.

Un par de vecinos se asomaron a la puerta, curiosos con lo que ocurría.

—Mejor entremos, que estamos de exposición para el barrio entero —propuso ella.

Una vez dentro, explicó a los presentes, tomándose ciertas licencias con la verdad, que había conocido en Londres a aquel marino, amigo de Isabel, y que le gustaría hablar un momento a solas con él. Martín Robledo no puso objeciones. Antoñita aceptó a regañadientes. El mozo volvió al fuelle y Volpe se apartó con el herrero y pegó la hebra con él. Marcia, por su parte, condujo a Trenton al rincón más apartado de la fragua.

—¿Cómo diablos se os ocurre venir a buscar a Isabel? —le soltó, a bocajarro.

—Es mi esposa —respondió Trenton con sencillez—. Desapareció de repente, la primavera pasada, sin dejar rastro. ¿Cómo creéis que me sentí al regresar a Saint James y no hallarla? Pensé que la habían secuestrado, que le había ocurrido algo terrible. Y nadie supo darme razón. La busqué durante meses. Hablé con mi familia, recorrí varios condados, indagué en Londres, incluso visité a vuestro hermano Geraldo…

—¿Y qué os dijo?

—Os tiene por traidora, vos sabréis por qué, y no quiso saber nada del asunto. Mas, al fin, di con una pista que me trajo hasta La Coruña.

—¿Qué pista?

—Qué más da. Lo importante es que aquí estoy.

Marcia vestía un holgado vestido de paño verde ribeteado en dorado y una capa corta con capuz.

—Pero Isabel huyó. De vos, de vuestra familia, de la vida a la que la arrastrasteis. ¿No habéis pensado que quizá no quiera veros?

—Me aferraré a ese quizá.

Marcia miró al capitán con seriedad. Dentro de la fragua apenas se sentía el frío exterior, y se echó hacia atrás la capa para liberar los brazos.

—Si sabéis dónde está, llevadme con ella —añadió Trenton—. Me lo debéis, Marcia.

—No os debo nada.

—Yo creo que sí. Sospecho que tuvisteis parte en su marcha. A mí me sonsacasteis dónde vivíamos, y a ella la embaucasteis y os la llevasteis de Saint James.

—Os equivocáis de medio a medio, señor. Yo no la saqué de Saint James. Su existencia allí era un infierno. Los vuestros la odiaban. Su vida corría peligro. ¿Sabéis que vuestra madre intentó envenenarla?

—Mentís.

—Preguntádselo cuando la veáis. Y también a Michael. Fue vuestro padrastro quien organizó en secreto su marcha, para salvarla sin tener que enfrentarse a su esposa.

Trenton enmudeció. ¿Su padrastro? ¿Sir Humpfrey Gardiner? Jamás lo habría imaginado. De modo que el viejo zorro había estado al tanto del paradero de Isabel todo el tiempo. Vaya, qué callado se lo tenía. La intervención de su madre y de Michael, en cambio, no le resultaba tan difícil de creer. Isabel se había quejado muchas veces del trato que recibía. También lo decía en la nota que le dejó. Pero ahora no era ocasión de reproches ni debates.

—En su día aclararé este asunto, señora. Ahora, lo único importante para mí es encontrarla. ¿Es cierto que ha profesado en un convento?

—Todavía no, aunque lo está considerando. Ha sido tan desgraciada que busca consuelo en la vida religiosa.

Trenton suspiró: todos mentían allí, pero al menos le había quitado un peso de encima.

—¿Me conduciréis hasta ella?

Marcia guardó silencio. Miró a su alrededor. Las paredes de piedra de la herrería, el suelo de tierra apisonada lleno de bultos y herramientas, el carbón resplandeciente de la fragua. Martín Robledo y los demás, aunque fingían ocuparse de sus asuntos, estaban atentos a la conversación. Fuera quien fuese aquel hombre, amaba a Isabel. Y, como él había dicho, le debía algo.

—Sólo si aceptáis obedecer en todo lo que os diga.

Trenton asintió, con gesto firme.

—Si ella no quiere hablar con vos, lo aceptaréis sin protestar. Si accede a veros, pero desea cortar la entrevista, lo aceptaréis. Si muestra el menor signo de fastidio…

—Lo aceptaré de buena gana —interrumpió Trenton.

—Y os marcharéis de aquí para siempre. Bastante le habéis arruinado la vida.

El capitán consintió sin discutir. ¿Qué remedio le quedaba? Pero Marcia no se contentó con una simple aquiescencia.

—Juradlo. Juradlo por la vida de vuestro hijo.

—¿Tengo un hijo? —preguntó, emocionado.

—Sólo si juráis.

—Juro.

—Sea entonces —aprobó Marcia. Y lo dejó un momento para explicarle a Martín Robledo lo que iban a hacer, y pedirle que fuera con ellos. El viejo soldado no tuvo inconveniente en complacerla.

—¿A dónde vas, Martín? —preguntó su mujer.

—A acompañar a estos señores, Antonia —respondió él.

—¡Virgen santa! ¿Con un inglés? Ten cuidado, marido.

Marcia y Martín encabezaban la curiosa procesión, seguidos de cerca por los dos extranjeros. Al pasar bajo el arco de Puerta Real, Trenton volvió la cabeza hacia los dos cubos que la flanqueaban y comentó lo bien guarnecida que estaba la villa.

—Esto no son sino torres medievales —le corrigió Martín—. Aquella es la verdadera defensa de La Coruña —añadió, señalando el baluarte de San Antón.

El mar, en calma, apenas lamía las rocas grises del islote casi raso donde se alzaba la fortaleza.

—Cuando se concluya —apuntó Trenton.

Marcia tomó la calle de San Andrés, la más ancha de la Pescadería, pasó junto al hospital del mismo nombre, se desvió a la izquierda y se detuvo.

—Aguardad aquí —ordenó.

Trenton le vio sortear un par de charcos antes de doblar una esquina y desaparecer. Pese a su carácter flemático, sentía el corazón acelerado. Se jugaba mucho en aquel envite. Unos gorriones picoteaban granos de cebada diseminados entre las rodadas de una carreta. Saltaban, revoloteaban y volvían a posarse sobre las semillas. En una casa cercana, alguien trasegaba líquido entre vasijas. En otra, se oyó una voz femenina, aguda y enfadada, seguida de un palmetazo seco. Un niño salió corriendo y espantó a los gorriones, que alzaron el vuelo y se perdieron tras los tejados.

Marcia regresó. Llevaba en brazos a una criatura envuelta en mantas.

—Es Santiago, vuestro hijo, señor Trenton.

El inglés bajó la mirada hacia el rostro sonrosado que emergía entre los pliegues. Vio una nariz diminuta, cabellos castaños y unos ojos oscuros que lo contemplaban con interés. Le pareció adivinar en él una sombra de los rasgos de Isabel. Alargó el índice, rozó una manita expuesta sobre el borde de la manta, y el niño lo asió con fuerza.

—Santi… ago —musitó el hombre.

Marcia apartó al crío con delicadeza y le hizo un gesto para que la siguiera. Cincuenta pasos más allá, se acercó a un postigo pintado de rojo y lo empujó.

—Vamos, capitán.

Trenton cruzó el umbral tras ella. Martín y Volpe los siguieron. El interior olía a humedad, leche fresca y pescado. La Coruña olía a pescado. A su derecha, desde un vano sin puerta, partía una escalera estrecha. Marcia le señaló hacia arriba.

—Yo aguardaré aquí.

Trenton respiró hondo. A medida que subía, aumentaba la luz. Las escaleras desembocaban en una estancia amplia con el suelo cubierto por una alfombra descolorida. Había una cama, dos arcones —uno con una jofaina y una jarra encima—, una mesa y una silla. Junto al balcón, de pie, lo esperaba Isabel.

—Hola, John.

—Lizzie, querida.

—Has dado conmigo.

—¿Te escondías?

Ella negó con la cabeza. La luz que entraba por los postigos abiertos formaba una aureola en torno a su cuerpo. Trenton la encontró más hermosa que nunca, aunque de una belleza distinta, serena y madura. Llevaba una cofia

de encaje y vestía una saya gris tan sencilla que parecía un hábito.

De pronto, todas las palabras que había preparado se le borraron de la mente. Había imaginado esta escena mil veces, ensayado diálogos, anticipado respuestas. Pero fue ella quien rompió el silencio.

—Te escribí una carta.

—Y la he leído hasta aprenderla de memoria.

—Entonces comprenderás por qué estoy aquí.

—Eso da igual. Lo que me importa es saber si aún me quieres.

—No sé si alguna vez te he querido, John.

Trenton se irguió, dolido.

—¿Me mentías? ¿Fingías cuando estabas a mi lado?

—No lo sé. El único amor que he conocido ha sido el tuyo, el de una prisionera hacia su captor. Un amor nacido de la necesidad, del miedo, de la indefensión. Un amor que confundí con gratitud, o con alivio, y que ni siquiera estoy segura de que fuera amor.

Isabel hablaba con una calma sobrecogedora. Ya no era la joven frágil que él había rescatado, ni la esposa temerosa que se había refugiado en sus brazos. Estaba cambiada. Se erguía ante él como alguien que ha tomado una decisión difícil y no está dispuesta a dar marcha atrás. Como una mujer dueña de sí misma.

—No te odio, John. Te agradezco lo que hiciste por mí, y te respeto. Me protegiste cuando más lo necesitaba. Te casaste conmigo, arriesgaste más de lo que jamás te habría pedido.

Al oír aquellas palabras, Trenton sintió un alivio que duró poco.

—Pero no podemos ser felices juntos —continuó ella—. Mientras nos separen la fe y las lealtades. En tu tierra, yo seré siempre una papista. Y tú, en la mía, un hereje. Así que no, no voy a volver contigo. Aquí he hallado lo que durante mucho tiempo anhelé: tranquilidad, armonía y un lugar donde mi hijo puede crecer seguro.

—También es mi hijo.

—Lo sé. Y me duele apartarte de él. Pero no podemos partirlo en dos, como pretendía el rey Salomón.

—¿Qué puedo hacer para que cambies de opinión?

—Nada.

—¿Y nuestro matrimonio?

—Tu iglesia admite el divorcio, John. Búscate una mujer que te ame. Y cásate

con ella.

—¿Así de fácil?

—Así de difícil.

Trenton apretó los dientes. Quiso rebelarse, gritar, sacudirla. Había creído que dar con ella bastaría para recuperarla. Pero ella ya no le pertenecía. Y aunque su corazón sangrara, no podía odiarla. ¿Cómo odiar a quien habla con humanidad, actúa con misericordia y mira con ternura?

Isabel, que adivinaba el torbellino de emociones que lo atravesaba, posó una mano sobre su brazo, lo apretó con cariño y dos lágrimas surcaron su rostro, lentas, silenciosas, sinceras. Lágrimas de despedida.

Trenton bajó la mirada. ¿Qué hacer cuando no se puede hacer nada, cuando, tras recorrer un camino con esperanza, este se detiene frente a una muralla infranqueable? No estaba seguro de poder renunciar a ella. Pero era un hombre práctico, y reaccionó en consecuencia. No podía llevársela, entonces no. Aprovechó, pues, el tiempo que le quedaba para hablar con ella. Isabel, generosa, le contó de su vida en La Coruña, del hospital, del beaterío, de la familia Del Puerto.

—Conociste a mi hermano Gabriel, ¿verdad?

—Ese maldito corsario estuvo a punto de matarme. Ojalá no vuelva a cruzármelo. Tu hermano guarda en su pecho el fuego de la venganza. ¿Dónde está ahora?

—En Lisboa.

La conversación discurría con torpeza, a trompicones, como avanza un carruaje por un camino embarrado, y sólo la voluntad de Isabel impedía que se detuviera del todo. Los ruidos de la calle, los balbuceos de Santiago y las voces de Martín y Volpe llenaban el aire como ecos lejanos. Entonces, la cabeza de Marcia apareció por la escalera, anunciando el final inevitable.

Isabel tendió la mano, pero Trenton la abrazó y la besó en la frente. Antes de bajar, se volvió una última vez. Isabel seguía junto al balcón, envuelta en la luz que entraba por él. Parecía un ser espiritual más que de carne y hueso, alguien que ya no pertenecía al mundo del que él venía.

En la planta baja, llamó a Volpe, saludó al herrero con una leve inclinación de cabeza y, al pasar junto a Marcia, rozó con la yema de los dedos la nariz de su hijo, que ya no lloraba.

—Hasta la vista, pequeño. —Se volvió hacia Marcia—. Señora Henriques, no puedo decir que este reencuentro haya sido un placer, pero os agradezco que

me lo hayáis permitido.

—Adiós, señor Trenton. Que los céfiros os acompañen, y que la travesía os sea propicia.

XII

1

Plymouth

El éxito alcanzado por Joao en su búsqueda de portugueses de la Armada fue reconocido por Cipriano de Figueiredo e incluso por el Prior de Crato, a pesar de lo exiguo del contingente reunido. También el señor Zarco lo felicitó por la información tan precisa que había obtenido sobre los prisioneros españoles en la costa sur de Inglaterra.

—Su Majestad está decidido a conseguir la libertad de todos los hombres que combatieron bajo sus banderas —le dijo el agente—. Y ahora que Alejandro de Farnesio se ha puesto al fin manos a la obra, este conocimiento será cardinal para negociar los rescates.

Geraldo, en cambio, recibió con frialdad aquellos logros. Simuló no darse por enterado de las felicitaciones personales de don Antonio de Avis. La fortuna de Joao lo sorprendía tanto como le molestaba.

En la corte del Prior corrían rumores sobre la presencia de topos de la inteligencia felipista. Y Geraldo, después de darle muchas vueltas, empezó a barruntar que su cuñado podía ser uno de ellos. Sus frecuentes viajes y repentinas desapariciones, su empeño en visitar prisiones, su red de confidentes y sus contactos con Marcia, detalles que, por separado, no llamaban la atención, pero que en su conjunto resultaban reveladores. En todo caso, no deseaba cometer un error que pudiera volverse en su contra o generarle enemistades innecesarias, por lo que decidió trasladar sus sospechas a la persona que más tenía que perder si resultaran fundadas: Figueiredo.

El señor Figueiredo lo recibió en su casa y lo escuchó con solicitud, pero no compartió la gravedad de sus temores.

—¿No estaréis celoso de vuestro cuñado? —preguntó, con una ceja inquisidora en alto.

—En absoluto, señoría —se apresuró a responder Geraldo—. Lo tengo en gran estima y no querría perjudicarlo gratuitamente.

—¿Entonces?

—Me debo a la causa, como todos. Sé el daño que hacen los agentes del Usurpador, en especial ahora, que don Antonio está tan cerca de recuperar el trono. No podría tener la conciencia tranquila si callara lo que pienso.

—Os entiendo, señor Henriques. —don Cipriano bajó la voz y posó una mano sobre su hombro—, y meditaré detenidamente sobre lo que me habéis contado, no os quepa duda. La empresa lo exige.

—Por supuesto. Llevar a bordo a un infiltrado sería un problema gravísimo.

—No creo que el señor Veiga os acompañe. Hay mucho que hacer en Inglaterra y tengo otros planes para él. No obstante, mientras no aparezcan pruebas que sustenten vuestras sospechas, os ruego que os abstengáis de difundirlas.

Geraldo salió de la reunión con sentimientos encontrados: satisfecho por haber compartido su inquietud, y decepcionado por la escasa impresión que parecían haber causado sus palabras a Figueiredo. Este, por su parte, pese a su perspicacia, estaba convencido de la lealtad de Joao. Aun así, decidió convocarlo, enfrentarlo a la denuncia y observar su reacción.

Joao escuchó la acusación con gesto serio, respondió con brevedad, sin buscar excusas ni dar explicaciones, y no preguntó de dónde provenía la delación. Ese detalle terminó de despejar las dudas del diplomático.

—Ándate con cuidado —le advirtió—, porque quien mal te quiere está más cerca de lo que imaginas.

—Cada uno es hijo de sus obras, señor Figueiredo —respondió Joao—. Pero tendré en cuenta vuestro consejo.

—Me alegro de que te lo tomes así, muchacho. Y espero que este asunto no te distraiga de las tareas pendientes.

Pese a su seguridad, Joao se prometió ser más precavido. Tenía fundadas sospechas de que había sido Geraldo quien lo había señalado, y se alegró: dentro de la gravedad del asunto, tenerlo cerca era una ventaja.

El Prior y sus consejeros decidieron repartir a los presos liberados entre las compañías portuguesas que se estaban formando y adiestrando en Plymouth, junto a las tropas reclutadas por los ingleses.

Joao, con la colaboración del capitán Sydeman, se ocupó de organizar su transporte hasta aquel puerto. Los hombres liberados en Bridewell, Marshalsea y los alrededores de Londres viajaron a Cornualles en una pinaza. En ese mismo viaje iba también Geraldo, a quien el Prior había nombrado capitán de

una de las compañías, y le había encomendado coordinar el embarque de estas en las naves de la flota y buscar y equipar un barco en que acomodar a todo su séquito.

A Geraldo, más hecho a los ambientes cortesanos, se le daban mal las negociaciones con armadores, mercaderes y capitanes, y Joao, con mucho tiempo libre a su disposición, decidió echarle una mano, confiando en que ese gesto contribuyera a disipar sus recelos.

Pronto se dieron cuenta de que un solo navío resultaría insuficiente para albergar dignamente a tanto notable. Algunos de sus seguidores más prominentes exigían camarotes individuales y espacio para su matalotaje; otros pretendían embarcar con sus caballos, sillas, arneses y panoplias completas; y los más allegados al Prior habían anunciado su intención de viajar acompañados por vasallos, mozos de espuela y criados. Todo lo cual implicaba un espacio que superaba lo disponible.

Joao propuso a Geraldo que, en lugar de buscar otro barco, consideraran hablar con oficiales y caballeros ingleses dispuestos a ofrecer acomodo en sus propias embarcaciones.

—¿Con quiénes? Si no conocemos a nadie… —replicó Geraldo, visiblemente abrumado por la situación.

—Por el hilo se descubre la madeja —respondió Joao con tranquilidad—. Estoy seguro de que entre tanta gente encontraremos algún conocido. Y si no, el capitán Sydeman podrá orientarnos.

Sydeman no sólo supo orientarlos: se ofreció a llevarlos ante el mismísimo coronel Norris.

—¿No conocías tú a Norris? —preguntó Joao a su cuñado.

—Tuve ocasión de tratarlo una vez, pero ignoraba que se hallase aquí.

El coronel John Norris, ascendido a general, se hallaba, y no se hallaba. Había recalado en Plymouth durante unos días para entrevistarse con el almirante, reunirse con sus oficiales y supervisar la formación del ejército. Su agenda era tan apretada que Sydeman tuvo que hacer malabarismos para conseguir que los recibiera.

De pie ante una mesa abarrotada de listas, inventarios y otros documentos, Norris escuchó la presentación de Sydeman y la exposición de Geraldo con una sonrisa rígida que fue relajándose a medida que se hacía cargo de la situación.

—No os ofrezco un refrigerio por la premura que me acosa, señor

Henriques —dijo en cuanto Geraldo terminó—. Espero que sepáis disculparme. Por lo demás, vuestra propuesta me complace. Una excelente idea, en realidad, que pondremos en marcha de inmediato, ya que también a nosotros nos beneficia.

—Sois demasiado amable, general.

—En absoluto. Al alojar a vuestros caballeros en otros buques, mis oficiales podrán intercambiar con ellos información sobre el terreno, el clima, las costumbres de Portugal, y conocer de primera mano la situación política. Mi estimado Harry, es decir, el señor Sydeman, os presentará a los capitanes en los que más confío, para que tratéis con ellos los detalles del asunto.

Geraldo acogió con alivio la disposición del general, y Sydeman asintió con satisfacción. Joao, sin embargo, planteó una observación prudente:

—Espero no resultar indiscreto, ni entrometido, ¿pero no sería conveniente poner al tanto a sir Francis Drake? Para evitar malentendidos —añadió—. Al fin y al cabo, son sus barcos.

Black Jack se pasó la mano por la alborotada cabellera, que intentó alisar sin éxito.

—Dejad al almirante de mi cuenta, señor…

—Veiga —apuntó Sydeman.

—No pondrá ningún inconveniente. Ni él ni los armadores —dijo Norris, con un brillo acerado en la mirada, aunque su tono siguiera siendo afable—. Sus capitanes no tendrán que desembarcar ni exponerse en tierra firme, como los míos, mas también se beneficiarán de la mutua convivencia.

Con el respaldo explícito del general, la guía de Sydeman y una intensa labor negociadora, no fue difícil encontrar a una veintena de oficiales dispuestos a compartir navío con los portugueses, con la anuencia, naturalmente, de los respectivos capitanes de mar.

Una de aquellas tardes, Sydeman les presentó a un armador interesado en conversar con ellos. El hombre, corpulento y apuesto, se llamaba Michael Gardiner.

—¿Por qué os interesa? —quiso saber Geraldo.

Se hallaban en el puerto. El cielo estaba despejado, un sol tibio brillaba sin calentar y del mar soplaba una brisa desapacible.

—¿Cómo no iba a interesarme si nos dirigimos a Portugal? —respondió Gardiner con una sonrisa cordial en los labios—. He oído que algunos navíos llevarán a bordo caballeros portugueses, y me ha parecido una idea excelente.

Sir Francis Drake me animó a enrolarme en esta aventura, tan justa como apasionante, y qué mejor manera de conocer nuestro destino que a través de sus hombres.

—Vuestra cara me resulta familiar, señor —dijo de pronto Joao.

El inglés lo observó con una atención que no llegaba a ser incómoda, y negó despacio con la cabeza.

—No creo que nos hayamos visto antes.

—Quizá… —Joao reflexionó. Aquel hombre le recordaba vagamente a John Trenton, aunque más corpulento, de cabello más oscuro y ojos algo saltones —. ¿Habéis estado alguna vez en Saint James?

La mención de Saint James borró la sonrisa complaciente de su interlocutor y la sustituyó por una expresión de recelo.

—¡Voto a Judas! ¿Cómo diablos conocéis esa heredad?

—Hace unos meses pasé por allí para ver al capitán Trenton.

—Os felicito, señor. Tenéis buen ojo: John Trenton es mi hermano.

A Geraldo le cayó en gracia aquel armador, y pronto se enfrascaron en una animada conversación. Michael Gardiner, a diferencia de su hermano, era un hombre afable, locuaz y muy entusiasta. Su padre y él habían armado en Southampton un navío de cien toneles que acababa de llegar a Plymouth para unirse a la flota.

El sol, muy inclinado, rozaba ya la crestería de la torre de la iglesia de San Andrés. La tarde se extinguía, y Michael Gardiner propuso a sus nuevos conocidos que cenaran con él en una de las tabernas de Pike Street, de modo que la velada se prolongó hasta la noche.

A Geraldo le costaba creer que Michael fuera hermano del taciturno Trenton. A Joao, en cambio, le intrigaba cómo dos hombres en apariencia tan distintos podían hacer buenas migas con tanta facilidad. Durante la cena, Michael invitó a Geraldo a conocer su barco, el Relief, que aún no tenía capitán. Poco después, salió a relucir el asunto de la esposa de Trenton. Michael ignoraba que hubiera pasado por Londres, y más todavía que la hermana de Geraldo la hubiera ayudado a salir del país.

—¡Vive Dios! —exclamó—. Sabéis más de mi hermano que yo mismo. ¿Y vos, señor Veiga? ¿Cómo es que fuisteis a verlo a Saint James?

Joao, que aún trataba de definir qué había en Michael que le inquietaba, se vio sorprendido por la pregunta y recurrió a una mezcla de medias verdades para responder.

—Hace tiempo que me dedico a localizar prisioneros portugueses de la Gran Armada. Aquellos dispuestos a obtener su libertad a cambio de jurar lealtad al rey don Antonio —explicó—. En cierto lugar oí que había un grupo retenido cerca de Portsmouth. Como conocía a vuestro hermano, acudí a verlo. Por desgracia, no pudo darme mayores indicaciones.

—Mi hermano apenas pisa Saint James. Habríais hecho mejor preguntándole a mi padre. Pero puedo deciros algo que quizá os interese —añadió Michael, satisfecho de poder resultar útil—. Sir Daniel Martin, por ejemplo, que reside en Kingston, tiene bajo su custodia a una docena de prisioneros.

—¿Algún portugués? —preguntó Joao.

—Lo ignoro. Lo que sí sé es que son soldados sin rango, que no le reportan más que gastos y molestias.

—Mala suerte.

Michael negó con la cabeza y se rio de la ingenuidad de Joao.

—Para sacarles algún provecho a esos bastardos —explicó—, sir Daniel los obliga a trabajar hasta reventarlos.

Antes de despedirlo, el armador los invitó formalmente a viajar a bordo del Relief. Joao se excusó de comprometerse, pues no estaba seguro de participar en la empresa de Portugal. Geraldo, en cambio, aceptó de buena gana.

—Será un placer poder viajar con vos —le dijo, complacido con su nuevo amigo.

Más tarde, de regreso a la venta donde se hospedaban, Geraldo volvió sobre la visita a Saint James.

—¿Cuándo fue? ¿En octubre?

—En otoño, quizá.

—¿Y ya te habían encomendado buscar prisioneros portugueses?

—Cualquier información es útil, cuñado. Siempre.

—Pero desplazarte desde Londres hasta allí sólo para eso lo considero una pérdida de tiempo.

—Hacer de correo implica viajar —respondió Joao, con el tono de un maestro que aclara una obviedad—. No creerás que las cartas a nuestros partidarios se mueven solas…

Geraldo asintió a regañadientes. La noche había caído, los tejados negros se recortaban sobre un cielo más claro y la luna parecía reírse, desde lo alto, de las cuitas de los hombres.

2

Lisboa

Gabriel despertó con la cabeza embotada, como si el vino de la cena hubiera fermentado en la noche, un leve sabor amargo le raspaba la lengua y le dolía el cuello. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba. En la bodega no, donde solía reposar desde que llegó Yabama, sino en la tolda, tendido sobre un banco y envuelto en una manta de lana que no recordaba haberse echado encima. Le costó un poco reincorporarse. Había arrastrado desde el sueño la imagen perturbadora de su cuerpo enredado con el de Yabama, la piel morena cosida a la suya y un murmullo de placer en la boca y en la bragadura. Aquella imagen era tan sólida que bien pasara por real. Se sentó en el borde del banco y se llevó una mano a la frente. El sudor se había secado, pero ¿aquel olor?

En la claridad matinal, oyó el ruido de un cuchillo raspando las escamas. Salió al combés y allí estaba ella, con un pescado entre las manos, tranquila, como si nada fuera distinto a cualquier mañana. Ni una mirada, ni una palabra ni una señal que delatara algún acontecimiento extraordinario. Si disimulaba, lo hacía con maestría. No tardaron en aparecer los pajes y los pocos tripulantes que habían dormido a bordo. Gabriel tomó un desayuno frío en cubierta mientras cavilaba. Debía tener cuidado con ella. Conocía sus artes demasiado bien.

La voz de un marinero lo arrancó de sus reflexiones.

—Capitán. Viene un emisario del almirante.

Gabriel lo recibió en camisa, con un pedazo de queso en la mano, un pedazo que engulló deprisa porque el mensaje era claro: debía presentarse de inmediato ante don Alonso.

Se acabaron los días de reposo.

El lugar, un austero palacete administrativo en la Alfama, ofrecía buenas vistas sobre la ciudad y el río. Gabriel fue recibido por un ujier que lo condujo en silencio hasta el despacho donde Bazán lo aguardaba en compañía del proveedor Duarte.

—Tomad asiento, señor Del Puerto —lo saludó el almirante, sin rodeos ni ceremonias—. Tenemos nuevas instrucciones para vos.

Gabriel obedeció, sin quitarse el sombrero, pensando que cuando un almirante y un proveedor te reciben al unísono, lo que sigue rara vez es grato.

—¿Un nuevo patrullaje? —les preguntó con un punta de humor ácido.

El gesto airado del marino le indicó que no había sido del todo oportuna la broma, pero el proveedor terció con cortesía:

—Es algo más delicado, señor Del Puerto. ¿No es así, don Alonso?

—Así es —asintió Bazán. Aún le bailaba en la mirada una chispa de desagrado—. Su Majestad…, ejem —carraspeó, como si el nombre del rey pesara en la lengua—. Una de sus inquietudes actuales es el rescate de los hombres de la Gran Armada. En los terribles naufragios de Irlanda pereció una gran cantidad de soldados y marineros. De los sobrevivientes, la mayoría cayó en manos de los herejes, que asesinaron a muchos e hicieron prisioneros a los demás.

Se detuvo. Gabriel aprovechó para intervenir.

—A La Coruña llegaron varios barcos cuyos hombres contaron en detalle lo sucedido.

—Lo sé. Mi sobrino Diego venía en el San Juan, de Recalde.

—Dios tenga en su gloria a ese gran marino —musitó Duarte.

—Por la lejanía de Irlanda y la vaguedad de las noticias —prosiguió Bazán —, resulta complicado organizar nada con certeza. Pero también en el canal de la Mancha y en las costas de Flandes naufragaron navíos… El San Mateo, por ejemplo…

—Y el San Felipe —añadió Gabriel.

—Veo que estáis bien informado.

—Iba a bordo de ese galeón cuando fue abandonado.

—Sois una caja de sorpresas, señor Del Puerto —comentó Bazán con una sonrisa fugaz—. El caso es que en Inglaterra hay un buen número de cautivos distribuidos en cárceles y casas de Londres y de la costa sur. Entre ellos, el almirante Pedro de Valdés y varios de sus capitanes, cuyo rescate el propio Francisco Dráquez está dispuesto a negociar de forma privada.

Tosió levemente el proveedor, pidiendo paso.

—El problema es el dinero. El gobernador de Flandes, don Alejandro de Farnesio, tiene las manos ocupadas en la campaña de Bergen y no dispone de muchos fondos. Pero Su Majestad desea adelantar un situado de tres mil ducados, procedente de la plata traída por el convoy que acompañasteis, para que nuestro agente en Londres comience las gestiones. Y naturalmente, hará falta un barco que pueda encargarse, llegado el caso, del transporte de los rescatados.

Gabriel asintió con lentitud. Por fin salía a la luz el verdadero propósito de la

reunión.

—Imagino que vuesas mercedes han pensado en mi fragata para esta empresa.

—Habéis acertado a medias —replicó Bazán—. La fragata está al servicio de Su Majestad, como sabéis. Pero hay más. Dada la posibilidad de un ataque inglés sobre Portugal, al conde de Fuentes, nuestro capitán general, le interesa conocer el estado de los preparativos en los puertos del canal. Si hay concentraciones de tropas, acopio de bastimentos, flotas en disposición de zarpar. Y como habéis hecho corso por aquellas aguas…

—Y hablo lenguas —añadió Gabriel.

—Exacto. Pensamos que sois el más adecuado para una comisión de esta naturaleza. Viajaréis a Londres como un mercader valón, con base en Ostende, y os pondréis en contacto con nuestro agente para entregarle el situado y asistirlo en lo que os requiera.

—Por cierto —añadió el proveedor—, el conde de Fuentes ha mostrado especial interés en el caballero Gregorio de Soutomaior, preso en una cárcel de Londres. Los suyos han reunido para su rescate novecientos escudos adicionales.

—¿Qué decís, señor Del Puerto? —preguntó Bazán.

—¿Cuándo deberé partir?

—No es cosa de demorarlo.

—Es una empresa delicada, excelencia.

—Tendréis cobertura mercantil y un salvoconducto que os acredita como enviado del conde de Fuentes.

Gabriel desvió la mirada hacia la ventana. Lisboa se veía gris y ventosa, dormida bajo un cielo sin contornos.

—Si me acusan de espionaje, esos documentos valdrán menos que el papel en que estén escritos —dijo, torciendo el gesto—. Pero si contara con el favor de sus señorías en mis gestiones comerciales, me sentiría más motivado.

Bazán no se sorprendió. Aquel hombre era en verdad obstinado.

—Os referís a la licencia para comerciar con Oriente. Eso, como os dije, escapa a mi competencia directa. Pero…

Miró al proveedor Duarte, que asintió con lentitud.

—Quizá, si el conde de Fuentes la avalase, podrían abrirse algunas puertas.

Gabriel inclinó la cabeza. Sabía que no tenía opción. Aquello podía ser la llave de su futuro o el camino más corto a la tumba. La misión era peligrosa, sí,

pero lo que más le inquietaba era lo que dejaba atrás. En otro tiempo no le habrían importado los riesgos ni el mañana; en cambio ahora su vida tenía raíces: su hermana recién recuperada, Marcia y la criatura que esperaban, el hijo venido del otro lado del mar, y Yabama.

—Será la última misión que haga para la Corona —dijo con firmeza—. Y necesitaré hacer escala en La Coruña para recoger a mi piloto flamenco.

—Como gustéis —afirmó Bazán, menos inflexible que otras ocasiones—. Mas partid cuanto antes, que la ocasión no espera.

El proveedor Duarte se encargó de los aspectos logísticos de la empresa, el flete, la licencia comercial, el cargamento del situado y el nombre del contacto en Londres: Manuel de Aranda.

Al oírlo, Gabriel dio una palmada sobre la rodilla.

—¡Dios Santo! —exclamó—. El señor Zarco.

—No os entiendo. ¿Quién es ese Zarco?

—Disculpad el exabrupto. Hace tiempo que conozco a vuestro agente, aunque por otro nombre. En realidad, a él debo la adquisición de mi fragata. Un hombre sorprendente, que no me extraña encontrar también en este negocio.

—No tengo el placer de conocerlo en persona —dijo don Francisco—, pero fue él quien nos hizo saber el interés de Dráquez por negociar el rescate.

Acordados los términos, se despidieron sin más ceremonias. Gabriel salió a la calle y se encaminó hacia el muelle. Tenía muchas cosas que preparar antes de la partida. La humedad del Tajo se le colaba por el cuello y se echó el vuelo de la capa sobre uno de los hombros.

3

Convento de San Agustín

Duarte abrió los ojos. Había caído en un pozo negro y profundo cuyas paredes de piedra áspera le habían arrancado la camisa y desgarrado la piel de sus hombros, brazos y costados. Notaba el ardor de la fricción y el escozor frío del polvo incrustado en las heridas. Y en el fondo lo había recibido un bosque de estacas puntiagudas. No sintió un impacto seco, sino una penetración lenta y horrorosa, un dolor agudo y lacerante que brotó de su espalda y se expandió por su torso como una red de fuego líquido.

Todo palpitaba. Todo dolía. ¿Había sido una pesadilla? Pestañeó varias veces y se preguntó con curiosidad casi académica si estaba vivo. Lo rodeaba una penumbra gris sin forma ni contorno. Hacia un lado, un punto de luz parecía brillar con más intensidad. Intentó girar la cabeza, pero el dolor lo detuvo de inmediato, feroz, absoluto. Estaba vivo, sin duda.

Tras aquel pensamiento, se sumió otra vez en la inconsciencia. La pesadilla del pozo regresó. Una caída más larga, más dolorosa, interminable, con las estacas del fondo brillando con un halo anticipatorio. El dolor del impacto en el sueño era un eco amplificado, una promesa de lo que le esperaba. Se sucedieron varios despertares breves, inconexos, un fogonazo de la luz gris, una punzada precisa en el cuello, la sensación de un insecto caminando por su mano inerte, la voz lejana de un animal desconocido, hasta que por fin, agotado más allá del dolor, más allá del miedo, se hundió en un sueño profundo, pesado y negro. Un sueño sin imágenes, ni sensaciones.

Un aleteo lo despertó. El roce de un hábito, unas manos frías sobre su rostro ardiente, una voz lejana, incomprensible. No quiso abrir los ojos. Movió los dedos de los pies, los tobillos, las muñecas. Se sentía débil, febril, adolorido. Y tenía frío. Su último recuerdo era el humo blanco de la cazoleta y un fogonazo terminal. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado allí? El aire se movía, la voz se alejaba. Abrió los ojos. Movió con cuidado la cabeza. Dolía, pero no era insoportable. Vio un ventanuco por el que entraba una claridad opaca. Un cuarto pequeño, austero, otro lecho en el suelo, un crucifijo en la pared, el techo ennegrecido por el humo. Sacó las manos, temblorosas, y los brazos, delgados como sarmientos. El dolor en la espalda seguía allí, agudo, pero el sopor lo venció y volvió a dormirse.

Una mano lo sacudió con suavidad. Más allá del brazo, iluminado por la luz del candil, un rostro concentrado lo observaba. El hombre le retiró las mantas, lo giró y le quitó con destreza la venda que le ceñía el torso. Duarte sintió un roce en la espalda, seguido de una punzada soportable. Luego vino el calor de un ungüento que le aplicaron con esmero, mientras oía una voz grave que hablaba en latín. Las manos subieron hasta su nuca, apartaron el cabello pegado por el sudor y lo dejaron caer. El hombre volvió a hablar y otra voz, más familiar, más próxima, respondió en el mismo idioma.

Una corriente de aire anunció que alguien abandonaba la habitación. Entonces oyó, ya en castellano:

—Tienes la cabeza dura, como todos los portugueses.

—Fray Antonio —murmuró Duarte.

—El mismo que viste y calza.

—¿Qué hacéis aquí?

—Es una historia larga —respondió el fraile, que, con el pelo recortado y sin barba, había perdido el aire bravío que le quedó tras el rapado de Aughnanure.

La historia se la contó más adelante, cuando Duarte ya fue capaz de comer solo y sentarse en el colchón.

En medio del caos que se produjo durante las ejecuciones, huyó hacia el arrabal. Y tuvo suerte, porque, cuando todo parecía perdido, una mujer lo tomó de la muñeca y lo condujo a una casa humilde, de una sola estancia, en la que convivían tres generaciones. Lo escondieron en un pequeño cobertizo adjunto, bajo una pila de leña, donde pasó dos días interminables. Luego, como los soldados no cesaban de buscar prófugos, y el riesgo de ser descubierto era grande, lo llevaron de noche al convento de San Agustín.

—Saliste ileso, hombre de Dios.

—Casi me cago encima.

Duarte, que se iba recuperando con lentitud de sus terribles heridas, no tardó en conocer a sus benefactores. Al padre Keogh, el abad, a fray Thomas, el enfermero, y a la otra media docena que formaban la congregación. Por ellos supo que el convento no había sido clausurado, como tantos otros en Irlanda, merced a la lealtad que la ciudad de Galway había demostrado siempre a la Corona. Pese a ello, tenían prohibido oficiar misas públicas, la guarnición les mostraba una animadversión apenas disimulada y en más de una ocasión habían sido objeto de burlas y vejaciones. Las esperanzas de permanencia no eran grandes, pero allí seguían, resistiendo y oficiando en secreto en rincones escondidos del bosque, decididos a aguantar mientras no los echasen.

Fray Antonio, que acabó por admitir que también era clérigo, se comunicaba con los agustinos en una mezcla de latín y gaélico, lengua que comenzaba a entender. A su vez, enseñaba castellano a Callum, el único novicio del convento, que aspiraba a viajar a España o Portugal para formarse como sacerdote en uno de los seminarios para católicos ingleses e irlandeses que se habían fundado al endurecerse la reforma anglicana.

El otro superviviente de la ejecución era Fernando Álamo, un soldado de Ayamonte, que iba a bordo del galeón San Marcos, naufragado cerca de Galway. Tenía en el pecho un corte aparatoso, bien que poco profundo, que había necesitado de más de veinte puntadas para cerrarlo, y hablaba portugués

con fluidez.

La vida en el monasterio era, a un tiempo, dura y sencilla. Aparte de la misa, cumplían con puntualidad la liturgia de las horas: maitines, laudes, vísperas, con sus lecturas, invocaciones y oraciones, según la tradición de San Agustín. En las festividades y solemnidades, también celebraban los oficios menores. El resto del día, que era mucho, lo dedicaban a mantener el convento, moler el trigo, cocer el pan, labrar la tierra, cuidar de los animales, recoger leña y buscar plantas comestibles o medicinales. Una rutina exigente pero arraigada. No tenían rentas ni recursos, apenas unas ovejas, unas gallinas, un huerto escueto y las limosnas que algunos fieles les hacían llegar a escondidas.

El abad era un hombre llano, sagaz, de palabra justa y mirada penetrante. Predicaba con el ejemplo y dirigía a sus hermanos con una mezcla de tacto, firmeza y resignación. Le preocupaba mantener viva la fe y la esperanza de su comunidad, y llevaba mal que los ingleses les prohibieran hacer sonar la campana.

—Pensaréis que es un detalle bobo —le confesó un día a fray Antonio—, pero sin su alegre repicar, siento que me falta algo en el alma.

Cuando Duarte se recuperó lo suficiente, los fugitivos regresaron a la celda oculta tras el falso muro. Pese a los cuidados, el peligro seguía latente. Algunas de las mujeres que ayudaron a amortajar los cadáveres conocían su existencia, y, por leales que fuesen, bastaba un comentario indiscreto para descubrirlos.

Pasaron varias semanas y la prudencia indicaba que era momento de marcharse.

—Un secreto compartido es un albur —se quejaba el soldado—. En especial entre las mujeres, que tanta facilidad tienen para irse de la boca.

Álamo tenía facilidad para encontrar y señalar errores ajenos pero le costaba proponer soluciones. En todo caso, no le faltaba razón. El abad era de su mismo parecer. Y, con su sentido práctico, abordó el asunto sin disfrazarlo con sentimentalismos.

—Poco más podemos hacer por vosotros, si no es poneros, y ponernos, en peligro. Yo debo velar por esta congregación. Imagino que vosotros querréis regresar a España.

—Así es —asintió fray Antonio.

—No será una empresa sencilla.

Había dos caminos posibles, según el padre Keogh: por mar o por tierra. La vía marítima era, en teoría, más rápida, pero el puerto de Galway estaba muy

vigilado. Los soldados estaban convencidos de que algunos prisioneros seguían escondidos en casas de la villa, los armadores eran, en su mayoría, afines al poder inglés, y además el invierno no era época propicia para navegar.

La ruta por tierra, aunque más larga y no menos incierta, ofrecía otras oportunidades. El abad, que no perdió el tiempo durante aquellas semanas, había hecho indagaciones discretas. Algunos prelados y señores del norte y del centro habían acogido en sus tierras a náufragos de la Gran Armada o los habían encaminado hacia Escocia, cuyo rey, por entonces, mantenía una posición neutral. A través de una red de sacerdotes y casas amigas, podrían intentar alcanzar los dominios de alguno de aquellos señores o la propia Escocia.

La decisión estaba en sus manos. Fray Antonio no necesitaba meditarlo mucho. Después de su experiencia en la Santa Bárbara, no deseaba volver a un océano que, si en septiembre se mostró inclemente, en invierno podía ser fatal.

—Si queremos regresar a España, tarde o temprano tendremos que embarcarnos —opinó Duarte.

—Cada cosa a su tiempo, señor sargento. Además, no podemos descartar la posibilidad de encontrar a otros náufragos.

El abad, dentro de sus modestos recursos, no escatimó en medios para ayudarlos. Les proporcionó ropa sencilla, calzado resistente, sendos *brat,* una talega con comida para varios días, un par de cuchillos, unas pocas monedas para lo que pudiera surgir y, lo más importante, un guía.

Así, una madrugada envuelta en niebla, Duarte, Álamo y fray Antonio abandonaron el convento en compañía de Callum, el novicio.

4

Plymouth

Para olvidar la decepción personal, Trenton se centró en cumplir la misión que le había encomendado su almirante. Después de La Coruña, la Stinky se había dirigido a la ría más meridional de Galicia. Se permitió una breve escala en el puerto fortificado de Bayona, en la entrada de la ría, para después continuar hasta Vigo. La pequeña localidad se alzaba sobre un promontorio rocoso que se adentraba en el mar, tenía una magnífica playa y carecía de muralla. En lo militar, Trenton no vio un sólo buque armado en el fondeadero, y sus

defensas, comparadas con Bayona, eran mínimas.

Permanecieron tres días en Vigo, el tiempo justo para que el señor Jenkins vendiera a la baja lo que quedaba de la grasa de ballena y completara el flete con una partida de pipas de vino local.

El regreso a Inglaterra fue rápido, empujados por un sudoeste suave, impropio de la estación. La Stinky entró en Plymouth a finales de enero, y poco después Trenton daba cuenta de su expedición a sir Francis. El almirante, recién regresado de Londres, lo recibió en su casa, que aún estaba fría, y escuchó su informe de pie, junto al fuego.

—Excelente trabajo, capitán —le dijo al terminar—. Y, por vida mía, también alentador. Mas cambiadme esa cara, que traéis el gesto de quien vuelve de un entierro.

Trenton esbozó una sonrisa forzada.

—Es sólo el cansancio, señor. No esperaba que mis novedades os alegrasen tanto.

—Es la primera noticia decente que recibo en días —replicó Drake, y se pasó una mano por la barba.

—¿Hay problemas con los otros capitanes?

—No, no. Vos cumplisteis, al igual que Wilder y Furthow. Sólo falta Thomas Cely. En otros frentes, sin embargo, la cosa viene torcida.

Se giró hacia la chimenea, cogió unas tenazas y arrimó unos leños a las brasas. El fuego chisporroteó y crepitó, pero la estancia seguía fría.

—Los holandeses aún dudan si enviar los sesenta filibotes que prometieron; los veteranos que Norris ha traído de Flandes no alcanzan el número que esperábamos; las arcas de la reina gotean las monedas como si fueran perlas; y en cuanto al jerife de Marruecos, ni rastro de los quinientos mil escudos que le prometió al Prior. Y no hablemos de los armadores privados. ¡Ah!, ese hatajo de buitres quiere la mitad de las presas a cambio de unos cascarones desvencijados con tripulaciones a medio formar. Vaya desvergüenza.

—Lo siento —dijo Trenton—. Por el movimiento que he visto aquí, supuse que todo marchaba bien.

—Y marcha —asintió Drake—. Pero cuesta. Al principio, tras nuestra pobre actuación frente a su armada, y con los consejeros arrugando el ceño, nadie quería arriesgarse. Cuando os vi en Saint James, apenas teníamos una docena de inversores. Por cierto, que vuestro hermano y sir Humpfrey han armado un buque de cien toneles, el Relief creo que se llama.

—¿Están aquí?

—Vuestro hermano, al menos. Y haciendo buenas migas con los portugueses.

—No me lo habría imaginado.

—En fin —tras el inciso, el almirante retomó el hilo de su discurso—, el trabajo bien hecho da sus frutos, John. Y el dinero llama al dinero. Una vez algunos vieron la posibilidad de lucro, los demás se ha ido sumando en una avalancha que se extiende desde Falmouth hasta Londres. Y los que faltan por llegar. —Hizo una pausa y lo miró con media sonrisa—. Con la edad me vuelvo quisquilloso.

—No lo diréis en serio, señor —replicó Trenton—. Se os ve más animoso que un grumete.

Drake soltó una carcajada breve, complacido.

—Bien dicho: me siento más vivo que nunca. Esta vez le vamos a dar al Austria un golpe que lo dejará renqueando. —Luego bajó la voz y frunció el ceño. Algo lo carcomía y necesitaba soltarlo—. Pero esos malditos consejeros de Londres le agrían a cualquiera el humor. ¿Recordáis a Pedro de Valdés?

—Desde luego.

—Llevo meses preparando su rescate con negociaciones discretas y muy bien encaminadas. Pero hay un grupo que se empeña en bloquearlo. Le susurran cosas a la reina, siembran dudas, me acusan de esconder dinero, rechazan mis regalos y hasta quieren que el Parlamento lo debata.

Trenton lo escuchaba sin decir palabra.

—¿Acaso estuvieron ellos allí? —continuó el almirante—. ¿En qué barco navegaron? Porque yo no los vi en el canal. Ni en Gravelinas.

El malestar del almirante no era nuevo para Trenton. Sabía que sir Francis no era bien visto en los consejos de Londres, dominados por nobles de rancio abolengo que lo consideraban un advenedizo. Un corsario con suerte, enriquecido a costa del enemigo y favorecido por la reina, pero sin pedigrí.

Lo envidiaban y a la vez lo despreciaban. Decían que hacía trampas para esquivar al fisco, que sus victorias eran fáciles, que cualquier hombre, con galeones armados hasta los dientes, podía saquear mercantes indefensos y barquichuelos de pescadores.

Durante un tiempo, Trenton creyó que todo aquello le traía sin cuidado. Que Drake se encogía de hombros y seguía su camino, orgulloso de sus humildes comienzos, como rezaba su escudo. Pero más adelante comprendió que no era

así. Aquel hombre, tan pagado de sí mismo, tan soberbio, sufría en silencio cada desplante, cada insinuación, aunque jamás lo admitiría.

—Os envidian, sir Francis —lo halagó Trenton, medio en serio medio en broma—. Vuestra fama, vuestra fortuna y vuestra cercanía al trono levantan ampollas en muchos pies.

—No os falta razón. ¡Ah, envidia! —suspiró el almirante—, carcoma de virtudes y raíz de infinitos males.

Ambos permanecían de pie junto a la chimenea.

—¿Se ha definido ya el objetivo de la expedición? —preguntó Trenton.

—Ah, no os precipitéis. Todo a su tiempo. Hay un orden, y razones que lo explican.

—Un orden que no engaña a nadie, si me permitís decirlo. Todo apunta a Portugal.

Drake lo miró con una ceja alzada.

—¿Y eso por qué?

—Los acuerdos entre la reina y el Prior do Crato dejan poco margen de duda.

—En política, John, nada es seguro hasta que se anuncia. —El almirante se cruzó de brazos—. Ni siquiera entonces. Las razones de estado son caprichosas, y la guerra, cambiante. Incluso las fechas importan. Salir en marzo no es igual que partir en mayo o en agosto.

—¿Tan importante es el cuándo?

—Ahora los españoles aún no están preparados. Pero si esperamos demasiado, podrían reaccionar. No debemos subestimar al enemigo. Así que, entre tanto no se fije un rumbo oficial, id preparando vuestro navío.

—¿Mi navío?

La sorpresa de Trenton hizo sonreír al almirante, que parecía disfrutar con el efecto de sus anuncios, como un prestidigitador que saca una daga de un pañuelo.

—Os lo prometí, ¿no? Un mando propio. Pues cumplido está. El Fortune os espera. No es un galeón de seiscientas toneladas, pero estaréis en mi escuadrón, a mi lado.

—¿Habrá varios escuadrones?

—Desde luego. No repetiremos los errores del canal. Por ahora se han formado cuatro: el mío, el del general Norris, el de Thomas Fenner y el de Roger Williams.

Trenton asintió. Conocía a Fenner y a Williams.

—¿Qué opináis? —preguntó Drake.

—Me ponéis en un aprieto, sir Francis. No me siento cómodo juzgando a hombres con más experiencia que yo.

—Hablad sin miedo.

Trenton dudó un instante, pero acabó diciendo:

—El general Norris no es marino.

—Cierto —admitió Drake—. Su mando será meramente simbólico. El ejército de tierra será su dominio.

—¿Y Roger Williams? Tampoco es marino.

—Valiente, impetuoso e imprudente. Aun así, me sirve.

Trenton no añadió nada más. Y aunque hubiera tenido objeciones, no las habría dicho en voz alta. Drake le entregó la patente de capitán y una lista de tareas para aprestar el navío: dotación, armamento, provisiones, pólvora y vituallas.

—Confío en vos, capitán —dijo al final, estrechándole la mano con firmeza y mirándolo a los ojos—. No me falléis.

XIII

1

Londres

«De Manuel de Aranda a Bernardino de Mendoza. Cifrada.

A causa de la guerra están tan alteradas las villas de este reino que las cartas pasan con suma dificultad; y si en ellas se halla cosa sospechosa, luego sin más trámite las queman. Si no hubiera prevenido desde tiempo atrás el poner el manejo de las mismas en manos de "Fabio", no tendría modo de comunicarme con Vuestra Señoría ni de haceros llegar nuevas tan frescas y tan urgentes como las que en esta van.

Uno de mis colaboradores, cuyo nombre ni aun en cifra me atrevo a referir, ha logrado sacar copia del concierto que, a fines del año pasado, asentaron la Jezabel hereje que gobierna este reino con el que se intitula en el exilio rey de Portugal, y del cual, como se verá, pretende tomar muy presto posesión.

Contiene el acuerdo una serie de cláusulas que a continuación os traslado y compendio.

Primeramente se establece que la reina de Inglaterra pondrá a disposición de don Antonio de Avis una armada compuesta por ciento veinte naves y un contingente de veinte mil hombres, entre gente de guerra y mar, con sus mandos y oficiales, para recobrar la corona del reino de Portugal. A cambio, don Antonio se compromete —y lo avala con cartas firmadas por algunas de las principales cabezas del reino— a que, dentro de los ocho días siguientes a la llegada de dicha armada a tierras portuguesas, el conjunto del reino se someterá a su obediencia, incluida Lisboa, en donde se pasará a cuchillo a la guarnición y a toda la población castellana.

En justa correspondencia por tan notable auxilio, don Antonio se obliga a compensar a la Corona inglesa, en los dos meses siguientes a la toma de Lisboa, con cinco millones de ducados de oro como restitución por los gastos de la armada, además del pago perpetuo, a la propia reina, de una renta anual de trescientos mil ducados que serán depositados en Londres a su propia costa. Asimismo, se acuerda establecer un régimen de trato y comercio recíproco entre ambos reinos, extensivo también a los territorios de las Indias portuguesas, de modo que ambas partes se vean beneficiadas.

En materia de defensa y estrategia, el acuerdo otorga a su graciosa majestad el derecho a hacer uso del puerto de Lisboa como base de operaciones para futuras expediciones navales contra el rey de España, en las que recibirá toda la asistencia que fuere menester. Ítem más, las principales fortalezas del reino —como San Julián,

la Torre de Belén, Caparica, San Felipe, Oporto, Coimbra y otras que en su momento se consideren— quedarán permanentemente guarnecidas por tropas inglesas, cuyo sustento y salario correrán por cuenta de don Antonio.

En el ámbito eclesiástico, al que también afecta el acuerdo, se establece que los obispados y arzobispados del reino deberán ser provistos por clérigos católicos ingleses. En ejecución de este punto, se designa expresamente a un monsieur *de la Torques —para mí desconocido— como futuro arzobispo de Lisboa.*

Respecto a las tropas expedicionarias, se han fijado disposiciones precisas para que, después de la conquista, perciban doce pagas ordinarias y tres más como gratificación extraordinaria. Asimismo, se les concede licencia para saquear la ciudad de Lisboa durante doce días, con estricta advertencia de que no se cause daño alguno a persona portuguesa, ni se profanen templos, iglesias ni moradas donde residan doncellas. Como también se advierte que cualesquiera suministros que las tropas necesiten durante la campaña deberán ser adquiridos con su propio dinero.

Para concluir, ambas partes convienen y sellan alianza perpetua y socorro mutuo en toda ocasión y circunstancia que así lo exija, sin excusa ni demora.

Aunque no va escrito en el acuerdo, por no levantar sospechas entre sus parciales, he tenido noticia —y entre líneas bien se puede colegir— de la intención del Prior de ceder a Inglaterra el pleno dominio del Brasil, así como el de una de las islas de los Azores, quizá Flores, o aun la Terceira. Como se ve, es cosa fácil para el Prior prometer y disponer de lo que no posee.

Como adelanto de sus propósitos, ha enviado una proclama a sus súbditos —adjunto copia— en la cual, después de ponderar cuánto arriesgó su vida, su hacienda y su honor por liberar a Portugal del yugo castellano, afirma que por fin la Providencia ha dispuesto que el término de la opresión esté cercano, y anuncia su regreso con una poderosa armada proporcionada por la serenísima reina de Inglaterra, en la cual, además de tropas escogidas, nobles y capitanes experimentados, viajará su propia persona para hacer a sus fieles las honras y mercedes que por su constancia y lealtad merecen. Y a los que, por error o confusión, se hayan declarado por el rey de Castilla, les manda decir que se lleguen a él con la seguridad de que olvidará lo pasado y les otorgará, asimismo, mercedes.

En cuanto al apresto de la referida armada, de la que V. S. me pide siempre noticias, puedo participaros que está muy adelantada la recluta de hombres y el aderezo de los navíos en los puertos del Canal, aunque no con tanta prisa que pueda hacerse a la mar en el término de un mes.

No quisiera despedirme sin apuntar la conveniencia de prevenir a Su Majestad, si V. S. lo considera oportuno, que así el secretario Walsingham como el almirante Drake están enviando espías a nuestros puertos con la finalidad de reconocer sus defensas y tomar nota de sus flaquezas, lo que muestra que el objetivo principal no está aún del todo resuelto.

Por no detener más el despacho de esta carta, omito otras nuevas menos urgentes, aunque no menos importantes, que en la próxima me obligo a participar a Vuestra Señoría, a quien Nuestro Señor guarde largos años y llene de ventura. Dada en

Londres, el dos de febrero de 1589».

2

Atlántico peninsular

La Portuguesa zarpó rumbo a La Coruña en pleno invierno. No era la mejor época del año, y doblar el cabo Finisterre podía costarles un disgusto. Pascual Laiseca, más cáustico que de costumbre, no tardó en plantearlo.

—¿Acaso crees que la fragata es indestructible? ¿Que no puede hundirse? Pues te equivocas, y mucho. Puede hundirse, claro que puede.

—Lo sé. He navegado en invierno por aguas tan bravas como estas.

—Habrás navegado por donde sea, capitán, pero la Costa da Morte no se ganó ese nombre por antojo.

—Siempre puedes quedarte en puerto, Pascual.

—Quédese en puerto el capitán, si quiere —protestó—, que a este cristiano nadie lo acusará de cobardía.

Gabriel no quiso discutir. El almirante de las Galeras del Océano no le había dado muchas opciones. Pero, más allá del riesgo de la travesía, otro pensamiento ocupaba su mente con obstinada persistencia: Yabama. Ella, por supuesto, no había querido permanecer en Lisboa. Se había mostrado incluso entusiasmada con la idea de una nueva empresa conjunta, aunque él no tenía intención de llevarla a Inglaterra.

—Juro que no te causaré ningún problema —le aseguró, con una mansedumbre que a Gabriel le resultó más inquietante que cualquier enfado.

—Tu sola presencia a bordo ya me los causa. Y no pienso exponer a García a los riesgos de esta misión.

—Le vas cogiendo apego, l'Avide.

—Es mi hijo, ¿no?

—¿Y crees que el puerto es más seguro? No puedes proteger a nadie del destino. Coaibai sabe cuándo tiene que buscarte, estés donde estés, y no hay refugio ni convento que te salven.

—Te digo que no vendrás —zanjó Gabriel.

La verdad era que no sabía qué hacer con ellos. Quizá lo más sensato fuera dejarlos en La Coruña, al cuidado de Martín Robledo. Pero entonces, ¿cómo explicarle a Marcia quiénes eran? Mahagüini le había dicho que no se

preocupara, que su esposa era una mujer noble y generosa. Un optimismo que Gabriel no compartía.

Sin embargo, ese destino al que Yabama rendía culto vino a trastocar todos sus planes. Mientras un viento duro y constante, con mar de fondo, hacía imposible el avance sostenido hacia el norte, la mujer sufrió una hemorragia copiosa. Perdió gran cantidad de sangre y se desvaneció durante horas. Su piel se volvió pálida, los labios cenicientos, la respiración apenas perceptible. Gabriel creyó que había llegado su hora.

Serrano, el barbero, le puso compresas con rodajas de cebolla y tintura de milenrama para detener la hemorragia.

—No es *fluxus* menstrual ni una descarga humoral —concluyó—, sino sangre alterada que su cuerpo necesita expulsar.

Después transmitió a Gabriel, en privado, su sospecha de que el uso continuado de calzas de varón fueran la causa de la dolencia.

—¿Vos creéis? —preguntó Gabriel, escéptico.

—La fisiología femenina está poco estudiada —se excusó el barbero—, y mi ciencia en este campo no da más de sí.

Le recetó infusiones de manzanilla y le recomendó que permaneciera en posición horizontal, con las piernas en alto, para evitar una nueva pérdida, y que tuviera siempre a mano tela absorbente.

En la cámara, Gabriel la observaba con creciente ansiedad. Yabama yacía en el catre, el cuerpo cubierto por un camisón, los pies elevados sobre un bulto de mantas enrolladas.

La Portuguesa, sacudida por el oleaje, se abría paso entre las olas con cabeceos violentos. La travesía, hasta alcanzar Viana do Castelo, había sido relativamente rápida. Pero a partir de allí, el viento, que viró y se volvió contrario, los obligó a navegar de bolina. Los hombres trabajaban sin tregua en la jarcia, azuzados por el silbato del contramaestre. Nadie tenía descanso, y cada vuelta de la ampolleta era tiempo que se le escapaba a Yabama. Dos veces recobró la conciencia y otras tantas volvió a perderla, como si no lograra aferrarse con firmeza a la vida.

Tenía el cuerpo muy caliente y deliraba.

—Con la sangre que ha perdido debería estar helada —dijo Serrano.

Gabriel, por si acaso, le refrescaba la frente con un paño húmedo que se calentaba al instante. El agua escurría por su rostro y mojaba las sábanas. No se separaba de su lado salvo cuando lo relevaban Serrano, Mahagüini o el

propio García, que encajaba con entereza la enfermedad de su madre.

Los delirios eran ininteligibles, una mezcla de taíno, castellano y otras lenguas desconocidas. Gabriel identificaba nombres, fragmentos, palabras sueltas, pero nada tenía sentido.

Una de las noches, cuando dormitaba recostado en un banco, oyó su nombre.

—L'Avide… L'Avide…

Se incorporó de inmediato. Yabama, con los ojos entreabiertos, tanteaba con la mano, como quien busca en la oscuridad.

—Aquí estoy —le susurró él, tomándole la mano.

—Me engañé… —dijo con un hilo de voz. Y entrelazó sus dedos con los de él—. Pensé que tu semilla me curaría, pero no ha sido así.

—Aquella noche… —le susurró, creyendo comprender a lo que se refería.

Yabama asintió, aunque parecía tragar con dificultad, como si tuviera la boca seca y la garganta áspera.

—La Madre nos da la vida… y la Madre nos la quita.

Sus ojos estaban húmedos, y en su voz no había miedo, sólo resignación.

—No vas a morir —le dijo Gabriel, y le quitó el paño caliente de la frente, lo sumergió de nuevo en el balde, lo escurrió y se lo volvió a colocar.

La navegación no mejoraba. El viento, frío y cortante, venía de Galicia. La maniobra continuaba, exigente y extenuante. Gabriel pasaba la mayor parte del tiempo junto a la enferma, o ayudando con las velas y escotas. Hacía lo que podía. Lo demás estaba en manos de Dios, o del diablo.

Finalmente, tras diez días de navegación, la Portuguesa fondeó en la bahía de La Coruña, frente a la playa de la Marina.

Gabriel bajó a Yabama a tierra. Había pedido al carpintero que preparase un tablón con asideros a cada lado. La cubrieron con mantas gruesas, y entre seis hombres la transportaron al beaterío de Santa Bárbara, que tenía un pequeño hospital donde atendían a mujeres sin recursos.

La noche había caído. La puerta del beaterío estaba cerrada. Gabriel golpeó con fuerza la aldaba de hierro. El sonido resonó en el interior.

—¡Ya va, ya va! —respondió una voz vieja, detrás del portón.

La frailera del postigo se abrió, permitiendo ver el rostro arrugado de una hermana con hábito oscuro.

—¿Qué deseáis a estas horas?

—Traemos a una enferma grave. Soy Gabriel del Puerto. Mi hermana Isabel

acude aquí con frecuencia.

La religiosa arrugó la nariz, murmuró algo entre dientes y se retiró. Gabriel temió que no les abrieran, pero al cabo apareció otra hermana, más alta, de rostro severo, que lo miró con atención, asintió y descorrió los cerrojos.

—Seguidme —dijo. Portaba en la mano un candil de hierro para iluminar el camino.

Atravesaron un corredor sombrío y húmedo, salieron a un pequeño patio empedrado y entraron en un cuarto amplio. Había colchones en el suelo y varias camas, algunas con cortinas a ambos lados.

La religiosa colgó el candil de un gancho de la pared y les pidió que colocaran a la enferma en una cama vacía. A continuación levantó la frazada que cubría a Yabama, vio la sangre seca y se dispuso a enrollarle el camisón.

—Mis señores —dijo con tono inflexible—, esta es una casa de recogimiento para mujeres. Os ruego que regreséis a vuestro barco. Vos también, señor capitán.

Gabriel se disponía a marcharse cuando apareció Isabel.

—Gabriel. Me dijeron que eras tú, mas no lo podía creer. —Le dio un abrazo fuerte y breve—. ¿Quién es?

—Una mujer que viajaba desde Lisboa —dijo, evasivo—. Sufrió una hemorragia en plena travesía y está exangüe, sin fuerzas ni apetito. Y tú, ¿cómo aquí a estas horas? ¿Y Santiaguillo?

—El trabajo se multiplica y yo no puedo menos que echar una mano. Cuando paso aquí la noche, dejo al niño en casa del tío Sancho, con Dominga. ¿Has ido a ver a Marcia?

Gabriel no respondió.

—Te espera. Y te necesita. Ya sabes que los embarazos nos vuelven caprichosas.

—Lo sé. Pero no podía desamparar a Yabama.

—¡Yabama! —exclamó, y su mirada, durante un momento, se llenó de interrogantes—. Ahora estamos nosotras. Anda, vete a casa.

Gabriel asintió. Pero cuando se daba la vuelta, Yabama gritó:

—¡L'Avide!

El grito lo detuvo. Ella buscaba su mano tanteando el aire, y Gabriel se acercó y la tomó, estaba fría.

—No temas, estas mujeres cuidarán de ti —la alentó—. Yo volveré mañana.

—Delira, señor —indicó la religiosa, y con una mezcla de firmeza y suavidad

soltó los dedos de Yabama uno a uno—. Acompáñalo fuera, Isabel.

—Tienes muchas cosas que contarme, hermanito —dijo ella al despedirlo.

Los hombres ya se habían marchado. El único que lo esperaba en la calle era Mahagüini.

—Esta noche dormiré en casa —le dijo Gabriel—. Encárgate de García.

—Descuida —respondió el medio indio, y se perdió en la oscuridad.

Gabriel echó a andar por calles dormidas, llenas de humedad y eco. Apenas sentía el frío. Pensaba en Yabama, en Marcia, en todo lo que lo ataba y lo empujaba. Atravesó la muralla y penetró en la Pescadería. Dobló una esquina, reconoció la fachada, el postigo, el balcón. Su casa estaba allí. A través de una rendija vio una luz encendida. Golpeó. Escuchó una silla, pasos cautelosos, un suspiro. También él suspiró. Hacía tres meses que no veía a su mujer. Y de pronto se le borraron del pensamiento la fragata, la misión, el mar, la gente, y sólo quedó ella.

La puerta se abrió. Iluminado por la llama temblorosa de una palmatoria, asomaba, anhelante, el rostro amado.

3

Condado de Clare, Irlanda

Duarte y sus compañeros viajaban hacia el este por veredas secundarias, lejos del camino principal, para evitar encuentros indeseados. El terreno era llano y verde, bajo un cielo alto y gris. El viento los obligaba a aferrarse a sus capas. La vereda serpenteaba tanto que, en ocasiones, acortaban campo a través, aunque el remedio resultaba peor que la enfermedad, pues había zonas tan irregulares que era fácil torcerse un tobillo. Algunos manchones arbolados rompían la monotonía de la llanura. Callum, a pesar de sus deseos de conversar, había impuesto un ritmo vivo.

Por la mañana se cruzaron con dos aldeanos que los miraron con desconfianza. Entonces Callum, espabilado y atento, se les acercó, conversó un rato con ellos y los despidió con amabilidad.

—¿Qué os han dicho? —preguntó fray Antonio.

—Cerca hay una aldea —respondió el novicio—. Es mejor rodearla.

Se desviaron hacia la derecha y continuaron durante horas por un terreno cada vez más abrupto. Duarte no estaba preparado para una marcha tan

exigente, y necesitó redoblar su voluntad para no quedarse atrás. Por fortuna, a media tarde Callum se internó en un bosque más extenso que los anteriores e hizo alto para comer y descansar.

—Continuaremos al atardecer —explicó—. Nos aproximamos a Athenry, ciudad amurallada y leal a la reina. Sus alguaciles tienen ojos en muchas aldeas y caseríos.

—¿Todavía nos buscan? —preguntó Álamo.

—A nosotros no. Pero hay señores rebeldes en el condado y la comarca no es segura.

A Duarte le impresionó aquel bosque: los árboles añosos, el canto de los pájaros, el murmullo del regajo junto al que descansaban y la neblina que comenzaba a formarse.

La caminata nocturna fue lenta y ardua, pues al novicio le costaba orientarse. Desde la cima de algunas suaves lomas, alcanzaban a ver el manto espectral de la niebla iluminada por la luna.

Al día siguiente se cruzaron con una anciana que guiaba tres vacas. Era baja, de mejillas curtidas por la intemperie y ojos apacibles, que no se asustaron al verlos. Al saber que Callum era novicio, los invitó a pasar la noche en el apartado caserío donde vivía. De las cuatro o cinco construcciones de zarzo que había en el claro del bosque, sólo una estaba habitada, mientras que otra hacía de establo. La acompañaban su hija y una nieta algo crecida. La hija, igual de baja, hablaba en voz muy alta; la nieta, los observaba en silencio.

La anciana les contó que había nacido el mismo año que el siglo.

—No puede ser tan vieja —comentó fray Antonio cuando Callum le tradujo.

—¿Esos hombres que van con vos son españoles naufragados? —preguntó ella.

Callum tosió y lo negó.

—Son comerciantes. Vamos a Dublín.

—No tenéis por qué mentirme —replicó la anciana—. Yo no deseo mal a nadie.

Esa noche comieron castañas asadas, bebieron leche caliente y durmieron en el establo, junto a los animales.

Los despertó el mugido de las vacas. Mientras sorbían unas gachas humeantes junto al fuego, la anciana les habló de los señores del lugar y de un monasterio abandonado más allá.

—¿Clonmacnoise? —preguntó Callum.

—Ese.

—Dicen que hay duendes y aparecidos.

Las mujeres abrieron mucho los ojos, listas para escuchar más, cuando el sonido de cascos interrumpió la charla.

—Son soldados —anunció la hija.

—¿Qué soldados? —preguntó el fraile.

—Ingleses, de la guarnición de Ballinasloe.

—La madre que las parió —dijo Álamo—. Les voy a rajar el pescuezo.

Y se abalanzó sobre un cuchillo.

—Deja eso, bestia —le reprendió Duarte.

La anciana les explicó que, de vez en cuando, un cabo venía a cortejar a su hija.

—Huid por detrás mientras los entretenemos. Mi nieta os guiará.

La nieta no necesitó que se lo repitieran. Se echó una manta al hombro y los condujo entre unas grandes piedras hasta el arranque del bosque. Allí les indicó un sendero que seguía el cauce de un arroyo.

—En el bosque estaréis protegidos. Hacia el este, a dos jornadas, está el río Shannon. Es un territorio montaraz y peligroso.

Y sin más, les dio la espalda y se puso a recoger ramas caídas.

—Espera —la llamó fray Antonio—. ¿Qué será de tu madre?

La muchacha le lanzó una mirada fugaz, intensa.

—Nada.

Desde su escondite, los hombres vieron llegar a dos jinetes. La abuela y su hija los recibieron en la entrada de la casucha. Uno se cubría con una chaqueta acolchada, el otro con una cota de malla; ambos portaban espadas. El graznido de los cuervos rompía el murmullo del arroyo.

La nieta terminó de juntar una buena brazada y tomó el camino de vuelta. Los jinetes se giraron, pero al darse cuenta de quién era, reanudaron su plática.

—Vámonos —ordenó Duarte.

—No tan deprisa —replicó Álamo. Tenía la voz áspera, el cabello escaso y castaño y una barba con hebras rojizas—. Podemos llamar su atención, atraerlos al bosque y acabar con ellos. Sólo son dos, y sus caballos nos vendrían muy bien.

El fraile se llevó la mano a la cabeza, Callum palideció, y Duarte maldijo que le hubiera tocado en suerte un compañero tan impetuoso.

—Son sólo dos, pero están bien armados —argumentó el fraile al fin—.

Duarte aún no se ha recuperado del todo, yo no soy soldado, y el novicio, menos. Además, pondríamos a las mujeres en peligro.

—Si los matamos, no.

—Incluso así. Sus camaradas vendrían a buscarlos y querrán saber qué ha sido de ellos.

—¿Qué decís vos, señor Salazar? —preguntó Álamo con retintín.

—Que fray Antonio es un hombre sabio. Vamos —respondió Duarte, y echó a andar. Los demás lo siguieron. También el soldado de Ayamonte.

Los árboles eran altos, con las ramas peladas. Entre los troncos gruesos crecían zarzas, brezos, acebos y otros arbustos que, por tramos, formaban una fronda espesa. El suelo, cubierto de hojas caídas y descompuestas, desprendía un olor intenso a humedad. El bosque se volvía más denso a medida que avanzaban, y rezumaba un silencio grave, sombrío. El picoteo seco de algún pájaro carpintero rompía a veces la quietud con su eco lejano.

Hicieron alto en el límite del bosque.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó el fraile.

—A Clonmacnoise —respondió Callum.

—¿El monasterio lleno de duendes? —dijo Álamo, entre burlón y aprensivo.

—Sólo son cuentos. Sé que aún quedan frailes allí.

Tomaron un bocado y reanudaron la marcha, con ojo avizor. Más allá del bosque, se extendía una turbera agreste, salpicada de zanjas, tormos y charcos, por donde debían caminar con tiento. A cada paso, los pies se hundían en la tierra blanda, que cedía con un susurro húmedo. Un pasto mortecino tapizaba el suelo como un velo, y cada charca reflejaba el cielo gris con inquietante inmovilidad. Tras un largo tramo de marcha fatigosa, divisaron al este una línea de lomas bajas hacia las que se dirigió Callum. El terreno se hizo más firme, y decidieron pernoctar en un abrigo entre unas rocas. A pesar del aullido lejano de los lobos, el ulular de las aves nocturnas y el carácter silvestre del lugar, la noche discurrió sin contratiempos.

El día despertó igual de encapotado. El paisaje repetía sus formas con una obstinación casi cruel: manchas de bosque aquí, turberas allá y lomas que no llevaban a ninguna parte. Sólo el cansancio se acumulaba. Duarte seguía débil. Si apretaban el paso, jadeaba; si ascendían por una cuesta, las rodillas le temblaban; si aspiraba con fuerza, sentía puñales en la espalda. Pero no se quejaba: estaba vivo, y libre. Con tiempo, se repondría. Otras eran las inquietudes que ocupaban su mente. Aquel viaje, hacia el corazón de un país

extraño, guiados por un muchacho inexperto, lo hacía dudar de no haber insistido en buscar un barco que los sacase de Galway. ¿Qué sabían ellos de los irlandeses, de sus señores, de sus lealtades? Y lo poco que conocía no le infundía confianza. Clanes divididos, señores feudales, luchas intestinas. Ni siquiera el odio común a los ingleses parecía bastar para unirlos.

—¿Cuándo arribaremos a ese maldito monasterio? —preguntaba Álamo.

—Aún falta —respondía el novicio.

Por la tarde alcanzaron la orilla del Shannon, crecido por las lluvias. Callum los guio hasta una espesura de fresnos y sauces donde podrían pasar la noche.

—El monasterio está al otro lado —dijo—. Debo buscar a alguien que nos ayude a cruzar.

Y, tal como lo anunció, se internó en la espesura.

Cenaron en silencio un pan sin levadura que les había dado la anciana. Luego aguardaron. Cayó la noche, húmeda y fría, y Callum no regresaba. Álamo, inquieto, propuso cambiar de sitio y hacer turnos de guardia, una medida que sus compañeros no vieron necesaria.

Duarte durmió mal. Se despertó dolorido, con la sensación de haber sido nuevamente herido. Para entrar en calor, se obligó a bracear, a dar algunos pasos rápidos, incluso a trotar entre los sauces. La niebla lo envolvía todo. Densa y blanca, convertía los árboles en espectros encorvados, y no se veía más allá de unas pocas varas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Álamo.

—Aguardar —respondió fray Antonio.

Eso hicieron, sentados sobre un tronco caído, bajo la copa de un árbol majestuoso.

Un crujido cercano los hizo ponerse en pie de un salto. Se agruparon instintivamente, espalda con espalda. Álamo empuñó uno de los cuchillos, y Duarte el otro. Un rumor de pasos les llegó desde un flanco, seguido por el tintineo apagado de un cencerro. El fraile les hizo señas para que rodearan el tronco y se ocultaran del lado opuesto. Duarte aferraba con firmeza el mango de madera, sobado por el uso. Dos bultos, confundidos aún con la niebla, se detuvieron a pocos pasos.

—Fray Antonio —se oyó llamar—. Fray Antonio.

Era Callum, que regresaba acompañado por una figura encapuchada.

—Un leproso —exclamó Álamo al verlo. Y lo señaló con el cuchillo.

—Bajad ese cuchillo —ordenó una voz firme—. Sólo es un disfraz.

4

La Coruña

Gabriel despertó temprano, apartó la gruesa manta y se lavó la cara, el cuello y las axilas en la palangana que había en una esquina de la habitación. Se secó deprisa y se vistió. Hacía frío en aquella estancia interior, de muros gruesos y sin apenas luz. Marcia lo esperaba en la cocina con un cálido beso y el desayuno dispuesto, rebanadas de pan blanco, letuario y una taza de chocolate disuelto en agua caliente.

—Guardé para ti el último resto —le dijo. Sabía que Gabriel, criado en la Nueva España, apreciaba mucho aquella bebida.

Después de varios días embarcado, cualquier comida le habría parecido un manjar, pero abrió los brazos para recibirla.

—Ven, mujer.

Marcia se sentó con cuidado sobre sus rodillas y se acarició el vientre.

—Ahora peso más —se disculpó.

—Estás preciosa. Y ese niño será apenas un gorrioncillo. —La mención al niño le trajo al punto el recuerdo de García. Y de Yabama. Marcia, siempre atenta a sus expresiones, percibió el cambio.

—¿Qué te ocurre?

Gabriel se percató de que, sin saberlo, llevaba días preparándose para esa pregunta, y sonrió, casi aliviado.

—Hemos venido desde Lisboa con una mujer y su hijo. Durante la travesía cayó muy enferma y anoche, nada más fondear, la trasladamos al hospital del beaterío y la pusimos en manos de las hermanas y de Isabel.

—Últimamente tu hermana se toma más en serio la vida religiosa.

—¿Últimamente?

—Tiene rachas —respondió Marcia, evasiva. No quería ser ella quien le contase la visita de Trenton, ni perder el hilo de lo que había comenzado a contarle su marido, de modo que volvió al tema—: ¿Qué mujer es esa?

—Una conocida de ultramar —dijo Gabriel, con el tono más neutro que fue capaz de emplear.

—¿Una conocida? ¿Qué tipo de conocida? —preguntó ella con viveza. Era demasiado perspicaz para dejarse engañar.

—Una mujer mestiza. Se llama Yabama.

Marcia se levantó de las rodillas de su esposo, como si, de pronto, le

molestara estar allí, y se retiró un paso. El rostro serio, contenido. Un mechón rebelde se le vino a la cara y lo recogió tras la oreja.

—¿La misma Yabama de la que hablaba tu querido Martín?

Gabriel había evitado dar ese dato desde el principio, pero ya no quedaba margen. Martín ahora era su «querido Martín». Tomó aire.

—Sí, ella. La mujer con la que estuve antes de conocerte.

—¿Y la encontraste por casualidad o la tenías escondidita en tu barco desde no se sabe cuándo?

Aquello dolió. Pero aún faltaba lo peor.

—El niño también es mío.

Marcia pareció tambalearse. Apoyó una mano en el respaldo de una silla. El silencio se hizo espeso. Por la ventana que daba al corral entraba un sol oblicuo. Un rayo, posado en la esquina de la mesa, hacía brillar las vetas de la madera. El invierno tenía muchos inconvenientes, pero aquella luz los redimía todos.

Al cabo, ella alzó la barbilla.

—Vaya. Tenías un hijo. Un detalle que se te olvidó contarme —dijo con frialdad.

Gabriel no sabía qué había esperado: tal vez gritos, un berrinche, cualquier cosa menos aquella contención que le arrugaba las ganas de explicarse.

—Te lo estoy diciendo ahora —respondió con cierta brusquedad.

—Y tenías que traértelos a La Coruña, claro.

—Yo no planifiqué que apareciera de repente, con su hijo.

—¿Así fue? ¿De repente?

—Anoche te conté que me vi obligado a viajar a Terceira, donde aproveché para visitar a tu antigua aya. Y allí me la encontré, en el puerto de Angra. Formaba parte de una escuadra corsaria, y me avisó de que tenían intención de atacarnos a la altura de San Miguel

—¡Ah! Te avisó. Qué detalle. Y tú, para agradecerle el favor, la invitaste a venir.

Gabriel trataba de ser claro y sincero, de hablarle sin dobleces, pero Marcia lo fustigaba con innecesaria ironía. Y eso le molestaba.

—El destino teje siempre los hilos a su antojo, y nuestra libertad se reduce a decidir cómo afrontarlo.

—Ya. ¿Y acaso el destino la subió en brazos a la fragata? —replicó con una ironía aún más hiriente.

Gabriel se levantó de la silla y abrió los brazos.

—¿Qué habrías querido que hiciera, Marcia? Dímelo. ¿Abandonarlos a su suerte? ¿Te habría parecido así un hombre mejor?

—Por supuesto que no. No soy ninguna desalmada.

—No entiendo tu enfado entonces. ¿Estás celosa de Yabama? ¿De mi hijo?

—¿Celosa yo? ¿De una pirata mestiza? —preguntó con furia, olvidada la contención del principio.

—¿Crees que porque haya aparecido García voy a querer menos al niño que llevas en el vientre?

Marcia alzó una ceja.

—¿Así se llama? —inquirió, curiosa.

Gabriel asintió.

—Para algunas cosas eres muy sagaz, pero en otras pecas de incauto —dijo ella, con vehemencia. Al fin se animaba a expresar sus razones—. Ese niño, si acaso es tuyo, lo emplea como señuelo para atraerte a su lado.

—No la conoces —dijo Gabriel. Era evidente que el temor hablaba por Marcia.

—¿No lo ves? Esa mujer ha venido dispuesta a recuperarte, y no le importa el precio que tenga que pagar, ni el daño que deje tras de sí.

—No lo creo. Pero, aunque así fuera, das por hecho mi caída, como si yo fuera un pelele sin voluntad ni criterio.

Marcia soltó una risa hueca y burlona.

—No sería la primera vez.

Aquella frase colmó la gota de la paciencia de Gabriel. El rayo de sol se había movido de la mesa al asiento de la silla que ocupara Marcia.

—Voy al convento, a ver cómo se encuentra Yabama. Si quieres conocerla, acompáñame.

Marcia no dijo palabra. Le dio la espalda y empezó a recoger lo que quedaba sobre la mesa. Gabriel sintió la tentación de abrazarla, a ver si así alejaba sus fantasmas, pero se lo pensó mejor, quizá lo que ella necesitaba era tiempo, y salió a la fría mañana. Concentrado en sus pensamientos, se olvidó de ponerse la ropilla de lana sobre el jubón, y de ceñirse el sable. Aun así, no volvió atrás.

Atravesó el bullicio del arrabal, pescadores, arrieros, vendedoras, pillos y menesterosos, frailes y soldados, calles embarradas, desperdicios y estiércol. Penetró en la ciudad vieja y en poco tiempo alcanzó el convento. En la puerta, unas hermanas vendían dulces, jaleas y mantequilla. Explicó a una de ellas que

venía a ver a una enferma y la religiosa, ocupada con unos clientes, le dio permiso con un gesto distraído.

Isabel, que seguía junto a la enferma, lo saludó con una sonrisa cansada.

—¿Has pasado toda la noche a su lado?

—Dormí en casa del tío, con mi hijo, y hace un rato que he vuelto. —Señaló a Yabama con un movimiento de cabeza—. Ha perdido mucha sangre, pero se la ve fuerte. El médico viene cada tres días, y habrá que esperar a que la examine.

La enferma tenía el rostro ceniciento, con profundas ojeras violáceas. Parecía casi cadáver.

—¿No me vas a explicar quién es?

—La conocí en La Habana, en la escala que hicimos cuando veníamos con padre, ¿recuerdas? —Isabel bajó los párpados. Recordaba perfectamente aquella escala—. Después la volví a ver con los piratas que me capturaron. Era la amante de uno de ellos, pero se encaprichó de mí, de repente, a causa de una superstición suya a la que da gran importancia.

—No seas modesto, hombre —lo interrumpió ella con una risa suave—. Siempre gustaste a las mujeres. Hasta mi dama de compañía cayó rendida en tus brazos. No sé qué verán en ti.

—Tampoco yo lo sé, pero te aseguro que no fue así con Yabama. Ella venera a una diosa de su pueblo, o sólo de las mujeres, Atabey, que, según dice, me había señalado. Y abandonó a su compañero y se vino conmigo. Fueron tiempos duros, muy duros, me creí perdido, sin esperanza, y ella me sostuvo, me ayudó a salir del pozo y a alcanzar la libertad. Luego, un día, se fue. Así, sin más. Disposiciones de Atabey, dijo. Pero me la volví a encontrar en las Azores.

—¿Has estado en las Azores?

—Hermana, mi estancia en tierras portuguesas ha sido todo menos tranquila —rio Gabriel, y le contó los problemas en Lisboa, el embargo de la fragata, el viaje a Terceira y la inesperada aparición de Yabama, con su hijo.

—¿Un hijo? ¡Oh, Gabriel! ¿Se lo has contado a Marcia?

—Y no le ha hecho ninguna gracia.

Isabel depositó su mano sobre la suya. La mantuvo allí un instante, en silencio, ofreciéndole su apoyo. En la habitación flotaba un olor denso, humano. Una enferma se levantó de su lecho, renqueante, y salió con pasos lentos.

—Vamos fuera —sugirió Isabel—. También yo tengo cosas que contarte.

Lo condujo a un huerto lateral, separado de la plazuela por una cerca de madera. Varias hermanas trabajaban la tierra con sachos y azadas. Un mosquitero saltaba entre las ramas desnudas de un frutal, menudo y nervioso. Pasearon entre surcos de coles, ajos y cebollas, y allí Isabel le contó la visita de Trenton, su conversación y la respuesta que le había dado.

—Se arriesgó para verme —concluyó.

—Demasiado riesgo, diría yo. Quizá tuviera otra intención.

—¿Qué insinúas?

—Estamos en guerra, Isabel. Se oyen rumores de que los ingleses van a contraatacar con una gran flota. Y justo entonces, aparece Trenton. No sé. Deberías haberlo puesto en conocimiento de las autoridades.

Isabel se pasó la lengua por el carrillo. La consideraba una desconfianza exagerada, típica de quien sólo ve enemigos allá donde mira. Gabriel, por su parte, pensó que su hermana seguía siendo muy ingenua. Para demostrárselo, le contó la misión que debía emprender en Inglaterra, por orden de Alonso de Bazán.

—¡Virgen santísima! De nuevo en la picota. ¿Cuándo partes?

—Pronto.

—¿Y Yabama?

—Tendréis que cuidar de ella. Y del niño. No conocen a nadie aquí, no sabrían cómo salir adelante. Te dejaré dinero suficiente para su manutención. Y donaré otra suma al beaterío.

Volvieron dentro. Yabama seguía dormida. Gabriel le acarició con suavidad el pelo y luego se despidió de su hermana y cruzó la plazuela hasta casa de su tío, a quien puso al corriente de las trabas para la obtención de una licencia comercial en Lisboa, las demoras sufridas y la misión que ahora tenía entre manos. Su tío, de humor más agrio que de costumbre, no veía sino nubes en el horizonte.

—Esta maldita guerra no va a traernos nada bueno.

—La guerra era inevitable, padre —intervino Froilán, que estaba allí—. Hace dos años todos nos quejábamos de que el rey no hacía nada contra los corsarios. Bien, ahora que ha actuado no podemos seguir lamentándonos.

Tras un rato de charla, Gabriel fue a la herrería. Necesitaba un pecho amigo a quien confiarse, y alguien que velara por Yabama y su hijo si las cosas se torcían. Martín, al ver su semblante, se contuvo de hacer chanzas.

—Quién lo diría —silbó al fin—. Yabama y Malasaigne. No habrá sido fácil

acompañar tanto tiempo a ese bastardo con un niño a cuestas.

—No lo ha sido. Pero si hay una mujer que sabe cómo tratar a los hombres, es ella.

Martín lo miró de soslayo, mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—¿No será que no te la has quitado de la cabeza?

Gabriel se encogió de hombros.

—Quiero a Marcia. Lo sabes bien.

El herrero asintió, sin quitarle ojo, y lo invitó a almorzar en una taberna de las de puntapié. Aurelio, su propietario, servía buen vino y platillos sabrosos, aunque escasos.

—¿No se quejará doña Antonia?

—Claro que se quejará. Igual que yo me quejo de sus guisos de col, y de su ceño fruncido. Y con nuestras quejas nos demostramos el cariño que nos tenemos.

Y Gabriel, que no tenía prisa por volver a casa, se quedó allí un buen rato, no por hambre ni por sed, sino porque necesitaba hablar sin dar explicaciones. Y Martín, por fortuna, sabía escuchar sin pedirlas.

XIV

1

Clonmacnoise, Irlanda

Declan de Ardagh, antiguo maestro del novicio, los guio por la espesura ribereña hasta un soto más enmarañado, donde tenía oculta una barca. Aquel monje, de más de cincuenta años, era un hombre de buena planta y barba y cabellos entrecanos, con unas manos grandes y curtidas, acostumbradas a bogar.

La neblina, que aún no se había disipado, cubría el Shannon como un sudario. El río formaba una curva cerrada y los remos se hundían sin ruido, dejando apenas estela, mientras el monje les contaba con voz sonora que a ambas orillas del río había una reducida comunidad religiosa de la que formaba parte.

—Tratamos de mantener viva la espiritualidad que un día llenó este lugar, aunque sean tiempos oscuros.

Declan había formado parte del séquito del nuncio papal Nicholas Sanders y del noble FitzMaurice, de los Geraldinos de Munster, cuando ambos viajaron al continente tras la primera rebelión de los Desmond. Primero a España, donde ofrecieron la corona de Irlanda a don Juan de Austria, y después a Roma, para suplicar ayuda al Papa en defensa de la Iglesia irlandesa, asediada por la Reforma. Obtuvieron indulgencias y dinero de Gregorio XIII y la ayuda encubierta de Felipe II para reclutar una pequeña fuerza de españoles e italianos. El contingente desembarcó en Munster y fue masacrado.

Al llegar a la orilla opuesta, Declan escondió cuidadosamente la barca y los condujo entre juncos, piedras y cambrones, siguiendo la ribera. Subieron por una pequeña loma y ante ellos aparecieron las ruinas de Clonmacnoise: una catedral derruida, templos menores, torres redondas, talleres, oratorios, los restos de una fortaleza, todo disperso sobre las suaves colinas, como un cadáver desmembrado.

—Da tristeza contemplar este sitio —dijo Duarte.

—Fue un lugar próspero y venerado, lleno de vida. Aquí moraba una comunidad enorme, de cientos de personas —explicó Declan—. Su declive fue largo, pero el golpe de gracia se lo dio el rey Enrique VIII, hace treinta años, cuando disolvió lo que restaba del monasterio. Las tropas de Athlone saquearon cuanto hallaron, quemaron imágenes, destruyeron huertos, rompieron muros. Sólo les faltó sembrar los campos de sal.

Una nubecilla de humo salía con pereza de una cabaña improvisada entre las ruinas.

—¿Quedan monjes? —preguntó fray Antonio.

—No —respondió Declan—. Ya no. Sólo desahuciados y forajidos.

Para confirmarlo, una mujer con el cabello enmarañado salió de la cabaña, se agachó tras unas zarzas y se puso a orinar sin preocuparse por la presencia de los hombres.

—Mas no os asustéis —añadió el monje—. Conmigo estáis seguros.

Atravesaron un camposanto de lápidas gastadas y cruces celtas, y pasaron junto a otro conjunto de ruinas que, según Declan, había sido convento de monjas. Techos hundidos, muros vacíos, sillares sueltos, troncos calcinados, puertas abiertas como bocas asombradas, campos invadidos de hierbajos, árboles secos y desolación. Siguieron una vereda estrecha entre el río y una turbera, hasta que se internaron en un bosquecillo en el que hallaron un pequeño asentamiento: cuatro chozas redondas y una mayor, cuadrada, con una cruz de madera en el tejado.

Los miembros de aquella comunidad los acogieron con calidez, especialmente al saber que eran náufragos. Pese a la pobreza del lugar, las chozas estaban limpias y bien dispuestas. Llevaban una vida austera y sencilla: vestían túnicas de lana sin teñir, trabajaban la tierra, rezaban a todas horas y ayunaban con regularidad.

Descansaron allí un día, que se prolongó otro, y luego otro más. Pero cuando se enteraron de que en el condado de Westmeath, no lejos de donde estaban, los Tyrrell habían dado cobijo a un grupo de españoles, decidieron marchar.

El padre Declan los guio durante una jornada entera a través de las turberas y atolladeros y acampó con ellos. Al día siguiente, antes de despedirse, preguntó a Callum si deseaba regresar.

—Mi abad me encargó acompañar a estos hombres hasta que abandonen Irlanda —respondió el novicio—. Me dio permiso incluso para seguirlos más allá, si no les estorbo.

Declan aceptó su explicación con una sonrisa y les dio instrucciones sobre el camino. Les advirtió también de los señoríos inestables del centro de la isla, poblados por clanes irlandeses y normandos, enfrentados entre sí por antiguas rencillas, incluso entre ramas del mismo linaje.

—Cuando os acerquéis a Dublín —les dijo—, hallaréis el país más poblado por gente poderosa y soberbia, y también por pobres de solemnidad. Procurad evitarlos. Por muy necesitados que os creáis, siempre habrá otros más menguados que vosotros dispuestos a robaros la camisa.

Las indicaciones del padre Declan no bastaron. Y Callum, que no conocía la región más allá del Shannon, se extravió al tratar de evitar Tullamore.

—Habrá que buscar una aldea y preguntar —dijo el joven.

—¿Y cómo se busca una aldea? —inquirió Duarte.

—Siguiendo las veredas más marcadas —respondió Callum.

—Nos aconsejaron justo lo contrario —replicó Álamo—. Además, el este queda hacia allá. —Y señaló una dirección con seguridad.

—Guíenos entonces vuesa merced —zanjó fray Antonio, con algo de zumba.

El soldado aceptó el reto y se puso en cabeza. El rumbo que eligió los condujo a una arboleda cada vez más densa, en la que no era posible atisbar el cielo ni otra referencia que no fueran las propias ramas. Tras media tarde de marcha, luego de subir una pequeña elevación, desembocaron en un páramo yermo y cenagoso, en cuyo centro se agrupaban unas cuantas chozas.

Divisados por sus pobladores, los caminantes no tuvieron otro remedio que continuar. Cuando aún estaban a unos cien pasos, Álamo se detuvo: en el umbral de una de las casuchas, envuelto en una manta de cuadros, había un hombre alto, con el abundante pelo casi albino. Al verlos detenerse, les hizo señas para que se aproximaran.

—A vos os llama, señor Álamo —lo animó el fraile.

—Yo no entiendo ni una palabra de su jerga.

—Hacia el este, dijisteis. ¿No es así?

Álamo se removió incómodo. Acalorado, pese al frío, se quitó la capa de un tirón. Duarte habría soltado una carcajada si la situación no fuera tan comprometida. Durante unos instantes que se alargaron más de lo prudente permanecieron quietos, a la vista de la gente cada vez más numerosa del caserío.

—Vamos —dijo Callum.

El albino tenía un bigote caído, del mismo color, una espada larga al cinto y una lanza que sostenía con ambas manos, apoyada en el suelo. Intercambió con Callum unas palabras en gaélico, rápidas y cortantes. Luego los miró y le preguntó por ellos. Callum vaciló, y respondió que eran comerciantes italianos. Siguió una explicación más larga que cesó de repente. El albino dio una palmada que puso en movimiento a los suyos, y fray Antonio quiso saber qué pasaba.

—Nos ha invitado a pernoctar con ellos —explicó Callum.

—¿Y el tal Tyrrell? —preguntó Álamo.

—Dice que vive a media jornada de aquí.

—Pues dale las gracias y vámonos.

—No es posible.

—¿Cómo que no? —El de Ayamonte alzó las cejas.

—Mirad, señor Álamo —dijo el fraile.

Algunos hombres, que quizá barruntaban sus intenciones, los observaban con los brazos cruzados y los rostros serios. Contrariarlos no parecía sensato, de modo que aceptaron su hospitalidad. La abundante cena con la que los agasajaron, bien que simple, ayudó a despejar la aprensión inicial.

—¿Qué pretenden estas gentes? —preguntó Duarte.

—No lo sé —respondió Callum—. Ni siquiera sé a qué clan pertenecen. Pero sé que no se llevan bien con John Briscoe, el castellano de Tullamore.

—¿Eso es bueno?

—Briscoe es inglés.

—Bien.

—Pero su esposa es una Kearney.

—¿Es decir?

—Irlandesa.

Después de la cena, los alojaron en una casa pequeña con las paredes de piedra y una puerta de madera gruesa que Álamo atrancó por dentro.

—No os molestéis —le dijo Callum—. Ya se encargan ellos de guardarla.

—¿A qué te refieres? —preguntó Álamo. Aunque no lo admitiera, temía lo mismo que los demás: una nueva traición disfrazada de hospitalidad.

—No quieren que escapemos.

Los lechos, de hojas y ramas verdes, eran rudimentarios pero cómodos. Durante la noche, el viento sacudía los árboles y se colaba entre las tejas. Llovía.

Los despertaron unos golpes secos en la puerta. Cuando la abrieron, varios hombres los sacaron con brusquedad. Fuera, el albino sostenía una antorcha que chisporroteaba bajo la lluvia. Dio una orden y sus hombres los registraron, les quitaron los cuchillos, las alforjas, el dinero y los ataron.

—¿Qué queréis? —preguntó Duarte en su tosco gaélico.

—Comerciantes italianos —se burló el irlandés—. ¡Vamos! —Escupió al suelo, giró sobre los talones y echó a andar, indiferente al viento y a la lluvia.

Aún no había amanecido.

2

La Coruña

Marcia durmió mal. Le costó conciliar el sueño y, cuando por fin lo logró, este fue inquieto y poco reparador. Había vuelto a discutir con Gabriel, a quien recriminó la brevedad de su escala y la falta de delicadeza al dejar a Yabama en La Coruña. Él se rio de su reacción y le preguntó si acaso preferiría que se la llevase con él. Intercambiaron palabras más duras, y él terminó por marcharse y dormir en el barco.

La larga noche había dado para muchas reflexiones. Tardó en admitirlo, pero sentía celos de Yabama. Si hubiera llegado sola, la situación le habría resultado más llevadera. Mas la presencia de un hijo lo cambiaba todo. El destino se le antojaba injusto: cuando empezaba a sentirse verdaderamente feliz, con el embarazo avanzando sin complicaciones, Gabriel de nuevo a su lado, o al menos cerca, aquella mestiza irrumpía en su vida con un hijo salido de la nada. Sin embargo, también ella había sido injusta con Gabriel. Estaba a punto de partir en un viaje largo y peligroso, y ya habían perdido una noche juntos. Nunca debería haberse enamorado de un hombre así, pero ¿quién gobierna el corazón?

Como si no fuera suficiente, su cuñada faltaba de casa desde hacía dos días, ahora, cuando más necesitaba su compañía, cuando más sola se sentía. Marcia tenía pocos vínculos en La Coruña: algunas relaciones superficiales con vecinos, la familia de Gabriel, y poco más. La amistad de Isabel había sido su mejor sostén. Pero el condenado convento, y la condenada Yabama, se la estaban arrebatando.

—¡Ah! —suspiraba, en medio de sus pensamientos.

Por desgracia, los males nunca vienen solos.

A media mañana se presentó en la casa un alguacil con la orden de que alojaran a un cabo de infantería recién dado de alta en el hospital de campaña. Marcia sabía que, tarde o temprano, le tocaría albergar a uno de los hombres de la Gran Armada, como tantas otras familias de la ciudad, pero temía el momento. Había escuchado comentarios poco halagüeños de algunos vecinos que los tildaban de borrachos, jactanciosos, alborotadores, incluso de ladrones y libertinos. Y ellas no eran más que dos mujeres solas.

Ante sus quejas, el alguacil repitió lo que ya sabía, que todos debían contribuir en la acogida y manutención de esos soldados, pues de ellos dependía la defensa de la ciudad.

—¿Acaso no cobran soldada, para cubrir esos gastos? —replicó Marcia.

—El marqués de Cerralbo les adelantó parte de lo que se les debe, para que puedan salir del paso, comprar ropa y atender sus necesidades más urgentes. ¿No visteis acaso que muchos venían como los trajeron al mundo?

Aclarado el asunto, marchose el alguacil, no sin advertirle que el cabo llegaría antes del mediodía.

Marcia se contuvo de avisar a Gabriel. No quería parecer incapaz de manejar la situación, ni mucho menos dar a entender que usaba aquel imprevisto como pretexto para reconciliarse. Aunque bien sabía Dios cuánto lo deseaba.

Apenas había tenido tiempo de adecentar un cuarto cuando llamaron a la puerta. Era el cabo. Un hombre de constitución mediana, barbado, de edad indefinida y expresión vulgar. Se presentó como José Luján y, con maneras que pretendían ser mundanas, le dirigió un par de cumplidos que, por rebuscados, no hicieron sino contrariarla. Lo acompañaba un mozo, casi derrengado bajo el peso de un gran arcón, al que hizo entrar sin que Marcia lo hubiese invitado.

El señor Luján se detuvo en el centro de la casa, preguntó por la disposición de las habitaciones, elogió el buen gusto de la decoración y torció el gesto al saber que su aposento quedaba fuera.

—Me habéis dicho que arriba también hay habitaciones —replicó el cabo.

—Arriba duermen mi cuñada y su hijo.

—¿Y en los demás cuartos?

—¿Vais a disponer vos de mi casa, caballero?

José Luján se retorció una de las puntas del grueso bigote, señaló hacia delante y sonrió con condescendencia, como quien consiente en un capricho.

—Os sigo, señora —dijo, y añadió—: Vamos, muchacho.

Salió Marcia al corral. A su derecha se alzaba una estancia adosada a la casa principal como una piedra arrimada a una pared. Los muros sin enfoscar y las tejas cubiertas de verdín daban fe de su abandono. En el pasado había servido de cuadra.

—¿Qué os parece, señor cabo? —Marcia empujó la puerta y penetró en la estancia, que olía a estiércol viejo.

No se mostró muy satisfecho Luján cuando contempló el interior de su futura morada, que en nada desmerecía el aspecto externo, el suelo empedrado, un ventanuco mal encajado, un camastro con su correspondiente jergón, dos mantas de arriero, una mesa coja calzada con un ladrillo, un brasero, un palanganero de metal con su jofaina y un montón de trastos, canastos y tablones arrumbados contra la pared del fondo.

—Llevo toda la mañana moviendo bultos y adecentándolo para que sea de vuestro agrado —dijo Marcia.

Soltó una risilla boba el mozo de carga, y don José se volvió hacia él con mirada furiosa.

—Deja el baúl junto a la cabecera de la cama —le ordenó.

—Aquí gozaréis de gran independencia. —Marcia se esforzaba en destacar alguna ventaja—. El corral tiene una portadilla que da al callejón contiguo, de modo que podréis entrar y salir a la hora que os plazca.

Tampoco mostró gran aprecio el señor Luján por tal privilegio, pero pronto olvidó el asunto y se le alegró el rostro.

—¿Es soltera vuestra cuñada?

La inoportuna pregunta molestó a Marcia; más aún, la inquietó. Si aquello era un adelanto de sus intenciones, mal comenzaban.

—¡Señor Luján! Acabáis de llegar y ya os interesa el estado civil de mi cuñada. Sabed —añadió, con tono firme— que esta es una casa respetable. Su esposo es marino, como tantos hombres en esta ciudad, aunque en estos momentos esté navegando.

Pero el cabo hizo caso omiso del reproche implícito en su respuesta y prosiguió alimentando su curiosidad:

—¿También vuestro esposo es marino?

—Lo es, y uno de los más reconocidos de la ciudad —exageró Marcia—, y su navío está, por ventura, fondeado en la bahía.

—¿Portugués?

—¿Por qué habría de serlo?

—Vos lo sois. Se os nota en el acento.

—Estáis hecho un lince. Pero decidme, ¿qué más os da de dónde sea yo? —replicó con sorna—. Y ahora os dejo, que esta casa no se mantiene sola.

Una tosecilla discreta les recordó la presencia del mozo, que aguardaba sin duda una propina por sus servicios. Luján lo miró con aire ausente, como quien no entiende el motivo de su espera, y fue Marcia quien rompió una lanza por él:

—Ese baúl vuestro no se ve liviano.

Se aclaró la garganta el cabo y, tras rebuscar en su bolsa, extrajo unas monedas y apartó la más pequeña. Tenía las uñas largas y mugrosas.

—Toma, chico —dijo, complacido, como si acabara de regalarle un castellano de oro.

El mozo cogió la moneda sin decir palabra, pero al girarse hacia Marcia le dedicó una sonrisa ladeada que parecía decir: «Buena suerte, señora».

—Por cierto —añadió Luján, volviéndose a Marcia—, ¿se almuerza en esta morada?

—Se almuerza, mas a su hora.

Marcia volvió a entrar en la casa, seguida por el mozo. No le gustaba el huésped que le había tocado en suerte, sus modales excesivamente obsequiosos, la mirada ladeada, su inoportuno interés por Isabel. Así que, al despedir al muchacho en la puerta, se tragó el orgullo y le preguntó si estaría dispuesto a entregar un mensaje en un navío fondeado en el puerto.

—Te pagaré el doble de lo que te ofreció él.

—Eso es casi lo que me costará el barquero.

—Cuando lo entregues, recibirás otro tanto. Lo pondré en la nota.

El mozo aceptó, quizá agradecido por su intercesión con el soldado. Marcia garrapateó unas palabras en un papel, se lo entregó y le explicó dónde estaba la fragata. Momentos después se arrepintió del impulso y le dieron ganas de salir corriendo tras el mensajero y anular el encargo, pero no lo hizo. Y se enfureció consigo misma por su indecisión.

La mañana se le fue entre preparar el almuerzo, una olla con hueso de cerdo, col y garbanzos, y pensar en cómo comportarse con Gabriel para que no la creyera arrepentida. Cuando la olla estuvo lista, apartó una buena escudilla y un mendrugo de pan del día anterior y se los acercó al cabo, que, antes de agradecérselo, la felicitó por el vestido que llevaba.

—Os sienta mejor que el otro —sentenció, mientras le daba un buen repaso.

Marcia se había cambiado para que Gabriel no la viera hecha unos zorros, no para aquel jumento. Mas el jumento, ajeno a sus pensamientos, sacó del baúl un atadijo de ropa sucia que le tendió con toda naturalidad. Marcia observó la ropa y no hizo ademán alguno de cogerla.

—Hay muchas lavanderas en la ciudad, señor Luján. Y si el dinero no os alcanza, yo os regalaré el jabón para que vos mismo la lavéis.

Almorzó sola, y enfadada. Había esperado que Gabriel, si no presuroso, acudiera a lo largo de la mañana. ¿Se atrevería a ignorar su nota? Se sentó en la cocina e intentó dar una cabezada. Como no lo lograba, tomó la labor y prosiguió con el vestidito que confeccionaba para cuando su hijo naciera. Uno más. El cielo se había encapotado y amenazaba lluvia. Al poco, vio al cabo cruzar el corral y salir por la portilla. Agradeció el detalle. Siguió cosiendo, nerviosa, atenta a cualquier ruido exterior, y preguntándose si el mozo habría cumplido con el encargo o se habría embolsado los dos maravedíes. No sabía si aquella posibilidad le agradaba o la contrariaba.

Pronto iba a descubrirlo, pues, avanzada la tarde, oyó por fin pasos en la entrada. Se levantó a recibir a Gabriel, que no venía solo. A su lado, en el zaguán, había un niño menudo y sarmentoso, de pelo largo y liso.

—Espera arriba, García —ordenó Gabriel, con voz grave.

El niño asintió en silencio y se escurrió como una sombra hacia las escaleras.

—Ven, muchacho —lo detuvo Marcia, algo emocionada, a su pesar.

Le apoyó una mano en el hombro y con la otra le alzó la barbilla. Su rostro era una copia del de su padre, las líneas de la cara, la nariz recta, la frente amplia. Sólo la color de la piel y los ojos los diferenciaban, unos ojos oscuros que la miraban con asombro y sin temor.

—¿Quieres comer algo?

—Sí, señora —respondió con cortesía. Su voz tenía un acento extraño.

Lo condujo a la cocina, cortó medio palmo de salchichón y un pedazo de pan, se los ofreció y lo envió arriba.

—Es tuyo, no hay duda —dijo Marcia apenas el niño desapareció.

—Lo he llevado a ver a su madre —explicó Gabriel, que hasta entonces había permanecido callado. Y, más serio aún, añadió—: ¿Qué ocurre con el huésped?

Marcia le contó la orden del alguacil, la llegada del cabo y la mala impresión que le había causado. Mientras hablaba, Gabriel encendió un par de velas. La luz del crepúsculo menguaba con rapidez.

—Has hecho bien en instalarlo en la vieja cuadra. Así, cuando quieras, puedes echar el cerrojo a la puerta del corral. Pero no creo que vaya a darte problemas.

Marcia se acercó a su marido. Le parecía más apuesto que nunca.

—No me gustaría quedarme sola con ese hombre —confesó—. Al menos las primeras noches.

—Tampoco yo tengo interés en que lo hagas.

Marcia alzó la mano y, con un dedo, le rozó la barbilla. Gabriel lo tomó con la suya y lo mantuvo allí.

—¿Cuándo te irás?

—No querría irme nunca.

—A tu hijo, si quieres, lo puedes dejar aquí.

—El médico no cree que Yabama sobreviva.

—¡Oh! Lo lamento —dijo con sinceridad—. Pobre niño, huérfano tan joven.

Un golpe brusco en la puerta los interrumpió. Estaba sólo entornada y el cabo irrumpió con pasos estruendosos y tambaleantes, arrastrando la espada por las baldosas y tarareando una tonadilla. Se detuvo en seco al ver a Gabriel.

—Señor Luján, bien achispado que venís —le reconvino Marcia.

—Mis disculpas, señora —farfulló el aludido.

—Este es Gabriel del Puerto, mi marido.

—Bienvenido a nuestro hogar, caballero —dijo Gabriel con desenfado. Le estrechó la mano con firmeza y lo miró a los ojos, como tomándole la medida —. Por Júpiter, que oléis a meretriz de puerto.

—Por Júpiter que sí —respondió el sargento. Y ambos rompieron a reír con estrépito.

Marcia contemplaba la escena incapaz de entender la gracia. Y mayor fue su asombro cuando Gabriel le ofreció un vaso de orujo, brindó con él y le dedicó un rato de charla. No obstante, al advertir su incomodidad, él le hizo un gesto cómplice. Luego de apurar los vasos, echó el brazo sobre el hombro del soldado y salió con él al corral.

—Os ruego ahora que os retiréis a vuestros aposentos, amigo Luján —dijo con pompa—: Mi señora esposa y yo tenemos asuntos que sólo a un matrimonio competen. —Y acompañó sus palabras con un guiño exagerado.

El cabo respondió con una sonrisa socarrona y, con pasos más vacilantes, si cabe, se dirigió a la cuadra.

Bajó García. Marcia calentó la olla y cenaron los tres a la luz temblorosa de

las velas. Ella se interesó por la vida del pequeño, que respondía con frases escuetas, o apenas monosílabos, abrumado por su atención. Si quería conservar a Gabriel, tendría que empezar por aceptar a su hijo. Cuando los ojos empezaron a cerrársele, lo llevó arriba y lo acostó.

El niño se quedó roque al momento, y ella bajó para hacerse cargo de su marido, a quien no pensaba permitir que se durmiera.

3

Salcombe, condado de Devon

Mientras ayudaba a Geraldo en Plymouth, Joao no se olvidaba de Robledo de Tapia y los otros cautivos de Salcombe. Su condición de sanitarios y la relativa autonomía de que gozaban facilitaría, sin duda, un intento de huida. Lo único que Joao necesitaba era encontrar a alguien que los trasladara al otro lado del canal.

Entre los muchos intermediarios con los que tuvo que tratar, se fijó en un francés encargado de suministrar cordaje para la jarcia, así como duelas y aros para la fabricación de pipas. La demanda de la flota era tan grande que obligaba a recurrir a proveedores de toda laya.

El hombre le pareció campechano, católico y muy apegado al dinero. Tenía una zabra de poco porte, con la que transportaba mercancías entre Saint Maló y Plymouth, y con él contrató una partida de barriles para el barco que estaba armando el Prior. En una de sus charlas, el señor Roussel confesó su escaso aprecio por los ingleses.

—Don dinero es el que me mueve a hacer esto, no lo dudéis.

—Aprovecharse del enemigo siempre es lícito.

—Lo que no entiendo, si vuesa merced me lo permite, es qué diablos hacen los portugueses aliándose con estos herejes.

—Ah, cosas de la guerra, señor Roussel. El enemigo de tu enemigo…, ya se sabe.

—Esa máxima puede conducir a verdaderas aberraciones —apuntó el comerciante.

—O puede ayudar a hacer obras nobles. Yo me dedico a liberar de las cárceles inglesas a presos de la Gran Armada. Portugueses, claro.

—¿Y os lo permiten?

—Siempre que juren lealtad a don Antonio de Avis. Pero veréis…, en cierto lugar, no lejos de aquí, hay un grupo de compatriotas que no serán liberados por muchas lealtades que juren. Y me pregunto si vos, en uno de vuestros viajes…

El señor Roussel se quitó la gorra, se rascó el cogote y lo miró con expresión neutra, sin dar pie a que completara la frase.

—Son presos que, por circunstancias que no vienen al caso —prosiguió Joao con cautela—, están poco custodiados.

—Si uno va a arriesgarse —dijo finalmente Roussel—, todas las circunstancias vienen al caso, señor Veiga.

—¿Incluidas las económicas?

—Especialmente las económicas.

—¿Habéis estado en Salcombe?

—Conozco esa guarida de ratas como la palma de mi mano.

La taberna donde se encontraban, al sur del puerto y junto a un molino, estaba poco concurrida a esa hora de la mañana. Nadie había cerca que pudiera oír el largo y empeñado trato que acabaron cerrando en veinticinco libras por el grupo, más cinco adicionales por cada hombre que superase la media docena.

—Ya sólo falta que me digáis la fecha y el lugar donde habré de recogerlos.

—Antes debo hablar con ellos para acordar los detalles.

—Hacedlo como creáis conveniente —dijo Roussel, con una jarra de cerveza en la mano—. Pero daos prisa. No me gustaría demorar la partida más allá del domingo próximo.

Para justificar su viaje a Salcombe, Joao informó al capitán Sydeman sobre un granero en Torquay en el que, según rumores, aún quedaban presos de la Armada. Pero el inglés no quiso acompañarlo. El general Norris le había encomendado tareas más importantes, y también más de su agrado.

—Todos vuestros hombres han llegado aquí sin novedad, señor Veiga —se excusó Sydeman—. Considero que he cumplido con mi misión. Si deseáis rescatar a un pobre diablo más, contáis con mis bendiciones.

—Espero que no surja ningún problema que me haga lamentar vuestra ausencia.

—Hasta donde sé, os las apañáis muy bien solo —rio Sydeman.

Joao alquiló una montura en la casa de postas y partió sin demora. El camino hacia Salcombe le llevó varias horas a través de un terreno de colinas suaves,

surcado por ríos que excavaban hermosos barrancos. En la entrada del pueblo buscó una venta para pasar la noche y salió a dar una vuelta, con la esperanza de localizar a alguno de los españoles.

Salcombe, acurrucada en la ladera de un promontorio, junto al estuario, era una villa portuaria de pescadores, contrabandistas y piratas de ribera, donde de ordinario no se movía un ratón sin que lo supieran todos los vecinos. Pero la Contra Armada había generado tal movimiento de gentes, que su presencia no llamó la atención. Además, la fortuna le fue propicia, pues Tapia y otro español estaban atendiendo a la hija del dueño de la venta.

—Señor Veiga, ¿de nuevo por aquí?

—He venido a cumplir mi promesa.

Los ojos del cirujano brillaron de alegría.

—No nos deis falsas esperanzas —advirtió su compañero, un tal Francisco Ledesma, repartidor del hospital.

—No son falsas esperanzas —respondió Joao con firmeza, y les explicó el trato pactado.

—¿Es de fiar ese francés? —preguntó Ledesma.

—A mí me lo ha parecido.

Entonces urdieron el plan de fuga. Los españoles de Salcombe eran diez, todos sanitarios, y estaban repartidos en varias casas. Cómo se avisarían entre ellos era algo que Joao no podía controlar. Lo único que necesitaba era que fijaran un lugar, una hora y una fecha.

—¿Qué tipo de lugar? —preguntó Robledo.

—Una playa o caleta donde pueda acercarse sin riesgo el batel de la zabra.

Tras evaluar varias opciones, los españoles eligieron North Sands, una playa arenosa situada al sur de la localidad. Allí los esperarían al amanecer del viernes.

Antes de regresar a Plymouth, Joao quiso inspeccionar personalmente el lugar. El estuario de Salcombe, profundo como una ría, estaba formado por cuatro ríos pequeños y caudalosos que se unían cerca de la desembocadura. North Sands era una caleta cerrada y de aguas tranquilas, a sotavento de los temporales del oeste. En un peñón rocoso, en su extremo norte, se alzaba un pequeño torreón que vigilaba la entrada del estuario.

Al día siguiente, que era miércoles, Joao puso al señor Roussel al corriente del plan de fuga acordado con los náufragos y de las observaciones que había hecho. Al francés no le preocupaba el torreón de la playa.

—En Salcombe no ha habido un ataque en décadas —respondió encogiéndose de hombros—. Nadie en esa torre se inquietará por nuestra llegada.

—El Señor os oiga.

El jueves por la tarde, Joao subió a la embarcación. Poco antes de zarpar, se levantó un ventarrón de poniente que encrespó con rapidez las aguas del canal.

—Nos estaba esperando el temporal —comentó Roussel, con un brillo críptico en la mirada.

Salieron con precaución de la atestada bahía de Plymouth y se adentraron en las aguas embravecidas del canal de la Mancha. Joao, poco acostumbrado a la mar, contemplaba con creciente inquietud cómo las olas barrían la cubierta, alzaban la proa y hacían crujir los costados. No así el patrón, ni su tripulación, que maniobraban con maña y mucho aplomo.

Con la oscuridad, Roussel mandó tomar rizos en las velas, y la navegación se hizo más lenta pero estable. Joao no tardó en marearse: vomitó la cena, el almuerzo y tal vez hasta la dignidad. Roussel, viéndolo pálido y doblado sobre sí mismo, le ofreció el catre de su camarote, pero el joven se negó.

—Pronto se me pasará —dijo con más convicción de la que sentía—. ¿Falta mucho para Salcombe?

—Con este viento arribaremos a tiempo. Lo difícil será entrar.

A medianoche rompió a llover, y con las primeras luces del alba avistaron la boca del estuario. El mismo viento que los había empujado hacia el este dificultaba ahora la maniobra de entrada. Roussel viró por avante y se fue aproximando a tierra con rigurosa precisión. Desde cubierta, la costa semejaba un monstruo de roca y espuma. Las olas rompían contra los farallones como si quisieran derrumbarlos, y la corriente del río, al mezclarse con el oleaje, empujaba la zabra hacia mar abierto.

Joao, empapado, mareado y aferrado a un cabo, sintió cómo el temor le apretaba el estómago. Por unos momentos creyó que se estrellarían contra las afiladas rocas, pero la pericia del patrón evitó el desastre. Una vez dentro del estuario, la violencia del mar disminuyó notablemente y, con la ayuda de los remos, alcanzaron al fin la playa de North Sands y echaron el ancla. Una luz débil y opaca iluminaba la arena mojada y los campos aledaños. La caleta estaba flanqueada a ambos lados por promontorios en los que se mezclaban los distintos verdes de la vegetación y el gris oscuro de la roca.

—La playa está vacía —dijo Roussel, que oteaba la costa con atención.

—Quizá estén escondidos —respondió Joao—. Nada perdemos por acercarnos.

El patrón aceptó y ordenó botar el esquife. En pocos minutos Joao y dos marineros remaban hacia la orilla. Al tocar fondo, saltó por la borda. El agua helada le caló hasta los muslos, pero el aire y el movimiento alejaron las náuseas y le despejaron la cabeza. En las laderas de los promontorios se adivinaban algunas casuchas, apenas visibles tras la cortina de lluvia, en las que nadie se asomaba. La playa, de unos doscientos pasos de largo, estaba completamente desierta. Joao la recorrió con ansia creciente. Se dirigió a unos matorrales y examinó el terreno tras unos peñascos. Nada. Desde el esquife, los marineros le hacían señas para que regresara. Resignado, dio media vuelta. Entonces vio tres figuras que descendían a zancadas por la ladera norte, zigzagueando entre la hierba. Por su forma de moverse y sus ropas, no parecían campesinos ni pescadores. Joao entornó los ojos. El que iba delante sorteó una zanja estrecha, apoyó la mano sobre una piedra y continuó. Era Tapia.

Joao le hizo señas con los brazos y el cirujano le devolvió el gesto.

—Aprestaos, señores —gritó Joao a los remeros—, que aquí vienen.

Los fugitivos corrieron el último tramo todo lo deprisa que la arena mojada les permitía.

—Por fin, señor Veiga —jadeó Tapia al llegar junto a él.

—¿Sólo vosotros tres? —preguntó Joao, extrañado.

El cirujano negó con la cabeza mientras trataba de recuperar el aliento, las manos en las caderas, el torso inclinado hacia delante. Lo acompañaban Ledesma y Pedro de San Millán, el veedor del hospital.

Una vez en el esquife, Joao escuchó la explicación.

—Hace tres días —dijo Ledesma—, sir William Courtney trasladó al resto de nuestros compañeros al castillo de Ilton, a media legua de aquí. Y no hemos podido contactar con ellos.

—¿Y a vuesas mercedes no los trasladaron? —preguntó Joao, con una nota de recelo.

—Nosotros no estábamos bajo su custodia, sino bajo la del juez de Salcombe —respondió San Millán.

Joao no replicó. Observaba cómo el torreón del promontorio se iba perdiendo tras la bruma.

La zabra maniobró para salir del estuario y poco después volvía a navegar

por el canal. La mañana que se abría paso prometía una jornada larga y difícil.

4

Lisboa

La barca atracó frente a la Puerta de los Caballos, y los tres pasajeros desembarcaron tras pagar al barquero. Vestían a la usanza militar: botas, capa larga, chapeo, espada y daga. La mañana, ya libre del frío de la madrugada, era suave y luminosa. El viento se había calmado, y en la ribera norte del Tajo, entre el muelle del Carbón y la Casa da India, bullía media ciudad.

Comerciantes, navegantes, contratistas, intermediarios, fidalgos de corte y fidalgos en la ruina, pedigüeños, artesanos de todos los oficios, cristianos viejos y nuevos, judíos, mozos, criados, amanuenses, indios, negros y moriscos, regateras, mozas de crianza y de partido, cirujanos y sacamuelas, estibadores, maleantes y alguaciles, todos contribuían al incesante ajetreo que llenaba la gran explanada de la ribera del Tajo. Al movimiento natural del astillero y de los muelles se sumaba el del inmenso mercado callejero.

Una mezcla punzante de olores saturaba el aire: pescado, estiércol, brea, especias, sobras. El estruendo era tal que parecía resonar dentro de los oídos: ladridos de perros que perseguían gatos o se enzarzaban con gaviotas, relinchos, balidos, cacareos, gruñidos, y las voces agudas de los animales exóticos en venta —desde pavos reales hasta monos—, el murmullo constante del río, el golpeteo de los astilleros, los gritos de cargadores, charlatanes y vendedoras, y el rumor continuo de mil conversaciones superpuestas.

—¿Por dónde nos llevas? —preguntó Germán de Guareña al hombre que iba por delante.

—No seas impaciente, Germán —lo reprendió el alférez Jaque—. Disfruta de este baño de vida.

—De esta babel, querrás decir —replicó el soldado.

La explanada se estrechaba a la altura de los almacenes de trigo, y para avanzar era necesario apretarse mucho o abrirse paso a empujones. Un alguacil vestido de negro, al que desplazaron sin querer, les lanzó una mirada torva.

—Cuidado —previno Germán—. Estos portugueses tienen malas pulgas.

—Ahora somos un solo pueblo —repuso el otro soldado, un hombre alto, de cabeza grande y espalda encorvada.

—Tenemos un mismo rey, señor Nogales —matizó el alférez—, que no es lo mismo.

—Cien años no bastarán para unirnos —profetizó Nogales.

—A ti ni doscientos, Facundo —rio el de Guareña—. Con ese carácter…

—¡Bellaco!

—Yo tengo buenos amigos entre los lisboetas —aseguró el alférez—. Gente seria, y excelentes soldados.

—Buenos sí —concedió Nogales—. Pero ¿leales?

Pasaban junto al Arco dos Pregos, por donde entraba y salía tal riada de gente que se diría el vomitorio de un coliseo. Pero el alférez se apartó del arco y los guio a través de una selva de puestos donde se vendía de todo, desde hortalizas hasta remedios milagrosos. Se detuvo frente a un tenderete junto al postigo de las Monedas: sobre unas tablas sostenidas por borriquetas, varios cestos rebosaban de coles, nabos, sardinas, pimientos secos y embutidos. El gentío que los rodeaba daba fe de buenos precios o excelente calidad. Dos mujeres despachaban sin descanso.

—¿Aquí nos traes? —preguntó Nogales.

—¿Qué tiene de especial este puesto? —añadió el de Guareña.

Pero no obtuvieron respuesta. El alférez ya les había dado la espalda y se abría paso entre los clientes. No era la mercancía lo que lo atraía, sino una de las vendedoras: una joven de labios carnosos, cabello ondulado y grandes ojos que, en ese momento, mostraba dos coles a una compradora, una en cada mano.

—La más grande, Branca —decidió la mujer—, que en casa somos muchos.

—Dame un *tostao* y es tuya.

—Mucho me parece, hija. ¿No haces rebaja?

—La pequeña cuesta la mitad.

La mujer vaciló, volvió a mirar las coles y optó por la más grande. Mientras le cobraba, Branca descubrió al alférez.

—Don Rodrigo, dichosos los ojos que os ven —lo saludó con una sonrisa abierta—. ¿Por ventura estáis libre de servicio hoy?

—Vengo de uno en la Almada. Cansado, pero dichoso de ver vuestros luceros —respondió el alférez, en una mezcla de castellano y portugués.

La muchacha sonrió, sin sonrojarse.

—Guardad esos piropos, don Rodrigo. Lo que se dice con ligereza no tiene valor.

—Mas estos salen del corazón, y son firmes como rocas.

—¿A cuántas les habréis dicho lo mismo?

—Ni soy voluble ni parezco veleta.

—Quisiera creeros —dijo con un dejo de interés, aunque enseguida cambió de tercio con desparpajo—. Pero ved que esto es una venta, caballero. ¿Qué se os ofrece?

Rodrigo iba a pedir unas morcillas que le habían llamado la atención cuando una mujer que esperaba a su lado se le adelantó.

—Rapaza, dame a mí dos docenas de sardinas, que yo iba delante —dijo, con voz aguda. Y, de paso, dejó un consejo—: A ver si te centras más en el negocio y menos en el caballero.

El comentario no sentó bien a Branca, aunque la señora tuviera razón, y se contuvo de replicarle que eran dos en el puesto y cualquiera podía atenderla. La otra vendedora, su tía Natalia, ocupada en despachar unos chorizos picantes, le lanzó una mirada de soslayo, pero no dijo nada. El alférez Jaque se atusó el bigote y guardó silencio, considerando que el incidente estaba zanjado. Sin embargo, un hombre que pasaba junto al tenderete decidió meter baza sin que nadie se lo pidiera.

—Estas mozas se beben los vientos por los castellanos, señora —espetó.

—No diría yo tanto —respondió la aludida.

—¿No? Pues ahí lo tenéis. ¿Y qué hacen ellos, sino fanfarronear y festejar a nuestras mujeres?

La diatriba fue tan burda que el alférez no pudo contenerse.

—¿Y a vos qué se os da en este asunto?

—¡Vaya! —exclamó el hombre—. Sorprendido estoy de tener que pedir permiso a un bellaco para hablar.

—Eh, eh, parad ahí y retirad la ofensa —le dijo Jaque, mientras le ponía la mano en el hombro para hacerlo girar.

El irascible portugués, más bajo que Rodrigo, más robusto y de más edad, se zafó con un tirón y dio un paso atrás.

—¿Para eso os manda vuestro rey? ¿Para ofender a sus nobles súbditos? —Vestía ropa oscura de jerguilla y ferreruelo, y del tahalí le colgaba una *storta* de empuñadura sencilla, donde descansaba su mano izquierda.

—Sois vos quien ofende, señor, y quien debe retractarse.

—¿Retractarme yo? ¿Ante un castellano? Antes me corto la lengua.

—Si no os la corto antes.

—¡Atreveos!

La gente que los rodeaba, anticipando gresca, había empezado a formar corro. Los compañeros de Jaque se aproximaron y se pusieron a ambos lados, pero el alférez los contuvo: podía encargarse él solo de aquel deslenguado. El deslenguado, por su parte, tenía nombre: Jacobo Peres, y estaba dispuesto a satisfacer a cualquiera con el filo de su espada.

Branca, temiendo que el incidente acabara en sangre, abandonó el puesto y se interpuso entre los contendientes.

—Deponed la actitud, señores. No vale la pena pelear por una tontería.

—No es una tontería, sino un insulto —replicó Jaque—. El honor exige una satisfacción.

—Exigirá a quien lo posea —dijo Peres, con malicia.

La multitud aumentaba, saboreando el espectáculo.

—¿Quiénes se baten? —preguntó una voz femenina.

—Dos soldados por una moza —respondió otra.

El alférez Jaque, con la mano ya sobre el pomo de su espada, vacilaba. Por un lado, la honra y Branca; por otro, las estrictas órdenes del archiduque Alberto prohibiendo duelos con portugueses.

—¡Branca! —llamó su tía desde el puesto—. Ven aquí de inmediato. ¿No ves que pones en entredicho tu virtud?

Pero Branca hizo caso omiso. Seguía firme entre los dos hombres.

—¡Abran paso! —tronó una voz autoritaria por encima del bullicio.

El gentío se sacudió, basculó y acabó por abrir hueco a un alguacil que se plantó en medio del corro con los brazos en jarras.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Qué riña es esta? —preguntó. La voz ronca, los bigotes recios y un aire de mando indiscutible.

—Un castellano con sed de sangre —acusó un pilluelo desde el borde del corro.

—Les pregunto a ellos —zanjó el *meirinho,* sin levantar la voz.

Pero los dos hombres permanecían en silencio, enfrentados como si el primero en hablar fuera el primero en rendirse. Hasta esos extremos llevaba el honor.

—Este hombre agravió a nuestro alférez, don Rodrigo Jaque —intervino el de Guareña.

—¿Sois soldados?

—Los tres. De la compañía del capitán Gaspar de Alarcón.

—Ha sido él quien me ha agraviado —replicó Jacobo Peres, temeroso de que el *meirinho* diera crédito a los otros.

—No, señor —intervino Branca—. Él ofendió primero. Al señor alférez… y también a mí.

—Ahora no importa quién empezó —dijo el *meirinho*—. El caso es que esto se termina aquí.

—¿Y mi nombre? ¿Tampoco os importa? —insistió Branca.

—Si os importa a vos, haceos a un lado —le respondió, sin perder la paciencia. Luego se volvió hacia los litigantes—: Apartad las manos de las armas. Aquí no habrá más insultos ni peleas.

Pese a su aspecto de matasiete, el agente judicial parecía sensato, más interesado en restablecer la paz que en echar leña al fuego.

—Señor —añadió, mirando al portugués—, continuad vuestro camino.

—Señor Peres —puntualizó el aludido—, boticario en la Baixa. Y me marcharé cuando ellos lo hagan.

—Yo aún no he terminado de comprar —dijo Rodrigo, tranquilo.

—¿Qué deseáis? —preguntó Natalia, con ganas de poner fin al incidente.

Rodrigo, comprendiendo la maniobra, sonrió. Sin apartar los ojos de su oponente, pidió tres morcillas, que Branca se apresuró a buscar.

Mientras, el alguacil, firme en su decisión, instaba a Peres a retirarse. Este dio unos pasos atrás, se acarició la barba, murmuró entre dientes, encogió los hombros y perdiose al fin entre una multitud, que, concluido el espectáculo, comenzó a dispersarse.

—Aquí están las morcillas, don Rodrigo —dijo Branca, y se las entregó una a una, permitiendo que sus dedos rozaran los de él más de lo necesario.

—¿Cuánto os debo? —preguntó el alférez, que no sabía si le gustaba más su desparpajo o el modo en que fingía que no le importaba.

—Esta vez nada.

—Y vos ¿cuándo termináïs?

—Cuando se acabe el género, don Rodrigo. ¿Ya os vais?

—Debemos presentarnos en el castillo. Pero quizá regrese más tarde.

—Y yo quizá esté aquí —respondió con ligereza—. O quizá no.

El mediodía se echaba encima. La actividad en los puestos no menguaba. Natalia y Branca volvieron a despachar a los clientes que aguardaban su turno. La mujer que había desencadenado la trifulca desapareció sin dejar rastro, olvidada de sus dos docenas de sardinas.

Los soldados echaron a andar hacia las callejas que subían al castillo.

—Buen gusto tiene el señor alférez —dijo Germán de Guareña.

—¡Amén a eso! —falló su compañero.

Rodrigo Jaque caminaba en silencio, mientras sus compañeros bromeaban a su costa. De vez en cuando, volvía la cabeza. Sentía aún en los dedos el breve roce de los de Branca, y se sorprendió de ir más ligero de ánimo que de costumbre. No sabía qué tenía esa rapaza que, desde que la conoció en casa de los Queiroz, le volvía a la cabeza más a menudo de lo que convenía. No lo atraía sólo su rostro, ni su desenvoltura al hablarle, ni siquiera su manera de mirar. Era el conjunto. La frescura. La fuerza. Se rio para sus adentros al recordar cómo lo había despedido.

Una racha de aire agitó las velas de algunas chalupas atracadas frente a la explanada. Más allá, fondeaban las naos y los grandes buques. Algunas cejas blancas, dispersas, adornaban el azul del Tajo. Lisboa bostezaba al sol.

XV

1

Plymouth

El Fortune era un mercante de ciento cuarenta toneles, tres palos y mucha altura que no entusiasmó a Trenton. Pertenecía a unos comerciantes de Plymouth a quienes Drake había favorecido en su etapa como corregidor y estaba fondeado en la desembocadura del Tamar. No había soldados a bordo, y la marinería, incompleta, se le antojó a su nuevo capitán desordenada y poco profesional.

Decidido a poner la nave en condiciones cuanto antes, trajo consigo a Hugh Hardinge, su segundo en la Speedwell, y se puso manos a la obra. Había que raspar la cubierta, reforzar la jarcia, calafatear el casco con estopa y brea, abrir portañolas, recolocar las piezas, embarcar pólvora, víveres, velas y jarcia de respeto, herramientas, agua, galleta, salazón, todo.

Trenton estaba en cubierta desde el amanecer, dirigiendo las labores y arrimando el hombro si hacía falta. Le gustaba dar ejemplo. Pero, sobre todo, quería mantenerse ocupado. La actividad era su tabla de salvación. Cada golpe de martillo, cada grito de maniobra alejaba un poco más la imagen de Isabel y del niño. No había memoria que el tiempo no apagase, rezaba el dicho, pero el corazón era un músculo testarudo, que se resistía a aceptar la derrota. Santiago. Ese era el nombre. No tenía traducción exacta al inglés, pero pronto supo que equivalía a James. Y eso bastó para que se le hiciera más presente.

Los días volaban, fríos y grises. Y con ellos, el Fortune empezaba a parecerse a un barco de verdad. Y a abrirse un hueco en su estima. Aquel navío quizá lo llevara de nuevo a La Coruña, y si eso ocurría, por Dios que no iba a actuar de la misma forma.

Una tarde, mientras inspeccionaba la estiba de la pólvora, vio acercarse un batel desde tierra. Eran Thomas Cely y William Furthow.

—Tienes a los hombres reventados, John —dijo Cely al subir a bordo—. Si sigues así, no hallarás un solo marinero dispuesto a servir bajo tu mando.

—Estoy echando a andar la carraca que me ha tocado en suerte —respondió Trenton con una sonrisa fatigada.

—No os quejéis —alegó Furthow—. A mí me han asignado el Bark Parnell. Una pinaza vieja y pesada, propiedad de un armador que no distingue la proa de la popa.

—¿Y vos, Thomas?

—Acabo de regresar de Lisboa, y estoy aún sin destino.

—¿Qué tal esa ciudad? —quiso saber Trenton.

—Una joya. Estuve allí cuando salí del presidio, de camino para Inglaterra. Pero esta vez la vi con otros ojos. Una ciudad viva, desordenada, con palacios junto a mercados, esclavos en cada esquina y un aire que huele a tierras lejanas.

Almorzaron en una taberna cerca de East Gate. Comieron caliente, bebieron vino del Ródano, y Cely se explayó a gusto. Habló del inmenso estuario del Tajo, de los barcos anclados en sus aguas, de los astilleros repletos de actividad, sus murallas y fortalezas, de los contrastes entre los barrios nobles y los arrabales extramuros. Les dijo, en voz baja, que había visto muchos soldados, aunque no sabía si eran españoles o portugueses, leales al rey Felipe o contrarios a él.

—¿Qué opinión os merece nuestra armada? —preguntó Trenton a sus compañeros, cuando los platos ya estaban vacíos—. ¿Tenéis alguna noticia sobre el objetivo?

Furthow resopló.

—El almirante guarda silencio. Y hace bien. Con lo indiscretos que somos los marinos y con tantos espías como hay en estos puertos, bastaría una palabra para que el Austria lo supiera al día siguiente.

—Sir Francis juega sus cartas como siempre —añadió Cely—: cerca del pecho y con cara de perro.

—Quizá no sea él quien decida —sugirió Trenton—. El consejo, o la reina, aún pueden cambiarlo todo.

—No seáis ingenuo, John —se burló Furthow—. ¿Desde cuándo Drake acata órdenes? Sabe exactamente qué quiere hacer, cómo y dónde. ¿Por qué creéis que nos mandó a esos puertos y no a otros?

Luego Furthow, entre dientes, compartió un cotilleo de Londres. Según se decía, sir Robert Devereux, que aborrecía a los españoles, estaba deseoso de participar en la empresa, pero la reina se lo había prohibido.

—No conozco al conde —dijo Trenton.

—Mejor así —opinó Cely—. Hablar de la cama de la reina podría costarle a alguien la cabeza.

—¿Estáis de broma? —se defendió Furthow—. Nuestros reyes llevan todo el siglo dándonos más entretenimiento con su alcoba que los dramaturgos con sus obras.

Reían. El vino ayudaba. Bien entrada la tarde, se dejaron arrastrar por el ambiente del puerto interior. Tabernas, más vino, canciones obscenas. Acabaron en un prostíbulo desangelado, casi vacío, iluminado por dos velas que nadaban en un mar de cera derretida. Unas mujeres cansadas, que bebían cerveza en una esquina, los rodearon con bromas picantes y risas forzadas. Cely y Furthow eligieron dos de carnes generosas. Trenton, borracho como pocas veces, siguió a una joven de aspecto delicado, sin apenas curvas, pero bonita, que lo ayudó a vomitar en una bacinilla, lo arropó y se tumbó a su lado. El marino consumó el acto más por instinto que por deseo, y al momento se quedó dormido como una piedra.

Al alba, abrió los ojos. El rostro de la mujer le recordó al de Isabel. No tanto por el parecido físico como por la expresión: aquella mezcla de dulzura, tristeza y mansedumbre. Se vistió sin decir palabra y se marchó con un peso en el pecho. El aire del muelle estaba cargado de humedad. Un barquero lo condujo hasta el Fortune. Había cosas que no podían olvidarse, pero sí enterrarse bajo toneladas de trabajo.

Y eso pensaba hacer.

2

Tyrrellpass, Irlanda

Escoltados por los hombres del albino, que respondía al nombre de Niall, caminaron durante horas, primero a través de un páramo cenagoso y más adelante por un terreno verde y menos fatigoso. La lluvia los acompañó durante parte del trayecto, y el viento fue un fiel y constante compañero. A la incomodidad de la marcha se sumaba la incertidumbre del futuro. Duarte se desesperaba pensando que el destino, cruel y burlón, los había devuelto al primer peldaño: después de tantos sufrimientos, de una huida desesperada y de haber estado a punto de morir, se hallaban de nuevo en manos de un clan irlandés que, presumía, los entregaría a los ingleses. Incluso llegó a pensar que

los conducían a un paraje apartado para ejecutarlos lejos de testigos. Y todo por haber permitido que Álamo los guiara.

Este y el novicio marchaban en silencio, más atribulados aún que Duarte. El único que conservaba ánimo para hacer algún comentario sobre el camino, el paisaje o su futuro era fray Antonio.

—Por vida que estos señores tienen prisa por alcanzar su destino —dijo, resollando, al coronar una cuesta.

—Dondequiera que este se encuentre —respondió Duarte, que agradecía aquel intento por aliviar la zozobra. Al menos, aquellos captores les permitían hablar sin golpearlos.

Cruzaron dos ríos poco caudalosos, dejaron atrás unas colinas boscosas, no demasiado altas, atravesaron una nueva turbera marrón y cenagosa y entraron en un bosque en el que se alzaba una torre cuadrada, alta y almenada, a cuyo pie se detuvieron.

Alrededor de la torre se veían casas de piedra, cobertizos, corrales y chozas. Iban y venían hombres armados, carros cargados de grano y mujeres con cestas y costales que se detenían a contemplar a los recién venidos.

Niall entró en la torre y regresó poco después en compañía de otro irlandés mejor vestido, que los miró con atención y les preguntó, en inglés, si eran españoles.

Los prisioneros intercambiaron miradas. Dudaban qué decir ni cuál sería la respuesta menos peligrosa. Finalmente, fray Antonio se animó a hablar.

—Sí, señor, lo somos. Menos el joven novicio, por supuesto.

—Por supuesto —repitió el hombre—. Desatadlos y que se sequen. Los veré más tarde.

El albino les trajo unas mantas, deshizo sus ataduras con una sonrisilla ambigua y los condujo hasta un cobertizo donde debían esperar a ser llamados.

—Será mejor que no tratéis de escapar —les advirtió.

Desconcertados por aquel cambio de trato, los fugitivos se secaron y procuraron entrar en calor. El cobertizo era en realidad una cuadra y olía a estiércol y paja fresca. Un par de caballos peludos los miraban desde una tranquera al fondo. Por el suelo había monturas, arreos y otros bártulos, y en las paredes colgaban bocados y estribos sueltos.

—Creo que estamos en Tyrrellpass —comentó Callum.

—Dios te oiga, muchacho —respondió fray Antonio.

Después de una larga espera, la puerta del cobertizo se abrió y entró un

hombre ancho, de fuerte complexión y cabeza grande. Los observó atentamente, hasta que sus ojos se fijaron en Duarte y el fraile.

—Señor Salazar. Fray Antonio —dijo, con acento portugués.

Fray Antonio lo reconoció al instante.

—¡Cabo Hernandes! ¡Bendito sea el cielo!

El soldado portugués, adusto como siempre, se acercó y les estrechó la mano. Saludó también a Álamo y al novicio. Vestía a la irlandesa: calzas hasta los tobillos, camisa de lino, jubón de lana y *brat*. Se había dejado crecer el pelo, que lo tenía abundante y ondulado, y al cinto ceñía una espada larga y una daga de mano izquierda.

Tras los saludos, les contó que junto a él había casi una veintena de supervivientes de la Gran Armada, al servicio del barón Richard Tyrrell, señor de Fartullagh. Aquella noticia alegró a los fugitivos casi tanto como la presencia de Hernandes. A continuación, el cabo narró sus peripecias. Tras la huida de Aughnanure se habían dirigido al este, con el solo propósito de alejarse de Galway. Caminaban de noche y dormían de día por miedo a encontrar soldados o grupos hostiles. Gracias a esa precaución, una noche sorprendieron a una escuadra inglesa y lograron emboscarla. En la refriega perdieron a varios hombres, pero se hicieron con algunas armas. Las gentes de un clan vecino, al enterarse de la proeza, los acogieron y alimentaron. Vivían junto a un lago con una isla fortificada donde se refugiaban en caso de ataque, y no temían a los ingleses.

Pasado un tiempo, un emisario del señor de Fartullagh se presentó ante ellos. Buscaba soldados profesionales que formaran a sus hombres y les ofrecía empleo y protección. Aceptaron y desde entonces servían a sus órdenes.

—¿Y vosotros, cómo habéis llegado hasta aquí?

Duarte relató las penalidades que habían soportado desde que Morogh O'Flaherty los entregara a los ingleses, pasando por la dramática ejecución en masa, su milagrosa salvación y el arduo viaje que los había conducido hasta Tyrrellpass.

—Lamento que nuestra partida causara la muerte de cuatro marineros —dijo el cabo Hernandes—, pero actuamos como creímos mejor en aquel momento.

—¿Incluidos el asesinato y la violación? —preguntó Duarte, sin ocultar su reproche.

—Los hombres que lo hicieron ya pagaron. —Hernandes endureció el gesto.

Duarte no insistió. En realidad, aún no tenía claro si debía aplaudir o

condenar aquella iniciativa. Fue fray Antonio quien, con su habitual ecuanimidad, quitó hierro al asunto.

—El único responsable de aquellas ejecuciones fue O'Flaherty.

Aquellas palabras parecieron aliviar al cabo portugués, que asintió antes de interesarse por sus planes inmediatos.

—Nuestra intención es volver a la península —respondió Duarte—. Un monje nos dijo que desde Dublín sería más fácil encontrar un barco. ¿Y vos, señor cabo?

—Aquí no se vive mal —replicó Hernandes—. Esta gente nos respeta y no nos faltan comida ni cobijo, pero sus costumbres no son las nuestras, y cada día me pesa más la distancia.

—¿Creéis que el barón nos ayudará?

—Quién sabe, fray Antonio. Tyrrell necesita soldados que lo ayuden a afirmar su prestigio y sostener las muchas disputas que mantiene con sus vecinos.

Hernandes fue a buscar al resto de sus compañeros. Todos se alegraron de reencontrarse con camaradas que compartían lengua, fe y rey. La mayoría residía en dependencias anejas a la torre; algunos se habían unido a mujeres irlandesas, y uno incluso se había prometido con la hija de un miembro del clan Tyrrell.

—En cada tierra, su uso —dijo el fraile.

Duarte preguntó por Eugenio López, su antiguo ayudante.

—Murió en la escaramuza con los ingleses —le respondió Hernandes—. Se portó con gran arrojo, pero un disparo a ciegas lo alcanzó en mitad de la espalda.

Duarte bajó la cabeza y rezó una muda plegaria por el soldado. Su familia, por lo que le había contado, era extensa. Si salía con vida de allí, tendría que darle la triste noticia.

Al cabo regresó el hombre que los había recibido, un capitán apellidado Doherty. Les hizo unas preguntas, les ofreció hospitalidad y la posibilidad de entrar al servicio del señor de Fartullagh. Duarte le agradeció la oferta y aprovechó para quejarse de que Niall les hubiera confiscado sus pertenencias y su dinero. Doherty se limitó a encogerse de hombros, y a Duarte le pareció que el saqueo entre los irlandeses era una práctica común y aceptada.

Pero se equivocaba.

El barón, enterado de que Duarte era sargento y fray Antonio sacerdote, los

recibió por la tarde, les devolvió lo que les habían robado y los invitó a su mesa. Residía en la primera planta de la torre, aunque aquella edificación no era ni por asomo tan imponente como el castillo de Aughnanure. Para sorpresa de todos, Richard Tyrrell hablaba un castellano fluido. Su padre había estado en España, donde se casó con una dama de alcurnia, y él mismo había nacido allí.

Pese a todo, apenas se le notaba su ascendencia hispana. Era un hombre alto, de ojos muy azules, cabello claro y piel curtida más por la intemperie que por la sangre meridional. Miraba con intensa concentración al interlocutor, vestía como otros señores irlandeses y se rodeaba de una jauría de lebreles, clara señal de su afición a la caza.

Richard Tyrrell era un noble católico de origen anglonormando, consciente de su importancia y de su papel en la intrincada red de alianzas de la isla. Estaba bien informado de lo que ocurría en toda Irlanda y no tardó en poner a sus invitados al tanto de noticias relacionadas con navíos de la Gran Armada. En el norte, en la región de Ulster, se habían producido media docena de naufragios; contingentes de varios centenares de soldados habían logrado desembarcar, con suerte dispar. Algunos habían sido masacrados por las tropas inglesas, otros hechos prisioneros y trasladados a la cárcel de Drogheda, cerca de Dublín, y un grupo numeroso había naufragado de nuevo al intentar alcanzar Escocia. Por fortuna, obispos, religiosos y señores católicos habían protegido a muchos de estos hombres pese a las amenazas del gobernador inglés.

—¿No os preocupa que el virrey os exija entregarnos? —preguntó Duarte.

Richard Tyrrell se mesó las barbas con un movimiento repetido.

—Irlanda es un barril de pólvora seca, señor sargento, y bastará una chispa para hacerlo estallar. A los jefes de clanes menores puede exigirles lo que sea, pero meterse con un inglés viejo es harina de otro costal.

—¿«Inglés viejo»? —repitió Duarte, intrigado.

—Así nos llaman a los descendientes de los normandos —explicó el barón —. Llevamos siglos establecidos en esta isla y hemos gobernado nuestros feudos con notable independencia.

—Y ahora quieren recortárosla —apuntó fray Antonio.

—«Imponer» sería el término más apropiado —puntualizó Tyrrell—, junto con la Reforma protestante, que pretenden extender a toda costa.

—¿Y no os preocupa?

—Claro que sí. Pero la Corona tiene otras prioridades militares y no le conviene abrir aquí un nuevo frente. Somos muchos los católicos, sea cual sea nuestro linaje. Cada libra, cada barco y cada soldado enviados a Irlanda serán recursos que no podrá emplear en su guerra contra vuestro rey.

—Paréceme que hay poca unidad entre los señores de este país —dijo fray Antonio—, si me permitís la observación.

—Una observación justa —admitió el barón, con una sonrisa resignada—. Unir a todos los clanes es tarea ardua, sobre todo cuando la propia Corona se afana en sembrar discordias y alimentar viejas rencillas, mas no imposible. Y me esfuerzo cuanto puedo para conseguirlo.

Tras un breve silencio, Tyrrell se interesó por sus desventuras, que ellos le narraron sin omitir el trato cruel ni la pérfida ejecución.

—Bingham es un perro rabioso —sentenció el barón—. Pero FitzWilliam es todavía peor. Londres mantiene pocas tropas en Irlanda y cree que la brutalidad es el mejor modo de compensar esa carencia.

Después de un rato de charla, interrumpida sólo por los versos rítmicos de un aeda que recitaba en gaélico junto al fuego, Tyrrell les preguntó por sus intenciones.

Fray Antonio, que había observado en él una disposición benévola, respondió con franqueza:

—Deseamos regresar a España. Un monje de Clonmacnoise nos habló de Tyrrellpass como un lugar donde tal vez hallaríamos ayuda.

—Me habría gustado que os quedaseis conmigo, como han hecho otros —respondió Tyrrell—, pero comprendo vuestro deseo.

—Tal vez también algunos de ellos lo compartan en secreto —aventuró fray Antonio.

El barón fijó la vista en el fuego y permaneció pensativo. Cuatro o cinco lebreles, tendidos junto a la chimenea, respiraban pesadamente, ajenos a la trascendencia de la conversación.

—No es fácil lo que me pedís —dijo al fin—. Ni llegar a Dublín ni salir de esta isla.

—¿Por qué es difícil alcanzar Dublín?

—Por culpa de La Empalizada.

Richard Tyrrell se levantó y, con las manos a la espalda, caminó hasta una estrecha ventana desde la que sólo se divisaba la oscuridad del anochecer. Explicó que, durante el siglo anterior, los ingleses habían levantado una

empalizada para proteger el condado de Dublín de las incursiones rebeldes. En algunos tramos no era más que una valla; en otros, contaba con torres, fuertes y guarniciones. Aquel cinturón era también una barrera cultural y religiosa: dentro de él apenas se oía el gaélico, la iglesia anglicana había alzado numerosos templos y las simpatías por la reina Isabel eran evidentes entre la nobleza local.

—Dejadme un tiempo para reflexionar sobre lo que me pedís —concluyó—. He de marchar al norte, para entrevistarme con otros señores. Mientras tanto, sois mis invitados. Descansad en Tyrrellpass y recuperaos de las penalidades sufridas. Quizá a mi regreso pueda daros una respuesta.

En la gran chimenea ardían los leños. Tyrrell se inclinó para atizar el fuego, y una lluvia de chispas ascendió por entre las negras piedras del tiro hacia el frío exterior.

3

Lisboa

Rafael Reigosa llevaba ya un buen rato conversando con un grupo de amigos preocupados por la situación del reino.

—En Terceira y buena parte de las Azores —decía fray Lorenzo, que había pasado una temporada en las islas—, las simpatías del clero están con don Antonio. Su fe en que recupere la corona es inquebrantable.

—Lo mismo piensan la mayoría de los mercaderes, consignatarios y armadores —añadió el señor Lima, un armador que lo había acompañado en el viaje a bordo de la Portuguesa—. Desde que el Usurpador se hizo con la corona, el corso ha crecido tanto que ya no hay travesía segura, ni comerciante que lo soporte.

—Ese mal no es exclusivo de las islas, señor Lima —intervino Díaz Lobo, caballero lisboeta muy bien considerado en los círculos del Prior y al que Reigosa tenía en gran concepto—. Nuestras costas peninsulares sufren lo mismo. Una miríada de pequeños corsarios se apostan frente al litoral y saquean cuanto navío zarpa. Los españoles son tan incapaces de contenerlos que no se vislumbra luz en este túnel.

—El Usurpador nos ha arrastrado a una guerra que nos procurará la ruina —insistió el señor Lima—, a nosotros, los armadores, que somos la espina

dorsal del reino, los verdaderos constructores del imperio ultramarino.

Un silencio denso se apoderó de la sala, mientras los presentes meditaban aquellas palabras.

—Esta situación sólo beneficia a los nobles y grandes fidalgos —dijo por fin Díaz Lobo—. Instalados en su egoísmo, ajenos a las penurias del pueblo, se aprovechan de las dádivas y prebendas con que el Austria compra las lealtades.

—Nunca ha habido tanto poder en tan pocas manos —dijo Dinis Grilo, sobrino de Reigosa, y aprendiz en su negocio.

—A los nobles, sinecuras; y al alto clero, canonjías —añadió fray Lorenzo—. Un sacristán de la catedral me confesó que el arzobispo de Lisboa se desvive en atenciones al archiduque Alberto y no falta un solo día a palacio para rendirle pleitesía.

—Ese archiduque y sus secuaces son una plaga para Portugal —tronó la voz firme y altisonante de Dinis Grilo—. Una plaga —repitió.

—Tranquilízate, Dinis, que todo se andará —dijo Reigosa con voz sosegada —. Las noticias que nos envían desde Londres no dejan lugar a dudas. El acuerdo entre don Antonio y la reina de Inglaterra no es papel mojado, como algunos aseguran, sino prueba fehaciente de que la armada que están levantando se dirigirá a Portugal. Nuestra tarea será preparar el terreno.

—¿Prepararlo cómo? —preguntó Marcos Lima.

—¿Cómo? Con la palabra, mis señores, y llegado el momento, con la espada —dijo Díaz Lobo—. A nosotros nos toca sembrar esperanza donde hay temor y duda donde ahora hay obediencia ciega. Que se hable en los mercados, en los corrillos, en los talleres, en las sacristías. Que se corra la voz de que don Antonio vuelve, no sólo con promesas, sino con naves, soldados y la bendición de una reina poderosa.

Ruy Díaz Lobo era un hombre de edad madura, apostura gentil y verbo florido, cuyas convicciones políticas estaban tan arraigadas que persuadía con facilidad a los indecisos y arrastraba a quienes tenían opiniones menos sólidas.

—Sabias palabras —aplaudió Reigosa, que se levantó y, rodeando la mesa, fue a situarse frente al mascarón de proa que presidía la sala. Le complacía contemplar aquel símbolo de su fortuna—. Si logramos que cunda el temor entre los partidarios del Austria —prosiguió—, muchos huirán y otros tantos se esconderán. Cuantos más duden, menos firme será la resistencia. Cuanto más ruido hagamos ahora, menos sangre correrá después.

—Pero también pondremos en alerta a los castellanos —objetó Marcos

Lima.

—¿Acaso no lo saben ya? —replicó Reigosa.

—Aunque la mitad de la población abandonase la ciudad, hay dos tercios acantonados en ella, y varias banderas portuguesas al mando de fidalgos vendidos al Usurpador.

—La armada que se prepara es imponente, señor Lima, tenedlo por seguro —aseguró Reigosa—. Y cuando sus velas asomen por la embocadura del Tajo, esos señores empezarán a preguntarse si vale la pena arriesgarlo todo por un rey que no pisa esta tierra ni entiende a su pueblo.

—La muralla de Lisboa es robusta —insistió el señor Lima, que se hallaba a gusto haciendo de abogado del diablo—, y unas pocas compañías podrán defenderla sin dificultad.

—Pero dentro estaremos nosotros —dijo Díaz Lobo—. Lisboa tiene demasiadas puertas y postigos, demasiados muros viejos con secretos que ni los castellanos conocen. Bastará con que uno de ellos se abra, uno solo, y cualquier defensa se vendrá abajo.

—Y casas y conventos adosados a ella —añadió fray Lorenzo—. El de los Trinitarios, donde me hospedo, apoya un ala sobre la muralla.

Unos golpes en las puertas del salón interrumpieron el animado debate. Al instante, apareció la cabeza del criado de Reigosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó el anfitrión.

—El señor Maciel aguarda —respondió el criado.

—Que espere un poco más —ordenó Reigosa con displicencia.

Tras la pausa, el caballero lisboeta retomó la conversación:

—Ese acuerdo entre don Antonio y la reina Isabel incluye varios días de saqueo cuando se tome la ciudad.

—Sólo a las casas y haciendas de los españoles y sus aliados —dijo Reigosa —. El rey don Antonio ha enviado a los generales ingleses una relación de los traidores a su causa.

—¿Y creéis que una turba armada y exaltada se detendrá a distinguir amigos de enemigos en pleno saqueo? —Marcos Lima se llevó las manos a la cabeza.

—Las contingencias de una batalla son imposibles de prever. Pero si Lisboa llegara a ser rendida por la fuerza, convendría poner a salvo hacienda y familia en las quintas que vuesas mercedes poseen en la otra orilla del Tajo.

—Que poseemos —lo corrigió Díaz Lobo.

—Estáis en todo —respondió Reigosa con una sonrisa ladina—. Pero habrá

que hacerlo con discreción. No queremos llamar la atención de unas autoridades poco inclinadas a la clemencia.

Todos asintieron con gravedad. Conocían bien las cadenas con que habían cargado a otros seguidores declarados de don Antonio.

La conversación, que aún se prolongó un buen rato, concluyó con un brindis solemne por la caída del Usurpador. Don Rafael acompañó a sus invitados hasta la puerta del salón, donde los despidió con abrazos efusivos y palabras grandilocuentes. A excepción de su sobrino, a quien condujo a una estancia contigua, más discreta, para tratar un asunto que sólo a ellos concernía.

Cuando ambos estuvieron sentados, el criado hizo pasar al señor Maciel, que había sustituido la incómoda muleta por un apéndice de madera sujeto al muslo, que no le evitaba cojear, pero sí le liberaba ambos brazos.

—Señor Maciel, mi sobrino, como ya os adelanté —Reigosa fue directo al grano—, ha quedado escaldado de sus anteriores compromisos, truncados a causa de ruindades y maledicencias de envidiosos. Le he aconsejado olvidarse de damas de alta cuna y pocas entrañas, y poner los ojos en una mujer más humilde, pero buena, sana, que lo atienda, le alegre la existencia y asegure con herederos el porvenir de nuestra casa comercial.

—Exacto, tío. Eso es lo que deseo —asintió Dinis, dando una palmada sobre la mesa.

Reigosa señaló una butaca tapizada en paño verde manzana e invitó a Bruno Maciel a sentarse. El hombre se acomodó con rigidez, cuidando de no manchar ni desgarrar la tela.

—En cuanto a vos, me dijisteis que tenéis una hija joven y casadera, aunque bajo la tutela de sus tíos.

—Cierto, señor Reigosa —respondió Maciel, que prefirió empezar por los antecedentes de aquella tutela—. Habéis de saber que partí hace más de un lustro a la India, donde la fortuna me fue adversa. A mi regreso, enfermo de fiebres, supe que mi esposa se había amancebado con un tal Salazar, un soldado fanfarrón que, no contento con robarme su afecto, intentó arrebatarme también el de mis hijos. La pobre Belinha, el Señor la tenga en su gloria, murió a manos de ese sujeto, hombre violento donde los haya. Y comoquiera que me embarqué luego en la desastrosa empresa de la armada de Inglaterra, su tía se hizo cargo de ella.

—¿Y permitisteis que os arrebatasen a vuestra esposa, así, sin más? —preguntó Dinis con poco tacto.

—¡Voto a Herodes que no, caballero! —Maciel se puso en pie, encendido—. Reté al bellaco a duelo, pero se presentó con una cuadrilla de castellanos, muy amigos suyos, y me propinaron tan ruin golpiza que acabé en el hospital. Espero que ese miserable haya muerto en algún combate o se haya ahogado en los naufragios.

Una pequeña ventana, con una reja sencilla de dos barrotes cruzados, daba luz a la estancia. Había en ella dos tallas de santos sin especial mérito, un bodegón con piezas de caza y tres pequeños óleos con escenas bíblicas.

—Calmaos, señor Maciel. —Reigosa le indicó con un gesto que volviera a sentarse—. Dejemos reposar el pasado, que lo que nos interesa ahora es la disposición de vuestra hija para contraer matrimonio. ¿Clara, me dijisteis?

—Branca, señor Reigosa. Y no hemos de tratar con ella, sino con sus tíos. Yo ya abordé al señor Queiroz, pescador de ribera y hombre sensato, más que su esposa, y desde luego más que mi hija. Comprende bien las ventajas de un enlace con don Dinis y se mostró dispuesto a recibirnos en su casa para tratar el futuro de su sobrina.

—¿Es hermosa la rapaza? —preguntó don Dinis, con una mueca escéptica.

Bruno Maciel sacó pecho y engalló la cabeza.

—Muy hermosa, aunque esté mal que yo lo diga. Ha salido a su madre.

—En ese caso, y si mi sobrino lo aprueba, sólo resta concertar un encuentro con vuestros cuñados para discutir los pormenores.

El señor Grilo gruñó en señal de asentimiento, pero Maciel aún tenía una cuestión que resolver.

—Cuando trate con mis cuñados, me convendría saber qué cantidad tenéis en mente para que, si ponen objeciones, me resulte más sencillo allanarlas.

Reigosa asintió levemente. Sus ojos brillaron con una chispa calculadora: habían llegado al terreno donde mejor se movía, el del dinero.

—Si el enlace se concreta, amigo Maciel —empezó, subrayando el condicional—, vuestra hija se casará por encima de sus posibilidades. Imagino que sois consciente de lo que eso significa.

—Lo soy —afirmó Maciel con prontitud.

—¿Qué mejor prenda que una vida más regalada de la que jamás habría soñado? A vuestros cuñados, que se verán libres de una boca que alimentar, les entregaremos una suma suficiente para compensar las arras y para acallar cualquier objeción al enlace.

—Es un buen punto de partida —admitió Maciel, aunque su expresión

revelaba que no estaba del todo satisfecho—. Pero entendedme…, yo…. es decir, mi participación…

—En cuanto a vos —lo interrumpió Reigosa—, como padre de la joven y artífice de esta idea, os entregaré cincuenta escudos para que adecentéis vuestro aspecto y podáis acompañarnos con dignidad.

La respuesta agradó a Maciel, mas no tanto como había esperado.

—¿No creéis que es poca cosa para mi futuro suegro? —terció don Dinis.

—Además de esa cantidad —añadió Reigosa—, espero contar con vos para ciertos encargos que podrían requerirse pronto, y que serán pagados con generosidad. ¿Qué decís, señor Maciel?

—Que me place el acuerdo.

—Preacuerdo —matizó el comerciante—. Me gusta avanzar paso a paso, y el primero será realizar una visita a los señores Queiroz. En su casa, por supuesto. Quiero conocer el nido donde mora esa señorita.

—También yo —dijo don Dinis.

—Ten paciencia, sobrino, que tu momento no ha llegado aún.

—Contad con ello, señor Reigosa —dijo Bruno Maciel.

Dando por terminada la entrevista, don Rafael Reigosa se levantó con la vitalidad que lo caracterizaba y se estiró las arrugadas calzas y el jubón. Lo imitaron los otros dos. Su sobrino, ya en pie, parecía algo envarado.

—Espero grandes cosas de vos, maese Maciel —lo despidió Reigosa en la puerta de la calle, y se quedó unos instantes observando cómo se alejaba con aquel andar renqueante y sonoro.

4

La Coruña

Volaron los días en La Coruña. Pese a las pobres expectativas del médico, Yabama seguía con vida e incluso comenzaba a mostrar una leve mejoría. Una de las veces que Gabriel la visitó la encontró despierta y sin apenas fuerzas, mas firme en sus ideas. Si su diosa le conservaba la vida, lo seguiría en la travesía. Gabriel no quiso contradecirla. Le dolía ver postrada a aquella mujer antaño llena de vitalidad.

—Descansa y recupérate —le dijo—, que ya habrá tiempo para pensar en aventuras.

—Mientras esté aquí, ocúpate de García.

—Lo haré.

El niño pasaba la mayor parte del tiempo a bordo de la fragata, bajo la atenta mirada de Mahagüini. La Portuguesa estaba en zafarrancho permanente, preparándose para una travesía que se le antojaba a Gabriel más difícil que otras anteriores. Vermeulen, de nuevo a bordo, resultó de gran ayuda. Laiseca, como de costumbre, se mostraba nervioso y obsesivo con los detalles. Llegó incluso a proponer que desembarcaran los cañones para asemejarse más a un mercante, pero Gabriel, que tenía otros planes, sólo consintió en bajar algunos a la bodega y clavetear las portañolas. No pensaba exponerse sin artillería a los peligros de aquella ruta.

Sancho del Puerto le aconsejó cargar un flete poco comprometido, fácil de vender y de manejar. Optaron por lana merina.

—Ten mucho cuidado —le advirtió—. Ingleses y holandeses están capturando no sólo barcos españoles o portugueses, sino a cualesquiera sospechosos de comerciar con nosotros: alemanes, hanseáticos, daneses… Espero que ese salvoconducto que llevas te sirva de algo.

—El mejor salvoconducto es no caer en sus manos.

Avanzaba el invierno. Soplaban ponientes, a veces furiosos, a veces bonancibles.

—Si vamos a zarpar, este es el momento —le dijo una mañana Vermeulen.

Tenía razón. Fijaron la partida para el día siguiente.

No era Gabriel hombre de despedidas, pero en aquella ocasión no podía hurtarse a algunas de ellas. Martín Robledo fue con él a bordo de la fragata y admiró sus formas y proporciones.

—¡Ah! Este barco despertará temor entre sus enemigos.

—La codicia de las autoridades es lo que ha despertado hasta ahora.

Cuando fue a despedirse de Yabama, la halló con Isabel, que se había tomado muy a pecho su cuidado. Entre ambas mujeres había surgido un entendimiento que escapaba a la comprensión de Gabriel. Por alguna extraña razón, Yabama consideraba a su hermana digna de formar parte de la cofradía de Atabey.

—Marcia estuvo aquí —anunció Isabel.

A Gabriel le chocó, pues ella no se lo había mencionado.

—Tiene un espíritu poderoso —musitó Yabama—. Por eso la quieres.

Le entregó una piedra pequeña, muy pulida, que lo protegería, y le pidió que

se llevara a García consigo, pero Gabriel se negó. No pensaba exponerlo a una travesía tan peligrosa. Ni dejarla a ella sola, en tierra extraña. Casi le parecía una traición marcharse sin Yabama; cuanto más, privarla de la compañía de su hijo.

—¿Te gustaría tenerlas a las dos? —le preguntó después Isabel.

—El tiempo no se puede desdoblar —respondió él, pensativo.

—Pero ahora están aquí, juntas.

—¿Y ser deshonesto con ambas? —Alzó un dedo y le sonrió—. ¿Qué preguntas son esas, hermanita?

La última noche con Marcia fue un dulce sueño que lo habría de confortar en las duras y solitarias singladuras. Ella se mostró tierna y apasionada, posesiva y sumisa, colmada e incompleta. Y temerosa. Recordaba lo ocurrido en su primer embarazo, y aquel recuerdo le suscitaba presentimientos oscuros.

—No pienses en ello, que los pensamientos sombríos atraen a la oscuridad. Además, estaré de vuelta antes de lo que imaginas.

—Cuando regreses estaré hinchada como una vaca, y no me querrás.

—Te querré más. Y te seguiré queriendo cuando estés vieja y arrugada como una pasa.

—Ah, así me imaginas, traidor.

—Todavía no, mujer. Todavía no.

De madrugada se dirigió al fondeadero, en compañía de Marcia. Caminaban juntos y apretados bajo la amplia capa que los protegía de la humedad y el frío. El batel lo aguardaba en la orilla.

—No te arriesgues sin necesidad —le pidió ella.

—No lo haré —prometió él. Y la abrazó y le dejó la capa.

Las gaviotas graznaban sobre sus cabezas. El movimiento en el puerto era intenso a aquella hora. Barcas de distintas clases y tamaños cruzaban la bahía. A lo lejos, se adivinaban los cascos de algunos pesqueros. Las campanas de Santo Domingo tocaban a laudes. El batel cabeceó con fuerza para superar las olas que rompían en la playa. A bordo de la fragata, todo estaba dispuesto para la partida.

Dos pajes, salientes de guardia, apagaron la bujía, dieron la vuelta a la ampolleta, rezaron un padrenuestro y un avemaría y concluyeron saludando al nuevo día como era costumbre:

«Bendita sea la luz y la santa Veracruz,

y el Señor de la verdad y la Santa Trinidad.
Bendita sea el alma, y el Señor que nos la manda,
bendito sea el día y el Señor que nos lo envía».

La última vez que Gabriel había oído aquel salmo, García estaba entre los pajes, pero ahora dormía en su casa de la Pescadería, en compañía de Isabel.

El barco estaba ya inmerso en el ajetreo cotidiano. Los marineros recogían los recados de dormir, estiraban la ropa, se lavaban la cara y la manos con agua de mar y desayunaban un trozo de tocino con bizcocho mojado en vino.

Soplaba brisa de tierra. Gabriel ordenó levar anclas; Ballesteros repitió la orden y la tripulación inició la maniobra. Se largaron el trinquete y la cebadera. La fragata comenzó a moverse, con la proa hacia la embocadura. Desde el alcázar, Gabriel lanzó una última mirada a tierra. La silueta de Marcia se desdibujaba en la media luz del alba. Se desplegaron la mesana y la mayor; se cazaban escotas, se braceaban las vergas, y el trapo se llenaba y se tensaba. Dentro del puerto, las olas, pequeñas, formaban algunos borregos. Dejaron a babor el islote de San Antón, en cuyo castillo ya trabajaba un grupo de galeotes. Atrás, en el puerto, una pequeña nao también se preparaba para zarpar.

Sobrepasaron la punta de Mera y salieron a aguas abiertas. La torre de Hércules se perdió pronto de vista. El poniente fresco los empujaba hacia la ría de Ferrol, y amuraron a babor para superar el cabo Prioriño y, más adelante, el cabo Prior. La mar se presentaba allí fuera con olas más largas y rizadas.

—¡Directos al canal de la Mancha! —gritó Pascual Laiseca, para hacerse oír.

Gabriel asintió despacio. Iba destocado y disfrutaba de la sensación de navegar de nuevo, con el viento alborotándole la cabellera y el rostro bañado por la espuma. Atrás quedaban La Coruña y sus cuitas, Lisboa, duques y marqueses, España entera. Allí sólo estaban el cielo, el mar y ellos.

—Con este viento, en cinco días estamos en la Bretaña —dijo.

—Esperemos que se mantenga —respondió Laiseca.

La rutina de a bordo, tan pesada tras unos días en tierra, no tardó en asentarse en las mentes de los hombres: el rancho monótono, a menudo frío, la dureza de las labores, la disciplina, los relevos de las guardias. Las horas transcurrían con lentitud, marcadas por los pajes al voltear la ampolleta.

Durante la segunda singladura roló el viento al nordeste, se hizo más frío y cobró fuerza, lo que los obligó a ceñir a estribor. Aquel mismo día, antes del

rancho del mediodía, Laiseca anunció que llevaban un polizón.

—Mahagüini encontró al carajo escondido entre las balas de lana.

—¿Habéis mirado si hay otros? —preguntó Gabriel.

—Me extrañaría.

—¿Y eso?

—Un barrunto.

—Pues ya sabes, Pascual, una buena tunda y a rascar la cubierta.

—Trabajar, trabajará, pero la tunda se la podemos perdonar.

Gabriel, que había seguido la plática sin prestar mucha atención, advirtió en la última frase un tono socarrón que lo alertó.

—¿Qué ocurre, Pascual? —preguntó, más serio.

Por toda respuesta, su segundo señaló hacia la escotilla de proa. De pie, junto a Mahagüini, se hallaba García.

—¡Diablo de niño! —juró.

Y salió a su encuentro. Bajó la escala del coronamiento de popa, luego la de la tolda. Aunque el barco era pequeño, cuando alcanzó el combés se le había disipado la irritación y pudo hablar con calma.

—¿Qué haces aquí?

García se mordió una uña y se encogió de hombros. Mahagüini le puso sobre el hombro su mano protectora.

—Habla sin temor, chico.

—Mi madre me lo pidió, ayer. Que me escondiera en la bodega.

—Ayer estábamos navegando.

—El día antes de zarpar —se corrigió.

Gabriel murmuró entre dientes un reniego. Yabama no se rendía ni moribunda. La tripulación, animada por la novedad, no les quitaba ojo.

—¿Y cómo llegaste hasta el barco?

García miró a Mahagüini, después a Gabriel.

—Nadando.

—¿Tú solo?

—Sí, padre.

Gabriel sacudió la cabeza y miró a su amigo, que le devolvió una mirada limpia e inocente.

XVI

1

Provincia de Leinster, Irlanda

Richard Tyrrell partió hacia el norte con una nutrida escolta.

Duarte y Álamo, para no dejarse ganar por el tedio, se entrenaban junto al cabo Hernandes y sus compañeros, algunos de los cuales, al conocer sus intenciones, manifestaron su deseo de regresar a la península. Otros, en cambio, se mantenían en la decisión de permanecer en Irlanda. Fray Antonio dedicaba sus días a redactar una relación de todos los fallecidos de los que había tenido noticia, con la esperanza de que su recuerdo no se desvaneciera con el tiempo: Andriessen, que cayó por la borda de la Santa Bárbara; Bartolomé Bravo, que murió matando; los capitanes Valiente y Ladrón de Guevara; el barbero Juan García; Solano, el desventurado contramaestre; el pobre Antonio de Ulloa y Sandoval, que redactó su testamento al pie del cadalso, el joven Eugenio López, y tantos otros que perdieron la vida en el mar, en Aughnanure, en la cárcel de Galway o en los difíciles caminos de la isla. Si lograba regresar a España, tenía la intención de mostrar esa lista a sus familias, aunque para ello debiera recorrer España de cabo a rabo.

La primavera asomó con timidez en Tyrrellpass. Primero, un verdor casi imperceptible en las ramas de los árboles; después, prímulas en los setos y praderas, jacintos azules en los claros del bosque y el canto de jilgueros, mirlos y petirrojos que comenzaban sus cortejos. Más tarde, los manzanos se llenaron de flores, los árboles se cubrieron de hojas, brotaron las sementeras y, en el cielo variable, se alternaban nubes y claros, sol y lluvia. Por fin, aparecieron las golondrinas, con sus trinos agudos y sus acrobacias espléndidas.

Con ellas regresó también el barón, que no demoró en llamarlos.

—Lamento el retraso —les dijo sin rodeos—, pero acudieron más señores de lo esperado, complicando los asuntos que debíamos tratar. Asuntos que, en cierto modo, conciernen a vuestras mercedes.

Duarte y el fraile asintieron en silencio mientras Tyrrell, de pie en la sala de

armas, los observaba con mirada penetrante.

—Como ya os dije, me habría complacido que os quedaseis aquí. Se avecinan tiempos duros y necesito buenos soldados. —Se giró hacia fray Antonio—: Y tampoco los sacerdotes nos sobran.

—Lo sé, señor Tyrrell —respondió el fraile.

—Comprendo que deseéis regresar y reencontraros con vuestras familias, sin duda angustiadas por la ausencia de noticias. Y creo haber hallado un punto en que nuestros intereses podrían confluir.

Tyrrell calló un instante, intercambió una mirada con el capitán Doherty, que lo acompañaba, y prosiguió.

—Veréis. La casa Tudor se ha empeñado en afirmar su dominio sobre Irlanda. En tiempos pasados, el virrey solía ser un normando de viejo cuño. Pero ahora, en clara señal de que la Corona desconfía de nosotros, nombra a nobles venidos directamente de Inglaterra, como FitzWilliam, sin raíces en esta tierra ni voluntad de comprender nuestras costumbres. Son ellos quienes nombran a los gobernadores de provincia, a los sheriffs y a los jueces que deciden sobre nuestras vidas.

—Los normandos también fuisteis conquistadores —apuntó fray Antonio, desconcertado—. ¿Qué os diferencia de los ingleses?

—Vinimos a esta isla hace más de tres siglos, y la sometimos. —Tyrrell se alejó unos pasos con las manos en la espalda—. Pero Irlanda nos ganó a su manera: adoptamos sus costumbres, su lengua, su lealtad a la fe de Roma, nos aliamos con sus clanes y mezclamos nuestras estirpes. Hemos echado raíces aquí. Y ahora pretenden arrancárnoslas. A quien se opone, lo arrestan sin juicio, lo ejecutan por traidor, le confiscan las tierras y las reparten entre colonos ingleses o escoceses, que nos desplazan de todo poder y despojan nuestras iglesias de sus santos y su liturgia.

Se detuvo, acalorado y con la mirada encendida.

—Como podréis imaginar, el descontento crece. Por eso —añadió, con un leve gesto—, os ayudaré a regresar a vuestra tierra.

—Una noticia dichosa —dijo enseguida el fraile.

—A cambio —dijo Tyrrell, con el rostro grave—, me gustaría que fuerais portadores de una misiva.

Fray Antonio y Duarte se miraron.

—¿Qué clase de misiva? —preguntó, receloso, Duarte.

—Una dirigida al rey don Felipe. Sabemos que, tras el fracaso de la Gran

Armada, en Inglaterra se prepara una expedición de castigo contra la península. Vuestro soberano va a necesitar aliados, y en esa carta hallará un manifiesto firmado por ciertos nobles y prelados en el que solicitamos su intervención en Irlanda y nos comprometemos, en lo que nos toca, a levantar un ejército.

La ayuda que el barón les ofrecía era crucial, pero la encomienda tampoco era asunto baladí.

—Ver al rey de España no es empresa fácil —objetó con cautela Duarte.

—Me basta con que se la hagáis llegar.

—¿Y no sería más efectiva una embajada que un simple mensaje? —insistió Duarte.

—¿No os parece razonable el trato que os ofrezco, señor Salazar? —replicó el barón, con una sombra de desconfianza.

—Es un regalo del cielo —intervino con presteza fray Antonio—. Mas entendednos: no seríamos justos si no mencionáramos los posibles obstáculos.

—Vos veis obstáculos, y yo veo oportunidades —replicó el irlandés, ya más calmado—. Es cierto que otras embajadas viajaron antes a España, con magros resultados. Pero ahora el momento es otro. Los clanes fluctúan, y algunos señores vacilan. Necesitamos que sepan que la mirada del rey don Felipe está sobre nosotros. La declaración que llevaréis será un mensaje que él sabrá interpretar. Y cuando se presente la ocasión oportuna, no dudéis que la seguirá una embajada formal.

—Si así lo deseáis, será un honor complaceros —le aseguró Duarte, ya sin vacilaciones.

El barón asintió lentamente.

—Buscaré un navío que parta desde Waterford, al sur de Leinster.

—¿No desde Dublín? —preguntó el fraile.

—Prefiero Waterford. Es una ciudad con un comercio activo con la península ibérica. Aunque muchos de sus habitantes son afines a la Corona, como en todas las ciudades de Irlanda, yo mantengo amistad con gente que podría ayudaros. Además, el viaje será más seguro que hacia Dublín, lo cual es importante si vais a ser un grupo numeroso.

—¿Numeroso?

—Sé que otros hombres desean partir, y no los retendré contra su voluntad. Cuando sepáis cuántos y quiénes, comunicádselo al capitán Doherty. Él os acompañará a Waterford.

—Que el Todopoderoso premie vuestra bondad —dijo fray Antonio, conmovido.

—Me basta con que me tengáis presente en vuestras oraciones —respondió el noble—. No puedo olvidar que la Armada vino para derrotar a los enemigos de nuestra fe. Las tempestades os trajeron hasta esta tierra, y aquí se os trató peor que a bestias. Quiero compensaros por todo lo que habéis sufrido, y que recordéis que no todos los irlandeses somos iguales.

Esa misma noche informaron a Hernandes de lo tratado con el barón de Fartullagh. Al día siguiente, el cabo les trajo la lista de los nueve soldados dispuestos a partir.

—¿Vos no os animáis, señor Hernandes? —le preguntó Duarte.

—Sin mí no se habría apuntado ninguno —respondió con orgullo.

—¿Y vuestro nombre?

—Anotadlo vos.

Duarte, fray Antonio y el capitán Doherty partieron dos días después rumbo a Waterford. Los demás los seguirían más adelante.

El viaje a caballo les llevó cuatro jornadas. Aunque el camino más rápido seguía el valle del río Barrow, que discurría de norte a sur, ellos cruzaron la provincia de Leinster por una ruta más segura, y larga, que atravesaba territorios de clanes con quienes Tyrrell tenía buenas relaciones.

El capitán Doherty era un hombre práctico y parco en palabras. Hablaba sólo cuando se le preguntaba, o cuando la ocasión lo exigía, y aun así con mesura y lentitud, para asegurarse de ser entendido.

La última jornada avanzaron hacia el este, encajonados en el valle del río Suir, y rodearon Waterford por el sur. Desde sus monturas alcanzaban a ver las murallas de piedra oscura y una de sus puertas. Una milla más adelante, Doherty se detuvo frente a un grupo de edificaciones bajas y robustas, cerca de la orilla, frente a una isla de un verde intenso.

—Esto es Ballinakill —informó el capitán—. Apeaos y seguidme.

El caserío, que estaba rodeado de prados ondulados, pertenecía a una viuda con nombre de río: Shannon. Shannon FitzGerald. Su familia, antaño una de las más poderosas del condado, había participado en una revuelta contra la Corona y pagado un alto precio: ser desposeídos de sus tierras, fortalezas y dignidades. Ni siquiera la muerte en combate de su marido la había librado de las sanciones y embargos, y sólo le habían permitido conservar aquella pequeña heredad. A pesar de ello, o quizás por su causa, la mujer mostraba un

aire provocador.

—Podrán dejarme desnuda —declaró con altivez a sus huéspedes—, pero no me arrebatarán mis creencias.

Devota católica, se alegró sobremanera al saber que recibía bajo su techo a un sacerdote. Esa misma tarde mandó celebrar una misa a la que invitó a sus criados, pecheros y hombres de armas.

A Duarte le sorprendió que le permitieran mantener un pequeño cuerpo de soldados.

—No pueden portar armas fuera de la heredad —le explicó Doherty.

Fray Antonio, por su parte, le preguntó si no era peligroso organizar una misa tan concurrida.

—Esos perros herejes ya saben cómo soy. Que vengan a buscarme, si tienen agallas —respondió la viuda con una sonrisa.

Tras la ceremonia, que resultó muy concurrida, Doherty explicó a su anfitriona, con sobriedad y sin omitir lo esencial, el motivo de su visita.

—Descuidad, que hallaré un barco para todos —aseguró la señora FitzGerald—. Y para más, si quisieran venir. Este puerto se va a convertir en paso obligado para los españoles.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Duarte.

—Que desde aquí partió, hace poco, un grupo de presos de la Armada rumbo a Inglaterra. Esa hereje cicatera que tenemos por reina no se fía de sus propios gobernadores. Quiere tener cerca a los pocos sobrevivientes que restan y embolsarse los posibles rescates.

—¿Sabéis de dónde venían esos presos? —volvió a preguntar Duarte. La irlandesa arrugó la nariz y él se apresuró a disculparse por su insistencia—: Quién sabe si no serán conocidos nuestros.

—No hay nada que disculpar, caballero —dijo la viuda en tono más amable —. Ignoro su procedencia. En esta parte de la isla no hubo ningún naufragio. Los más cercanos de los que tenemos noticia ocurrieron más al oeste, en las costas de Munster. Pero si a vuestras mercedes les interesa, trataré de enterarme.

Duarte le agradeció su oferta con una sonrisa.

A la mañana siguiente, Doherty se despidió de ellos.

—Debo encargarme de traer a vuestros compañeros —les dijo, con un pie ya en el estribo—. Quedáis en buenas manos.

Y tomó el camino de regreso a Tyrrellpass bajo un cielo despejado.

2

La Coruña

Marcia alzó el cántaro lleno de agua y lo depositó con un resoplido sobre la cantarera. Cada vez le costaba más cargar peso. El vientre empezaba a marcarse bajo la ancha basquiña, y sentía las piernas pesadas y torpes. Se dejó caer en una silla, jadeante. Debería haber esperado a que regresara Isabel para esas tareas. O, en última instancia, pedir ayuda al señor Luján. Una idea harto desagradable. Aquel mastuerzo, cuanto más lejos, mejor.

Después de haberla requebrado hasta el hartazgo, y haber sido convenientemente rechazado, había dirigido sus malas intenciones hacia Isabel, que pasaba ahora, tal vez por ese motivo, mucho tiempo fuera de casa. ¡Ah, qué falta le hacía Gabriel! Y cuánto ansiaba su regreso. Al recordarlo, una sonrisa involuntaria le curvó los labios, por más que él no se lo mereciera del todo.

Se incorporó, quitó el corcho a la boca del cántaro, se sirvió un vaso y bebió despacio. Luego se asomó al corral: la puerta del cuarto del Luján seguía cerrada, señal de que se hallaba fuera. Algo extraño, pues aún era temprano. Marcia sacudió la cabeza. Resultaba inútil tratar de entender los hábitos del inquilino. Se ató un pañuelo al cabello, abrió puertas y ventanas y tomó la escoba para barrer desde la cocina hasta el zaguán.

De la calle llegaban sonidos de vida. Trinos agudos de jilgueros, gruñidos de un cerdo, cloqueo de gallinas, gritos infantiles. Reconoció las voces de algunas vecinas. Hacía sol, y aprovechaban el buen tiempo.

Aún barría la cocina cuando golpearon con fuerza la puerta. Como estaba entreabierta, quien fuese se coló sin aguardar permiso. Marcia soltó la escoba y se encaminó al portal con una reprimenda en los labios, pero la sorpresa contuvo las palabras.

—¿Señora Henriques? —preguntó el intruso, un hombre de vara en mano y ropera al cinto.

—¿Qué desean? —respondió Marcia, clavando los ojos en el alguacil y en su acompañante, que, más reservado, se mantenía con un pie dentro y otro en el umbral.

El alguacil desenrolló un pliego de papel y leyó, con voz engolada y algo torpe, una escueta orden de arresto emitida por el secretario del oidor Luis de Padilla.

Marcia apoyó la escoba con cuidado en la pared, se limpió las manos en el delantal y se lo desató de la cintura.

—¿Qué demonios de orden es esa? —preguntó con firmeza—. ¿Por qué se me arresta?

—No puedo decíroslo.

—¿No podéis o no queréis?

El alguacil bajó los ojos hasta su vientre y, quizá en atención a su estado, explicó con cierto comedimiento:

—En la casa consistorial se me entregó esta orden. No sé más que lo que aquí consta. —Y alzó el papel, que había vuelto a enrollarse solo.

—Debe de tratarse de un malentendido —insistió Marcia—. ¿Por qué habría de ser arrestada? No soy más que una mujer dedicada a su casa.

El alguacil se encogió de hombros. Estaba curtido en respuestas como aquella.

—No me corresponde juzgarlo.

—¿Y qué broma es esta? —Su voz empezó a subir de tono, crispada porque le costaba hacerse cargo de lo que ocurría—. ¿A santo de qué venís a por mí?

—Os ruego que os calméis, señora —dijo con serenidad el alguacil—. Podéis tomar una capa, si lo deseáis, y un poco de comida. Pero debo conduciros de inmediato a la cárcel municipal.

—¿Y si me niego?

—Tendremos que llevaros por la fuerza. Y será peor para todos.

Marcia templó sus nervios: no entendía nada, pero sabía que resistirse sólo empeoraría las cosas. Ya averiguaría el motivo de aquella injusticia.

Resignada, fue a la cocina, metió pan y queso en una talega, colgó el delantal en el respaldo de una silla, cambió el pañuelo por una cofia de mejor aspecto y se echó sobre los hombros su capa de franela. Lamentó que Isabel no estuviera. Con su dulzura y buen juicio, quizá habría persuadido a los alguaciles, o al menos avisado a su tío Sancho, o a Martín Robledo.

—Permitidme que avise a mi familia —dijo a los alguaciles—. Estoy sola. Se alarmarán si no saben de mí.

—¿Dónde viven?

—En la plaza de Santa Bárbara.

—Entonces vamos allá.

Al salir, varias vecinas se habían congregado para curiosear.

—¿A dónde os llevan? —preguntó una mujer.

—Presa —soltó, seco, el ayudante.

—A la casa consistorial —respondió Marcia, mientras echaba llave a la puerta y se la entregaba a su vecina más cercana—. Genara, os ruego que se la deis a mi cuñada si regresa.

—Por supuesto, mujer —respondió la aludida, con la llave en la mano y la indignación pintada en el rostro—. Pero ¿por qué os apresan? ¿No ven que estáis preñada?

—Dejadla en paz —protestó otra.

—¡Apresad a vuestra madre! —añadió una tercera, entre dientes.

Un perro barcino, tal vez de alguna de las vecinas, gruñó enseñando los colmillos a los alguaciles, que se apresuraron a poner a Marcia en movimiento.

—¡Malditos buitres! —gritó Genara, lanzando una pella de barro. Las demás la imitaron, y la comitiva fue despedida con una lluvia de tierra y estiércol.

Sancho del Puerto, tras enterarse de lo ocurrido, se encaminó a la Real Audiencia y pidió ver al oidor. El hombre, a quien conocía de otros tratos, se mostró más hermético de lo habitual, y sólo cuando apeló a su larga relación y le recordó pasados favores se avino a proporcionarle información sobre la acusación: nada menos que espiar para una nación extranjera.

Sancho se escandalizó por aquella barbaridad y reclamó ver la denuncia. Luis de Padilla se negó.

—Sin saber quién es el denunciante ni los motivos que lo han impulsado a ir contra mi sobrina, su defensa será más difícil.

—La acusación es gravísima, y ya me expongo bastante con haberos revelado lo que os he revelado. Comprended mi reserva.

Sancho la comprendía, pero no estaba dispuesto a permitir que la esposa de Gabriel permaneciera arrestada más de lo razonable, de modo que se dirigió al palacete del gobernador de Galicia.

—Don Juan Pacheco no puede recibiros hoy —fue la cáustica respuesta de su secretario.

—No me importa regresar mañana.

—Las tareas que lo ocupan son de tal importancia que dudo que pueda recibiros en una o dos semanas.

Sancho del Puerto, que conocía la idiosincrasia de los funcionarios civiles, no se molestó en subrayar su posición, ni en insistir sobre la urgencia del asunto que lo traía. En lugar de eso, le ofreció un generoso regalo a cambio de que facilitara la entrevista.

—Trataré de complaceros, señor Del Puerto —prometió este, con una sonrisa obsequiosa.

—Cuanto antes lo hagáis, mayor será mi agradecimiento.

Tres días después, don Juan Pacheco, marqués de Cerralbo, hizo un hueco en su apretada agenda para atender al armador. No hubo disimulos por parte de uno ni reproches por parte del otro. Ambos sabían cómo funcionaban los asuntos de palacio y se saludaron con gran cortesía. Sancho le deseó parabienes para su joven esposa, y el marqués se interesó por la salud de los suyos.

El amplio gabinete del gobernador estaba adornado con tapices flamencos, muebles castellanos oscuros y un brasero de cobre encendido. Un gran escritorio de nogal ocupaba el centro de la sala.

—Imagino que el asunto que os trae está relacionado con el arresto de Marcia Henriques —entró en materia el gobernador.

—Así es, don Juan. A todos nos ha sorprendido que la arrestaran sin previo aviso y sin realizar instrucción ninguna. No es lo habitual, y menos tratándose de una familia leal a vos y a la Corona.

—No podíamos proceder de otra manera, amigo Sancho. Se trata de un expediente delicado, con cargos graves en juego.

—Yo diría que se trata de un malentendido, excelencia. Mi sobrina Marcia…

—Sobrina política —precisó el marqués.

—Sobrina, al fin. Como os decía, es mujer discreta y sensata, buena esposa y mejor vecina. Casada, por cierto, con Gabriel del Puerto, a quien ya conocéis. No hallaréis en la villa quien hable mal de ella.

—Excepto quien la ha acusado de traición.

—Un soplo malintencionado, sin duda, de alguien que desea perjudicarla.

—Soplo, sí, mas alarmante. Coincidiréis conmigo en que, en la situación actual, no puede despacharse sin investigarlo a conciencia.

—¿A qué situación os referís?

—¿Ignoráis que ingleses y portugueses amenazan la integridad misma de la monarquía? El Consejo Real me ha comunicado esta misma semana que está pronta a zarpar, si no lo ha hecho ya, una gigantesca flota al mando del pirata Dráquez, con intención de atacar nuestras posesiones.

—Ese rumor circula desde hace meses —reconoció Sancho—. No sabía que fuera tan fundado, ni tan apremiante.

—Lo es, tenedlo por seguro. Y La Coruña podría ser uno de sus objetivos.

Antonio de Crato se ha embarcado con su corte en esa armada con el objetivo de desembarcar un ejército en Galicia o en Portugal y hacerse con la corona. El propio rey don Felipe me ha encargado que extreme la vigilancia en estas costas y que tome cuantas medidas sean necesarias para rechazar un desembarco.

Las palabras de Cerralbo quedaron flotando como una nube oscura. Sancho tembló, no ya por Marcia, sino por lo que un ataque inglés supondría para la paz, los negocios, la vida y el bienestar de su familia y de la ciudad entera. Aun así, no olvidó el propósito que lo había traído allí.

—Es grave lo que decís, excelencia, pero mi sobrina nada tiene que ver con esa armada ni sus planes. Al contrario, sufriría en carne propia las consecuencias de la guerra.

—Supongo que no se os escapa que vuestra… sobrina —concedió al fin Juan Pacheco, con tono de quien otorga una excepción— es hermana de un tal Geraldo Henriques, hombre muy cercano al de Crato.

—Nadie elige a su familia —replicó Sancho.

—Pero ella vivió dos años con él, en Londres, donde trató con caballeros influyentes de la corte isabelina, y con seguidores antonianos. Sospechamos, es decir, la justicia sospecha que Marcia fue enviada a La Coruña con el propósito de reunir y hacer llegar a nuestros enemigos información sobre las defensas de la villa.

—Al contrario, señor marqués —objetó Sancho, con respetuosa firmeza—. Marcia salió de Londres huyendo de los partidarios del Prior. Y lo hizo trayendo consigo a Isabel, mi otra sobrina, de quien no teníamos noticia desde hacía tiempo. Fue una gran dicha recuperarlas a ambas. Desde entonces, Marcia vive aquí, en paz, junto a su marido.

El marqués aguardó pacientemente a que el armador expusiera su alegato antes de añadir otro elemento a la acusación:

—Sabemos también que hace unas semanas recibió la visita de un marino inglés, un tal Trenton. ¿No os parece, cuando menos, sospechoso?

—En absoluto, excelencia —respondió Sancho, sin titubeos—. Me consta que se trató de un asunto personal, concerniente a Isabel. Ese hombre afirmaba ser su esposo y vino a exigirle que regresara con él a Inglaterra.

—También podría haber sido un mensajero.

—Podría, podría… —Sancho se contuvo, aunque le exasperaba ver cómo el marqués, un hombre seguro de sí mismo y en exceso contumaz, se dejaba

guiar por sospechas más que por hechos—. ¿Qué lógica tiene confiar una misión tan comprometida a una mujer embarazada? Conozco a Marcia. Hace no tanto perdió una hija, y su mayor anhelo ahora es llevar este embarazo a buen término.

—No sería la primera embarazada que pasa por la cárcel, ni será la última. Su estado podría ser, precisamente, el mejor disfraz para ocultar su labor.

—Retorciendo los hechos, tal vez. Urdiendo calumnias. Pero resulta poco verosímil. Estoy convencido de que el acusador no superaría ni el más sencillo interrogatorio. Yo, en cambio, puedo presentaros numerosos testigos que darán fe del buen carácter y conducta de Marcia.

—No lo pongo en duda, Sancho —dijo Cerralbo, con una sonrisa de compromiso—. Mas no insistáis. No se trata sólo de revelar un nombre. Hay que considerar las circunstancias, y estas aconsejan mantener el arresto mientras no se demuestre su inocencia.

Sancho del Puerto comprendió entonces lo que en verdad inquietaba al gobernador: no el supuesto peligro que pudiera representar Marcia, ni su improbable implicación en una trama de espionaje, sino el posible daño a su reputación si la soltaba y luego se descubrían conexiones peligrosas.

—Muy otro debería ser el espíritu de la justicia —dijo, sin alzar la voz, pero con convicción—. Al menos en este caso. Mientras no se demuestre la culpabilidad de mi sobrina, no se la debería privar de libertad. Vos, como justicia mayor de Galicia, tenéis autoridad para decretarla ahora mismo. Nadie os tachará de parcialidad por ello.

El marqués le dedicó una larga mirada, quizá sopesando el riesgo. Luego asintió, despacio.

—Tened por cierto que vuestras palabras no caen en saco roto. Permitidme que estudie lo que puedo hacer, si no para evitar el proceso que está ya en marcha, al menos para mejorar sus condiciones de reclusión. En atención a la amistad que nos une y al estado de buena esperanza de vuestra sobrina, daré orden de que permanezca en la cárcel municipal y no sea trasladada, por ahora, a la Fortaleza Vieja. Es cuanto puedo ofreceros, de momento.

Sancho aceptó la resolución del gobernador, aunque sus seguridades no colmaron sus expectativas. Con todo, no era mal resultado, teniendo en cuenta los cargos. No era lo mismo una celda aquí que allá, ni para Marcia ni para el niño que esperaba. Lo importante ahora era apoyarla, procurarle vestido, comida y sobre todo consuelo y esperanza. La libertad, aunque tardara,

llegaría. Estaba convencido.

3

Lisboa

Los Queiroz vivían extramuros de la villa, en una casita situada al sudoeste de Lisboa, más allá de la cerca fernandina. Aquel domingo de Cuaresma se vivió en ella una jornada agitada. Por la mañana, mientras Branca y sus dos primas acudían a misa en la cercana iglesia de las Llagas, sus tíos recibían la visita de Bruno Maciel y don Rafael Reigosa, dispuestos a cerrar el compromiso matrimonial de Branca con Dinis Grilo.

Aunque la relación de los Queiroz con Maciel había sido más tormentosa que fluida, en los últimos meses se había suavizado. En parte, por la escasa frecuencia del trato; en parte, por la innegable decadencia física de su cuñado, que los movía a compasión.

Maciel ya había pretendido, tiempo atrás, concertar un matrimonio ventajoso para su hija, y ventajoso sobre todo para él, pero aquella tentativa, poco ortodoxa, fue frustrada por la propia Branca. Escarmentado por el fracaso, había optado esta vez por una vía más formal y seria. La intervención de don Rafael Reigosa, un comerciante bien conocido, era un aval importante.

La casa, pequeña, de planta baja con sobrado, contaba con una única estancia común que hacía las veces de comedor, taller de trabajo y almacén. En ella recibieron a los visitantes. Don Rafael no tardó en someter el espacio a un escrutinio meticuloso, como si evaluara no sólo el entorno, sino también a sus futuros parientes.

Tras las presentaciones de rigor, que corrieron a cargo de Maciel, el peso de la entrevista recayó en Reigosa, que presentó con elocuencia las ventajas del enlace. Aparte del ascenso social que supondría para Branca, don Rafael prometía considerar a los Queiroz como sus parientes más cercanos, con los beneficios que tal parentesco traería consigo. Jamás, aseguró, olvidaría a sus nuevos familiares, y no dudaría en emplear sus buenos oficios y relaciones para mejorar su posición.

Los esposos escucharon la larga perorata sin interrumpir. Al terminar, Filipe formuló alguna pregunta, no porque dudara de lo dicho, sino para no parecer desinteresado. Sin embargo, fue Natalia quien, cuando el acuerdo se daba por

cosa hecha, impuso una condición: Branca debía dar su consentimiento.

Reigosa replicó que un asunto tan delicado debería tratarse entre adultos con experiencia, movidos por el deseo de beneficiar a los suyos, como él miraba por su sobrino; que Maciel, presente allí, se mostraba plenamente conforme con el compromiso; y que, al fin y al cabo, Branca no había alcanzado aún la mayoría de edad. Mas, viendo a la mujer poco dispuesta a ceder, se resignó a aceptar el inoportuno requisito.

La reunión, entre una cosa y otra, se prolongó más de lo previsto. Al abandonar la casa, el azar quiso que Maciel y Reigosa se toparan con Branca, que volvía de misa. La joven se sorprendió al ver a su padre por allí e hizo ademán de pasar de largo sin saludarlo. Sin embargo, Reigosa, tomando la iniciativa, se presentó con notable solemnidad, la colmó de elogios por su belleza, donaire y recato, y, omitiendo con tacto el motivo de su visita —un extremo que dejaba a la discreción de los tíos—, se despidió con la promesa de un pronto y grato reencuentro.

Branca vio alejarse a la curiosa pareja con el ceño fruncido y un mal presentimiento en el pecho: desde que tenía uso de razón, su padre sólo le había traído desgracias. Por más que se esforzase en ser objetiva, no recordaba una sola ocasión en que se hubiese portado con ella y con su hermano con un mínimo de decencia.

—¿Qué hacía Maciel aquí? —preguntó a sus tíos.

Filipe y Natalia, que pensaban hablar antes entre ellos del asunto, no tuvieron más remedio que confesarlo: su padre y Reigosa habían venido a proponerles el compromiso de ella con don Dinis, sobrino y colaborador de este último. Al explicar los beneficios de aquella unión, Branca los interrumpió.

—Me casaré con quien yo elija. O no me casaré —les dijo.

Filipe insistió en el tema de las ventajas, sin éxito. Y Natalia, más aguda y, al cabo, mujer, intentó jugar una última carta: aludir a la antigua pasión juvenil de Branca por Duarte Salazar, el amante de su madre, que había partido con la Gran Armada el año anterior y de quien no se había vuelto a saber. Pero el instinto le falló. Su sobrina se sofocó, se puso roja, amarilla y luego pálida. Se le saltaron las lágrimas, se levantó y la dejó con la palabra en la boca.

A la hora del almuerzo se allegó a la casa Tiago, que aquel domingo estaba libre de servicio. El joven, encuadrado en la compañía de un capitán Sousa, se tomaba la milicia muy en serio. Cada día practicaban formaciones en cuadro,

cargas, despliegues en manga, asaltos y contraataques en el campo de Santa Clara, al otro extremo de Lisboa. No eran pocos los que se burlaban de tanto fervor, pero él sentía en cada maniobra el peso de una causa mayor.

Al conocer lo sucedido, fue a buscar a Branca a la orilla del Tajo, su refugio habitual cuando la melancolía se adueñaba de ella. La encontró sola, entregada al infantil pasatiempo de hacer rebotar piedras planas sobre el agua. Vestía una saya sencilla de color marrón claro, con modestas puntillas en las mangas y el escote, y una camisa blanca que le cubría hasta el cuello. El cabello, recogido en dos trenzas sobre la cabeza, le daba un aire de seriedad que la hacía parecer mayor. Con la mano izquierda sujetaba el vuelo de la falda para evitar mojarla; con la derecha, lanzaba y hacía danzar las piedras sobre el agua. Una llegó a rebotar siete veces antes de desaparecer. Tiago la admiró en silencio un instante, luego se acercó, le apoyó la mano en el hombro y habló en voz baja:

—Estoy al tanto de lo que ha pasado.

Branca no respondió de inmediato. La brisa le agitaba algunos mechones sueltos. Mantuvo la vista en el agua, pero al fin dijo, con voz contenida:

—Me quieren casar, Tiago. Otra vez. Y el bellaco de mi padre vuelve a ser el artífice de la farsa. Quiere sacarme partido como si yo fuera una yegua de cría. Ese hombre es una sombra que nunca se va.

—Un canalla —asintió él con gravedad—. Desde siempre.

—Tantos buenos hombres muertos en la guerra. ¿Por qué Dios le ha permitido volver? —Cerró los ojos un instante y murmuró con odio—: Yo maldigo a los ingleses, por no haberlo matado; al cirujano que lo atendió, por no permitir que se desangrase, y al capitán que lo trajo de vuelta, por no haberlo tirado al mar.

—A don Gabriel no me lo maldigas, que no podía saber la clase de alimaña que es. Además, también me trajo a mí.

Branca suspiró. La salida de su primo le encendió la sonrisa y suavizó la tensión que llevaba clavada dentro. El bullicio del puerto se mezclaba con las voces lejanas de vendedores y barqueros, gentes de paso hacia Belém y los arrabales. Chalupas, gabarras, bateles. La Lisboa de todos los días.

—¿A quién te ha buscado esta vez?

—A un sobrino de Reigosa.

—No permitiré que te casen a la fuerza.

—Gracias, Tiago, por estar siempre ahí. Pero soy yo quien no lo va a permitir. Tenlo por seguro —añadió con calor—. Antes hago una locura, me

marcho a Castilla, me embarco para las Indias… o me corto las venas.

—No digas eso.

—¿Y por qué no? Estoy harta de que otros organicen mi vida sin preguntarme. Como si no tuviera juicio ni razón.

Olvidada ya de las cucharillas, Branca echó a andar junto a su primo, siguiendo la orilla. La falda rozaba los juncos, se le enganchaba en las esparragueras, pero ella no se detenía. El río brillaba con reflejos de estaño.

—Sabes que me tienes a mí, Branca —dijo Tiago de pronto.

—Lo sé.

—Me tienes, para todo.

Él se detuvo. Apretó la empuñadura de su ropera como si en ella encontrara valor. A su derecha se divisaba el campanario del convento de la Esperanza. Al otro lado, una gabarra descargaba sacos. Un marinero entrecano los observaba desde la borda de una carabela. Les gritó algo que el rumor del río apagó.

—Eres una mujer muy hermosa, Branca —dijo Tiago, impulsado por el momento—. Y siempre me has gustado.

—No, Tiago…, no sigas por ahí. Somos primos.

—¿Y qué? Para eso existen las dispensas papales.

—¿Y los cuchicheos, y las miradas de reojo? La gente es chismosa, entrometida. ¿Qué diría tu madre?

—Me da igual lo que digan los demás. Lo único que me importa es lo que tú sientas.

Ella se volvió hacia él y lo miró con algo parecido al cansancio. Luego bajó la vista al suelo, en busca de otra piedra.

—No estoy preparada para esta conversación.

—Cásate conmigo —soltó él.

Ella dejó escapar una risa breve, amarga.

—¡Por Dios!

—Se acabarían todos tus problemas. Tu padre no volvería a molestarte. Ningún pretendiente te asediaría. Nadie más podría imponerte nada. Ni mis padres se entrometerían. Serías libre… conmigo.

—No puedo, Tiago.

—¿No puedes o no quieres?

—Te quiero. Pero no de esa forma. Te quiero como a un hermano.

Tiago calló. Sabía que no era fácil ganar el corazón de Branca, pero había esperado otra cosa.

—¿Es por el alférez Jaque?

—¿Cómo te atreves a insinuarlo?

—Entonces es por Duarte

—¿Qué? ¡Oh, cielos! ¿Tú también? ¿Es que todos tenéis la necesidad de inventar un rival para que vuestra hombría se mantenga ilesa?

—Sé que lo apreciabas.

Branca respiró hondo antes de responder. Su voz era otra cuando volvió a hablar, más suave.

—Lo apreciaba, sí. Y lo admiraba. Pero siempre supe que no era para mí. Además, no regresó en ningún barco, y algo me dice que está muerto.

Los celos de Tiago se disiparon de golpe, y sólo quedó la vergüenza por haberlos mostrado. Él también había apreciado a Duarte, el soldado que lo había iniciado en el mundo militar, y a cuyo ejemplo debía su vocación.

—Volvamos a casa —dijo Branca. Las emociones la habían dejado exhausta.

Caminaron en silencio. El viento, que venía del oeste, les daba ahora por la espalda. Algunas gaviotas se arremolinaban sobre un montón de basura junto a los tinglados. En el cielo, las nubes se deslizaban con la parsimonia de barcas a la deriva.

—No voy a cambiar mis sentimientos, Branca —dijo Tiago—. Te quiero, y te querré, incluso sin esperanza. Y cuando me necesites, aquí me tendrás.

Branca lo miró de reojo, con dulzura.

—Tu nobleza te honra. Hasta me haces sentir pequeña y mezquina.

—Es lo último que quisiera.

—Pues compórtate como lo que eres, Tiago. Mi primo y mi mejor amigo.

4

Ballinakill, Irlanda

Shannon FitzGerald no era una mujer que llamase la atención a primera vista. Los mofletes redondeados, la frente algo prominente y la boca pequeña le conferían un aire rústico, acentuado por un discreto repertorio de arrugas que hablaban de la edad, los sinsabores y la maternidad. Pero poseía otros dones que imponían su propio encanto: una cabellera roja, densa e indómita, que coronaba su cabeza como una llama perpetua, unos ojos grandes, castaños y rasgados, y un temperamento resuelto y orgulloso que desafiaba todas las

convenciones.

Fiel a ese carácter, la señora FitzGerald no permaneció ociosa. Tener una causa que defender, sobre todo si perjudicaba a sus enemigos, parecía insuflarle nueva vida. Acompañada por uno de sus hombres, se dirigió a la ciudad en busca de un patrón que sacara a sus huéspedes de Irlanda.

La casa de Ballinakill era una construcción de piedra de una sola planta, con tejado de lajas oscuras que el musgo colonizaba sin recato. Junto a la vivienda principal se distribuían, con orden y cierta austeridad, las dependencias de la servidumbre, un cobertizo para aperos, una cuadra, un horno exterior resguardado bajo una techumbre de brezo, y un corral donde rascaban las gallinas. Más allá, separados por un seto vivo y en ligero descenso hacia el río, se extendía un huerto con coles, berzas, cebollas y lino.

Duarte y el fraile habían sido alojados en una habitación de la vivienda principal, con una puerta con herrajes de forja y una ventana pequeña, protegida del viento y la lluvia por un postigo. Inseguros aún sobre su situación, prefirieron mantenerse encerrados y no dejarse ver.

La señora FitzGerald regresó al caer la tarde, con el rostro encendido por el viento y la determinación intacta.

—No he localizado aún al patrón que necesito —les anunció mientras se quitaba la cofia y descubría su melena recogida en dos rodetes, algo poco decoroso para una viuda.

—Imagino que no es tarea sencilla —apuntó el fraile.

—No si una aspira a encontrar al hombre adecuado.

La estancia en la que se hallaban, orientada al oeste, recibía una luz amarilla que saturaba los colores.

—¿Y cómo ha de ser ese hombre? —preguntó Duarte.

—Que me merezca la confianza suficiente, y que tenga los arrestos necesarios.

—¿Un día perdido, entonces?

—No del todo, portugués —respondió ella con buen humor—. Hace mucho que no visitaba la villa, y las nuevas se me han acumulado. Se rumorea que se prepara el envío de otro grupo de prisioneros españoles a Inglaterra.

—¿Queréis decir, desde aquí?

—Llegaron hace unos días, escoltados por un escuadrón de caballería ligera al mando de un oficial. Son presos recogidos a lo largo de la costa sudoeste, donde naufragaron varios navíos. Los han tenido encerrados en fortalezas y

casas particulares, y los han traído aquí por tierra. Ahora están recluidos en una de las torres de la muralla.

—¿Estáis segura?

—Tan segura como que la noche se nos echa encima.

Duarte apretó los dientes y lamentó no poder hacer nada por aquellos cautivos. ¡Qué penalidades no habrían sufrido! La irlandesa, que parecía haberle leído la mente, posó su mano en el brazo de Duarte con gesto reconfortante. Su tacto era cálido y suave.

—No os flageléis por lo que no tiene remedio, señor portugués.

Tras las ventanas, la tarde caía.

La señora FitzGerald multiplicó su actividad para conseguir un barco adecuado. No sólo lo buscó en Waterford, sino que se desplazó dos leguas más abajo, a la desembocadura del Suir. Se la veía animosa, tal vez por la importancia de la tarea o por la cercanía del sacerdote, cuya presencia era un bálsamo para su alma. Cada mañana, antes del desayuno, fray Antonio celebraba para ella una misa privada, la confesaba y le administraba la comunión.

Un día, invitó a sus huéspedes a acompañarla en sus gestiones. Había un hombre al que quería presentarles.

—¿No será peligroso que nos vean y nos reconozcan como extranjeros? —preguntó Duarte.

—Este es un puerto, caballero. Con recortaros la barba y domar esa maraña que tenéis por cabellera será suficiente.

Duarte se apresuró a obedecerla. Estaba deseoso de salir, conocer la villa, ver el río y el paisaje, y disfrutar de un poco de libertad.

—Pardiez, portugués. Parecéis otro —le dijo la señora al verlo. Y le prestó ropas de su difunto esposo. Aunque algo holgadas, bastaban para camuflarlo.

El fraile se excusó, de modo que Duarte, la señora FitzGerald y su escudero, O'Keefe, cabalgaron campo a través en busca del mar. El día era frío, el cielo estaba parcialmente cubierto y no llovía. Cruzaron campos de labor, praderas y manchas arboladas. El camino, que serpenteaba entre suaves colinas, estaba lleno de charcos que salpicaban al paso de los caballos. El aire cortaba la piel y entumecía las manos.

La señora montaba a mujeriegas, muy erguida en su silla, con la falda larga, la capa sobre los hombros y el cabello recogido. Duarte, conversando con ella, se enteró de que tenía dos hermanas casadas en otros condados, y dos hijos, a los

que no veía desde hacía un año. Temerosa de no poder protegerlos, los había enviado a Donegal con un pariente de su esposo.

—Lo lamento —dijo Duarte.

La señora FitzGerald apretó los labios, sin decir nada. Durante un breve tramo avanzaron sin decir palabra.

A una legua del mar, el Suir se unía a otro río y ganaba caudal. En la desembocadura se alineaban numerosos barcos, en espera de remontar el río y descargar sus mercancías en Waterford. Tras bajar una colina empinada, alcanzaron una bulliciosa aldea en la ribera oeste, llena de gente de mar que apenas les prestó atención. Se detuvieron frente a una casa y desmontaron. O'Keefe entró a preguntar y al punto salió un hombre con los ojos entrecerrados y el rostro surcado por dos profundas arrugas.

Mientras hablaban, Duarte escuchaba en silencio. Por lo que entendió, el hombre conocía y respetaba a Shannon FitzGerald. Tras un rato, ella lo señaló. Duarte saludó con su mejor acento y le estrechó la mano. Luego, el marino los llevó en su esquife hasta una pequeña pinaza anclada junto a una barra arenosa que protegía el estuario. En la bodega dormitaban media docena de marineros, a los que el patrón puso a trabajar de inmediato. La pinaza era vieja, con la cubierta abierta y un castillo diminuto, pero estaba recién calafateada.

De vuelta en la orilla, Shannon le preguntó su opinión.

—¿Conocéis a ese patrón desde hace mucho? —dijo Duarte.

—Hizo algunos portes para mi esposo —respondió la mujer—. Durante la rebelión —bajó un tono la voz— aprendimos a confiar en quien navega sin preguntar. Algunos de esos hombres me deben favores. Y no les gusta Inglaterra más que a mí. ¿Qué decís? ¿Dais el visto bueno?

Duarte vaciló. Le extrañaba que aquella mujer, acostumbrada a hacer su santa voluntad, dejara la decisión final en sus manos. La miró. Su sonrisa tenía algo de desafío. Pero no podían esperar más: estaban en tierra hostil, al alcance de una guarnición inglesa, y cada día que pasaban en Ballinakill aumentaba el riesgo, para ellos y para su anfitriona. Por muy solícita que se mostrara, no podían abusar de su hospitalidad, ni olvidar que sería ella quien costearía el viaje.

—Si a vos os parece bien, nada tengo que objetar. Cerrad el trato.

Al regresar, la señora FitzGerald, siempre atenta a los detalles, quiso mostrarle a Duarte el lugar donde estaban encerrados los prisioneros españoles. Entraron en Waterford por un puente de piedra y metieron los

caballos en una cuadra cercana. Pasearon por las callejuelas estrechas, visitaron un antiguo convento, recorrieron tramos de la muralla, construida en distintas épocas y, finalmente, lo condujo hasta un torreón redondo, situado cerca del puerto fluvial.

—Ese es —dijo ella.

Duarte lo observó detenidamente. Visto desde abajo, el torreón resultaba imponente: robusto, de recia mampostería, con varias alturas, escasas ventanas, algunas aspilleras, y una puerta estrecha custodiada por soldados, con un constante trasiego. A su alrededor, la plazoleta hervía de actividad: vendedores, aguadoras, soldados, marineros y comerciantes iban y venían sin cesar.

—En la parte exterior tiene adosada una pequeña fortaleza —explicó O'Keefe—. Antaño se acuñaba moneda en ella.

—Ni con cien hombres lograría tomar esa torre —dijo Duarte con resignación.

—Ah, si yo fuera hombre, no me lo pensaría —se burló ella.

En aquel momento, dos hombres con sombreros de ala ancha y capas largas cruzaron la calle conversando tranquilamente y se acercaron a la torre.

—El más alto es el oficial a cargo de los prisioneros —señaló O'Keefe.

El hombre, rubio, con barba bien recortada y ropas vistosas, de tafetán, o tal vez de raso, se detuvo junto a la puerta e intercambió algunas palabras con uno de los alabarderos que la custodiaban. Estaba ladeado y quedaba demasiado lejos para reconocer sus rasgos, pero había algo en su figura que a Duarte le resultaba familiar.

—¿Lo conocéis? —preguntó la señora FitzGerald, que se había dado cuenta de su interés.

—No lo creo.

Las nubes, orladas de oro, recogían los rayos de un sol ya bajo. A lo lejos, sobre el río, una bandada de estorninos dibujaba formas cambiantes en el aire. Duarte los siguió con la mirada.

—¿A dónde irán? —preguntó.

—Ni siquiera ellos lo saben —respondió Shannon FitzGerald—, pero eso no los detiene.

5

PLYMOUTH

La Contra Armada estaba casi lista.

La expedición de castigo contra el rey de España, que en un principio se las había visto y deseado para encontrar hombres e inversores, en las últimas semanas había provocado tal alud de adhesiones que amenazaban con hacerla sucumbir bajo su propio peso.

Levas forzosas procedentes de todos los condados del reino, compañías de voluntarios, milicias locales y mesnadas privadas de nobles y caballeros acudían a Plymouth en tal cantidad, que desbordaban con creces la capacidad logística de la villa, e incluso la de todo Cornualles. Norris y sus hombres no daban abasto para alojar a tantos soldados, armarlos y alimentarlos, encuadrarlos en compañías y regimientos, y proporcionar a los más bisoños un entrenamiento básico que les permitiera combatir con ciertas garantías.

También la flota había crecido de forma notable. A medida que la empresa ganaba en solidez y se aproximaba la fecha de partida, más y más armadores se iban sumando. La ecuación era muy simple: cuanto mayor fuera la armada, mayores serían sus posibilidades de éxito. Y nadie quería quedarse sin su parte del enorme botín que se esperaba conseguir. Si el más afamado corsario de Inglaterra había logrado, con un puñado de barcos, riquezas sin igual en sus correrías caribeñas, ¿qué no se obtendría con tamaña flota? Raro era el día en que no llegaba un nuevo barco a la bahía de Plymouth. Navíos de todos los tipos y tamaños, desde naos de trescientos toneles hasta falúas de veinticinco, con la tripulación completa o aún a medio formar, con capitán o sin él, avituallados o con las bodegas vacías, mejor o peor armados, y con artillería de calibres tan dispares que resultaba imposible hallar munición adecuada para todos ellos.

Y la cabeza indiscutible de aquella babel, el corazón que la movía, era sir Francis Drake, que gobernaba con la firmeza del timonel que conoce bien el rumbo, aunque a veces le costara mantenerlo. Organizaba y reorganizaba los escuadrones navales —que habían aumentado de cuatro a cinco—, disponía patrullas marítimas en las aguas del canal y del mar de Irlanda, y escoltas para los convoyes con destino a Londres, Dover o Bristol; supervisaba el acopio y distribución de suministros —harina, bizcocho, pescado, cecina—, visitaba el matadero municipal donde se sacrificaban ovejas, cerdos y bueyes cuya carne se salaba y se almacenaba en barricas; fiscalizaba la compra y reparto de artillería, pólvora y munición, anclas, jarcia, velamen, así como la brea, la estopa y la madera necesarias para calafatear y reparar cascos y cubiertas;

trataba con regidores, contratistas e intermediarios, con banqueros y prestamistas, deliberaba con Norris y su estado mayor, se reunía con sus capitanes y armadores, conversaba con sus confidentes e informadores y visitaba los barcos, los acuartelamientos, los almacenes, tabernas y mentideros, con el objeto de tomarle el pulso a su monstruosa criatura.

A pesar de todo, la flota no bastaba para albergar el crecimiento desmesurado del ejército. ¡Y Norris aún pedía más!

El general reclamaba el embarque de artillería de sitio para doblegar las fortalezas que pudieran ofrecer resistencia, y también insistía en la necesidad de contar con una caballería más nutrida, que hiciera la descubierta, protegiese los flancos del ejército y cubriese su retirada, llegado el caso. Pero el almirante tenía fe en la potencia de su flota y en la presencia del Prior, a quien Portugal le abriría las puertas. Así lo había jurado, y así lo atestiguaban las numerosas cartas de sus seguidores. ¿Para qué, pues, artillería pesada, costosa y difícil de transportar? Los posibles objetivos, todos ellos ciudades costeras o insulares, podían ser bombardeados y asaltados desde el mar. En cuanto a la caballería, ¿qué necesidad había de ella con la flota siempre a mano? Más caballos implicaban más alimentos, más espacio, más dinero y, sobre todo, más tiempo.

Tras una acalorada sesión con Norris, sir Francis, harto de tantas dudas y exigencias, y muy consciente de las limitaciones de la armada, convocó a algunos de sus capitanes. Había una forma sencilla, y muy de su gusto, de zanjar aquellos problemas.

Los avisos del almirante no podían ignorarse, y John Trenton dejó de lado cuanto estaba haciendo para acudir ante él. Su batel surcó con cuidado las aguas del Hamowse, atestadas de buques, y se deslizó por el Cattwater, en el extremo oriental del Sound de Plymouth, donde anclaba la nave almiranta. El Revenge tenía menor calado que otros galeones, castillos más bajos y un cuarto mástil —la contramesana— que le conferían mayor velocidad y maniobrabilidad sin perder potencia de fuego.

Una vez a bordo, el señor Oseley lo condujo ante su superior, que conversaba amigablemente con Thomas Cely en el coronamiento de popa, elevado sobre la toldilla. Trenton no había vuelto a ver a su amigo desde la visita al prostíbulo, y se alegró de coincidir con él. De entre todos los capitanes de la armada, era con diferencia quien mejor le caía.

—Tendréis que acoger a Cely en vuestra familia, John —le gritó sir Francis a modo de saludo.

—Será un placer, señor —respondió Trenton—, aunque no entiendo a qué os referís.

El almirante se rio de la confusión de su capitán, algo por lo demás esperado, y demoró unos instantes en satisfacer su curiosidad. Tras sus anchas espaldas, recortada contra el cielo nublado, se alzaba la colina de Freedom Fields, sobre la que una bandada de buitres giraba en círculos silenciosos y elegantes.

—Lo he nombrado capitán del Relief. ¿Qué os parece?

—Excelente idea —respondió Trenton, algo al tuntún, pues al principio no relacionó ese barco con su hermano Michael.

—No es muy grande —apuntó Cely con una sonrisa—, ni tiene aún la tripulación que yo desearía.

—Estoy seguro de que no tardarás en hacer de ella la mejor de toda la flota —le dijo Trenton.

—Bueno, mis señores, vamos al grano —intervino Drake, a quien no agradaba que la conversación se alejase de su centro. A continuación, les explicó, sin entrar en demasiados detalles, que necesitaban más barcos para acoger y trasladar a toda la tropa.

—¿Más todavía? —lo interrumpió Thomas Cely. Sus ojos contemplaban el bosque de mástiles que colmaba la bahía.

—Del orden de treinta o cuarenta naves —aseguró el almirante, y prosiguió con su exposición.

Deseaba zarpar a comienzos de abril, y encontrar tal número de navíos en tan poco tiempo sólo sería posible recurriendo al corso. Lo que Drake deseaba, y lo que les encargaría a ellos y a otros capitanes, era peinar el mar en busca de cualquier buque con capacidad de carga y apto para navegar hasta España. Le daba igual que fueran aliados o enemigos, del Báltico o del Mediterráneo, simples mercantes o barcos de guerra.

—¿Alguna duda?

—¿Con qué autoridad los detendremos? —preguntó Trenton.

—Con la que yo os otorgo, en nombre de Su Majestad —respondió con contundencia aquel dragón del mar.

—¿Les ofrecemos alguna compensación?

—No hay mejor compensación que sumarse a la empresa y participar de su botín. ¿No os parece, John?

—Vuestra generosidad los abrumará, almirante.

No se le pasó por alto a Sir Francis la ironía de su subordinado, pero no

tenía tiempo para entretenerse con pamplinas.

—Os he llamado juntos porque juntos navegaréis —añadió—. Entre los dos os resultará sencillo reducir a buques solitarios o pequeñas agrupaciones. Quiero que os apostéis en las Islas del Canal y que abordéis cualquier presa que esté a vuestro alcance.

—¿Y las grandes agrupaciones? —apuntó Cely.

—Esas serán las mejores —lo cortó Drake—. Si se diera el caso, acudid prestos a informarme.

—¿Cuándo zarpamos?

—Si mañana diviso vuestras calamitosas barcazas aún en la bahía, les prendo fuego. ¿Está claro?

—Como agua de manantial, señor —respondió Cely.

Con las órdenes en la mano, ambos capitanes gastaron el día en poner en orden sus navíos, reunir a sus dispersas dotaciones y reunirse, con las primeras luces del alba, en la embocadura de la bahía.

Antes de zarpar, Michael se presentó en el Fortune acompañado de su estirado amigo portugués. Estaba entusiasmado con la misión y quería pedirle a su hermano que les permitiera embarcarse con él. Pero John se negó: siendo el armador del Relief, su puesto estaba allí.

—La gente del mar es supersticiosa, Michael. Que su armador se embarque en otro navío es señal de mal agüero.

—Este barco parece mucho más sólido y competente que el Relief —insistió Michael.

—Haber buscado otro mejor, hermano, que tiempo tuviste para hacerlo. Además, Cely es mejor capitán que yo, y más prudente. Con él estarás más seguro, no lo dudes.

Michael no se dejó convencer por aquellos argumentos, tras los cuales creyó entrever el viejo resentimiento que John le guardaba por sus desavenencias con Elizabeth. Sospechaba incluso que lo hacía culpable de su marcha. Así que no le quedó más remedio que apretar los dientes y embarcarse en el Relief. Ya tendría tiempo de ajustar cuentas con su engreído y estúpido hermano.

Los dos barcos embocaron juntos la salida del Sound y, antes de que terminara el día, fondearon junto a la isla de Guernsey, que, por hallarse cerca del litoral normando, era paso obligado para los buques que viajaban entre puertos franceses situados al norte y el sur de la Bretaña. Trenton y Cely se pusieron de acuerdo en el modo de operar, las señales y el tipo de presas que,

dadas las características de sus respectivos navíos, resultaba más conveniente abordar.

No estorbaron el avance de algunas urcas bálticas y alemanas, por ser navíos lentos y de difícil maniobra, ni de un grupo de cinco filibotes bien armados que se detuvieron a media milla de su posición. Durante más de una hora se mantuvieron en facha, en actitud amenazante, hasta que finalmente continuaron su ruta hacia el sur.

La mañana del tercer día avistaron dos barcos medianos que surcaban el canal entre Guernsey y Jersey. Trenton hizo la señal convenida a su amigo, y de inmediato desplegaron velas para interceptarlas. Al llegar a su altura dispararon algunos cañonazos de advertencia para forzar su detención.

Se trataba de dos naos francesas que transportaban trigo hacia Londres por cuenta de un contratista inglés, según mostraban los documentos de flete. Trenton y Cely conferenciaron brevemente. El primero era partidario de permitirles proseguir, dado su cargamento y destino, pero Cely, que desconfiaba de los documentos, insistió en llevarlas a Plymouth para que sir Francis decidiera.

—Como prefieras, Thomas —transigió Trenton, y pusieron a bordo sendas tripulaciones de presa y las despacharon hacia Inglaterra.

Durante más de diez días, trabajando en buena armonía, los dos capitanes lograron hacerse con tres presas más. Al arribar a Plymouth con la última de ellas, se encontraron con una novedad importante: sir Francis había capturado, frente a las costas de Devon, una flota completa de filibotes de las Provincias Unidas que navegaban en lastre y se dirigían a cargar sal.

—¿Una flota de qué tamaño? —preguntó Trenton al oficial que le trajo la noticia.

—Sesenta filibotes, capitán.

Trenton silbó por lo bajo. El almirante había tenido un verdadero golpe de suerte: nada menos que sesenta buques.

—El capitán Furthow avistó un buen grupo fondeado al socaire, en la bahía de Lyme —prosiguió el oficial con creciente entusiasmo—, y se apresuró en regresar aquí para comunicar el hallazgo. Sir Francis, enfrascado en una partida de cubilete, al oír la noticia se levantó con tal presteza que hizo tambalear la mesa y derramó las bebidas. Ordenó al instante aprestar sus naves y lanzó los dados por encima de la espalda. Tres ases. Una tirada providencial. Hasta el viento, que soplaba de poniente, conspiraba a su favor. *«Estos putos holandeses*

van a alegrarme la jornada», dijo. Y, en efecto, antes del ocaso ya se había apoderado de ellos. Una jugada magistral.

—¿Y no ha protestado su estatúder?

—La urgencia por partir es tal que a nadie le importan esas pequeñeces. Además, los rebeldes han incumplido la ayuda prometida, y la reina considera la captura como una legítima reposición.

Pirata hasta el final, pensó Trenton; un pensamiento, por supuesto, que se guardó para sí.

Con aquellos sesenta filibotes, el Dragón del Mar daba por concluida su armada. En pocos días se embarcaron las tropas, se completaron los avituallamientos y la aguada, subieron a bordo los nobles y principales, y el Prior do Crato fue recibido por el general Norris, con todos los honores, a bordo del galeón real Nonpareil.

La flota aguardaba, impaciente y soberbia, convencida de su poder; pero serían los vientos, y no los hombres, quienes darían la señal de partida.

XVII

1

Cherburgo, Normandía

El vigía de la cofa avistó la isla de Ouessant, en el extremo de la península de Bretaña, un trazo oscuro en el horizonte gris. No fueron los cinco días que alegremente había predicho el señor Laiseca, sino el doble; pero Gabriel no tenía motivos de queja: la travesía había transcurrido sin sobresaltos.

Tras doblar Ouessant, la fragata penetró en el canal de la Mancha y puso rumbo a Cherburgo.

—¿No íbamos a Londres? —preguntó desconcertado Laiseca.

—No pienso meterme en la boca del lobo con ese salvoconducto que nos dio Bazán —replicó Gabriel, sin apartar la vista del mar.

—¿Y por qué Cherburgo?

—Tenemos buenos amigos allí, Pascual. ¿Te falla la memoria?

—Jubert, claro.

Entraron en Cherburgo dos días después, bajo un cielo bajo y amenazador. El contrabandista los acogió con efusión en su casa situada en las afueras. Los convidó a su mesa, los obsequió con un guiso de anguilas, el vino de su bodega y su charla vibrante. Al cabo de un rato de charla, Gabriel expuso su propósito:

—He de llegar a Londres por un asunto relacionado con el rescate de prisioneros de la Gran Armada —prefirió ser sincero desde el principio—, y aunque porto un salvoconducto, no quiero tener líos con los ingleses.

—Por vida, l'Avide, ¿ya no sois el azote de estos mares?

—Ahora me ocupo de menesteres menos arriesgados.

—¿Menos arriesgados? Saltáis de la sartén al fuego.

—Por eso acudo a veros. Me sentiría más seguro entrando en Londres como un mercante francés.

Jubert, que tenía una voz poderosa, soltó una carcajada que resonó en las paredes de la estancia como un trueno.

—¡Ah! Sabéis a qué puerta llamar: Romain Jubert no os fallará. —Se golpeó el pecho con su única mano y luego se acarició la barba con gesto pensativo—. Puedo conseguiros lo que buscáis, si no os importa navegar por mi cuenta.

—¿Por vuestra cuenta? —Gabriel alzó las cejas. Que supiera, su amigo era contrabandista—. No os sigo.

—El contrabando da buenos réditos. —El francés hizo un ademán que abarcaba casa, tierras, barcos—. Pero conviene cierto viso de legalidad por si hay que rendir cuentas a las autoridades.

Jubert gestionó el registro de la fragata como suya y encargó la documentación. El proceso, que solía ser lento, se aceleró gracias a una generosa gratificación. Entre tanto, persuadió a Gabriel para que le vendiese el cargamento a cambio de otro más apto para el mercado inglés: en lugar de sacas de lana, que podrían resultar sospechosas, frisas de lana y paños de Ruán.

—¿Os parece sospechosa la lana?

—Esa calidad es difícil obtenerla fuera de Castilla.

Pese a su buena disposición, Jubert negociaba a cara de perro.

—¿Queréis abusar de mí? —se espantó Gabriel al oír el precio que ofrecía por la lana.

—¿Cuánto pedís vos?

Tras acordar una cifra razonable, el contrabandista, que volvió a ser el anfitrión cordial, le propuso intercambiar algunos marineros.

—Necesitáis una tripulación que no levante sospechas.

—Necesito una que sea de fiar.

—Es arriesgado entrar en Londres con un barco lleno de españoles. Os dejaré unos cuantos hombres leales.

Gabriel lo valoró unos momentos. Los ducados que le confiaron en Lisboa pesaban como plomo en su conciencia, pero reconoció lo sensato de la oferta y aceptó. Se movieron, pues, las mercancías y los hombres. Cuando todo estuvo dispuesto, Jubert subió a bordo para entregarle una documentación en la que la fragata aparecía como Dauphin.

—¿Os gusta el nombre?

—Delfín. Desde luego no os habéis roto la cabeza.

—Lo importante es pasar desapercibidos. Los ingleses andan enloquecidos con la flota que están armando, y sus buques recorren el canal sin descanso, como un enjambre en constante agitación.

—¿Tan grande es?

—Podrían invadir Francia con ella.

—¿En qué puerto se están reuniendo?

—En Plymouth, sobre todo. Pero hay barcos en toda su maldita costa, desde el cabo Lizard hasta el Margate. Así que andaos con ojo l'Avide. —Escupió Jubert y después, señalando a cubierta, preguntó—: ¿Ese paje es hijo vuestro?

Gabriel siguió su muñón: García cruzaba el combés con pasos breves, lastrado por el peso de dos baldes llenos de agua.

—¿Tanto nos parecemos?

—Como una manzana a otra. ¿No le habéis dejado pisar tierra?

—Debe aprender el oficio.

—También podía aprender escuchándonos. Y cosas más provechosas, por vida.

Gabriel no respondió, pero más tarde reflexionó sobre aquellas palabras. El contrabandista sabía de lo que hablaba: su propio hijo lo acompañaba en todos sus viajes y, aunque no fuese un modelo de virtudes, conocía los secretos del mar y del comercio.

La Portuguesa, es decir, la Dauphin, abandonó la ensenada de Cherburgo una semana después de haber entrado en ella. El redondo islote de Pelée, centinela en la bocana, pronto quedó atrás. La verdadera navegación empezaba allí. Ningún salvoconducto podría librarlos del celo de un oficial puntilloso o del abordaje de corsarios. Su mayor garantía era la agilidad de la fragata, y Gabriel ordenó extremar las precauciones y mantenerse en el centro del canal.

Aunque don Alonso de Bazán esperaba de él informes sobre los preparativos ingleses, Gabriel no pensaba acercarse a sus puertos a menos que fuera imprescindible. Las noticias que le había dado Jubert le bastaban.

La fragata se cruzó con convoyes bálticos, carracas levantinas, filibotes holandeses y grupos de pesqueros. En el paso de Caláis el tráfico era aún más denso.

—Esto es peor que un avispero —gruñó Laiseca.

Tras seguir la costa de Kent hasta North Foreland, viraron hacia el oeste y ganaron el estuario del Támesis, que hervía de actividad y movimiento. El viento contrario obligó a sacar los remos auxiliares, y el ocaso los sorprendió frente a la isla de Canvey, donde echaron el ancla para dar respiro a los hombres. En la madrugada reanudaron la marcha, y, tras todo un día de esforzarse con los remos, apenas habían remontado cinco millas la corriente. Por fortuna, el viento roló a su favor y la última etapa los llevó hasta las

cercanías de Greenwich. Vermeulen les propuso fondear allí, pues el cauce más arriba hacía un complicado meandro en torno a la Isla de los Perros. Además, aquel fondeadero ofrecía una mejor salida si tenían que marcharse precipitadamente. Pero apenas habían largado el ancla cuando una barcaza se les abarloó. Un hombre de rostro adusto subió a bordo tras aceptar la escala que le tendieron. Su inglés cerrado hizo que Gabriel apenas lo entendiera.

—Somos franceses, de Cherburgo —se apresuró a aclarar.

El oficial cambió al francés y, aunque su expresión no se suavizó, su tono fue más educado. Preguntó por la carga, la procedencia y los documentos. Gabriel y Vermeulen respondieron a sus preguntas, lo acompañaron a la bodega y abrieron varios fardos para que hiciera las comprobaciones. El oficial tocó los paños, los miró de cerca, eligió un lío de frisas, se lo encajó bajo el brazo con naturalidad y, de vuelta en cubierta, firmó el documento del flete como prueba de la inspección. Antes de regresar a su barcaza, se entretuvo hablando del tiempo y de las malas cosechas, les aconsejó alejarse de los marjales de la Isla de los Perros, porque eran foco de enfermedades, y cambiar el fondeadero a la orilla norte.

—Greenwich es coto real —aclaró—. Y los guardias recelan de todos.

Gabriel le prometió seguir sus consejos y lo despidió con cortesía.

—Sólo faltó que le diéramos un aplauso por robarnos el paño —refunfuñó Laiseca.

—Barata nos ha salido la inspección, señor maestre —replicó Vermeulen, mientras la barcaza se alejaba entre la neblina que se elevaba del río.

2

La Coruña

Isabel pasaba buena parte de sus días en el beaterío de Santa Bárbara. La paz y el recogimiento que allí se respiraban, junto a la costura, los oficios y el cultivo de la huerta, eran el mejor bálsamo para sosegar su espíritu y encauzar sus pensamientos. A Santiago, que ya contaba casi nueve meses, solía llevarlo consigo al convento, donde recibía el auxilio diligente de la mayoría de las beatas. No era, además, el único niño presente: dado el carácter seglar de la Tercera Orden Franciscana, y la fama de hospitalidad que gozaba entre los vecinos, allí encontraban refugio mujeres de toda condición, desde viudas de

ilustre linaje hasta muchachas que, habiendo errado el rumbo, buscaban la redención y un poco de bondad.

Sin embargo, los tozudos acontecimientos de aquel año se empeñaban en apartar a Isabel de la paz que tanto anhelaba. A la brusca aparición de Trenton siguió, casi sin respiro, la llegada de Yabama con su hijo. Por fortuna, la mestiza se había ido recuperando e incluso participaba en las faenas cotidianas del convento. Su extraordinaria energía la impulsaba a trabajar en la huerta, o donde hiciera falta, sin descanso ni queja.

Su extraña indumentaria, su remoto origen, sus fabulosos viajes y la convivencia con piratas y corsarios despertaban la curiosidad de las demás beatas, que no se recataban en interrogarla con una desvergüenza poco cristiana no sólo acerca de su vida, sino también de sus creencias. A sus ojos, Yabama encarnaba un mundo exótico y contradictorio: su apego a unos dioses ignotos, su misticismo foráneo, su veneración por fuerzas naturales que nombraba con voces impronunciables, todo ello causaba primero hilaridad entre las más doctas, luego cierto recelo y finalmente un deseo de atraerla a la verdadera religión. Ella, por su parte, defendía con férrea convicción su concepción del mundo y de la divinidad, donde campaban a sus anchas Atabey, Coaibai y otros espíritus tutelares, a los que añadía, de forma poco ortodoxa, santos cristianos transfigurados y adaptados a su panteón mestizo, como san Simón, a quien identificaba con un Maximón, o Masimón.

Y cuando las cosas parecían asentarse de nuevo en el mundo de Isabel, arrestaron a Marcia.

Las vecinas de la Pescadería le dieron noticia del suceso, y su tío Sancho le explicó el contenido del soplo anónimo que la había llevado a prisión, y la acusación de espionaje que pesaba sobre ella. Isabel juntó las manos en muda plegaria: le costaba imaginar que hubiera gente con tal grado de malicia.

Sus sospechas recayeron de inmediato en el cabo Luján, ese inquilino bullicioso y fanfarrón que no perdía ocasión para piropearla e importunarla con proposiciones cada vez más atrevidas. Mientras Marcia estuvo en la casa, pudieron ambas soportar su presencia sin mayores escándalos, pero ahora, con ella encarcelada, Isabel sabía que necesitaría del apoyo de Yabama.

Animada por estas y otras consideraciones, Isabel se encaminó a la prisión. Llevaba una cesta con algunos alimentos y ropa limpia, para que Marcia pudiera mudar de vestido. A aquella hora de la mañana, las calles y plazas de la villa se agitaban todavía con las noticias inquietantes de los últimos días: que

una gran flota inglesa se preparaba para atacar los dominios del rey Felipe, y no se descartaba que tuviese por objetivo alguno de los puertos gallegos.

En mercados y tabernas, en corrillos y mentideros, no se hablaba de otra cosa. Los rumores corrían como el fuego en día de viento: se exageraban los peligros, se multiplicaban los males, se desfiguraba la violencia de los herejes, ávidos de saquear templos, ultrajar imágenes sacras, robar cuanto hallaran a mano y romper lo que no podía ser compuesto. Unos evocaban pasados ataques de corsarios; otros, con más letras que memoria, remontaban sus temores a los tiempos de los vikingos o incluso a las aceifas de los sarracenos. Isabel, sin embargo, tenía la mente puesta en otras amenazas más cercanas: las que anidaban entre sus propios convecinos, responsables de que Marcia durmiese en una celda.

El edificio de la cárcel, adosado a la muralla, era sobrio y hosco, con paredes gruesas y ventanales enrejados que no dejaban pasar la luz sino a jirones. En la entrada, un guardia le pidió ver el contenido de la cesta antes de permitirle el paso. La registró con desgana, le hizo un gesto para que avanzara por el pasillo empedrado y le franqueó la entrada a la celda en la que se hallaba recluida su cuñada.

Aunque pálida y ojerosa por la falta de sueño, Marcia le pareció bastante entera, dadas las circunstancias. Compartía su encierro con una mujer madura, sentada al fondo sobre una banqueta baja, que amamantaba a una criatura que bien podía doblar en edad a Santiaguillo. Al ver entrar a Isabel, la mujer alzó la cabeza, observó sin disimulo el contenido de la cesta y recolocó con gesto automático la teta en la boca del niño.

—Oh, Isabel, qué alegría verte —dijo Marcia, con un hilo de voz, al tiempo que se incorporaba con dificultad—. Ya desesperaba de que vinieras.

Marcia depositó la cesta sobre el jergón y después se sentaron las dos en un banco tan tosco como bajo, de asiento pulido por las muchas nalgas que en él se habrían posado, e Isabel la puso al tanto de las nuevas de la villa, del convento y de la familia. La charla distrajo y animó a Marcia .

—¿Cómo te encuentras?

—Indignada con la justicia y furiosa por la torpeza humana —respondió con calor —. E intranquila, que es lo peor. Este no saber quién me habrá denunciado me roe más que el encierro. Me devano los sesos y no alcanzo a adivinar quién ha podido ser.

Isabel le trasladó sus sospechas sobre el cabo Luján, pero Marcia ya lo había

pensado y tenía sus dudas.

—¿Qué puede saber ese hombre de mí? Jamás le hablé de mi estancia en Londres, ni era aún inquilino cuando Trenton pasó por La Coruña.

—Ha pretendido tus favores, y el despecho es un móvil poderoso. Es un hombre ruin, y si le picó el orgullo, no sería raro que indagara sobre ti entre vecinos o conocidos.

Marcia ladeó la cabeza. No se le había ocurrido enfocarlo desde ese punto de vista.

—Es posible —dijo, aún dudosa—. Aunque tendría que haber hilado muy fino para saber lo que sabía. Y hace ya un tiempo que no soy el centro de sus desvelos. Por cierto, ¿logras mantenerlo a raya?

—No es fácil eludir su asedio. Me da miedo quedarme sola con él.

Marcia guardó silencio. No se esperaba tal respuesta, e Isabel se dio cuenta.

—Oh, perdona. No quería agobiarte con mis cuitas. Bastante tienes tú con las tuyas.

—No. Me alegra que me lo digas. Puedes dormir en el beaterío.

—¿Y que Luján se enseñoree de la casa?

Marcia se rascó la nariz y dejó la mano sobre la boca y la barbilla, en ademán pensativo.

—Llévate a Yabama —dijo al fin—. Con esa salvaje al lado, estarás más segura.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Tarde o temprano habré de admitir su existencia. Y prefiero que esté en mi casa a que ese fantoche se adueñe de ella. ¿Cómo le va en el convento?

—La vida recogida parece sentarle bien —respondió Isabel, y se animó a contarle algunos detalles sobre la estancia de Yabama en el beaterío. No demasiados, pues no deseaba saturarla en aquella primera visita. Marcia escuchó con atención y, cuando Isabel hubo concluido, la instó a que hablara con Martín Robledo.

—No os vendrá mal el apoyo de una presencia masculina.

Conversaron un rato más de otros asuntos. La una no tenía prisa y la otra necesitaba compañía que la distrajera. La mujer del fondo, que había terminado de amamantar a su hijo, se acuclilló cerca de ellas y se mantuvo en silencio, pero atenta a la conversación. También ella precisaba alivio para sus pensamientos. Antes de marcharse, Marcia se volvió y se cambió de ropa.

—Lavaré el vestido y volveré dentro de dos días —dijo Isabel al despedirse.

Como no era tarde, decidió seguir el consejo de su cuñada y se encaminó a casa del herrero, que en ese momento estaba dando forma a una pieza de hierro al rojo sobre el yunque, terminó de golpearla antes de que perdiese calor, la sumergió en un cubo de agua que borboteó al recibirla e hizo un alto en la faena para atender a su visitante.

Martín estaba al tanto del arresto de Marcia y prorrumpió en improperios contra el felón que la había denunciado. Sus palabras, sin el ruido de la fragua, restallaron como latigazos, y su esposa, al escuchar las voces, bajó presurosa las escaleras.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó, algo alterada.

—Nada —repuso Martín.

—Vuestro marido mostraba su indignación por el encarcelamiento de Marcia —explicó Isabel con mesura.

—Este hombre no tiene paciencia con la justicia —apuntó Antonia con acento cantarín. Y añadió—: Digo yo que habrá que dejarla actuar, ¿o no?

Isabel daba por supuesto que doña Antonia estaría del lado de su esposo, pero se notaba que su criterio era distinto. Y aquello la entristeció. Si la mujer de un amigo pensaba así, ¿qué no diría la gente que no la conocía?

—¿Qué os trae por aquí? —quiso saber el herrero, cuando su mujer se hubo retirado.

No sin algunas dudas, explicó Isabel los problemas que estaba teniendo con el cabo Luján desde su llegada a la casa de la Pescadería y su aprensión a compartir espacio con él.

—Marcia me ha dicho que me lleve a Yabama —concluyó—, pero seguiremos siendo dos mujeres solas.

La mención de Yabama encendió en el rostro del herrero una chispa maliciosa.

—¡Ah, en qué berenjenales se mete vuestro hermano! —dijo entre risas, dándose un golpe en la rodilla.

No entendió Isabel que el asunto lo divirtiese tanto.

—Conozco bien a la mestiza —prosiguió Martín—, y sé que es de armas tomar. Muy arrecho habrá de ser ese cabo si pretende hacerle frente. En cualquier caso, me daré una vuelta por allí. ¿A qué hora podré encontrarlo con más facilidad?

—No iréis a buscar pendencia con él —se alarmó Isabel—. Aborrezco los

duelos…

—Descuidad, amiga mía. Mi intención no es otra que tomarle el pulso.

—Esta misma tarde me acercaré a buscar a Yabama. Si no tenéis inconveniente, antes de ir a la casa nos pasaremos por la fragua.

No le pareció mal a don Martín, y por la tarde, cuando daba fin a la jornada, las dos mujeres, acompañadas del niño, pasaron a recogerlo. El herrero ya había visto a Yabama días atrás y había rememorado con ella ciertos episodios del pasado. La halló más centrada, más sosegada, con una madurez que contrastaba con su aspecto exterior. La piel, tersa y luminosa, el extraño trenzado y la sencilla túnica que vestía desde que vivía en el convento le conferían un aire casi juvenil. Mas su carácter, audaz y resuelto, apenas había cambiado.

Cruzaron la muralla por una de sus puertas, dejaron atrás el mercado y el hospital, y llegaron a la calle de la Estrella. En la entrada de la casa, sentado al revés en una silla, con los codos apoyados en el respaldo, el cabo Luján departía con Genara, la vecina. Al verlos aparecer, los observó con parsimonia, en especial a Yabama, y cuando terminó su escrutinio se levantó, se tocó el ala del chapeo y saludó con afectación barroca:

—Ah, mis señoras. Dichosos los ojos que os ven: si la una paloma, la otra torcaz.

—Menos coba, señor soldado —respondió Isabel con un gracioso mohín, mientras cambiaba al niño de brazo.

—Doña Isabel, ¿no vais a presentarme a vuestra encantadora compañera?

—Mucho me temo, don José, que vuestra fogosidad la espante. Es una pobrecilla novicia, recién salida del convento.

Yabama, lejos de intimidarse, lo miró de arriba abajo con una mezcla de desdén y desafío.

—A decir verdad, no tiene aire de novicia —apuntó el cabo.

—Permitidme, en cambio, que os presente a mi buen amigo Martín Robledo: soldado viejo, aventurero y dueño de una herrería en el corazón de la villa.

Ambos hombres se midieron unos instantes, sin desviar la mirada, hasta que Luján, algo más corpulento, ofreció una mano que el otro se tomó su tiempo en estrechar.

—¿Embarcasteis en la Gran Armada? —preguntó Luján.

—Serví en Italia, y en Flandes, cuando era más mozo —respondió Martín con seriedad. Y sin variar el tono, añadió—: Espero que sepáis comportaros

como es debido.

Luján, que al principio pareció impresionado por la gravedad del herrero, se revolvió como un gallo picoteado.

—¿Cómo decís? —Engalló el cuello y atusose los bigotes.

—Me refiero al trato que brindáis a estas damas. Están solas, y vos, por lo que veo, sois hombre ardoroso… No quisiera verme en la necesidad de defender su honor con el filo de mi espada. —Y deslizó la siniestra hacia la empuñadura de su ropera.

El cabo, que había dejado la suya apoyada contra la pared, la miró de reojo, midiendo quizá la distancia.

—Por vuestro bien —dijo con voz fiera—, espero que no continuéis por ese camino.

—Lo que yo espero es que vos no hayáis seguido otro aún más peligroso.

—¿A qué demonios os referís?

—No me gustaría enterarme de que estáis detrás del arresto de Marcia Henriques.

—¿Del arresto de…? —El soldado abrió mucho los ojos—. ¡Por vida mía que me ofendéis, señor herrero! Mi paciencia tiene un límite.

Pese a los aspavientos con que secundaba sus palabras, no llegaba a resultar amenazador.

—También la mía —replicó Martín.

Cruzaron de nuevo las miradas. Las bocas apretadas y los ceños fruncidos crispaban el aire. Una racha de viento, proveniente de la playa de Orzán, agitó la plumilla roja del sombrero del cabo y los mechones de cabello que se escapaban de la gorra de Martín.

—Ea, señores. ¿Qué maneras son esas? —terció Genara, alarmada por el cariz que tomaba la escena.

—Cierto —añadió Isabel, colocándose, con el niño en brazos, entre ambos —. Os he presentado para que compartáis hazañas de soldados, no para que os trencéis en pendencias de mozalbetes.

La tensión tardó unos momentos en disiparse. Al cabo, las aguas volvieron a su cauce. Isabel sonrió a Luján, luego guiñó un ojo a Martín, y anunció que iba a preparar la cena.

—¿Nos acompañáis?

—No queda nada en la alacena —advirtió Luján, sin confesar que la había saqueado a placer. Pero Yabama, sonriendo apenas, acarició las abultadas

alforjas que traían desde el beaterío.

Martín Robledo no pudo negarse a la invitación. Su esposa, por más que la quisiera, era una pésima cocinera.

—¿Qué pensáis del señor Luján? —le preguntó Isabel en voz baja, ya dentro de la casa.

—Me ha parecido un valentón de poco fuste.

—¿Y tú, Yabama?

La mestiza, que acababa de dejar las alforjas sobre la mesa, se volvió hacia el herrero, y con tono seco declaró:

—Ese hombre no me asusta. —Y tras una breve pausa, añadió—: Le faltan riñones.

3

Londres

Un batel tripulado por cinco hombres y un niño pasó bajo los arcos del puente de Londres y atracó en uno de los muelles del Támesis. Dos de ellos quedaron a cargo de la embarcación, mientras los otros se internaban en la ciudad.

La primera parada fue en el edificio de la aduana, donde registraron el arribo, declararon la carga y pagaron las diez libras de peaje exigidas a los barcos extranjeros. El oficial que los atendió les explicó que aquel peaje no los eximía de la satisfacción del arancel correspondiente por las mercancías que vendiesen. También los informó de que estaba prohibido desembarcar más de nueve tripulantes a la vez así como portar arcabuces, lanzas o montantes dentro de la ciudad.

Luego de despedirse, deambularon durante largo rato por aquella metrópoli, un poco perdidos. Mientras Vermeulen trataba de localizar la sastrería del señor Aranda, los demás se entretenían observando el incesante trajín que animaba las calles: hombres ataviados con ropas cuya calidad variaba según el rango del portador; mujeres de vestidos largos y capas abrigosas, tocadas con cofias o simples pañuelos; desocupados y mendigos; alguaciles con sus varas; jinetes en sus monturas; coches cerrados; carretas cargadas de sacos, enseres, piedras o estiércol.

—En aquella esquina —dijo Vermeulen, al fin.

En la sastrería los recibió un caballero bajo, calvo y algo rechoncho, que se

presentó como *mister* Bell. Al preguntar por el señor Aranda, su expresión se tornó más atenta.

—¿Los ha citado?

—Venimos de lejos, señor.

—Me temo que tendrán que esperarlo —les informó Bell.

—Esperar ¿cuánto? —preguntó Gabriel.

Mister Bell se encogió de hombros, un gesto poco sincero, pues sabía que el señor Aranda solía acercarse a la sastrería durante la mañana.

—¿Y está en la ciudad?

Un nuevo encogimiento de hombros, esta vez auténtico, fue toda la respuesta. Gabriel decidió arriesgarse a esperar la posible, bien que incierta, llegada de don Manuel. Para amenizar la espera, y considerando lo pobres y poco abrigadas que eran las ropas de García, encargó para él un juego de calzas, jubón y ropilla.

Y ya puestos, le compró también una camisa de algodón y una gorra de terciopelo negro.

Una vez hechos los encargos, y viendo que el señor Aranda seguía sin aparecer, Gabriel se decidió a dar un paseo. Mas no había doblado aún la primera esquina cuando se fijó en un hombre que avanzaba a paso rápido entre la multitud. Reconoció en él la figura del agente real.

—Señor Zarco.

El hombre se detuvo, miró a derecha e izquierda sin dar con él. Avanzó unos pasos más, volvió a detenerse y recorrió con la vista el ir y venir de los transeúntes, hasta que finalmente posó los ojos en Gabriel y lo reconoció.

—Gabriel del Puerto —exclamó—. ¿Qué demonios hacéis aquí?

—He recorrido quinientas leguas para encontraros ¿y me recibís así?

El agente tardó sólo un instante en sonreír con un deje de complicidad.

—¿Y estos señores? —preguntó—. ¿Os acompañan?

Gabriel asintió.

—El señor Vermeulen, mi piloto; Antonio Martínez, a quien ya conocéis —Zarco bajó los párpados en señal de asentimiento—, y mi hijo, García.

—Mmm…, qué calladito os lo teníais, señor del Puerto. Deduzco que la madre no es la señora Henriques.

—Es una deducción sencilla.

—¿Fruto quizá de vuestras correrías por el Caribe?

—Tal vez.

—Os mostráis muy reservado.

—No más que vos.

Tras aquel breve intercambio de cortesías, Zarco lo invitó a seguirlo hasta su gabinete, que tenía entrada independiente por la calle de Addle Hill.

—Imagino que vuestros compañeros tendrán mejores cosas que hacer que asistir a una larga charla de negocios —añadió.

Gabriel sonrió. Los años pasaban, pero el agente apenas cambiaba. Lo había conocido en la isla de Terceira, cuando aún estaba en poder de los seguidores del Prior do Crato. Zarco se hacía pasar por comerciante de cueros y recababa información sobre las fuerzas portuguesas y sus intenciones. Gabriel, que en esa época navegaba en un corsario francés, se convirtió en fuente útil y en aliado eventual. Desde entonces, se habían reencontrado en distintos puertos para otras colaboraciones.

—Nosotros aprovecharemos para echar un vistazo a esta interesante ciudad —dijo Mahagüini, que dio media vuelta y, con García de la mano, se perdió entre el gentío. Vermeulen siguió su estela.

El gabinete de Zarco era amplio y bien iluminado. Al entrar, el agente indicó a Gabriel una silla, por si le placía tomar asiento.

—Esperad un momento —pidió acto seguido, y, sin aguardar respuesta, salió por la puerta que comunicaba con la sastrería y llamó a uno de sus empleados.

Gabriel aprovechó la breve espera para curiosear en la estancia. Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros, rollos, muestras de telas, miniaturas de madera tallada, vasijas diminutas y figurillas de porcelana.

Zarco no tardó en regresar.

—No sabía que hubierais encargado ropa para vuestro hijo.

—Un padre ha de velar por los suyos, ¿no es así?

El agente asintió y se acomodó en su sillón.

—Vos diréis qué asunto os ha traído hasta aquí desde… dondequiera que sea, amigo Gabriel.

—Desde Lisboa, directamente desde Lisboa, señor Zarco.

—Aranda. Manuel de Aranda —lo corrigió el agente, reclinándose hacia atrás y alzando las cejas—. Me sorprendería que hubieseis hecho tal viaje en una sola travesía.

—Puede que haya hecho escala en algún puerto gallego y quizás en otro de la costa normanda.

—Sería incapaz de adivinar cuáles.

—Mas para el caso que nos ocupa, tanto da.

—Sin duda. ¿Y cuál es ese caso?

—Los rescates.

—¿Qué rescates?

Gabriel soltó un suspiro. Aquel hombre era incorregible. No se le podía arrancar una palabra que no estuviera dispuesto a conceder.

—Don Alonso de Bazán, almirante de las Galeras del Océano, ha recibido instrucciones de quienes se hallan por encima de él…

—Una testa coronada, tal vez.

—No lo descartaría, señor… Aranda. En todo caso, don Alonso ha tenido noticia del interés de Francis Drake por negociar el rescate del almirante Pedro de Valdés y otros capitanes hechos prisioneros en el canal de la Mancha, y me ha comisionado para traer a Londres un situado que facilite el trato.

—¿De cuánto hablamos?

—Tres mil escudos —respondió Gabriel—. Según tengo entendido, la guerra de Flandes impide al general Farnesio disponer de fondos suficientes para acometer este y otros rescates.

Ramón Zarco se levantó de su sillón, se dirigió a una de las estanterías y limpió con cuidado una jarrilla de adorno que descansaba en una balda. Luego observó la yema de su pulgar con tal concentración que habría podido parecer que el polvo que lo manchaba era oro.

—Su Majestad, preocupada por las vidas de los soldados que tan lealmente le han servido, encomendó al gobernador de Flandes procurar la libertad de todos los prisioneros de la Gran Armada —dijo, volviéndose hacia Gabriel—, tanto en Inglaterra como en Flandes, adonde derivaron, tras la batalla de Gravelinas, dos galeones en los que viajaban caballeros tan señalados como el maestre de campo Diego Pimentel o el hijo de don Diego de Córdoba, caballerizo mayor del rey.

—Lo sé —intervino Gabriel.

—Es cierto que Farnesio ha padecido escasez de fondos —continuó Zarco —. Y la sigue padeciendo. Un general en campaña siempre tiene necesidades urgentes, lo que no obsta para que haya procurado cumplir con los deseos del rey, su tío, recurriendo a préstamos y artimañas de intendencia. Pero el rescate de los prisioneros más ilustres no está resultando sencillo. Los rebeldes flamencos exigen sumas exorbitantes, además del canje por hombres de rango equivalente que se hallan en nuestro poder. En Inglaterra las cosas no pintan

mejor. La liberación del señor Valdés, en concreto, es poco probable que se resuelva en el corto plazo.

Mientras hablaba, el agente se fue aproximando al escritorio hasta quedar de pie junto a su sillón, con las manos apoyadas en el respaldo. Gabriel, estupefacto por lo que acababa de oír, tardó unos instantes en reaccionar.

—Pero Bazán estaba convencido de que el rescate de Valdés era cosa hecha —protestó—; que el tal Drake, movido por un interés personal, ya había allanado el camino para lograrlo.

—Y así era, Gabriel, hasta que le cortaron las alas. El Consejo de Estado, ya sea por envidias, insidias o simple prudencia, ha prohibido terminantemente liberar a prisioneros de alcurnia mientras dure la guerra. Especialmente a Valdés. Incluso sospechan que Drake escamoteó a la Real Hacienda unas cajas de caudales de la nao Nuestra Señora del Rosario.

—¿Y desde cuándo sabéis esto?

—Hace ya un mes.

—¡Un mes! Entonces he hecho el viaje en balde.

Una mosca impertinente revoloteó alrededor de los dos hombres, que intentaron ahuyentarla con manotazos.

—En absoluto, amigo mío. El situado que traéis es maná caído del cielo, y me vendrá de perlas para llevar a cabo mi labor.

—No sé si puedo entregároslo. Se me especificó que su destino era el rescate del almirante y sus allegados.

—Perded cuidado, porque ese dinero se empleará en rescatar prisioneros de la Gran Armada. Tal vez no hombres de prosapia, pero sí soldados dignos de volver a casa. Os lo aseguro.

Zarco, para reforzar sus palabras, dio un leve golpe en el respaldo del sillón. Gabriel, poco convencido por aquella seguridad, le sostuvo la mirada.

—No sólo tenéis mi palabra —añadió el agente de la Corona—, sino que os extenderé un resguardo firmado de mi puño y letra, y refrendado, si así lo deseáis, por el embajador Bernardino de Mendoza.

—El mejor resguardo que podría llevar sería presentarme en Lisboa con la fragata repleta de prisioneros de la Armada. En realidad —añadió Gabriel tras una breve pausa—, hay otro caballero por quien han mostrado interés las autoridades lisboetas. Se apellida Soutomaior.

—¿Qué autoridades?

—El conde de Fuentes, por boca del proveedor real Duarte.

—¡Francisco Duarte! —exclamó Zarco, sorprendido.

—¿Lo conocéis?

Cabeceó despacio Ramón Zarco, y se rascó la barba con aire pensativo.

—Un hombre que no da puntada sin hilo. Y que levanta opiniones encontradas. Algunos lo consideran vasallo leal hasta la médula; otros, un arribista sin escrúpulos.

—¿Vos estáis entre los segundos?

—Hemos tenido nuestras diferencias.

—Conmigo ha sido siempre un caballero discretísimo.

—Lo cortés no quita lo valiente —repuso Zarco—. Veréis lo que haremos: un corresponsal de mi confianza, que desde hace meses elabora una relación de los españoles y portugueses encarcelados en distintos lugares de Inglaterra, ha conseguido liberar en un prodigio de iniciativa y audacia a varios cautivos de la urca hospital San Pedro el Mayor, que naufragó en Cornualles cuando regresaba a la península. Es un hombre hábil y discreto, y me interesa que lo conozcáis.

—¿Y a qué se debe ese interés?

—Pronto lo sabréis —dijo, enigmático como era su costumbre. Luego añadió—: Mientras cumplía su encargo, este corresponsal logró granjearse la confianza de los guardianes de ciertas cárceles. Quizá, si ese Soutomaior está recluido en una de ellas, consiga negociar su libertad, junto con la de otros. Así no volveréis con las manos vacías. Aunque, conociéndoos, sospecho que le sacaréis partido a este viaje, en lo comercial o en lo personal.

Gabriel rio. Aquel hombre lo conocía demasiado bien.

—¿Y mientras tanto?

—Podéis disfrutar de Londres. O bien podéis poner rumbo a Edimburgo y recoger a unos náufragos que aguardan pasaje de regreso a España.

Gabriel se disponía a responder que no le atraía en absoluto la idea de viajar hasta Escocia, cuando unos golpes discretos en la puerta exterior interrumpieron la conversación. Zarco se levantó con sorprendente agilidad y abrió para dar paso a un hombre joven, de porte elegante, bigote y perilla cuidados, y ojos despiertos.

—Señor del Puerto —dijo Zarco, tras estrechar la mano del recién llegado —, os presento a Joao Veiga, vuestro cuñado.

—¿Mi cuñado? —repitieron ambos a un tiempo, y se evaluaron en silencio.

El agente real se deleitó durante unos instantes en la confusión que había

provocado, antes de proceder a aclararla:

—El señor Veiga está casado con Fátima Henriques —dijo, señalando a Joao —. Y Gabriel del Puerto es el esposo de su hermana Marcia.

Aclarado este asunto, y una vez puestos en antecedentes de las respectivas misiones, Ramón Zarco retomó la última idea que había lanzado, con ánimo de desarrollarla con mayor amplitud.

—Jacobo Estuardo, rey de Escocia, mantiene la neutralidad en esta guerra. No desea enemistarse con Isabel de Inglaterra, de la que, hoy por hoy, es el más probable sucesor, pese a que dicha sucesión esté manchada con la sangre de su madre, María Estuardo, ejecutada por orden de aquella. Ni tampoco con el rey Felipe, por quien siente simpatía, él y buena parte de su nobleza, tanto católica como reformista, pues es el único capaz de frenar a sus incómodos vecinos del sur, siempre ávidos de apropiarse de sus territorios o de Escocia entera, si se tercia. Esta neutralidad se ha concretado, en el caso que nos ocupa, en permitir que los hombres que naufragaron en su reino sean acogidos y alojados entre sus vasallos, y devueltos a España a cambio, si acaso, del coste de su manutención. Gracias a ello, ya han regresado a Flandes y a la península más de cien náufragos de la urca Gran Grifón y del galeón San Juan de Sicilia, perdidos en aquellas aguas.

Zarco hizo una pausa para observar la reacción de Gabriel, que, con expresión impenetrable, le expresó su sincera alegría por tan feliz retorno.

—Pero —el agente alzó un dedo para dar énfasis a sus palabras— he sabido recientemente que siguen llegando a Escocia, en un constante hilo, hombres procedentes de los muchos naufragios acaecidos en Irlanda, donde los ingleses no han dado cuartel a los nuestros. Los pocos que han logrado escapar lo han hecho gracias a la valiosa y desinteresada ayuda de religiosos y gentes de buena voluntad. Por ello, y aprovechando vuestra providencial aparición, creo oportuno que, mientras Joao se ocupa de buscar al señor Soutomaior y de gestionar su rescate, vos, señor del Puerto, viajéis hasta Edimburgo y os hagáis cargo del grupo de hombres que acabo de mencionar.

Gabriel se levantó de la silla, se desabotonó la ropilla, se estiró las calzas arrugadas y, situándose frente a sus dos interlocutores, para no perder detalle de sus reacciones, respondió a la propuesta con ánimo favorable, aunque con condiciones.

—¿Cuáles? —preguntó Zarco.

—La primera —dijo Gabriel—: que en mi ausencia vos os encarguéis de

vender el cargamento de frisas y paños de Ruán que llevo en la bodega de mi fragata.

Zarco dejó asomar una fugaz contrariedad, que se apresuró a encubrir con una sonrisa complaciente.

—La segunda —prosiguió Gabriel— es que tengo intención de cobrar, del situado que os entregaré o de cualquier otra fuente que esté a vuestro alcance, el viaje a Edimburgo. Y no os saldrá barato, porque el precio será proporcional al riesgo que vamos a correr mis hombres y yo. ¿Os parece bien?

—Es lo justo —sancionó el agente real.

—Y justo será también que, una vez en Escocia, no pierda tiempo ni dinero regateando el precio de los soldados y oficiales que me traiga. Sé por experiencia el apego que le guardan al dinero esas gentes, tan aficionadas a apurar hasta el último cuarto en cualquier transacción. Si tengo que añadir un solo maravedí a lo que me entreguéis, o esperar más de una semana a que se reúna el dinero faltante, levaré anclas y volveré por donde he venido. ¿Qué tenéis que decir a esto?

Ramón Zarco interrogó con la mirada a su corresponsal, que asintió antes de tomar la palabra:

—Hemos recibido hace poco un mensaje desde Edimburgo, enviado por sir John Seton, un caballero católico que tiene alojados en sus tierras a cerca de treinta españoles, sobrevivientes de la nao Trinidad Valencera, de la escuadra de Levante, dada al traste en el norte de Irlanda. La manutención, desde su llegada, calculo que habrá costado un penique y medio por hombre y día, lo que, redondeando, equivale a unas cincuenta y tres libras, o setenta escudos.

—¿Sólo setenta escudos? —preguntó Gabriel, incrédulo.

—Por si acaso se hubieran presentado más hombres en este intervalo, estimo que cien escudos bastarán.

—Ahí lo tenéis, Gabriel —dijo Zarco, con el orgullo de quien ha adiestrado bien a su hombre—. ¿Alguna otra condición?

—Una última, en efecto. De camino hacia acá he comprobado que las aguas de este reino se están convirtiendo en un auténtico avispero. No sólo por los barcos ingleses que se preparan para devolver la visita de la Gran Armada, sino también por los rebeldes holandeses, que vigilan como perros de presa el estrecho de Caláis y el mar del Norte. Hemos tenido suerte en la travesía de ida, pero me temo que cuanto más se demore el regreso, menos probabilidades tendré de alcanzar Lisboa sin sobresaltos.

—¿Entonces?

—Entonces, os agradecería que, a mi regreso de Escocia, tuvierais dispuesto al señor Soutomaior y a…

—¿Soutomaior? —interrumpió Joao, de pronto—. ¿Os referís a Gregorio de Soutomaior?

—¿Lo conocéis?

—He hablado con él. Es uno de los portugueses que han rehusado jurarle lealtad a Crato.

—Por Júpiter. Un caballero honorable. Si se os presenta ocasión de negociar su rescate, sabed que sus amigos y familiares han reunido en Lisboa novecientos escudos para ese fin.

—Recientemente, un intermediario genovés logró pactar la liberación de dos capitanes italianos por seiscientas libras cada uno.

—¿Capitanes, decís?

—Eso tengo entendido. Veréis, por lo que llevo conocido, y pese a las directrices dictadas por los ministros de la reina, la situación de cada prisionero, la cárcel en que se halla, las relaciones que mantiene, su nacionalidad, fiadores y antecedente, es tan particular que no pueden aplicarse criterios generales para su liberación.

Zarco carraspeó para llamar la atención de los presentes.

—Hablabais —dijo cuando se hizo el silencio— sobre vuestro regreso de Escocia.

—Iba a decir que, al volver, y dada la situación actual, que por cierto os agradecería que me detallaseis para poder trasladarla a los encargados de la defensa de Portugal, no me gustaría perder tiempo en esperas vanas.

—Estoy seguro de que Joao hará cuanto esté en su mano para agilizar el rescate —respondió Zarco—. En cuanto al estado de la situación, informo con regularidad a París y Madrid sobre el avance y las novedades de esta Contra Armada, pero será un placer redactar un informe detallado para vos en aras de la larga amistad que nos une.

—Una amistad larga y fructífera —remató Gabriel, con una sonrisa no exenta de ironía.

—Descuidad, amigo Gabriel —intervino Joao Veiga con naturalidad—, si puedo llamaros así, que removeré cielo y tierra para que, a vuestro regreso, podáis embarcar al señor Soutomaior y a cuantos prisioneros logre rescatar con el dinero que habéis traído.

Puesto Gabriel al corriente de los detalles necesarios para contactar, en Edimburgo, con sir John Seton, y acordada la forma en que entregarían a Zarco tanto las mercancías como el situado que transportaba la fragata, el espía real abrió discretamente una estantería menor en la que ocultaba una pequeña bodega, de donde extrajo una botella de jerez y sirvió unas copas para brindar por el acuerdo.

Mientras la conversación derivaba hacia asuntos más amables, regresaron de su paseo Mahagüini y un entusiasmado García. El señor Zarco dio por concluida la reunión alegando tareas que no admitían demora. Joao, por su parte, invitó a sus nuevos amigos a almorzar en una taberna del río, y se excusó de no poder recibirlos en su casa por motivos de seguridad: no sería prudente que sus vecinos, leales al Prior, lo vieran llegar acompañado de tantos extranjeros.

La velada en la taberna se prolongó hasta bien entrada la tarde. Joao se interesó vivamente por Marcia, cuyas novedades esperaba transmitir cuanto antes a su esposa, compartió anécdotas de la estancia de Marcia en Londres, algunas de su propia cosecha, y escuchó con atención las aventuras marineras que le relataron Gabriel y Vermeulen, mostrándose en todo momento como un conversador ameno, hombre instruido en muchos temas y conocedor de no pocos secretos; digno pupilo, en fin, del señor Zarco.

Se despidieron en el muelle donde aguardaba el batel, con mutuos deseos de éxito en sus respectivas misiones. Joao reiteró su confianza en poder rescatar algunos prisioneros, y Gabriel le expresó su intención de conocer personalmente a Fátima.

Subieron a bordo los pasajeros, y el batel se apartó de la ribera y se dejó arrastrar por la corriente. Más suelto que de costumbre, García relató sus vivencias del día, pero calló lo que en verdad le había hecho feliz: la presencia cercana y el interés de su padre.

4

Ballinakill, Irlanda

El capitán Doherty regresó acompañado del novicio, de Hernandes y del resto de los hombres. Dado su número, el viaje había sido más lento, y las precauciones, mayores. La señora FitzGerald los distribuyó entre varias

viviendas del caserío.

Los preparativos para la partida se aceleraron. No era prudente permanecer más tiempo en Ballinakill. Por muy leal que fuera la gente, cualquier soplo o indiscreción podían dar al traste con toda la operación. Se envió aviso al patrón de la pinaza para que remontara el río y fondease junto a la isleta. Pero transcurrió un día, y la nave no apareció. Tampoco el siguiente.

—¿Debemos preocuparnos? —preguntó Duarte a la señora FitzGerald.

—Ese hombre se ha echado atrás —dijo ella, pensativa—, o me ha traicionado.

—Si así fuera, ya habría venido un destacamento a visitaros —apuntó Doherty.

Aquella misma tarde llegó a Ballinakill un muchacho, sudoroso y jadeante. Lo enviaba el patrón de la pinaza con el mensaje de que alguien había hablado más de la cuenta y se había visto obligado a zarpar.

—¿Zarpar? ¿Hacia dónde? —le preguntó la señora.

El muchacho se encogió de hombros.

—Dijo que estará fuera hasta que se calme el alboroto.

Shannon le dio las gracias y le entregó un penique y media hogaza de pan. Por precaución, esa misma noche trasladó a los prófugos a un granero situado en un extremo de su propiedad, junto a unos árboles. Todos se hallaban intranquilos, incluso el imperturbable Hernandes.

—Después de tantas peripecias, la suerte nos va a fallar en el último momento —dijo—. Depender ciegamente de esta gente es nuestra mayor desgracia.

—«Esta gente», como decís, arriesga más que nosotros —apuntó Duarte—. La señora FitzGerald, la primera.

Duarte y el religioso habían puesto al cabo Hernandes y a sus hombres al corriente del carácter de aquella, de la búsqueda de transporte y de los españoles presos en Waterford.

El cambio de refugio fue una decisión afortunada, pues por la mañana se presentó en Ballinakill un pelotón de soldados que registró el caserío e interrogó a muchos de los vasallos de la señora.

—Un atajo de bellacos —les contó más tarde Callum. El novicio, vestido de seglar, parecía un mocetón desgarbado—. Entraron en las casas como un rebaño de cabras y trataron a doña Shannon sin el menor respeto. Aunque esa mujer no se muerde la lengua.

—No se la muerde, no —apuntó Duarte, con una sonrisa. Le habría gustado verla en acción.

Más tarde se acercó al pajar acompañada de O'Keefe. Pese a su arrojo, traía una expresión preocupada. Confirmó lo dicho por Callum y les anunció que los soldados volverían. El pajar se hallaba en una pequeña cresta desde la que podía contemplarse un paisaje idílico: los campos verdes, los manchones de arboleda, la isleta y la curva que hacía el Suir para rodearla. En sus aguas se reflejaba el azul celeste del cielo.

—Creen que he dado albergue a unos fugitivos, aunque no están seguros de que sigáis aquí.

Un silencio denso siguió a sus palabras. El grupo se había reunido a la sombra de un roble de porte majestuoso. Dentro del granero, algunos soldados dormitaban sobre la paja o charlaban en voz baja, a la espera de lo que se decidiera.

—Debéis partir cuanto antes —indicó O'Keefe.

—Cierto. Pero ¿cómo nos vamos? —preguntó Hernandes.

—En otro barco —respondió la señora FitzGerald.

En el río flotaban apaciblemente varias embarcaciones, casi todas de pequeño porte. A la izquierda, en el puerto de Waterford, se divisaban un par de naves de mayor tonelaje.

—¿Qué decís de aquel? —preguntó a continuación.

Siguiendo la dirección de su brazo, los fugitivos posaron los ojos en un bergantín fondeado a unas cincuenta brazas de la isleta. Era de escasa eslora, pero de hermosa estampa.

—Mala elección, señora —objetó O'Keefe—. Veo hombres armados a bordo.

—Al contrario, señor O'Keefe —respondió ella con una sonrisa—. Me parece un guiño de la fortuna.

Duarte lo observó con mayor atención. El bergantín, que carecía de castillo de proa, tenía dos palos con las velas recogidas, el bauprés tendido y un casco amarillo con las cintas pintadas de negro.

—Habrá que pelear —dijo, pensativo. No estaba seguro de que el riesgo mereciese la pena, aunque la idea era tan sencilla que podría salir bien.

—Vuesas mercedes son hombres recios, hechos a los combates. O eso he oído decir de los soldados de los tercios —dijo la señora FitzGerald con un deje burlón—. Pues demostradlo.

Todas las miradas se posaron en Duarte, el hombre de mayor graduación del grupo. Le correspondía a él aceptar la misión, y el desafío implícito en las palabras de la señora.

—Necesitaremos una lancha —dijo al fin Duarte—. Y más armas.

—Las tendréis —respondió al punto Shannon.

—Debe ser hoy mismo.

—Y así será.

El día, soleado y apacible, desmentía la gravedad del momento. Unos abejorros revoloteaban entre las flores moradas de los cardos.

—Llamad a los hombres, señor Hernandes —resolvió Duarte—. Y tú, señor fraile, reza por todos.

Duarte expuso a los demás la idea de tomar el bergantín para huir en él. Los hombres escucharon en silencio, con los dientes apretados y la mirada puesta en el río.

—No es lo que habíamos previsto —concluyó—, pero si a alguno no le cuadra, puede regresar a Tyrrellpass.

—Hay que jugar las cartas como vienen, señor sargento —dijo con coraje Álamo.

La repentina resolución disipó, como por ensalmo, el temor y la abulia que dominaban al grupo, y los sustituyó por un nerviosismo tenso, expectante. Hernandes organizó la vigilancia del bergantín. Había que saber constantemente lo que allí ocurría.

Después de la hora sexta, con el sol en el cénit, se allegó a él un batel con varias personas.

—¿Con cuántas? —preguntó Duarte.

—No pude contarlas —se excusó el vigía—. Está lejos, y se abarloó por el costado que nos queda oculto.

La tarde se fue entre preparativos. O'Keefe proporcionó algunos chuzos a los hombres desarmados, y a Duarte le ofreció su propio puñal. La señora FitzGerald poseía un viejo lanchón, amarrado en el pantalán que había donde el terreno tocaba el río, y cargó en él un par de costales con provisiones, por si hicieran falta. La mujer iba y venía de un lado a otro con la diligencia de un buen capitán, pendiente de los pormenores, previendo las necesidades, atenta con todos, como si ella misma fuera a embarcarse. Los hombres comentaban admirados su tesón y vehemencia.

Más tarde, el vigía informó a Duarte de que el batel había regresado a

Waterford lleno de hombres. Duarte se alegró: cuantos menos hubiera a bordo, más fácil sería tomar el barco.

Hernandes y él habían pergeñado un somero plan de acción: debían abordar el bergantín con rapidez, sin voces ni disparos, entrar en la tolda, apoderarse del capitán e intimar a la tripulación a rendirse.

—Matad sólo lo imprescindible —les explicó Duarte a los hombres—. Para gobernarlo, necesitaremos a sus marineros.

Mientras hablaba, Hernandes repartió unos trapos blancos para que se los ataran en el brazo. Ese sería su distintivo.

Los ocasos de primavera eran breves, y aquel se abatió con una rapidez melancólica. La luz tornose amarilla, se apagaron los valles, las umbrías de los cerros, los campos en torno. Algunas luces dispersas permitían entrever el contorno de Waterford mientras Ballinakill se sumía ya en la sombra.

Shannon cenó junto a ellos unos pedazos de torta con pescado seco.

—Se acerca la despedida —le dijo después a Duarte.

—Cierto.

Estaban junto al tronco del gran roble.

—Os he cobrado afecto, portugués —añadió, sin volverse.

Aquella confesión tomó a Duarte por sorpresa. Una sorpresa grata. Había pensado en Shannon a menudo, y contenido a su pensamiento, porque había cosas que no podían ser, que era mejor dejarlas como estaban, sin echarlas a caminar, y morían sin nacer.

—También yo os tengo en gran estima —respondió, con voz suave.

Shannon FitzGerald pareció sopesar sus palabras.

—Si las circunstancias fueran otras, os habría pedido que os quedaseis a mi lado.

Duarte observó su perfil, recortado contra el cielo de poniente. Era mayor que él, pero hermosa aún. Su temple indomable, su modo de enfrentar el mundo sin doblegarse resultaban cautivadores.

—Y yo os habría complacido —respondió—. Dios sabe que sois una mujer admirable, la más firme, la más valerosa que he conocido. Y no es poco lo que os debo, lo que os debemos. Nos habéis dado asilo, protección y esperanza sin aguardar nada a cambio.

Ella se volvió y lo miró de frente.

—Pero no podéis —dijo.

Duarte asintió con pesar.

—No puedo. Me debo a mi rey, a mi tierra y a ese puñado de compañeros que confían en mí.

Shannon calló un instante. Luego, en un gesto inesperado, alargó la mano y le acarició el rostro.

—Guardaré un rincón para vos en mi corazón —murmuró—. Pero basta ya de sensiblerías. —Su voz había recuperado la firmeza habitual. Se apartó de él con suavidad y volvió a erguirse, dueña de sí—. Es hora de ponerse en marcha.

Duarte llamó a los hombres, y, precedidos por la señora FitzGerald, bajaron por un estrecho sendero hasta el embarcadero, donde los esperaban O'Keefe y Doherty, que no pensaban perderse la acción de aquella noche.

Dos remeros los iban acomodando a bordo. Duarte fue el último en subir.

—Tened cuidado, Duarte —le dijo la señora FitzGerald—. Y que el Altísimo os acompañe.

—Lo mismo os deseo, Shannon.

La mujer asintió despacio. El lanchón, muy cargado, comenzó a moverse despacio y el óvalo de su rostro fue desdibujándose, desdibujándose, hasta perderse entre las sombras de la orilla.

Remontaron poco a poco la apacible corriente del Suir, para luego dejarse llevar, con suavidad, hacia el bergantín. El firmamento, sin luna, estaba cubierto de estrellas. Duarte no recordaba, desde que arribaran a Irlanda, un día tan despejado como aquel. Los hombres guardaban un mutismo concentrado. El padre Antonio movía los labios en muda plegaria. Callum agitaba las rodillas, consumido por un nerviosismo que ni siquiera lograba calmar el suave chapoteo de los remos.

El lanchón se abarloó con un leve roce al costado de estribor del bergantín, que, por su tamaño, tenía la borda baja y un par de cintas en el refuerzo del casco. Nada se oía a bordo que no fuera apagado por el fluir de la corriente: ni voces, ni pasos, ni respiraciones.

Duarte se puso de pie, apoyó una mano en una de las cintas y se puso a trepar por el costado. Hernandes, O'Keefe y Doherty lo imitaron. Ellos serían los primeros en subir. Alcanzó la borda en dos movimientos, se deslizó sobre la regala y se descolgó dentro. La oscuridad era muy grande, y apenas distinguía con el rabillo del ojo las escarapelas de sus compañeros. Aferró el puñal y se dirigió hacia su izquierda, donde se alzaba la somera tolda, pero en la entrada tropezó con un cuerpo y cayó sobre él. El golpe resonó como un estallido, seguido de un grito que Duarte acalló de inmediato con una

cuchillada.

La calma se quebró de golpe. Lo que hasta entonces había sido quietud en un instante se convirtió en voces, gritos y carreras.

Guiado por el trapo blanco de un compañero que avanzaba delante de él, Duarte se internó en la tolda. En tres zancadas llegó a la puerta de la cámara de popa, donde ya se oía el choque metálico de los aceros. El espacio era tan reducido que Duarte no se atrevía a entrar. Mientras aguardaba, alguien le lanzó un tajo desde la izquierda, que lo hirió en el brazo. Se revolvió, golpeó con el hombro e hizo retroceder a su atacante. Movió el puñal a ciegas, para protegerse. La silueta que se insinuaba contra la entrada de la tolda alzó el brazo y descargó un golpe vertical que casi le arrebató el arma. Saltaron unas chispas que iluminaron fugazmente un rostro azulado y la hoja de una espada. Siguió un insulto en inglés.

El estrecho pasillo no favorecía el uso de la espada, y Duarte, aprovechando la ventaja, se arrojó contra su oponente y lo hizo caer sobre las tablas, al tiempo que le hundía el cuchillo en el costado. El golpe resonó seco en la madera, y ambos quedaron trabados en la oscuridad, respirando con violencia. Aun así, su enemigo, que pugnaba por zafarse, le golpeó la cabeza con el pomo de la espada. El impacto le arrancó un fogonazo blanco en los ojos. Duarte apretó los dientes, mordió el dolor y asestó dos nuevas cuchilladas, rápidas, entre las costillas. Sintió bajo la hoja la resistencia de la carne, luego un ceder viscoso.

Su adversario se revolvió con una fuerza inesperada, lo aferró de la ropilla y tiró de él hacia un lado. El casco del bergantín se balanceaba con la corriente, y por un instante ambos rodaron sobre el pasillo húmedo y embarrado en una lucha sorda, silenciosa y feroz por la vida. Un segundo golpe, más débil, alcanzó en la oreja a Duarte, que removió con saña la hoja dentro de la herida, y las manos de su enemigo se aflojaron y cayeron a los costados. Emitía un gemido bajo, obstinado, que parecía prolongarse más allá de sus fuerzas. Duarte permaneció un instante sobre él, con el cuchillo aún hundido y los jadeos confundidos en un solo aliento, hasta que el cuerpo cesó toda resistencia y se volvió flácido.

Entonces se incorporó y fue súbitamente consciente de lo que ocurría a su alrededor. Roncas voces en castellano y en portugués daban fe de la victoria. Otra, en inglés, imploraba clemencia.

—Señor sargento, venid aquí —llamó Hernandes.

Alguien encendió la bujía de la bitácora, y Duarte pudo ver la corpulencia del cabo en la entrada de la tolda. Sostenía por el brazo a un hombre mayor, con el rostro ensangrentado.

—Es el patrón —anunció—. Acaba de rendirse.

—Bien. Que llame a sus hombres y los reúna junto al palo mayor. Amarradlos a todos hasta que sepamos si cooperan.

Hernandes se alejó con el amedrentado patrón, y fray Antonio se allegó con la bujía en alto. Tenía la expresión taciturna y la mano manchada de sangre. Duarte se la señaló, y el fraile dijo que no era suya, sino de Callum.

—Ha recibido una herida fea —anunció con pesar—. Habrá que dejarlo en tierra, quizá así sobreviva.

Duarte fue a verlo. El muchacho yacía sobre las tablas y se sujetaba el costado con una mano. De todos los que habían peleado aquella noche, era el que menos merecía caer.

—Ánimo, muchacho —le dijo, posándole una mano en la frente—. Vendrás a vernos cuando te repongas.

El novicio intentó sonreír, pero no pasó de una mueca lastimosa. O'Keefe y Doherty se encargaron de bajarlo al lanchón. El primero deseó suerte a Duarte; el segundo le recordó la misiva para el rey.

—Descuidad —respondió él—. Decidle al señor Tyrrell que, si llego vivo, el rey recibirá el mensaje.

El lanchón se alejó hacia el centro de la corriente y pronto se perdió de vista. En el bergantín, Duarte y el cabo Hernandes comenzaron a organizar a los suyos y a hacer recuento de bajas. Aparte de Callum, y del propio Duarte, sólo Álamo había sufrido un corte en un muslo. Y renegaba de lo lindo. La operación había sido rápida y exitosa, no sólo por el factor sorpresa, sino porque la mitad de la tripulación del bergantín se hallaba en Waterford. Aun así, habían perdido a cuatro hombres.

Cuando apilaban los cadáveres para arrojarlos por la borda, uno de ellos soltó un quejido apenas audible. Duarte se acercó y lo observó. Era el hombre que había combatido con él.

—¡Fowles! —murmuró, incrédulo, cuando la bujía le iluminó la cara. ¿Cómo había ido a parar allí?

El rostro odiado entreabrió los ojos. La llama temblorosa se reflejó en sus pupilas, y pestañeó con desgana.

—Oh, Dios…, ¿por qué yo? —susurró.

—Mentad mejor al diablo, que no duerme —dijo Duarte en voz baja.

El moribundo frunció el ceño, confundido. Trató de escupir, pero apenas logró humedecerse los labios.

—Maldito… —alcanzó a mascullar.

¿Maldecía a quien lo había herido o recordaba al preso de Galway? Nadie lo sabría ya. Duarte lo contempló en silencio, sin compasión ni júbilo, mientras el aliento del hombre se extinguía poco a poco. Habría preferido pelear con él a la luz del día, con todas la de la ley, pero se encogió de hombros ante lo inevitable.

—Se ha hecho justicia —dijo, para sí.

—Justicia divina —lo corrigió fray Antonio con una gravedad que no dejaba espacio a la duda.

XVIII

1

Plymouth

La Contra Armada inglesa, con las dotaciones a bordo y lista para zarpar, se topó con un contratiempo inesperado. El viento, que durante una semana había sido favorable, roló el día de la partida al sudoeste, impidiéndole hacerse a la mar. El almirante, reacio a aceptar la voluntad del juguetón Eolo, intentó una salida desesperada del Sound que acabó en un desorden tan peligroso como inútil.

—No hay más remedio que aceptar lo inevitable, armarse de paciencia y esperar —confesó al día siguiente a sus oficiales e invitados. Luego se volvió hacia su asistente—: Señor Oseley, ilustradnos.

Nicholas Oseley desplegó una copia del último estadillo, confeccionado tras el alarde más reciente.

—Veintisiete mil seiscientos sesenta y siete hombres y trescientos cincuenta caballos —leyó—. Esa es la suma total entre ejército, infantería, oficialidad, tripulaciones, oficiales menores y mayores, además de toda la nobleza y principales con sus séquitos. Los portugueses están incluidos, desde luego.

—¡Oh, sí! —ironizó el capitán Roger Williams, alzando las manos con teatral ademán—. Dos compañías incompletas dirigidas por cien capitanes.

—No exageréis, Roger —medió Drake—. Llegado el momento, esos hombres serán más útiles que la mitad de las tropas que ha reclutado Norris.

—Permitidme felicitaros, sir Francis —intervino con entusiasmo Thomas Fenner, su hombre de confianza—. Habéis conseguido reunir una armada formidable en un tiempo récord.

—A su lado, su Gran Armada parecerá un escuadrón mal aderezado —añadió Williams.

—No vendamos la piel del oso antes de haberlo cazado —dijo Drake—. ¿Y los barcos?

—Veamos… —Oseley hojeó sus papeles hasta encontrar los que buscaba—.

Cuatro escuadras de diecisiete unidades y quince filibotes cada una: la vuestra, la del coronel Norris, la de sir Thomas y la del propio Roger Williams, aquí presente. Una quinta escuadra ha sido confiada al capitán Edward Norris.

El nombramiento del joven hermano de Norris arrancó sonrisas mal disimuladas entre los presentes.

—Por fortuna, lo acompañan dos de nuestros mejores capitanes —comentó Fenner con tono diplomático.

—¿Lo acompañan o lo vigilan? —se rio Williams.

—Quedan treinta y cinco buques sin escuadra —prosiguió Oseley, imperturbable—. Podríamos distribuirlos entre las cinco ya formadas. ¿No lo creéis así, sir Francis?

Drake se acercó al balconcillo de popa y abrió ambas hojas, dejando entrar el aire fresco de la mañana. El puerto hervía de actividad, las cubiertas en zafarrancho, voces, gritos, juramentos; los mástiles desnudos, el ir y venir de lanchas y bateles, y una brisa ligera que apenas lograba balancear los cascos sobre las aguas en calma.

—Thomas. ¿Cuál es el buque de tu hermano? —preguntó sin volverse.

—El Aid, un galeón pequeño.

Drake se dio la vuelta y fijó los ojos en Fenner.

—Que elija a la mitad de esos navíos, los mejores, y forme una sexta escuadra —resolvió—. El resto se sumarán a la de Eddy Norris, que aún no cuenta con ningún filibote. Y ahora vamos con otro asunto que nos atañe. —Se sentó a la mesa que presidía la cámara y se aclaró la garganta, señal de que el tema era delicado—: Sé que ayer arribó a Plymouth un invitado egregio.

Los capitanes intercambiaron miradas mudas; unas, sorprendidas; otras, evasivas.

—¿No es así, señor Williams?

El interpelado tosió.

—No podía negarme a acoger a un hombre tan principal, sir Francis.

—Que además es vuestro amigo… —apuntó Drake, con voz meliflua.

—Amigo o no, la cólera de un caballero tan influyente puede ser más afilada que el hacha de un verdugo.

—¿Podéis decirnos de quién se trata? —quiso saber Fenner.

—De Robert Devereux, segundo conde de Essex.

El nombre del favorito de la reina Isabel impuso silencio. Era bien sabida la prohibición expresa que le había impuesto la soberana de participar en la

Contra Armada. Su presencia en Plymouth no podía significar sino que la había desobedecido.

—Os comprendo, Roger —dijo el almirante—. Quizá en vuestro lugar yo habría hecho lo mismo. No cabe duda de que su venida infunde ánimo a la expedición, pero también nos arriesgamos a provocar la cólera real.

—No tiene por qué saberlo —replicó Williams.

—¡Pero ya lo sabe! —bramó Drake, de repente severo—. He recibido la noticia de que un mensajero de Su Majestad ha partido de Londres en un falucho con la encomienda de arrestar a Devereux y llevárselo con él.

El almirante se levantó y comenzó a pasearse alrededor de la mesa, con las manos a la espalda, mientras sus ojos se entretenían en las tablas recién barnizadas. Lo cierto era que el jovencísimo Essex no le resultaba simpático: sus modales refinados, su abolengo aristocrático, su meteórica ascensión —más rápida que la suya— y, muy especialmente, su apoyo al Consejo de Estado cuando vetó el rescate de Pedro de Valdés alimentaban su antipatía. Detuvo sus pasos, descargó un golpe seco sobre la mesa y se inclinó sobre ella, con los ojos fijos en Williams.

—Esto es lo que vamos a hacer —respiró profundamente antes de continuar —: vais a zarpar esta misma noche, Roger, vos solo, sin la escuadra, os apostaréis entre Land's End y las Sorlingas y allí aguardaréis nuestra salida para uniros a la flota.

—Pero…, con este viento, es imposible alcanzar la punta de Cornualles. Vos mismo lo habéis visto.

—Me importa un carajo el viento, Roger. Sois un capitán experimentado, y el Swiftsure, uno de nuestros mejores galeones. Si fuera necesario, lo sacaréis atoado de la bahía. Debió de pareceros muy divertido seguirle el juego al conde de Essex, un entretenimiento galante como esos a los que tan gustosos os entregáis los caballeros. —Había hierro en las palabras del almirante—. No quiero que, cuando llegue el enviado de la reina, estéis aún en puerto. ¿Entendido?

Roger Williams agachó la cabeza y aceptó sin réplica las condiciones impuestas por su superior. El Swiftsure abandonó el Sound aquella misma noche, no sin hartos trabajos y dificultades, y se perdió tras la punta que cerraba la bahía por el oeste.

Dos días después, cuando el enviado regio se allegó a Plymouth, nadie supo darle razón del paradero del galeón. Pero el caballero, lejos de desistir, recorrió

los puertos de la costa en busca del buque extraviado, aunque sin fortuna. La reina, harta ya de aquel juego y furiosa como pocas veces se la había visto, despachó después al ilustre conde de Huntington con una misiva dirigida a los comandantes de la armada. En ella se declaraba a Devereux y Williams reos de la justicia y se ordenaba que fueran apresados y encadenados dondequiera que se los encontrase.

Los vientos contrarios se mantuvieron con tenaz rebeldía durante diez días más. En ese tiempo, los hombres, que no dejaban de comer ni de beber, fueron haciendo menguar unos víveres, ya escasos de por sí. Reponerlos resultaba costoso, y el efectivo escaseaba cada vez más. El enorme esfuerzo había agotado las arcas y vaciado los bolsillos. El hacinamiento, la higiene precaria y la escasez de médicos y barberos dieron pie, por su parte, a varios casos de peste.

Cundió la alarma entre los comandantes. Cualquiera que presentase el más leve síntoma de enfermedad, fuesen fiebres tercianas o un simple catarro, debía ser enviado a tierra sin dilación. Drake y Norris decretaron la ley del silencio: lo último que necesitaban en aquel momento era una nueva causa de retraso.

El almirante se mesaba los cabellos y se paseaba por las cubiertas del Revenge con un humor de perros. En todos sus años de marino, no recordaba que los elementos le hubieran hecho un desaire mayor. Para colmo de desgracias, el capitán Thomas Cely fue uno de los que mostraron síntomas de la enfermedad y hubo que sustituirlo a última hora por su segundo, un hombre llamado Robert Yates.

Durante aquella espera forzosa, nuevas unidades se fueron sumando a la flota, que sobrepasaba con holgura las doscientas velas. Drake, exasperado por ese incesante goteo, las asignaba a las distintas escuadras y ordenaba a sus maestres o capitanes que se presentaran ante los respectivos comandantes.

—Cuantos más seamos, más fuerza tendremos —trataba de consolarlo Oseley.

Pero el almirante, menos optimista que su asistente, le respondía con un gruñido malhumorado. Aquellos aventureros de última hora le parecían más un estorbo que un refuerzo.

Siguiendo las órdenes recibidas, John Trenton hizo desembarcar a dos marineros aquejados de mal de cámaras y al despensero, que no cesaba de toser. La pérdida de su amigo Cely le hacía tomarse las disposiciones con

escrupulosa precisión. Su barco, junto al Relief y otra media docena, integraría una vanguardia adelantada, con la misión de hacer descubierta, proteger a la formación y capturar, sin contemplaciones, cualquier embarcación que se cruzara en su camino.

El veintiocho de abril amaneció sin novedades. El cielo, alto y gris, presagiaba otro día de sudoestes. Los mástiles, desnudos y con las vergas bajadas, ofrecían la misma imagen de los días anteriores. Las gaviotas graznaban y revoloteaban en la ensenada. Algún pelícano se lanzaba en picado hacia el agua y emergía de ella goteando, con un pescado atrapado en el pico. A escasa distancia, el barco de su hermano Michael despertaba a la rutina diaria. Algunos hombres orinaban por la borda de sotavento; otros, con los calzones bajos, hacían cola en los beques de proa para vaciar sus tripas. La tenue columna de humo que se alzaba desde el fogón del combés y giraba con el aire, le recordó a Trenton que era hora de buscar su propio desayuno. Mientras mojaba de pie un pedazo de bizcocho en el vino, sintió un escalofrío repentino: la ventolina venía del nordeste. Alzó la mirada y comprobó que, en el horizonte de levante, el sol se abría paso a través de una desgarradura en las nubes.

—Al fin —suspiró. Y llamó al contramaestre, que se presentó como surgido de la nada.

—Señor.

—Ordenad zafarrancho. Cada hombre, a su puesto. Los gavieros, a los palos. Y el timonel, presto. Que nos vamos.

Hardinge siguió la mirada de su capitán y, de inmediato, sus labios se abrieron en una sonrisa que mostraba su magnífica dentadura.

—A la orden, señor.

Con una formación cuidadosamente meditada, la flota fue abandonando la ensenada de Plymouth en una maniobra que les ocupó toda la mañana. Una vez reunida la Contra Armada en las aguas del canal de la Mancha, el Revenge, en cabeza de la formación, puso rumbo al cabo Land's End, donde esperaba reunirse con el Swiftsure de Roger Williams y su insigne pasajero: lord Robert Devereux. Pero, tras un día de espera infructuosa, el galeón no aparecía y el impaciente almirante ordenó poner rumbo al sur.

—Señor —objetaron los jefes de las escuadras—, ¿qué será del conde de Essex? ¿Dónde estará?

—Me trae al fresco lo que haga. Las instrucciones fueron claras: debían

esperarme entre el cabo Land's End y las Sorlingas. Y no están —respondió sir Francis con tono cortante—. No puedo perder una hora más, mis señores, ni poner en riesgo el éxito de esta empresa por el capricho de un favorito. Zarpamos de inmediato, que en la tardanza está el peligro.

—¿Con qué rumbo? —preguntó el vicealmirante Fenner.

—Sur cuarta al oeste.

—Pero Santander está al sur.

—No vamos a Santander —replicó sir Francis, tajante.

—Las órdenes de Su Majestad eran claras —intervino entonces el general Norris—: destruir primero los navíos de la Gran Armada que se reparan en Santander, después atacar Lisboa y, por último, tomar las Azores, para hacernos con la flota de la Carrera de Indias.

Los comandantes de escuadra se hallaban en la espaciosa cámara del Revenge, de pie, apoyados en las cuadernas o con los brazos cruzados. Contuvieron la respiración. Aunque todos estaban convencidos de que el esfuerzo principal se libraría en Portugal, sir Francis había mantenido un hermetismo absoluto respecto al destino definitivo de la flota.

La jarcia azotaba los palos; las velas, con los rizos tomados, flameaban al viento. A través del balconcillo de popa podían verse multitud de barcos que, puestos en facha, cabeceaban con las olas.

—Pasó el momento de atacar Santander, señor Norris —declaró el almirante —. Ese puerto es una ratonera bien defendida. Buena parte de los galeones que hace unas semanas estaban en carena se halla ya operativa, y, aunque logremos derrotarlos, podrían ocasionarnos un descalabro considerable.

—Cuando su Gran Armada nos atacó, apenas sufrimos daños —objetó Norris.

—Combatíamos en aguas abiertas, John —replicó Drake—, donde nuestros barcos aprovecharon su mayor ligereza y maniobrabilidad. Por eso nos causaron pocos estragos. Pero en la ensenada cerrada de Santander, apiñados como sardinas, seremos un blanco fácil para sus tácticas de aproximación y abordaje.

—Habrá que comunicarlo a la reina, entonces —se avino Norris.

Drake tomó nota de su rápido cambio de parecer.

—Su Majestad confía en nuestra capacidad de improvisación, general. Si nos dirigimos a Santander, la mitad de los armadores privados habrá desertado antes de avistar las costas peninsulares. Lo sabéis tan bien como yo. No,

caballeros. Nuestro primer objetivo será una ciudad peor defendida, pero rica en recursos. Y que además nos queda de camino a Portugal.

—¿Qué ciudad? —preguntó Norris.

Drake demoró la respuesta unos instantes. Los ojos puestos en el panorama que se veía a través del balconcillo, la mano en la barba, en el rostro una sonrisa traviesa.

—Me refiero a La Coruña.

—¡La Coruña! —exclamaron varias voces a un tiempo.

Un murmullo inquieto recorrió la cámara. La Coruña.

—Sí, La Coruña —repitió sir Francis, con voz firme y mirada brillante—. Durante meses, los españoles almacenaron allí vituallas, pertrechos y dinero para abastecer a su «Invencible». —Unas risas acogieron aquel calificativo—. Y allí siguen. Su bahía es extensa y está mal defendida. Las fortificaciones se reducen a una muralla medieval y un baluarte a medio construir. En su puerto apenas hay dos maltrechos galeones. Ese será nuestro objetivo. Además —añadió cuando los murmullos comenzaban a apagarse—, a tan sólo diez leguas se alza Santiago de Compostela, donde se custodian las reliquias del apóstol y se atesoran las inmensas riquezas del maldito patrón de los españoles. ¿Qué mejor destino?

El impacto fue inmediato y arrollador. Nadie volvió a acordarse del Swiftsure, de las órdenes de la reina, ni de Santander.

—¡A La Coruña! ¡A La Coruña! —gritaron con entusiasmo—. ¡Viva sir Francis! ¡Arriba nuestro almirante!

—¿Todavía deseáis ir a Santander, John? —preguntó Drake con malicia.

Black Jack se mesó la barba y paseó la mirada en torno a sus comandantes, a los que vio eufóricos.

—¡Qué diablos! —dijo al fin—. También yo he invertido una fortuna en esta empresa, y necesito recuperarla.

Formada en seis cuerpos, uno en vanguardia, dos en el centro, uno en la retaguardia y dos en las alas, protegiendo los flancos, la inmensa armada, la mayor que había surcado —ni surcaría— jamás el Atlántico, largó velas y puso rumbo a la pequeña villa gallega.

Que Dios los pillara confesados.

2

La Coruña

Yabama se adaptó con rapidez a la vida en la Pescadería, pese a la ausencia de su hijo. Se encariñó de Isabel: era hermana de Gabriel y su rostro y su porte se lo recordaban constantemente. Pero era, además, una mujer marcada por la Madre. Poseía una fuerza interior difícil de describir. En el convento lo comprendió, cuando aún se debatía entre la vida y la muerte. Pese a su desfallecimiento y a los delirios, notaba su presencia, su cercanía, la calidez que de ella manaba. Fue esa calidez la que la apartó de las sombras.

Al recobrarse, descubrió con sorpresa y agrado el beaterío. Jamás habría imaginado que tras los muros de un convento pudiera esconderse una fraternidad femenina tan honda. Bajo las creencias y los ritos de aquellas mujeres bullía una materia viva, ardiente e inmutable, espesa como la lava, casi tangible, con la que podía sentir comunión inmediata. La Madre la había guiado hasta allí. Sin embargo, los rezos, las plegarias, las devociones de las beatas hablaban un idioma que Yabama no sabía descifrar. Para comprenderlas necesitaba otro lenguaje. Talló un amuleto en un trozo de madera, lo embadurnó con su sangre para convertirlo en cemí e hizo un hoyo en el huerto, a la sombra de una higuera, donde lo enterró. Eran días de viento, y el viento dispersaba las voces. Luego llovió, y salió el sol, que calentó la tierra y la hizo propicia. La tierra húmeda y tibia dejaba escapar su aliento con facilidad.

Una noche, mientras dormía, una mujer se coló en su sueño. Tenía el rostro pálido, los cabellos desmadejados. Huía despavorida por un páramo inhóspito y yermo, cubierto de arbustos espinosos que le laceraban los pies hasta obligarla a detenerse. Sobre el vestido llevaba una capa blanca que, poco a poco, la envolvió hasta convertirse en mortaja. Aquella mujer se parecía a Isabel. Yabama despertó sobresaltada. El corte con el que se había sangrado se había abierto de nuevo y manchaba las sábanas. Pensó en el sueño durante el resto de la noche. Atabey la había salvado, aunque su vientre hubiera quedado yermo, y por ello debía mostrarse agradecida. El mensaje era claro: Isabel.

Desde entonces, Yabama no se separaba de ella, como un ángel custodio oscuro, hermoso y terrible. La acompañaba en la casa, en el convento y en el mercado, cuando iba a visitar a su tío o cuando se acercaba a la playa para sentir la brisa del mar. Sólo cuando acudía a ver a Marcia permanecía fuera.

—Ven —la animó Isabel—. No te morderá.

—No sería prudente —le respondió, con tono grave—. Nuestras esencias se

rehúyen.

Isabel se preguntaba si creería en lo que decía o si no era más que un subterfugio para evitar aquel encuentro. Su mundo le resultaba tan lejano como cercana su presencia; la compañía de Yabama le infundía fortaleza y consuelo.

Al contrario que a su huésped.

José Luján, por más que admirase la belleza salvaje de la mestiza, la detestaba por igual, pues la juzgaba un obstáculo para ganar la confianza y el aprecio de la palomita que se había adueñado de sus pensamientos. Atento como un gavilán a las idas y venidas de Isabel, a sus estancias y ausencias, aprovechaba cualquier momento para pegar la hebra con ella, alabar sus dones, festejarla y tratar, en fin, de granjearse su favor.

Había atenuado su brusquedad, pulido sus modales, mejorado su vestuario, y hasta se había gastado unos maravedíes en un barbero que le recortó la barba y los bigotes. Pero todo aquel despliegue le estaba sirviendo de poco. Por más que apretase el cerco, la fortaleza se mantenía inaccesible. Y cuando alguna vez sentía que las defensas estaban a punto de flaquear, no tardaba en aparecer la mestiza, con su cuchillo de carnicera en la cintura, para estropearle el lance.

Cierta tarde, Isabel se hallaba en el corral vistiendo a su hijo después de haberlo bañado en una tina de agua tibia. Canturreaba distraída y le hacía cucamonas cuando, sin que lo advirtiera, entró por la puerta trasera el señor Luján. Fue su voz, afectada y lisonjera, la que la sacó de su ensoñación.

—¡Por Dios, señor Luján! —exclamó sobresaltada—. No os acerquéis de ese modo, que me asustáis.

—Nada más lejos de mi intención, señora. ¿Qué sigilo puedo lograr con estas botas y estos herrajes? Ni en la guerra, donde nos iba la vida, resultaba sencillo aproximarse al enemigo sin ser descubierto.

—Muy guerrero os veo hoy —respondió Isabel con una leve sonrisa. Había notado que venía algo achispado, y se sintió tentada de tomarle el pelo—. Pero ved que no estáis en un campo de batalla.

—¡Sangre de Cristo! Levantáis lo más belicoso que hay en mí —exclamó con vehemencia—. No sois consciente de vuestro poder. Pueden más el redoble de vuestros ojos, el plomo de vuestros labios, la pólvora de vuestra piel que todos los cañones de un tercio.

Plantado frente a ella, las piernas abiertas, ladeado el sombrero, terciada la espada, empezó a infundirle temor. Le chispeaban los ojos con un brillo

incierto, le temblaban las manos y tamborileaba con los dedos sobre el cuero del talabarte. Dio un paso y golpeó con la rodilla la cuna de Santiaguillo, que rompió a llorar. Pero el cabo lo ignoró. Tendió la mano y rozó el cuello de Isabel, que hizo un movimiento brusco para esquivarla.

—Conteneos, señor.

—Hace una eternidad que me contengo —murmuró, con voz baja y ronca.

—Pues aguardad durante otra —restalló una voz aguda, dura como el metal —, o cortaos la mano.

Yabama había aparecido como surgida de la tierra, con el cuchillo en ristre. Se allegó al cabo sin mediar palabra, apoyó el filo en su cuello y lo apretó. Él la apartó de un manotazo.

—¡Perra! —exclamó. Se llevó la mano al cuello y, al verla manchada de sangre, rugió—: Me comeré tus putos hígados.

—¿Y a qué esperáis, fantoche? Aquí me tenéis —replicó la mujer, sin arredrarse—. He despachado sin temblar a gallos peores que vos.

Los gritos avivaron el llanto del niño. Isabel lo tomó en brazos y lo meció, mientras trataba de calmar la disputa antes de que llegara a mayores.

—¡Señor Luján —le gritó, con el rostro enrojecido—, id a encerraros a vuestro cuarto! ¡Ahora! —añadió, tajante—. Si no queréis que os denuncie ante los alguaciles.

El soldado permaneció unos instantes clavado en el sitio, el rostro congestionado, los ojos dirigidos a la mestiza. Sabía cómo tratar a esas hienas y ablandarlas. Se había comido los hígados de sus enemigos en el campo de batalla. ¿Cómo se atrevían a despreciarlo aquellas dos? Mas al fin agachó la cabeza, se dio media vuelta, entró en su estancia y cerró con un portazo.

Si el soldado albergaba intenciones de vengarse de Yabama, no halló ocasión de cumplirlas, pues dos días después fue movilizado e incorporado a la compañía del capitán Jerónimo Monroy.

El marqués de Cerralbo había recibido un mensaje del Consejo de Noche —esa reducida pero poderosa camarilla que rodeaba al rey y en cuyo seno se decidían los asuntos de mayor trascendencia— donde se le confirmaba que la Contra Armada inglesa ya había largado velas desde Plymouth y se le urgía a preparar la defensa de su gobernación. Don Juan Pacheco, además de quejarse nuevamente ante Su Majestad por la escasez de medios materiales y monetarios con que contaba y que suplía, según él, con generosos desembolsos de su propio peculio, aún no restituidos por la Real Hacienda,

convocó a consejo a don Martín de Ayala, segundo conde de Andrade, y al almirante Martín de Bertendona. Juntos, dieron forma cabal a las órdenes recibidas.

Dado el exiguo número de soldados acantonados en Galicia, la defensa de sus costas habría de recaer en los hombres retornados con la Gran Armada y en las milicias locales. Se dispuso, por tanto, la distribución de la docena escasa de compañías regulares entre las principales villas marítimas: Bayona, Betanzos, Vigo, Ferrol, Puentedeume y, naturalmente, La Coruña, en cuyo puerto fondeaban tres bajeles de guerra, escasos de dotación: el galeón San Juan, la nao San Bartolomé y la urca Sansón. Un cuarto bajel, el galeón San Bernardo, permanecía aún en carena en la Marina, y sus cañones descabalgados en la playa. Las galeras Diana y Princesa, más ligeras, serían empleadas en labores de descubierta y comunicación a lo largo del litoral.

Por ventura, se hallaban aún en la ciudad y sus inmediaciones cuantiosas reservas de vino y otras vituallas no perecederas, así como armas, pólvora y munición, destinadas en su día a abastecer a la Armada en su avance hacia Inglaterra, y que, tras el fracaso de aquella empresa, permanecían almacenadas a la espera de nuevo destino. En cuanto a la artillería, numerosa y de buena calidad, se acordó repartirla entre el castillo de San Antón, el fuerte del Malvecín, adosado al muro de la Pescadería, y la Fortaleza Vieja.

También se dispuso intensificar la vigilancia marítima desde las atalayas costeras, manteniendo las hogueras de aviso dispuestas y secas las cargas de leña. En cuanto a la conveniencia de hacer entrar a los vecinos de los caseríos y aldeas próximas dentro de los recintos amurallados, hubo división de pareceres. El conde de Andrade y el almirante Bertendona abogaban por adelantar esa medida, con el fin de evitar el desorden y el caos que provocaría hacerlo a última hora; en cambio, el marqués de Cerralbo juzgaba tal precaución excesiva y contraproducente.

—Tened presente que ignoramos el destino final del esfuerzo enemigo —señaló con su habitual seguridad—. Meter a toda esa gente dentro de los muros agotará con presteza nuestras reservas y no sembrará sino miedo y confusión.

—Lo de las reservas no os lo niego —respondió el conde de Andrade—, pero la alarma será inevitable en cualquier caso, sobre todo cuando comencemos a levantar las compañías de vecinos.

Al final, se impuso la opinión del gobernador. Pero el movimiento de

artillería, el trasiego de soldados y los preparativos navales inquietaron de inmediato a los coruñeses y dispararon las conjeturas.

Sancho y Froilán del Puerto, miembros de la cofradía de mareantes, se allegaron con otros armadores y pescadores al palacio del gobernador para solicitar información fidedigna, pues estaban en juego no sólo sus barcos e intereses mercantiles, sino también la seguridad de sus familias. Tras hacerlos esperar largo rato en el patio, entre el ir y venir de escribanos y recaderos, el marqués accedió a recibir a unos cuantos representantes, a quienes explicó que la armada enemiga había partido de Inglaterra, pero que se ignoraba aún su rumbo, y que todas aquellas prevenciones se estaban tomando por igual en los puertos del norte y del occidente peninsular, en las islas atlánticas y hasta en las posesiones del mar Caribe. Los exhortó a no dar pábulo a rumores infundados y a colaborar para que la vida prosiguiera con su curso habitual.

Acallados, aunque no satisfechos, salieron los delegados del palacio para informar a sus compañeros y familiares y pedir al Todopoderoso, con inevitable egoísmo, que si la tormenta descargaba, lo hiciese en otro lugar. Sancho del Puerto, antes de marcharse, aprovechó para preguntar al gobernador por la suerte de Marcia Henriques.

—No he olvidado el asunto, Sancho —respondió el marqués con afabilidad —, aunque convendréis conmigo en que ahora hay otras prioridades.

—Imagine entonces vuesa merced la zozobra de mi sobrina —dijo Sancho —, que a las cadenas que sufre se suma la congoja de estos días inciertos.

—¿Qué sentido tiene mantener cautiva a una mujer en su estado cuando se cierne una amenaza como la presente? —intervino Froilán, cansado de las evasivas del marqués.

—Una amenaza probable, señor del Puerto, y si me apuráis, poco probable. No olvidéis ese matiz —respondió el marqués, con gesto circunspecto. Pero, percibiendo la sincera preocupación de los Del Puerto, y quizá movido por cierta simpatía hacia su causa, les prometió aligerar el curso del procedimiento.

—¿Qué procedimiento? —insistió Froilán—. Si la denuncia es falsa y sin fundamento, no hay causa que instruir.

—Sea como fuere, deberá verse en audiencia pública, como es de rigor — zanjó Juan Pacheco.

Y fue aquella su última palabra.

3

Lisboa

En Lisboa, el tiempo venía envuelto en nubes oscuras y presagios funestos.

Las noticias procedentes de Inglaterra ofrecían pocas dudas sobre la magnitud y los propósitos de la empresa que se preparaba. El rey Felipe, consciente de la amenaza inminente, dispuso sus recursos con determinación: apretó a villas, astilleros y contratistas para que apresuraran las reparaciones de los navíos de la Gran Armada; propuso al duque de Parma que ejecutara una maniobra de distracción en el mar del Norte, aun cuando los medios navales de que este disponía fueran limitados, ordenó a la flota de la Carrera de Indias que permaneciera en Sevilla hasta nuevo aviso y reforzó la defensa de los puertos del Cantábrico, del litoral atlántico y, muy especialmente, de Lisboa, cuya defensa quedaría bajo la responsabilidad de Pedro Enríquez de Guzmán, conde de Fuentes, y de Alonso de Bazán.

Se decretaron levas en Extremadura, se impartieron instrucciones para acelerar el apresto de los escasos buques de guerra anclados en el mar de la Paja y se previó el posible traslado de la escuadra de galeras del estrecho, para reforzar a las de Lisboa. Paralelamente, se tomaron decisiones logísticas, se redoblaron las medidas de seguridad y los servicios secretos intensificaron sus actividades en busca de infiltrados, espías y seguidores activos del Prior do Crato, realizando numerosas detenciones y, en algún caso, ejecutando a traidores confesos.

Branca, ajena a las inquietudes que agitaban la ciudad, procuraba disfrutar de la rutina diaria. Las noticias que despertaban su curiosidad no eran las grandes cuestiones del reino, sino los comentarios que circulaban por los mentideros, los piropos que iba coleccionando y los chismes sobre vecinos y compañeras de oficio. Las mañanas las pasaba ayudando a su tía en el puesto del mercado o recorriendo, como tantas otras regateras, las calles de Lisboa para vender pan y pescado, ya lloviera, soplara el viento o luciera el sol.

Las tardes las repartía entre las faenas domésticas, los recados, la compañía de su familia y sus amigas del vecindario y alguna que otra escapada a pescar. Las decisiones que había tomado le habían devuelto cierta serenidad. Sus tíos no habían insistido en casarla y su padre no había vuelto a dejarse ver. Tiago, por su parte, seguía atento y cercano, sin atreverse a cruzar la línea que ella había marcado.

La economía de Rafael Reigosa mejoraba. El viaje con esclavos guineanos, que aquel simple de Del Puerto no quiso hacer, le había proporcionado un sustancioso pellizco que estaba empleando en un negocio con grandes perspectivas.

En otro asunto, en cambio, no le iba tan bien. La negativa de Branca le había disgustado, pero no era hombre que se rindiera al primer revés. La muchacha le había gustado, tenía nervio, frescura y un punto de rebeldía que, bien encauzado y domesticado, podría resultar muy útil. Su sobrino, un hombre de escasa resolución y aún menor seso, necesitaba a su lado a una mujer de ese temple.

Cual el tiempo, tal el tiento, pensó don Rafael con desenfado. Y decidió cambiar de estrategia y tratar de ganarse al tío de la joven, a quien desde el principio sintió más accesible a sus pretensiones. En la seguridad de que la inminencia de la guerra hacía prudente invertir en medios de transporte, se había hecho Reigosa con varias lanchas y le ofreció la mejor de ellas a Filipe Queiroz. Dudó el hombre en aceptar, mas Reigosa, para superar sus reticencias, le aclaró que aquel trato nada tenía que ver con el compromiso de su sobrina.

—Me han dado muy buenas referencias de vos, señor Queiroz, y yo necesito a gente honrada en las lanchas para que el negocio sea rentable —le dijo—. Os la arrendaré durante un año a cambio de la mitad del cobro de cada pasaje. Si finalizado ese tiempo ambos estuviéramos satisfechos con el trato, renovaríamos por otro período similar.

La familia Queiroz, sin ser pobre de necesidad, nunca gozó de una situación boyante. Y aunque Filipe no era un hombre ambicioso, pensaba que frente a los tiempos revueltos que se avecinaban convenía cubrirse las espaldas, tanto en lo pecuniario como en lo personal, y una barca podía ser en aquellos momentos un seguro de vida.

—El trato me parece justo, señor Reigosa —respondió finalmente Filipe—, siempre que mi sobrina no forme parte de él.

—Eso quedó claro hace rato, amigo Queiroz.

Encaminado el asunto por aquel lado, puso una de las carretas que también había adquirido en manos de Bruno Maciel, cuya insistencia en acelerar el matrimonio de Branca amenazaba con hacerlo naufragar. Así lo mantendría ocupado y, al mismo tiempo, a mano.

Mientras tanto, se aplicó con empeño a preparar el terreno para la llegada de don Antonio de Avis; amplió con suma cautela la red de amigos y

simpatizantes de la causa, poniendo especial cuidado en atraerse a oficiales de las compañías de portugueses acantonadas en Lisboa. Tener amigos en la guarnición de la ciudad lo consideraba un envite necesario.

El señor Maciel tenía sobrados motivos para sentirse satisfecho. Tras las desgracias sufridas en la empresa de Inglaterra, la fortuna comenzaba al fin a sonreírle. La generosidad de su valedor, que le cedió una carreta por un alquiler simbólico, le había proporcionado un medio para ganarse la vida mientras lograba casar a su hija. No se trataba de un vehículo grande, sino de un carro de un solo eje, útil para llevar bultos y enseres domésticos, repartir mercancías o trasladar pequeñas cargas a los almacenes del puerto.

Además, había entrado en relaciones con una viuda que, aparte de alegrarle las noches, regentaba el negocio que había heredado de su difunto esposo: un indiano que, a su regreso de la especiería, había invertido su capital en un prostíbulo de la Baixa. Bruno Maciel sospechaba que la elección del negocio no era del todo ajena a la profesión anterior de la viuda.

Lejos estaban tan agradables pensamientos de las tribulaciones que atormentaban a Tiago Queiroz, sobre cuyo ánimo pesaba como una losa el rechazo de Branca. No por esperada, ni por carecer de fundamento, la negativa resultaba más fácil de soportar. El joven soldado se repetía que debía olvidarla y sofocar aquel amor, pero su corazón se rebelaba una y otra vez. El parentesco que ayer le había permitido acercarse a ella, hoy se interponía como una barrera infranqueable. Y no era sólo que Branca lo tratara con una confianza que le dolía: Natalia, percibiendo su inclinación, lo sermoneó sobre lo inapropiado y pecaminoso de ese *«afecto contra natura»*. Tiago, abrumado, negó la acusación con una vehemencia que, lejos de disipar las sospechas de su madre, parecía confirmarlas.

Sin encontrar un alma afín con quien compartir sus penas, sólo el ejercicio de las armas le ofrecía refugio, y en él se volcó con un ardor y una entrega inusitados hasta convertirse en el soldado más esforzado de su regimiento, el hombre en quien mayor confianza depositaban sus oficiales.

Para el alférez Jaque la milicia era, sin embargo, la causa de su distanciamiento de Branca. Las noticias venidas de Inglaterra mantenían en constante movimiento a los tercios destinados en Portugal. La compañía del capitán Gaspar de Alarcón, una fuerza de caballería ligera, operaba con una actividad poco común. La compañía contaba ya con un abanderado, por lo que Jaque pronto se acomodó como segundo del capitán, encargado de transmitir

sus órdenes, asistirlo en sus funciones y dirigir destacamentos cuando era necesario. Mandar a aquellos soldados resueltos y combativos, pero celosos de su honor, no era tarea fácil. El alférez contaba con la experiencia adquirida en pasadas campañas y con un don de gentes que hacía que sus hombres lo sintieran cercano pero justo, asequible pero firme.

Habían transcurrido semanas desde su último encuentro con Branca en el mercado de la Ribeira. Semanas en las que la compañía había estado en Atouguía, ayudando en el adiestramiento de los soldados bisoños que reclutaba el señor de la villa. Después, el capitán Alarcón lo había enviado a recorrer Peniche, Óbidos y otras fortalezas y poblaciones para tomar nota de las necesidades de sus alcaides y corregidores y trasladarlas al conde de Fuentes.

Así, tras una larga y dura cabalgata, entró por fin un sábado en el castillo de San Jorge, fatigado por el peso de la armadura, dolorido por los muchos días de silla, sudoroso y cubierto de polvo, pero animado por la ilusión de volver a ver a la joven regatera que ni las fatigas, ni las obligaciones, ni la camaradería de sus compañeros habían logrado apartar de sus pensamientos. ¡Cuerpo del mundo! Que un hombre como él suspirase por una muchacha. ¿Qué embrujo se había apoderado de él en Lisboa? ¿O no era la ciudad, sino la moza?

A la mañana siguiente, Rodrigo se levantó temprano y acudió a la iglesia de las Llagas, donde Branca solía oír misa. El templo, más concurrido que de costumbre, reflejaba la inquietud que se había adueñado de los lisboetas ante la inminencia de la guerra. A aquella iglesia, levantada gracias a las aportaciones de la cofradía de navegantes, solían acudir gentes del mar con sus familias. Tras el *ite, missa est,* los fieles se dispersaron por el abrupto descampado que se extendía frente a la fachada principal y emprendieron el regreso a sus hogares. Rodrigo, apostado en la entrada, al ver a Branca se apresuró a ofrecerle agua bendita en el cuenco de la mano. La joven, que no venía sola, se turbó ante aquel gesto, pero pronto recobró el ánimo e invitó al alférez a acompañarla hasta su casa.

—¿Recordáis a mis primas?

—Ana y Demetria, ¿verdad?

Las mellizas, hijas menores de los Queiroz, asintieron entre azoradas y curiosas, y se situaron unos pasos por detrás.

—Nos tenéis olvidados, señor alférez —dijo Branca, que vestía un traje de lana ocre, algo apagado por el uso, y un jubón sencillo que le realzaba el talle.

—¿Eso pensáis de mí?

—¿Me dejáis otra alternativa?

—Soy culpable de muchos pecados, mi bella amiga, mas os ruego que no me atribuyáis este.

Branca sintió cómo se le encendían las mejillas al cruzar fugazmente la mirada con el alférez, y bajó la vista antes de recobrar el tono desenfadado de su charla. Le gustaba Jaque de verdad. En realidad, era el primer hombre que la atraía en mucho tiempo.

—¿A quién entonces? —dijo risueña—. Porque habéis de saber que no perdonaré al responsable.

—¡Ah! Tenéis un buen abanico de culpables —respondió el alférez con el mismo tono festivo—: el capitán Alarcón, el primero, por ser tan exigente con sus hombres; pero a él le manda el conde de Fuentes, y al conde lo gobierna el archiduque, que a su vez nada hace sin la aquiescencia de su tío, el rey.

—Bien arriba habéis subido para libraros del castigo.

—Y todavía puedo subir más, pues hasta un rey se agita y desvela por la tesitura del momento.

—¿Qué tesitura es esa que quita el sueño a un rey?

—La más tirana de todas: la guerra.

—Culpar a la guerra de vuestro descuido sería tan injusto como acusar de un incendio al que fabricó las velas.

—O al que sacó la cera.

—Ya puestos, a las pobres abejas.

Ambos rieron con la ocurrencia, y las mellizas se miraron entre sí, sin acabar de comprender la broma.

—¡Ay, amiga!, si tan grave ha sido el descuido, ¿será dura la pena?

—Terrible, señor alférez: tendréis que quedaros a almorzar en casa.

—¡Cielos! Qué justicia tan fiera la vuestra, pues me obligáis a comprar un azumbre de buen vino para no pasar por gorrón.

—No hace falta tal dispendio.

—Insisto en hacerlo. Mas ya está bien de hablar de mí. Decidme, ¿cómo caminan vuestros asuntos?

—Caminan, que no es poco —respondió ella con desenvoltura, pero al punto una nube cruzó por su semblante—. Aunque…

—Qué —preguntó solícito él.

—Ese fastidioso de Rafael Reigosa ha liado a mi tío y lo ha puesto de

barquero en una de las lanchas que cruzan el río. Y a mi padre le ha arrendado una carreta y unas mulas.

—¿El mismo Reigosa que quería casaros con su sobrino?

—No conozco a otro.

—¿Ha vuelto a insistir en el compromiso?

—Abiertamente no. Pero un día se dejó caer por casa con su sobrino y me lo presentó como quien no quiere la cosa. Estoy segura de que no fue casual.

—¿Y cómo es el sobrino?

—Apenas pude hablar con él. Un hombre simple y muy apocado, diría, que al mirarme se ruborizaba.

—Vuestros ojos hacen estragos, Branca.

—No bromeéis con eso, señor Jaque. ¿No veis que estoy preocupada? Me disgusta la cercanía de Reigosa con mi familia. Me da la impresión de que quiere ganársela a toda costa y ponerla en contra mía. Hasta mi hermano Mateo, que nunca había querido saber nada con su padre, ha abandonado la carpintería donde llevaba años de aprendiz para ayudarlo con la carreta.

—¿También tiene parte en eso Reigosa?

—No creo, pero no es trigo limpio. Si lo conocierais, os desagradaría, con sus modales solapados, su aire de suficiencia, las riquezas y amistades de que presume, sus simpatías por el Prior do Crato.

—Media Lisboa simpatiza con Crato.

—Yo diría que muchos menos. El pueblo está cansado de bandos y partidos, y no necesita una nueva guerra. Y quienes lo apoyan no alardean de ello; al contrario, tratan de mantenerse en la sombra para no despertar el recelo de los *meirinhos*.

Le sorprendió a Jaque la sensatez de las observaciones de la muchacha. Y deseó que no se equivocase.

Al llegar a casa, Branca avisó a su tía de la invitación hecha al alférez. Aunque Natalia no puso objeción alguna, a Branca le dio la impresión de que no acogía la idea con el entusiasmo de otras ocasiones. Tampoco Tiago se mostró complacido al verlo. A pesar de ello, la velada resultó animada. Jaque, que cuando se lo proponía sabía ser un hombre encantador, los entretuvo con relatos de su tierra, exageradas aventuras y desventuras de su vida castrense y hasta alguna historia picante tras despachar el primer cuartillo de vino.

La sobremesa se prolongó un buen rato. Cuando Jaque se despidió, Tiago insistió en acompañarlo. Anduvieron un rato entre callejas hasta alcanzar la

muralla, que siguieron hasta la cercana puerta del Cuerpo Santo. Allí se detuvieron.

—Decidme, señor alférez: ¿estáis interesado en Branca? —preguntó Tiago, que hasta entonces había venido platicando de generalidades.

—Sabéis que sí.

—Quiero decir, si de verdad os interesa. Si vuestros propósitos son honestos.

Rodrigo Jaque lo miró con atención, dudando entre molestarse por la impertinencia o responderle con la verdad. Optó por lo segundo.

—No es ningún pasatiempo para mí. Y menos sabiendo que es vuestra prima, y que también la apreciáis.

Aquella respuesta pareció aliviar a Tiago, que se abrió un poco más y le confió al compañero de armas el renovado interés del padre de Branca por casarla con un sobrino de Reigosa.

—Algo me ha contado del asunto, y sé que está preocupada.

—No es para menos. No me fío de Maciel. Ni, ya puestos, de mis padres.

—No es fácil entender a vuestra prima, y no sé dónde están puestos sus afectos, pero os juro que no se casará contra su voluntad.

—Eso quería oíros decir. Porque tampoco yo lo permitiré.

—Estamos juntos en esto.

—En esto sí.

Se estrecharon la mano bajo el arco de la puerta, entre el trajín de arrieros, compradores, frailes y labradores que aquella hora cruzaban de un lado a otro bajo la atenta mirada de los centinelas.

4

Océano Atlántico

Al inspeccionar el bergantín, Duarte y sus hombres hallaron una docena de prisioneros encerrados en la bodega, listos para ser trasladados a Inglaterra, y los liberaron de inmediato. El patrón de la nave, un hombre apellidado Flynn, se excusó diciendo que ni él ni su tripulación simpatizaban con los ingleses y que aceptaban aquel tipo de encargos sólo por necesidad. De ahí que, por seguridad, permanecieran a bordo varios soldados, como el oficial al que habían dado muerte.

—¿Queda alguno vivo? —inquirió Hernandes.

El patrón miró en derredor y negó con la cabeza.

—Si sobrevivió alguno, debió de arrojarse al agua.

La mayoría de los cautivos pertenecía a la dotación de la nao La Trinidad, de la escuadra de Castilla, naufragada en el condado de Cork, en el extremo suroeste de la isla. Su cabecilla era el contramaestre, Honorio Castellani. Al saber que zarparían de inmediato, se acercó a Duarte, lo informó de la existencia de otro grupo de prisioneros encerrado en la torre de Waterford, a la espera de ser embarcados, le rogó que aguardase hasta la mañana siguiente y que intentase rescatarlos.

Duarte, Hernandes y fray Antonio deliberaron brevemente, pero concluyeron que semejante intento podría poner en riesgo cuanto habían logrado. Si uno de los soldados se había arrojado al agua, los ingleses podrían acudir en cualquier momento.

Sin demora, el bergantín, guiado por su patrón, comenzó a deslizarse hacia el mar, que alcanzaron cuando clareaba el alba.

Como entre los liberados había varios marineros, en la embocadura se desembarcó a algunos tripulantes: el agua y los víveres, pensados para una travesía a Inglaterra, resultaban insuficientes para llegar a España.

Acodado en la borda, Duarte contempló, con las primeras luces del día, cómo se perdían en la bruma las costas de Irlanda. Siete meses había permanecido en aquella isla. Siete largos y penosos meses colmados de infortunios. Había vivido situaciones extremas y presenciado atrocidades sin cuento. Irlanda había puesto a prueba su cuerpo y su alma, su voluntad, su esperanza y su capacidad de resistir. Había sentido el aliento gélido de la muerte tan cerca y tantas veces que aún le temblaban las carnes al evocarlo. Elevó los ojos al cielo gris y turbulento, y buscó, entre los claroscuros de las nubes, algún rastro del Altísimo. No lo halló, pero igualmente le dio gracias por haberlos salvado y oró por las almas de cuantos se habían quedado en el camino.

El proceloso Atlántico les dio la bienvenida con un aguacero que avivó sus temores. Ninguno había olvidado la furia de aquel océano traicionero, último responsable de sus desventuras. Las olas golpeaban el casco con violencia, mas el bergantín, pese a su tamaño, o tal vez gracias a él, cortaba las aguas con solvencia, y acogía con gratitud el viento de poniente que, tomado del través, lo empujaba con fuerza hacia el sur, hacia la salvación.

El patrón, avezado navegante en muchas rutas por Europa, había estado una vez en Ribadeo y sabía bien cómo llegar hasta aquel puerto.

—No pretendemos perjudicaros, señor Flynn —le dijo Duarte—, sólo regresar a nuestra tierra.

Y le prometió que, en cuanto arribasen, solicitaría a las autoridades que le pagaran los gastos ocasionados.

—Os agradezco la intención —repuso el patrón—. Pero no me hago ilusiones. Conozco de sobra la lentitud con que las autoridades sueltan la plata. Y no pienso permanecer en España un solo día más de lo necesario.

Los aguaceros pasaron de largo, el cielo se despejó y la navegación adquirió un ritmo más sereno. Al cabo de algunos días, muchos comenzaron a permitirse la ilusión del reencuentro con los suyos. Algunos aseguraban percibir ya, en el aire salobre, el vago aroma del terruño. Duarte evocaba Lisboa y a los conocidos que allí dejara, especialmente a la familia de Belinha. El recuerdo le resultó de pronto tan remoto como si perteneciera a otra existencia.

Mas aquellas ilusiones se esfumaron la mañana en que el vigía de la cofa avistó unas velas por la banda de babor. Tras observarlas un instante y advertir que seguían rumbo convergente con ellos, el señor Flynn sugirió virar al este para evitar el encuentro; pero la maniobra no dio fruto. Las velas eran la avanzadilla de una flota considerable, de la cual se desprendieron dos navíos que en breve se dirigieron hacia el bergantín.

—¿Qué hacemos? —preguntó Flynn, con visible inquietud.

—Conocéis bien esta nave —respondió Duarte—. ¿Creéis posible escapar?

El patrón escrutó el horizonte en silencio, midiendo distancias y velámenes, y tras unos instantes respondió que no; que aquellos bajeles los alcanzarían sin remedio.

—¿Y vos, señor Castellani, qué decís?

El contramaestre se frotó la barba, dubitativo. Aunque no conocía a fondo las cualidades marineras del bergantín, coincidió en que convenía esperar y ver qué pretendían.

Se pusieron, pues, en facha y aguardaron. Apenas divisaron la enseña de los navíos, comprendieron que la fortuna había vuelto a darles la espalda: eran ingleses. El desánimo y el temor cundieron entre los hombres. Fernando Álamo juró que se arrojaría al mar antes que caer de nuevo prisionero, y se sentó en la borda, con el muslo aún vendado. Allí permaneció un buen rato

mirando las aguas y clamando que jamás volvería a Ayamonte, hasta que fray Antonio logró calmarlo. Otros se pusieron a rezar, a maldecir o incluso a llorar con amargura, vencidos por la fatalidad de verse otra vez a merced del enemigo, cuando ya se creían salvados.

Duarte se forzó a pensar con rapidez. El tiempo era escaso: los navíos estarían pronto sobre ellos. Se le ocurrieron apenas dos o tres opciones, y mandó reunir a los hombres en cubierta para compartirlas.

—Por muy negra que se nos antoje la situación, no debemos ceder al pánico —comenzó—. Ni siquiera sabemos si tienen intención de abordarnos. Por tanto, lo mejor será que la mayoría bajéis a la bodega. En cubierta quedaremos unos pocos. Si suben a bordo y me interrogan —prosiguió—, diremos que somos náufragos de la Armada, que regresamos a nuestra tierra a bordo de este bergantín, fletado por el barón de Tyrrell. ¿Entendido?

Algunos respondieron con un sí tenue, otros asintieron con un simple gesto y la mayoría, sumida en la desesperación, ni siquiera reaccionó.

—Podríamos hacernos pasar por la tripulación de un mercante —propuso de pronto Fernando Álamo—. Naufragamos en las costas de Irlanda cuando retornábamos de Escocia. Sería menos grave que decir que somos soldados de la Armada.

—Sólo hay entre nosotros unos pocos marineros, señor Álamo —objetó Duarte, pensativo—. Alejarse tanto de la verdad me parece peligroso.

—Creo que vale la pena intentarlo —terció el cabo Hernandes—. Poco tenemos que perder.

—En lugar de un mercante —añadió Castellani—, sería más creíble fingir que se trataba de un pesquero, y que volvíamos de la campaña del bacalao.

—Sea —concedió Duarte, viendo que la idea ganaba adeptos—. Deshaceos entonces de todo papel que pueda comprometernos. —Para dar ejemplo, rasgó y arrojó al mar la carta que le confiara Tyrrell. El mensaje, si llegaba el momento de entregarlo, tendría que ser verbal—. Evitad bravatas y hablad lo menos posible. Los que sepáis portugués, usadlo y tratad de pasar por tales. ¿Alguna duda?

Un murmullo, esta vez más animado, recorrió la cubierta.

—Antonio, venid conmigo —ordenó finalmente.

—Será mejor que os acompañe el cabo Hernandes —respondió el fraile, que hasta entonces había disimulado su condición—. Ambos sois portugueses y acaso tengáis, y tendremos, más posibilidades de obtener un trato benigno.

—¿Y qué haremos con los irlandeses? —preguntó en voz baja Hernandes, con gesto grave.

—Hablaré con el patrón —respondió Duarte.

—Dejad los escrúpulos a un lado, que los muertos no hablan —murmuró el cabo.

Se miraron en silencio, cara a cara, durante unos instantes.

—No pienso seguir ese camino, Diego.

Duarte se apartó unos pasos, llamó al señor Flynn, que había seguido el discurso y la discusión con expresión ausente, le explicó lo esencial de lo acordado y le preguntó si estaba dispuesto a colaborar. El patrón, lejos de sorprenderse, se humedeció los labios con la lengua, entrecerró los ojos y respondió con un simple «sí».

—¿Y vuestros hombres?

—Ya os dije que no simpatizamos con los ingleses.

No era la respuesta más tranquilizadora, pero a Duarte no le quedaban muchas opciones. Podía aceptarla… o degollarlos a todos y cargar él solo con la sangre derramada. Estaba convencido de que Flynn había recorrido el mismo razonamiento.

Los dos navíos ingleses aflojaron escotas y se detuvieron a medio cable del bergantín. Desde palos y cubiertas los observaban más de un centenar de hombres, que lanzaban improperios y amenazas, alzaban los puños y hasta dejaron escapar algún disparo. Del menor de los barcos botaron un esquife con varios pasajeros, a los que se sumaron otros dos procedentes del navío mayor.

Duarte seguía sus maniobras con el corazón encogido. La primera impresión no podía haber sido más negativa. Cuando el batel se abarloó al costado del bergantín, Flynn largó un cabo para que los ingleses subieran. Su reserva seguía siendo motivo de preocupación.

En breve, una decena de hombres armados ocupaba el combés del navío.

Duarte y Flynn se adelantaron a recibirlos.

—Capitán Robert Yates, de la Armada inglesa —se presentó un hombre de estatura media, hombros anchos y ojos claros—. ¿Quién comanda esta nave?

Duarte dirigió a Flynn una mirada significativa que lo invitaba a hablar, pero el patrón mantuvo la boca cerrada. Mal empezaban.

—El patrón es el señor Flynn —dijo Duarte, señalándolo con un gesto.

El acento foráneo de Duarte y su tez y pelo morenos levantaron sus

suspicacias.

—¿Sois español? —El capitán Yates se había situado en el centro del semicírculo que formaban sus hombres.

—Portugués.

—¿Qué hacéis en este buque? —inquirió Yates.

—Mis compañeros y yo naufragamos cuando regresábamos de los caladeros de Terranova —replicó Duarte con todo el aplomo que pudo reunir—. Una tormenta nos arrojó contra la costa irlandesa y perdimos el navío, varios hombres y toda la pesca. Por fortuna, el señor Flynn aceptó llevarnos de vuelta a Oporto, de donde partimos.

Al terminar, contuvo el aliento. Los dados estaban echados. Entonces, se adelantó otro inglés, alto, rubio, con autoridad en el porte, y se situó junto a Yates. Sin preámbulo, interrogó directamente al patrón:

—¿Es cierto?

Flynn, con la cabeza algo gacha, tardó unos instantes en responder.

—Son náufragos, ciertamente —dijo al fin—, pero no de un pesquero, sino de un bajel de la Gran Armada. Me contrataron en Waterford para que los condujera de regreso a su tierra, con promesa de pago al arribar.

—¿A Oporto?

—A La Coruña, señor…

—Trenton. Capitán John Trenton.

Un silencio espeso se adueñó de la cubierta. Sobre la borda, los dos navíos ingleses se recortaban como masas oscuras contra el cielo, que comenzaba a cubrirse. El sol se escondía tras unas nubes cenicientas. El viento, moderado, agitaba la jarcia, las velas y los ropajes de los presentes.

—Las mentiras, caballero, no suelen llegar muy lejos —dijo Yates, mientras esbozaba una sonrisa desdeñosa.

—¿Están armados? —preguntó Trenton. Flynn negó con la cabeza. Entonces, volvió a interrogar a Duarte—: ¿En verdad sois portugués?

—Así es —respondió este con voz firme—, y la mitad de mis hombres. El resto son españoles.

Asintió el inglés.

—Quiero que todos salgáis a cubierta, sin escándalo. Y vos, señor Flynn, reunid a los vuestros.

Duarte obedeció. Los prófugos, abatidos, emergieron uno tras otro, sin ánimo ni palabras. Se les indicó dónde situarse, y tendieron las manos sin

resistencia para ser atados, tarea que el propio Flynn y sus marineros ejecutaron con eficacia. Todos los rostros reflejaban la misma expresión resignada.

Mientras se realizaban estas faenas, los capitanes ingleses apartaron a Duarte y le revelaron que su armada navegaba hacia la península ibérica, y que en ella viajaba don Antonio de Avis, legítimo rey de Portugal, dispuesto a recuperar su trono. Añadieron que era voluntad del monarca ofrecer la libertad a cuantos portugueses jurasen lealtad a su causa y se alistasen bajo su bandera.

—¿Estáis dispuesto a jurarle fidelidad a vuestro rey? —preguntó el capitán Yates.

Duarte guardó silencio. En Irlanda ya había rechazado una oferta similar, y su honor le dictaba hacer lo mismo. Pero las penalidades sufridas, el espectro de una nueva prisión, acaso más larga y cruel, y la idea de poder, tal vez, hallar una vía de escape e interceder por los suyos, pesaron más que cualquier principio.

—¿Y bien? —insistió Yates.

—Digo que sí.

—¿Y vuestros compatriotas?

—Habrá que preguntárselo.

—Pues hacedlo —ordenó Trenton.

El resto de portugueses fueron de la misma opinión de Duarte: preferían jurarle fidelidad al Prior antes que arriesgarse a volver a una prisión.

Resuelto aquel trámite, fueron trasbordados al buque de Yates. El resto de fugitivos, en cambio, se quedó en el bergantín, a cuyo patrón se le ordenó poner proa a Plymouth y entregarlos a las autoridades de aquel puerto.

—Necesitaré más víveres —alegó Flynn—. Y agua.

—Lo tendréis —respondió Trenton. Y para asegurarse de que sus órdenes se cumplían al pie de la letra, dejó a bordo una escolta armada.

Apenas una hora después del encuentro, los buques ingleses siguieron la estela de su flota y el bergantín enrumbó al norte y se perdió en el horizonte.

—¿Qué será de ellos? —preguntó Duarte.

—¿Qué será de nosotros? —le respondió Hernandes.

Tercera parte

Mayo y junio de 1589

«¿No se rinde la villa?».

Pedro Calderón de la Barca,
El sitio de Breda

XIX

1
La Coruña

El tres de mayo de 1589, poco después del anochecer, arribó a La Coruña una pequeña zabra proveniente del caserío de Bares. Su patrón pidió ser llevado de inmediato ante el marqués de Cerralbo, que terminaba de cenar en compañía de su esposa. Al día siguiente debía despachar varias causas en la Real Audiencia y deseaba recogerse temprano.

—Que vuelva mañana —le dijo don Juan Pacheco a su ayuda de cámara.

—Insiste en veros, excelencia —repuso el criado con timidez—. Dice que la noticia no admite demora.

No sin cierto enojo, el marqués se levantó de la mesa y acudió al zaguán para atender al molesto visitante. El hombre, de aspecto rústico, lo informó del avistamiento, aquella misma tarde, de una gran flota desde el cabo de Estaca de Bares.

Pese a la gravedad de la noticia, procuró don Juan Pacheco guardar la compostura. La armada inglesa, si de ella se trataba, era más probable que se dirigiese a Bayona, plaza casi fronteriza con Portugal. Escribió, por tanto, una breve nota de aviso que entregó al patrón de la zabra para que la llevase al alcaide de aquella fortaleza, más dos reales de a ocho en recompensa por los servicios prestados.

Despedidos el visitante y su ayuda de cámara, volvió el marqués de Cerralbo al comedor.

—¿Qué ocurre, Juan? —preguntó su esposa, al percibir su contrariedad.

—Nada, nada, querida. Un incidente sin importancia —respondió con una ligera sonrisa. No era propio de un hombre de su calidad mostrarse preocupado por unos cuantos herejes.

Tampoco tenía intención de alterar su rutina, y por la mañana acudió a la Real Audiencia donde, entre otros litigios, había de verse el caso de Marcia Henriques. No era Sancho del Puerto, miembro respetado de la honorable

cofradía de mareantes de La Coruña, persona con la que conviniese malquistarse, en especial en momentos tan delicados, y había decidido mostrarse benevolente.

El edificio se alzaba no lejos de la colegiata de Santa María del Campo. Se accedía por un zaguán estrecho a un patio central al que daban las distintas dependencias. La sala principal era rectangular, de techos altos y grandes ventanales enrejados que dejaban pasar mucha luz. Al fondo, sobre un estrado de madera labrada, se sentaban el gobernador, en su calidad de justicia mayor del reino de Galicia, un oidor, el secretario y dos ujieres. A la izquierda del tribunal, unos bancos corridos albergaban a los acusados y litigantes. El recinto lo llenaban, a pie o sentados donde podían, familiares y amigos de los causantes, testigos, algunos hidalgos ociosos, comerciantes y la legión de curiosos que no falta en parte ninguna.

El primer caso de la mañana se refería, como tantos que se veían en los tribunales, a la partición de una herencia entre hermanos legítimos y bastardos —aunque reconocidos—, que se falló a favor de los primeros, con la salvedad de una parcela de cuatro ferrados que el difunto había legado explícitamente en su testamento a una de sus hijas naturales, que lo había cuidado y había permanecido a su lado hasta el último suspiro. La mujer, apocada y poco favorecida por la naturaleza, dio por buena la sentencia; no así los hijos legítimos, a quienes les quedaban la casa y otras propiedades, ni los bastardos sin herencia, que protagonizaron una discusión con palabras soeces, gritos y amenazas que obligaron al marqués a expulsarlos de la sala.

Viose a continuación el caso de Marcia. Leyó el secretario los cargos contra ella, que levantaron murmullos y alguna protesta entre la audiencia. Declararon a su favor don Sancho, Froilán, Martín Robledo y Genara, la vecina de la calle de la Estrella. Sus testimonios, que hicieron cambiar de opinión a buena parte del público, complacieron a Juan Pacheco, pues le facilitaría fallar en el sentido que ya había considerado.

Le gustó menos que el joven Froilán insistiera en llamar a declarar al anónimo denunciante, para poder indagar en el porqué de su calumnia.

En aquel momento, se oyó alboroto de voces en la puerta de la sala y aún en el patio de la Real Audiencia. Se acercó un ujier a investigar los motivos del tumulto y, a su regreso, comunicó al presidente que se había encendido un gran fuego en el cabo Prioriño.

—¿Un fuego o varios fuegos? —preguntó el marqués de Cerralbo, sin alterar

el gesto.

—Uno solo, pero de gran tamaño —respondió el ujier.

Aquel único fuego era la señal convenida en caso de que fueran muchos los barcos avistados. Tomó nota del asunto Juan Pacheco y decidió, ante la sorpresa de todos, proseguir con el juicio: no había mayor desprecio hacia el enemigo que no hacer aprecio de él.

Consultado el oidor Padilla, falló el marqués que, en tanto no se esclareciera el asunto con posteriores indagaciones, la encausada quedase en libertad vigilada, aunque, para mayor seguridad, debía residir en casa de un vecino de acreditada honradez con el que no tuviera ningún vínculo. Se escogió para ello a don Gregorio Rocamonde, miembro de la milicia vecinal y conocido carnicero de la ciudad vieja, que se hallaba presente en la sala.

Después atendió don Juan otros litigios de menor enjundia, que bien podían haber aguardado ocasión más propicia, y que prolongaron la audiencia dos horas bien cumplidas, hasta que al fin decidió darla por concluida.

Salió Marcia del palacio para reunirse con los suyos.

—Qué alegría, cuñada —le dijo Isabel tras un cálido abrazo—, parece que al fin se acaba esta pesadilla.

—Dios te oiga —respondió Marcia, a quien el fallo había dejado un regusto amargo—. ¿Cómo van las cosas por la Pescadería?

—Desde que el señor Luján está ausente, es una balsa de aceite.

—¿Y la india?

No le gustaba a Isabel que la llamase así, con aquel desdén, pero nada dijo, y se limitó a responder que Yabama la ayudaba en todo y le hacía buena compañía.

También la esposa de Froilán la abrazó y le dio dos besos. Y hasta Antoñita, la estirada mujer de Martín Robledo, le dedicó un escueto *«Me alegro»*. Martín, por su parte, le advirtió que no descansaría hasta encontrar al felón que con tanta alevosía la había denunciado.

—Os lo agradezco de corazón, Martín —dijo Marcia.

Mientras tanto, su tío Sancho se dirigió al señor Rocamonde y le ofreció su ayuda por si necesitara acondicionar la casa para alojar a su sobrina.

—No os preocupéis, señor Del Puerto —respondió el carnicero—. Mi casa es amplia, y en ella vivimos sólo mi esposa, su hija y yo.

Se extrañó Sancho de aquella respuesta, y el carnicero, que lo advirtió, le explicó que su mujer era ya viuda cuando la desposó.

Tras las despedidas, Gregorio Rocamonde guio a Sancho, Marcia y un funcionario de la Real Audiencia hasta su casa, situada en la calle de Herrerías, donde su esposa lo había sustituido durante la mañana en la carnicería. Cambiaron en un santiamén los papeles, y la mujer se ocupó de atender a Marcia e instalarla en una habitación pequeña pero acogedora, con dos puertas, una de las cuales comunicaba directamente con la calle.

—Así tendréis independencia y podréis entrar y salir a vuestro antojo —le dijo, con un guiño cómplice.

—¿No os preocupa que me escape?

—¿Escapar a dónde? ¿No sabéis que los ingleses están ya entrando en el puerto?

Marcia lo ignoraba, y doña María Fernández, en cuanto hubo dispuesto sábanas limpias en la cama, la condujo a la cercana muralla y la hizo subir a una de sus torres. Desde allí, ambas pudieron contemplar una imponente flota que cubría como un manto la embocadura de la bahía.

El marqués de Cerralbo, por su parte, haciéndose por fin eco de los reiterados avisos de los mensajeros, se reunió con su estado mayor para atender, efectivamente, a la defensa de la villa. Tras un breve consejo, determinaron que las dos galeras que se hallaban en el puerto —la Diana y la Princesa—, con un número considerable de soldados a bordo, salieran a reconocer la flota enemiga y la conminaran a dar media vuelta.

Todo lo que antes había sido parsimonia se tornó precipitación. El anuncio de la llegada de los ingleses sembró el pánico entre los vecinos de la villa, un pánico muy distinto del que días atrás habían alimentado los rumores y habladurías. Esta vez comprendieron que nada estaba concluido: el ganado seguía en los campos, la harina en los molinos, los prados sin segar, los barcos a medio cargar. Salieron muchos con apremio en busca de provisiones; quienes no tenían aljibe ni pozo acudían con sus cántaros a las fuentes; alguno recordó una yegua paridera dejada en un caserío de las afueras; su vecino cayó en la cuenta de que la guadaña —única arma de que disponía— había quedado olvidada en la era. Los más confiados regresaron a sus aldeas; los pescadores sacaron del agua barcas y lanchones; los armadores fondearon sus naves bajo la protección del castillo o las llevaron hasta Santa Cruz o El Burgo, en lo hondo de la ría. Entre tanto, barracheles y alguaciles, faltos de órdenes claras, no sabían a qué atenerse: si impedir que los vecinos abandonaran la ciudad o urgir a los indecisos para que se marcharan cuanto antes.

No tardaron las galeras en cumplir su cometido. Luego de soltar un cañonazo de salva, que les fue respondido de igual manera, signo inequívoco de enemistad, volvieron al puerto con nuevas alarmantes: la flota enemiga era de tamaño descomunal, más de cincuenta navíos gruesos y alrededor de ciento cincuenta embarcaciones medianas y menores. A la vista de ello, el marqués ordenó encender una gran hoguera en la Torre de Hércules para llamar a las compañías dispersas, mandó al capitán Pantoja, cabo de las dos galeras, que se apostase junto a la peña de los Cuervos y estorbara al enemigo cuanto pudiera y despachó mensajeros a Betanzos y a Ferrol, con orden de que las banderas allí destacadas regresasen con la mayor urgencia, y a Santiago de Compostela, para informar al arzobispo.

El almirante Martín de Bertendona apostó a la compañía del capitán Diego de Bazán en los barcos de guerra fondeados frente a la Pescadería. Debían evitar que los abordaran y que desembarcaran en el arrabal. Al capitán Monroy se le encargó la defensa del castillo de San Antón, clave en la protección del puerto y de la ciudad. El capitán Troncoso, de la guarnición de la villa, fue enviado con ciento cincuenta arcabuceros al alto de Santa Lucía, con objeto de interceptar una posible progresión por tierra, y el resto de las compañías regulares y de milicias ciudadanas se distribuyeron entre la Pescadería y la ciudad vieja.

Organizada así la defensa, cada cual ocupó su puesto, resuelto a esperar acontecimientos y resistir.

La Contra Armada, impulsada por un viento favorable, desfiló con arrogante majestad frente a la punta de Mera y penetró en la bahía.

En ese momento abrieron fuego los cañones instalados en el castillo de San Antón y en la Fortaleza Vieja. El estruendo de sus bocas reventó la calma del mediodía y pareció señalar el inicio oficial de las hostilidades. No habría ya cuartel.

Los disparos se sucedían sin pausa. Las balas, en trayectorias tensas, surcaban el aire y hacían agua muy cerca de los cascos enemigos. El ataque, inesperado y certero, sorprendió a la vanguardia inglesa: dos de sus barcos chocaron entre sí y fueron a varar en una playa; el resto hubo de ceñirse a la costa para huir del radio de alcance de aquella artillería.

La compañía de vecinos del regidor Francisco Meiranes fue enviada al muro de la Pescadería. Martín Robledo, que formaba parte de ella, se había parapetado tras las almenas del fuerte del Malvecín.

—¡Válgame Dios! —exclamó.

—¿Te asusta el tamaño, Martín? —le preguntó el regidor, cliente habitual de su herrería.

—Lo que me pasma —respondió Robledo, sin apartar la vista de la flota— es la facilidad con que estos herejes han desembarcado en España, cuando nuestra Grande y Felicísima Armada no fue capaz de poner un pie en suelo inglés.

—No te adelantes, hombre —replicó, jactancioso, Meiranes—, que todavía no han venido a tierra.

Desde las almenas podían observar las aguas brillantes de la bahía, sus arenales, sus entrantes y promontorios, y las espesas nubes de pólvora que brotaban del castillo de San Antón.

—Mirad allí, señor capitán. —Martín señalaba con el dedo un grupo de doce o catorce lanchones enemigos que se llenaban de soldados con rapidez.

—¡El Altísimo nos coja confesados! —dijo el regidor Meiranes, y su voz no tenía ya bravuconería alguna.

2

Litoral gallego

En la armada inglesa, la noticia del avistamiento de la península se propagó como la pólvora, y el almirante convocó de inmediato una junta de estado mayor a bordo del Revenge.

Don Antonio de Avis y John Norris fueron los primeros en llegar. El general, pese a la fiereza de su porte, parecía algo fuera de lugar en un galeón. Al portugués, que navegaba ya con rumbo a su sexta década, se lo veía, en cambio, muy complacido en su papel de soberano.

—¿Cabrá la armada en la bahía de La Coruña? —preguntó Norris.

Sir Francis se esforzó por no reírse de la ignorancia del militar con quien compartía el mando de la empresa. Por grande que fuese la flota, en aquella ensenada cabrían el doble, y hasta el triple, de barcos.

—No os quepa duda, John —respondió—. Mañana estaremos dentro, listos para comenzar el asedio.

—Un asedio breve, espero —apuntó don Antonio, preocupado por que el asunto gallego retrasara la operación portuguesa.

—Y un botín abundante —añadió el Dragón del Mar—: La Coruña deberá sufragar los gastos de los inversores.

Incluidos los suyos, por supuesto.

—Y las soldadas de los hombres —añadió Black Jack, serio.

Desde la cubierta del alcázar, la tierra, borrosa por la bruma, se mostraba verde y marrón.

—Cuando entre en Lisboa, gratificaré a cada capitán con un millar de escudos —prometió, magnífico, el Prior. Todo dinero y agasajo se le antojaban poco para mostrar su agradecimiento a quienes lo iban a ayudar a recuperar la corona—. Y con cien a la tropa.

—Bravo por vos, don Antonio —respondió Drake con un guiño travieso. Sabía cómo halagar al portugués—. Los hombres os van a adorar.

El Prior hizo un gesto condescendiente y se atusó, presumido, el bigote. Toda su vida había tenido fama de galán, incluso antes de renunciar a los hábitos, y todavía se sentía como tal.

—Y cubriré de oro a vuesas mercedes —añadió.

Cuando hubieron subido al galeón los comandantes y capitanes convocados, sir Francis los hizo pasar a su cámara, donde desplegó el plano que, gracias a la labor de información, había elaborado su cartógrafo. El gran pliego mostraba la ría, el puerto y las defensas navales de La Coruña con notable detalle.

Inclinado sobre él, Drake explicó las dificultades y amenazas con que podían encontrarse para entrar, la formación que deberían adoptar, así como el lugar donde fondearían las distintas escuadras, pegadas a la orilla oriental, la más alejada de la ciudad. Una vez dentro, y comprobado el despliegue enemigo, desembarcarían por medio de los lanchones en alguno de los arenales disponibles.

El general Norris aseguró que se encargaría de elegir personalmente las banderas que establecerían la cabeza de puente. Don Antonio insistió en que las compañías portuguesas participaran en aquel primer desembarco, pero Drake no estaba interesado en el debate.

—Las primeras tropas en allegarse a tierra serán las que viajan en los navíos de la vanguardia. No se preocupe Vuestra Alteza —el almirante se cuidaba mucho de respetar en público el protocolo—, ni vos, general Norris, porque habrá trabajo para todos. Y cederé a vuesas mercedes el honor de rendir la ciudad.

La reunión prosiguió durante un buen rato. Sería la última antes de llegar a

La Coruña, y convenía despejar todas las dudas para evitar tropiezos y confusiones.

Tras despedir a los comandantes y acompañar a sus invitados hasta la borda del combés, Drake llamó aparte a Trenton y otros capitanes de confianza. Les ordenó formar un escuadrón a retaguardia para evitar posibles deserciones y para que ningún barco cediera a la tentación de separarse de la armada, saquear poblaciones costeras y hacer corso por su cuenta.

—Vamos, sir Francis —dijo el capitán Jervis Wilder con una risotada—, ¿acaso los papistas se merecen algún miramiento?

Drake lo miró con dureza y no respondió hasta que Wilder hubo borrado todo rastro de sonrisa.

—Yo soy el primer interesado en causar a nuestros enemigos el mayor daño posible —explicó con seriedad—. Pero no lo conseguiremos si esta flota se comporta como una jauría de tiburones. Quiero disciplina, y voy a emplear el rigor que haga falta para meter en cintura a los más díscolos. ¿Entendido?

Empezaba a refrescar sobre cubierta. El sol, cada vez más bajo, acariciaba la línea del horizonte.

—Vos estaréis al frente, señor Trenton —prosiguió sir Francis cuando sus hombres se dieron por enterados—, y me daréis las novedades a mí.

A Trenton le chocó el énfasis del almirante en evitar acciones particulares de rapiña, toda vez que él mismo había actuado así en el pasado. Y no es que le pareciese mal. Al contrario: odiaba el desorden. Sir Francis estaba descubriendo, sin duda, que no era lo mismo ser el cabecilla de una escuadra pirata que el almirante de una armada de la Corona.

Tampoco le agradó que lo hubiera puesto al frente del grupo. Wilder y Furthow eran perros viejos, y díscolos, que no aceptarían de buena gana estar bajo sus órdenes. Además, aquel encargo lo distraería de una preocupación más importante.

Desde que supo que La Coruña sería su primer objetivo, no había dejado de pensar en su esposa. Por más que ella lo hubiese rechazado, su seguridad, la de su hijo y su porvenir seguían siendo una fuente constante de inquietud. Por nada del mundo querría que les sucediera una desgracia. Pero su casa, según recordaba, se hallaba en uno de los barrios más expuestos. John Trenton estaba convencido de que tomarían con rapidez aquella ciudad, y se devanaba los sesos buscando la mejor forma de protegerlos sin traicionar a su nación ni levantar sospechas entre subordinados ni superiores.

Al amanecer del día siguiente, la armada prosiguió su avance. A su paso, la costa se iba llenando de almenaras, que anunciaban su llegada. Al alcanzar el cabo Prior, viraron al sur, sobrepasaron el cabo Prioriño y la ría de Betanzos, y embocaron la de La Coruña, en donde salieron a su encuentro dos galeras de hermosa línea, armadas para el combate. Una se adelantó unos cables y realizó un disparo de advertencia para que se detuvieran. Pero el galeón Dreadnought, de Fenner, respondió con una salva que las ahuyentó.

La flota inglesa dobló el cabo de Mera sin encontrar resistencia. Los barcos fueron desfilando por la amplia entrada de la ría coruñesa.

En uno de los extremos de las murallas, el más expuesto al mar, se alzaba una fortaleza con cinco torreones, desde la que los españoles abrieron fuego contra ellos. Bandadas de cuervos y palomas alzaron el vuelo, cruzando raudas sobre los campos, y grupos de gaviotas desplegaron sus largas y afiladas alas y revolotearon, nerviosas y agitadas, sobre las aguas del puerto.

Luego entró en acción un fuerte de construcción más moderna y planos inclinados, situado sobre un islote. A los primeros disparos, que se quedaron cortos, siguieron otros más altos y largos.

Hacia el oeste, anclados junto al arrabal de la ciudad, podían verse tres buques de grandes dimensiones: huesos duros de roer.

En tierra, la gente corría, presa del pánico ante lo que se les venía encima. Filas de aldeanos, con sus escasas pertenencias al lomo, arreaban sus animales rumbo a las puertas de la ciudad. Hombres, mujeres, chiquillos de todas las edades. Los pescadores regresaban al puerto a toda prisa, varaban sus embarcaciones, descargaban las capturas, recogían las redes y echaban a correr por la arena. Las tropas de Norris los miraban desde los navíos con sorna y codicia. ¿Llevarían sus caudales en los sacos? ¿Las vajillas, la plata?

Bien pasado el mediodía, entró en la bahía la escuadrilla de Trenton, que había estado cubriendo la retaguardia. A pesar de sus esfuerzos, algunos buques menores se habían desviado hacia la ría de Betanzos, para hacer el corso por su cuenta. Trenton salió en su persecución, pero eran demasiado livianos y veloces para el Fortune. Los perdió de vista tras unos salientes rocosos y regresó a la formación.

En el puerto, el fuego del fuerte de la isla era tan certero que alcanzó a uno de los buques, y obligó a los más exteriores a pegarse a la costa, entre la punta de Boi de Canto y El Pasaje.

Drake ordenó el desembarco.

Se botaron unos quince lanchones de la escuadra del vicealmirante Fenner, amarrados a los costados de los buques, con sus patrones y remeros listos. Las tropas, armadas con picas y arcabuces, se acomodaron en ellos. Aunque no se veían españoles en la ribera. ¿Dónde estaba la resistencia?

Una vez listos, los lanchones bogaron hacia el arenal de Santa María de Oza. La playa, ancha y de arena blanca, asomaba a intervalos sobre las crestas de las olas.

Las dos galeras que antes les habían salido al encuentro se aproximaron de nuevo para cortarles el paso. Impulsadas por la fuerza de cien galeotes, parecían volar sobre la ría. Los cascos oscuros, los palos desnudos, las hileras de remos mordiendo el agua con impecable sincronía, la proa aguda y el espolón apenas sumergido. Todo en ellas infundía temor. Desde la crujía, sus cañones apuntaron y soltaron una andanada. Una lancha, alcanzada de lleno, se fue a pique con todos sus tripulantes. Otra, al tratar de esquivarla, estuvo a punto de volcar. Los patrones detuvieron la boga y dieron marcha atrás. Sólo uno tuvo el cuajo de detenerse a recoger a los náufragos.

Sir Francis, que observaba la maniobra desde el alcázar del Revenge, en compañía de capitanes y notables, se acariciaba la barba, pensativo. No podía emplear su artillería sin correr el riesgo de herir a los suyos.

Fenner ordenó botar cinco lanchas más, y se embarcó en una de ellas. Drake asintió, complacido. Eso mismo habría hecho él.

—Este Thomas es un hombre de una sola pieza —comentó.

El pequeño escuadrón volvió a arrancar, con parsimonia, rumbo al arenal. Las galeras retornaron con ímpetu. Dos cañonazos, un blanco. Apretaron la boga, arremetieron de nuevo y deshicieron la formación. Desde sus bordas, dos líneas de mosqueteros los hostigaban con puntería. Cayeron los primeros hombres. Los ingleses devolvían el fuego con escaso acierto: los lanchones eran inestables y las galeras se movían deprisa. Para eso servían.

—Habrá que posponer el desembarco hasta la noche —comentó sir Francis, con voz firme y una sonrisa tranquila. Antes muerto que mostrarse preocupado.

Quienes lo escuchaban asintieron con gravedad. Si lo decía Francis Drake —el pirata, el corsario, el favorito de la fortuna—, así habría de ser. Pero, en ese momento, las galeras, que se habían aproximado a la flota más de lo prudente, viraron con presteza y regresaron al puerto.

El almirante, sujetando el júbilo, sentenció:

—El exceso de prudencia no siempre es conveniente.

—Por no llamarlo de otro modo —bromeó el señor Oseley.

Rieron todos, alejados de sus temores. Las lanchas, recompuesta la formación y sin galeras que las estorbasen, alcanzaban ya el arenal de Oza. Los soldados saltaron a tierra con rapidez, cruzaron la playa y ascendieron por el pequeño talud que la separaba de los campos, listos para combatir.

Precaución inútil: nadie los aguardaba allí.

3

Escocia

Durante la travesía a Edimburgo, la Portuguesa se topó con mares gruesos y tormentosos que pusieron a prueba sus capacidades marineras. Pese a las duras condiciones de navegación, Gabriel no quiso dispensar trato de favor a García, y el pequeño paje atendió sus obligaciones en cubierta con un estoicismo propio del más sufrido marinero.

—Una ola más fuerte que otra puede arrastrarlo al agua —le dijo Mahagüini.

—Se embarcó de polizón —respondió Gabriel—. Que apenque con las consecuencias.

A pesar de su aparente rigor, respiró aliviado cuando embocaron el amplísimo estuario del río Forth, en cuya margen meridional se hallaba el puerto de Edimburgo. Allí pudo comprobar tanto la fiabilidad de la información proporcionada por Joao Veiga como la buena disposición de sir John Seton, a quien encontró en su palacete, situado fuera de la ciudad.

El caballero escocés lo recibió con gran cortesía, le mostró la heredad —que incluía campos de cultivo, bosques, un pequeño lago y una hermosa iglesia de estilo gótico— y lo invitó a compartir la cena con su familia. Gran conversador, le explicó que en su juventud había vivido más de un año en España y frecuentado la corte del rey Felipe de la mano de don Juan de Idiáquez y de otros nobles influyentes. El monarca le había concedido la cruz de Santiago, que lucía con orgullo, bordada en rojo, sobre el pecho de su ropilla.

Seton había alojado en sus propiedades, y procurado transporte a Francia en un barco escocés, a varios náufragos de la Gran Armada. Poco después, acogió a otro grupo de fugitivos procedentes de Irlanda.

—¿Y por qué no los enviáis en otro barco escocés? —quiso saber Gabriel.

—Porque aquel viaje, realizado de forma pública y abierta, exigió un arduo trabajo diplomático, e incluso el recurrir al rey Jacobo para obtener garantías de que no serían retenidos en puertos ingleses. He aprendido la lección: es más sencillo que viajen con vos, de forma clandestina, sin permisos ni diplomacias.

Al día siguiente, Seton condujo a Gabriel a la Torre Preston, donde tenía alojados a los españoles. La imponente estructura, un prisma de piedra maciza con troneras y cañones para su defensa, daba cuenta de la inestabilidad política del reino. En realidad, la torre pertenecía a lord Hamilton, cuñado de Seton y también comprometido con la causa española.

Los náufragos recibieron la llegada de Gabriel con claras muestras de alegría. Los dieciocho hombres llevaban más de un mes recuperándose de su larga y azarosa huida a través de Irlanda y Escocia. Seton y Hamilton les habían procurado alimento, abrigo y calzado. Aunque declinaron amablemente cualquier indemnización por los gastos, Gabriel insistió con tal firmeza en pagar la suma estimada por Joao que al fin aceptaron. Aquellos gestos de desprendimiento lo obligaron a revisar la opinión que se había formado sobre el amor al dinero de los escoceses.

Resuelto el asunto económico, apresuraron la partida. La Torre Preston se hallaba apenas a media milla del mar, y Gabriel fondeó la fragata a la vista de ella. Dos días después, una madrugada fría, los náufragos se despidieron de sus benefactores y de las amistades hechas durante su breve estancia y, siguiendo una vereda bien marcada, contentos y nerviosos por igual, se encaminaron hacia la orilla.

—Ha sido un honor tratar con vos —dijo Gabriel a Seton, que había querido acompañarlos hasta la misma playa.

—Lo mismo digo, señor Del Puerto —respondió el caballero, cuya espigada figura pronto se perdió entre la niebla.

El batel necesitó tres viajes para trasladarlos a bordo. Mientras Pascual Laiseca se encargaba de acomodarlos en la bodega, Gabriel ordenó levar anclas y poner rumbo a la embocadura del estuario. Antes de alcanzarla, se levantó la niebla y reveló un mar azul y en calma.

—Ojalá tengamos una travesía tranquila —dijo el piloto Vermeulen.

—Dios os oiga —contestó el capitán.

Lo escuchase o no el Altísimo, la navegación resultó bastante plácida. El viento, que soplaba con fuerza del norte y del nordeste, impulsaba con

velocidad a la fragata hacia el sur, siguiendo la costa oriental de Gran Bretaña, y también les hacía pasar frío, pese a estar bien metida la primavera.

Los pasajeros eran todos españoles, en su mayoría provenientes de la nao Trinidad Valencera, naufragada al norte de Irlanda, algunos de la Rata Encoronada, y uno del galeón San Juan.

—¿Cómo así? —se sorprendió Gabriel—. El San Juan, del almirante Recalde, arribó en octubre pasado al puerto de La Coruña. Yo lo vi entrar.

La noticia animó mucho al soldado, un cabo de infantería que respondía al nombre de Román Pechoabierto.

—Contened vuestro gozo —añadió Gabriel—, porque el almirante falleció a los pocos días.

—Qué gran capitán ha perdido España —se lamentó Pechoabierto, antes de explicar a Gabriel y a cuantos lo escuchaban cómo había llegado hasta allí—: El San Juan recaló en una isla del oeste de Irlanda para hacer aguada, permitir que descansara la extenuada tripulación y reparar el palo mayor, dañado por un cañonazo durante los combates en el canal de la Mancha. Cada mañana, el almirante enviaba una escuadra a tierra para recoger agua y comprar víveres frescos a los lugareños, que se peleaban por vendernos lo poco que tenían. Mas tanta ida y venida acabó por levantar sospechas. Los ingleses nos tendieron una emboscada, nos capturaron y nos llevaron tierra adentro, donde un irlandés acaudalado se apiadó de nuestra suerte e intentó negociar nuestra libertad con los soldados. Les ofreció hasta una libra por cabeza. Tras largas discusiones, consiguió que el jefe del destacamento aceptara rescatar a tres de los ocho cautivos. Aquella fue su última propuesta, y no hubo más remedio que aceptarla.

—¿Cómo hicisteis para elegir a los afortunados? —preguntó Laiseca.

El cabo, un hombre grande, de nariz torcida y dientes podridos, lo miró con desconfianza.

—Lo echamos a suertes —respondió al fin—. Y no crea vuesa merced que los tres rescatados tuvimos tanta suerte, porque las penalidades del camino acabaron con mis dos compañeros. Sólo yo, por la Gracia de Dios, pude llegar a las tierras del noble rebelde Sorley Boy McDonnel, que me ofreció refugio y protección. Allí me reuní con los demás náufragos que componemos este reducido grupo.

Las historias de los otros no eran menos trágicas. Los hombres de la Trinidad Valencera, que tras el naufragio lograron alcanzar la playa, fueron

atacados y diezmados por los ingleses. Apenas unos pocos escaparon a la matanza y vagaron durante semanas por la isla, sin rumbo ni auxilio.

En cuanto a la Rata Encoronada, varó en una bahía del condado de Mayo. El general Alonso Martínez de Leyva, que iba en ella, mandó pegarle fuego para que no cayese en manos del enemigo, y se puso en camino con toda su gente en busca de una urca que se había resguardado en una ensenada próxima, la Duquesa Santa Ana, que los acogió a bordo. Mas cuando un grupo desembarcó para proveerse de bastimentos, la urca levó anclas y se hizo a la mar, sin que nadie acertase a explicarse el motivo.

—Mala suerte tuvisteis —comentó un marinero, atento al relato.

—Eso creímos —respondió el soldado que, con acento de Murcia, narraba la historia—, hasta que supimos la suerte de nuestros compañeros. La Duquesa, sobrecargada con dos tripulaciones, embarrancó más al norte. Fue socorrida, a su vez, por la galeaza Girona, que aprovechó sus maderas y aparejos para hacer reparaciones de fortuna. Después de dos semanas de trabajos penosos, la Girona, con más de mil hombres a bordo, trató de alcanzar Escocia, pero un nuevo temporal le partió el timón y la arrojó contra las rocas. Sólo hubo dos supervivientes.

Las últimas palabras del murciano dejaron mudo y cabizbajo al numeroso auditorio. Sólo Dios sabía los tormentos que habían padecido aquellos hombres. Por curiosidad insana, o quizá para romper el luctuoso silencio, Laiseca preguntó por el origen del peculiar nombre de la Encoronada.

—¿Sufríais acaso una epidemia de ratas?

—No, señor maestre. La Rata, es decir, la nao Santa María Encoronada, pertenecía a la escuadra de Levante. Según me dijo uno de sus calafates, que llevaba años navegando en ella, su primer capitán había sido un genovés tacaño y de mal carácter, apellidado Ratti. De ahí el apodo.

Casi un mes después de haber partido de Londres, la fragata alcanzó la embocadura del Támesis, lo que sembró el temor entre los náufragos. El cabo Pechoabierto, el de mayor graduación entre ellos, fue comisionado para intentar disuadir a Gabriel.

—Tranquilizaos, señor cabo —lo calmó Gabriel—, que tampoco yo quiero caer en manos de los ingleses. Pero en Londres hemos de recoger a otros prisioneros de la Armada que también tienen derecho a la libertad, ¿no os parece?

—Tenéis razón —concedió Pechoabierto. No sólo porque la causa fuera

justa, sino porque intuía que aquel capitán no era hombre al que conviniera contrariar.

—Me alegra que estemos de acuerdo —respondió Gabriel—. Ahora espero que se lo hagáis ver a vuestros compañeros.

Así, la fragata, que navegaba bajo pabellón francés, remontó de nuevo el Támesis y fondeó, como la vez anterior, junto a la Isla de los Perros.

No era poco lo que quedaba por hacer.

4

Oza, ría de La Coruña

A las compañías de la primera oleada siguió otro contingente en un segundo desembarco que las galeras no lograron estorbar. Sólo los cañones de los grandes buques anclados ante la Pescadería hicieron algunas descargas, que, sin embargo, quedaron cortas: su alcance no llegaba hasta Oza. Más y más hombres descendieron a tierra, hasta sumar varios millares.

El ejército expedicionario, bajo el mando de John Norris, avanzó tierra adentro y ocupó sin resistencia el camino de Santiago y el monte Eirís, desde donde se dominaba la ciudad: pequeña, encajada en un rincón rocoso al este de la península, y extendida entre dos playas, sobre el istmo que la unía al continente. Al fondo, recortándose sobre el cielo, se alzaba la Torre de Hércules. Más allá, el Atlántico abierto.

En la Contra Armada viajaban siete banderas de portugueses, todas escasas de hombres. Don Antonio de Avis y sus consejeros, deseosos de magnificar su participación, habían preferido crear el doble de ellas con la mitad de soldados. Ya habría tiempo de engrosarlas con tropas que se les sumasen en tierra lusa.

La compañía de Geraldo bajó a tierra en la tercera oleada y se apresuró a unirse al grueso del ejército. Pese a la incorporación de los huidos del bergantín, apenas sumaban sesenta soldados. Duarte y sus compañeros habían sido encuadrados como simples infantes bajo las órdenes de un tal cabo Pimenta.

Para Duarte, encontrar a Geraldo Henriques en la cubierta del Relief fue una sorpresa desagradable. Desagradable y peligrosa. Tardó unos instantes en reconocer a su viejo enemigo en el oficial que discutía acaloradamente con el capitán Yates sobre la conveniencia de aceptar en su compañía a los náufragos.

Aquel hombre de facciones angulosas y profundos surcos en las mejillas distaba mucho del joven que conociera en los lejanos días de Terceira.

Tampoco Geraldo reconoció al soldado escuálido, barbudo y desmelenado que, bajo el nombre de Eduardo Pinto, juraba lealtad al rey don Antonio. Por si acaso, al hacerlo bajó la cabeza y enronqueció la voz.

—No me engañáis, bastardos —les dijo Geraldo a todos—. Sé que juráis para libraros de las cadenas.

Pero allí estaban, en la cima del monte Eirís, él y todos los portugueses del bergantín, incluidos Fernando Álamo y fray Antonio, que se habían hecho pasar por tales. El último, además, había descubierto su condición religiosa.

—¿Era necesario que os declaraseis sacerdote? —le preguntó más tarde Duarte.

—¿Por qué seguir ocultándolo? En la guerra, todos los hombres necesitan auxilio espiritual, sean del bando que sean.

Su decisión, a la postre, resultó acertada. Geraldo, que no contaba con capellanes, lo aceptó con agrado y, por su mediación, fue mostrándose menos áspero con las nuevas incorporaciones. Por lo demás, pronto entrarían en combate y las fidelidades se pondrían a prueba.

Aunque las penalidades compartidas habían forjado entre los fugitivos una suerte de hermandad, Duarte advirtió que algunos se apresuraban a abrazar la causa del Prior, mientras otros guardaban en lo más hondo su lealtad al rey Felipe. Sólo Hernandes, de espíritu mercenario, parecía indiferente al bando por el que pelear.

Norris dividió sus fuerzas en tres cuerpos. Uno se dirigió al sur, para asegurar el perímetro y prevenir un ataque por ese flanco; el segundo marchó hacia el este, con la intención de dominar la margen oriental de la ría y evitar que la armada fuese atacada desde las alturas; y el cuerpo principal avanzó hacia La Coruña.

El campo estaba punteado de granjas y caseríos ya vacíos, que los soldados saqueaban e incendiaban.

En el alto de Santa Lucía se dejaron ver por primera vez los españoles. Una manga de arcabuceros, emboscada en el paraje, tiroteó por sorpresa a la confiada vanguardia inglesa. Cayeron una veintena de hombres y el avance se detuvo. Los capitanes organizaron un nuevo asalto, pero los enemigos, veteranos curtidos, mantenían una cadencia constante de tiro. Norris ordenó entonces realizar una maniobra de flanqueo. La compañía de Geraldo se

desvió hacia la costa. Descendieron por una vaguada fuera del alcance de los enemigos y desembocaron en una lengua de tierra junto a la orilla, que siguieron doscientas varas hasta el pie del alto.

A Duarte le habían entregado un arcabuz medio desencajado y una mecha que ardía mal. Avanzaba tras el cabo Pimenta, un hombre de cabeza redonda y voluminosa, que apenas cabía en el morrión. Se desplegaron entre rocas y maleza. El petardeo, cada vez más próximo, no cesaba. Cuando estuvieron en posición, Geraldo dio la orden de avanzar. Comenzaron a subir a buen paso, entre sudores y jadeos, pero el fuego español los obligó a agazaparse. Duarte se arañó el antebrazo con una piedra aguda. Observó, curioso, las gotas rojas que le brotaban: las primeras que derramaba por el Prior. Llevaba la cabeza descubierta y una cuera sobre el jubón.

—¡Arriba! ¡Adelante! —Geraldo se puso en pie.

Seguía siendo tan impetuoso como siempre. El alférez, a su lado, hacía ondear la bandera. Sin embargo, los hombres dudaban.

—Putos mierdas —escupió Diego Hernandes, que también se levantó y echó a andar con decisión.

Su gesto galvanizó al resto, pero los españoles no se dejaban flanquear. Habían iniciado una retirada por la orilla, y lo hacían con pericia, formados en cinco líneas que se relevaban para mantener el fuego constante. Disparaba la primera, que luego retrocedía para recargar; le seguía la segunda, y así sucesivamente, hasta que la primera volvía a estar en posición.

Frente a semejante disciplina, sus esfuerzos resultaban vanos. El cabo Pimenta recibió un balazo en el cuello y cayó. Duarte trató en vano de auxiliarlo. El herido lo asió por la cuera, musitó unas palabras ahogadas en sangre y expiró. Duarte le cerró los párpados, se hizo con su arcabuz y siguió tras sus compañeros, que poco pudieron hacer para evitar el repliegue escalonado del enemigo.

Tampoco las tropas inglesas consiguieron envolverlos. Los buques fondeados en la Marina abrieron fuego y cubrieron la retirada de los suyos. La persecución se detuvo frente a la muralla que cerraba el istmo.

Norris se apostó en una de las muchas casas situadas frente a aquella defensa y la observó con atención: no pasaba de ser un muro almenado de piedra y tapial, de quinientas varas de longitud y cuatro de altura, con un fortín en un extremo y, en el centro, una puerta protegida por un revellín. Nada que pudiera detener su avance.

Para impedir toda salida de la ciudad o la llegada de auxilios, ordenó cavar de inmediato una trinchera paralela a la muralla. A fin de cubrir a los zapadores del fuego de los tiradores apostados en las almenas, mandó levantar a toda prisa un parapeto de gaviones y desplegó escuadras de mosqueteros tras los cercos de piedra que jalonaban el campo, con lo que se entabló un duelo de puntería que se prolongó durante horas.

Sir Francis Drake desembarcó por la tarde, para conferenciar con Norris y coordinar la estrategia naval y terrestre. Pero sus concepciones e intereses eran tan distintos que no tardaron en chocar. El general quería que, al día siguiente, mientras sus tropas asaltaban el muro de la Pescadería por tierra, los galeones reales destruyeran a los tres grandes navíos españoles y desembarcaran en la playa del arrabal.

A Drake le parecía imprudente exponer de aquella forma a sus preciados galeones. En su opinión, debían emplazar varios cañones en una altura que dominase el puerto, para castigar desde allí a los buques enemigos antes de cualquier acción directa.

—¿Y no vais a atacar? —preguntó Norris, con desconfianza.

La respuesta de Drake fue rápida y presuntuosa:

—Por supuesto. Una vez los hayamos neutralizado, enviaremos las lanchas contra la playa.

—¿Y vuestros galeones?

—A buen recaudo, John. ¿O acaso deseáis viajar hasta Portugal en chalupas?

Norris aceptó de mala gana los planes del almirante. Comenzaba a comprender que, en el mando conjunto, Drake se había reservado la parte del león, pues el ejército, escaso de caballería y sin artillería de sitio, dependía por completo de la flota.

Trenton fue testigo del desencuentro. Aunque su puesto estuviera a bordo, había desembarcado con las tropas que transportaba el Fortune, al mando del capitán Sydeman. Ya en tierra, buscó al almirante con la excusa de pedirle instrucciones respecto a las embarcaciones que se alejaban de la armada.

—¿Debo seguir guardando el perímetro?

—Dejadlo. Encomendaremos esas labores a una escuadrilla de filibotes, más veloces, y menos útiles en el sitio. Para vos tengo otra tarea.

—¿Qué tarea? —inquirió Trenton.

—Mañana situaremos varios cañones en aquel promontorio. —El índice de sir Francis señaló el lugar escogido, un roquedal situado al oeste de Oza—.

Pero antes habrá que allanar el terreno.

A Trenton no le apetecía aquella tarea, pero tampoco deseaba que lo alejaran de las operaciones terrestres, y obedeció sin rechistar.

Mientras tanto, el ejército se preparaba para acampar. Se alzaron algunas tiendas —pocas, pues todos esperaban dormir al día siguiente en la villa—, se cavaron letrinas, fosas para los muertos y se encendieron hogueras donde calentarse y cocer un bocado tras los combates. Norris y sus capitanes no iban a permitir el descanso. Escuadras sueltas o compañías enteras cruzaban el campamento, siluetas cada vez más oscuras, rumor de herrajes, armaduras, voces de mando, las luciérnagas rojas de las mechas. De cuando en cuando, una descarga de arcabucería daba fe de alguna escaramuza en el perímetro.

Trenton decidió pernoctar en el Fortune. Le aguardaba un día difícil. En algún lugar tras aquellas murallas descansaban su mujer y su hijo. Mientras volvía a bordo, vio los resplandores de los caseríos incendiados, que se recortaban en la luz menguante del atardecer. Parecía que aquella iba a ser la tónica de la campaña. Pero, conociendo a sus jefes, ¿qué otra cosa cabía esperar?

XX

1
La Coruña

—¡El enemigo está en las puertas!

Como en Roma ante el avance de las tropas cartaginesas, así en La Coruña se repetía aquella frase —gritada o susurrada, con pánico o con mesura— en las casas, en las calles y las plazas, en los mercados. En las esquinas. No había rincón donde alguien pudiera aislarse de lo que ocurría.

Durante la noche, en medio de una tensión sostenida, lograron entrar en la ciudad dos compañías venidas de Betanzos. Tras ello, siguió una amanecida atronadora, en la que los cañones no cesaban de rugir. Los de la Fortaleza Vieja y los de San Antón, con un alcance efectivo de media milla y máximo de una, mantenían a raya a cualquier navío que pretendiera acercarse al puerto. Los del fuerte Malvecín, más pequeños, disparaban contra las posiciones inglesas frente al muro de la Pescadería, y contra cualquier barco o lancha que se aproximase desde la bahía. La artillería de los tres navíos anclados junto a la playa mantenía un duelo de larga distancia contra una batería que los enemigos instalaron en un roquedal del Puente del Gaitero: tres piezas de bronce de veinticuatro libras que embarcaron en lanchones y las trasladaron a tierra, sin que las galeras Princesa y Diana hicieran mayor cosa por impedirlo. Al principio, alertadas por los gritos de los soldados, cruzaron raudas las aguas del puerto y dispararon, como el día anterior, contra las lanchas, sin hacer blanco en ellas. Se aproximaron más, pegadas a la costa, para esquivar el fuego enemigo, cuyas balas, altas, cortas o desacertadas, no las alcanzaban. La boga ágil y la maniobra precisa las llevó a tres cables, a dos… Cuanto más cerca, menos riesgo.

—¡Santiago! ¡Santiago! ¡A por ellos! —clamaban los coruñeses desde las murallas.

Pero cuando las galeras tenían al enemigo al alcance de la mano, todo el valor mostrado se tornó en flaqueza, y sus capitanes, faltos de ánimo, ordenaron

hacer ciaboga y regresar a la protección del castillo de San Antón. Los soldados desde la isla los increpaban y les exigían volver a la carga. Mas Pantoja y Palomino, sus capitanes, lejos de obedecer, abandonaron el puerto y pusieron rumbo a Ferrol.

Gracias a aquella retirada, los ingleses instalaron con facilidad la batería en el Gaitero, que comenzó un durísimo castigo contra los tres navíos, que, si bien se defendieron, e incluso descabalgaron una de las piezas enemigas, eran blancos inmóviles, demasiado fáciles. Hora tras hora, andanada tras andanada, los fueron acribillando hasta que su defensa se volvió imposible.

Martín de Bertendona ordenó incendiar los barcos y evacuar a los defensores, no sin antes dejar minada la bodega del San Juan, que reventó justo cuando una lancha enemiga se abarloaba para hacerse con sus estandartes. La explosión alzó una gran nube de humo que oscureció el cielo durante largo rato e impregnó la bahía de olor a pólvora.

—Unos cuantos herejes se han muerto allí —comentó en el muro del istmo Gregorio Rocamonde, el carnicero.

—El ansia de gloria qué mala es —le respondió Martín Robledo, que lo acompañaba en el puesto.

—Y qué poco nos importa —apostilló otro arcabucero de la bandera de Meiranes.

Sin galeones ni galeras, la Pescadería quedaba desguarnecida por la playa de la Marina, demasiado desenfilada del Malvecín y de San Antón como para que ofrecieran cobertura eficaz. El desaliento cundía. La inquietud, el miedo hacían presa en los corazones. Por bien fortificada que estuviera la ciudad —que no lo estaba—, ¿cómo detener una flota tan inmensa?

Ante la nueva situación, el marqués de Cerralbo mandó reforzar la defensa del muro de la Pescadería con varias compañías de soldados regulares y de vecinos, desde el Malvecín hasta el Caramanchón, junto a la playa del Orzán.

Algunos capitanes eran del parecer de desamparar el arrabal, cuya defensa se auguraba tan encarnizada como inviable, para concentrar los hombres en la ciudad vieja.

—No cederé un palmo de tierra al inglés —les respondió Juan Pacheco con la arrogancia de un príncipe—. Si la quieren, que la ganen a sangre y fuego.

Vanas palabras, cuando no las respaldan las obras.

Previendo, no obstante, que aquella noche pudiera perderse la Pescadería, dispuso que se trasladaran intramuros provisiones, munición, plomo, mechas y

bastimentos almacenados en ella, para hurtarlos al enemigo. Tarde llegó la orden. No se contó con que el volumen era enorme: bizcocho, cecina de buey, tocino, garbanzos, aceite, armas y vino —mucho vino—, acopiados para la Gran Armada. Ni se pensó en el esfuerzo que exigiría trasladar las diecisiete piezas de bronce del galeón San Bernardo que habían sido bajadas a la playa mientras se le daba carena.

Tampoco en que soldados y milicianos, ocupados en los muros y baluartes, poco podrían ayudar. Ni en que los vecinos de la Pescadería andaban atareados en poner a salvo sus propios bienes y hacienda, la barca, los muebles y enseres conseguidos con tanto sacrificio, las redes, los reales escondidos, aquel cofre o esa basquiña de seda, y corrían cargados con sacos y costales, con cajas y brazadas, con cántaros en la cabeza o en las caderas, sin orden ni concierto. Se ayudaban unos a otros, o se discutía con el pariente, con la comadre, por una espuerta, por una gallina, por la cuerda de un tendedero. Se arreaban cerdos y vacas, se recorrían calles y callejas, se atoraban las puertas de la muralla; se asomaban unos a la playa de la Marina, temerosos del desembarco, otros a la del Orzán, en busca de refuerzos o de más velas enemigas.

Isabel y otras hermanas ayudaban a las monjas del convento del Carmen a poner a salvo en el beaterío de Santa Bárbara los objetos litúrgicos, imágenes y cuadros sagrados, ornamentos de mayor valor, ropa y víveres. En los rostros tensos, en las lágrimas, podía leerse el dolor de aquellas mujeres por verse obligadas a abandonar la morada del Señor, que en su nombre habían custodiado: los lugares familiares, el huerto, el refectorio, la pila de agua bendita, las celdas, la baldosa dura, bajo el sencillo crucifijo, donde cada noche se habían arrodillado a elevar sus plegarias.

Sus cuitas no diferían de las que afligían a los frailes del convento de Santo Domingo o a los sacerdotes de San Jorge, que igualmente trasladaban intramuros sus objetos y enseres, el sagrario, los candelabros de plata, libros de la biblioteca, atemorizados por el estampido incesante de la artillería, el escopeteo, los heridos en camilla, los escalabrados.

Algunos buenos cristianos, al ver la carga que llevaban los religiosos, les ofrecían su ayuda de buena gana. Otros, más ocupados en lo propio, pasaban con indiferencia o miraban sus pertenencias con ojos de ratero.

Tras varios viajes entre el arrabal y el beaterío, Isabel se dirigió a la calle de la Estrella. El trajín del día la había dejado exhausta, y agradeció la cazuela de berenjenas con que la recibió Yabama. Mientras daban cuenta de ella, le contó

que se había acercado a la playa para observar los combates de la bahía.

—¿Con el niño? —había alarma en la voz de Isabel.

—Media villa estaba allí.

—Pero ha explotado un barco.

Se encogió de hombros la mestiza y le narró la cobardía de los capitanes de las galeras, que se arrugaron frente al enemigo y abandonaron la bahía.

—¿Cómo lo sabes?

La pregunta de Isabel quedó sin respuesta, porque en ese momento llamaron a la puerta. Yabama depositó sobre la mesa el barreño con los platos sucios y se apresuró a abrir. Era Marcia.

Quietas en el umbral, las mujeres se contemplaron durante unos instantes: morena la una, con el pelo cobrizo y los ojos amarillos; blanca la otra, con la tripa henchida y la mirada chispeante. Los rayos oblicuos del sol proyectaban la sombra de un tejado en la fachada de enfrente. Bajo una ventana, dos gatos, con los pelos erizados, se amenazaban entre bufidos.

—¿No vais a presentarnos? —preguntó la mujer que acompañaba a Marcia.

La pregunta de María Fernández relajó la tensión. Yabama franqueó el paso y las tres mujeres se encaminaron a la cocina.

—¿Qué haces aquí? —Isabel estaba a un tiempo extrañada y contenta de ver a su cuñada moverse con libertad.

—Mi esposo combate en el muro, con don Francisco Meiranes —explicó María Fernández—. Mientras esté a mi lado, doña Marcia podrá moverse por donde le plazca. ¡Y que alguien trate de impedírselo! —añadió, con los brazos cruzados bajo el pecho y un dejo de desafío en la voz.

Marcia le sonrió con gratitud.

—La Pescadería corre peligro —dijo—. Mucha gente está trasladando sus pertenencias a la ciudad.

—Lo sé —respondió Isabel con placidez.

—Vámonos, entonces.

—¿A dónde?

—A casa de mis tíos.

—Estoy agotada.

—Por eso estamos cuatro —zanjó Marcia, y se apresuró a buscar un saco en el que comenzó a meter los objetos más valiosos.

Un rato después, las mujeres, con los bultos a cuestas, se sumaban a la marea que discurría por la calle de San Andrés en dirección a la puerta de Aires. Las

cargas más pesadas las llevaban Yabama y María, una joven más fuerte que corpulenta, de abundante cabellera castaña y rostro por lo general afable. Las calles de la ciudad vieja mostraban también un ajetreo inusual.

En la casa de los Del Puerto las recibió Dominga, esposa de Froilán, que metió los alimentos en la cocina y les mostró la habitación donde podrían guardar los bártulos y dormir Isabel y Yabama. Su marido y su suegro, cargados de hierro, se habían sumado a la defensa, y Sanchete, su hijo mayor, daba vueltas por el patio, rabiando por no poder seguir el ejemplo de su padre.

—Trabajo me cuesta contenerlo —comentó Dominga, con un deje afligido.

Al poco apareció Antoñita, temerosa de quedarse sola en la fragua. Sus ojillos azules, algo miopes, miraron con suspicacia a Yabama. La tarde daba sus últimas boqueadas y los combates arreciaban. El estruendo de cañones y explosiones persistía, más cercanos o amortiguados por la distancia, pero constantes. Un rapaz cruzó a la carrera la plazoleta cargando una larga pica.

—¿Dónde vas, Tomasiño? ¿A qué las prisas? —quiso saber Antoñita.

—Esta lanza es para mi señor padre —respondió el zagal. Y gritó, mientras se alejaba—: ¡Los herejes atacan el castillo de San Antón!

La noticia agitó aún más a los corrillos reunidos en la plazuela de Santa Bárbara. María Fernández, que tenía un niño de pecho, se despidió para ir a atenderlo.

—¿Venís, Marcia?

—Aún hay cosas de valor en la Pescadería —respondió esta, dubitativa. No quería abusar de la autonomía que le ofrecía su nueva amiga.

Isabel la sacó del aprieto.

—Nosotras nos encargamos.

Dejó a Santiaguillo en brazos de Dominga y se dirigió de regreso al arrabal.

—Voy con vosotras —dijo Antoñita, mostrándoles una cesta con una merienda para su marido—. Está en el muro desde el amanecer.

La puerta de Aires estaba colapsada por la multitud, y se desviaron a la izquierda, hacia la puerta Real, que daba a la plaza del mercado. La cruzaron y siguieron la línea de la costa hasta las primeras casas de la Pescadería. Desde allí veían los fuegos que iban encendiéndose en el campo enemigo y el islote de San Antón, ya en sombras, que estaba siendo atacado por cuatro grandes navíos. A su estela, unas lanchas cargadas de soldados aguardaban el momento de emprender el asalto.

Una brisa suave arrastraba con desgana el humo de los disparos. Lenguas

rojas, poderosas, asomaban por uno y otro costado. Si los navíos rugían, más lo hacían las culebrinas del castillo. Tras cada estampido, un zumbido hondo y sobrecogedor; luego el impacto. Y un segundo, y un tercero, superponiéndose en un bramido constante. Tan próximos se hallaban unos de otros que también los mosquetes entraron en juego. Los cañones de la Fortaleza Vieja se sumaron al estruendo. Cuatro fogonazos, casi al unísono, iluminaron las almenas. Su rugido era más agudo, más silbante. El humo ocultó las torres unos instantes, antes de deshilacharse y elevarse al cielo.

—¡Dios guarde! —Antoñita se echó sobre la cabeza la mantilla de lana que llevaba en los hombros. Era mayo. Hacía fresco—. Menos mal que mi Martín está en el muro.

Crujió la madera y una vela se vino abajo, rota la entena de la gavia. Los navíos ingleses comenzaron a alejarse del islote, remolcados por las lanchas, que no habían tenido oportunidad de entrar en acción.

Un grito de júbilo se extendió por la playa. Eran los soldados de las dos compañías que el marqués había enviado a proteger la Marina de un posible desembarco, soldados regulares del Tercio de Sicilia, aunque insuficientes para cubrir toda la playa, sin fajina, ni reparos, ni más protección que sus armas y su valor.

Las mujeres reemprendieron la marcha calle Real adelante, de repente invadida por una procesión de gente con antorchas encendidas. Cantaban, rezaban y lanzaban vítores al viento. La encabezaba un sacerdote con una gruesa cruz en brazos. Los participantes, en lugar de imágenes pías, portaban a tres mancebos a hombros.

—¿Qué ocurre? —Antoñita, siempre curiosa, fue la que preguntó.

—Han saltado el muro y rescatado la cruz de la ermita del Humilladero —respondió una mujeruca vestida de luto, con un dedo flaco en alto.

—En las narices de los herejes —añadió un zagal.

—La vamos a dejar en la Colegiata —dijo otra mujer.

—¡Bueno, si es Juanillo González! —exclamó Antoñita, y, señalando a uno de los héroes, palmoteó con ganas—. Voy a acompañarlos.

—¿Lo conocéis?

—Es un criado del oidor Padilla —respondió con entusiasmo—. ¿Podéis llevarle el cesto a don Martín?

—Claro —aceptó Isabel, y se puso en marcha con una sonrisa, mientras la procesión, cada vez más numerosa, continuaba su recorrido hacia las puertas

de la villa.

En la calle de la Estrella, la casa estaba abierta. Yabama desenvainó su cuchillo y entró seguida de Isabel. El crepúsculo se tornaba en noche, y apenas se veía. Al fondo, un resto de claridad enmarcaba la puerta del corral. Salieron a él. Olía a sardinas asadas. En un patio cercano, alguien se estaba dando un festín. Un muchacho dio un grito.

—¡Madre santa! ¿Qué haces aquí? —preguntó Isabel.

El muchacho tardó en responder, sobresaltado por el cuchillo de Yabama.

—¡Ah! Ladrón —lo acusó la mestiza.

—No, no. —Alzó las manos como un prisionero. Era muy joven, quizá doce años—. Me ha enviado el señor Luján a recoger su baúl. —Y señaló hacia la estancia adosada a la casa.

—¿Ahora?

—Puede haber pillaje.

—¿Y qué hay en ese costal?

—Más pertenencias suyas, señora.

—Anda, cógelos y márchate —le dijo Isabel.

El baúl era muy pesado, y Yabama lo ayudó a moverlo hasta la calle. Isabel encendió una vela en el cuarto del cabo Luján. Estaba todo revuelto, con objetos caídos, el colchón al descubierto, las frazadas en el suelo. El zagal lo había registrado en busca de algo valioso. Una pérdida de tiempo, porque allí no había nada: las cuatro cosas del inquilino, trastos viejos, cachivaches y telarañas.

—¿Te importa entregarle el cesto al señor Robledo? —preguntó Isabel a Yabama—. Yo me quedo aquí, guardando la casa, y de paso descanso un rato.

—¿Sola?

—El peligro está donde tú vas. Ten mucho cuidado.

Yabama le sonrió de modo enigmático. De alguna manera sibilina y cargada de misterio, se sentía protegida de los peligros, lo que la impulsaba a comportarse con temeridad y desprecio de la propia vida.

2

Londres

Joao no defraudó a Gabriel. A su regreso a Londres había conseguido liberar,

como había prometido, al señor Gregorio Soutomaior, a su criado y a un grumete de la nao San Salvador.

El joven agente le confesó que para conseguir la libertad de aquellos hombres bastó sobornar a dos carceleros de la prisión de Bridewell.

—¿Un soborno de cuánto? —quiso saber Gabriel.

—De trescientos veinte escudos —respondió Joao.

—¿Habéis regateado mucho?

—No tanto. Con esa cantidad pueden salir de pobres. Es cinco veces lo que cobran en un año.

No quiso Gabriel indagar qué método habían empleado para sacar a los tres hombres sin levantar sospechas de otros custodios o de los guardianes de la puerta. Prefería centrarse en el aspecto económico del asunto.

—Sus amigos de Lisboa me entregaron novecientos. Deberé devolverles el resto.

—Eso tratadlo con el señor Aranda —respondió Joao, algo más cauto.

Así hizo Gabriel, pero Manuel Aranda no iba a permitir que se le escapara un solo real de su presupuesto.

—Tened la seguridad, amigo mío —le dijo—, de que el dinero restante, más el monto completo del situado, lo emplearemos en liberar prisioneros que carecen de medios para pagar su rescate.

—Eso espero.

—Así será. Es menester mostrar cierta solidaridad hacia quienes menos tienen, ¿no creéis?

Resignado a no llevarse un real de los novecientos escudos, y con dudas sobre la promesa de Zarco, Gabriel se apresuró a embarcar a los recién liberados y poner, de una vez por todas, rumbo a España.

El día previo a la partida, poco antes del mediodía, Joao se presentó en la fragata con Fátima, una hermosa mujer de rostro adolescente y soberbia cabellera castaña que deslumbró a toda la tripulación.

—Estimado señor del Puerto, es una alegría poder saludaros —le dijo Fátima con timidez.

—La alegría es mutua. Pero dejemos las formalidades a un lado, que eres mi cuñada —respondió Gabriel, que la había visto cuando era niña y no guardaba ningún recuerdo de ella. Pese a darse un aire de familia, no se parecía mucho a Marcia: la nariz, si acaso, el óvalo del rostro y algunos gestos.

Durante un buen rato intercambiaron noticias sobre sus vidas. Gabriel la

puso al tanto del estado de buena esperanza de Marcia, lo que complació sobremanera a Fátima.

—Si está tan embarazada, ¿qué haces aquí?

—Eso mismo me pregunto yo. —Gabriel pretendió esquivar la respuesta con una encantadora sonrisa.

Fátima fingió no notarlo y le contó que su hermano Geraldo se había embarcado en Plymouth con el séquito del Prior do Crato para participar en la reconquista de Portugal.

—Eso nos convierte en enemigos —dijo Gabriel.

—Es una forma de verlo.

—¿Es que hay otra?

—Por supuesto: que ahora somos parte de la misma familia.

Gabriel mandó extender una lona sobre la cubierta del alcázar y allí ofreció a sus visitantes un almuerzo con lo mejor de su bodega. Mientras comían, García se acercó a su padre y le pidió permiso para acompañar a Mahagüini a cazar un venado, o un jabalí, en la otra orilla del río. Gabriel se lo pensó dos veces, pues ignoraba cuán guardada estaría la caza en aquellas tierras, y el medio indio, que captó sus aprensiones, añadió que les vendría bien un poco de carne fresca para la travesía.

—Pero andaos con cuidado — accedió al fin, para contento de su hijo.

—¿Es tuyo ese chico? —preguntó Fátima en cuanto se hubieron marchado.

—Así es —respondió Gabriel. Y se animó a contarle cómo había conocido a su madre durante sus años de pirata en el Caribe.

—Tu vida parece más apasionante que la del mismísimo Amadís de Gaula —bromeó Fátima.

—No más que la de tu esposo.

La respuesta de Gabriel provocó una mueca inconsciente en Joao.

—Mi vida es tan sedentaria que ni siquiera me he animado a seguir al Prior —se apresuró a decir.

Tras el almuerzo, Pascual Laiseca y Vermeulen, que competían en atenciones hacia Fátima, se ofrecieron a enseñarle hasta el último rincón de la fragata. Aprovechando su ausencia, Joao entregó a Gabriel el informe de situación prometido por Zarco y le anunció que la Contra Armada inglesa había zarpado ya de Plymouth.

—Más de doscientos navíos, entre grandes y pequeños.

Gabriel soltó un resoplido: la cifra superaba ampliamente al número de

unidades con que la Gran Armada había partido de Lisboa.

—La diferencia en tonelaje, y en hombres, quizá no lo sea tanto —apuntó Joao.

—¿Y su destino?

—Santander, el más probable. Pero… —El joven carraspeó con discreción.

—¿Qué más queréis decirme?

—También cabe la posibilidad de que se dirijan a La Coruña.

—¿La Coruña? —repitió Gabriel.

—O Bayona.

Una ráfaga agitó la jarcia y le arrancó un lamento. La fragata se balanceaba con la suave corriente.

—Deberemos darnos prisa, entonces —dijo Gabriel, con tono neutro, como si aquella información no le afectara—. Por cierto —añadió—, ¿cómo hacéis para mantener a Fátima ajena a vuestro trabajo? No ha de ser fácil.

—Nada fácil —reconoció el portugués.

—¿Y no teméis el riesgo?

—Hasta ahora he sabido guardarme.

—No quiero imaginar lo que os harían vuestros compatriotas si descubrieran para quién trabajáis.

Joao sonrió con la timidez de quien no se atreve a confesar que los riesgos, más que amedrentarlo, lo estimulaban.

—Venid conmigo —dijo Gabriel de pronto, en uno de sus inusuales impulsos—. Los dos. Os cederé mi camarote para que el viaje sea más cómodo, y en unos días estaréis en España. Sois un hombre despierto y estoy seguro de que sabréis cómo ganaros la vida.

—¿Y el señor Aranda…?

—Olvídate de Aranda —lo tuteó, ya sin reservas—. O mejor: haz como él, que siempre antepone sus intereses a los de los demás. Ya encontrará a otro corresponsal con quien reemplazarte. Pase lo que pase con la armada de Drake, Inglaterra no será un lugar seguro para los extranjeros.

Joao alzó la vista y se mordió el labio. El cielo parecía tan caótico como sus pensamientos: nubes altas, aborregadas y perladas; otras medias, dispuestas en estratos; y, más abajo, densos nubarrones grises que apenas dejaban asomar jirones de azul. Movió la cabeza en un gesto que anticipó la respuesta.

—Queda mucho por hacer, Gabriel —explicó—. Hay prisioneros por rescatar, en los alrededores de Londres y más allá. Sé de un tal sir Daniel, cerca

de Portsmouth, que tiene a unos desgraciados muriendo de hambre porque la Corona no quiere hacerse cargo de su manutención. Además, no es fácil infiltrar a alguien en donde yo estoy, ni ganarse la confianza de quienes me respaldan. Y, como dices, sigue siendo crucial, especialmente ahora, saber qué traman los seguidores del Prior do Crato. Pero gracias por la oferta.

—Prométeme, al menos, que si la situación se vuelve insostenible, saldrás huyendo. Conozco a un contrabandista de Cherburgo que puede ayudarte a cruzar a Francia.

—Lo prometo —accedió Joao.

Gabriel le dio las señas y el modo de localizar a Jubert, y se comprometió a avisarlo en caso necesario. Joao, agradecido, prefirió no arruinarle el gesto mencionando que ya contaba con otros contactos si llegaba el caso.

El matrimonio no tardó en marcharse en el bote que Joao había alquilado en un muelle de Londres.

—Hermosa moza, vive Dios —murmuró Laiseca mientras los veía alejarse, corriente arriba—. Qué suerte tienen algunos.

—Cuida esa lengua, señor maestre, que es mi familia —le reprochó Gabriel, sin mucha severidad. También él tenía la mente puesta en la joven pareja, y se preguntaba cuándo volvería a verlos, si acaso alguna vez lo hacía.

—Con todo el respeto lo digo, capitán. Unas horas más a bordo y no habría respondido de los hombres.

—¿Los hombres? A mí me preocupaban más los oficiales —bromeó Gabriel. No sospechaba que las emociones de aquel día estaban lejos de haber terminado.

Hacia media tarde, Mahagüini regresó solo.

—¿Y García?

—Lo han capturado.

—¿Cómo? ¿Quiénes? —se sorprendió Gabriel—. ¿Qué diablos ha ocurrido, Antonio? —Las preguntas se atropellaban en su cabeza.

—Los guardianes del coto —respondió Mahagüini, tragando saliva.

Y luego le explicó, con pocas palabras, que los habían debido ver mientras cazaban, los habían seguido y habían cogido a García.

A Gabriel le costó sacarle el resto de la historia: mientras huían, el chico tropezó y los cinco perseguidores se le echaron encima. Mahagüini se detuvo a unas varas de distancia, con el mosquete en las manos, y les pidió que lo dejaran ir, pero los guardias se negaron: cazar allí estaba prohibido. Aunque al

momento cambiaron de opinión y le pidieron dinero por liberarlo.

—¿Cuánto dinero?

—Treinta libras.

—¿Y tú qué dijiste?

—Que volvería con ellas. Nos dan de plazo hasta el ocaso. Si no pagamos, lo entregarán al sheriff para juzgarlo por cazar en los terrenos de la reina. —Mahagüini se acercó a la borda de estribor y señaló hacia la espesura del coto de Greenwich—. Uno de ellos nos vigila desde la orilla.

Gabriel escrutó el bosque, pero no alcanzó a distinguir figura alguna.

—Podría ser una trampa.

—Podría. ¿Qué hacemos?

—No voy a romperte la cabeza, así que tendremos que pagar.

No podía presentarse en La Coruña sin García. Yabama jamás se lo perdonaría. Y quizá tampoco Marcia.

3

Barrio de la Pescadería

Las hostilidades se habían trasladado al muro que cerraba el istmo, donde las compañías que lo guardaban llevaban todo el día escaramuzando contra un enemigo que no cesaba de juntar banderas y preparar escalas. Por ello, el marqués de Cerralbo ordenó terraplenar la puerta que se alzaba en el centro del muro. Y, para dar ejemplo, acarreó el primer esportón; sólo ese, porque el resto de la faena corrió a cargo de los vecinos del arrabal.

Al anochecer, los ingleses prendieron fuego a un caserío próximo para iluminar el campo, y redoblaron el ataque, aunque sin lanzarse al asalto. Las rociadas de mosquetes y arcabuces componían un traqueteo incesante, aliñado con blasfemias que harían enrojecer a un novicio y con los gritos de dolor y agonía que proferían los heridos.

Agachada, Yabama cruzó un tramo del adarve hasta dar con Martín Robledo, aquel día apostado sobre la puerta terraplenada. El plomo zumbaba en todas direcciones y el estruendo era ensordecedor.

—Señor Robledo —llamó.

El soldado, que recargaba su arcabuz al amparo de una almena, levantó la vista.

—¿Qué haces aquí, mujer?

—Os traigo la cena —dijo ella, y le tendió el cesto—. Cortesía de vuestra esposa.

—Para cenitas estamos ahora —gruñó el herrero, pero le dedicó una media sonrisa. Asomó el cañón del arcabuz por la esquina, apuntó hacia el resplandor del fuego y tiró del gatillo. El serpentín bajó, siseó la pólvora y al instante el arma escupió su carga con una detonación seca que le sacudió el hombro.

—¿Habéis dado en el blanco?

—Ni me he fijado, Yabama.

No era gran cosa el muro que separaba a atacantes y defensores, ni por altura ni por grosor. Por fortuna, quedaba fuera del ángulo de tiro de los cañones que los ingleses habían situado en el Gaiteiro. A lo largo del adarve los soldados repetían el mismo ritual: disparar y recargar, cada uno a su ritmo y entendimiento.

Robledo se dejó caer contra la almena, soltó el arcabuz y levantó el paño de la cesta.

—Pan, queso y cecina. —Arrugó el labio superior, como si esperase grandes manjares—. ¡Gregorio, Luis, Isidro, aquí hay condumio! —gritó.

Yabama le quitó el pan y el queso de las manos ennegrecidas y comenzó a cortarlos con su cuchillo. Luego repartió la cecina. Los hombres hicieron un alto en la pelea para atender a la inesperada pitanza. Uno se descolgó una bota de la bandolera y la ofreció al grupo.

—Que no falte el vino.

Otros, apostados más allá, bromearon al verlos en festín.

—¡Rediós, qué bien viven algunos! —soltó una voz aguda, seguida de una carcajada.

Entonces Yabama cogió el arcabuz de Robledo, con el cañón aún caliente.

—¿Sabes manejar eso, moza? —preguntó Gregorio Rocamonde.

—Y mejor que vos —replicó Martín, antes de pasarle el cuerno de pólvora y una pelota de plomo que la mestiza cargó con una soltura que levantó cejas. Luego se tendió en el adarve, apoyó el cañón en el antepecho que había entre almena y almena y observó el campo enemigo. El incendio había saltado de casa en casa. Las llamas, agitadas por la brisa, se alzaban como lenguas vivas y llenaban de chispas la noche. Una luz anaranjada, ondulante, convertía el campo de batalla en el mismísimo purgatorio.

Las trincheras inglesas, salpicadas de fogonazos rojos y amarillos, parecían

un enjambre de luciérnagas tras la tormenta. Un disparo arrancó un trozo de tapial sobre la cabeza de la mujer, que, lejos de inmutarse, encontró al fin un blanco y disparó. Una silueta cayó y el fragor apagó su grito.

—¿Qué os decía yo, señor Rocamonde? —exclamó Robledo, satisfecho.

—Es buena, la jodida —admitió el otro.

Durante otra hora, la batalla prosiguió sin respiro. Yabama, cautivada por su frenesí, no dejó de moverse entre las almenas con agilidad y sin miedo, de cargar arcabuces, buscar agua para enfriar los tubos, vino para los gaznates, y, cuando hirieron a Gregorio en el hombro, tomó su arma y peleó como un soldado más.

Doblaron a completas las campanas del convento de Santo Domingo. Su tañido, lejano y grave, trajo a los combatientes el recuerdo de noches tranquilas: del calor del hogar, de lechos aún tibios, de leche cocida y sueños sencillos. Aún no se había apagado su eco cuando retumbaron los cañones del Malvecín. Y, casi al mismo tiempo, estallaron grandes salvas y rociadas de mosquetería por el lado de la Marina.

—¿Qué cojones ocurrirá? —preguntó Robledo.

El fuego se mantuvo, espaciado pero constante. La inquietud se coló entre los defensores, temiendo que los coparan. Más tarde, el regidor Francisco Meiranes les trajo noticias.

—Los han rechazado en la playa, Martín.

—A ver si aprenden.

El regidor, que debía continuar informando y reorganizando a sus hombres, se perdió por el adarve. El fracaso del desembarco recrudeció el asalto sobre el muro. Los ingleses, que habían concentrado nuevas tropas, abrieron fuego con una cadencia infernal que obligaba a los defensores a mantenerse agachados tras las almenas. Ni siquiera la temeraria Yabama se atrevía ya a asomar la cabeza.

—Esos se preparan para dar el golpe —dijo.

No había cerrado la boca cuando una muchedumbre vociferante, con escalas, picas y espadas en ristre, abandonó sus trincheras y se lanzó al asalto, decidida a tomar la muralla. Los españoles se aprestaron a resistir.

Cinco, diez, veinte escalas se apoyaban ya en el tapial. Los enemigos comenzaban a trepar. Yabama, con rapidez nerviosa, cebó el arcabuz y lo descargó sobre el primero que asomó. El proyectil lo alcanzó en pleno rostro: soltó la espada y cayó al vacío.

—¡Picas! ¡Traed las picas! —bramaba una voz.

—¡Están abajo, apiladas junto al muro! —Martín Robledo trataba de hacerse oír por encima del estrépito. Abocado sobre la muralla, aguardaba al siguiente enemigo con la espada desenvainada.

Yabama echó a correr por el adarve, bajó por la escalera más próxima y se acercó a la gavilla de lanzas. Otros soldados habían tenido la misma idea. La mestiza cogió las dos medias picas que quedaban y emprendió el regreso.

Cuando llegó de nuevo al adarve, la lucha era ya cuerpo a cuerpo. Algunos enemigos asomaban entre las almenas, y las lanzas apenas bastaban para contenerlos. Martín Robledo le partió la nariz con el guardamano a uno que se encaramaba. Yabama, jadeante, echó el cuerpo hacia atrás, apoyó la media pica contra uno de los largueros de la escala enemiga y empujó con fuerza. Desde uno de los peldaños, un soldado inglés, con peto y morrión, le apuntó con un pistolete y disparó. La bala silbó junto a su sien, pero ella no cejó hasta tumbar la escala. Desgreñada, con la respiración entrecortada y la mirada fiera, parecía la personificación de Belona.

A base de sangre, coraje y tenacidad, los defensores lograron contener el asalto y, tras una refriega feroz, rechazar al enemigo.

—Se retiran —murmuró, sin aliento, un soldado.

A su lado, apoyado en el parapeto, Martín Robledo se cubría con la mano una herida sangrante en el antebrazo. Yabama, sin decir nada, rasgó un pedazo del sencillo vestido que llevaba y lo vendó con manos firmes.

—De nuevo como en Jamaica —comentó Martín, evocando un combate que ambos habían librado en aquella isla lejana.

—Falta l'Avide —respondió la mujer.

Martín la miró con pesar. Sabía que el corazón de su amigo pertenecía a Marcia, y que Yabama no conseguiría desviar ese rumbo. Tal vez ella lo sabía también, o al menos lo intuía. Aun así, allí estaba: en tierra ajena, luchando junto a desconocidos, con coraje, con determinación. ¿Por quién combatía en realidad Yabama? Posó su tosca mano sobre la de ella, fibrosa y morena. El gesto la hizo volverse de golpe y sus miradas se cruzaron.

Pero la guerra no daba tregua. Un nuevo ataque en la Marina desató el fuego de los cañones del Malvecín, y, poco después, se sumaron las rociadas de mosquetería. Se oían remos, trompetas y el rumor de lanchas acercándose. No hubo tiempo para pensar, porque los ingleses cargaron de nuevo contra el muro, con más furia si cabía. Volvieron las escalas, los vítores salvajes, la

presión del número. Incluso habían montado a la carrera una pieza de artillería que disparó sobre la puerta terraplenada.

La lucha se generalizó en todo el adarve. Los defensores sacaban fuerzas de donde no las había. El fuego que antes iluminaba el campo, se había apagado, y sólo quedaban rescoldos rojos. La noche era espesa, y la batalla, brutal.

El desembarco por la Marina tuvo esta vez éxito y los ingleses alcanzaron la playa. Las dos compañías allí destacadas, sin cañones ni trincheras que contuvieran la acometida, se vieron obligadas a retroceder hasta las primeras casas de la Pescadería. El marqués de Cerralbo, que aguardaba con la reserva en la plaza del Mercado, trató de reforzar aquel flanco, pero fue inútil. La línea se había quebrado y en pocos minutos dos mil ingleses se desparramaron por el arrabal.

Los defensores del muro, sorprendidos entre dos fuegos, abandonaron sus puestos y se precipitaron abajo, en busca de una vía de escape hacia la ciudad vieja. Sin capitanes que los comandaran ni órdenes que seguir, la retirada se convirtió en pocos momentos en una caótica desbandada. Cada cual huía según su albedrío, presa del pánico. Algunos oficiales lograban formar pequeñas escuadras y restaurar cierto orden en el desbarajuste.

Unos corrieron hacia la Marina, dispuestos a reforzar a unos compañeros que ya no estaban allí. Otros tomaron la calle de San Andrés, el camino más directo hacia la puerta de Aires. Pero la mayoría se dirigió a la izquierda, hacia la playa del Orzán.

—¡Al Orzán! —gritó Martín Robledo a los suyos, y echó a correr en esa dirección, con el arcabuz en una mano y la tizona en la otra—. ¡Yabama, vamos, date prisa! —insistió al ver que ella no lo seguía.

—No puedo —respondió la mujer—. Isabel está sola en la casa.

El herrero se detuvo en seco. Miró hacia sus compañeros, que desaparecían en la oscuridad, y bufó con desesperación. No podía abandonar a Isabel. Entregó su espada a la mestiza, para repartir las cargas, y echaron a correr. Las casas cercanas al muro eran un laberinto de callejas y rincones, sin trazado definido, que desembocaban más adelante en la calle Real.

De pronto, estalló un estrépito de gritos y disparos a su derecha. Tres soldados, perseguidos por una jauría, corrían como posesos hacia el Orzán. Yabama y Martín se agazaparon tras un barril. En cuanto vieron el campo libre, cruzaron la bocacalle y prosiguieron su marcha, pegados a las paredes, moviéndose con sigilo.

Desde la Marina llegaban disparos aislados y el resplandor anaranjado de un incendio, señal de que el saqueo había comenzado. La calle de la Estrella ya estaba cerca, pero a sus espaldas irrumpió un pelotón vociferante que llenaba la vía como un alud. Mechas encendidas de los arcabuces, juramentos en inglés, órdenes a gritos. Se aproximaban raudos.

—¡Corre, muchacha! —gritó Martín.

Un alarido de guerra, dos disparos. Luego otro más, y empezó la persecución. Pasaron junto a la calle de la Estrella como una exhalación. Con el estrépito del combate, Isabel tenía que haberse enterado, por fuerza. Yabama creyó ver por el rabillo del ojo luces al fondo de la calle: quizás otro grupo enemigo, quizá no. Más ágil y joven, pronto se adelantó, e hizo un alto para esperar a Martín.

—¡No te detengas! —le recriminó el herrero, casi sin aliento.

Los ingleses estaban a apenas veinte pasos. Reemprendieron la carrera. A través de una bocacalle, divisaron a otros fugitivos que trataban de alcanzar la ciudad alta. La calle Real dibujaba una curva suave hacia la derecha para desembocar en la plaza del Mercado.

Martín jadeaba y arrastraba una pierna. Un nuevo arcabuzazo iluminó la calle: una bala reventó una teja de un alero. Un inglés se había adelantado al resto, decidido a darles caza. Yabama derribó un perol que descansaba sobre un tocón. El objeto rodó por el suelo con estrépito, pero el soldado era hábil y lo sorteó sin frenar el paso. Detrás de él, sin embargo, alguno tropezó y lanzó un juramento.

Ya casi les pisaba los talones.

La silueta de la muralla se intuía más adelante.

—¡Aprieta el paso, herrero!

—¡Ya lo intento! —jadeó él, y dejó caer el arcabuz.

Yabama se fijó en el poste de madera que sostenía un soportal precario, alargó la mano izquierda, se cogió a él y giró con la velocidad de una peonza. Con la espada en ristre, se plantó ante el soldado inglés, que apenas tuvo tiempo de entender lo que ocurría antes de recibir una estocada en el torso. Cayó sin un grito. Sus compañeros se detuvieron en seco, sorprendidos por la súbita acción, y ella reemprendió la carrera sin perder un instante.

Al fin desembocaron en la explanada del Mercado, ese amplio espacio tendido entre la muralla y el arrabal. La puerta de Aires y la puerta Real se distinguían por las antorchas encendidas. Corrieron a la segunda, la más

próxima. En la explanada confluían desde todos los rincones de la Pescadería vecinos, soldados rezagados, heridos: una marea humana en retirada. En la oscuridad, los rostros se reducían a sombras sin rasgos, pero el caos se manifestaba en los pasos precipitados, las respiraciones jadeantes, los sollozos y gritos de angustia.

Unos arcabuceros ingleses, provenientes de la Marina, hicieron una rociada contra los que corrían. Los fogonazos de sus armas rasgaron la oscuridad. Un grito agudo cortó el aire: una mujer, quizá un niño.

Los soldados que custodiaban las puertas respondieron con una descarga cerrada, atrapando entre dos fuegos a los fugitivos que pugnaban por alcanzarlas. Más disparos, más alaridos, más desesperación.

Yabama y Martín, exhaustos, llegaron a la puerta Real cuando un pelotón salía en tromba para reforzar la defensa. Lograron colarse entre ellos, empujados por la urgencia.

—¡Daos prisa! —vociferaba un oficial—. ¡Tenemos que cerrar!

4

Greenwich

Gabriel tomó de la cámara las treinta libras que por fortuna tenía a mano, puso a Laiseca en antecedentes y se apresuró a botar el esquife.

—¿No es mejor que os acompañen más hombres? —sugirió Laiseca.

—Prefiero intentar resolverlo por las buenas —respondió Gabriel.

Ir con refuerzos era arriesgarse a una escaramuza y perder a García. Y no pensaba permitirlo. No sólo por su madre, sino porque —entonces lo supo— se había ganado su afecto. Esforzado, cumplidor y resistente, desde que se embarcara no le había pedido trato de favor. Ni le había oído una sola queja, ni le había visto escurrir el bulto con las faenas, por duras que fuesen. Aquel muchacho moreno y silencioso era su hijo, y sería más ruin que muchos de los hombres a los que despreciaba si no lo acogía bajo su amparo y velaba por su porvenir.

Cuando llegaron a la orilla, un rayo de sol, oblicuo y tenue, se coló entre las nubes. Gabriel y Mahagüini echaron pie a tierra, amarraron el esquife a una roca y avanzaron unos pasos. Entre los árboles apareció un hombre de barba espesa y castaña, que les ordenó detenerse. Lo flanqueaban otros dos, armados

con arcabuces.

—Tú, el dinero —indicó el barbudo a Mahagüini—. Y ven solito.

—¿Y el niño? —preguntó Gabriel.

—Primero el dinero.

Gabriel mostró el saquete con las monedas antes de pasárselo a su compañero. La vista de la plata pareció tranquilizarlos.

—Acércalo —insistió el portavoz de los guardias, e hizo un gesto con la espada que empuñaba.

Mahagüini avanzó con el brazo extendido y le entregó el saquete.

—El niño —exigió.

Los guardias contaron a conciencia el dinero. Luego susurraron entre ellos y cambiaron los términos.

—Traed otro tanto y os lo entregaremos.

—No hay más dinero a bordo —improvisó Mahagüini—. Tendremos que ir a Londres para conseguirlo.

Los guardias deliberaron de nuevo.

—Entonces serán cincuenta libras —anunció el de la barba—. Mañana al amanecer. Aquí mismo.

—¿Qué garantía tenemos de que cumpliréis? —La voz de Gabriel tenía una nota de inquietud que no supo disimular.

—La palabra de Will Taylor —dijo su portavoz. A los otros debió de resultarles muy graciosa la respuesta, y se rieron con ganas.

De regreso al batel, Gabriel le preguntó a Mahagüini por qué había dicho que no tenían más dinero.

—De noche son más vulnerables. Y pienso ir a por ellos.

—Hoy bajaste la guardia —le recordó Gabriel.

—La caza me distrajo. Pero tras la captura de García, di un rodeo y los seguí. Lo tienen encerrado en una cabaña de madera, no lejos de la orilla.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

Mahagüini se encogió de hombros y Gabriel masculló una maldición. Luego reconoció que la idea tenía sentido. Nadie mejor que el medio indio para moverse en silencio por el bosque sin ser visto.

Ya en la fragata, informaron a Laiseca y Vermeulen del mal resultado del rescate y del plan que habían concebido. El primero torció el gesto, escéptico; al segundo le pareció viable, bien que arriesgado.

—Me gustaría ir con vosotros.

—Os prefiero a bordo, señor piloto, y con la nave lista para levar anclas en cuanto regresemos.

Poco después, Gabriel y Mahagüini salieron con el esquife río arriba, simulando dirigirse a Londres. Doblaron un recodo y, cuando anocheció por completo, retornaron a la fragata, donde Laiseca ya tenía escogidos a los cinco hombres que los acompañarían.

—¿Vos también, señor Pechoabierto? —preguntó Gabriel.

—Mi oficio es la guerra, capitán —respondió el exprisionero—. No hallaréis mejor soldado que yo en cien leguas a la redonda.

Gabriel sonrió ante la fanfarronada, pero no le desagradó.

—Pronto lo veremos.

Bogando con sumo cuidado, aproaron hacia una vaguada situada a la izquierda del coto. Amarraron el bote en la orilla y siguieron en fila a Mahagüini, que los condujo por la espesa floresta de Greenwich. Caminaba despacio, con paso seguro, como si fuera de día, por una senda bien trazada. El terreno estaba húmedo, cuajado de charcos y cruzado por pequeños regatos. Mahagüini se detuvo. Se oía el profundo rumor del Támesis y los cantos de las aves nocturnas: el ulular hueco del búho o el más monótono y repetitivo del autillo. Un animal se removía tras unos matorrales, con ruido de cuernas y ramas quebradas. La hilera reemprendió la marcha. Sólo llevaban dagas y espadas: las mechas de los arcabuces los podrían haber delatado. Gabriel, pegado a Mahagüini, entreveía su silueta oscura y percibía la agilidad y elegancia de sus movimientos. Sus abarcas de cuero no producían ruido alguno: ni al pisar ni al desplazarse. No como los suyos, que resonaban con fuerza. Esperaba que aquellos bastardos no hubieran golpeado a su hijo ni se hubieran ensañado con él. O algo peor. Si le hubieran puesto la mano encima… Le ardía la sangre sólo de pensarlo. Enfrascado en tales ideas, tropezó con su compañero, que había hecho un nuevo alto.

—Allí —susurró.

Entre las hojas de un arbusto se adivinaba una claridad rojiza, tenue y lejana. Los movimientos de Mahagüini se hicieron aún más lentos y medidos. Avanzó agachado: diez pasos, cuatro más. Gabriel sentía detrás las respiraciones de sus hombres. En el profundo silencio del bosque, sonaban como fuelles. Notó un roce junto al hombro y supo que era Pechoabierto. La pared de la cabaña, hecha de gruesos troncos, estaba ante ellos. Mahagüini le puso una mano en el brazo, indicándole que esperara, y se adelantó hasta la ventana abierta. Su

silueta se confundió con los troncos y, al instante, desapareció. Un zorro chilló muy cerca y le sacó un respingo.

Al cabo regresó.

—Uno hace guardia fuera —dijo el medio indio, con la boca en su oído—, junto a la puerta, que está entornada. García está en un rincón, a la derecha, atado de manos. Otro duerme en una yacija, a la izquierda, y tres más juegan a los naipes en una mesa, en el centro. —Hizo una pausa, para que Gabriel asimilara los detalles—. Yo me encargaré del centinela y de los jugadores. Tú, de tu hijo. Los demás, que me ayuden dentro. Y uno que cubra esta ventana, para evitar fugas.

—¿Y los arcabuces?

—Al fondo, en otro rincón.

Gabriel asintió. Era el discurso más largo que le había oído pronunciar jamás a su amigo. Luego, en susurros, explicó al resto de los hombres lo que debían hacer y, una vez todos estuvieron al tanto, se deslizó tras Mahagüini hasta la esquina de la cabaña. De dentro se escapaban las voces confusas de los jugadores, el sonido de unas cartas lanzadas con fuerza y los golpes de los nudillos contra la mesa.

El centinela, sentado en un tosco banco de tres patas, les presentaba el perfil derecho. Entre las manos tenía un pedazo de madera en el que tallaba, con ayuda de una navaja, la cabeza de algún animal. Mahagüini empuñó la daga y se aproximó con lentitud de camaleón. Estaba a dos pasos, a uno, a medio. Elevó la mano izquierda y preparó la diestra. Gabriel desenvainó su puñal y tensó los músculos, listo para correr.

De pronto, todo se precipitó.

Mahagüini segó con rapidez el cuello del centinela, que se desplomó sin emitir un solo sonido, y cruzó la puerta como una centella. Gabriel lo siguió y buscó con la vista a García, acurrucado en su rincón. En un instante estuvo junto a él, cortó la cuerda y lo sacó fuera.

Los guardias, sorprendidos, apenas alcanzaron a levantarse y echar mano de sus armas. El combate fue breve. Mahagüini despachó a uno de los jugadores y Pechoabierto a otro. Los tres restantes se rindieron sin oponer resistencia. Gabriel, tras asegurarse de que su hijo estaba bien, se encaró con el barbudo que había hecho de portavoz.

—¿Dónde están las treinta libras que os entregamos? —gruñó, mientras le hundía la punta del puñal en la barba. El guardia, lívido, le entregó su parte y

señaló con la otra mano hacia la mesa, donde varias monedas estaban esparcidas—. Ahora no te ríes, bellaco.

Le daban ganas de rebanarle el pescuezo.

—Nos hemos rendido —alcanzó a decir.

—¿Y eso qué importa?

Sus hombres esperaban a ver qué decisión tomaba el capitán, para actuar en consecuencia.

—Ven, García —dijo Gabriel—. ¿Quieres matar a alguno?

El muchacho tomó el cuchillo que le ofrecía su padre, posó la vista en los tres prisioneros y finalmente sacudió la cabeza.

—No me han hecho daño, padre. —La voz le salió aguda, pero firme.

A los prisioneros los hicieron desnudarse, los amarraron y amordazaron y los abandonaron en una zanja medio oculta por la maleza.

—Deprisa —dijo Gabriel, mientras oteaba el cielo encapotado—. Antes de que rompa el alba, estaremos surcando el río.

5

Barrio de la Pescadería

El asalto al muro fue salvaje. En cuanto los defensores se replegaron, los soldados treparon por las escalas con frenética urgencia, como si al otro lado repartieran lingotes de oro y nadie quisiera quedarse sin el suyo. Se empujaban, se apretaban, se insultaban, un hombre menudo y ágil hizo caer a otro que lo estorbaba en la subida. Había quienes, ya en el adarve, se saltaban al otro lado por no buscar las escaleras. La precipitación se cobró más de una fractura.

Dentro del arrabal se encontraron con las tropas que habían desembarcado por la Marina, lo que provocó, en un primer momento, confusión y barullo, disparos entre unos y otros, con bajas incluidas, hasta que los capitanes impusieron un mínimo de cordura.

Los soldados irrumpían en las casas como toros desbocados. Derribaban puertas, volcaban muebles, arrancaban gavetas y forzaban arcones. Con improvisados hachones registraban cada dependencia en busca de objetos de valor, un collar olvidado, candelabros de plata, monedas, vajillas, armaduras labradas. Ropa de raso y seda, telas de brocado, cortinas de terciopelo. Había comida aún caliente servida en platos a medio consumir, y barricas de vino

almacenadas en sótanos y bodegas. Y cuando nada quedaba por saquear, prendían fuego a las sillas, vigas, trapos, papeles o cualquier materia combustible. En minutos, la casa que horas antes albergaba una familia se convertía en una pira llameante.

El trato a los vecinos que no lograron huir no fue mejor. A unos les hundieron la cabeza a culatazos, a otros los atravesaron o los degollaron. A los más desdichados los colgaban en los soportales o los empujaban a las llamas. Sobre las mujeres se lanzaban como verracos, sin reparar en edad ni condición. Desgarraban vestidos, alzaban faldas a la fuerza y las violaban en las camas, en el suelo, sobre las mesas. Enemigas, papistas, mujeres al fin, tanto tiempo idealizadas en los mentideros de la flota por su belleza y su pasión meridionales, ¡qué mujeres, señores, qué mujeres!, convertidas ahora en carne para la venganza y el deseo. Si doncella, doncella; si casada, casada; si anciana, si niña, también. En el hospital de San Andrés, los enfermos fueron rematados en sus camas o arrastrados al jardín y ejecutados. Algunos capitanes hicieron tímidos intentos por imponer disciplina, que al punto se manifestaron inútiles. Otros fueron los primeros en disfrutar del jugoso botín.

La compañía de Geraldo Henriques penetró en la Pescadería por la parte que daba al Orzán y se dirigió de inmediato hacia aquella playa. Habían perdido algunos hombres en el asalto y estaban rabiosos, sedientos de revancha. Aunque la mayoría de los defensores huía desordenadamente, algunas escuadras se retiraban con cierta disciplina, se parapetaban tras los botes varados o disparaban con peligro desde las bocacalles. La noche sin luna favorecía la confusión, no era fácil distinguir amigo de enemigo. Las balas zumbaban por todas partes. Olía a pólvora, a carne chamuscada, a mar. La playa y el arrabal entero se iluminaban con los fogonazos; siluetas anónimas cruzaban corriendo entre alaridos, disparos, voces en varios idiomas, quejidos y lamentos.

Duarte y Hernandes avanzaban por la misma orilla, las olas lamiéndoles las botas. En la ensenada, varias embarcaciones intentaban huir por el mar, perseguidas por el plomo de los arcabuces. Más adelante, un grupo nutrido trataba de botar una barca más pesada. La voz de Geraldo, que los conminaba a rendirse, se perdía en el fragor del combate. Más disparos. Más gritos. La compañía entera se precipitó hacia la barca, que ya flotaba sobre las aguas. Varios soldados se adentraron en ellas para impedir la huida. Las descargas eran tan numerosas que su fulgor permitía seguir la escena imagen a imagen.

Duarte, atento al frente, tropezó con un cuerpo tendido, trastabilló y cayó de bruces sobre la arena húmeda. La mecha del arcabuz por poco se mojó. Al incorporarse, vio que se trataba de una mujer con medio rostro destrozado por una pelota de plomo.

La barca, superadas las primeras olas, se alejaba con la mitad de sus pasajeros. Otro grupo desembocó en la playa y al ver a los soldados trató de retroceder. Los portugueses se apresuraron a cortarles el paso, pero se lo impidieron unos tiradores apostados tras un reparo. Desprotegidos, se lanzaron al suelo y devolvieron el fuego cuerpo a tierra. Tras una andanada cerrada, cayó un silencio repentino que se alargó durante unos momentos.

—¡Vamos! —gritó Geraldo, impaciente, al tiempo que se levantaba.

Ningún enemigo le disparó y la compañía prosiguió su avance por la playa, cada vez más vacía. Sólo se distinguían siluetas difusas que corrían hacia la torre de Hércules. La orilla giraba al norte y se alejaba del arrabal.

—Poco vamos a lograr de noche en esos campos —dijo Geraldo.

Duarte, unos pasos atrás, apretaba el arcabuz mientras rumiaba lo fácil que sería matarlo al amparo de las sombras y de la confusión. No le había hecho nada malo, todavía. Pero ¿y si lo descubría y lo cargaba de cadenas? ¿O si, simplemente, le hacía la vida imposible? Las oportunidades las pintaban calvas. Con esa duda a cuestas, terminó de cruzar la arena seca, subió un pequeño talud y se internó en la Pescadería.

El saqueo continuaba con una violencia descontrolada. Las compañías se habían dispersado en escuadras o en simples cuadrillas que deambulaban por las calles como rehala en montería. Las casas más ricas, de dos pisos y fachadas elegantes, eran las más codiciadas. También las iglesias y capillas, que, tras profanar imágenes y objetos sagrados, se registraban a conciencia en busca de oro o plata.

Pronto dieron con los almacenes que los españoles no habían tenido tiempo de evacuar, repletos de vituallas y pertrechos. Y de vino, malo, pero abundante. La noticia corrió como un relámpago. Tras la tensión del combate, del asalto, la sed se volvió desenfreno. Rompían las pipas a hachazos, metían la cabeza en su interior, llenaban jarras, tazones, lo que tuvieran a mano, para beber a pasto franco, o las hacían rodar hasta rincones apartados para apurarlas a sus anchas. Y así, borracha de vino y sangre, cargada con su botín, la soldadesca sembraba el terror por las calles y casas de la Pescadería. La poca piedad que quedaba se evaporó y no había mujer de la que no abusaran ni vecino al que le respetasen

la vida.

John Trenton había desembarcado en la Marina con las lanchas de vanguardia y combatido en primera línea hasta que los arcabuceros españoles se retiraron a la ciudad vieja. Sable en mano, había seguido la sangrienta estela que dejaban tras de sí las tropas de Sydeman. Horrorizado por lo que veía y encendido de rabia, trataba de poner coto a los desmanes contra la población civil. Más de una vez forcejeó, e incluso les enseñó el acero a quienes intentaban matar a un civil indefenso o deshonrar a una muchacha. Pero pronto comprendió la futilidad de sus esfuerzos. Apenas se daba la vuelta, los hombres volvían a las andadas con mayor saña. Su propio capitán, el primero.

—Controlad a estos perros, Sydeman —le exigió tras presenciar las primeras atrocidades.

—Hacedlo vos, si os place —fue la agria respuesta.

Desencantado, Trenton abandonó su compañía y partió en busca de la casa de Isabel. Echaba de menos a Hugh Hardinge y a algunos de sus marineros. Solo, como estaba, se arriesgaba a ser confundido por cualquiera o ser tiroteado desde una esquina. Aun así se internó en el laberinto del arrabal.

Las llamas, cada vez más abundantes, marcaban sombras danzarinas en las fachadas. El humo, arrastrado por la brisa, envolvía las calles y enturbiaba la visibilidad y lo hacía lagrimear. Varias veces creyó dar con la dirección correcta y otras tantas se dio cuenta de su error. Retrocedía, giraba y volvía a avanzar por callejas atestadas de muebles despedazados, cántaros rotos, cadáveres de hombres, de animales, comida tirada en el arroyo, perros escarbando entre los restos. Se cruzaba con grupos cada vez más ebrios y violentos, poco dispuestos a preguntar, que gritaban, cantaban, lanzaban vítores por la reina, por el general, por la puta que los parió.

Al fin dio con la casa de dos plantas, el balcón de balaustrada de granito y el portón rojo, con una hoja desencajada. En medio de la calle, ardía una hoguera mortecina de la que sobresalían las patas chamuscadas de unas sillas. Una puerta caída, un arca astillada, ropa desparramada, una vajilla rota. Señales inequívocas de que los soldados habían pasado por allí.

Trenton cruzó el zaguán a oscuras y aguzó el oído. Nada, sólo el estruendo lejano del saqueo.

—¡Isabel! —llamó. Y repitió el nombre, más alto, sin respuesta.

No veía nada, de modo que salió y cogió de la hoguera una de las patas. La agitó en el aire, avivó la llama y volvió a entrar en la casa para descubrir una

escena de devastación. Sorteando obstáculos, recorrió las estancias, atento a cualquier mancha oscura, temiendo dar con un cuerpo. O dos. Pero la planta baja estaba vacía.

Al fondo, una puerta daba a un corral oscuro. Alzó la improvisada antorcha en busca de alguna señal de lucha o de resistencia que no encontró. A la izquierda había un cuartucho saqueado, lleno de trastos. Volvió sobre sus pasos y subió al piso superior. La habitación de Isabel tenía las cortinas rasgadas, la cuna tumbada y la cama deshecha. Cogió una de las sábanas y se la llevó a la nariz: todavía guardaba su olor. Sintió una congoja súbita, una opresión en el pecho y luego una furia ciega contra todos, contra todo.

Se agachó para mirar bajo la cama y volvió a repetir el nombre de su esposa. Allí no había nadie. Bajó las escaleras despacio, salió a la calle y tiró la pata encendida en la hoguera, que ya agonizaba. Se ajustó el sable al costado y se internó de nuevo en el laberinto de la Pescadería. El saqueo continuaba, más desordenado y brutal a cada instante, pero él estaba decidido a buscarla en los lugares donde solían concentrar a los prisioneros. Si la habían capturado, tenía que estar entre ellos. Y si no la hallaba… No quiso terminar el pensamiento. Mientras tuviera fuerzas para caminar y preguntar, no daría nada por perdido.

6

Calle de la Estrella

Isabel llevaba varias horas agazapada en su escondite.

Cuando Yabama se marchó, se quedó dormida en la mecedora de la cocina, arrullada por el lejano sonido del tiroteo. Se despertó de golpe, sobresaltada, por una explosión más fuerte que las demás. La casa estaba a oscuras. Salió a la calle y golpeó en la puerta de Genara. Nadie contestó. El alboroto de los combates arreciaba. Se oían voces roncas, gritos, alaridos. El olor a madera quemada se mezclaba con el de la pólvora. Un miedo repentino la empujó a volver a su casa.

Desde el vano de la puerta, asomando apenas el rostro, vio cruzar figuras oscuras y apresuradas por la calle Real. Tras ellas, un grupo numeroso de hombres armados con lanzas y arcabuces. Nuevos disparos. Órdenes vociferadas en inglés. ¡En inglés! ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba Yabama?

Cerró la puerta y echó el cerrojo. Llamó un par de veces a su amiga, sin convicción. Subió a su cuarto, fue hacia el balcón, descorrió la cortina y espió la calle, que permanecía a oscuras. El tumulto crecía. Más voces. Más disparos. Algún cañonazo aislado. Al fondo, sobre los tejados de enfrente, se intuía la mole sombría de la ciudad amurallada. Debía intentar llegar hasta allí.

Bajó decidida las escaleras, pero al alcanzar el vestíbulo escuchó un nuevo estrépito: pasos, herrajes, voces ásperas. Debían de estar en la misma esquina. Cruzó la cocina y salió al corral, por cuyas traseras vio desfilar un pelotón con antorchas encendidas. Se detuvo temblando. Ya conocía el horror de ser capturada. En el mar. Años atrás. Una experiencia que fue semilla de muchos males, y no quería revivir aquella pesadilla.

Con el susto en el cuerpo, se metió en el cuarto del cabo Luján y cerró la puerta. Luego lo pensó mejor y la dejó entreabierta. A tientas, rodeó la cama y dio con una pila de cestos desfondados. Tras ellos, apoyadas en la pared trasera, había unas bateas viejas y podridas que Gabriel había almacenado con la idea de hacerlas leña cuando viniera el frío. Su mano rozó la madera rugosa y la recorrió con cuidado de no clavarse una astilla. Se arrodilló y se metió a gatas en el hueco estrecho y triangular que quedaba entre las bateas y la pared. Apenas se había acomodado cuando un estrépito la paralizó. Gritos, porrazos, golpes brutales. Estaban derribando puertas con algún tipo de ariete.

Tumbada en su guarida, el tiempo se estancó. Los saqueadores pasaban de casa en casa, cada vez más cerca, hasta que entraron en la suya. El portón cedió tras dos embestidas. El ruido creció. Isabel los oía registrar baúles, arrastrar muebles, maldecir, empujar y destrozar la casa en busca de riquezas. Poca iban a hallar.

Varios hombres salieron al corral. Desde su escondite, Isabel vislumbraba el resplandor tembloroso de una antorcha. Pasaron de largo, quizá para inspeccionar el corral, y luego regresaron. Una patada abrió del todo la puerta del cuarto de Luján y le hizo dar un respingo. Los pasos se acercaron. Escuchó el crujido de la tierra bajo las suelas.

—¿Qué hay ahí? —preguntó una voz aguda.

—No se ve nada —contestó otra, más ronca.

—Pues métele fuego.

—Trae la antorcha.

—La tiene Parker.

El hombre de la voz ronca se aproximó a los cestos y los derribó de una

patada. Adelantó la bota hasta las bateas amontonadas. Isabel notaba su olor a vino y sudor. El miedo le agarrotaba el cuerpo y ni siquiera se atrevía a respirar.

—¡Parker! —llamó.

Pero Parker no acudía y el hombre de la voz ronca gruñó, lanzó una maldición y se alejó. Poco después, toda la cuadrilla cruzaba hacia el corral de Genara.

Isabel siguió inmóvil, con los músculos doloridos por la forzada postura. El frío de la tierra empezaba a calarle los huesos. Y, para colmo, tenía unas ganas urgentes de orinar. Se contuvo. A su alrededor, el saqueo no cesaba: voces, disparos, risas, alaridos de terror, gritos de euforia. Las ganas aumentaban. Tenía que orinar y estirar las piernas.

Comenzaba a salir de su escondite cuando volvió a escuchar ruido dentro de la casa. Se agazapó otra vez. Parecía uno solo, o como mucho, dos. Por suerte, su hijo estaba a salvo, en casa del tío Sancho. De repente se le vino la imagen de su cuerpecito ensangrentado, pisoteado, y le dio vértigo. Hizo un esfuerzo y alejó el pensamiento de su mente. Le palpitaban las sienes. Notó una luz y percibió la presencia de alguien en la puerta del cuartucho. Quien fuera sólo se asomó y se marchó. Isabel aguardó a que se alejara y respiró hondo. Estaba a salvo por el momento. Pero ¿cuánto duraría aquella pesadilla?

XXI

1

Ciudad Vieja

La casa de María Fernández amaneció de luto. La noche anterior, dos hombres habían traído a su esposo herido en un hombro. La bala había alcanzado una arteria, y, aunque la cauterizaron con aceite y la comprimieron sin descanso, al filo de la medianoche Gregorio Rocamonde entregó su alma al Creador. Derramó la mujer las lágrimas justas, organizó el sepelio y dieron al cuerpo sepultura junto al convento de San Francisco. Después, se unió a otras mujeres para echar una mano en las labores de fortificación de la ciudad. Su hermana y su suegra le recomendaron quedarse en casa, rezar en paz y consolar a sus dos hijos.

—No es el primer marido que entierro. —La voz de María sonó firme.

—Espera a recuperarte de la tragedia, mujer —insistió su suegra.

—Peor lo están pasando otras familias. Gregorio al menos ha muerto a mi lado. Y la mejor forma de honrarlo es defender la ciudad por la que ha sacrificado la vida.

A Marcia, que la había visto cuidarlo con solicitud hasta el último aliento, y llorar y retorcerse las manos durante toda la noche, le sorprendió la entereza con que afrontaba el nuevo día. Y cuando el marqués de Cerralbo pidió brazos para reforzar las puertas y torreones de la muralla, María fue la primera en ofrecerse. Ella la imitó.

—No hace falta que me acompañéis, señora, considerando vuestro estado —le dijo María, que la trataba como a un miembro de la familia Del Puerto, no como a una extranjera bajo vigilancia.

—Descuidad, que me esforzaré lo justo. Además, me vendrá bien entretener el pensamiento.

Más que nunca, Marcia necesitaba mantener la mente ocupada y no dejarse vencer por ideas sombrías. A la dilatada ausencia de Gabriel, que poco a poco minaba su ánimo, la denuncia alevosa, el proceso judicial y la incómoda

presencia de la mestiza se sumaba ahora la angustia por Isabel, de quien nada se sabía.

Martín Robledo, que acudió a ofrecer las condolencias a María Fernández, le contó cómo, al derrumbarse la defensa del arrabal, Yabama y él habían intentado buscar a Isabel y cuántas vicisitudes habían pasado para escapar de los ingleses y entrar en la ciudad.

—¡Virgen santísima! —Marcia se llevó una mano al pecho, como si de repente le faltase aire. Se temía lo peor.

—No perdamos la esperanza —la consoló el herrero—. Quizá haya conseguido cruzar la muralla.

—¿Y dónde está? —dijo con rabia. La desgracia de Isabel le parecía tan grande, tan injusta, que necesitaba culpar a alguien—. Esa dichosa mestiza debería haber vuelto deprisa, en lugar de quedarse pegando tiros en el muro.

—¿Tú crees? Quizá ahora tendríamos dos desaparecidas en lugar de una.

La respuesta de su viejo amigo le recordó que él —como Gabriel— había conocido a Yabama antes que a ella. Y también hizo que lamentara sus palabras, nacidas del rencor, justo cuando la misericordia y la hermandad debían prevalecer sobre cualquier otro sentimiento.

En realidad, el desastre y los horrores vividos en la Pescadería habían cubierto de luto a toda la ciudad. Pocos serían los que no hubieran perdido un familiar, un amigo o un vecino en aquella noche aciaga. Y menos los que no temblasen ante el mañana incierto. La violencia y crueldades ocurridas andaban de boca en boca, y el dolor saltaba de pecho en pecho. Tal vez por esa misma incertidumbre, o como respuesta a tanta desgracia, y desde luego para atender a los muchos que lo habían perdido todo en el arrabal, usaban gran caridad unos con otros, se ofrecía techo al desposeído, comida al hambriento, limosna al necesitado.

Los capitanes, reunidos con el marqués de Cerralbo, estimaron que entre soldados y milicianos se habían perdido cerca de trescientos hombres, sin contar los civiles asesinados o hechos prisioneros. Cuando se cerraron las puertas de la muralla para impedir el paso a los ingleses, quedaron fuera los hombres de las compañías de Juan Monsalve, muerto en combate, y de Juan de Luna, capturado junto con su sargento y su alférez.

Mas por trágico que hubiese sido el balance de la noche, se imponía hacer de tripas corazón y preparar la defensa. Los soldados que lograron regresar se integraron en otras banderas y se distribuyeron a lo largo de la cerca. Frente al

convento de Santo Domingo, el punto más expuesto, se situó al capitán Troncoso. La Fortaleza Vieja se le encomendó al alférez Robles, por su habilidad como artillero. El resto de los sectores fue asignado a los capitanes, sargentos y alféreces disponibles, que a su vez delegaron en sus cabos la defensa de cada lienzo y cada torreón. Se repartieron armas a quienes carecían de ellas, aprovechando el abundante arsenal disponible, y se designaron a los encargados de distribuir pólvora, munición y provisiones, para evitar que los soldados abandonasen sus puestos.

Con la primera claridad del día, se acometió la tarea de sacar el bizcocho y otras vituallas almacenadas en las lonjas y depósitos anexos a la muralla, junto a la puerta de Aires, con el doble objetivo de evitar que cayeran en manos del enemigo y alimentar a la población, recrecida con los que habían llegado del arrabal. Después, se prendió fuego a los edificios, pues los ingleses daban muestras de querer atacar por esa parte.

También era urgente rellenar las torres que miraban a la Pescadería, de fábrica antigua, huecas y vulnerables a la artillería enemiga, e inútiles para emplazar la propia. Los hombres imposibilitados para combatir, los más jóvenes, los niños y un batallón de mujeres se dispusieron a realizar tan hercúlea tarea, organizados en cuadrillas bajo la dirección de oidores y regidores. Estos picaban tierra en descampados, huertos y corrales, o derribaban muros y tapias; esos llenaban costales y esportones con escombros; y aquellos los acarreaban adonde hiciera falta.

Las largas cadenas humanas transformaron las calles de la ciudad en carretera de hormigas, afanosas, incansables, que, viaje a viaje, fueron llenando uno de los cubos. Cuando estuvo listo, se subieron por un plano inclinado cuatro piezas de artillería ligera con las que hostigar las posiciones enemigas. Luego se terraplenaron la puerta Real y la de Aires, para que pudieran soportar las exigencias del asedio, y se comenzaron a rellenar otras dos torres.

Todo ello sin oposición ninguna.

Dentro de lo apurado de la situación, quiso la fortuna que la resaca de vino y violencia mantuviera pasivos a los ingleses aquel sábado, seis de mayo, y que sus actividades se limitaran a desembarcar lo que faltaba del ejército de Norris. La mayor parte se asentó en el arrabal, junto a las compañías que ya estaban allí; el resto se destinó a custodiar los altos que rodeaban La Coruña para contener un posible contraataque desde las villas comarcanas.

Fueron, pues, esas tropas de refresco las únicas que trabajaron aquel día

construyendo, frente a las murallas, una trinchera hecha a toda prisa con pipas y gaviones rellenos de tierra que les permitiese moverse por sus posiciones con un mínimo de resguardo.

La inacción del enemigo animó al capitán Bazán a proponer al marqués de Cerralbo una salida relámpago, o mejor aún, una encamisada nocturna contra el arrabal. Estaba convencido el hijo del insigne marino de que, tras la tremenda borrachera que se habían cogido, podían tomarlos desprevenidos y causarles grave daño. El marqués consultó la propuesta con sus hombres de confianza y la desechó por arriesgada: de fracasar, la villa quedaría todavía más indefensa. Según las malas lenguas, que nunca dejaban de moler ni de enredar, don Juan Pacheco y otros principales estaban más ocupados en idear el modo de ponerse a salvo ellos mismos que en guardar la ciudad y a sus vasallos. Y había quienes prestaban oídos a esos rumores.

La noche del sábado se reanudó el tiroteo entre la muralla y las trincheras. Los soldados apostados en el adarve y las torres entorpecían como podían las labores de ingeniería enemigas, mientras los cañones recién emplazados destrozaban tramos del improvisado parapeto.

En las iglesias brillaba la luz de las innumerables velas encendidas por la salvación de la ciudad, y, junto al fragor de la arcabucería, resonaban los rezos y plegarias que los atribulados coruñeses elevaban al Altísimo. En la parroquia de Santiago se descubrió el Santísimo Sacramento en su hornacina, con la esperanza de que les diese constancia y presencia de ánimo hasta el último día.

En aquel ambiente de fervor y exaltación, la mañana del domingo se formaron largas colas frente a los confesionarios, y en los altares los soldados recibían el sacramento de la eucaristía antes de marchar a sus puestos, para que sus pecados no estorbasen la salvación que, si caían, esperaban alcanzar.

2

La Coruña

Yabama y Marcia no podían evitar verse mientras acarreaban escombros. Las muchas idas y venidas parecían ir limando si no las diferencias, al menos la animosidad. Coincidieron una vez al pie de una de las torres que flanqueaban la puerta de Aires. Yabama descargaba un costal pesado que traía al hombro; Marcia, un esportón mediado de tierra que, descansando a trechos, había

traído desde un huerto cercano a la casa de María Fernández.

En un gesto de contrición, Marcia se obligó a sonreírle y, ya puesta, se animó a preguntarle por Isabel.

—¿Qué queréis saber de ella? —respondió Yabama—. ¿Acaso me culpáis a mí de su pérdida?

—No. Es que don Martín ha sido tan parco en explicaciones que me gustaría conocer vuestra versión.

Yabama se fijó en los paños oscuros que habían empezado a formarse bajo sus ojos, propios del embarazo, en los pechos llenos, en el vientre abultado. Reprimió el impulso de posar la mano en el suyo, que no había conseguido llenarse con la semilla de Gabriel.

—Al llegar a la casa nos encontramos con el mozo que había enviado aquel hombre.

—¿Qué hombre?

—Luján. Estaba sacando su baúl. Y quizá algo más. Isabel lo echó.

Marcia asintió. Que se fuese en buena hora don José. Un problema menos.

—Después me fui al muro. La mujer del herrero nos había dado un cesto con comida para su marido, pero Isabel prefirió quedarse, por si volvía el mozo. Se la veía muy cansada y me ofrecí a llevarlo yo.

—El muro era peligroso.

—No me importa —respondió Yabama con viveza—. Estoy acostumbrada a luchar.

Marcia la observó con más detenimiento. La nariz achatada, los ojos marrones ligeramente rasgados, la piel morena, las manos fuertes. ¿Qué vida habría tenido? ¿En qué lejano paraíso, o infierno, había conocido a Gabriel? Ardía en deseos de preguntárselo, pero se contuvo.

—Él era el esclavo del señor Dunn —dijo Yabama—. En Saint-Lucie. Y yo, la barragana de Montmor.

Marcia alzó los ojos con viveza. La mestiza tenía los suyos posados en ella. ¿Cómo diablos le había adivinado el pensamiento? Una mujer con una carretilla les pidió paso y ambas se hicieron a un lado para no estorbar. Dunn, Montmor, Saint-Lucie… Nombres que no le decían nada. Casi prefería volver al asunto de Isabel.

—¿Qué creéis que le ha ocurrido?

—En esa casa es fácil esconderse… A menos que le hayan prendido fuego.

—Por Dios, espero que no. —Marcia se estremeció—. Gabriel lo va a sentir

mucho cuando regrese. Perder de nuevo a su hermana, después de haberla buscado tantos años, será un golpe muy duro.

Yabama, que doblaba el costal con movimientos seguros, se detuvo. Un frío repentino le recorrió la espalda, a pesar de que el sol ya calentaba. Retumbó un cañonazo, y una bandada de palomas alzó el vuelo. El cielo se había llenado de nubes.

—¿Dónde os alojáis?

—En casa de Martín Robledo. El beaterío está lleno estos días.

—¿Y su esposa no os incomoda? Si queréis, podéis hospedaros donde mi tío Sancho.

—He dormido en la fragua —dijo, como distraída, con la vista fija en un lugar distante.

Marcia recogió su esportón y siguió su camino. Aquella conversación la había dejado con una sensación agridulce. Yabama le parecía una mujer de naturaleza casi primitiva, pero su figura tan singular, el vestido sencillo que ceñía con un cordel a modo de hábito, sus rasgos, que la hacían destacar entre la gente… Todo en ella la volvía lejana y extraña.

—No os esforcéis más de la cuenta, señora.

La voz de María Fernández la sacó de sus pensamientos. Portaba un cántaro vacío en cada brazo. A su lado marchaban otras dos mujeres, también con cántaros.

—¿Ahora hacéis de aguadora? —preguntó Marcia.

—De lo que haga falta.

—¿Cómo os encontráis?

—Furiosa. Contra el mundo, contra el cielo, y sobre todo contra esos putos herejes que me han quitado a mi hombre.

—Mejor eso que lamentarse, Mayor —dijo una de sus compañeras.

—¿Mayor?

—María Mayor Fernández da Cámara y Pita. Ese es mi nombre completo.

Al llegar a un cruce, las otras mujeres siguieron adelante, pero María se quedó.

—¿Sabéis que han herido a vuestro cabo Luján? —le dijo en voz baja.

Había posado los cántaros en el suelo para ajustarse la falda negra, sucia del polvo y del roce del barro.

—¿Por qué me lo decís?

—Sospechabais que fue él quien os denunció, ¿cierto? —Marcia asintió—.

Lo han llevado al hospital de campaña, junto a la fortaleza. Si está grave, quizás desee limpiar su conciencia.

Aquel día se recrudecieron las hostilidades. Los ingleses se estaban haciendo fuertes en el convento de Santo Domingo, en cuyo interior sus carpinteros fabricaban manteletes y escalas de asalto. También subieron al campanario un esmeril con el que batir la muralla. El capitán Álvaro Troncoso, apercibido de ello, logró reducir a escombros el campanario de Santo Domingo con las piezas que habían instalado sobre uno de los cubos.

Pero la amenaza seguía latente. El convento estaba demasiado próximo a la muralla, y desde él podrían excavar una mina. Para prevenirlo, se hacía necesario terraplenar más torreones y reforzar las bases de los lienzos. Las mujeres resultaban insustituibles en aquella tarea. Saco a saco, carretilla a carretilla, iban apuntalando la defensa.

Después de una jornada agotadora, Yabama se acostó temprano. Martín le había preparado un jergón en un rincón de la fragua, y su mujer le había prestado un par de mantas viejas. Los tres compartieron una cena fría en la casa. Antoñita aprovechó para interrogarla sobre sus andanzas por el Caribe. Mas como ella se mostraba parca y cuidadosa en sus respuestas, y Martín tampoco estaba muy locuaz, la charla se agotó pronto.

La mestiza bajó a la fragua, se tumbó en el jergón y permaneció pensativa. Escuchaba la llovizna fina en el patio trasero. Algún caballo pateaba en la cuadra. El cañoneo, aunque más espaciado, seguía resonando entre las murallas y las líneas inglesas. En aquella soledad, percibió el pesar de Gabriel. No se había dado cuenta hasta que Marcia se lo mencionó, pero ahora lo sentía. Era algo físico, un peso oscuro, un sudario de duelo suspendido sobre su cuerpo. ¿Quién tenía la culpa? ¿Por qué había dejado sola a Isabel? Fuera de las mantas, su mano dibujaba amuletos en la tierra: uno contra el fuego, otro contra el hierro, otro más para aplacar la ira de Yacahú y los dioses de la destrucción. Luego pronunció los cinco nombres secretos de la Madre, palabras sin sonido: Yermao, Guácar, Apito, Iella, Zuimaco. Los repitió. Y con ellos en los labios, se quedó dormida.

El conocimiento descendió sobre ella en sueños. El lugar era oscuro, pero bañado por una luz cegadora. Primero olió su miedo, un aroma penetrante y almizclado, y escuchó su corazón, con ese latir apretado de quien teme por su vida. Después la descubrió, escondida en la madriguera. Era Isabel.

Abrió los ojos y se incorporó. La lluvia se había detenido. Tenía que ir en su

ayuda. Buscó sus calzones marineros en el hatillo traído del convento, su camisa y un sayuelo que le llegaba hasta las rodillas. Se vistió, se cubrió con una gorra de lana y esperó a Martín Robledo, que debía volver a su puesto en la muralla.

—¿Qué pasa, mujer? —susurró él. No quería despertar a Antoñita.

—Voy a por Isabel. Sé dónde está —dijo mientras se echaba una manta sobre los hombros.

—Estás loca.

Yabama negó con la cabeza e hizo oscilar la llama de la vela que sostenía el herrero.

—Es muy arriesgado —insistió él—. Si te capturan… Ya sabes lo que les hacen a las prisioneras.

—Necesito que me abran una poterna, o que me descuelguen desde las almenas.

Martín, que conocía de sobra la tozudez de la mestiza, no perdió el tiempo en disuadirla. Apagó la vela y salieron.

Martín se desciñó su daga toledana y se la entregó.

—Tengo un cuchillo.

—Es mejor la daga.

Cruzaron la plaza de la Harina, pasaron junto al arsenal, la iglesia de Santiago y el palacio del gobernador, hasta alcanzar la puerta del Ángel. El retén de guardia se calentaba en un fuego hecho con tablones y vigas podridas. Tres hombres con armadura charlaban junto a él; otros, envueltos en sus capotes, se resguardaban del relente. Martín se dirigió al cabo de la guardia, al que debía conocer. Parecían más bien vecinos armados que soldados. Tras una breve conversación, accedieron a abrir el postigo incrustado en una de las hojas mayores. Martín le pidió a Yabama que se quitase la manta y les mostrara el rostro.

—¿Una mujer? —se sorprendió uno de los hombres.

—Con más agallas que vos.

—Eh, calmaos, que nadie lo ha puesto en duda —respondió el otro—. Pero el asunto es peligroso.

—¿Gustáis acompañarme?

El soldado se mordió el labio y apartó la mirada.

—Mi puesto es este.

—Si tiene suerte, regresará esta misma noche en compañía de otra mujer —

terció Martín—. Os ruego que estéis atentos.

La puerta del Ángel miraba al islote de San Antón y estaba medianamente protegida. Por allí pasaban los suministros y las tropas de relevo hacia el castillo.

—¿Cómo piensas llegar a la Pescadería? —preguntó Martín.

—Nadando. Se me da bien —dijo, y le entregó la gorra.

—Si surge alguna contrariedad, deja un mensaje en la casa. O mejor: escóndelo en un agujero frente al portón del corral. Cuídate, mujer. Sería una pena perderte ahora.

—Si muero, dile a Gabriel que se haga cargo de García.

Martín asintió y le puso una mano en el hombro. Si le pasaba algo, Gabriel lo crucificaría.

Yabama se dio media vuelta y se perdió entre las sombras. La muralla se alzaba sobre un escarpe rocoso que bajaba abruptamente hacia el mar. Descendió con cautela, tanteando con la puntera, ayudándose de las manos o sentándose cuando el terreno se volvía resbaladizo, y pronto alcanzó una caleta mínima con más piedras que arena. La bahía estaba envuelta en oscuridad. Se escuchaba con nitidez el chapoteo de las olas. La silueta del fuerte de San Antón se elevaba como una sombra más densa, y de la flota inglesa, enfrente, apenas se percibía una masa indistinta. La luna menguante aún no había asomado, y el cielo seguía cubierto.

Yabama se quitó las alpargatas, las envolvió en la sayuela y se la amarró al cuello. A continuación se adentró en el agua, dio unos pasos y comenzó a nadar lentamente, con la cabeza fuera. El agua estaba muy fría.

Hasta la Marina, a su derecha, habría trescientas brazas, cuatrocientas a lo sumo. Debía andarse con cuidado: alguna lancha podía estar desembarcando tropas al amparo de la noche, o podía enredarse con la jarcia de los tres pecios hundidos. Al superar la San Bartolomé, cuyos mástiles asomaban unos palmos sobre la superficie, hizo un descanso. Las olas la acogían en sus senos y la alzaban con sus lomos. En el arrabal brillaban aquí y allá algunas luces. Prosiguió un poco más. Cuando calculó hallarse sobre el San Juan giró hacia su derecha y se dejó arrastrar por la corriente hasta que tocó la arena de la playa. Permaneció tendida unos instantes, notando en su cuerpo el vaivén de las olas.

Al no oír nada, se incorporó y gateó, como las iguanas de su tierra natal, hasta tocar el casco varado de un bote. Una hoguera iluminaba la entrada de una calle. Comprobó que no hubiera nadie cerca, cruzó agachada el espacio

que la separaba de las primeras casas y avanzó con la espalda pegada a la pared. Medio centenar de pasos más allá, se detuvo en una esquina para orientarse. Tomó la calle Real y recorrió con extremo cuidado un par de manzanas. Al aproximarse a la calle de la Estrella, percibió rumor de voces. Apoyó las manos en la piedra de una fachada y asomó la cara. La golpeó un hedor nauseabundo, mezcla de carne quemada y cadaverina. El estómago se le revolvió, y tuvo que contenerse para no vomitar. La imagen del cuerpo calcinado de Isabel cruzó su mente como un relámpago. Debía apresurarse.

Un fuego mortecino iluminaba a tres hombres sentados con las espaldas contra la pared. Uno hablaba; los otros lo escuchaban con las cabezas gachas y las armas en las manos. Estaban demasiado cerca de la casa de Isabel. Tendría que rodear la manzana y entrar por el corral. Se tumbó para cruzar la calle. La tensión le impedía sentir el frío de la ropa mojada. Al contrario, sudaba por todos los poros. Arrastrándose palmo a palmo, los ojos fijos en los soldados, alcanzó la esquina opuesta, se irguió y comprobó que no la hubieran descubierto.

Le costó dar con el corral. Dudó entre varios hasta que saltó una cancilla de listones y se internó en el predio. El canto de los grillos parecía ahuyentar cualquier peligro. ¿Qué podía ocurrir mientras ellos entonaban su monótono cricrí? Y, sin embargo, algunos callaron al sentir sus pasos. Se acercó a la casa, cuyas puertas estaban abiertas, y permaneció unos minutos en silencio, atenta a cualquier sonido, pero no percibió presencia alguna. Desde la calle de la Estrella no llegaba ya ningún rumor, y los disparos de la muralla sonaban lejanos.

Penetró en el cuarto adosado a la vivienda.

—Isabel —susurró.

Olía a moho y a humedad. En aquella oscuridad absoluta sintió un mal presagio, porque Maquetaire siempre se ocultaba en las sombras. El corazón latió despacio, con tañidos que hacían vibrar la piel. Entonces escuchó un crujido leve, imperceptible para cualquier oído menos fino.

—Isabel. Estoy sola.

—¿Yabama?

Oyó maderas desplazarse, trastos caer, un cuerpo deslizarse por el suelo, una respiración entrecortada y unos pasos suaves. Isabel, cuyos ojos debían de estar más hechos a la penumbra, fue hacia ella sin tropezar, y la abrazó con fuerza.

—¡Virgen santa! Qué miedo he pasado —murmuró sin soltarla.

—Ahora estoy yo.

Isabel quiso saber cómo había venido. Por qué. Yabama se lo explicó a su modo, y le aseguró que la sacaría.

—¿Puedes nadar hasta San Antón?

—Apenas doy diez brazadas sin hundirme.

Yabama calló, pensando en otras opciones.

—Habrá que cruzar el campamento —dijo al fin.

—¿Ahora?

—Ya es demasiado tarde. Lo intentaremos mañana.

3

Barrio de la Pescadería

El Prior do Crato bajó a tierra acompañado de su séquito, del almirante Drake y de los comandantes de sus escuadras, para asistir al alarde de las tropas de Norris y a la entrega del requerimiento de rendición a las autoridades de La Coruña.

Más de diez mil infantes, formados a lo largo de las calles, ocupaban la Pescadería. Al paso del grupo regio, los hombres rompieron en salvas y vítores. Lucían ropas lujosas y ostentosas, fruto del saqueo, jubones de cuero con remates de plata, calzas de raso o terciopelo, greguescos con encajes dorados, medias de seda, capas bordadas, gorras de tafetán con plumas, así como armas y corazas de buena factura. Estaban eufóricos por el rápido triunfo obtenido y ansiosos por penetrar en la ciudad. Si las casas del arrabal escondían tales riquezas, ¿qué no hallarían dentro de la ciudad?

Después de pasar revista a las tropas, los principales se dirigieron al convento de Santo Domingo, situado a escasos treinta pasos de la muralla. Junto a una de sus troneras, el general Norris rindió cuentas a don Antonio sobre el estado del sitio. El estrépito de los cañones le obligaba a alzar la voz.

—Se ha construido una barricada paralela a sus posiciones —explicó—, y a su resguardo estamos levantando un baluarte con tres piezas de veinticuatro libras que no han dejado de batir toda la mañana la base de una de las cortinas de la muralla.

—¿Han abierto brecha? —preguntó con firmeza el Prior, que vestía una

armadura milanesa ricamente decorada.

Don Antonio de Avis era muy consciente de la importancia de su figura. Durante años no había sido más que un naipe en la manga de la reina Isabel, pero cuando al fin esta se decidió a atacar, su posición se encumbró.

—Aún es pronto, alteza —respondió Norris con deferencia. También él era consciente de la importancia de llevarse bien con el Prior.

—¿Y ese túnel?

—Es el arranque de una mina. Cuando lleguemos a los cimientos de aquel cubo —el general señaló una de las torres fronteras al convento, justo en el ángulo donde la muralla giraba hacia el sur—, la llenaremos de pólvora y la haremos estallar. Mis ingenieros aseguran que el torreón se vendrá abajo como golpeado por un martillo divino.

—Esperemos que no sea necesario. Aunque nuestras intenciones son evidentes.

—Tanto mejor, alteza —intervino Drake—. Cuanto más temor les infundamos, más pronta será la rendición.

La voz bronca de sir Francis y la seguridad de sus palabras hicieron vacilar un momento a don Antonio.

—Muy bien visto, almirante —admitió al fin—. Procedamos con el requerimiento.

El general Norris ordenó a los tambores que adelantaran posiciones y tocasen a tregua. El redoble prolongado logró acallar pronto los disparos de escopetería en la trinchera. Poco después, ocurrió lo mismo en la muralla. Un alférez ondeó una bandera blanca al abrigo del parapeto. Sir Francis metió la mano en la pechera de su jubón rojo y negro, sacó un cartucho de cuero y lo tendió a Norris.

—Es vuestro ejército quien va a tomar la ciudad —le dijo con extremada cortesía.

—Por Dios, sir Francis, os cedo a vos el honor. Sois el hombre más famoso del reino. —En la voz del general había un punto de sarcasmo.

El almirante, hinchado de orgullo, agitó el papel y preguntó en voz alta quién se ofrecía voluntario para entregarlo al gobernador.

—Iré yo, señor —dijo una voz a su espalda.

Las miradas se volvieron hacia el hombre alto, rubio y grave que acababa de hablar.

—Capitán Trenton, os hacía en vuestro barco —se sorprendió Drake—.

¿Abandonáis la armada por la infantería?

—No me perdería la rendición de La Coruña por nada del mundo —respondió Trenton, imperturbable—. Recordad que fui yo quien os informó sobre sus defensas.

Drake soltó varias carcajadas estrepitosas, se giró para observar el efecto entre los presentes y se congratuló de las sonrisas que habían provocado.

—Es todo vuestro.

John Trenton tomó el cilindro. No solía entregarse a baladronadas ni gustaba de protagonismos, pero no podía dejar pasar la oportunidad que se le ofrecía. Si Isabel se encontraba tras aquellas almenas, o alguno de sus familiares lo reconocía, sabría que él estaba allí, y que podía contar con su brazo y con su protección, pasara lo que pasase.

Se adelantó junto al abanderado y salió del resguardo del parapeto. Se hizo el silencio. El sol lanzó un guiño entre las nubes y volvió a ocultarse. Los emisarios avanzaron hasta situarse a diez pasos de la puerta de Aires. Desde una de las torres, un español, que se presentó como el sargento Luis de León, preguntó el motivo de la comparecencia.

—Traigo una carta de mis generales para vuestro gobernador —respondió Trenton en su mejor castellano.

La brisa hacía ondear la bandera blanca y arrastraba las palabras. Trenton repitió el mensaje con voz de falsete.

—¡Sólo nos interesa tratar del rescate de los prisioneros! —gritó el sargento, apoyado en su vara de mando.

—Y a mis generales, de la rendición —replicó Trenton, con la mano tendida y el cartucho de cuero en alto.

Paseó la mirada por las almenas y comprobó complacido que decenas de rostros lo observaban. El sargento, en extremo puntilloso, no quiso recoger la carta.

—Entonces os la leeré —dijo Trenton, y extrajo el rollo y lo desplegó—: «Nos, sir Francis Drake, almirante de la Real Armada, y John Norris, general del ejército de Su Majestad, requerimos a las autoridades de esta ciudad a que la rindan a Inglaterra». —Estaba redactada en castellano. Drake debía de contar con un buen traductor—. «De hacerlo, olvidaremos la ofensa causada por la agresión de vuestra armada el año pasado, y trataremos con clemencia a vuestros vecinos». —Hizo una pausa, alzó la vista, tomó aire—. «En caso contrario, emplearemos contra vos todo el rigor de la guerra».

Bajó el pliego y lo enfundó de nuevo.

—¡Antes habréis de tomarla!

—Aunque todo el poder de España se esconda tras sus murallas —añadió por su cuenta el abanderado—, en dos días la ciudad será conquistada.

—Andad en buena hora —replicó el sargento, y para mostrar su desprecio, se dio media vuelta y desapareció tras las almenas.

Se hizo un nuevo silencio. El abanderado urgió a Trenton a retirarse, pero este se demoró unos instantes, tratando de encontrar el rostro de Isabel entre la multitud. Al posar los ojos en una de las torres, vio un fogonazo y sintió en el brazo un impacto brutal que lo derribó al instante.

No se había disipado aún el eco del disparo cuando desde la trinchera otro mosquete respondió. Unos gritaron *«¡Traición!»,* otros *«¡Perfidia!»*. El alférez soltó la bandera y se agachó para asistir a su compañero. El capitán Sydeman saltó para exigir con furia el arresto del ingrato felón que había roto la tregua, y el sargento León asomó de nuevo por la muralla para ofrecer la entrega inmediata del tirador si los ingleses hacían lo propio con el que había respondido desde su campo.

Ante la gravedad del incidente, Drake y Norris se apartaron para deliberar. No podían permitir que los españoles se mostraran más honorables ante todo el ejército.

Entre tanto, el alférez logró arrastrar a Trenton hasta su línea y dejarlo a resguardo tras la trinchera.

—Comunicadles que perdonamos a su hombre si ellos otorgan el mismo perdón al nuestro —informó Norris al capitán Sydeman.

La respuesta llegó pronto:

—Don Juan Pacheco, marqués de Cerralbo y gobernador de Galicia, castigará como es debido a nuestro tirador —anunció el sargento—. Haced con el vuestro lo que estiméis conveniente. Hale. Y reanudemos la lucha cuando os plazca, que La Coruña no se rinde.

No tardaron en rugir otra vez cañones y arcabuces. Las piezas de los ingleses eran de mayor calibre que las de los españoles, y sus balas arrancaban piedras, alzaban nubes de polvo y abrían boquetes de varios palmos en la muralla.

Drake se acercó a donde yacía su capitán, el brazo empapado en sangre.

—¿Cómo estáis, John?

Trenton, con el rostro lívido y cubierto de sudor, apretó los dientes.

—Todavía vivo —respondió abatido.

—¿Tenéis cirujano a bordo?

Trenton negó con la cabeza y el almirante se inclinó sobre él.

—No os preocupéis —rugió el dragón—. Mi propio cirujano se hará cargo de vos.

Se incorporó y pidió ayuda. Varias manos acudieron de inmediato.

—Llevadlo al Revenge. ¡Presto!

4

Ciudad Vieja

Marcia avanzaba con paso fatigado hacia el hospital de campaña, decidida, al fin, a entrevistarse con el cabo Luján. Había postergado demasiado aquel trance, pero en pocos días habían ocurrido tantos sucesos que apenas halló ocasión propicia.

Los ingleses habían concluido su gran baluarte artillero y desde él batían la muralla con la obstinación de una maza. Golpe a golpe, los lienzos, cortinas y torreones se resentían bajo el incesante castigo. Un proyectil acertó de lleno en el escudo con las armas reales; el impacto, celebrado como agüero venturoso en las filas enemigas, espoleó un asalto general contra la puerta de Aires. Fue una acometida súbita y feroz, que los defensores lograron rechazar y que dejó el campo sembrado de cadáveres.

En la bahía, una flotilla de lanchas arremetió otra vez contra el castillo de San Antón y puso a su guarnición en grave aprieto. Sólo el socorro de la artillería disparada desde la Fortaleza Vieja impidió que los invasores lo ganasen por asalto. Día y noche, por mar y por tierra, el cerco se estrechaba. Entre tanto, para cortar todo auxilio, varios navíos bloqueaban la entrada de la ría y apresaban o saqueaban a los mercantes que osaban arrimarse demasiado a la costa. Y mientras los cañones y arcabuces de los sitiadores no daban respiro, avanzaba también el túnel, la más temible de sus armas, que, a escondidas, buscaba los cimientos del torreón de los Ángeles.

Viendo las dificultades que atravesaban los coruñeses, los ingleses les hicieron una segunda exhortación a rendirse, con la promesa de respetarles la vida. Como muestra de buena voluntad, accedieron a rescatar algunos de los prisioneros que habían hecho, como el capitán Juan de Luna, por seiscientos ducados, o un clérigo por doscientos. Pero su oferta recibió una respuesta tan

firme y desdeñosa como la primera.

Pese a ello, la ciudad entera temblaba. Los desmanes de la Pescadería estaban presentes en las mentes de todos. Nadie se engañaba. Con las fuerzas humanas no bastaría para resistir. Sólo la ayuda divina podría salvarlos. La cofradía de Nuestra Señora del Rosario hizo entonces un voto solemne: si el Altísimo los libraba del asedio, cada dos de julio, día de la Visitación de la Virgen, casarían a quince doncellas y las dotarían con veinte ducados cada una. Además, ofrecerían limosna, comida y bebida a todos los pobres que lo solicitaran al mayordomo de la cofradía. Otros gremios y vecinos se unieron con votos semejantes o mayores: las promesas se multiplicaban al ritmo del miedo.

Entre tanto, el marqués de Cerralbo había enviado, al amparo de la oscuridad, dos pequeñas falúas a Betanzos y Ferrol, con órdenes tajantes para los capitanes de las galeras: debían introducir a toda costa refuerzos por mar. Al conde de Andrade, que estaba a cargo del socorro exterior, le pedía que arremetiera contra los ingleses desde tierra para forzarlos a levantar el cerco. Pero ni llegaban los ansiados refuerzos ni Andrade, pese a haber reunido un buen contingente en El Burgo, hacía otra cosa que escaramuzar y emboscar a las compañías enemigas que se internaban demasiado en el territorio.

Con el espíritu atribulado por la difícil situación, Marcia entró en el hospital. El fuerte olor a podre, ungüentos y hierbas cordiales le hizo arrugar la nariz. El trajín era constante: heridos que gemían, enfermeros que iban y venían con trapos y baldes de agua teñida de rojo, familiares que gritaban, médicos cubiertos de sangre.

Luján había recibido en San Antón un arcabuzazo en el costado. Uno de los cirujanos le había extraído el plomo con una cuchara de hierro y le había cauterizado la herida, pero su salud no mejoraba. El rostro cetrino, los labios secos y los ojos hundidos daban cuenta de su mal estado.

Lo halló tumbado sobre un jergón relleno de paja, al lado de otros heridos, con una manta que medio lo cubría y la mirada perdida en las vigas del techo. Sin embargo, al verla acercarse, una chispa animó sus ojos.

—¿Venís a reclamarme algo, señora? —dijo Luján, mientras acomodaba la almohada contra el muro y se incorporaba con dificultad—. ¿Acaso el mozo se llevó más de lo que le correspondía?

Marcia tardó en responder. Dio un par de pasos más, hasta quedar a la altura de su cabeza, y se sentó en una silla baja, con asiento de anea.

—No, señor mío —repuso al fin—. He venido a ver cómo os encontrabais.

¿Necesitáis algo?

El cabo la escrutó con suspicacia. No debía de estar habituado a la cortesía desinteresada. Y no se equivocaba del todo, ya que Marcia tenía sus propios motivos.

—Supongo que no habréis venido a yacer conmigo… —Una sonrisa maliciosa apuntaba bajo el bigote.

—¡Señor Luján! Soy mujer casada. —A Marcia le dieron ganas de dejarlo allí sentado, con su humor agrio, su olor a orines viejos y esa cuchilla que tenía por lengua.

—¿Y qué hay de malo en ello? Me estoy muriendo, Virgen Santa, y me gustaría despedirme de este valle de lágrimas con un poco de alegría. Si vos sois demasiado remilgada, siempre podéis enviarle el recado a vuestra cuñada. Incluso esa mestiza salvaje me serviría.

—Me temo que ambas están en manos de los herejes —respondió Marcia, con un tono seco que pretendía poner fin a las burdas insinuaciones.

—Vaya, cuánto lo lamento —murmuró Luján. Aunque Marcia no supo si lamentaba la desgracia de las mujeres o simplemente la imposibilidad de cumplir sus fantasías de moribundo.

—¿Queréis que llame a un sacerdote para que os confiese?

—¿Un cura? —resopló—. ¿Tan pronto queréis despacharme? Voto a satanás, señora, que sois más retorcida de lo que aparentáis.

—¿Por qué me habláis así? ¿Tenéis algo contra mí?

—¿Aparte de no querer darme gusto? —Luján rio con un ruido ronco que terminó en tos.

Marcia negó con la cabeza. Aquel hombre era un muro sucio y hosco del que no iba a sacar nada en claro. Estar sentada le comprimía el vientre y le entumecía las rodillas. Se inclinó hacia delante y comenzó a incorporarse, con cierto esfuerzo. Entonces el cabo le sujetó una mano. Su antebrazo, grueso y velludo, emergía de la camisa remangada, y sus ojos se clavaron en los de ella, no con deseo, ni con burla, sino con un atisbo de sinceridad.

—Yo no tuve nada que ver con vuestra detención —dijo en voz baja. Y, enseguida, como si el peso de sus propias palabras lo avergonzara, bajó los párpados y soltó su mano.

—¿Por qué debo creeros?

—Nada gano con mentir —respondió, pundonoroso, mientras con mano torpe se atusaba el bigote—. Y ahora, señora, acercadme la bacinica.

Marcia, sin decir palabra, tomó el recipiente y lo colocó junto al jergón, evitando mirar su contenido. Su gesto no mereció agradecimiento ninguno, por supuesto.

Salió del hospital con el mismo paso medido con que había entrado y se encaminó a la casa de su tío Sancho. Julia, una de sus hijas, que acababa de parir, se había ofrecido a dar el pecho al pequeño Santiago. A Marcia le gustaba visitarla siempre que podía; en medio del caos, le reconfortaba verla con el niño en brazos.

Andar la ayudaba a reflexionar sobre la conversación que acababa de mantener. No tenía ningún motivo para tomar por verdadera la confesión de aquel granuja desvergonzado y zafio que se burlaba de la fe. Sin embargo, algo en su interior le decía que no le había mentido, que, a menos que la odiase con toda su alma —cosa que dudaba—, cerca de la muerte no tenía sentido negar su culpa. ¿Quién la había delatado, entonces? ¿Alguna vecina rencorosa? ¿Un enemigo de Gabriel? ¿Alguien cercano al propio gobernador? ¿Quién?

La plazuela de Santa Bárbara parecía más un campamento militar que un apacible vecindario. Muebles, colchones y ropa se apilaban en desorden para ser usados como empavesadas en la muralla; montones de piedras, vigas y postes esperaban ser trasladados para reforzar bastiones; y, más allá, se agrupaban platos, jarras, fuentes y cubiertos de peltre para fundirlos y fabricar munición.

Una hilera de mujeres y niños recogía todo aquello y lo acarreaba, con voluntad incansable, hacia donde hiciera falta. Las vecinas de la plaza no sólo aportaban materiales y trabajo: muchas daban techo y comida a los que lo habían perdido todo en la Pescadería. También las beatas del convento arrimaban el hombro en la faena. Y al frente de aquella sinfonía de esfuerzo, como capitana del desorden, estaba Dominga.

—¿Qué sería de La Coruña sin nosotras? —exclamó al ver a Marcia.

Era una mujer baja, sonrosada y regordeta. Llevaba un trapo atado a la cabeza, un viejo vestido de jerguilla arremangado hasta los codos y un delantal arrugado y manchado de tierra.

—¿Y Santiaguillo? —preguntó Marcia.

—Dentro, con Juliña. No te preocupes, que está bien atendido y alimentado. —Mientras hablaba, recolocaba un cabecero de cama, apartaba una piedra con el pie y barría la tierra con un escobón—. Entre él y mi sobrino están dejando seca a la pobre mujer. Y mira que leche no le falta…

—¿Y tu marido?

—A Froilán lo han enviado con el regidor Meiranes. Y mi suegro está con la compañía de Pedro Manrique, en la Puerta Real creo.

Marcia arrugó el ceño. Sabía que esas compañías estaban apostadas frente a la Pescadería.

—Un lugar peligroso —murmuró.

—Cualquiera lo es, pero peor sería no plantar cara al enemigo —replicó Dominga con determinación.

En el centro de la plaza habían improvisado un pequeño altar. Sobre él, una imagen de la virgen, rodeada de velas encendidas, parecía contener el temor y la incertidumbre que anidaba en los corazones de aquellas mujeres.

A poco llegaron María Fernández y otras vecinas. Sin perder tiempo, se pusieron a llenar cestos de mimbre con tierra y piedras. Marcia, sin pensarlo, se agachó para ayudarlas.

—¿Por qué no te quedas aquí, con nosotras? —la detuvo Dominga con voz suave—. Esta ocupación es menos pesada.

—Debo acompañar a María. Bastante generosa es conmigo como para que yo la ponga en un compromiso. No puedo olvidar que sigo en libertad vigilada.

—No te fatigues en exceso —insistió Dominga.

Marcia sonrió, agradecida por el consejo. Pero no hizo mucho caso. Se incorporó con esfuerzo, tomó una de las asas del cesto que acababa de llenar María y se dispuso a seguirla.

5

Barrio de la Pescadería

Una escuadra de soldados de la compañía de Geraldo Henriques estaba destinada aquella tarde a trabajar en la mina. Se trataba, de momento, de un agujero de tres varas de diámetro por cuatro de profundidad, en cuyo fondo arrancaba el túnel que se dirigía hacia la muralla. Pala en mano, Duarte terminó de llenar de tierra el cesto y Diego Hernandes tiró de una cuerda pasada por una roldana para elevarlo hasta el brocal, donde otros hombres lo vaciaban con presteza.

—Vaya porquería de trabajo —gruñó Hernandes—. Es peor que remar en

galeras.

—¡Como si supierais lo que es una galera! —se burló fray Antonio.

—Que me parta un rayo si no lo sé.

El cesto descendió rodando en un santiamén. Varios compañeros, armados con picos, habían acumulado ya otro montón de tierra, y Duarte y los dos charlatanes se apresuraron a palearla. El espacio era tan estrecho que se estorbaban unos a otros, y el aire, viciado y pesado, hacía difícil respirar.

—Señores, aquí viene el relevo —anunció una voz desde el exterior.

Los hombres soltaron las herramientas y subieron por una rústica escalera. El día declinaba, y en la superficie preparaban faroles para el nuevo turno. Luego de sacudirse la tierra de las ropas, se encaminaron a la casa donde acampaba su compañía. Aquel arrabal se había convertido en un enorme campamento militar. Las mejores viviendas se las reservaron los coroneles, armadores y gente principal, comenzando por don Antonio; las demás se repartieron sin más criterio que apoderarse de ellas antes que otros se las quitaran. Algunas daban cobijo a una compañía entera, otras a media, y las más humildes apenas alcanzaban para un pelotón.

Si Duarte y sus compañeros confiaban en reposar tras la dura faena, pronto se desengañaron.

—Señor Hernandes, tomad un bocado ligero y alistaos: esta noche haréis guardia en la Marina —le ordenó Mendes, sargento de la compañía y mano derecha de Geraldo.

Desde la muerte de Pimenta, Geraldo había nombrado a Hernandes cabo de los hombres llegados en el bergantín, por parecerle el más marcial y resuelto del grupo. Con todo, tenía muy presente por qué estaban allí y les reservaba las tareas más ingratas.

Mendes los acompañó hasta su puesto, situado entre las últimas casas y la playa. Su cometido era dar la alarma ante cualquier intento de desembarco enemigo.

—¿Qué desembarco? —objetó Hernandes—. Si la bahía está tomada por la flota inglesa.

—Los españoles son muy dados a los ataques nocturnos —repuso Mendes —. Y nada de fuegos —añadió al marcharse.

Diego Hernandes no le hizo caso. Ordenó encender una buena hoguera para calentarse, como habían hecho en otros puestos los ingleses, organizó los turnos de guarida y luego se tumbó en la arena, decidido a pasar la noche lo

mejor posible.

A Duarte, fray Antonio y Álamo les tocó el tercer turno. La marea descendía, dejando al descubierto una franja amplia de playa. La luna se acercaba a nueva y las noches eran cada vez más oscuras.

—Os sienta bien ese nombre —dijo de improviso el padre Antonio, que se negaba a portar armas.

—¿Qué nombre?

—El de Eduardo Pinto.

Duarte se ajustó la espada al cinto, apoyó el arcabuz en la rodilla y sonrió. A menudo olvidaba su nuevo nombre. Cuando lo llamaban, tardaba en reaccionar, y si hablaban de él, no se daba por aludido. También a sus compañeros se les escapaba, aunque por suerte nunca frente a Geraldo. ¿Suerte? ¿O el instinto alerta que todos llevaban dentro?

—¿Por qué no huisteis, padre?

—¿Cuándo?

—La noche en que asaltamos el muro. Entre tanto estrépito y confusión podíais haberos escabullido hacia la ciudad vieja.

—También vos.

—A nosotros Geraldo no nos quitaba ojo. Pero vos veníais detrás, atendiendo a los heridos y dando la extremaunción a los moribundos.

—Ahí tenéis la respuesta.

Duarte no quedó satisfecho. Sospechaba que al fraile, más que el deber religioso, lo había retenido la conciencia: no quería que sus compañeros pagaran por su huida.

Unas estrellas solitarias brillaban entre las nubes. La marea terminó de bajar. El vaivén de las olas, eterno y siempre distinto, amortiguaba cualquier otro sonido. Duarte se incorporó y echó una brazada de leña en las brasas. Las llamas, reavivadas, iluminaban un círculo de arena que se desvanecía en un anillo de penumbra. Más allá, reinaban las sombras.

Duarte vio moverse algo a su izquierda.

—¡Eh! ¡Alto! —gritó, y sin pensarlo, corrió hacia las casas.

Dos figuras oscuras se alzaron a pocos pasos y echaron a correr en dirección a las murallas. Duarte las siguió, guiado más por la intuición que por la vista.

—¡Alto! —repitió Álamo a sus espaldas.

Una bala silbó junto a su oído, seguida del estampido. Había olvidado su arcabuz, pero su compañero no. El siguiente grito vino de delante, más agudo.

Duarte frenó justo a tiempo para no tropezar con un bulto caído a sus pies. Desenvainó la espada y le ordenó que se rindiera, fuera quien fuese. Por toda respuesta obtuvo un gemido.

Sus compañeros lo alcanzaron. El cabo Hernandes no tardó en acudir con una antorcha improvisada, cuya luz reveló que se trataba de dos mujeres abrazadas.

—Arriba —ordenó el cabo.

Una de ellas ayudó a la otra a incorporarse. En la arena brillaba el acero de un puñal que recogió Hernandes.

—¿Estás herida, muchacha? —preguntó fray Antonio con voz solícita.

La mujer, de aspecto indígena y vestida con ropas masculinas, negó con la cabeza y señaló un desgarrón en los calzones marineros, a la altura de la rodilla. Se había golpeado con algo y caído de bruces. Su compañera los miraba con ojos espantados. Su rostro mostraba una palidez cadavérica, incluso a la luz anaranjada de la tea.

Se oyeron nuevos pasos. El ruido había alertado a los centinelas del siguiente retén.

—¡Qué buena presa! —exclamó una voz en inglés, y una mano grande se posó en el hombro de una de las cautivas.

Duarte apartó al soldado de un empellón.

—Son mis prisioneras —dijo con fiereza.

Se alborotaron los recién llegados.

—Uy, qué ansioso…

—Las mujeres son botín de guerra.

—Yo quiero a la paliducha.

El cabo Hernandes se adelantó, la frente fruncida, el gesto seco.

—La presa ya está asegurada —dijo. Pero los ingleses no estaban dispuestos a dejar que una escuadra portuguesa se apropiara de lo que consideraban un premio común. Asomaron los aceros. Las escuadras formaron dos semicírculos opuestos, con las mujeres en el centro. Hernandes pasó la antorcha a fray Antonio. La llama se reflejaba en los ojos húmedos, en los rostros sudorosos y las barbas enmarañadas. La lucha parecía inevitable.

—Soy la esposa del capitán John Trenton —dijo con claridad la paliducha—. Y esta es mi criada.

Las palabras, pronunciadas en un inglés más que aceptable, los tomaron por sorpresa y rebajaron al instante la tensión.

—¿Trenton? —preguntó uno de los ingleses.

Duarte aprovechó el desconcierto para meter baza. Sabía que Hernandes era un hombre duro, pero entonces hacía falta iniciativa.

—Las conduciremos ante el capitán Henriques —indicó, y tomó del brazo a la supuesta señora Trenton. La otra los siguió, cojeando.

Sus compañeros abrieron paso.

—¿A dónde van vuestras mercedes? —preguntó Hernandes, dirigiéndose a los ingleses, que se miraron entre sí con expresión indecisa—. Retornad a vuestro puesto —añadió. Tras unos murmullos y maldiciones contenidas, los soldados volvieron las espaldas y se perdieron en la oscuridad.

—¿Las llevaréis vos ante el capitán? —preguntó Hernandes.

—Es mejor no molestarlo ahora —intervino fray Antonio—. Amanecerá pronto.

Amarraron a las mujeres para evitar una fuga y las sentaron sobre la arena. Pasada la alerta, los hombres se acomodaron para echar una última cabezada. Duarte no podía apartar los ojos de las prisioneras. La mestiza tenía un extraño atractivo que su atuendo masculino realzaba, y no parecía mostrar temor alguno. No así su compañera, frágil y temblorosa, con una hermosura trágica que lo impresionaba.

—¿Qué hacíais aquí? —preguntó, de pronto.

La señora Trenton agachó la cabeza. Tenía la mitad de la cara iluminada, la otra en penumbra.

—Buscaba a su marido —respondió la mestiza, sin bajar los ojos.

—¿De veras?

A Duarte se le ocurrían muchas preguntas que hacerles, pero se contuvo. Aquel no era el momento.

XXII

1

Océano Atlántico

La Portuguesa abandonó el estuario del Támesis sin mayores dificultades. Con la flota inglesa ausente, en el estrecho de Caláis sólo encontraron algunos buques de guerra dispersos, mercantes de diversas naciones y no pocos filibotes de las Provincias Unidas, que combinaban la defensa de las costas de Flandes con el lucrativo oficio de la piratería. La travesía del canal de la Mancha fue igualmente cómoda, y en tres singladuras echaron anclas en Cherburgo, donde Romain Jubert les ofreció un recibimiento digno de hijos pródigos.

—No hacía falta que echarais la casa por la ventana, amigo Romain —bromeó Gabriel al contemplar la pantagruélica comida con que los obsequió.

—Ah, señor Del Puerto, dejad que me dé ese gusto. ¿Quién sabe cuándo volveremos a vernos?

—¡Muy cierto! Nosotros partimos mañana.

—¿Tan pronto? —se extrañó Jubert—. ¿No queréis aprovechar el viaje con algún flete interesante?

Gabriel se excusó. La bodega de la fragata estaba medio llena con los prisioneros rescatados y él tenía prisa por volver. Por más que el destino de la Contra Armada pareciera ser Lisboa, no se fiaba de los ingleses. Joao lo había prevenido sobre La Coruña. De modo que, una vez desembarcada la carga, se despidió del contrabandista y se dispuso a zarpar.

También se despidió de Frans Vermeulen. El flamenco, que lo había acompañado en numerosas campañas y no pocas aventuras, se quedaba en Cherburgo. Gabriel sintió perder a un excelente piloto y un subordinado leal.

—Mi padre murió el pasado invierno, y mi madre no tiene a nadie más —le explicó Vermeulen—. Llevo mucho tiempo fuera de mi tierra, y si vais a estableceros en Lisboa, me alejaré aún más de los míos.

Gabriel alzó las cejas. Desde que lo conocía, no le había oído palabra sobre

su familia.

—¿Habéis pensado qué hacer?

—El señor Jubert me acercará hasta Dunquerque, y allí trataré de emplearme en barcos de cabotaje —sonrió Vermeulen, y Gabriel entendió que donde decía «cabotaje» podía leerse «corso»—. Si necesitáis otro piloto, puedo recomendaros un par de ellos.

—Ninguno como vos, amigo Frans. No, de momento me apañaré con Pascual, que fue piloto antes que maestre.

Largaron velas con un viento fresco del este, que levantaba olas largas con crestas blancas, y dejaron atrás el litoral normando. Gabriel aprovechó el buen estado de la mar para desclavar las portas, rescatar de la bodega los cañones y reinstalarlos en sus puestos. Doblaron el extremo de Bretaña y pusieron proa a La Coruña. Aquel cambio de rumbo inquietó a don Gregorio Soutomaior.

—¿No íbamos a Lisboa? —le preguntó.

—Tenéis ganas de volver a casa, ¿verdad?

—Imaginad. Hace más de un año que partí de allí.

—Pues lo mismo les ocurre a vuestros compañeros españoles —replicó Gabriel—. Tened paciencia, que todo se andará.

Gregorio Soutomaior, alguacil real en Lisboa y pariente político de Cristóbal de Moura, no estaba acostumbrado a que lo contrariasen, pero agachó la cabeza y se conformó. Los meses pasados en Bridewell le habían enseñado, a la fuerza, a ser paciente.

Al tercer día de navegación, se cruzaron con una escuadrilla de filibotes que amagó con perseguirlos.

—¿Vamos a pelear, señor? —preguntó García a su padre.

—Es posible, hijo. ¿Estás asustado?

—No es mi primer combate —respondió, muy serio.

Pero el combate no llegó a producirse. Tras una hora de persecución, los filibotes comprobaron que no podían darles alcance y abandonaron la caza.

Los sucesos del coto de Greenwich habían estrechado el vínculo entre Gabriel y su hijo. Después de meditarlo largamente, entendió que no podía permitir que se curtiese como un simple marinero. Las circunstancias eran las que eran, pero podía prepararlo para un destino mejor, y se propuso dedicar un rato cada día a su formación, desde el alfabeto hasta los arcanos de la náutica y el comercio. García respondió con un interés sorprendente.

Durante la travesía se cruzaron con muy pocos mercantes. Algo raro, dada la

época y la ruta. Gabriel, preocupado, apremiaba a la tripulación para sacar a la Portuguesa hasta el último nudo de velocidad. También Laiseca tenía la mosca detrás de la oreja y, cerca de Estaca de Bares, detuvieron un barco de pescadores que les confirmaron lo peor: una enorme flota inglesa se hallaba en La Coruña, sitiando la plaza. Además, habían desplegado un arco de seguridad frente a la entrada de la ría.

—¿Y en Betanzos y Ferrol? —preguntó Gabriel.

—No, allí no. Sólo algunas incursiones de saqueo.

La noticia los obligó a extremar precauciones. El primer impulso de Gabriel fue forzar una entrada desesperada en La Coruña, pero Laiseca lo convenció de poner rumbo a Betanzos.

Pegados a la costa, dejaron atrás el cabo Prior y las islas Gabeiras, y embocaron la ría de Betanzos. Echaron anclas en una pequeña ensenada frente a la aldea de Sada. Estaba atestada de embarcaciones de todo tipo, pesqueros, carabelas, mercantes de altura, muchos de ellos huidos de La Coruña. Había también dos galeras fondeadas en posición vigilante.

2

Barrio de la Pescadería

La compañía de Geraldo Henriques ocupaba una casa grande con un buen huerto, cerca del hospital de San Andrés. Geraldo estaba ya en pie y recién aseado cuando Duarte y el cabo Hernandes llegaron con las prisioneras. Su rostro, aún húmedo por el lavado, parecía más anguloso y afilado que nunca.

Partió de Inglaterra con la ilusión de ver entronizado a don Antonio, pero el día a día de la campaña se estaba encargando de enfriar sus expectativas. Aquel desvío absurdo hacia La Coruña, con la consiguiente pérdida de tiempo y recursos, demostraba a las claras que sus aliados estaban más interesados en el saqueo y la obtención de riquezas que en cumplir los objetivos políticos y militares acordados. ¿Y qué decir del asedio? Llevaban una semana en tierra y no habían logrado otra cosa que tomar el arrabal.

A la escasa luz del amanecer, Geraldo tardó en reconocer a Isabel. Sólo la mención de su apellido le permitió situarla.

—Vaya, vaya, vaya… Si es la señora Isabel Trenton. ¿O debería llamaros Elizabeth?

—Isabel está bien —respondió con cierta entereza. También a ella le había costado reconocer en aquel oficial duro y punzante al hermano de Marcia, algo que la tranquilizaba y la inquietaba por igual.

—Qué feliz coincidencia —prosiguió Geraldo en el mismo tono—. Y, pardiez, qué sorpresa saber que os amparáis en el apellido de vuestro esposo para salvaguardar vuestra… integridad. ¿No lo habíais abandonado?

Isabel bajó la mirada. Cualquier respuesta a aquella pregunta podía volverse en su contra.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Espiarnos?

—No, por Dios —dijo ella, con voz ahogada—. El asalto a la Pescadería nos cogió por sorpresa. Nos escondimos, y al intentar llegar a las murallas, nos capturaron.

Hizo un gesto hacia Yabama, y los ojos de Geraldo se posaron en la mestiza.

—¿Es vuestra esclava?

—Mi doncella.

—Mmm…, bonita mulata. ¿O es mestiza? —comentó, mientras la contemplaba sin recato—. Bien, no va a ser fácil que os reunáis con John Trenton. Fue herido y lo trasladaron a bordo del buque del almirante.

—¿Herido? —En medio de aquella situación tan comprometida, Isabel tuvo tiempo de preocuparse por él—. ¿De gravedad?

—Me temo que sí. Pero puedo conduciros ante su hermano.

—¿Michael Gardiner está aquí? —Isabel no guardaba buenos recuerdos de aquel hombre astuto y resbaladizo que siempre había intentado complicarle la vida en Saint James.

—Es el armador del barco en el que hemos venido.

Isabel asintió. Estaba preocupada por lo que hubiera podido pasarle a John. Aunque ya no estuvieran juntos, no le deseaba ningún mal.

—¿Y Marcia? —preguntó Geraldo—. Tengo entendido que residía en La Coruña.

—Y aquí sigue —respondió cautelosa Isabel. Marcia le había hablado en varias ocasiones de las tensiones con su hermano, y no quería cometer un desliz.

—¿Con el pirata de su marido?

—Con Gabriel del Puerto —lo corrigió, picada en su orgullo—. Es mi hermano.

La sorpresa de Geraldo fue patente. ¿La mujer de Trenton era una

condenada Del Puerto? De pronto, piezas sueltas comenzaron a encajar en su cabeza. Comprendió por qué Marcia, cuando vivía en Inglaterra, mostró tanto interés en visitar Saint James y en trabar amistad con John Trenton. También por qué Joao la había alojado en su casa y —ahora estaba seguro— la había ayudado a huir.

—Bien, Isabel del Puerto, os acompañaré a bordo del Relief. Estaréis más segura allí que aquí. Después, ya veremos.

Isabel se mordió el labio. ¿Había hablado demasiado? El rostro de Geraldo se había endurecido por una emoción que sólo él entendía, pero que de algún modo le concernía.

La luz del día aumentaba. En el huerto, amplio y sembrado de frutales, los soldados se aprestaban para una nueva jornada de guerra. Sus voces se oían claras y nítidas.

—¡Mendes! —llamó Geraldo. El sargento acudió al momento—. Que unos hombres busquen un bote en la orilla. Voy a llevar a estas prisioneras al Relief.

Mendes recorrió con la mirada el huerto en busca de voluntarios, pero Duarte se adelantó:

—Yo puedo ir, capitán. Es mi prisionera.

—No hay prisioneros particulares en esta compañía, soldado —replicó Geraldo.

—Son los usos de la guerra —insistió Duarte.

Geraldo lo miró con desagrado. Aquel tal Pinto no le inspiraba simpatía. No olvidaba de dónde venía, ni le agradaba su aspecto tan desaseado, tan rufianesco. Sin embargo, había algo más en él, algo que no terminaba de identificar.

—La capturó Pinto —intervino Hernandes, que seguía a su lado.

El cabo tampoco era santo de su devoción.

—Esta mujer es la esposa de un capitán inglés —respondió—. ¿Ha quedado claro? Reintegraos a la compañía y obedeced al sargento.

Duarte asintió y se alejó antes de que el sargento Mendes le encargase una tarea desagradable. Quería pensar con tranquilidad: la conversación entre Geraldo e Isabel le había resultado reveladora. Marcia estaba en La Coruña, y seguía con Gabriel del Puerto. Y aquella mujer tan hermosa, casada con un inglés pero huida de Inglaterra, era su hermana.

—¿Y la otra? —preguntó Mendes, sin quitar ojo a Yabama.

Geraldo la miró con expresión calculadora. Mantenerla allí sería una

distracción constante para sus hombres. Ya habría tiempo para que se divirtieran cuando la ciudad capitulara.

—Se vendrá conmigo —dictaminó, y dio por concluido el asunto.

Cuando el bote estuvo listo, Geraldo dejó a Mendes al frente de la compañía, hizo traer a las mujeres y juntos se encaminaron a la orilla. La brisa había amainado y las aguas estaban en calma. El Relief se hallaba fondeado junto al arenal de Santa Cruz, al otro lado de la ría.

Michael Gardiner los recibió en cubierta.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó—. Qué pequeño es el mundo, querida Elizabeth.

Y sin pedir permiso, le cogió la barbilla y le levantó el rostro. Isabel trató de zafarse, pero Michael la sujetaba con más fuerza de la necesaria.

—La he traído aquí mientras avisamos a vuestro hermano —explicó Geraldo.

—¿Avisar a mi hermano? —repitió Michael, sin disimular su contrariedad.

—Es su esposa, ¿no? Y viene con su criada.

Sólo entonces Michael soltó a Isabel y posó la mirada en Yabama. La recorrió de arriba abajo con descaro, deteniéndose en cada detalle: el trenzado cabello, la piel cobriza, las firmes pantorrillas que asomaban bajo los calzones. Le brillaron los ojos.

—Eres una preciosidad caribeña, ¿eh? —dijo, admirado. Y alargó la mano para acariciarle la mejilla. Pero Yabama reaccionó con un manotazo—. Y una fierecilla, además, de esas que piden ser domadas.

—Atrévete —lo retó ella, sin bajar la vista.

Michael soltó una carcajada burlona y llamó con un gesto a un marinero.

—Llévalas a mi cámara —ordenó—. Acomódate como si fuera tuya, Elizabeth, que después hablaremos.

En ese momento, el capitán Robert Yates asomó por la escotilla del combés. Venía de supervisar el arreglo del braguero de uno de los cañones.

—¿Qué ocurre aquí?

—Que tenemos dos huéspedes, capitán —respondió Michael con una amplia sonrisa.

—No quiero mujeres a bordo.

—Estas no son dos mujeres cualesquiera. Se trata de la esposa de mi hermano y de su criada. El capitán Henriques las rescató de manos de los españoles.

—¿Es un acertijo?

—Es la verdad, señor Yates, ni más ni menos. —Michael no tenía intención de dar al capitán accidental de su navío más explicaciones de las necesarias.

—¿Y por qué no las mandáis al Fortune?

—Mi hermano fue herido de gravedad y trasladado al Revenge, como sabréis. —Yates asintió con una mueca—. No me parece prudente dejarla en su barco mientras él no esté a bordo.

—Pues enviadla al Revenge. Le daréis una buena sorpresa.

—John no está para sorpresas ahora mismo —respondió Michael, sin perder la compostura. Sabía que a Yates no le agradaban los modales desabridos de su hermano, y confiaba en poder manejarlo a su antojo—. Lo entendéis, ¿verdad, capitán?

El capitán del Relief dudó un instante. No le seducía el juego de Michael, cualquiera que fuese, pero era un armador importante y le convenía cultivar su amistad.

—Desde luego, señor Gardiner. Me encargaré de que a vuestras invitadas no les falte comida —dijo finalmente, antes de retirarse.

Geraldo había asistido en silencio al diálogo. Lo que hiciera Michael con las mujeres le traía al fresco, pero no le gustaba que tratase de embaucarlos.

—Veréis, señor Henriques —dijo Michael, que se dio cuenta de su incomodidad—, mi hermano se debate entre la vida y la muerte. No quisiera que la presencia de esta gatita, que tantos disgustos le ha dado, termine por llevarlo a la tumba.

—Eso lo entiendo…

—Además —lo interrumpió Michael, más serio—, tengo motivos personales para no querer que se encuentren. El matrimonio de John con esta mujer contrarió sobremanera a nuestros padres. Por española, y más aún por papista. La sola idea de que Isabel criara a sus hijos en la fe de Roma les provoca pesadillas.

—¿Y no sería más sencillo largarla por la borda?

—Eso sería muy poco político, señor Henriques. Y precipitado. Por improbable que parezca, John podría llegar a enterarse. Y, creedme, no deseo volver a enfrentarme con él por culpa de su esposa. Ni quiero cargar con su muerte en la conciencia. —Michael lo miró con estudiado aplomo antes de proseguir—: Además, siempre conviene tener rehenes a mano.

—¿Rehenes? ¿Para qué?

—Nunca se sabe cuándo podrán hacernos falta —replicó Michael, aunque se guardó para sí el principal motivo para conservar a Isabel cerca y viva. Algo que sólo a su hermano y a él concernía.

3

Ciudad Vieja

Frente a la Pescadería, los combates proseguían sin tregua. Acaudillados por sus oficiales, alentados por sus compañeros, aguijoneados por los gritos de ánimo de sus hijos y vecinos, por el ejemplo de sus mujeres, las compañías de soldados y milicianos sostenían el cerco. A pesar del cansancio acumulado, del sueño roto, la comida escasa, la suciedad y el humo denso que se respiraba a cada instante; a pesar de las heridas mal curadas, del luto por los caídos, y del desánimo que empezaba a filtrarse en el alma, los hombres resistían.

Arcabuceros y mosqueteros estorbaban como podían las labores del enemigo: disparaban contra los zapadores que cavaban la mina, contra los artilleros que servían los cañones o contra cualquier sombra que mostraba la cabeza o el brazo un segundo de más. Los esmeriles colocados sobre las torres escupían fuego sin descanso contra el convento de Santo Domingo y las trincheras del campo enemigo, o contra cualquier grupo numeroso que se moviera dentro de su radio de acción.

Pero todo aquello apenas bastaba para frenar el empuje inglés. Su artillería, de mayor calibre y alcance, golpeaba con tozuda persistencia. Cada disparo hacía temblar la muralla como si un gigante la azotase con una maza invisible. ¡Bum, bum, bum! El castigo se intensificaba con las horas.

—Estos quieren reventar la muralla y abrir un hueco por donde penetrar —dijo Froilán del Puerto, con el rostro tiznado de pólvora.

—Y hacer estallar la maldita mina y hacer otro agujero —añadió Martín Robledo, mientras espiaba entre los merlones.

—No me asustéis, don Martín, que la tenemos justo debajo.

La experiencia militar de Froilán era escasa. Si sabía disparar con arcabuz era por las prácticas que él y otros jóvenes hacían, de vez en cuando, en las afueras de la villa. Martín, en cambio, contaba con un largo historial de guerra. Por eso lo habían nombrado cabo de una escuadra. Su armamento consistía en una espada toledana y un mosquete alemán de llave de rueda que habían sacado del

arsenal, cuya potencia y alcance resultaban muy útiles en aquella tesitura.

Ambos se hallaban en la torre de los Ángeles, ancha, esquinera, frente al convento de Santo Domingo, muy cerca del enemigo. Más allá del estrépito de la artillería, podían percibir, como una vibración sorda bajo sus pies, los golpes de los zapadores, que seguían progresando con el túnel.

Al pie de aquel torreón, dentro de la villa, una hilera de mujeres y niños se pasaba cestos y costales de mano en mano para rellenarlo con tierra y escombros. El trabajo era agotador, y el avance lento: apenas habían logrado macizar la mitad de su altura. El alférez Robles, veterano de Flandes y experto en poliorcética, advertía que ni aun llenándolo por completo se podía garantizar que resistiera a la explosión.

—¿Entonces para qué tanto esfuerzo? —preguntó, escéptico, el regidor Meiranes.

—Para ponérselo más difícil, señor regidor —le respondió Robles sin levantar la voz—. Para eso.

Martín, Froilán y una docena de vecinos se turnaban para vigilar, apuntar y disparar. La mayoría de los tiros se perdían, porque las armas, sucias y recalentadas, fallaban con frecuencia. Y salir del resguardo de las almenas, y tomarse tiempo para apuntar con precisión, era jugarse la vida. Con todo, el intercambio de fuego era constante.

Tras disparar con su mosquete, Martín se agachó, se acercó al balde del centro de la plataforma, empapó un trozo de cuero en el agua y lo pasó con destreza por el cañón para enfriarlo. Era una maniobra que repetían sin cesar: los tubos se calentaban tanto que podían fundir el plomo de las balas y hacer estallar la pólvora antes de tiempo.

Le dolía el hombro derecho por el retroceso, y tenía las piernas entumecidas de estar en cuclillas. Sin embargo, se mantenía firme, como los demás, pues a fin de cuentas lo único que se interponía entre la ciudad y el desastre era esa línea de hombres rotos, decididos a no ceder.

La colisión de un proyectil hizo temblar la muralla.

—Ese ha caído cerca —comentó un hombre tocado con un morrión oxidado y pasado de moda.

—Esos putos cañones no callan, Aurelio —dijo Froilán.

Aurelio escupió en el suelo. Era propietario de una taberna de puntapié en una calleja cercana a la plaza de la Harina.

Horas después, una mujer se asomó por el hueco de la escalera. Traía un

cántaro en la cabeza y una cesta a la cintura. Durante unos segundos, mientras salía, quedó completamente expuesta a los disparos enemigos.

—¡Agachaos, señora, por Dios! —Aurelio la ayudó a bajar el cántaro y soltar la cesta.

—Les doy tiempo a que se luzcan, señor soldado —se mofó la mujer, desafiando a la muerte con los brazos en jarras.

A lo largo de la tarde el bombardeo artillero se concentró sobre uno de los lienzos situado a la izquierda de la puerta de Aires. Los impactos no cesaban, y la insistencia ya daba fruto. Una grieta visible se abría en la parte alta del muro. Aquel ritmo no auguraba nada bueno: en un día, dos a lo sumo, podían echar abajo la cortina.

—Ojo, mis señores, que va a haber jarana —avisó Martín Robledo, señalando hacia el frente.

Varias banderas se iban reuniendo tras las tapias del convento de Santo Domingo y las barricadas vecinas. Más allá, en las primeras calles de la Pescadería, fuera del alcance de los mosquetes, se agrupaban más tropas.

—Aquí los esperamos —exclamó Froilán.

—Deseando estoy que den la cara —comentó Aurelio.

Pese a las bromas, se respiraba inquietud. Los ingleses preparaban un asalto general, y todos lo sabían. Por encima de la empalizada que protegía la boca del túnel, junto al convento, se adivinaba un trasiego inusual, más frenético que nunca. El sol se escondía a ratos tras unos celajes grises, proyectando sombras fugitivas sobre la tierra.

Y entonces, el infierno se abrió bajo sus pies.

Un quejido profundo, como el aliento de la tierra, antecedió al estallido. El suelo se estremeció, la torre entera se sacudió, crujió, vibró como si hubiera sido de madera, y un latigazo de presión golpeó los pechos y los oídos de los defensores, que rodaron por las losas. Después hendió el aire un trueno más hondo que cualquier cañonazo y una tormenta de polvo, piedras y escombros se abatió desde el cielo. De la boca del túnel brotó una columna de humo grisáceo, teñida de amarillo, como el aliento de un dragón subterráneo. El aire quedó espeso, difícil de respirar.

El estruendo cesó y un silencio antinatural lo envolvió todo.

En lo alto del torreón de los Ángeles, los hombres yacían por el suelo. Froilán abrió los ojos con esfuerzo. Se palpó el cuerpo: seguía vivo. Le dolían la cadera y la rodilla derecha de la caída, la cabeza le zumbaba como un panal.

Se incorporó despacio, aturdido, y miró alrededor. Sus compañeros también empezaban a moverse, algunos tosiendo, otros aún tendidos. A un paso de él, Martín Robledo se llevaba las manos ensangrentadas a la frente.

—¿Qué os ocurre, Martín? —preguntó Froilán, con apremio.

Un quejido fue la respuesta, en lugar de sus habituales chanzas. Mal síntoma.

—Ayuda —murmuró.

—¡Mirad! —gritó entonces uno de los defensores, abocado sobre las almenas.

Abajo, al pie del torreón, salía humo por un agujero apenas mayor que un tonel. La mina había estallado, pero hacia fuera de la muralla. El cálculo inglés había fallado: el túnel era corto, la carga insuficiente o el terraplenado muy compacto. En el campamento enemigo todo eran carreras y voces. Perdido el efecto sorpresa, la oportunidad de lanzar el asalto tras la voladura se desvaneció y el ataque fue suspendido. La Coruña no caería. Aquel día no.

Martín Robledo fue trasladado en brazos por varios compañeros hasta su casa. Su esposa, al verlo cubierto de sangre y polvo, creyó que era un cadáver y se desmayó. Cuando recuperó el sentido, pidió que lo subieran a la alcoba. Extendió una sábana vieja sobre la colcha para no mancharla y lo acostaron con cuidado. Entonces, sin perder tiempo, comenzó a limpiarle la herida con vinagre y a aplicar los remedios que tenía a mano.

Los hombres la observaban con respeto.

—¿Acaso he sido el único herido de La Coruña? —preguntó Martín, con voz pastosa.

—Se da vuesa merced buena maña para las heridas —respondió Aurelio.

Antoñita levantó la vista.

—¿Todavía estáis aquí? —preguntó, severa—. Hale, a vuestros puestos, que la guerra no espera.

4

Betanzos

En tierra, el ambiente era decididamente militar. Hablando con unos y con otros, Gabriel se enteró de que toda la comarca estaba en armas. Una fuerza de unos tres mil hombres entre peones y labriegos, hidalgos, escuderos y caballeros al mando de Martín de Ayala, conde de Andrade, se dedicaba a

hostigar a los ingleses y a impedirles internarse más profundamente en Galicia. También supo que el enemigo aún no había conseguido tomar el recinto amurallado de La Coruña, aunque la Pescadería había sido saqueada a conciencia.

Alarmado por estas noticias, dejó a Laiseca al mando de la fragata y, acompañado por Mahagüini y Pechoabierto, se dirigió hacia El Burgo, un caserío al sur de la ría coruñesa donde el conde de Andrade había establecido su cuartel general.

Recorrieron la legua larga que los separaba de allí en compañía de una bandera de infantería proveniente de Santiago, que escoltaba carretas cargadas de pólvora, balas y pertrechos. El alférez al mando, un tal Olivera, fue quien más información le proporcionó a Gabriel durante el trayecto.

—Los primeros en reunir sus mesnadas fueron señores de la tierra —le explicó—. Pero es gente bisoña, sin entrenamiento, mal armada y peor abastecida. Algunos han venido con un bieldo o una guadaña, otros con una pica sin moharra. El núcleo más sólido de nuestra fuerza lo componen quinientos o seiscientos hombres de la Gran Armada. El marqués de Cerralbo los había destacado en Betanzos, y ahora nos prestan un servicio precioso.

—Y La Coruña ¿qué tropas la defienden?

—Apenas cuatro compañías regulares y medio millar de vecinos armados. La ciudad resiste, pero a duras penas.

Gabriel reprimió una mueca, pensando en su familia y en Marcia. ¿Estaría ya en este mundo su hijo? ¿Seguiría Yabama con vida?

—¿No hay forma de introducir refuerzos por mar? —preguntó tras un silencio—. He visto dos galeras fondeadas en Sada.

—Lo sé. La Princesa y la Diana. Anteayer embarcaron en ellas dos compañías de portugueses venidos de Ferrol, junto con otras de soldados de leva recién venidos de Santiago. Están listos para entrar en la ciudad.

—¿Y qué lo impide?

—Los capitanes de las galeras se niegan a intentar un desembarco. Alegan que el riesgo es demasiado alto.

—¿Riesgo? —Gabriel no pudo ocultar su asombro—. ¡Basta con que amengüe el viento! Pueden penetrar al amparo del fuerte de San Antón. Los remos, en este caso, son una ventaja esencial.

—Decídselo vos a sus capitanes. El conde de Andrade les ha dado una orden directa, por escrito, pero se niegan a obedecer. No sé cómo se elige a los

capitanes en la armada, pero quien nombró a estos dos se cubrió de gloria.

Gabriel sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿Y qué hay del marqués de Cerralbo?

—Don Juan Pacheco se encuentra dentro de La Coruña. No le está resultando fácil comunicarse con nosotros. El conde ha tratado de contactar con él hasta en tres ocasiones mediante lanchas, pero los coruñeses, tomándolas por enemigas, las recibieron a tiros. Aún ignoro si alguno de los mensajes ha llegado a destino.

—Me cuesta creer lo que me estáis contando —musitó Gabriel.

—Más cierto es que el Evangelio.

A Gabriel, Olivera le pareció un hombre sensato y le explicó brevemente que capitaneaba una fragata con asiento en La Coruña.

—¿Una fragata? —repitió Olivera, y silbó con admiración cuando Gabriel le relató su estancia en Inglaterra y el rescate de varios náufragos de la Gran Armada.

Por su parte, Olivera le contó que era pariente de don Lope de Osorio, conde de Altamira y señor de Brión, uno de los primeros nobles que habían puesto sus gentes a las órdenes de Andrade. También le explicó que llevaban ya una semana de combates.

—Su ejército supera con holgura los diez mil efectivos. Y en una de las primeras acciones casi nos copan. Con las fuerzas que tenemos tratamos de hostigarlos, tender emboscadas, cortar rutas…, pero no podemos enfrentarlos en campo abierto.

—Había oído que contabais con unos tres mil hombres —comentó Gabriel.

—Algo menos. Lo comprobaréis vos mismo cuando alcancemos el campamento. Os presentaré a don Lope. Seguro que le alegrará conoceros.

—¿Y no habéis intentado recuperar la Pescadería?

El alférez dudó un instante, como si midiera el sentido oculto de la pregunta. Gabriel, adivinándolo, le explicó que allí estaba su casa y su familia. Olivera bajó la mirada.

—Preparaos para lo peor. Dos soldados que lograron escapar en una barca nos contaron lo ocurrido cuando el enemigo tomó el arrabal. En cuanto a vuestra pregunta, poco podríamos hacer. Además, las órdenes de Su Majestad al conde son tajantes: primero cerrar la ruta a Santiago. Luego, La Coruña. Cualquier acometida debe tener garantía de éxito. Por eso se ha establecido el real junto al puente sobre el Mero. Es un paso obligado para quien pretenda

llegar a la ciudad del apóstol.

Gabriel apretó los dientes. Por más que le doliese, comprendía la lógica de aquella estrategia.

A media tarde, desde lo alto de una loma, divisaron el amplio y desordenado campamento situado la orilla oriental del río Mero, un hervidero de tiendas, carretas, caballos y humo. Olivera los condujo a la casa de labranza donde él mismo se alojaba y desapareció para ocuparse de la descarga de pertrechos y del acomodo de la compañía que tenía a su cargo.

Gabriel no podía estarse quieto. Cruzó el campamento bajo una llovizna persistente, acompañado por Mahagüini, y se dirigió hasta el puente cuya custodia tanto importaba. Era un paso estrecho y largo, de sillares viejos, por el que apenas cabía una carreta. Desde su pretil contempló, en silencio, las oscuras y despaciosas aguas, como si ellas pudieran llevarle un mensaje de aliento a los suyos.

—Volvamos —le dijo al cabo de un rato Mahagüini.

La lluvia había arreciado y los dos estaban empapados.

Olivera apareció con el conde de Altamira.

—Este es el hombre del que os hablé —anunció el alférez.

Lope de Osorio se quitó la armadura con ayuda de un escudero y se dejó caer en una silla junto al hogar, donde ardían unos leños. Era un joven de barba escasa y rostro alargado y ojeroso. Tras intercambiar saludos, les habló de una fuerte escaramuza librada ese mismo día en el caserío de Vilaboa con un destacamento inglés.

—Los sorprendimos y les causamos muchas bajas con escasa pérdida de nuestra parte —dijo Osorio—, lo cual siempre es una fortuna. Y apresamos a un capitán que se nos murió por el camino. Esperemos —añadió— que no se revuelvan contra nosotros y nos golpeen con todo lo que tienen.

—¿Tan escasa es nuestra fuerza, señor conde?

—Llevamos décadas de paz y quietud en Galicia. Los caballeros se han acomodado, los capitanes se preocupan más por sus exenciones y prebendas que por formar y organizar a la milicia. Nos ha cogido todo esto con las calzas bajadas. Mas en vano es quejarse ahora.

Calló Gabriel. El interior de la casa se oscurecía poco a poco y se oía el crepitar del fuego.

—Mi primo me ha dicho que tenéis familia en la Pescadería —dijo Osorio.

—Así es. Y ardo en deseos de entrar en la ciudad y saber de ella.

—Pues tal vez mañana tengáis ocasión. Parece que el capitán Pantoja, cabo de las galeras, se ha plegado al fin a intentar meter tropas de refresco en La Coruña.

Un criado colocó una sartén sobre las brasas y echó en ella varias lonchas de panceta. El olor llenó la estancia y les abrió el apetito. Altamira compartió su cena con todos los presentes. Luego se recostó sobre un jergón, agotado por los afanes del día. Gabriel, mientras tanto, había tomado ya una decisión: en cuanto amaneciese, regresaría a Sada. Tal vez lograse subir a una de las galeras y colarse, con suerte, por mar en la ciudad sitiada.

Fuera, la lluvia golpeaba los aleros con insistencia.

5

Posiciones inglesas

El general Norris, contrariado y sorprendido por la determinación de los defensores, no se dejó amilanar por el fracaso de la mina. Ordenó a los zapadores limpiar los escombros y continuar con la excavación, profundizando el túnel hasta situarlo bajo los cimientos mismos del torreón de los Ángeles.

Los hombres, medio arrastrándose, medio en cuclillas, sacaban los escombros en cestos, embarrados hasta los codos, con las rodillas magulladas y los pies descalzos. En el fondo, los artificieros colocaban los barriles de pólvora que harían volar el cubo. La humedad, el aire viciado y el calor resultaban sofocantes. Los puntales, encajados con prisa, crujían y amenazaban con desplomarse. Cada vez que se desprendía tierra del techo, un escalofrío recorría las filas.

El general quería darle mecha a la mina ese mismo día y en la entrada del túnel los cabos azuzaban a sus hombres. Un turno salía, otro entraba.

—¡Vivo, vivo, hombres! ¡Vivo! —apremiaban.

Mientras tanto, la batería proseguía el castigo sobre la muralla con más furia que nunca. Andanada tras andanada, las balas demolían sillares y ensanchaban, palmo a palmo, la brecha en uno de sus lienzos. Los sirvientes de cada pieza introducían el cartucho de pólvora, la bola de hierro y el taco de estopa, lo recalcaban con el atacador, cebaban el oído con pólvora fina y aplicaban el botafuego. ¡Buuum! Luego, refrescaban el ánima con esponjas mojadas y retiraban la carbonilla con un cepillo metálico. Una danza mecánica, sin pausa

ni descanso.

El incesante rugir de los cañones, el estruendo de los impactos, las voces de mando, los gritos desesperados, el llanto de los heridos, las nubes sofocantes de pólvora quemada, el barro, la sangre y la lluvia componían la música de la guerra.

Banderas y más banderas ondeaban sobre el convento de Santo Domingo, en las empalizadas frente a la muralla, en los tejados del arrabal. Allí se agrupaban los cuerpos de combate: gastadores con sus escalas y manteletes, arcabuceros con sus armas a punto, piqueros y alabarderos cubiertos de acero, capitanes y sargentos, todos agazapados, todos en tensión, aguardando la orden para el asalto final.

En la bahía, a bordo del Revenge, sir Francis Drake observaba el despliegue de sus lanchas con el gesto grave. Dos asaltos fallidos contra el islote de San Antón habían bastado para frustrarlo. Esperaba encontrar un baluarte inconcluso, mal defendido. Pero los españoles, por lo general tan descuidados, se habían apresurado en cerrarlo, artillarlo y reforzarlo. Bien, esta vez no fallaría. Treinta lanchas con infantería aguardaban su señal, junto a diez barcazas artilladas, escondidas tras los cascos de los grandes buques, listas para arrancar a boga sacada en cuanto recibiesen la orden. Sólo las dos galeras que había visto en el puerto, y que luego parecieron esfumarse, podían obstaculizar sus planes, y rezaba a Jehová por que no regresaran.

Geraldo Henriques, al mando de su compañía, vigilaba desde la tapia semiderruida de un corral las almenas de la ciudad. Sabía que los tiradores españoles afinaban la puntería, y cualquier descuido podía costarle la vida. Iba pertrechado con una armadura incompleta, celada, peto, espaldar y escarcelas. Lo que pudo comprarse en Londres con sus menguados recursos. Tampoco necesitaba más. Cada lámina de hierro añadida entorpecería su movilidad.

Desde la mañana estaban apostados allí, viendo cómo la artillería castigaba el mismo sector de la cerca medieval. Las brechas se hacían más profundas y su momento se acercaba. Geraldo lo deseaba y lo temía.

Ansiaba vengarse de los españoles, que habían derrotado a su rey, invadido Lisboa, saqueado Oporto, aplastado Terceira. Y también de Marcia, la hermana traidora, la intrigante, la que renegó de su familia y de su rey. Soñaba con capturarla. Con hacerla pagar.

Pero lo aterraba la carrera a campo abierto hasta la muralla. Una explanada anegada de agua, resbaladiza, cruzada por charcos e hilos de fango. Cincuenta

pasos bajo la lluvia de plomo de los tiradores, bajo el fuego cruzado. Corta la distancia, eterno el tiempo, feroz el precio. Después, la miel del saqueo, la gloria de la victoria, la sangre y Portugal.

—Ajustad el tiro, soldado —increpó Geraldo a uno de sus hombres, al verlo malgastar pólvora en disparos inocuos.

—Aplicaos vos también el cuento, Duarte —dijo Hernandes—. Ahora luchamos por don Antonio, ¿recordáis?

—Os reto a que lo mejoréis, Diego, con este trasto ruin y recalentado —replicó su antiguo sargento sin dejar de escudriñar las almenas enemigas.

Duarte sonreía para sus adentros mientras recargaba el arcabuz. La cuera mojada se le pegaba al cuerpo y le pesaba, del ala del sombrero le chorreaba un hilo de agua fría, y el humo de la pólvora, respirado y vuelto a respirar, lo hacía toser y desear beber más agua.

Tenía que vigilar por todos lados: cuidarse de los disparos de quienes estaban frente a él y de las sospechas de los que lo rodeaban. Tenía que errar los tiros sin que resultara evidente. Y en breve tendría que cargar, junto a ellos, contra una plaza que en su alma deseaba defender. No había matado a ningún coruñés, ni tenía intención de hacerlo. Engañar a los ingleses para salvar la vida era una cosa; matar a los suyos, otra bien distinta. Fray Antonio le había sugerido que aprovechara la confusión del asalto para cambiar de bando, pero Duarte lo había descartado:

—Aprovechad vos, padre.

—Si lo hago, otros pagarán por mí.

—Al contrario, confiarán más en nosotros —opinó Duarte, al verlo dudar —. Dejad de flagelaros con eso.

—¿Qué tenéis en la cabeza, Duarte?

—Una corazonada, padre. Sólo eso, una corazonada.

Fray Antonio no preguntó más. Y Duarte no le dijo la verdad: que eran las prisioneras quienes realmente lo retenían. Con Trenton fuera de combate, él era lo único que se interponía entre ellas y la barbarie. Tampoco Fernando Álamo se animaba a cambiar de bando.

—¿Ya queréis enviarme al infierno, padre? —El onubense desconfiaba hasta de su sombra—. Esos putos coruñeses primero disparan y después preguntan.

En el interior del convento de Santo Domingo, el capitán Sydeman trataba de acompasar su respiración. Necesitaba que no le temblase la voz al gritar sus órdenes. Había combatido en Irlanda, en Escocia, en Flandes, sabía lo que era

la guerra. Y, sin embargo, no podía librarse de ese vértigo que precede a cada asalto. La sangre le latía en las sienes, la boca se le secaba por momentos, el sudor le empapaba el pelo bajo el peto y una extraña picazón en el cuero cabelludo lo obligaba a quitarse la celada y rascarse a cada instante.

Los gruesos muros del convento no lograban contener el fragor del bombardeo. Las paredes temblaban, los ventanales vibraban, el aire se volvía irrespirable. Sus soldados, como los de otras compañías, se refugiaban en la charla para espantar la aprensión: risas chillonas, bromas obscenas, fantasías desbocadas sobre el oro que les aguardaba, las mujeres que tomarían, la gloria que alcanzarían. Al fondo, dos capitanes llamaban al orden, aunque apenas se los oía. Sydeman pensó hacer lo mismo con los suyos, pero entonces el suelo se estremeció bajo sus pies.

Un zumbido profundo pareció atravesar la piedra y meterse en los oídos. Le siguió un trueno sordo, como si un gigante desgarrara el cielo con las manos. Saltaron algunos vidrios; fragmentos de yeso y escayola cayeron desde la bóveda y se estrellaron en las losas del suelo. Un silencio breve y espeso se impuso.

—¡La mina! —exclamó un soldado. Y esa palabra fue repetida por un coro de mil gargantas.

6

Muralla de La Coruña

El asalto definitivo era inminente, y el marqués de Cerralbo organizó la defensa como pudo. Dispuso primero el repliegue de la tropa del capitán Troncoso, apostada en el torreón de los Ángeles, para evitar bajas cuando estallara la mina. El capitán Diego de Bazán recibió orden de mantenerse, con otro destacamento de arcabuceros, sobre las cortinas contiguas al cubo minado. Su misión era proteger ese tramo y socorrer a Troncoso mediante fuego de flanco. A su cargo quedaban las cuatro piezas emplazadas en los cubos contiguos a la puerta de Aires, listas para abrir fuego tan pronto se iniciase el movimiento enemigo.

El lienzo más amenazado fue confiado al capitán Pedro Ponce, con un escuadrón de piqueros. A su vez, el sargento Antonio Herrera fue destinado con arcabuceros y mosqueteros a las torres adyacentes.

Los demás capitanes se repartieron a lo largo de la muralla. En la plazoleta tras la puerta de Aires, Cerralbo situó, bajo su mando directo, una reserva formada por una compañía de milicia y todos los hombres útiles de la villa —labradores, pescadores, artesanos, criados y menesterosos— prestos para acudir donde más falta hiciera.

Por la tarde comenzó a caer una llovizna suave. La mina reventó poco después. La explosión, seca y ensordecedora, derrumbó —esta vez sí— parte del torreón de los Ángeles y levantó una nube espesa de polvo y tierra. Le siguió una calma súbita, rota apenas por el chocar de piedras y los gemidos de los heridos. Después, la algarabía de clarines y tambores dio paso al estrépito de un nuevo ataque. Varias columnas enemigas emergieron de sus reparos. Una de ellas, aprovechando el desconcierto, se dirigió en derechura al cubo volado.

Cuando se disipó el polvo, el capitán Troncoso comprendió que los daños no habían sido tan devastadores como se temió y reaccionó de inmediato. Con una pequeña fuerza retomó las ruinas del torreón y ordenó a sus tiradores que se apostasen entre los sillares caídos, mientras los piqueros formaban un cuadro compacto para contener la embestida.

Los ingleses, armados con partesanas, guadañas y mandobles, trepaban sobre los escombros y trataban de penetrar por el estrecho y empinado hueco, en el que sólo una decena de hombres podía combatir a la vez. Fueron recibidos con una descarga cerrada, a quemarropa. A este fuego se sumó, desde el flanco, el de los arcabuceros de Bazán, apostados en las cortinas próximas, que castigaban las compactas filas enemigas y causaban estragos entre ellas. Superada la sorpresa inicial, el empuje inglés se disolvió y la columna se replegó hacia sus propias líneas.

Los defensores, cansados pero jubilosos, celebraron el éxito con gritos y canciones.

—¡Volved, volved, que me queda cuerda para rato! —gritaba un arcabucero.

No obstante las bravatas, los enemigos se pusieron a castigarlos, desde el convento de Santo Domingo, con un fuego graneado que hacía del torreón una posición muy expuesta. Entonces, sin que nadie las convocara, un grupo de mujeres se organizó por su cuenta para levantar un parapeto de fajinas que protegiese a sus soldados. Bajo el plomo enemigo, arrastraban con admirable coraje haces de ramas, maderas, piedras, cualquier cosa que sirviese.

Antoñita, sudorosa, con el mandil manchado y los brazos raspados,

seleccionaba ramas gruesas de longitud pareja, las ataba en haces y los entregaba a los soldados de la torre, que los encajaban en la improvisada defensa. A su lado, Dominga y otras mujeres hacían lo mismo.

—¿Y vuestro marido? —preguntó Dominga.

—Sépalo Dios —respondió ella por encima del hombro—. En este desbarajuste, el que ayer estaba con Meiranes hoy lucha con Bazán y mañana estará con Herrera.

Unos pasos más allá, una joven subió un pesado saco relleno de ripio mientras Antoñita comenzaba a formar un nuevo haz de ramas.

—Ojalá lleguemos a mañana —dijo la joven.

—Llegaremos, muchacha —respondió Dominga—. Con la ayuda de Nuestra Señora, llegaremos.

—Menos charla, que el tiempo apremia —las cortó otra mujer.

Y era cierto. Los ingleses ya se reorganizaban para lanzar un segundo asalto sobre el torreón de los Ángeles.

Mientras se atendía a los heridos y se refrescaban los cañones, los defensores apenas encontraban respiro. El ataque proseguía con fiereza en el resto del frente.

La batería inglesa, con su implacable machacar, había ido ampliando la brecha en el sector que llevaba varios días castigando, hasta que al fin logró abrir un boquete de entre quince y veinte varas junto a la puerta de Aires, en pleno centro de la muralla.

Más allá, Martín Robledo disparaba sin descanso con su mosquete desde hacía horas. Primero con munición de plomo, y luego con las balas de peltre que las coruñesas habían fundido. Le dolía el hombro, las manos, la cabeza y todo el cuerpo, como al resto de los compañeros, pero estaba decidido a agotar hasta el último aliento sobre aquel estrecho adarve.

Para poder tomarse pequeños respiros, se turnaba con Froilán en la faena: uno recargaba, el otro disparaba. Aunque el arma de su compañero era un arcabuz de serpentín que requería distinto calibre, la alternancia valía la pena.

Ambos acababan de presenciar el demoledor derrumbe del lienzo que se alzaba a su izquierda. Por fortuna, el paso no había quedado franco por completo gracias a la incansable labor de los vecinos, que habían levantado un contrafuerte interior en plano inclinado que protegía los piqueros del capitán Pedro Ponce.

Desde su posición, Martín observó con creciente temor cómo los enemigos

abandonaban las trincheras y avanzaban en una marea interminable que se desplegaba a lo largo de toda la muralla. Amparados tras manteletes de madera, rodelas y armaduras, consiguieron aproximarse, colocar sus escalas y comenzar el ascenso. Pero los coruñeses, firmes en sus puestos, respondían con tenacidad. Disparaban desde las almenas o se inclinaban sobre los antepechos que las unían para hostigar a los invasores con picas y medias picas, haciendo caer a muchos antes de que alcanzasen la cima. Las voces, gritos y alaridos se confundían con los disparos y los cañonazos de los torreones.

Martín fijó su puntería en un alférez que enarbolaba un estandarte cuartelado: leones dorados sobre granate y flores de lis sobre azul. Apoyó el mosquete en la almena, tiró del gatillo y vio caer no al alférez, sino al soldado que estaba a su lado.

—No es mal tiro —le reconoció Froilán.

—Bueno tampoco —gruñó Martín, y se agachó para intercambiar un arma por otra—. La próxima no pienso fallar.

Su experiencia militar le decía que aquel no era un ejército profesional. El ataque era desordenado, y aunque entre los ingleses se distinguían oficiales y nobles por la calidad de sus armaduras, se dejaban arrastrar por el tumulto sin imponer mayor disciplina.

—¡Ojo, Martín! —avisó un compañero desde otra almena.

Se volvió de inmediato y vio que acababan de colocar una escala muy cerca. Se asomó sobre el reparo, apuntó con el arcabuz y disparó al primero que ascendía. El impacto lo hizo caer y arrastró consigo a los dos o tres que lo seguían.

—Ayúdame, Froilán.

Ambos empujaron la escala con fuerza, pero no conseguían derribarla. Los brazos no daban más de sí.

—¡Señor, señor! —gritó entonces un chicuelo que, corriendo por el adarve con agilidad, blandía una vara rematada en horquilla. Su voz aguda se impuso con dificultad al estruendo—. ¡Dejad que os ayude!

Sin esperar respuesta, se echó junto a ellos, encajó la horquilla en el peldaño superior y empujó. No fue suficiente: tres ingleses ya se encaramaban por la escala. Froilán unió sus manos a las del chico, y entre los dos lograron, finalmente, tumbarla. Sin embargo, en el último instante, el primero de los ingleses, armado con una partesana, lanzó un tajo que alcanzó al muchacho en

el hombro. Froilán soltó la horquilla y se volvió para socorrerlo. La herida era profunda y la camisa del chiquillo se empapaba de sangre.

—¿Puedes andar?

—Creo que sí —respondió con voz que quiso ser firme, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Pero duele.

Froilán, medio agachado, lo acompañó hasta la torre más cercana, donde una mujer se hizo cargo de él.

—Lo llevaré abajo. Vos volved a vuestro puesto, señor soldado.

Froilán le dio las gracias y se allegó junto a Martín, que en ese momento refrescaba los cañones.

—¿Vivirá?

—Eso espero, señor Robledo. Eso espero.

Y seguían rechazando embestida tras embestida. Y lo mismo, con igual tesón, ocurría junto a la puerta Real.

Sin embargo, era en la cortina derrumbada por la artillería donde la lucha se tornó más cruenta. En el empinado montículo que el derrumbe había creado, los hombres de Pedro Ponce trataban de cerrar los espacios, pero el terreno, cubierto de escombros y cascotes, facilitaba el ascenso a los ingleses. Una vez arriba, se entablaba el combate cuerpo a cuerpo, a picas y espadas, entre gritos, barro y sangre. Desde los torreones contiguos, la artillería y la arcabucería no cesaban de disparar, apoyando a los defensores y castigando sin tregua las concentraciones enemigas que, desde fuera, se formaban junto a los accesos.

En aquel punto crítico, pero por la parte de dentro, se había congregado un nutrido grupo de mujeres para ayudar en lo que fuera menester, cargaban arcabuces y mosquetes, evacuaban heridos, traían agua, pólvora y balas, y buscaban cualquier objeto que pudiera servir como proyectil. Algunas, incluso, se armaron con lanzas y espadas de maridos e hijos caídos, se ciñeron corazas, se calaron morriones y subían a combatir sobre la cortina caída o en el adarve aledaño, alentando con su valor a cuantos las rodeaban.

Mientras, en la bahía, una flotilla de lanchas se desgajó de la armada y puso proa al islote de San Antón. Remaban en formación cerrada, bajo un cielo encapotado y un viento flojo que arrastraba consigo el humo de la pólvora quemada en tierra. Desde el alcázar del Revenge, sir Francis Drake observaba con emoción contenida un despliegue que representaba el particular aporte de la armada a la ofensiva general de aquel día. La preponderancia que, desde que tomaron al asalto la Pescadería, tenían las acciones terrestres sobre las navales

lo estaban condenando a un papel secundario que en absoluto le complacía. Se consolaba, no obstante, pensando en el resto de la campaña y en los días de gloria que le aguardaban.

Aquella tarde no hubo soldado ni vecino que quedase ocioso en la ciudad. Desde el baluarte del islote, los defensores recibieron a las lanchas con una primera andanada que alcanzó a dos de ellas. Las cuatro piezas de la Fortaleza Vieja, bien servidas, echaron a pique otras tantas y sembraron confusión en la línea enemiga. Pero las lanchas eran muchas y marchaban resueltas.

Algunas, artilladas con piezas ligeras, respondieron con cañonazos que mordían la muralla aún inconclusa del baluarte o levantaban columnas de agua frente a ella. Cuando alcanzaron la orilla, se entabló un cerrado duelo de arcabuces. Los ingleses porfiaban en saltar a tierra, mas la compañía de Jerónimo Monroy había cegado los accesos con rocas, estacas y árboles enteros hincados en el fondo, y sostenía un fuego constante desde sus troneras y parapetos.

Los capitanes ingleses alentaban a sus soldados y les pedían un último esfuerzo. El combate se hizo tan cercano que, a distancia de pica, unos y otros se miraban los rostros entre el humo. Una lancha logró varar en una restinga al pie del muro, y sus hombres treparon hasta la parte baja del baluarte, donde fueron repelidos con violencia. Durante más de una hora, el mar fue un tablero convulso de choques, gritos y disparos, hasta que el castigo continuo de los cañones obligó a la flotilla a una retirada desordenada que dejó tras de sí cuerpos que flotaban entre tablas rotas y embarcaciones maltrechas.

En tierra firme, tras más de tres horas desde el inicio del asalto, la infantería inglesa no cejaba en su empeño de entrar en la ciudad. Oleadas sucesivas de soldados se lanzaban contra la brecha que había abierto su artillería, avanzando bajo la protección de escudos, corazas y grandes mantas de madera y acero. Enfrente, los capitanes y sargentos, oidores y cabos, encargados de la defensa pugnaban por contener las tentativas de escalada. Tapaban los huecos críticos y redoblaban energías en aquel punto de mayor presión. Sin embargo, la muralla era larga, y en cualquier momento los ingleses podían intentar un asalto en un sector menos guarnecido.

Las bajas entre los coruñeses comenzaban a pesar. El esfuerzo sostenido, la fatiga física, la tensión continua minaban la moral y reducían la eficacia de los hombres. Los heridos se amontonaban en el interior o eran trasladados a casas particulares donde se les prestaba auxilio como se podía, sin médicos ni

recursos. Las armas, lentas de recargar, se recalentaban y fallaban.

Cada vez más mujeres se sumaban a la defensa. Unas traían desde sus casas calderos de agua o aceite hirviendo hasta el adarve, y los vertían sobre los enemigos. Otras cargaban esportones repletos de cantos, lajas afiladas o ladrillos; cualquier cosa valía. Al pie de la muralla, unas niñas recogían piedras entre los escombros y las echaban en unas cestas que unas monjas subían por una improvisada escalera.

—Más arriba, que pesa lo suyo —dijo Marcia, encaramada en el adarve. Luego, avanzando de rodillas, empujó la cesta un par de varas y la dejó junto a un soldado agazapado tras una almena, justo al borde del lienzo caído.

—Tened cuidado —advirtió el soldado. Para subrayar sus palabras, una bala de mosquete golpeó el borde de la almena e hizo saltar una nube de esquirlas.

A Marcia le dolían las manos, las rodillas, le ardían los ojos y notaba a su criatura removerse inquieta en el vientre. Demasiado inquieta. De pronto sintió un dolor allí dentro, tan agudo que perdió el aliento. Se sentó en el adarve, a la espera de que se calmara. El estruendo de la batalla era infernal. Los disparos, las voces, los lamentos, algún trueno. El humo espeso de la pólvora y el olor de la sangre se mezclaban con el repicar de los tambores y los ecos del combate. Un cañón soltó un trallazo en la torre de Aires.

—Virgen santa, ¿qué hago aquí? —se dijo Marcia.

—¿Os ocurre algo? —preguntó, solícito, el soldado.

—¡Mirad por vuestro estado, Marcia! —le gritó María Fernández, apostada más abajo, sobre las propias ruinas de la brecha. Protegida por un sillar descabalgado, se asomaba para arrojar un cascote tras otro.

Pero Marcia no hizo caso; respiró profundamente, se enderezó con trabajo y volvió a por el siguiente canasto.

Tras múltiples asaltos fallidos, un escuadrón inglés lanzó una arremetida brutal para escalar la brecha y entrar en la ciudad.

—¡Más munición! —aulló un vecino que enarbolaba una escopeta corta.

—¡Gente y armas! — exclamó un coselete con la pica en ristre.

Pero no había ni lo uno ni lo otro. La reserva al mando del marqués de Cerralbo se había dislocado en múltiples pelotones enviados a tapar huecos y reemplazar bajas.

Los soldados que sostenían el frente de la brecha eran pocos. El empuje enemigo era imparable y no tenían a nadie detrás. La carga la encabezaba un oficial inglés, bien acorazado, flanqueado por una veintena de piqueros y

alabarderos que trepaban por los escombros, sobre los cadáveres, en un abanico siniestro. Los rostros sudorosos, las expresiones feroces, las armas prestas. Ascendían con parsimonia y fuerza incontenible, como el agua dentro de un dique a punto de reventar. Si coronaban el talud, su ejército se volcaría tras ellos como un torrente. La compañía de Pedro Ponce y los civiles que lo ayudaban comenzaban a ceder terreno. Gastados, cubiertos de sangre, empapados, heridos, retrocedían paso a paso sobre el irregular montículo, resbalando, bloqueando estocadas, cayendo.

El oficial inglés, la espada en la diestra y el pendón en la siniestra, logró escalar un saliente y plantar el pie en la cima del derruido lienzo. Su sargento lo seguía, animando a los suyos.

—¡Voto a Satanás! —rugió el capitán Ponce, la coraza abollada por los golpes—. ¡Que entran!

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó una voz femenina.

María Mayor Fernández da Cámara y Pita, viuda de Gregorio Rocamonde, se adelantó entre los escombros, tomó una pica caída y, con decisión, la clavó en la axila del oficial. Este soltó la bandera y rodó muralla abajo.

—¡A mí los hombres! —clamó, sin cuidarse del sargento, que se le aproximaba con la espada en ristre.

Marcia quiso advertirla del peligro, pero María parecía enajenada, con el pendón apresado en alto, la frente erguida, la mirada vuelta hacia los suyos.

Desde la torre más cercana, un mosquetero apuntó con calma y abatió al sargento. La caída, tan visible en mitad del tumulto, hizo vacilar a los asaltantes. En los defensores, por el contrario, obró como un revulsivo. María Fernández, que no había soltado la pica, la volvió a empuñar con ambas manos y arremetió contra el primero que intentó trepar por el montículo de escombros y cadáveres. El capitán Ponce, cubierto de polvo y sangre, reunió fuerzas y escaló de nuevo a la cima de aquella loma inestable. Tras él acudieron varios soldados, y también un puñado de mujeres que, lejos de arredrarse, se inclinaban para recoger las piedras y cascotes que quedaban a mano, yelmos de los caídos, astiles, dagas, y los lanzaban con determinación. El golpe sordo de la piedra al dar en carne o hierro se mezclaba con los alaridos y el fragor del combate.

Desde lo alto del adarve, Marcia, expuesta al fuego enemigo, arrojaba los ladrillos de un canasto sobre las cabezas que asomaban. En las murallas colindantes, arcabuceros y mosqueteros redoblaron las descargas, cruzando sus

fuegos sobre la brecha. Un pelotón de la reserva, convocado por los clamores, acudió a la carrera, cerró el hueco y afianzó con su presencia la defensa.

Los ingleses sostuvieron unos instantes el inesperado contraataque, pero pronto comenzaron a recular. La tarde se extinguía. Las nubes, muy oscuras, descargaron otro chaparrón que volvió aún más intransitable la tierra removida del disputado talud.

El súbito retroceso del escuadrón que coronaba el terraplén desorientó a los que venían detrás. Algunos creyeron que se habían desembarcado refuerzos dentro de la ciudad, y dieron la vuelta. Un cañón desde una torre alcanzó de lleno a un grupo que aún pugnaba por subir. Un arcabucero tumbó a un capitán inglés que intentaba detener la retirada. Arreciaba el viento. El renovado ímpetu de los defensores detuvo la ofensiva. Los ingleses se replegaron con desorden hacia sus líneas, dejando el terreno cubierto de banderas y cuerpos caídos, vísceras, sangre y lodo. El instante crítico había pasado. La Coruña resistía.

7

Ciudad Vieja

La noche fue tensa en la ciudad, temerosos todos de una nueva arremetida. El marqués de Cerralbo y el sargento mayor Luis de León recorrieron el perímetro para evaluar los daños y contabilizar las bajas. El hospital no daba abasto, las familias velaban a sus muertos y no había carpinteros suficientes para fabricar tantos ataúdes como se necesitaban.

Sancho del Puerto había recibido un arcabuzazo del que se salvó gracias a la calidad de su armadura, cuya hombrera se solapaba medio palmo con el peto. La bala atravesó la primera lámina, pero se detuvo en la segunda. No se libró, sin embargo, de la caída posterior. La fuerza del impacto lo lanzó escaleras abajo desde el torreón donde se hallaba, y se rompió la canilla.

—Podríais haber muerto, padre —le reprochó Froilán, mientras se la entablillaba.

—El Señor cuidó de mí.

—¿Duele mucho, abuelo? —preguntó Sanchete, al entrar en la habitación.

—Apenas —respondió don Sancho, con una mueca.

El marqués de Cerralbo sabía que las defensas no aguantarían otro ataque

semejante, y que era imperativo cerrar los huecos. Por fortuna, los ingleses habían sufrido también grandes pérdidas, y dedicaron el día siguiente a honrar y enterrar a sus muertos, lo que les dio un tiempo precioso para reparar lo batido. En la brecha de la muralla se tendió la verga de un mástil, y contra ella se clavaron vigas, horcones y maderos hasta formar una empalizada que luego fue terraplenada. El torreón volado, por su parte, se reforzó con más gaviones y fajinas.

La siguiente mañana, los ingleses reanudaron el ataque. Escarmentados tras el fracaso anterior, se dirigieron esta vez hacia la cara este de la muralla, que era la más vulnerable, aunque tenía el inconveniente de estar muy pegada al mar. Viendo desplazarse a las compañías enemigas, Cerralbo ordenó una salida apresurada por la puerta de San Francisco con el fin de incendiar el convento homónimo y evitar que se repitiera lo ocurrido con Santo Domingo. A pesar de que sólo un ala ardió, el fuego fue lo bastante efectivo para impedir que los ingleses se atrincherasen en él.

Más adelante, los vigías observaron movimientos de tropas hacia el lado de El Burgo. Durante unas horas se escucharon los ecos de un combate que a todos preocupó, pues lo único que explicaba aquel movimiento era un intento de abrirse camino hacia Santiago.

En la ciudad ignoraban que los ingleses, decididos a abandonar el asedio, necesitaban asegurar un reembarque seguro. Así, el general Norris, al frente de cuatro mil hombres, emprendió un ataque contra las posiciones del conde de Andrade, con el doble objetivo de desalojarlo del puente del río Mero y obtener un éxito que mitigara el fracaso ante La Coruña. No convenía al honor de Inglaterra marcharse de Galicia con el rabo entre las piernas.

Ante un contingente muy superior, el conde de Andrade se replegó escalonadamente, aprovechando el terreno para emboscar y escaramucear hasta alcanzar el Mero, donde organizó la defensa. El ataque inglés, muy violento, fue rechazado una y otra vez en el estrecho puente. Pero Norris, resuelto a imponerse a cualquier precio, espoleó a los suyos y lanzó nuevas acometidas. Tras una refriega larga y encarnizada, logró al fin tomarlo y obtener una victoria tan gravosa en vidas que apenas podía calificarse de tal.

Don Martín de Ayala echó en falta en aquel trance a sus quinientos mejores soldados, retenidos a bordo de las galeras, aguardando en vano que sus capitanes se decidiesen a conducirlos a La Coruña.

Aquella noche, en el primer cuarto de la guardia, aprovechando la marea

baja, un escuadrón inglés se acercó con palos alquitranados a la muralla, en el sector que miraba a la Marina, con idea de incendiar los voladizos de algunas casas que sobresalían por encima de las almenas y que el fuego se propagase por toda la ciudad. La rápida respuesta de los coruñeses desbarató el intento.

Con las luces del nuevo día, se hicieron al fin patentes para los sitiados los preparativos de marcha del ejército invasor. No por ello se bajó la guardia: Cerralbo y sus capitanes decidieron mantener a todos en sus puestos. Una decisión oportuna, porque los ingleses repitieron la maniobra incendiaria, a la misma hora y en el mismo lugar.

La refriega fue más encarnizada que la anterior, con descargas de mosquetería, arcabucería y lluvias de piedras, pero cosechó el mismo resultado. Al retirarse los atacantes, el capitán Lorenzo Montoto ordenó una salida para apartar los maderos medio encendidos y los artificios abandonados. Allí encontraron también cuerpos caídos y enemigos agonizantes, a los que remataron sin piedad.

Cuando ya se volvían, una voz los llamó desde unas rocas cercanas:

—¡Señores soldados! ¡Ayuda!

El cabo de la escuadra, hombre de natural desconfiado, ordenó replegarse. Pero la voz insistía:

—Estoy solo y voy a salir.

Al momento, una figura surgió entre las sombras. Avanzaba lentamente con las manos en alto, hasta entrar en el círculo de luz de las antorchas.

—¡Daos a conocer! —ordenó el cabo, la voz grave, el arcabuz presto.

—Soy un fraile franciscano.

—Vestís como soldado.

—Caí prisionero y me obligaron a combatir con ellos. Largas son mis andanzas, creedme.

Siguió un silencio tirante. La brisa marina hacía oscilar las llamas.

—Tomadlo o degolladlo, señor cabo —dijo uno de los soldados—. Es peligroso quedarse aquí.

El cabo ordenó al desconocido darse la vuelta y juntar las manos a la espalda. Una vez atado, un soldado lo tomó del brazo y se encaminaron a la puerta de Parrote.

—¿Quién es? —preguntó un centinela.

—Un prisionero —respondió el cabo.

—Fray Antonio de la Cruz —aclaró el fraile.

El jueves dieciocho de mayo, los ingleses desmontaron los cañones de la batería situada frente a la puerta de Aires. Luego, sacaron del convento algunas tallas e imágenes que aún no habían destruido, las arrojaron al otro lado de las trincheras y las arcabucearon entre risas, burlas e insultos. Desde el adarve, los defensores observaban la escena con impotencia e indignación. El regidor Meiranes, devoto hasta el tuétano, apretaba los puños hasta blanquearle los nudillos.

—Herejes sacrílegos —decía—. Se ceban con lo que no entienden.

—No hagáis caso —le respondió Martín Robledo—. Es rabia vana y despecho inútil.

Siguieron descargando su frustración contra el convento de Santo Domingo, al que prendieron fuego tan a conciencia que ardió como una enorme tea. Más tarde incendiaron las casas del arrabal, muebles, puertas, ventanas, las vallas de los corrales y los árboles de los huertos. El cielo pronto se llenó de columnas de humo que se confundían con las nubes.

La actividad en la bahía era frenética, con lanchas y esquifes que trasladaban tropas desde la playa hasta los buques. Los soldados iban cargados con telas, arcones, cortinas, cuadros, armas, utensilios de cocina…, todo lo que tuviera algún valor y pudiera ser transportado. Desde San Antón, los cañones tronaban de vez en cuando, recordándoles que no podían cruzar ciertos límites.

Al anochecer, ya no quedaban soldados enemigos ni en la ciudad ni en sus alrededores. Las campanas de todas las iglesias tocaron a rebato en señal de victoria. Marcia y María Fernández se acercaron a uno de los torreones. La oscuridad cubría el devastado arrabal; sólo los restos calcinados de las casas y del convento brillaban con luz rojiza.

—Nos quedamos como vinimos al mundo —murmuró Marcia, pensando en lo poco que les quedaba.

—Por fortuna, salvamos la vida.

—¿Cómo podéis decir eso, María? ¿Ya olvidasteis a vuestro marido?

—Vive en la sangre de mi pequeño, y lo llevo en el corazón —respondió la coruñesa, con la mano en el pecho—. Pero hay que mirar al frente, y seguir adelante.

—Seguir adelante —repitió Marcia. En ese instante, sintió una patadita de su hijo.

La Contra Armada se hizo a la vela con la brisa terral de la madrugada.

XXIII

1

Atlántico peninsular

Desde la cubierta del Revenge se divisaba el vasto despliegue de la armada, en formación de marcha. La miríada de velas subía y bajaba al compás de las grandes olas atlánticas. La mar, agitada, obligaba a mantener distancia entre los buques, y el viento contrario les imponía una larga bordada hacia poniente antes de enrumbar al sur.

Sir Francis Drake, rodeado de sus oficiales de mar y guerra, así como de portugueses del séquito de don Antonio, bromeaba sobre la magnificencia de la empresa y el temor que provocaría su llegada. Pero la procesión iba por dentro.

En La Coruña había comprobado que varios galeones españoles habían sido reparados. Y no dudaba de que lo mismo ocurría en otros puertos del Cantábrico. El almirante empezaba a lamentar haber cambiado un hueso tan duro como Santander por la presa aparentemente fácil de La Coruña. Sabía que a la reina no le gustaban las desobediencias, y menos si venían sin el consuelo de un rico botín que aliviara sus exhaustas arcas.

Y luego estaba el asunto del ejército de Norris. Por mucho que se pavonease de su victoria en El Burgo, Drake conocía bien su coste, pese a combatir contra mesnadas feudales, mal armadas y peor entrenadas. Dudaba que en Portugal tuvieran la misma fortuna. ¡Ah, Portugal! Esa era la verdadera incógnita, la que le quitaba el sueño. El rey don Antonio —el título le arrancaba una sonrisa— juraba que el pueblo se alzaría a su paso como un incendio estival, y sus nobles y capitanes lo refrendaban con fe ciega. Pero ¿qué garantías tenían de que así sería? Aquella baza era tan volátil como las mismas palabras.

Tras un rato de conversación, Drake descendió a la enfermería. Siempre le había gustado mostrarse atento con sus hombres; al fin y al cabo, por él luchaban. El aire que entraba por la tronera abierta no lograba disipar los

malos olores, pero el almirante no era hombre escrupuloso. Sólo había tres pacientes: dos yacían sobre colchoncillos tendidos en el suelo; el tercero reposaba en un catre, sudoroso, macilento, y con el rostro relajado por lo que parecía un sueño apacible.

—¿Cómo se encuentra, Cooper? —preguntó Drake al cirujano, que estaba limpiando y ordenando su instrumental.

Este dejó lo que hacía y se frotó las manos.

—Ha perdido mucha sangre, señor.

—¿La amputación salió bien?

—Los humores pútridos aún no se han disipado.

—En cristiano, hombre.

—La bala le hizo añicos el hueso, y es posible que se esté gangrenando. Aunque me preocupan más los otros —añadió con gravedad—. Presentan síntomas de tabardillo.

—Mala cosa. Conviene mantener bien ventilado este lugar.

—Y limpio.

En ese momento, el herido del catre tosió y se incorporó ligeramente.

—Señor. ¿Cómo va la navegación? —preguntó, con los ojos entreabiertos y una mirada inesperadamente lúcida.

—El viento se muestra tan caprichoso como de costumbre, John.

—¿Y el Fortune?

—Olvidaos del Fortune y de todos los malditos barcos —replicó el almirante —. Preocupaos por sanar, muchacho. Aún nos faltan muchas empresas… — un cañonazo le interrumpió la frase, que completó en voz baja— que acometer.

Un segundo disparo resonó, y al punto un joven oficial apareció en la puerta.

—Se ha avistado un barco, señor.

—Sed más específico.

—En rumbo de ceñida, por estribor. Parece el Swiftsure.

—¿Qué me decís? —exclamó Drake, sorprendido—. El segundo conde de Essex al fin se nos une. —Y sin añadir más, abandonó la enfermería.

Trenton lo siguió con la mirada, sombrío. El brazo le dolía más de lo que había querido admitir. Mejor dicho, el muñón. Tendría que acostumbrarse a su ausencia. Giró la cabeza y contempló las vendas, sucias de sangre y otros líquidos. Era como si bajo ellas palpitase un segundo corazón, delicado e irritable, que mordía con cada latido. Lo levantó con cuidado y se lo llevó a la

nariz: apestaba como un queso borgoñón.

—Alegraos de que haya sido el izquierdo —comentó Cooper al verle el gesto.

Trenton no respondió. Con la mano sana empezó a deshacer el vendaje. Al poco, quedó expuesto un muñón hinchado, amoratado, deforme, impregnado de secreciones. La piel, cosida sobre la masa muscular, formaba una cicatriz grotesca. Había visto muchas heridas y sabía que pasarían meses antes de que aquello cerrase. Lo que no resultaba normal era aquel color oscuro. Posó los dedos sobre la carne, sin apenas presionar, y un ramalazo de dolor le cruzó el cuerpo y le cortó el aliento.

—Lo cauticé con aceite hirviendo y le apliqué ungüento amarillo —explicó el cirujano—. Pero empieza a necrosarse.

—¿Qué se puede hacer?

—Soltar algunos puntos y dejar que supure.

—Pues hacedlo de una vez.

El cirujano del almirante, pese a su experiencia y a los medios de que disponía, no le inspiraba más confianza que un barbero sangrador. Hacía ya una semana que estaba bajo sus cuidados, y su salud no hacía sino deteriorarse. Sentía que la gangrena asomaba y que las probabilidades de sobrevivir jugaban en su contra. En más de una ocasión se había reprendido por la insensata acción frente a la muralla de La Coruña que ni lo acercó a Isabel, ni le procuró noticias suyas ni cambió un ápice el curso de la campaña. Pero lamentarse carecía de sentido. No era esa su forma de encarar la vida. Lo hecho hecho estaba. Si salía de aquella con vida, aunque fuera con un solo brazo, sería capaz de gobernar cualquier navío bajo el cielo.

La arribada del Swiftsure corrió de cubierta en cubierta y de buque en buque, y en poco tiempo toda la armada estaba al tanto de la venida de Robert Devereux. Tras los reveses sufridos en Galicia, la figura del carismático favorito renovaba el ánimo de los capitanes y levantaba la moral de las dotaciones.

También en el Relief, que navegaba en el ala derecha, la noticia fue recibida con alborozo entre los ingleses. No así entre los portugueses, que no entendían el motivo de tanto bullicio.

—¿Acaso va a ganar la guerra él solo? —preguntó Geraldo, que había reembarcado con sentimientos encontrados. Aunque no hubieran podido entrar en la ciudad, ni ajustar cuentas con su traicionera hermanita, al menos

habían puesto rumbo a Portugal. Anhelaba pisar tierra firme y acometer la parte esencial de la campaña.

El capitán Yates y Michael Gardiner le explicaron las implicaciones de la llegada de Devereux.

—En cierto modo, es como si la propia reina navegara con nosotros —resumió Michael, más pensativo de lo habitual.

La causa de sus cuitas era Isabel, cuya presencia a bordo se había convertido en un problema. Al principio se sintió satisfecho por tener una baza frente a su orgulloso hermano John: podía comunicarle que había recuperado a su esposa… o guardarse la información. Mas pronto comprendió que se había dejado arrastrar por el deseo de revancha. Isabel representaba una amenaza para sus intereses familiares, y no le convenía en absoluto que John la encontrase, y menos aún que se reconciliaran.

Lo más sensato habría sido canjearla por un buen rescate o eliminarla antes de que se hubiera sabido quién era. Pero la ocasión se había pasado y su proceder dependería ahora de cómo se recuperase su hermano. Por el momento la había acomodado en una cabina contigua a la suya, para guardarla de los animales de la tripulación. A ella y a la impresionante mestiza que más temprano que tarde pensaba hacer suya.

A la hora del rancho, Michael se adentró en la tolda, se allegó hasta la cabina de las mujeres y dejó las escudillas sobre una balda clavada en un mamparo.

—Aquí tenéis, señoras. No es un almuerzo principesco, como veis.

Ninguna de las dos se movió. Permanecían de pie, al fondo del cubículo, con expresión grave.

—¿Qué ocurre?

Isabel miró de reojo a Yabama antes de hablar.

—¿Cuándo pensabas decírmelo, Michael? —preguntó. La cercanía de su amiga le transmitía parte de su fuerza. Le daba seguridad.

—¿Decirte qué?

—Sé que John está herido, y que lo han llevado al buque almirante.

Michael alzó las cejas, pillado en un renuncio. La voz, sin embargo, le salió serena.

—¿Quién te lo ha contado?

—Lo sabe media tripulación. ¿De verdad creías que no lo iba a descubrir?

—No quería preocuparte.

El barco cabeceó con violencia, e Isabel apoyó el brazo contra el mamparo

para no perder el equilibrio.

—Qué detalle por tu parte —respondió—. Estamos prisioneras en un barco enemigo, rodeadas de hombres capaces de cualquier cosa, pero tú no querías que me preocupara.

—Tú lo abandonaste. Nos abandonaste, querida.

—Quiero verlo.

—Me temo que es imposible, Elizabeth. Mi hermano está muy grave, crítico diría yo. Y no pienso permitir que tu encantadora presencia le dé el golpe de gracia.

—¿Desde cuándo te importa la salud de John?

—Siempre hemos estado muy unidos. Especialmente antes de que tú irrumpieras en su vida. Ya lo sabes.

Isabel frunció el ceño. Aquel hombre había intentado envenenarla para impedir que su hijo heredara Saint James.

—¿Unidos? Antes creería que deseas verlo muerto.

—Eres libre de pensar lo que quieras.

—Hablaré con el capitán.

—¿Con Yates? No servirá de nada.

—Entonces con el señor Henriques —insistió ella, elevando el tono, con las mejillas enrojecidas—. O con quien sea.

—Quitémonos las máscaras, Elizabeth —dijo Michael, cansado de aquella conversación—. Estás en mi barco y harás lo que yo diga, cuando yo lo diga. Podría tirarte por la borda ahora mismo y nadie movería un dedo para impedirlo. Si sigues viva, es porque mi hermano, ese mismo al que tú abandonaste, aún respira. Compórtate y haz lo que se te ordene… y puede que salgas de esta con vida. —Sus ojos se desviaron hacia la mestiza—. Las dos.

—No te tengo miedo, inglés —dijo Yabama.

—Pues deberías.

—La protegeré de ti, cerdo.

Michael rio, pero fue una risa hueca, nada festiva.

—Claro que la protegerás —replicó furioso—. Y más pronto de lo que imaginas.

Michael cruzó la cabina en dos zancadas, sujetó a Isabel por detrás y, desenvainando la daga, llevó el filo a su cuello. El movimiento fue tan súbito que ninguna alcanzó a reaccionar.

—¿Quieres que la degüelle?

—No te atreverás —replicó Yabama con aplomo—. No, mientras su marido viva.

—Puedo cortarle una oreja, entonces. —Michael deslizó la hoja hasta la oreja izquierda, luego la movió hacia el ojo—. O saltarle un ojo. ¿Quieres que lo haga? Evitarlo está en tus manos, india. O en tu entrepierna.

—¡Bastardo! —gritó Yabama, y se arrojó sobre él.

Michael lanzó a Isabel contra ella y las hizo trastabillar a las dos. La española cayó hacia un lado, mientras la mestiza retrocedía, agitando los brazos para no perder el equilibrio, lo que aprovechó el hombre para propinarle un brutal puñetazo en el pecho y una patada en la rodilla.

—Esto es un anticipo, princesa —murmuró, inclinado sobre ella.

La puerta de la cámara se abrió de pronto.

—¿Un anticipo de qué? —preguntó Duarte. Traía, al igual que antes Michael, un par de escudillas sobre la mano y la muñeca izquierdas.

—¿Qué diablos hacéis aquí?

—Velar por mis prisioneras, señor Gardiner —respondió Duarte.

—No son vuestras, señor como-quiera-que-os-llaméis.

—Eduardo Pinto, para serviros. Y claro que lo son: yo las capturé. Puedo presentar a toda una escuadra que lo jurará sobre las Escrituras. —Duarte señalaba hacia cubierta con el brazo libre.

—Olvidáis en qué barco estáis.

—No lo olvido, señor, pero los usos de la guerra son los que son. Conviene que os familiaricéis con ellos.

—Cuidad ese tono, renegado —gruñó Michael, derribando de un manotazo las escudillas. Las gachas de avena se esparcieron por las tablas—. Y tú, mestiza, ya sabes lo que tienes que hacer —añadió antes de marcharse.

Duarte ayudó a Yabama a ponerse en pie, con la rodilla medio encogida y respirando con dificultad. Los golpes habían sido en verdad duros. Luego salió en busca de una pala y un balde. Sabía que acababa de ganarse la animadversión del armador, lo que, sumado al peligro latente que suponía Geraldo, complicaba su situación. Por más que llevara el pelo y la barba descuidados, que evitase mirarlo y aun acercarse a él, en cualquier momento podía ser reconocido. Y eso era peligroso.

Al regresar a la cabina, soltó el cubo y se puso a recoger las gachas con la pala.

—Sois muy amable, soldado —dijo Yabama.

—Lo hago con gusto, señoras —respondió Duarte, contento por haberse granjeado la simpatía de la criada. Pero su alegría duró poco.

—Con el mismo gusto con que un turco cuida de su serrallo —dijo con desdén Isabel. Se sentía furiosa con aquel hombre, el hombre que las había capturado y que, con palabras melifluas, no hacía sino disputárselas a Michael.

—¿Eso pensáis de mí? —Duarte detuvo la pala y se incorporó.

—Acabáis de hacernos una demostración. Penosa, por cierto.

—Te equivocas, Isabel.

—No, Yabama. Los dos buscan lo mismo, aunque con modales distintos.

—¿Preferís al señor Gardiner? —preguntó Duarte.

—A él al menos lo conozco.

—Seguro que vuestra amiga también lo prefiere.

El rostro de Isabel se transformó y Duarte se arrepintió de inmediato de sus palabras. Pensó en revelarle la verdad: quién era, por qué estaba allí, incluso que conocía a Marcia y a Gabriel. Pero no tuvo ocasión.

—Los dos me desagradáis por igual —replicó ella—. Si Michael es peor que un lobo, vos no sois mejor que un perro.

Duarte apretó la mandíbula. En sus ojos brilló una chispa furiosa, y un demonio interno, burlón y malicioso le revolvió el sentido.

—Tenéis razón, señora. Soy un perro rabioso, dispuesto a todo. Guardaos de mí y tratadme con respeto, o no responderé de mis actos.

Sonrió con desfachatez, dio una patada al balde, vertiendo su contenido, y arrojó la pala a los pies de Isabel.

—Recogedlo vos —gruñó. Y salió de la cabina dando un portazo.

Isabel se refugió en los brazos de su amiga. El valor que había mostrado con Michael, la cólera que la había poseído con el soldado, la abandonaron de golpe y la dejaron trémula y llorosa. Yabama la abrazó durante un buen rato, hasta que remitieron las lágrimas y cesaron las sacudidas.

—Ya pasó, Isabel. Ya pasó.

Luego tomó la pala y terminó la tarea.

2

La Coruña

No fue posible convencer a los capitanes de las galeras para que intentaran una

entrada en La Coruña, de modo que Gabriel no pudo arribar al puerto ni reunirse con los suyos hasta que la flota enemiga se hubo retirado.

Cuando él y sus hombres desembarcaron en la Marina, encontraron un panorama desolador: casas y barcos calcinados, iglesias profanadas, el hospital de San Andrés arrasado, cadáveres aún sin enterrar, murallas derruidas y una población que apenas empezaba a salir de la violenta conmoción del asedio. Su propia casa, en la Pescadería, estaba medio en ruinas: la cocina y el cuarto anexo habían ardido por completo y parte del tejado se había venido abajo. Reconstruirla exigiría tiempo, esfuerzo y dinero.

Desde allí, Gabriel se encaminó con el corazón encogido a la casa de sus tíos. Marcia, al verlo, soltó un grito, se le echó encima y lo abrazó con fuerza. Antes de poder articular una palabra de bienvenida, rompió a llorar sobre su hombro, como si hubieran pasado años desde la última vez que se vieron. Estaba pálida y ojerosa, más delgada y embarazada que nunca, con la expresión trágica de una Dolorosa.

—Querido, querido, querido —repetía. Cuando logró reponerse, le alborotó el cabello a García.

Los Del Puerto lo recibieron como a un hijo pródigo: con abrazos, palabras cálidas y noticias para todos los gustos. Afortunadamente, no habían sufrido ninguna pérdida en la familia. La pierna rota de Sancho, comparada con los dramas ajenos, no era más que una anécdota. Sin embargo, los rostros graves y las miradas esquivas pronto lo prepararon para la peor noticia: la desaparición de Isabel y de Yabama. A su lado, el proceso judicial contra Marcia parecía casi una broma.

—Sabemos que no han muerto —le aseguró su primo Froilán—. Hace dos días vino un fraile, escapado de las filas enemigas, y nos dijo que habían sido capturadas y trasladadas a bordo de un navío.

—¿Cómo supo dar con vosotros ese hombre?

—Sabía que Isabel era una Del Puerto.

Gabriel se quedó perplejo ante aquel relato, y preguntó por el nombre del navío. Pero Dominga, que fue quien atendió al fraile, no pensó en aquel detalle.

—Puedes hallarlo en la casa parroquial —le informó Dominga.

Cuando los dejaron solos, Marcia le contó a Gabriel con mayor detalle la historia de su encierro: la denuncia anónima, la detención, la intercesión de Sancho y el fallo provisorio del gobernador.

—No se me ocurría otro posible denunciante que el cabo Luján —dijo—. Pero poco antes de morir me aseguró que no había sido él. Y lo creí.

Gabriel la escuchó con atención, se rascó la barba, que ya pedía un buen rasurado, y repasó mentalmente algunos nombres, sin que ninguno lo convenciera.

—Alguien cercano, en todo caso —aventuró—, para saber lo que sabía.

—O poderoso —apuntó Marcia.

Sancho del Puerto y Froilán alojaban en sus casas a varias familias de la Pescadería. Aun así, quedaba espacio para ellos.

—¿No tienes que dormir en casa de la carnicera? —le preguntó Gabriel a su esposa.

—A María no le importará que duerma aquí las noches que desee.

—¿Y qué dirá el gobernador?

—Esa mujer es una heroína. Nadie en esta villa se atreverá a contradecirla. Ni siquiera don Juan Pacheco. Y ahora, métete en la cama, querido, y no me hagas esperar más.

Gabriel, que había aprendido el peligro de contradecir a su esposa, se tumbó junto a ella y comenzó a quitarle, una por una, todas las prendas. Ardua y placentera tarea, a la que se entregó con entusiasmo. Al terminar, contempló la redondez de su vientre y el pronunciado ombligo.

—Apaga la vela.

Él no obedeció. Posó la mano sobre la piel cálida y tensa y sintió los movimientos de la criatura que ella albergaba. Luego se tendió a su lado y le acarició los abultados pechos, las rodillas, las caderas, los muslos, con parsimonia, tomándose su tiempo en alcanzar sus rincones más sagrados.

—Mmm —gimió ella—. La vela, querido.

Por la mañana, Gabriel fue a buscar a fray Antonio de la Cruz a la casa parroquial. El fraile se disculpó por su aspecto y mal olor, fruto del hacinamiento que sufrían. Tenía el pelo mal cortado, las cejas espesas y una mirada atenta que disipó las reservas iniciales de Gabriel.

—Isabel es mi hermana —le confesó, aunque prefirió callar el vínculo que lo unía a Yabama.

Antes de entrar en materia, fray Antonio le explicó brevemente cómo había terminado entre los ingleses.

—Una verdadera epopeya la vuestra, padre —reconoció Gabriel.

Luego, el fraile repitió lo ya contado a la familia: que ambas mujeres fueron

hechas prisioneras y que Isabel, al ser interrogada, dijo ser esposa de un capitán inglés.

—John Trenton.

—¿Lo conocéis?

—Por desgracia —dijo Gabriel—. Mi hermana arrastra una larga historia de infortunios, como podéis ver. Hace tiempo, en un ataque pirata, cayó en manos de ese Trenton, que se encaprichó de ella, la llevó a Inglaterra y la desposó. Yo la busqué por los puertos de medio mundo, sin hallar más que rastros difusos que me hicieron perder la esperanza. Hasta que mi esposa la encontró y la trajo a España. Y ahora, justo cuando parecía que la vida le daba un respiro, le ocurre este nuevo revés. Imaginad lo que esto significa para ella. Para todos nosotros.

Fray Antonio asintió en silencio, reprimiendo el deseo de preguntar por qué la esposa de Gabriel había acabado en Inglaterra. En su lugar, comentó con calma:

—Al menos, Trenton tuvo la decencia de casarse con ella.

—Cierto —concedió Gabriel—. Quizá tenga también la decencia de protegerla.

—No sabría deciros —añadió el fraile, pensativo—. Resultó herido en uno de los combates. En realidad, no fue a su barco adonde las trasladaron, sino al Relief, del capitán Yates.

—¿Por qué a ese navío?

—Su armador es Michael Gardiner, el hermano de Trenton.

—¿Y cómo sabéis todo eso, padre?

—Porque soy curioso, señor mío, y me gusta aguzar el oído.

—Os habréis hecho entonces una idea de ese Gardiner.

—Es un hombre retorcido. Muy retorcido. Pero no perdáis la esperanza. Sé que mis compatriotas cuidarán de ella.

Gabriel no estaba tan seguro, pero se guardó de decirlo. Había mejorado el tiempo y el cielo, despejado, se abría azul sobre la ciudad. Las golondrinas, al igual que los hombres, reconstruían sus nidos bajo los aleros del convento, entre trinos y vuelos alocados.

—¿Podéis decirme alguna particularidad del Relief?

El fraile arqueó las cejas.

—¿Vais a ir tras él?

—Quizá.

—Es un barco de unos cien toneles, con tres palos y castillos elevados. Pertenece a la escuadra de Thomas Fenner. El casco es de color almagre.

—Muchos cascos se pintan de rojo.

—Ah, y la gavia de mesana tiene un corte muy curioso, en forma de trapecio.

El sacerdote, según le contó, tenía intención de presentar al gobernador una crónica de lo acaecido durante su cautiverio en Irlanda, junto con una relación de los hombres fallecidos en los naufragios, en la prisión o por la crueldad de sus captores, para hacer llegar a sus familiares la trágica notica y que pudieran, al menos, solicitar al rey las soldadas y ventajas correspondientes.

—Os deseo suerte con vuestras gestiones, padre.

Tras despedirse del sacerdote, Gabriel se dirigió a la fragua de su amigo Martín Robledo, buscando despejar ideas. Lo halló sudoroso y malhumorado, agobiado por el aluvión de encargos.

—Media ciudad ha perdido la casa, la hacienda y el sustento, y tú, que te vas a hacer de oro, protestas.

—No imaginas lo que me están pidiendo: roperas, terciados, dagas, picas, hasta corazas. Como si los ingleses fueran a regresar mañana. ¿Y de dónde saco el acero? ¿Cómo lo pago? ¿A quién contrato para que me ayude?

Gabriel, luego de escuchar con paciencia sus quejas, le preguntó por el asedio, y Martín se pasó la lengua por los labios y pidió a su esposa que trajera un cuartillo de vino.

—Qué batalla te has perdido, señor Del Puerto. ¡Qué batalla!

Con el vino servido, narró con lujo de detalles lo sucedido desde el desembarco inglés hasta su retirada, sin omitir el momento en que, junto a Yabama, escapó de milagro.

—Esa mestiza no conoce el miedo, Gabriel.

—No, no lo conoce.

—Bueno, ¿y tú qué?

Gabriel comenzó por hablarle de sus correrías por tierras britanas para terminar contándole lo que había sabido por boca del fraile, y el plan que empezaba a gestarse en su cabeza.

—¿Seguir a esa flota gigantesca? Y cuando la encuentres, ¿qué?

—No lo sé. Tengo que pensarlo. En cualquier caso, debo ir a Lisboa para completar la misión que me encomendó Bazán.

—¿Ahora, con Marcia a punto de parir?

—No me perdonaría perder a Isabel por segunda vez. Si espero, quién sabe

qué ocurrirá. Los rastros hay que seguirlos cuando todavía están frescos.

Martín cabeceó, comprendiendo que, por peligrosa que fuera la idea, Gabriel tenía razón.

Antoñita, que se había puesto a barrer tras servir el vino, intervino curiosa:

—¿No esperaréis al parto de vuestra esposa?

—No te metas en pláticas ajenas, mujer —saltó Martín.

—Todavía faltan unas semanas —respondió Gabriel.

Convencer a Marcia fue más fácil de lo esperado. De hecho, si él no lo hubiera propuesto, lo habría sugerido ella. No sólo por Isabel. También por Yabama.

—¿Os habéis reconciliado? —se sorprendió Gabriel.

Marcia le sonrió con dulzura.

—Esa mujer, pese a haber escapado del asalto a la Pescadería, volvió para ayudar a tu hermana. Fue un gesto admirable. Fíjate, hasta se me pone la carne de gallina.

—Te noto muy sensible, querida.

—Será la preñez —respondió, con aire soñador—. Tenemos que ir a rescatarlas.

—¿Cómo que «tenemos»?

—Señor marido, sabed que no pienso separarme de vos otra vez. Donde vayáis, iré yo.

Gabriel la enlazó por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó.

—Señora Henriques, sepa vuestra merced que jamás le perdonaría, ni me perdonaría, perder a este hijo. —La besó de nuevo—. Bastante te has arriesgado durante el asedio.

—¿Yo, arriesgarme?

—Me han contado cosas.

Estaban bajo la sombra de un peral, donde se unían los corrales de su tío y de Froilán. El viento agitaba las hojas nuevas y entre ellas colgaban frutillos verdes, agrupados en ramilletes. De un jazmín cercano llegaba un perfume suave, y el zumbido familiar de las abejas llenaba el aire.

—No quiero que te arriesgues en vano. —Marcia había abandonado el tono jovial.

—Y no lo haré.

—Pero sé que es difícil —protestó—. Este asedio me ha enseñado cómo es la guerra: cruel, peligrosa, imprevisible. Balas, metralla, tiradores ocultos,

puñales, cascotes desde las azoteas, astillas volando… Todo resulta tan azaroso, tan impredecible que hasta el más cauto puede caer. No digamos tú.

—Iré primero a Lisboa. Veré lo que se cuece y actuaré con prudencia.

—¡Agh! —Marcia se llevó la mano al vientre—. Este pequeñín tampoco quiere que te vayas.

—Igual es una niña.

—¿Te gustaría?

—Más que nada en el mundo.

—¿Dejarás a García conmigo?

—No puedo. Yabama es su madre.

—Por Dios, es un niño.

—Que lo decida él.

—Bien, pero se lo preguntaré yo.

La Portuguesa estuvo lista para zarpar en dos días. Y García no quiso quedarse.

—Tráelas de vuelta —lo despidió Marcia—. Y cuídate.

—Lo haré.

—No es un ruego, sino una orden.

3

Lisboa

No tardaron en llegar a Lisboa las noticias del ataque inglés a La Coruña, de la magnitud de su flota y su ejército, de la toma del arrabal y de las crueldades y demasías cometidas por las tropas. La inquietud se disparó entre autoridades y vecinos de todos los estamentos. Iban a venir. Ya no era broma ni rumor infundado, sino una realidad cada vez más próxima.

No quedaba margen para demoras ni tiempo que perder.

En un amplio salón del Palacio Real, junto a la explanada del Terreiro, don Pedro Enríquez, conde de Fuentes, informó al virrey Alberto de Austria de las tropas y compañías disponibles en Lisboa y sus alrededores, que no eran muchas. El esfuerzo realizado el año anterior para aprestar la Gran Armada había dejado el reino de Portugal huérfano de fuerzas. Y reponerlas no iba a ser fácil: a los numerosos frentes ya abiertos por la Monarquía Hispánica se sumaban las amenazas de los hugonotes franceses en el norte y del sultán de

Marruecos en el sur. El conde informó asimismo de que se había reforzado con cañones, medios cañones y culebrinas la artillería de los castillos de San Julián, Oeiras y Trafaría, y que se trabajaba a carrera tendida en fortificar los restantes baluartes y torres que protegían la embocadura del Tajo.

El virrey, hombre de frente despejada, barba rubia y mirada suave, escuchaba con atención y cierta aprensión. Desde que su tío lo designara para regir Portugal en su nombre, había afrontado situaciones delicadas que le exigieron mucha diplomacia y mano izquierda, en especial en el trato con la nobleza lusa, muy celosa de su autonomía, pero la actual tesitura, de carácter plenamente militar, se le antojaba tan peliaguda que temía no estar a la altura.

Alonso de Bazán, también presente en la junta, se centró en los puntos débiles del dispositivo naval, pues San Julián no cubría con solvencia todo el ancho del río, y la docena de galeras disponibles poco podía hacer contra una armada tan crecida como la inglesa.

—¿Qué proponéis, entonces, don Alonso? —preguntó el archiduque cardenal. Pese a su cargo eclesiástico, vestía una armadura pavonada y ricamente ornamentada

—Tender una cadena de una orilla a otra, excelencia. Desde la torre de Belém hasta la de Caparica.

—¿Una cadena? —se sorprendió el virrey.

—¿De qué longitud? ¿De cuánto grosor? —inquirió el conde de Fuentes, más práctico—. En esa parte, el cauce alcanza casi una milla. No hay fraguas bastantes en Lisboa para forjarla, ni brazos suficientes para tensarla.

Don Alonso explicó sin perder la calma que no se trataba de una cadena ordinaria, sino de una barrera formada por medio centenar de gruesos troncos unidos por argollas y eslabones, y fijados al fondo con áncoras cada cincuenta codos, de modo que no fuera necesario tensarla desde los extremos. Tras la cadena se dispondría una línea de veinte o veinticinco naves alineadas proa con popa y atravesadas a la corriente, con sus bandas artilladas encarando la bocana del río.

Comprendieron el conde y el archiduque que no era una idea improvisada, sino un plan bien meditado, aunque el tiempo que requeriría para ejecutarse resultaba tan largo que acabó por ser descartado. Lisboa debería defenderse por mar con las fortalezas existentes, la escuadra de Galeras del Océano, las que pudieran enviarles desde Castilla y algunos mercantes y pataches fondeados en el puerto.

—¿Y las tropas portuguesas? —preguntó el archiduque.

—¿Qué ocurre con ellas, alteza? —replicó con cautela el conde de Fuentes.

—¿Lucharán llegado el momento?

El conde de Fuentes se mordió el labio y dirigió la vista hacia el hombre que se hallaba a su lado, que hasta entonces había permanecido en silencio. Era el más indicado para responder a aquella pregunta.

Don Diego de Coutinho, gobernador de armas de Lisboa y miembro del consejo de guerra de Portugal, enderezó el busto y tomó aire.

—De los veteranos respondo, alteza —dijo—. Ahora bien, los soldados bisoños, de los que hay buen número, son menos fiables.

—Sobre todo cuando pintan bastos —advirtió el conde.

—Aquí y en cualquier parte. —Coutinho creyó conveniente aclarar este punto. Era sabedor de que las lealtades de sus compatriotas estaban divididas, y comprendía que los españoles tuvieran sus reservas. Aun así, no podía evitar cierto resquemor cada vez que el tema salía a relucir—. Si me permitís una sugerencia al respecto…

—Hablad sin temor, don Diego.

—Este reino es más feudal que Castilla, alteza. Por eso sería deseable que nuestros nobles acudieran a Lisboa acompañados de sus mesnadas.

—Y que se muestren por las calles, para que el pueblo los vea —añadió Bazán.

El archiduque se pasó la mano por la bien cuidada barbita, valorando las palabras de sus generales. Del embrollo en que se estaba metiendo podía salir mal parado, o con fama y gloria.

—Descuidad, mis señores —dijo con más firmeza de la que sentía—. Ordenaré a mis nobles vasallos, de dentro y fuera de Lisboa, que levanten gente y acudan prestos a la defensa de la villa.

No era menor la inquietud que provocaba la inminente llegada de don Antonio de Avis. Para las autoridades suponía reforzar la vigilancia y seguimiento de las múltiples redes de simpatizantes del Prior que operaban en la ciudad. Para estos, en cambio, su presencia significaba una llama de esperanza, la culminación de años de trabajo clandestino y el sueño de ver a Portugal libre del yugo castellano.

Reigosa y sus amigos redoblaban esfuerzos. Don Rafael se había ganado las voluntades del capitán y del sargento de una de las compañías de Manuel Castelblanco; Ruy Díaz Lobo había hecho lo propio con un capitán de las de

Fernando de Castro, acantonadas en la ciudad; y fray Lorenzo había descubierto en el huerto del convento de los Trinitarios un postigo condenado con argamasa, sobre la muralla, que podía echarse abajo con facilidad.

Estas y otras noticias tenían a Reigosa de muy buen humor. Sus negocios marchaban viento en popa, y muy en particular los del transporte. El previsible ataque inglés estaba poniendo en fuga a media Lisboa, o al menos a quienes tenían alquerías o parientes en otras partes y podían costearse el traslado de sus bienes. Los rumores sobre la violencia de las tropas enemigas, el escaso interés popular por la política y la poca afinidad hacia las autoridades alimentaban un éxodo tan contagioso como lucrativo. «¿No querían ganar Lisboa los castellanos?», se oía decir en las esquinas, «pues que la defiendan ellos».

Los precios del transporte se habían disparado hasta niveles escandalosos, y había quienes incluso se empeñaban para salir de la villa. Un viaje en carreta costaba ya cien reales; fletar una lancha para cruzar el río, el doble. Eso, si se encontraba alguna libre. Barqueros y arrieros estaban tan solicitados que podían permitirse desoír los requerimientos de las autoridades para traer grano o pertrechos a una ciudad en riesgo de quedar desabastecida.

Los tiempos, en suma, favorecían al señor Reigosa. Pero había un asunto que se le resistía demasiado, una espina incómoda que debía extraerse de una vez. Esa espina tenía nombre propio: Branca.

4

Peniche

La Contra Armada arribó a Peniche tras varias singladuras difíciles, peleando con un incómodo sudoeste. El mar batía con fuerza los escarpados acantilados de la pequeña península, y el ala derecha de la flota se extendía hasta las cercanas islas Berlengas.

Francis Drake ordenó echar anclas y convocó, a su pesar, una junta de estado mayor. Al encuentro lo acompañaban Thomas Fenner, su vicealmirante, y los comandantes de las distintas escuadras. John Norris acudió con su hermano Edward, el capitán Roger Williams y varios coroneles veteranos. También estaban presentes el Prior do Crato, su hijo Manuel y Robert Devereux, segundo conde de Essex, cuya sola presencia confería al consejo un brillo que

a todos admiraba.

El debate fue áspero desde el primer momento. El fracaso ante La Coruña había quebrado la entente entre los mandos de la Contra Armada, y las juntas se desarrollaban ya a cara de perro. Sir Francis defendía que el objetivo de la expedición seguía siendo Lisboa, y que debía tomarse mediante una operación combinada por tierra y mar, tal como se había proyectado desde el principio: un golpe rápido y decisivo antes de que el enemigo pudiera reaccionar.

Norris, en cambio, consideraba que el objetivo no era una ciudad, sino el trono de Portugal. Forzar un desembarco en Lisboa podía convertirse en una carnicería inútil. En cambio, si desembarcaban en Peniche, donde la resistencia sería testimonial, podrían marchar hacia la capital, revolviendo a la gente y levantando adeptos por el camino.

El Prior secundó al general con vehemencia. Contaba con apoyos entre el clero, los fidalgos, parte de la nobleza y el pueblo llano. Su sola presencia bastaría para que los portugueses acudieran en masa a engrosar sus filas. Con suerte, Lisboa les abriría las puertas sin necesidad de un solo disparo. Sería una reconquista por aclamación, no por sangre.

Drake escuchaba con la expresión de quien atiende por cortesía una teoría ajena al sentido común. Seguía sin ver razón alguna para modificar el plan inicial cuando el objetivo estaba tan cerca.

—¿Cómo pensáis avanzar hasta Lisboa, alteza? Esta campaña no es un desfile triunfal —dijo—, sino una operación militar, y este ejército no está preparado para una larga marcha terrestre. No tenemos carros ni bastimentos suficientes para recorrer quince leguas a pie, apenas contamos con caballería que cubra los flancos, y la artillería de campaña es escasa o nula. Además, una vez en el interior, la flota ya no podrá prestaros su apoyo.

Don Antonio negó con suavidad, la frente apoyada en la mano.

—Del ejército perded cuidado, almirante, que ninguna cosa le faltará. En cuanto se sepa de mi llegada, toda la gente de los contornos se pondrá a nuestro servicio.

Norris tomó el relevo.

—Os agrada ver la mota en el ojo ajeno, Francis, pero vuestro plan tampoco está exento de riesgos. —Su sonrisa era tensa—. Atacar Lisboa directamente es jugarse el todo por el todo, y desaprovechar la baza que representa don Antonio. —El Prior frunció el ceño: *¿Yo una baza?*—. Si fracasamos, la derrota será total. La única posibilidad sensata es avanzar con paso firme y sumar

aliados por el camino.

En la cámara del Revenge, iluminada por la luz que se filtraba por los balcones de popa, se oía el rumor constante de las olas golpeando los acantilados.

—¿Y cuándo prevéis que se produzca ese levantamiento? —preguntó Drake con mordacidad—. ¿Al tercer día de marcha? ¿Al quinto? ¿O a las puertas de Lisboa? Mi flota, en cambio, puede desembarcar al ejército en Cascaes, tomar el estuario y coger a la ciudad entre dos fuegos. Es lo que hice en Cádiz, Cartagena de Indias y Santo Domingo. No se trata de inventar nada, sino de hacerlo con celeridad y firmeza.

—Lisboa no es Cádiz —intervino el Prior con voz grave, marcando las palabras—. Sus murallas son más altas, su artillería más potente y su guarnición más numerosa. Nuestra fuerza está en mis súbditos, que esperan mi venida y nos darán un ejército.

—¿Y si no lo hacen? —insistió Drake, mirando a todos.

—Pronto lo podréis comprobar. —La confianza de don Antonio en sus súbditos era absoluta.

—¡Cielos, almirante, qué panorama nos pintáis! —Norris, más rígido que nunca, no se explicaba los reparos de su compañero, y se preguntó si no lo moverían los celos—. La guerra por definición está sujeta a imprevistos. Mi plan, el vuestro, el de cualquiera. Habláis de desembarcar en Cascaes como si fuera cosa hecha… Los españoles estarán apercibidos y nos presentarán resistencia, mucha más que aquí. Y habláis de penetrar por el estuario como si se tratase de un camino abierto, cuando el Tajo está bien defendido por castillos y fortalezas. Por no mencionar las galeras de los castellanos.

—Galeras habrá veinte, como mucho —replicó Drake con sequedad—. En cuanto a las fortalezas, San Julián es la única que realmente importa, y bastará con arrimarle un par de naos incendiadas para que el humo entorpezca a sus artilleros. Con la marea a favor, podremos pasar sin mayor molestia.

—No es negocio tan cierto como suponéis —alegó el Prior—. Los españoles tienen cien maneras de obstaculizar la entrada al estuario: brulotes, pecios encallados, baterías en ambas orillas que refuercen el fuego de las fortalezas…

—Conozco mis barcos y sé de lo que son capaces.

—Sin el ejército, vuestra flota no tomará Lisboa ni cosa parecida —advirtió, acalorado, el general Norris.

—Y sin la flota, el ejército no comerá, no avanzará y, llegado el caso, no regresará.

Un silencio denso cayó sobre la cámara, sólo roto por el crujido del Revenge al mecerse entre las olas.

—¡Voto al malo! —Devereux se puso en pie e irrumpió con fuerza en la plática—. El rey don Antonio asegura que el pueblo lo seguirá, y yo no veo motivos para no creerlo. ¿A santo de qué viene arrugarse ahora, Francis? Marchemos hacia Lisboa de la mano con los portugueses, reuniendo vasallos y ganando voluntades. ¿Habrá peligros? ¿Dificultades? Que vengan: toda empresa digna de ser recordada los tiene. Por Dios, basta ya de deliberaciones. Prefiero marchar sobre la ciudad que seguir encerrado en este navío, jugando a las batallas con un plano y un compás.

Sus palabras provocaron un murmullo de aprobación, e incluso algunos aplausos. *«Así se habla»,* dijo Roger Williams. La gallardía del conde, su arrojo y el magnetismo de su persona ganaban las mentes y levantaban los corazones. ¿Quién dijo obstáculos?

Drake observó los cabellos rizados y perfumados del favorito de la reina, el porte airoso, la frente erguida. ¿Qué sabría aquel joven de asedios ni escaramuzas? Todos parecían olvidar que Lisboa no era una ciudad cualquiera. Seguía defendida, bien defendida, y la reina no esperaba gestas grandiosas, sino resultados.

—Bien —dijo Norris—. Si nadie más se opone, comenzaremos el desembarco de inmediato.

El Prior y su hijo asintieron en silencio. Drake buscó el respaldo de sus comandantes navales, pero sólo halló rostros incómodos o inexpresivos. Incluso Fenner, su vicealmirante, evitó pronunciarse.

—Haced lo que queráis con vuestros soldados, que yo haré lo que me plazca con mis barcos —dijo al fin Drake con furia contenida. No solía perder la paciencia, pero aquella vez el general casi lo sacó de sus casillas.

—Sois libre de maniobrar como juzguéis oportuno —respondió Norris con una sonrisa fría—, siempre que no comprometáis la empresa.

Nadie añadió palabra. La junta se dio por concluida sin consenso real. Se iniciaría, sí, el desembarco en Peniche y la marcha hacia Lisboa, pero con la abierta oposición del almirante, que sentía escurrirse entre los dedos el control de la expedición. Y no estaba acostumbrado a ser un segundón.

Mientras los demás salían a cubierta, él se quedó solo en la cámara, con la

mirada fija en el mapa extendido sobre la mesa. Tenía los dedos apoyados sobre la bahía de Cascaes, el lugar más adecuado para poner en marcha su estrategia.

Para su satisfacción, tomar tierra en Peniche resultó mucho más difícil de lo que Norris y Devereux habían supuesto. Los defensores, con apenas tres compañías de arcabuceros y una de caballería, se habían apostado en los puntos más practicables para el desembarco, lo que los obligó a intentarlo en una playa azotada por el viento y las olas, al sur de la villa. Una treintena de lanchas, dirigidas por el propio conde de Essex, se lanzaron a la desesperada y lograron establecer una cabeza de puente, pero con un coste elevadísimo: casi la mitad naufragaron.

Antes de que pudieran llegar nuevos refuerzos, el enemigo les dio varias cargas tan violentas que estuvieron a un paso de arrojarlos de nuevo al mar. Los combates se alargaron durante horas, hasta que Norris, maniobrando con astucia, envió tropas a otros puntos y amenazó con un envolvimiento. Sólo así pudo hacer retroceder a los defensores.

El resto del día se consumió en desembarcar la infantería con su impedimenta. El fuerte oleaje hacía cabecear los navíos en sus fondeaderos. Las lanchas y bateles, atestados de hombres y pertrechos, sorteando con dificultad las crestas espumosas, avanzando a saltos y panzadas, levantando cortinas de espuma salada, luchaban por alcanzar la playa. Una, más cargada, se escoró de pronto y arrojó al agua a soldados y caballos. Por un instante sólo se vieron brazos agitados entre fardos flotantes, hasta que los nadadores más diestros lograron rescatar a los demás y arrastrarlos a la orilla.

El caos era el denominador común de la operación. Órdenes gritadas desde las cubiertas, contraórdenes que añadían más confusión. En la playa, un torbellino de bultos, armas y vituallas apiladas sin orden, un coro de voces en inglés y portugués, relinchos, rebuznos, pólvora empapada y víveres húmedos. Y por todas partes, imperceptible pero persistente, la arena finísima se colaba por cada rendija y orificio, en los cañones, las cartucheras, las ropas, la comida.

5

Lisboa

Rafael Reigosa acudió a la puerta de la Cruz, donde se había citado con Maciel.

El sol brillaba con fuerza y templaba la mañana. El campo de Santa Clara rebosaba colorido y alegraba la vista con sus iglesias y caseríos, las huertas y las granjas, y los olivares que descendían hasta el río.

El rechinar de unas ruedas y el rebuzno de una de las mulas anunciaron la llegada de su deudo.

Bruno Maciel venía en el pescante de la carreta, con las riendas en la mano. Al divisar a Reigosa, se detuvo y descendió con ayuda de un muchacho de catorce o quince años, serio y cubierto de polvo.

—Hace rato que espero.

—De Santarém vengo —respondió el carretero.

—Hermoso lugar.

—No diría yo tanto.

—Allí se proclamó rey don Antonio de Avis. ¿Cómo va el negocio?

—No me quejo. De seguir así, pronto podré compraros la carreta y el tiro de mulas.

—Las cosas irán aún mejor cuando el rey recupere la corona.

—Al freír los huevos se verá.

Torció Reigosa la nariz ante el escepticismo de su deudo.

—¿Habéis oído algo que nos interese? —preguntó.

—Oír se oye mucho por ventas y caminos. Que sirva, no tanto.

—La información siempre es valiosa, Bruno. Estate atento, que el momento se acerca. Y vigila bien esta puerta. Quién sabe si mañana nos interesará verla desguarnecida…

Reigosa calló al notar la atención con que lo observaba el mozo, y Bruno Maciel, que también lo advirtió, le dio una palmada en la espalda y aprovechó para presentarlo:

—Mateo, mi hijo.

—No sabía que tuvieras otro hijo. Veo que te llevas bien con él.

—Al principio le costó, influido por las ideas de su hermana, pero el Señor ha sembrado en su corazón algo de caridad cristiana. Me ayuda todos los días con la carreta. Es mi sostén y mi protección frente a la invalidez.

—Como debe ser. —Reigosa alargó la mano para revolverle el pelo a Mateo, pero este retiró la cabeza.

—Disculpad al muchacho: es un poco huraño cuando no hay confianza.

—En fin, el caso es que quería hablarte precisamente de tu hija. —Reigosa le dirigió una mirada penetrante, que anunciaba la seriedad del asunto, y otra no

menos firme al joven—. Don Dinis, mi sobrino, ha terminado de amueblar y adecentar su nueva morada, una ocasión perfecta para que siente la cabeza. Yo le he hablado de varias mujeres de buena familia y fortuna, mas él sigue interesado en ella. Me ha pedido que haga un último intento por ablandar su voluntad. ¿Qué dices tú?

—Que será un matrimonio ventajoso para ambos. Mi hija, cuando se la conoce, tiene buenas cualidades.

—Pero la última vez lo rechazó.

—No volverá a ocurrir, os lo aseguro.

—¿Y qué harás para evitarlo?

—Hablaré con su tío. Estoy seguro de que Filipe entiende, y sabrá hacerle entender a Branca, las ventajas de emparentar con vuestra casa. Al fin y al cabo, ambos estamos en deuda con vos.

—Eso ayudará —sonrió Reigosa. Las cosas encauzaban por donde él esperaba—. Pero no quiero fiar el éxito de este negocio a una sola carta. Si algo sé de las mujeres es que adoran la seguridad y el lujo. Así que he pensado regalarle el vestido de una reina.

Se giró y dio dos palmadas. Un guineano que llevaba un buen rato de pie junto a la puerta alzó la cabeza y se acercó. En los brazos traía un paquete bien envuelto, y se lo tendió a su amo. Este lo desembaló con destreza hasta dejar a la vista una hermosa saboyana de terciopelo rojo, con la falda ancha, escote cuadrado y mangas abullonadas.

Maciel abrió los ojos. Aquel vestido era una prueba de la seriedad de las intenciones de su valedor. Y cuando Reigosa se proponía algo, solía conseguirlo.

—¿Qué te parece?

—No hacía falta que os molestaseis, señor Reigosa. Es demasiado para ella.

—¿Y a ti, muchacho?

Mateo pasó la mano por el terciopelo. Nunca había acariciado una tela tan suave.

—Le gustará —respondió.

Reigosa envolvió con cuidado la saboyana y se la entregó a Bruno Maciel.

—Para Branca. Quiero que se la des y que le anuncies que el domingo, antes del mediodía, don Dinis y yo la visitaremos para pedir su mano. Que nos reciba con el vestido puesto.

—Si viene de mí, no lo aceptará.

—No quiero peros, señor Maciel. Ni una nueva negativa de vuestra hija.

—Yo se lo llevaré —se ofreció Mateo.

Por la tarde, cuando finalizaron los viajes que tenían concertados para aquel día, Mateo cruzó la ciudad para encaminarse a casa de sus tíos. Branca recibió el regalo con un mohín de desprecio y lo soltó sobre la mesa sin mirarlo dos veces.

—Jamás me lo pondré.

—Es precioso, Branca —dijo Mateo, que, pese a las palabras de su hermana, había visto cómo le brillaron los ojos al descubrir el vestido—. Serás la muchacha más hermosa de Lisboa.

—No quiero nada de esa familia.

—Aceptarlo no te obliga a nada.

—Aceptar es un gesto, y los gestos significan cosas. —Estaba sudorosa y cansada tras un largo día de trabajo, y le molestaba que su hermano hablara con tanta ligereza—. ¿Cómo puedes prestarte a estos juegos, Mateo?

—De un modo u otro te lo habrían hecho llegar —replicó él sin alterarse—. Así tengo una excusa para venir a verte.

—¿La necesitas? ¿Tanto te aprieta Maciel?

—No lo llames así. Es tu padre.

—Es un lobo, y en su compañía sólo aprenderás a aullar.

—Pues no me vendrá mal, con los tiempos que corren.

Mateo, que había sido siempre un niño afable y dócil, se estaba tornando un muchacho hosco y distante que tomaba decisiones que Branca no lograba comprender. Prefería atribuir el cambio al ambiente enrarecido de aquella Lisboa revuelta antes que a la perniciosa influencia de su progenitor.

Más adelante, cuando Branca se lamentó con su tía, esta no reaccionó como esperaba.

—Cásate con don Dinis —le dijo sin rodeos.

—No has tardado mucho en cambiar de opinión.

Natalia estaba recogiendo unas sábanas tendidas al sol y le alargó uno de los extremos para que la ayudara a doblarla.

—Tu madre y yo hemos vivido en la pobreza desde que nacimos. Jamás tuvimos la oportunidad de salir de ella. Tú la tienes, y serás necia si la desaprovechas. Una dote como la que ha ofrecido es una bendición.

—¿Qué dote?

Natalia suspiró. Tendría que explicárselo todo.

—Es costumbre que el padre o tutor de la novia aporte una dote para el matrimonio. Y Reigosa, que no ignora nuestra situación, le ha ofrecido a tu tío doscientos escudos. No quiere que la mujer de su sobrino llegue sin nada al enlace. Además, en compensación por perderte, le cede a Filipe la plena propiedad de la lancha.

Branca se llevó las manos al rostro y abrió mucho los ojos.

—¿Habéis pactado mi matrimonio a mis espaldas? —La joven puso énfasis en cada palabra.

Natalia colocó la sábana doblada en un cesto ancho y tomó la siguiente.

—No hemos pactado nada, Branca —dijo con calma—. Sólo te cuento lo que Reigosa le ha ofrecido a tu tío.

—Simplemente. ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—No pongas esa cara ni te hagas la mártir. Te hemos cuidado sin esperar nada a cambio, en vida de tu madre y después. Nos hicimos cargo de ti y de tu hermano, y nos plantamos frente a tu padre cuando quiso llevaros por la fuerza. Así que deja a un lado los melindres y cásate con ese hombre.

—Antes muerta —replicó Branca con mirada encendida. Terminó de doblar la sábana y se marchó sin añadir una palabra.

La seguridad que había mostrado ante su tía y su hermano se vino abajo cuando se quedó sola, tendida en el catre de la habitación que compartía con sus primas. Todo parecía volverse en su contra. Era cierto que sus tíos la habían cuidado y protegido, y que nadie le había puesto un cuchillo en el pecho, pero con sus gestos y palabras la empujaban a hacer algo que no deseaba. Entrelazaba los dedos y los removía con nerviosismo mientras pensaba qué hacer. Le vino entonces a la mente la imagen del alférez Jaque, de su sonrisa blanca y sus ojos reidores, de sus modales corteses y su plática amena; pero a don Rodrigo las obligaciones militares lo mantenían alejado. La maldición del soldado. ¿O serían las lavanderas que acompañaban a la tropa en todo momento? Sintió una punzada de celos y desvió de inmediato el pensamiento: no necesitaba una preocupación más.

Tenía que contarle sus cuitas a Tiago, el fiel Tiago. Si no para que las solucionara, al menos para descargar su corazón.

Las tardes de mayo se alargaban. Por el ventanuco entraba una luz amarilla muy hermosa, y, contemplándola, se adormeció. Las campanas de la iglesia de las Llagas sonaron llamando al ángelus. Branca se levantó, aturdida, se arrodilló, rezó tres avemarías, se santiguó y se encaminó a la cocina para

ayudar a su tía con la cena.

6

Peniche

A Michael Gardiner, la inesperada separación entre la armada y el ejército lo obligaba a tomar decisiones rápidas. Aunque el ambiente en su navío lo empujaba a unirse a Norris y al Prior en su avance hacia Lisboa, siguiendo la estela del conde de Essex, había invertido mucho en el Relief, y alejarse de él le parecía imprudente. En busca de novedades, subió al esquife y remó hasta el Revenge, con la excusa de interesarse por el estado de su hermano.

En cubierta, lo recibió Nicholas Oseley, uno de los asistentes de Drake, que lo puso al tanto de lo ocurrido en el consejo.

—Un revés para sir Francis —comentó Michael.

—Según se mire. La partida del general Norris le deja las manos libres y unos cuantos días para apostarnos en bahía de Cascaes y capturar cuanto navío cruce por allí. El almirante espera hacer botín con el que recuperar, y acaso multiplicar, las inversiones. Con suerte, hasta podríamos hacernos con alguna nao suelta que retorne de las Indias.

Aquella información tan provechosa decidió a Michael de inmediato: se quedaría con la flota. No obstante, ya que estaba allí, vería a su hermano.

La enfermería apestaba de tal forma que hubo de cubrirse la nariz con un pañuelo. El cirujano, acostumbrado a aquellos olores, le indicó el catre donde John dormía profundamente. Tenía el rostro sudoroso, la piel amarillenta y una barba descuidada. El muñón vendado y su extrema delgadez impresionaron a Michael.

—¿Cómo se encuentra?

—Ya lo veis —respondió el cirujano, sin comprometerse—. Lo he sangrado casi a diario.

—¿Sobrevivirá?

—Podría fallecer esta misma tarde. Pero quién sabe. —Cooper movió la cabeza hacia los lados—. ¿Queréis que lo despierte?

¿Quería? Lo cierto era que no.

—Dejadlo descansar —dijo.

—¿Seguro? Quizá no tengáis otra ocasión.

—John y yo ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos. —A Michael no le apetecía contemplar a su hermano forcejeando con el dolor, ni escuchar recomendaciones o consejos. Aunque, por un momento, la idea de revelarle que Isabel estaba a bordo del Relief le arrancó una sonrisa: imaginar su sorpresa, el reproche en sus ojos, el temor ante la muerte. Le ordenaría traerla, intentaría convencerlo, se lo suplicaría quizá… No. No valía la pena exponerse a una escena tan penosa.

El Relief, cuando regresó, estaba en pleno zafarrancho. Los soldados se preparaban para desembarcar entre voces, risas, pullas y bravatas. La cubierta hervía de actividad: hombres, bultos, vituallas, pertrechos militares, baúles de oficiales, corazas. Dos caballos nerviosos. El capitán Yates aguardaba impaciente la llegada de una lancha para comenzar a descargar y despachar a la primera escuadra.

En unas horas, el buque estaría despejado, a completa disposición de la tripulación, y suya. Ese pensamiento lo condujo de inmediato a las mujeres. Por respeto a Isabel, o más bien por temor a que su esposo se enterase algún día —hasta ese punto lo intimidaba John—, había contenido durante un tiempo sus impulsos. Y casi había valido la pena. Sólo lo que cuesta, lo que se resiste, lo que hay que tomar por la fuerza se disfrutaba de veras. Y vaya si se resistió.

Michael se miró las manos, grandes, de dedos gruesos, con una marca semicircular en la base del pulgar derecho y heridas en los nudillos, recuerdo de su forcejeo con la mestiza. Ah, se le dilataban las aletas de la nariz y se le aceleraba el pulso al evocarla: carne prieta, mirada de fuego y piel de canela, tan parecida a la especia que no podía evitar la sugestión de sentir su sabor al lamerla. Aunque al final lo entendió. Entendió quién imponía las reglas y qué consecuencias tenía desobedecerlas.

No así Isabel, que no perdía ocasión de lanzarle reproches y amenazar con contarle aquellos detalles a John. Pero su visita al Revenge lo había cambiado todo. Con su hermano a las puertas de la muerte y la mestiza domada, Isabel no era más que un estorbo del que sería preferible deshacerse.

Como si Dios hubiera escuchado sus pensamientos, se le acercó el portugués malmandado. ¿Pinto se llamaba? Venía acompañado por un cabo con cara de pocos amigos, y ambos traían la encomienda escrita en la cara.

—¿Venís a reclamar a vuestra prisionera? —inició Michael. La pregunta los tomó por sorpresa.

—Es lo justo, señor Gardiner —repuso Pinto—. Yo la capturé, y me corresponde por derecho de guerra.

—No lo pongo en duda —respondió Michael con una sonrisa velada: aún podía divertirse un poco a costa suya—. Pero el barco es un lugar más seguro para ella, al menos mientras dure la campaña.

El soldado, que había abierto la boca, la cerró sin replicar. La alarma se le dibujó en el rostro y Michael se deleitó con la escena. *No te lo esperabas, ¿verdad, bellaco?*

—Es poco probable que regresemos, señor —intervino el cabo—. Lo más seguro es que acabemos de guarnición en Lisboa, una vez conquistada.

—Debo consultarlo con vuestro capitán.

—Ya lo hemos hecho nosotros —le aseguró Pinto.

El armador del navío simuló meditar la cuestión. Alzó la vista hacia la costa cercana, azul, amarilla y verde, donde se apretaban barcas, bateles y lanchas. Inspiró con fuerza.

—Me fiaré de vuestra palabra, entonces. Desembarcadla cuando gustéis.

—También a su criada.

—Su criada se queda a bordo. Necesitamos una mujer para el servicio del navío.

—¡Qué servicio! —se burló Pinto.

—Las apresamos juntas —añadió el cabo.

Michael los observó de hito en hito. Se le daba bien leer los rostros: si se sabían interpretar, revelaban más que las palabras. El de Hernandes mostraba firmeza y energía, sí, pero también la cautela de quien no está dispuesto a dar el último paso.

—No tentéis a la suerte, soldados. Llevaos en buena hora a Isabel y no me opondré. Pero juro que si intentáis quitarme a la otra, las perderéis a las dos.

—¿Y cómo lo haréis? —lo desafió Pinto.

—Empecemos por el capitán Henriques. Id a llamarlo.

—No vale la pena que perdamos ni os hagamos perder tiempo, señor Gardiner —intervino el cabo, conciliador. Le pasó un brazo por los hombros a su compañero y tiró de él—. ¿Verdad, Duarte?

El tal Duarte miró con dureza a Michael y se resistió a moverse.

—¿No os llamabais Eduardo?

—Duarte, Eduardo: es el mismo nombre. Vamos ya —insistió el cabo—, que tenemos que prepararnos.

Michael los vio alejarse entre el gentío.

Ya en tierra, Duarte le pidió permiso a Hernandes para marchar junto a la prisionera.

—Mucho os interesa esa mujer para que os hayáis enfrentado al señor Gardiner.

—Mis motivos tengo, Diego.

—¿Aparte de desearla para vos solo?

El cabo Hernandes se había mostrado en verdad tolerante con él desde que le juraron lealtad al Prior y se unieron a su ejército. Más de lo que Duarte habría esperado. Había aceptado sin rechistar el cambio de nombre, y lo había ayudado a socorrer a Isabel cuando la capturaron, sin pedirle mayores explicaciones. Quizá había llegado el momento de dárselas.

Se pasó la lengua por los labios, tiró de memoria y se dispuso a desempolvar y contarle una historia que llevaba largo tiempo guardada.

—Cuando yo vivía en Terceira —comenzó—, en vida del viejo rey Enrique, antes de que las cosas se estropearan en nuestro reino, me enamoré de una hermosa joven llamada Marcia. Habíamos crecido juntos, en Angra, la capital de la isla, habíamos compartido juegos y confidencias, y aquel afecto infantil maduró en un amor adulto de esos que conducen al matrimonio. Pero la guerra lo torció todo. Mi padre era partidario de Felipe de Austria; el suyo, de Antonio de Avis, visceral y acérrimo, y se opuso al enlace, nos prohibió vernos y amenazó con tomar represalias. Marcia y yo, jóvenes y enamorados, ignoramos sus advertencias. Seguimos viéndonos, esperanzados en que el conflicto sería breve, que la enemistad acabaría cediendo. Pero, ay, una noche, su padre y unos criados nos sorprendieron. Tratamos de huir, cada uno por su lado. Imaginad. Noche oscura, qué digo oscura: como boca de lobo, lluvia, neblina. Corrí hacia el caballo, tomé la rienda, metí el pie en el estribo…, y ahí se me echaron encima. Me defendí, espada en mano, herí sin saber a quién, logré montar y escapar. Al día siguiente supe que en el tumulto había herido de muerte al padre de Marcia. Y me vi obligado a huir, primero de Terceira, después de las Azores.

—Desgraciada historia la vuestra, amigo mío.

Le agradó a Duarte oír aquella palabra, «amigo», en boca de su compañero, aunque hubiera hecho falta una historia de amores rotos para merecerla.

—Más de lo que imagináis, porque el apellido de Marcia, y de su padre, es Henriques.

—¡Henriques! Por vida, ¿no será familia de nuestro…?

—Nuestro capitán, sí. Y de todos los malditos barcos de esta flota, que ya son barcos, fuimos a parar precisamente al Relief, donde viajaba el señor Geraldo Henriques.

Silbó el cabo Hernandes.

—Caprichoso es el destino.

Duarte asintió con gravedad.

—Con el tiempo, que todo lo borra, o al menos lo atenúa, rehíce mi vida: conocí en Lisboa a otra mujer, dulce y ardiente…

—¿Os aguarda acaso? —lo interrumpió Hernandes.

—Murió, a manos de un miserable, poco antes de que zarpase la Gran Armada. —Duarte endureció el gesto y guardó unos instantes de silencio—. Y Marcia —añadió, y hasta esbozó una sonrisa— conoció a un tal Gabriel del Puerto, un pirata español, o corsario, o qué sé yo, y se casó con él. Creo que siguen juntos.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con la señora Trenton?

—Es la hermana de Gabriel del Puerto.

—Vaya lío, señor Pinto. Vaya lío. No querría estar en vuestro pellejo. ¿Y ella sabe quién sois?

Negó Duarte. Y ante la mirada perpleja de su amigo, se vio obligado a añadir:

—En su momento se lo diré.

XXIV

1

Lisboa

La jornada había sido larga y agotadora. Tras ocho horas de ininterrumpida cabalgata, Rodrigo Jaque y su reducida escolta cruzaron la puerta de Morería y accedieron al castillo de San Jorge con los caballos rendidos y cubiertos de espuma.

La imponente fortaleza que dominaba Lisboa desde una de sus colinas era de planta rectangular, con gruesas murallas jalonadas por diez torres artilladas con piezas de bronce y hierro de gran calibre y largo alcance, capaces de batir tanto la ciudad como el puerto. A su alrededor, protegida por una barbacana, se extendía una segunda cerca que albergaba diversas dependencias militares: cuarteles para la guarnición, cisternas, almacenes y una iglesia. El acceso se controlaba mediante una puerta fortificada en recodo, precedida por un foso seco excavado en la roca viva.

Pese a lo temprano de la hora, el capitán de la guardia condujo al alférez Jaque a la residencia del alcaide y gobernador de armas de Lisboa y lo despertó. Diego Coutinho se presentó con un jubón echado sobre la ropa de dormir.

—¿Qué ocurre, señor alférez? —preguntó, con el sueño aún dibujado en el rostro.

—Los ingleses desembarcaron ayer en Peniche.

—Aún no ha amanecido. Debéis de haber reventado al caballo.

—Cambié de montura por el camino, don Diego.

Despejado del todo, Coutinho tomó asiento en una silla de tijera con asiento y respaldo de cuero.

—Contadme lo sucedido.

—La operación comenzó temprano. El comendador Juan de Ataíde, con tropas locales, cubrió los puntos más probables del desembarco, y el capitán Pedro de Guzmán, con sus arcabuceros, aguardó oculto hasta que las barcas

tocaron tierra. Al principio lograron contenerlos, pero los ingleses diversificaron pronto el ataque y tomaron tierra en varios lugares. Al verse casi copados, nuestras tropas se replegaron en orden hacia Atouguía de Baleia. Allí se les unió mi capitán, don Gaspar de Alarcón, con la caballería. También acudieron otras compañías portuguesas desde Torres Vedras y Óbidos, aunque algunos de sus hombres, al ver la magnitud de la fuerza enemiga, desertaron.

—Vaya.

—Y por la tarde, la fortaleza de Peniche se rindió al Prior do Crato.

Don Diego, enjuto de cuerpo, pelo corto y escarchado, barba bien rasurada, se abrochó el jubón mientras fijaba la mirada en un escudo sobre dos lanzas cruzadas que colgaban de la pared.

—De modo que ha venido.

—Eso parece, señor —dijo Jaque, y prosiguió con las novedades—: Apenas llegamos a Atouguía, el capitán Alarcón me despachó para traer la noticia. Su intención, mientras no reciba nuevas órdenes, es hostigarlos, entorpecer su avance y destruir cuantos recursos puedan serles de provecho.

—¿Es grande su fuerza?

—Un prisionero, durante el interrogatorio, afirmó que traían obra de quince mil infantes y seiscientos caballos.

—Os agradezco el informe, señor Jaque. Y la cabalgada. —El alcaide esbozó una ligera sonrisa—. Comed algo, descansad, y mañana, a primera hora, presentaos ante mí. Y vos, capitán —añadió dirigiéndose al oficial de guardia —, aguardadme en media hora junto a la puerta principal. Iremos a dar parte al conde de Fuentes.

Mientras el consejo de guerra de Lisboa se reunía para deliberar sobre el inesperado desembarco inglés en un punto tan alejado de la capital, Rodrigo Jaque y los dos soldados que lo habían acompañado comieron un bocado caliente y buscaron descanso en el cuartel que su bandera compartía con otras del tercio de Francisco de Toledo.

No logró dormir más que un par de horas. La noticia provocó tanto trasiego en la fortaleza que hubo de renunciar a su merecido reposo. Entraban y salían soldados, comentaban la novedad entre murmullos nerviosos, daban órdenes los oficiales, entrechocaban espadas y partesanas, las baquetas rascaban los cañones al limpiarlos y los buhoneros voceaban su mercancía por los patios. Para despejarse, Jaque tomó una remuda limpia y una toalla y bajó a lavarse en uno de los pozos. Se entretuvo contemplando la vista majestuosa de la ciudad:

el barrio alto de San Roque, enfrente; el de la Baixa, a sus pies; el mar de tejados y azoteas, la maraña de callejuelas que descendían hacia la ribera, y, allá al fondo, el estuario, brillando con el sol naciente y salpicado de embarcaciones.

Cuando regresaba al acuartelamiento, se tropezó, junto a unos pinos piñoneros, con Tiago Queiroz, que se apresuró a saludarlo.

—¿Venís también en busca de novedades?

—Hace rato que me enteré del desembarco de los ingleses, con Crato a la cabeza.

Rodrigo asintió y sonrió.

—Nunca deja de maravillarme la rapidez con que se difunden en esta ciudad las noticias.

—En esta y en todas, señor alférez. —Tiago bajó la vista a la puntera de sus botas, antes de cambiar de tema—. Pero no he subido hasta aquí por noticias, sino por vos. En realidad, es la segunda vez que intento localizaros.

—¿Ha ocurrido algo?

—Podría ocurrir si no lo evitamos.

Rodrigo Jaque se puso serio.

—¿Si no evitamos qué?

Tiago advirtió lo precipitado de sus palabras, tomó aire y le explicó las presiones que su familia, y el señor Reigosa, estaban ejerciendo sobre Branca para que aceptase casarse con Dinis Grilo.

—El famoso sobrino —murmuró Jaque—. ¿Y ella qué dice?

—Que no quiere, por supuesto. Pero lo está pasando mal. Hasta mi madre, que siempre la había apoyado, ahora la anima a hacerlo.

Rodrigo Jaque Manzanares vio el rostro de la joven como si lo tuviese delante. Durante las últimas semanas se había vuelto tan familiar que ya formaba parte de su vida cotidiana. Se acostaba con el brillo de sus ojos, con el lustre de su cabello, y despertaba con su sonrisa. Allá donde iba la oía reír, hablar, incluso guardar silencio. En plena marcha, bromeando con sus compañeros, preparándose para el combate o cabalgando en soledad. Cuando el capitán Alarcón pidió un voluntario para llevar el mensaje a Lisboa, su mano se alzó con vida propia. Durante el duro trayecto, cuya aspereza se le hizo leve, se asomó al pozo de sus sentimientos. Y lo que vio lo atemorizó más que una emboscada. ¿Qué encantamiento era ese?

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo! —lo llamó Tiago—. ¿No respondéis?

—Ah, disculpad —repuso el alférez, saliendo de la ensoñación—. Pensaba cómo librarla de esa trampa. Y se me ha ocurrido una idea.

—Soltadla.

—Quizá no os guste.

—Probadme.

La firmeza de la respuesta no dejaba lugar a dudas. Por muy enamorado que se proclamase de Branca, Tiago era un joven honesto y generoso, decidido a ayudarla.

—Sabéis que la quiero.

—Sé que os gusta.

—Más que eso. Mucho más.

—¿Adónde queréis ir a parar?

—A proponerle que se case conmigo.

La mañana, ya despejada, dejaba caer un sol franco sobre la fortaleza. Los cascos de los centinelas apostados en las torres refulgían al igual que los hierros de sus lanzas y corazas. La explanada bullía de actividad y de ruido, tanto que los dos hombres debían alzar la voz para entenderse; sin embargo, les parecía estar solos en medio del ajetreo.

Tiago alzó la vista y lo miró directamente a los ojos. Rodrigo le sostuvo la mirada.

—¿Qué decís?

—Que os mataré si no me lleváis por padrino.

—Y yo a vos si no aceptáis. Pero mañana parto para Torres Vedras, y aún falta lo principal…

—Os aceptará.

—¿Tan seguro estáis?

—Lo estoy tanto que voy a hablar con el capellán.

Rodrigo se rascó la nuca.

—Dios os oiga. ¿Pero no será muy apresurado?

—El domingo irán Reigosa y el tal Dinis a pedir su mano.

—Lo rechazará, estoy seguro.

—Pero es injusto que pase por ese trago.

—El domingo es pasado mañana.

—Apuraos, señor alférez.

—¿Dónde estará?

—En la Ribeira, supongo. Buena suerte.

Rodrigo corrió a lustrarse las botas y cambiar su jubón por el más decente que poseía. Cogió la gorra, de visera corta y adorno de cordoncillo. Con ella en las manos se detuvo, y dudó. Le dio varias vueltas, ¿qué iba a hacer? Avanzó un paso y retrocedió dos. Los impulsos no eran buenos, y menos en amores. Pero vio sus ojos, asomados en el aire. ¡Qué ojos! ¡Ah, diablos! Quizá mañana estuviera muerto. Se caló la gorra y poco después abandonaba el castillo por la puerta de don Fadrique. Descendió las empinadas calles, flanqueadas de casas bajas y huertos, giró en San Martín y cruzó frente a la catedral de Sé, con sus torres almenadas y su gran rosetón, sin reparar en el tráfago bullicioso de la ciudad.

En el mercado buscó su puesto habitual, mas sólo halló a su tía Natalia y a otra regatera desconocida. No quiso acercarse a preguntar: temía su propia reacción, sus emociones. Optó por dirigirse al cercano Terreiro do Pazo, que hervía de vida. El alma entera de Lisboa desfilando bajo el sol.

La encontró junto a una fuente con varios caños, en uno de los costados de la plaza, sentada en el murete de ladrillo que la delimitaba, rodeada de cántaros y mujeres que esperaban su turno. Charlaba con una compañera, pero parecía ausente. Rodrigo se aproximó despacio, con el corazón acelerado, una mano en el pomo de la espada, la otra encajada en el cinturón, como si necesitara apoyo.

—Buenos días, mis señoras —saludó cortésmente, con la diestra en la visera de la gorra.

Branca dio un respingo, abrió mucho los ojos y se puso en pie.

—Me habéis asustado —dijo, sorprendida.

—No era mi intención, Branca.

—¿A qué se debe vuestra presencia? Os hacía batallando contra los ingleses.

—Casi, casi.

Branca le presentó a su compañera, que alegó que ya había descansado bastante y se despidió. Rodrigo invitó a Branca a caminar, y ella, que le notó una gravedad poco habitual, se echó a la cabeza el cesto de pescado y lo siguió hacia la orilla.

—He oído hablar de vuestras recientes tribulaciones —comenzó el alférez.

—¿Os parezco preocupada?

—Diría que melancólica.

—No sé a qué viene tanta ceremonia, señor soldado. Esta invitación a pasear, vuestro interés por mis pesares… ¿Qué sigue ahora?

—Tiago me ha dicho que quieren casaros, que incluso os han ofrecido ya el presente para la petición.

—Ah, conque habéis hablado con mi primo.

—Esta misma mañana.

—Pues bien. Me da igual el regalo, la pedida y el pretendiente. No voy a casarme.

—¿Lo decís en serio?

—Probad a apostar.

—¡Sois dura de corazón, a fe mía! —dijo Rodrigo, con una media sonrisa que se desdibujó enseguida. Porque, al escuchar aquellas palabras, Branca llevose las manos al rostro y toda la firmeza que la sostenía se desvaneció.

—Oh, señor Jaque… No hagáis caso de mis bravatas. Es cierto todo lo que Tiago os ha contado. Pretenden casarme con el sobrino de Reigosa. Ese hombre ha sabido mover bien sus piezas. Primero se ganó a mi padre, luego a mi tío Filipe, más tarde a Natalia y por último a mi hermano. No sé qué hacer, cuento las horas hasta el domingo e incluso he pensado en huir a un lugar donde nadie me halle.

—Calmaos, Branca. Os aseguro que nada de eso sucederá. Me tenéis a mí.

Ella esbozó una sonrisa tenue, fatigada.

—Agradezco vuestra gentileza.

—No es sólo gentileza.

—¿Os mueve algún interés?

Caminaron río arriba, hasta llegar a la muralla Fernandina, que trepaba hacia la puerta de la Cruz, desde donde partía un sendero que bordeaba los terrenos del monasterio de los carmelitas.

—Mirad qué verdes están los campos —exclamó Branca, de pronto.

Rodrigo tendió la vista por los sembrados, donde las espigas nuevas se mecían entre amapolas, viboreras y jaramagos. Algunos frailes trabajaban la tierra, ajenos a todo.

—Branca —dijo entonces—. No sé cómo se hacen estas cosas en Portugal.

Ella se detuvo, dejó el cesto sobre el suelo y comprendió que algo importante se avecinaba. No obstante, preguntó con calma:

—¿Qué cosas?

—Las del querer.

—¿Y cómo se hacen en Castilla?

Rodrigo también se detuvo frente a ella y la observó cara a cara. Vestía una

saya verde oliva. La cintura ceñida, la falda fruncida, los chapines de corcho apenas asomando bajo el dobladillo. A pesar de lo modesto del atuendo, nunca le había parecido tan hermosa.

—Casaos conmigo, mujer.

—¡Rodrigo! —exclamó ella.

El alférez vio bailar la incredulidad en sus ojos y temió haberse precipitado, así que se apresuró a explicarse.

—No quiero que nadie os presione, ni os obligue ni os compre. Sois una mujer libre, alegre, de palabra limpia, y no merecéis que os embarquen en un matrimonio de conveniencia.

—¿Esas son vuestras razones?

—No tengo hacienda, ni casa ni fortuna. La soldada es corta y la bolsa, ligera.

—¿Nada más?

—Os ofrezco mi brazo y mi corazón.

—Eso ya me convence más.

Un carro pasó junto a ellos, ribera arriba, rechinando bajo el peso de su carga.

—Otros que se marchan —dijo Branca, en voz baja.

—¿Cómo?

—Nada, hablaba en voz alta. Habré de pensármelo.

—No hay mucho tiempo. Es verdad que los ingleses han desembarcado con un ejército numeroso en Peniche. Mi compañía quedó en Atouguía y mañana debo partir a reunirme con ella.

—Todo esto es muy repentino…

—Tiago lo sabe. En este momento está buscando al capellán que nos case.

—¿Se lo dijisteis a él antes que a mí?

La chispa de enojo que asomó en los ojos de Branca dejó a Rodrigo paralizado. Sintió ese mismo escalofrío que lo recorría antes de una refriega. No podía fallar ahora, y tomó suavemente la mano que pendía junto a su falda.

—Fue él quien me reveló vuestra situación, como os dije, y cuando le confesé mis intenciones, se ofreció a encontrar al clérigo. Entendedme, el tiempo apremiaba. Así, este domingo, cuando el señor Reigosa venga a solicitar vuestra mano para su sobrino, podréis decirle, sin remordimiento alguno y con la cabeza bien alta, que ya estáis casada. Pero si esta boda os parece precipitada, vedla como un trámite para libraros de una vez por todas

de Reigosa, de Dinis Grilo y de vuestro padre. Ni os impondré ni os exigiré nada, Branca. Vivid donde gustéis: con vuestros tíos, en una fonda, o en una casa alquilada.

Ella retiró la mano, le dio la espalda y permaneció en silencio. Su silencio. El que le era preciso para tomar una decisión. Frente a ella, rodeada de un cercado de piedra y algunos álamos viejos, se alzaba la iglesia del Paraíso. Un nombre que ahora se le antojaba bien escogido.

Había pensado a menudo en Rodrigo Jaque. Lo había esperado, lo había soñado. Fantasías de muchacha, anhelos sin forma, las últimas bocanadas de la adolescente que se alejaba sin retorno. Sintió tristeza por esa parte de sí misma. En abril había cumplido dieciocho primaveras —y nunca mejor dicho—: una edad a la que muchas mujeres ya tenían hijos. Y ella aún se debatía entre la niña que se iba y la mujer que llegaba; entre el compromiso —y la estabilidad — que representaba Dinis Grilo, y el amor que le ofrecía Jaque, sin perspectivas, pero sincero y generoso.

Una ráfaga hizo flamear su falda. Se oyeron gritos de marineros en la orilla. El sol brillaba con fuerza y el pescado en el cesto comenzaba a oler mal.

Se volvió hacia Rodrigo. Quería verle la cara al darle su respuesta.

—Digo que sí.

2

Torres Vedras

En la fortaleza de Peniche quedaron de guarnición tres compañías y varios cañones destinados a reforzar su defensa.

Tras dos jornadas dedicadas al desembarco del bagaje y las vituallas, a la organización de los regimientos y a recibir a los señores que acudían a ponerse al servicio del Prior —con sus deudos, criados y vasallos—, por fin se puso en movimiento el ejército.

Al poco de abandonar Peniche tuvo lugar el primer desencuentro entre ingleses y portugueses a propósito de la ruta. El Prior proponía desviarse hacia el este, en dirección a Santarém, ciudad donde fuera proclamado rey en 1580, pues consideraba de gran valor simbólico repetir allí el acto. A Norris, sin restarle importancia a aquel gesto, le preocupaba más la rapidez. Como militar, su prioridad era alcanzar Lisboa lo antes posible, para impedir cualquier

socorro que pudieran recibir los españoles, y proponía una ruta más directa por Torres Vedras y Loures. Argumentó don Antonio que aquel era su reino, que conocía mejor que nadie sus caminos y la idiosincrasia de su pueblo, sin cuya colaboración sería difícil tomar Lisboa. Pero al fin lo disuadieron con una solución de compromiso que, si no lo satisfizo del todo, evitó el choque. Se trataba de celebrar la ceremonia en Torres Vedras.

Zanjado el desacuerdo, prosiguió la marcha.

Uno de los mayores problemas a los que habrían de enfrentarse hasta llegar a Lisboa era el avituallamiento del ejército. Los víveres desembarcados en Peniche apenas alcanzarían para dos o a lo sumo tres jornadas; a partir de ahí, dependerían del territorio. Pero siendo uno de sus objetivos ganarse la voluntad del pueblo, no podían —o no debían— recurrir al saqueo, al pillaje ni a la requisa, métodos habituales de los ejércitos en campaña. Por ello, el Prior envió a uno de sus capitanes con la tarea de identificar puntos de acopio a lo largo de la ruta y negociar la compra de provisiones con los tratantes locales.

El primer día las cosas se presentaron favorables. Los españoles, quizá impresionados por el tamaño de la hueste, no hicieron acto de presencia y el avance hasta Torres Vedras tuvo aires de desfile triunfal.

Al caer la tarde, avistaron la villa. Los castellanos, considerando difícil su defensa, la habían abandonado unas horas antes, y la pequeña fortaleza, apenas guarnecida, se entregó sin resistencia.

Para pasar la noche, el ejército acampó en un llano rodeado de suaves cerros, al norte de la población, entre sembrados y olivares. Los capitanes asignaron a cada regimiento su zona de acampada y mandaron correr la consigna de tratar con extremada cortesía a los habitantes y no usar la violencia bajo pena capital. Un solo acto de rapiña podía comprometer toda la empresa.

El campo se pobló pronto de tiendas, toldos e improvisados vivacs. Quedó el bagaje bien resguardado, y se organizaron guardias perimetrales por si los españoles intentaban alguna acción nocturna.

A medida que avanzaba el ocaso, fueron encendiéndose las hogueras para preparar una cena caliente, único alimento que tomarían aquel día.

La compañía de Geraldo acampó en un olivar de árboles viejos, plantados sin ningún orden. El capitán, apenas levantada su sencilla tienda, una lona tendida entre dos troncos, se ausentó del campamento para celebrar junto al séquito del Prior el éxito del avance. En cuanto se perdió de vista, algunos soldados aprovecharon para visitar a las pocas prostitutas que seguían al

ejército o buscar en los caseríos mujeres dispuestas a vender sus favores. El resto, fatigado por las seis leguas recorridas o abrumado por la magnitud del designio, prefirió echarse donde pudo y dejar descansar el cuerpo.

La escuadra de Hernandes se instaló en un claro limitado por cuatro olivos de tamaño regular. Duarte preparó con los brotes más tiernos una yacija con una manta para Isabel.

La responsabilidad de velar por ella hasta que pudiera sacarla de allí en condiciones más seguras lo obligaba a devanarse los sesos y lo mantenía en permanente tensión. Aparte de la amistad del cabo Hernandes —una amistad con matices y limitaciones—, había buscado la complicidad de Fernando Álamo, el eterno descontento, pero de cuya lealtad no dudaba, y de un tal Manuel Reis, natural de Marvao, casi en la raya con Extremadura, hombre caballeroso con las mujeres. A ambos los puso al tanto de la difícil situación de Isabel y de su propósito de devolverla sana y salva a los suyos. Y los dos le garantizaron su ayuda.

—En buenos negocios nos metéis —rezongó Álamo, con expresión más risueña que enojada.

La belleza y el aura trágica que envolvía a Isabel habían fascinado a Duarte desde el principio. Pocas mujeres le habían causado una impresión semejante. Y desde que supo que era la cuñada de Marcia, desde antes incluso, sintió que debía protegerla, mantenerla a salvo de los abusos de la tropa.

Por eso le mortificaba su hostilidad. Le hería que lo viera como un hombre sin escrúpulos, tosco, incapaz de un gesto honesto. Que atribuyera todas sus acciones a la lascivia y la impiedad. Y ni sus palabras ni su paciencia lograban modificar esa imagen. A veces, ante su desdén, sentía cómo se agotaba su resistencia, y lo asaltaba la tentación de comportarse como el salvaje que ella creía que era.

—¿No vais a atarme las manos? —preguntó Isabel—. ¿No teméis que intente huir?

—Hay centinelas por todo el perímetro, asustados y prestos a hacer fuego. No os lo recomiendo.

—¿Preferís que me quede a vuestro lado, para abusar de mí cuando os plazca?

Estaban de pie bajo el ramaje cuajado de azahar de uno de los olivos, que estaba en plena floración. Isabel, a un paso de él, lo miraba con frialdad.

—Hace dos días que desembarcamos —respondió Duarte, cortés—. ¿Os he

tocado? ¿Os he agraviado?

—¿No es agravio tratarme como a una esclava?

—Yo diría que os he demostrado solicitud y consideración.

—¡Por Dios! Me habéis hecho caminar leguas enteras, con frío por la mañana y calor al mediodía, sin más ropa que el triste vestido que llevo encima.

—¿Por qué os mostráis tan cruel conmigo? ¿No merezco, al menos, el beneficio de la duda?

—De vos no espero sino iniquidades.

La lumbre proyectaba en su rostro juegos de sombra y luz rojiza. En sus ojos brillaba una furia contenida.

—Lamento no poder ofreceros mejores condiciones —Duarte comenzaba a perder la calma—, pero esto es un ejército en campaña. No somos príncipes, sino soldados de fortuna. Cuando hay alimentos, comemos, y cuando no, ayunamos. Vivimos al día. Y os estoy tratando bastante mejor de lo que haría la mayoría, Isabel.

—Para vos soy la señora Del Puerto.

—¿No erais la señora Trenton?

—Mi marido ha muerto, bellaco.

—¿Cómo lo sabéis?

—Me lo dijo Michael. Falleció el mismo día que desembarcamos, a bordo del galeón de Drake. —Al pronunciar esas palabras, la abandonó la rabia. Se cubrió el rostro con las manos y sacudió la cabeza, como si la acumulación de desgracias estuviera a punto de hacerla desfallecer.

Duarte comprendía la tensión que soportaba. El desconcierto, el miedo, la humillación. Si quería ganar su confianza, tendría que ser claro, y muy paciente. Miró a su alrededor, por si alguien pudiera oírlos, y bajó el tono.

—Atended, señora. No soy vuestro enemigo. Al contrario, vedme como vuestro valedor. No pretendo aprovecharme, sino ayudaros a regresar con los vuestros. Con…

—No me fío de vos —lo cortó Isabel—. Ni de vuestras intenciones. ¿Creéis que no sé quién sois? Os he oído pelear con otros hombres por mí, reclamando mi posesión. Discutisteis con Michael, con vuestro capitán, incluso con vuestros propios compañeros. No me engañáis, señor Pinto.

—Estoy siendo sincero. No es fácil protegeros en medio de un ejército, rodeado de lobos. Si me enfrenté a quienes decís, fue para sacaros del Relief,

para libraros de vuestro cuñado.

—¿Y quién os dijo yo quería salir del Relief? —dijo Isabel con tanta vehemencia que a Duarte se le vino el alma a los pies—. Al menos allí tenía a Yabama. Y a Michael.

—Michael Gardiner estaba deseando deshacerse de vos. Apenas protestó cuando os reclamé. Quiere quedarse con Yabama. ¿No lo veis? Intenté convencerlo para que la dejara venir, alegando que era parte del botín, pero se negó y amenazó con reteneros a las dos.

—¡Oh, Dios! Un botín —musitó ella, con los ojos húmedos—. Habláis de nosotras como si fuéramos objetos sin sentimientos.

—Calmaos, Isabel. Ya sé que todo esto es un infierno, pero puedo ayudaros si confiáis en mí.

—¿En vos? —Soltó una carcajada amarga al tiempo que negaba con la cabeza. Sus cabellos, mal peinados, se agitaron—. Antes me fiaría de una hiena.

—Ah, sois imposible, señora —dijo Duarte. Y se dio la vuelta y se dirigió al fuego, donde algunos compañeros reían, bromeaban y jugaban a los dados.

Isabel lo vio alejarse. Luego se dejó caer sobre la yacija y se cubrió con la manta. Observaba, arriba, el cielo ya oscuro y la infinidad de estrellas, hermosas, frías, lejanas, que aquella noche no le ofrecían consuelo. Un par de lágrimas se deslizaron por sus mejillas. John, muerto. Yabama, en manos de Michael. Pese a lo que le había dicho a Pinto, sabía bien que era el más infame de los hombres. Ah, no lograba apartar de su pensamiento la imagen de su amiga, sola y a merced de aquel sátiro. Aunque su situación de prisionera y la urgencia de la marcha no habían dejado lugar a elección, con el paso de los días sentía un desasosiego persistente, casi una culpa callada. Se reprochaba haber abandonado sin rechistar a la mujer que arriesgó la vida por salvarla, y aquella inquietud, sorda pero constante, enturbiaba cualquier alivio.

Al poco, rompió a llorar con desconsuelo, por la suerte de Yabama, y también por la suya propia, por sus cadenas, por la absoluta invalidez en que se hallaba. Después de la tranquilidad vivida en La Coruña, entre los suyos y sin temores, el retorno al cautiverio se le antojaba una pesadilla que la oprimía y la aplastaba. Afloraban imágenes que creía olvidadas, el naufragio, los piratas, el salvajismo, las vejaciones. Horrores que había encerrado en lo más hondo de su alma regresaban con fuerza renovada. Para no ceder al espanto ni perder la razón, debía apelar a toda su entereza y aferrarse a cuanto de firme y digno

conocía.

Trató de rehacerse. Pensó en su pequeñín. El único bálsamo, en medio de tanta desventura, era saber que Santiago estaba a salvo en La Coruña. Suspiró al recordar sus caritas y cucamonas. También pensó en Marcia: ¿habría dado ya a luz?, ¿seguiría bajo sospecha? En su hermano, de quien no había vuelto a tener noticias.

Pensó también en el señor Pinto. Por zafio que fuese, lo cierto era que la había respetado. Hasta entonces, al menos. Y no alcanzaba a comprenderlo. Ni su deseo por congraciarse con ella ni su esfuerzo por inspirarle confianza. Quizá no fuera tan malo como había pensado, quizá, en otro tiempo, hubiera sido un hombre honorable. O quizá fuera el bellaco que parecía. En todo caso, no podía bajar la guardia, ni dejarse llevar por esperanzas vanas.

Llegaban voces desde el gran campamento, charlas lejanas, órdenes a gritos. Se oían el relincho de los caballos, el canto de los grillos, el rumor incansable de aquella masa humana que, aun de noche, no acababa de aquietarse. El resplandor de las hogueras iluminaba el cielo. ¿Qué iría a ocurrir? Estaban en guerra y cada día era un albur. ¿Y los españoles? ¿Atacarían?

El relente la hizo temblar. Aunque la primavera estallaba por todas partes, las noches aún eran frías. El temor al porvenir le mantenía despierta, pero el agotamiento de la marcha tiraba con fuerza de sus párpados, y al fin, se quedó dormida.

Don Antonio de Avis y los principales hombres de armas del ejército pasaron la noche en las casas más lujosas de la villa. Desde la madrugada, zapadores y carpinteros locales se afanaron en levantar el escenario donde se celebraría su coronación como rey de Portugal, mientras pregoneros recorrían aldeas y parroquias anunciando el acontecimiento. Se barrieron a conciencia las calles, se adornaron balcones y fachadas con banderolas, grímpolas y gallardetes que vistieron Torres Vedras de alegría y colorido y se tendió una larga alfombra de estera hasta la tarima.

A media mañana, una solemne procesión, precedida por tambores y cornetas, inició su recorrido. Tras la banda marchaban medio centenar de caballeros con relucientes corazas y yelmos emplumados y dos compañías de alabarderos. En el centro, bajo palio y revestido con armadura completa, cabalgaba el Prior do Crato montado en un tordillo alto y nervioso, ricamente enjaezado. Lo flanqueaban dos clérigos, el general Norris y el conde de Essex, cuya apostura restaba lustre a la figura del pretendiente. Inmediatamente

después desfilaban las banderas de portugueses, ataviados con sus mejores galas, y un séquito de capitanes y abanderados. Cerraban la columna, con paso menos marcial, varias compañías de piqueros, arcabuceros y mosqueteros, seguidos por un tropel de niños, mujeres y labriegos.

A lo largo del trayecto, los vecinos saludaban, aplaudían y lanzaban vítores. Tras varias vueltas por las calles principales, la comitiva desembocó en la plaza, entre la iglesia de San Pedro y el palacio municipal. Las compañías se abrieron hacia los lados para formar en cuadros, dejando entre ellos un pasillo central por el que avanzó don Antonio hasta la tarima. Desmontó con agilidad, subió con garbo los peldaños y se sentó en una jamuga situada en el centro del tablado. La armadura, de hierro pavonado, despedía un brillo oscuro bajo el sol.

Lo siguieron su hijo Manuel, portando la borgoñota y la capa de armiño, el padre José Teixeira, que oficiaría la ceremonia, y, cómo no, los artífices de su retorno: Norris y Essex.

Cuando todos estuvieron en su lugar, redoblaron los tambores y se hizo el silencio. El padre Teixeira pidió al Prior que se alzase y avanzara dos pasos. Con voz potente se dirigió al gentío y le soltó una larga perorata sobre la genealogía de don Antonio, nieto del rey Manuel, hijo del infante don Luis, hizo alusión a sus derechos al trono y enumeró sus méritos y sacrificios para recobrarlo. Al fin, tomando la corona real de un hermoso cofre que portaban dos pajes, añadió:

—Aquí, ante vuestros nobles, fidalgos y gobernadores; ante los capitanes de vuestro ejército, alféreces, sargentos y soldados; ante vuestros leales súbditos y vasallos, que tanto lloraron y sufrieron vuestra ausencia; y ante los ilustres caballeros enviados desde Inglaterra por su graciosa majestad, la reina Isabel, para liberar a nuestro pueblo de las infames cadenas impuestas por Castilla, yo os devuelvo el trono que por largo tiempo retuvo el usurpador Felipe. Y como ministro de Nuestro Señor, y en presencia de Él, de su santa madre y de los santos y mártires de nuestra Iglesia, os restituyo la corona.

El sacerdote, situado detrás de don Antonio, alzó la corona unos instantes, como quien consagra pan y vino, se puso de puntillas y la colocó sobre su cabeza.

—¡Viva el rey! —gritó Robert Devereux, aunque lo hizo con tan desafortunada pronunciación que ni los suyos ni los portugueses lo entendieron. Sólo cuando repitió el grito en su propia lengua, y se le unió el

ejército, los asistentes locales se dieron por enterados y también lanzaron vítores.

El rey se acercó al borde de la tarima, sofocado por el calor y el peso de la armadura. Cuando los murmullos cesaron, se aclaró la garganta y, con palabras muy amorosas, enumeró una larga serie de promesas y gracias que recibirían sus vasallos; recompensas para quienes lo acompañasen a Lisboa, exenciones, títulos, mercedes; justicia para los perjudicados y castigo para los traidores; respeto absoluto a personas, bienes y haciendas, y pago justo por las vituallas y medios de transporte necesarios para el avance del ejército.

Concluida la ceremonia, se abrieron barricas de vino de la tierra, costeadas por el Prior, se repartieron quesos y hogazas de pan y se sirvió una caldereta de cordero aderezado con cebolla, ajos, hinojo y pimienta. Con la banda atacando tonadas más profanas, los soldados comieron y bebieron a pasto franco, bailaron, compitieron en improvisados juegos de fuerza, habilidad y puntería y disfrutaron de una tarde de alegría y diversión, sin saber que sería el último momento de verdadero descanso que gozarían en mucho tiempo.

Pero tras el lustre y el brillo del festejo, de los vítores y abrazos, quedó en el corazón de don Antonio un poso amargo, pues no habían acudido a la coronación tantos súbditos como habría deseado. Tampoco las adhesiones, aun siendo numerosas, colmaron sus expectativas: algunos fidalgos, ministriles, clérigos y gentes del lugar, amén de desocupados y jóvenes imberbes. Mas sólo un par de nobles de baja alcurnia se sumaron con sus exiguas mesnadas. Quizá fuera aún pronto. Tal vez el miedo a los españoles mantenía inmóvil a su pueblo. Quizá necesitaban una victoria que disipase sus temores y despertara su entusiasmo.

3

Lisboa

Gabriel tomó todas las precauciones posibles. La armada inglesa, enorme y poderosa, contaba, sin duda, con barcos ligeros y manejables que podrían ponerlos en un serio aprieto. Además, una diáspora de navíos sueltos, ya como estrategia para despistar y dividir los esfuerzos defensivos españoles, ya por iniciativa de sus propios capitanes, merodeaba por las costas gallegas y portuguesas, hacía entradas en puertos menores y atacaba mercantes y

pesqueros desguarnecidos.

Para evitar encontrarse con ellos, se internaron en el océano y dieron un amplio rodeo que los llevó, tras varias singladuras, a la altura de Setúbal. No sabían dónde podría hallarse el grueso de la flota enemiga, por lo que, desde allí, navegaron con extremo cuidado, la artillería preparada y la tripulación en pie de combate.

Frente al cabo Espichel se acercaron a una pequeña carabela andaluza que había zarpado de Lisboa el día anterior. Aunque no habían avistado navíos ingleses, el patrón les dijo tener noticia cierta de que la Contra Armada se hallaba a la altura del cabo da Roca.

—¿Eso fue ayer? —le preguntó Gabriel.

—Ayer por la mañana.

La carabela puso rumbo al sur, y ellos costearon hacia el norte la península de Setúbal. El sudoeste frescachón que rizaba las olas y las hacía espumear, favorable para entrar en el estuario, podría meterlos en una ratonera si los enemigos les cerraban el paso hacia Lisboa. Pero no fue el caso. Frente a la desembocadura del Tajo avistaron, por la banda de babor, una de las alas del despliegue inglés.

—Mala suerte —gruñó el contramaestre—. Ya están aquí.

Pero Gabriel dio orden de continuar.

—Quiero verlos de cerca. Uno de esos barcos es el Relief, y me gustaría identificarlo.

—No es buena idea, Gabriel —dijo Laiseca—. Todavía estamos a tiempo de virar y embocar el río. El viento nos favorece.

—Y nos seguirá favoreciendo mientras los tengamos a babor.

A pesar de las reticencias de sus hombres, la fragata mantuvo el rumbo de encuentro con los ingleses. Para obtener mejor perspectiva, Gabriel trepó por los obenques hasta la cofa del palo mayor. El horizonte, a su izquierda, aparecía sembrado de velas que crecían, a medida que se aproximaban, en tamaño y nitidez. Formaban una media luna amplia y abierta, como si el enemigo pretendiese apostarse, no frente a la desembocadura del Tajo, sino más al oeste, alrededor de la bahía de Cascaes. Él buscaba un navío de porte pequeño, alto de bordas, con tres palos, el casco rojo y una vela en forma de trapecio.

En principio, los ingleses no reaccionaron a su maniobra. Tal vez los confundiera la confianza con que se aproximaban o el perfil de la fragata, muy

similar al de los filibotes holandeses que habían incorporado a su servicio.

La dotación de la Portuguesa mantenía un silencio nervioso, roto apenas por las órdenes de los oficiales. La distancia se acortaba. Una milla. Media. Gabriel divisó varios navíos con las características que buscaba en el centro de la formación, y un par hacia la periferia.

Descendió a cubierta y mandó virar una cuarta a estribor.

—¡Cuarta a estribor! —gritó Laiseca.

—¡Cuarta a estribor! —repitió el contramaestre Ballesteros.

Los marineros, bien adiestrados y algo aliviados, ejecutaron la maniobra con rapidez y limpieza. La Portuguesa modificó su ángulo de aproximación y enfiló con suavidad hacia el nordeste. Un navío llamó la atención de Gabriel. Se hallaba en el extremo del ala derecha, y se le acercaron describiendo una curva abierta. Lo examinó con cuidado: debía de rondar los cien toneles de arqueo, pero la sobremesana era cuadrada. No parecía el Relief.

—Preparad la artillería de babor —ordenó.

—¿Quieres azuzar el avispero? —inquirió Laiseca.

—No. Vamos a soltarles una andanada.

—¿Gastar pólvora por gastar?

—Tampoco. Quiero asegurarme de que los artilleros del castillo de San Julián sepan que no somos enemigos.

Aquello le cerró la boca al maestre.

En el punto de mayor proximidad, a poco más de tres cables del extremo de la formación inglesa, Gabriel mandó abrir fuego. Tras el estruendo, el humo ocultó por un instante las velas enemigas, y, al disiparse, vieron cómo uno de los navíos se descolgaba del grupo para lanzarse en su persecución. Pronto lo imitaron otros dos.

Entonces ordenó Gabriel virar al este franco, en dirección a Lisboa.

Pese al viento favorable, la maniobra les hizo perder un tiempo valioso, y el buque enemigo más adelantado logró ponerse a distancia de tiro. El primer cañonazo, que no se hizo esperar, erró por mucho.

—¿Respondemos? —preguntó Laiseca.

—No —fue la escueta respuesta de Gabriel. No valía la pena. El perseguidor sólo podía hacer uso de su artillería de proa, escasa y de pequeño calibre. Además, una vez completada la virada y con las velas portando, la Portuguesa sostuvo la ventaja e incluso la incrementó.

El verdadero riesgo, ahora, era no encallar en los bancos traicioneros de la

embocadura del Tajo. La referencia la marcaba, anclado como una boya rocosa entre ambas orillas, el islote de Cabeza Seca, que había que rozar pero no tocar.

Saltando sobre las olas, con el viento entrando por la aleta de estribor, el casco escorado, las vergas braceadas y las velas tensas como pieles de tambor, la fragata dejó atrás el islote, cruzó como una exhalación frente a la fortaleza de San Julián —ante la cual los ingleses dieron por terminada la caza— y aflojó el paso a la altura de Trafaria, para arribar, apaciblemente, al puerto de Lisboa.

—Una demostración de osadía, señor del Puerto —reconoció Gregorio Soutomaior, contento de ver, por fin, su tierra.

—Y de pericia —añadió Román Pechoabierto.

Las campanas de las numerosas iglesias indicaban que la hora nona había llegado, pero el sol de media tarde aún apretaba sobre la capital lusa.

El movimiento en el puerto era grande. Numerosos navíos, temerosos de caer en manos inglesas, se apiñaban en los fondeaderos del estuario, en la orilla de Lisboa, en la de Almada y, sobre todo, río arriba, donde el Tajo se ensancha hasta parecer un mar. La escuadra de galeras, junto con algunos pataches y carabelas, permanecía anclada frente a la torre de Belém, mientras una multitud de botes, lanchas y gabarras cruzaba la corriente en todas las direcciones.

No tardó en acercarse a la Portuguesa una embarcación de vigilancia portuaria, dispuesta a inspeccionar carga y pasaje. Pero al ver las credenciales que les proporcionara Bazán, el oficial suavizó de inmediato la actitud inquisitiva con que había subido a bordo y los autorizó a fondear en cualquiera de los muelles y a desembarcar cuando lo desearan.

Gabriel concedió a su tripulación el resto de la tarde y la noche como asueto. No así a los náufragos, a quienes deseaba tener localizados hasta dar novedades al almirante y recibir las oportunas instrucciones.

En la capitanía del puerto le indicaron que, a aquella hora, lo más probable era que estuviese a bordo de su galera, desde donde dirigía y organizaba todo lo relativo a la defensa de la ciudad y del litoral. Al abandonar el edificio, se topó con la imponente humanidad del capitán Manso.

—¡Válgame Dios! —voceó—. Si es Gabriel del Puerto. Te hacía naufragado en las brumas del norte o cautivo de los herejes.

—Lamento decepcionarte, Humberto. Aunque poco ha faltado para caer en

sus manos.

Manso le confirmó que Bazán se hallaba en la galera capitana, pero le propuso que, por aquella tarde, se olvidase de partes y novedades y celebrasen el reencuentro.

—Don Alonso puede esperar hasta mañana.

—Voy con mi hijo —se excusó Gabriel.

El hercúleo capitán miró al paje desde la altura de sus seis pies, lo examinó con gesto fiero y resolvió:

—Si es bueno para adentrarse en el océano, también lo será para acompañarnos a una taberna.

—¿Tú qué dices, hijo?

—Que voy con vuesas mercedes —respondió con seriedad García.

—¡Sangre de Cristo! Así se habla, muchacho —exclamó Manso.

Y los condujo a una de las muchas ventas que salpicaban la Baixa, donde se contaron sus andanzas, sus penas y alegrías. Gabriel, sin querer entrar en la misión que lo llevó a Gran Bretaña, lo puso al tanto de lo ocurrido en La Coruña: los desmanes cometidos, la desesperada defensa de la ciudad y la precipitada marcha de los invasores.

Manso, por su parte, lo enteró del inesperado desembarco en Peniche, del avance tierra adentro, de los ecos de la coronación del Prior en Torres Vedras y del desbarajuste general que se había desatado en Lisboa.

—No hay forma de saber a qué atenerse con esta gente. Unos aguantan firmes en sus puestos, listos para repeler al inglés; otros abandonan las armas y se esfuman, huyen con lo que pueden cargar, se aprovechan de la situación o conspiran abiertamente con el enemigo. Los principales pregonan su lealtad a Felipe, pero desde la comodidad de sus feudos y castillos. Los capitanes de la milicia denuncian cada día nuevas deserciones en unas filas que no controlan, o que no quieren controlar. Y queda, por último, un buen resto que actúa como si la guerra no fuera con ellos, y espera, de brazos cruzados, que seamos los españoles quienes nos batamos el cobre con los ingleses. Tal si estos, de ganar Lisboa, fueran a preguntar casa por casa, antes de saquearlas, a qué rey guardan fidelidad.

A medida que se explayaba Manso, pensaba Gabriel en la suerte de los amigos que había dejado en Lisboa y que confiaba poder ver en breve.

—¿Sigues al mando del San Jerónimo? —se interesó.

—El mismo patache y la misma tripulación. Don Alonso no es amigo de

hacer cambios.

—Lo que funciona bien es mejor no tocarlo, capitán.

—Y que así siga.

Apuraron un cuartillo de *vinho verde,* que entraba como agua fresca, y otro de tinto. Al cabo de un rato, Gabriel, viendo que su hijo comenzaba a cabecear, se levantó y se dispuso a marcharse.

—Recuerda, busca a don Alonso en la galera capitana —se despidió Humberto—. Y si es a primera hora, mejor.

Haciendo caso a su amigo, Gabriel madrugó para presentarse ante el almirante de las Galeras del Océano. Se hizo acompañar de Gregorio Soutomaior, prueba viviente del buen suceso de su misión. Sin embargo, un oficial de la galera capitana les indicó que don Alonso lo esperaba a la hora tercia en el palacete de la Alfama, señal de que estaba apercibido de su llegada.

Les dio tiempo para tomar un tentempié de dulce de calabaza en un bodegón de la plazoleta de San Esteban. Soutomaior era un hombre de mucho mundo y bien relacionado; de otro modo, ni el almirante ni el proveedor se hubieran interesado por su libertad. Su familia, originaria de Huelva, llevaba tanto tiempo asentada en Lisboa que hasta había modificado el apellido. Instruido en muchas materias y buen conversador, su compañía solía ser amena.

Doblaban las campanas cuando cruzaron el umbral del edificio. El almirante, que valoraba la puntualidad, los recibió de inmediato.

—Os gusta luciros, señor del Puerto —fue su áspero saludo—. Poco más y me metéis en el estuario media flota inglesa.

—Se hallaban justo en la embocadura, excelencia —se defendió Gabriel.

—Algo pondríais de vuestra parte… En fin, vayamos al asunto, que el tiempo no me sobra.

Pragmático y seco como siempre, Bazán comenzó por pedirle un parte detallado de la situación en los puertos del canal de la Mancha, aunque a Gabriel le pareció un asunto ahora sin mayor relevancia. El marino, que debió de intuir sus pensamientos, le aclaró que el rey estaba impaciente por lanzar un nuevo ataque contra Inglaterra con los buques recién reparados en Santander y San Sebastián.

Gabriel, en lugar de señalar que, a su entender, donde hacían verdadera falta aquellos buques era en Portugal, pasó a detallarle las gestiones y rescates realizados en Edimburgo y Londres, justificar la entrega del situado y elogiar el notable papel que estaban desempeñando los agentes allí destacados.

Gregorio Soutomaior, con permiso de don Alonso, abundó en el tema y se ofreció a compartir toda la información recogida durante los largos meses de cautiverio.

—Ese asunto prefiero que lo tratéis con el proveedor Francisco Duarte. Aunque ya ha cumplido su comisión, el virrey don Alberto le ha pedido que se quede entre nosotros hasta que desaparezca la amenaza.

—Será un placer hablar con don Francisco, y agradecerle el interés personal que mostró en la causa de mi libertad.

—Agradecédselo también a don Cristóbal Moura, y al conde de Fuentes, por supuesto. Y ahora, si nos excusáis, hay un asunto militar que debo tratar con el señor Del Puerto.

El «asunto», como se temía Gabriel, se refería a la fragata. A pesar de los acuerdos previos a su última misión, el almirante le explicó que se encontraban en una situación crítica. No contaban más que con una docena de galeras, una flotilla de pequeñas embarcaciones y algunas fortalezas en los márgenes del río: suficientes, quizá, para repeler a una escuadra de corsarios, pero inútiles frente a una flota de la envergadura de la Contra Armada.

—Si ese Drake forzase hoy la embocadura, esta noche cenaría en mi mesa.

—¿Y creéis que lo hará?

—Un almirante al uso lo haría, pero un corsario como él, quién sabe. El despliegue que ha adoptado puede deberse a dos motivos: que su intención sea saquear convoyes y capturar presas, o que esté esperando a que el ejército de Norris alcance la ciudad para entrar en el estuario y cogernos entre dos fuegos.

—O ambas cosas —apuntó Gabriel.

—También. En cualquier caso, la diferencia de fuerzas es tan manifiesta que necesito barcos con urgencia —concluyó—. Y cualquier balandra armada con un cañón me vale para engrosar nuestras filas. Cuanto más, la vuestra —añadió —. Pero eso ya lo sabéis.

Gabriel, que permanecía de pie frente a la mesa tras la que se sentaba Bazán, se quitó el sombrero y deseó desabotonarse la ropilla de bayeta que, por error, había escogido para un día tan soleado. Se rascó la cabeza e hizo que se pensaba la respuesta, como si hubiera algo que pensar, mientras cavilaba cómo sacarle el mejor partido a la situación. En el fondo, que el almirante lo incluyera en sus planes, le facilitaba su propósito de vigilar de cerca a los ingleses.

—Estoy a vuestra disposición, por supuesto —concedió—. Sin embargo, si

me permitís una sugerencia… —el almirante bajó los párpados en mudo asentimiento—, mi navío, por su andar y condiciones, resulta idóneo para misiones de observación y descubierta. Ruego que me destaquéis para ello.

La mirada directa de don Alonso, bajo sus cejas arqueadas, reflejaba su desconfianza.

—¿Me pedís que os envíe al lugar más expuesto?

Gabriel supo que debía ser franco.

—Vengo de La Coruña, excelencia, donde desembarqué a la mayoría de los españoles rescatados, cuyos nombres figuran en la relación que os he entregado. Al arribar, supe de la desgraciada captura de mi hermana Isabel durante la toma del barrio de la Pescadería, y de su traslado a uno de los buques enemigos. Espero que comprendáis mi deseo de estar cerca de ellos.

Don Alonso se levantó, dio unos pasos hacia la ventana y se mesó la luenga perilla. No era hombre que se dejase impresionar por menudencias sentimentales, pero le habían llamado la atención las palabras de Gabriel del Puerto. Aquel marino comenzaba a revelarse como un sujeto fuera de lo común, alguien que valía la pena mantener contento, y a quien no podía tratar indefinidamente con el palo y la zanahoria.

—Seguir de cerca a la flota enemiga y mantenernos informados de sus movimientos forma parte esencial de nuestra estrategia, señor del Puerto. Y ya he destinado al efecto algunas embarcaciones. No obstante, reconozco que vuestra fragata es, como habéis dicho, muy apropiada para esa labor. Os asignaré, pues, a la escuadra del capitán Manso, con quien ya habéis navegado, ¿no es así?

—Así es.

—Estaréis a sus órdenes.

—Por supuesto, excelencia. —Gabriel procuró disimular su satisfacción. Sabía que con Humberto Manso gozaría de cierta autonomía.

—Y a las de Matías de Alburquerque —añadió Bazán—: su alteza el archiduque ha decidido formar una armadilla con algunas naves mancas que se han podido reunir en el mar de la Paja y ha nombrado por capitán mayor dellas a este fidalgo portugués, con fama de hombre de mar.

—Todo suma.

—Ah, señor del Puerto, no quiero alardes de valor ni gestos heroicos —advirtió Bazán—. Vuestra misión es traer noticias, no cadáveres.

Aunque aquellas palabras daban por finalizada la entrevista, Gabriel no se

movió de su sitio, y carraspeó suavemente para llamar la atención del almirante.

—¿Algo más?

—Se trata de la licencia comercial de la que en su día os hablé, excelencia. Sé que no es el mejor momento, mas el asunto importa a mi familia y conviene no dejarlo caer en el olvido.

La sala donde se hallaban era amplia y un tanto austera. Tosió don Alonso y negó con la cabeza.

—No lo es, en efecto, pero no en el sentido que imagináis. Y me temo no poder ayudaros.

—No os sigo, excelencia. Tal vez el proveedor Duarte…

Don Alonso esbozó una sonrisa bajo el espeso bigote. No esperaba menos insistencia de aquel hombre.

—Ni yo, ni el proveedor Duarte, ni siquiera el conde de Fuentes. Si el ataque inglés se hubiese dirigido contra otro objetivo, aún podríamos haberos echado un cable. Pero en estas circunstancias, el reino depende del apoyo de los nobles y ricohombres portugueses, siempre celosos de su independencia. Una vez pasado el peligro —si es que pasa—, querrán blindar sus privilegios. Y permitir que una familia castellana obtenga licencia para comerciar con las Indias Orientales se me antoja, si no imposible, sí muy difícil.

Gabriel le agradeció la sinceridad y salió del despacho y del palacete en compañía del señor Soutomaior. La entrevista había ido mejor de lo esperado. En cuanto a la licencia comercial, cuando una puerta se cerraba, solían abrirse otras. Pensaba, por supuesto, en la gratitud de su acompañante.

4

Camino de Loures

Tras la coronación del Prior do Crato, el ejército, con su bagaje e impedimenta, reemprendió la marcha hacia Lisboa.

El terreno arrugado, salpicado de cerros y collados, campos de cultivo y pastizales, con alcornocales y manchas de bosque espeso, no resultaba cómodo para los hombres. Tampoco ayudaban los caminos y cañadas, a menudo estrechos y mal conservados, ni los abundantes ríos y regatos, encajonados y sin puentes, que apenas permitían el paso de las carretas.

La columna, larga y polvorienta, levantaba una nube densa que se metía en los pulmones, hacía toser a hombres y bestias y delataba su posición a leguas. En los llanos se engrosaba, en las vaguadas se alargaba y se cortaba en los pasos angostos.

El sol, tan esquivo en Galicia, apretaba ahora con ganas. El sudor corría a raudales y agotaba a una tropa poco acostumbrada al calor. Sobraban las corazas, los morriones, las cueras y hasta los jubones; las mochilas y armas parecían haber doblado su peso. Las charlas animadas de la mañana se extinguían con el paso de las horas, el ánimo se volvía taciturno, el ingenio se apagaba y las fuerzas se reservaban para seguir el paso vivo que imponía la vanguardia.

A mediodía hicieron un breve alto en Enxara dos Cavaleiros.

Para ganar voluntades y hacerse gratos al pueblo, el general Norris y sus capitanes ordenaron tratar con cortesía a los lugareños, pagar cuanto se tomara y evitar atropellos, en especial en las iglesias. Para borrar la imagen de hueste anglicana, la columna iba precedida por una cruz de gran tamaño y una imagen de Nuestra Señora.

Sin embargo, lejos de sumarse al paso del rey don Antonio y alzarse contra el usurpador Felipe, las aldeas y villas que hallaban en su camino aparecían vacías, con los mesones cerrados y las puertas atrancadas. El Prior no salía de su asombro.

Durante los nueve años de exilio se había afirmado en su ánimo la idea —alentada por las numerosas cartas de sus partidarios— de que el pueblo, ansioso por su regreso, se alzaría espontáneamente a su paso. Que nobles y fidalgos aportarían sus mesnadas, los alcaides rendirían las fortalezas, los regidores entregarían las villas y que mercaderes, ricohombres y terratenientes contribuirían al esfuerzo bélico con víveres, grano, acémilas y carruajes.

Nada de aquello estaba ocurriendo. Y sin el apoyo popular, todo el proyecto corría peligro. Aun así, el rey tenía una confianza ciega en que los días subsiguientes traerían una avalancha de adhesiones. Entre tanto, para no desanimar a los ingleses ni perder el prestigio entre ellos, empezó a ennoblecer con palabras a cuantos venían a su encuentro: al hidalgo lo llamaba conde, al artesano lo hacía hidalgo, al pechero lo nombraba señor. Y al hacerlo, les hablaba con amorosas palabras, asegurándoles que premiaba así su valor por ser los primeros en rendirle vasallaje.

Viendo lo duro de la jornada, Duarte trató con un carretero para que Isabel

pudiera continuar subida sobre la carga. Luego la buscó y la halló a la entrada de la villa, bajo la sombra generosa de unos olmos, descansando junto a otras mujeres, cocineras, cautivas o prostitutas. Se acercó y le pidió que lo acompañara.

—¿A dónde queréis llevarme esta vez, señor soldado? —Pese a las ácidas palabras, Isabel se encontraba tan fatigada que lo siguió sin resistencia.

—He conseguido un lugar en un carro, para que el camino no se os haga tan penoso —le explicó mientras caminaban.

Los soldados, apoyados en las fachadas o sentados en las losas, con las armas apiladas sin orden, la festejaron con silbidos y piropos, algunos tan groseros que habría preferido no entenderlos.

En una era, junto al pueblo, aguardaba la caravana del bagaje. Duarte se detuvo ante un carro de un solo eje, con batea de tablones bastos, costillas verticales unidas por teleras y una lanza cuadrada de la que tiraban dos mulas castañas. El carretero, un mozo de ojos azules y mirada huidiza, olía a cuadra.

—Cuidad de ella —dijo Duarte, mientras le entregaba el pago acordado.

—Así lo haré, señor soldado —respondió el hombre—. ¿Deseáis subiros ya, señora?

Isabel negó con la cabeza. La mirada del arriero no le había gustado.

—Esta carreta marcha en el centro de la columna —le indicó Duarte—. Yo iré más adelante, con la compañía del capitán Henriques.

—Prefiero teneros cerca, señor Pinto.

Se sorprendió Duarte. Aquella réplica, tras tantos desplantes, resultaba una grata novedad. Algo empezaba a resquebrajarse en la coraza con que se protegía.

—No me da buena espina este hombre —añadió ella en inglés, para que el arriero no los entendiera.

—No os hará nada.

—Y me aterrorizan los soldados. Temo que alguno intente sobrepasarse.

—Trataré de complaceros.

Apenas tuvo tiempo Duarte de informar a Hernandes cuando las cornetas llamaron a formación y la columna reemprendió la marcha. El descanso había sido breve. Con su arcabuz y su macuto, se situó entre las recuas y carretas, confundido con los soldados destinados a la guarda del bagaje.

De vez en cuando volvía la vista hacia la mujer. Acomodada entre bultos y sacos, el traqueteo de la carreta no tardó en dejarla amodorrada. Los baches

del camino la hacían dar pequeños respingos, alzar la cabeza, otear el horizonte y volver a cerrar los ojos. El vestido, en otro tiempo elegante, estaba sucio, arrugado y polvoriento, con lamparones y algunos rotos; el rostro se le veía más consumido y el peinado era una maraña recogida de cualquier manera. Aun así, con las facciones relajadas y los ojos cerrados, sin miradas desdeñosas ni ceños fruncidos, a Duarte le parecía si cabe más atractiva. Lamentó no poder ofrecerle más comodidades, y se prometió procurarle otra ropa.

Apenas recorrida una legua desde Enxara, los españoles, que desde Peniche hostigaban la marcha, lanzaron una carga de caballería más dura que las anteriores.

El ataque se dirigió contra el sector donde marchaban las compañías portuguesas, que apenas tuvieron tiempo de formar una línea de arcabuces cuando la caballería enemiga se les vino encima en formación de caracola. En el momento del choque, la caracola se desplegó en un ala alargada, casi paralela a la columna, desde la que los jinetes disparaban sin dejar de galopar. Al ir cada montura ocupada por dos hombres —el jinete, con pistola, y un arcabucero en la grupa—, la andanada fue en extremo sangrienta. Una vez descargadas las armas, los españoles se retiraron con la misma rapidez con que habían llegado. La respuesta, en cambio, fue lenta, desordenada y poco eficaz. Capitanes y sargentos gritaban órdenes, los cabos hacían por reagrupar a sus escuadras y los soldados cargaban y disparaban como Dios les dio a entender.

El recuento arrojó treinta y dos bajas, entre muertos y heridos. Un piquete se encargó de sepultar a los primeros, y los segundos fueron acomodados en las carretas. Una vez rehecha la columna, se reanudó la marcha con los sentidos más alerta y los nervios más tensos que nunca.

Sin presentar batalla abierta, el enemigo no cesó de incordiar durante toda la jornada. Con una fuerza poco numerosa pero móvil, arremetían con golpes relámpago que causaban un goteo constante de bajas, les prepararan emboscadas y obstaculizaban el avituallamiento, atacaban toda partida que se separase de la columna, quemaban sembrados, se llevaban el ganado y destruían molinos o almacenes, en una estrategia de tierra quemada.

Al filo del ocaso, el ejército abandonó al fin el terreno quebrado por donde había transitado y desembocó en un amplio llano donde se ordenó establecer el real. Habían recorrido en una sola jornada siete leguas. Casi había oscurecido cuando se repartieron unas gachas tan pobres que, en comparación con la comida de la coronación, apenas alcanzó la categoría de tentempié. La

luna, llena, se alzó sobre las suaves lomas que, al este, señalaban el cauce del Tajo.

Después de cenar, Duarte fue a enjuagarse brazos y rostro a un regajo de buen caudal que bordeaba el campamento. Vio que unas lavanderas habían improvisado un baño con cuatro estacas y una lona, y se apresuró a comunicar el hallazgo a Isabel, con quien no había cruzado palabra en toda la tarde. La halló tumbada en su jergón, con la escudilla de gachas intacta.

—¿No coméis? —Como no recibió respuesta, pasó a explicarle lo que había visto hacer a las lavanderas. Ella lo miró con extrañeza, asintió y se levantó con gran esfuerzo: el deseo de limpiarse pesaba más que el cansancio.

—Allí es —señaló él, cerca del lugar.

—Gracias —dijo Isabel. Y se alejó. Una luz residual iluminaba la tierra.

La cercanía de Lisboa —apenas dos leguas— obligaba a reforzar la seguridad con abundancia de guardias y retenes, que habrían de restar horas de descanso a casi todos. Geraldo Henriques, tras dar a sus cabos las instrucciones a este respecto, se allegó con el sargento Mendes a la hoguera donde descansaba la escuadra de Hernandes y abordó a Duarte sin palabra introductoria, echándole en cara el haber abandonado su puesto durante el ataque de la caballería española.

—¿Qué tenéis que decir? —le reclamó.

—Tenía sed y me acerqué a buscar una bota de agua —mintió. No tenía intención de meter a Isabel por medio—. ¿Quién iba a imaginar que el enemigo atacaría en ese momento?

—Abandonar el puesto es una falta grave.

—Desde que salimos de Peniche he marchado junto a mis compañeros.

—Eso no os exime, soldado —lo reprendió Geraldo—. Haréis guardia doblada toda la semana, y además…

Geraldo calló en medio de la reprimenda. Alargó de pronto la mano, hizo presa en la barbilla de Duarte y trató de girarla hacia la hoguera. Este lo apartó de un manotazo.

—A mí nadie me mesa las barbas, por muy capitán que sea.

Pero Geraldo lo miraba fijamente. Aquella tarde, tras lavarse, Duarte se había recogido el cabello en una coleta, dejando más visible su rostro, y maldijo en voz baja su descuido.

—¿No os gusta mi cara? —le dijo, provocativo.

Habían elevado tanto el tono que todos los hombres de la escuadra se

volvieron hacia ellos y los contemplaron expectantes. El sargento Mendes, que se había sentado sobre la hierba, se puso de pie con los brazos en jarras. Hernandes lo imitó.

—Mal rayo me parta si no sois el maldito… —Geraldo dio un paso atrás para contemplarlo a placer. El rostro se le tornó blanco, luego rojo, los ojos amenazaban con salírsele de las órbitas—. ¡Ah!, que engañado me habéis tenido, Duarte Salazar. —El nombre lo soltó como se escupe una flema. Y se llevó la mano a la vaina, empujó con el pulgar los lazos de la empuñadura y enseñó el acero.

—El mismo que viste y calza, señor Henriques. ¿Qué vais a hacer?

—Atravesaros con mi espada. Felón, traidor, homiciano.

—¿Lo prendemos, señor? —preguntó Mendes.

El capitán no respondió. Ya tenía el terciado desenvainado. Duarte retrocedió un paso y sacó el suyo, pero lo mantuvo rendido.

—No lucharé con vos, capitán.

—¡Defiéndete, bastardo!

Geraldo se puso en guardia, alzó el terciado y lanzó un puntazo asesino, que Duarte desvió con un quite simple. Abatió de nuevo la hoja.

—¡Combate! —gritó Geraldo, que amagó por la derecha y atajó hacia la izquierda. Duarte volvió a desviar el golpe con otro movimiento de muñeca aún más contenido.

Geraldo, humillado por la pasividad de su rival, giró despacio en torno a él. Pese al rumor del campamento, el entrechocar de las hojas se oía con nitidez.

—Señor, no sigáis, no os ensuciéis con este asunto. —Mendes se le aproximó con la mano extendida—. Los duelos en campaña están prohibidos bajo pena de muerte.

La pelea los había acercado a la hoguera. Geraldo continuaba con la espada horizontal y la mirada inflamada de rencor. Las llamas, más que reflejarse en sus ojos, parecían brotar de ellos.

Isabel, que regresaba de bañarse, dio un grito y se asustó.

—Mataste a mi padre —dijo el capitán.

—En defensa propia —replicó Duarte—. La justicia ordinaria me absolvió, pero he pagado cara la culpa.

La palabra «culpa» encendió todavía más a Geraldo.

—La justicia del Austria… —dijo con desprecio. Y dirigiéndose al resto de la escuadra, añadió—: En Terceira combatió en sus filas. ¡Es un traidor!

El cabo Hernandes, resuelto a intervenir, dio unos pasos y se interpuso entre ambos.

—Capitán Henriques —comenzó—. Cualquier falta pasada fue dispensada al jurar lealtad al rey don Antonio. Vos mismo fuisteis testigo, y recibisteis el juramento. Si él es traidor, también lo soy yo. Todos nosotros. ¿Eso queréis decir?

La voz del cabo, dura como la piedra, abriose paso en la cabeza de Geraldo, que al fin bajó la espada a media asta.

—Pero…

—El perdón real es sagrado. ¿O tan poco vale la palabra de vuestro rey? —insistió Hernandes, que no tenía intención de darle tregua para que buscara otro argumento —. ¿Insinuáis que promete lo que no piensa cumplir? Decidlo, si así fuera. Todos queremos saberlo, y reclamarle cuentas en persona.

Mendes, que nunca había visto con buenos ojos a aquella escuadra, percibió el riesgo y, posando la mano en el hombro de su capitán, le aconsejó:

—Señor, es cierto lo que dice el cabo. Guardad el acero y aplazad el asunto. Cuando entremos en Lisboa, ya habrá tiempo de revisarlo y hacer verdadera justicia.

Geraldo se dejó apartar a regañadientes, pero al punto se revolvió y señaló a los hombres.

—Putos renegados, os haré sudar sangre —les espetó con la voz ronca, escupiendo gotas de saliva—. Y tú, Salazar del diablo, guárdate de mí, porque este asunto no ha terminado. Ni mucho menos.

Hasta que no se perdió entre las sombras del campamento, no se dio cuenta Duarte de que aún tenía la espada en la mano. La envainó con una risa nerviosa. Sus compañeros, sentados en torno a la hoguera, lo observaban en silencio, sin mostrarle ni rechazo ni simpatía. Sólo Hernandes le transmitió, con un guiño, su apoyo.

A sus espaldas, unos pasos ligeros le indicaron que Isabel corría hacia su yacija.

XXV

1

Loures

Con el enemigo en Loures, mandó el virrey recogerse dentro de Lisboa a los religiosos de los alrededores, pues la capital del imperio portugués había crecido tanto en el último siglo que sus barrios desbordaban con mucho las murallas. La entrada en procesión de frailes y monjas, con las cruces en alto y los hatos a cuestas, despertaba compasión e inquietud entre los vecinos.

También ordenó meter en la ciudad los grandes acopios de trigo, cebada, centeno, harina y bizcocho que se hallaban en los almacenes extramuros, en los molinos y en las casas de los bizcocheros. Al igual que ocurriera semanas antes en La Coruña, no se había tomado la precaución de comenzar antes el traslado, y la operación resultaba compleja por demás: no había hombres ni medios suficientes. Como solución, se dio permiso a la gente más necesitada para que ayudara con el acarreo a cambio de quedarse con la mitad.

Mas, pese a la popular medida, pronto se hizo patente que no había tiempo ni modo de meterlo todo dentro de la ciudad, ni almacenes suficientes que lo acogieran, por lo que se resolvió prender fuego al sobrante para evitar que sirviese de sustento al enemigo.

Impresionaba ver arder tal cantidad de provisión. Aparte de la pérdida de los granos acopiados con tanto trabajo y durante tanto tiempo, las columnas de humo eran un recordatorio permanente de que la guerra estaba a las mismas puertas de la ciudad.

Cada vez más vecinos se decidían a abandonar Lisboa en dirección a Évora, Estremoz y Elvas, lo que encareció todavía más los precios del transporte. La avidez de arrieros y barqueros llegó al extremo de pedir la escandalosa cifra de mil reales por una simple bestia, no se diga por un carro o una barca. Para frenar el abuso, el archiduque ordenó apresar a quienes elevasen los precios de manera tan desaforada; pero, donde hay necesidad y gente dispuesta a pagar, siempre se encuentran formas de burlar la ley.

El grueso de las fuerzas defensoras —poco más de cuatro mil hombres— se situó en el arroyo de Alcántara, entre Lisboa y Belém, desde donde podría responder a las dos amenazas: el ejército de Norris, que se acercaba por el norte, y la armada de Drake, desplegada en la bahía de Cascaes.

Las noticias sobre falta de artillería de sitio en el ejército inglés convencieron al conde de Fuentes de que Drake intentaría forzar la entrada de la embocadura y atacaría Lisboa desde el estuario. O aún peor: que el Prior podría haber concertado alguna traición dentro de la ciudad.

Una posibilidad nada descabellada, pues sus agitadores habían hecho correr el rumor de que don Antonio entraría en la ciudad el día del Corpus Christi, primero de junio. Por ello, la víspera por la tarde, el virrey visitó el campamento en compañía de un buen número de nobles y fidalgos portugueses con los que presidió un vistoso alarde que insufló ánimos a los soldados.

El conde de Fuentes, en todo caso, no pensaba estarse quieto. Con información precisa sobre la disposición del campamento inglés y sus puestos de vigilancia, ordenó un ataque sorpresa con varias compañías de arcabuceros y caballería ligera.

Al caer la noche, en una nava tras unos cerros, los hombres elegidos para dar el santiago revisaron el armamento y la munición, y se prepararon para echar un breve sueño antes de entrar en acción.

El alférez Jaque no pudo pegar ojo. Tumbado junto a varios compañeros que dormían con la facilidad de niños, contemplaba cómo la luna llena se alzaba sobre las crestas, cada vez más blanca y brillante, mientras pensaba en su inopinada y súbita condición de hombre casado. Inopinada, porque hacía apenas unas semanas jamás habría creído posible que él, Rodrigo Jaque Manzanares, fuera a desposarse tan lejos de su tierra; súbita, porque, tras la ceremonia, apenas le había quedado tiempo para presentarse en la morada de los Queiroz, soportar los reproches velados de Filipe y Natalia, alojar a Branca en uno de los mesones donde se albergaban las esposas de los soldados y despedirla con un beso y un abrazo con sabor a promesa.

Todo había sucedido con tal precipitación que ni siquiera habían podido aclarar su situación. Aunque Branca se mostró contenta y sonriente durante la ceremonia, y firme como una roca al comunicar el enlace a sus tíos, luego adoptó una actitud tímida y azorada que lo inquietó. Jaque no sabía hasta qué punto ella empeñaba sus sentimientos o lo consideraba un mero trámite para

sacudirse al sobrino de Reigosa; si su alegría era simple gratitud por haberla librado de una situación comprometida o una verdadera muestra de afecto. Recordaba con claridad su promesa de no imponerle ni exigirle obligación alguna que ella no deseara cumplir. Y no se arrepentía de haberla hecho. Pero, pasada la agitación del momento, no podía quitarse de encima la comezón de la duda.

En todo caso, pronto entrarían en combate y quién sabe si los albures de la guerra la convertirían en viuda antes de haber estado efectivamente casada.

La voz del capitán Alarcón llamando al arma lo sacó de sus cavilaciones y le dio la medida de cuán deprisa había transcurrido el tiempo. Se levantó, buscó su caballo y se reunió con su compañía. En el controlado ajetreo del campamento, cada cual sabía qué hacer. Los soldados charlaban en voz queda, apretaban los arreos, enarbolaban lanzas, prendían mechas, ajustaban las corazas, y sobre ellos se colocaban camisas claras, su distintivo en la acción. Los capitanes agruparon a los suyos, destacaron una avanzadilla, impartieron las últimas órdenes y se pusieron en marcha.

La columna traspuso un collado, descendió la umbría y siguió una vereda de herradura que serpenteaba entre cerros bajos cubiertos de encinas y matorral. Las compañías de Juan Torres y Francisco Malo marchaban en el centro, y la caballería de Sancho Bravo y Gaspar de Alarcón en los flancos. El rumor de pasos, cascos, cuero y herrajes apagaba los sonidos de la noche. La polvareda apenas se distinguía y la luna, pasado el cénit de su camino, hacía brillar las camisas. Ladraban perros en alguna hacienda; los arroyos, hinchados por las últimas lluvias, murmuraban con fuerza.

El alférez Jaque, junto a su abanderado, sujetaba con fuerza la rienda de su caballo, que cabeceaba nervioso. Sentía el frescor de la madrugada, la excitación de la aventura. Al alcanzar la crestería de unos cerros, la marcha se detuvo.

Agachados, los oficiales se acercaron a la cima para observar el amplio campamento enemigo, que se extendía sobre un pastizal salteado de pinos y brezo. Dentro de su perímetro se distinguían cientos de tiendas mal alineadas, agrupadas en secciones irregulares, sombrajos, casas de labranza y cercos de piedra o tapial. Meterse en pleno centro de aquella posición sería suicida, por lo que los capitanes eligieron un regimiento asentado en torno a una alquería, un poco apartado del resto. Atacarían haciendo todo el daño posible y se retirarían antes de que los ingleses pudieran reaccionar.

Como era costumbre, la infantería iría delante, mientras que la caballería quedaría en retaguardia para cubrir el repliegue. Sin embargo, la impedimenta y la pólvora del regimiento se hallaban al otro lado del objetivo, y para destruirlas haría falta un escuadrón de caballería. Tres se ofrecieron a hacerlo. El capitán Sancho Bravo, la barba recia y el chapeo calado, cortó una rama en tres trozos, los encerró en la palma de la mano y los ofreció a los voluntarios.

—Vuesas mercedes, escojan —dijo con voz amable.

El alférez Jaque sacó el trozo más largo.

—Don Rodrigo, el honor será vuestro —remachó Sancho Bravo—, con el permiso de don Gaspar, por supuesto.

Don Gaspar de Alarcón asintió y le pidió a Jaque que escogiera a veinte hombres.

Acabada la rápida junta, las cuatro compañías se desplazaron por la ladera y se desplegaron sin hacer ruido. Las bestias piafaban y tascaban los bocados. Sancho Bravo, en el centro de la línea, dio la orden de avanzar, y la infantería comenzó a descender a paso ligero. Jaque, tras reunir a sus hombres y encargar a dos de ellos que cogieran las antorchas embreadas, comprobó por última vez la cincha y las dos pistolas del arzón, y montó sobre la silla forrada en piel de borrego.

—Adelante —ordenó. Y apretó las rodillas contra el flanco del caballo, que arrancó en un trote corto.

Avanzaban en el extremo derecho del despliegue, por detrás de los infantes. Desde su altura, Jaque los veía serpentear como sombras furtivas entre los matorrales. Más allá, limitando el campamento, se divisaba la zanja protectora, sin talud y poco profunda. Y al fondo, el edificio de una alquería, tras la cual se encontraban los carros de la impedimenta.

Los primeros hombres rompieron el silencio al alcanzar el puesto de guardia. Dando vivas por el rey don Antonio y por Portugal, despistaron a los centinelas, los degollaron y penetraron en el campamento. Abierta la veda, las demás compañías siguieron la estela como un vendaval de muerte, irrumpiendo entre tiendas, acuchillando sin piedad a hombres dormidos o aún aturdidos, tajando a soldados medio vestidos, sorprendidos en el instante de armarse.

Jaque espoleó su montura, saltó la trinchera y se lanzó hacia el objetivo. A su derecha, cabalgaba Facundo Nogales. Más allá, Germán de Guareña. Detrás oía el galope entrecortado del resto de su escuadrón. Con el movimiento, el

alférez sentía el peso del peto y del espaldar, que no cesaban de golpetear, pese a las correas.

Rota la sorpresa, comenzaron los disparos. Los infantes envainaron las dagas y echaron mano de espadas o arcabuces. Un alboroto siniestro llenó la noche: gritos, órdenes confusas, el estampido de la pólvora, el brillo del acero.

Jaque disparó la primera pistola en plena cara a un hombre que le salió al paso. No esperó a ver el resultado. Enfundó el arma, desenvainó el sable, tajó a otro tan desorientado como el anterior y siguió adelante, con la mirada clavada en la mancha blanca de la alquería.

A su alrededor, el caos: un torbellino de siluetas claras, fogonazos, gritos de agonía, aullidos, voces ininteligibles, el repiqueteo de cascos y el estrépito de la batalla. «¡Santiago y cierra, España!», clamaban mientras ejecutaban, con fría eficacia, la carnicería. El único cuidado era no verse rodeados.

El ataque relámpago había transformado el campamento inglés en un avispero de hombres que buscaban a tientas su ropa, sus armas; soldados medio dormidos corrían como sombras errantes bajo la luna, tropezando con los vientos, atropellándose entre sí, al son ensordecedor de los tiros, entre alaridos y llamadas desesperadas de los oficiales.

Algunas escuadras inglesas, mejor entrenadas, lograron formar pequeños núcleos de resistencia, pero siempre dejaban un flanco abierto, una rendija por donde colarse. Otros, en la confusión, disparaban sobre sus propios compañeros. En algún lugar cercano, una corneta trataba de hacerse oír sobre el clamor de la lucha y los lamentos de los heridos.

El escuadrón cargaba sin encontrar oposición organizada. Disparadas las cargas de las pistolas, con sus sables o jinetas atropellaban tiendas, derribaban pilas de armas y ensartaban enemigos. Los ingleses eran numerosos, pero la sorpresa y el miedo los deshacían.

Jaque detuvo al caballo para orientarse. Parte de sus hombres se había dispersado. A los que aún seguían con él les indicó un punto detrás de la alquería y, sin aguardar respuesta, picó espuelas y se lanzó a galope tendido. El viento le zumbaba en los oídos, cada tranco del caballo retumbaba como un tambor, con un ritmo tan rápido y uniforme que parecía un solo sonido. Esquivaba los obstáculos con apenas un gesto de muñeca. La sensación de galopar a rienda suelta, la noche, la exaltación del combate, la sangre hirviendo en las venas, lo absorbían y le hacían olvidar todo cuidado.

La mancha de la alquería quedó a un lado. Al llegar junto a la impedimenta,

distinguió una sucesión de fogonazos. Una bala le zumbó muy cerca de la cabeza. Algunos escopeteros enemigos disparaban desde el brocal de un pozo. Jaque y los suyos se lanzaron contra ellos. Más destellos, cada vez más cercanos. Sin tiempo para recargar, los ingleses soltaron las armas y echaron a correr. Jaque, sable en mano, alcanzó a uno y le rebanó medio pescuezo con un tajo limpio. Dio un grito de furia, o de júbilo, y detuvo su montura con un tirón violento.

—¡Cuidado! —gritó Nogales.

Tras un carro surgió un piquero con el arma en ristre, apenas una sombra en la que destacaban el brillo de la coraza y la palidez del rostro. El caballo de Jaque, asustado, relinchó, se alzó de manos y casi lo descabalgó. Pero el alférez logró dominarlo con energía, girarlo y esquivar la moharra. Con un rápido gesto, se pasó el sable a la mano de la rienda, desenfundó la segunda pistola y disparó sin apuntar. El piquero cayó sin un quejido. Jaque soltó una bocanada de aire, se había librado por poco, y dio unas palmadas en el cuello de su montura.

—Tranquilo, amigo, tranquilo —murmuró. El animal piafaba, cubierto de sudor.

Algunos de sus hombres habían irrumpido en el corral de las bestias y las alanceaban o las espantaban, mientras otros ya habían prendido las antorchas y puesto fuego a una carreta cargada con barricas de pólvora.

Más allá, el repliegue de la infantería se perfilaba en la penumbra. El campamento inglés quedaba sumido en el más absoluto desorden, un desorden que había cundido incluso entre la oficialidad, incapaz de organizar una respuesta. Sus soldados, sin gobierno, huían o se defendían a duras penas y la disciplina se disolvía al paso del miedo.

Al frente, en la ladera por la que habían bajado, aguardaba el resto de la caballería para cubrir la retirada. En el cielo de levante, una claridad lechosa rivalizaba apenas con la luna.

—Salgamos antes de que esto salte por los aires —dijo Nogales.

—Vámonos —ordenó Jaque.

2

LISBOA

Mientras aguardaba a que los hombres terminasen de cargar la carreta, Rafael Reigosa se frotaba las manos. La mañana, ya tibia, auguraba otro día bochornoso.

Las noticias que le llegaban lo complacían a medias. El ejército del rey, tras desembarcar en Peniche, había avanzado por tierra sin apenas resistencia y se encontraba ya en el campo de Alvalade, a tiro de piedra de Lisboa. Pero, comerciante al fin, sabía que nada estaba ganado hasta que don Antonio cruzase las murallas. Y estas, por desgracia, estaban más y mejor guarnecidas de lo que habría deseado. El archiduque —ese hombrecillo que vivía a la sombra de su poderoso tío— había ordenado al conde de Fuentes recoger todas las tropas dentro de la ciudad y aprestarse a su defensa. Las compañías de tercios, ayudadas por soldados portugueses, recorrían los barrios para evitar tumultos, custodiaban adarves y torreones, condenaban puertas y apostaban cañones en cada bocacalle que miraba al Tajo, el flanco más débil.

Por eso a Reigosa le urgía acelerar sus preparativos, poner en marcha su astucia y confirmar que no flaqueasen a última hora las voluntades de los involucrados.

—Listo, don Rafael. —La voz bronca del cojo Maciel lo sacó de sus cavilaciones—. Las herramientas ya están en el carro.

—Debes entregarlas según las instrucciones que te he dado.

—Lo sé. Al señor abad, o a fray Angélico.

—A ningún otro.

Maciel asintió con una sonrisa de suficiencia que solía anunciar algún desaguisado. El muchacho, en cambio, parecía más despierto.

—Y del asunto de la puerta, ¿has hablado con el capitán Sousa?

—Hablado y confirmado, tal y como me dijisteis —dijo Maciel—. Buena bolsa se va a llevar ese hombre.

—Hay que recompensar bien los servicios, Bruno. En especial, cuando pueden valer un reino.

—¿Y los míos no?

La pregunta, lanzada sin pensar, incomodó al comerciante.

—¿Te podrás quejar de mí, cencerro? ¿Acaso no has hecho tu agosto con ese carro? Una fortuna le habrás sacado, para que ya me lo hayas pagado. —Maciel agachó las orejas como el podenco que ha perdido la presa—. ¿Y qué recibo yo a cambio sino quejas? El único favor que te pedí ¿en qué ha quedado? Me dijiste que era cosa hecha el matrimonio de mi sobrino… y tu hija acaba

casada con un soldado. Español, para más escarnio.

—¿Cómo iba yo a saber que andaba en tratos con ese alférez? —se defendió el hombre.

—¡Cómo, cómo! Tú eres su padre, ¿no? Si uno se compromete, es porque puede cumplir.

El señor Reigosa, que se había ido calentando con cada frase, cerró la boca con una dentellada seca.

—Mi hermana tiene carácter —dijo de pronto Mateo—. No es fácil torcerle la voluntad.

Don Rafael ignoró el comentario. ¿A quién trataba de defender el zagal, al padre o a la hermana?

—Anda, Bruno, no me hagas enojar, que lo último que necesito ahora es un sofoco —dijo con más calma, al divisar por la esquina la figura del señor Díaz Lobo—. Lleva esas herramientas al convento. Y no me falles.

La judería vieja era incómoda de transitar, mas pronto rebasaron la maraña de callejuelas y comenzaron a subir hacia el barrio alto, donde, pegado a la muralla, se hallaba el convento de la Trinidad.

Maciel detuvo el carro frente a una puerta lateral enrejada, a través de cuyos barrotes se veía el amplio huerto trasero. Mateo bajó de un salto, descorrió el cerrojo y abrió la verja. Un camino de tierra apisonada conducía hacia un pequeño almacén situado al fondo. Dos frailes, con los hábitos remangados, echaban estiércol al pie de unos frutales.

—¿Habéis cerrado la puerta? —preguntó el más joven, estirado como una caña, al tiempo que se secaba el sudor de la frente con la manga.

—Sí, señor —respondió Mateo.

—Busco al abad —dijo Maciel.

Pero el abad no se hallaba allí, sino en la biblioteca, ocupado en el retoque de unos códices antiguos. Tampoco fray Angélico, que lo asistía en la tarea.

—¿Y no podrían vuesas mercedes hacerles llegar el aviso? —insistió Maciel —. Traigo un encargo para ellos, de parte de mi señor.

—No antes de la hora sexta —respondió el otro, más viejo, más cansado y de peor humor.

Maciel alzó la vista al cielo. Al sol le faltaba un trecho para alcanzar el cénit, pero él tenía que hacer otro viaje.

—Podéis dejar con nosotros el porte —se ofreció el fraile joven, al notar su apuro.

El muchacho parecía servicial, y Maciel no se lo pensó demasiado. Al fin y al cabo, se trataba sólo de herramientas.

—Os quedaré muy agradecido. Van una docena de picos y palas, y otras tantas barrenas.

El fraile viejo alzó una ceja. El joven, en cambio, echó una mano con la descarga y en un santiamén habían terminado.

—¿Cuánto se importa? —preguntó luego.

—Nada —repuso Maciel. Y le dio la vuelta al carro, mientras su hijo echaba a andar hacia la verja.

De nuevo en camino, salieron por el postigo de la Trinidad y tomaron la ruta de Alcántara, donde dos familias los habían contratado para trasladar sus bienes intramuros. Por el camino, se cruzaron con varios piquetes de caballería que patrullaban las calles.

—Esta ciudad está llena de charlatanes y de gente sin cojones, hijo —bufó Maciel.

—¿A qué os referís?

—Aquí cualquiera se va de boca contra el Usurpador, lo llama extranjero y bellaco, y dicen no desear otra cosa que sacudírselo de encima. Pero ahora que se acerca el ejército de don Antonio, a todos se les cae el culo por largarse.

—Huyen de la guerra.

—¡Ah! ¿Y tú qué sabes de la guerra? —suspiró Maciel.

—En la guerra perdisteis la pierna.

—En la batalla de las Gravelinas —se animó su padre—. Yo estaba en el galeoncete Augusta, con otros cien hombres que luchamos como tigres, hijo, entre el fuego y la metralla. Qué gran batalla, la de las Gravelinas… No ha habido otra igual en la mar océana.

—Peleabais por el rey don Felipe, ¿no es cierto? —apuntó Mateo.

Maciel lo miró de soslayo. ¿Se burlaba acaso? Pero el muchacho contemplaba, embobado, a una moza que subía por el camino.

—¿Y de qué me sirvió? —dijo al fin—. El rey no tuvo la decencia de concederme una maldita ventaja por haber perdido la pierna.

Tras una bajada sinuosa, se detuvieron junto al puente sobre el Alcántara, que era angosto y estaba ocupado por una carreta de bueyes que venía de frente.

—¿El capitán Sousa es un conspirador? —preguntó de pronto Mateo.

—¿De dónde has sacado esa palabreja? Don Lope de Sousa es un patriota,

hijo mío.

—Pero ayer le entregamos una buena bolsa, como le habéis dicho al señor Reigosa. Por lo menos ochenta reales de plata.

—Cien. Y el doble cuando cumpla, para premiar su valor. Hacen falta arrestos para hacer lo que va a hacer.

—El primo Tiago está en la compañía del capitán Sousa.

—¿De veras? —dijo Maciel—. Mucho hablas con tu primo, y voto a Judas que no me gusta. Estoy convencido de que tuvo arte y parte en la huida de tu hermana. Menudo pájaro. No te dejes liar con sus enredos ni con sus fantasías de cuartel.

—No, padre.

Los bueyes acababan de cruzar el puente y Maciel arreó a las mulas, que arrancaron al paso. Las llantas metálicas rechinaban sobre las losas de la calzada.

3

Bahía de Cascaes

El Revenge, con las velas recogidas, se mecía con el pausado trajín propio de un día de puerto. Los pajes rascaban las tablas, los marineros tensaban cabos o faenaban en la bodega, los artilleros limpiaban sus piezas y los soldados mataban el tiempo como podían.

En el castillo de proa, una figura solitaria, apoyada en la borda, contemplaba el mar. Por el sur, unos celajes ensuciaban la línea del horizonte. La brisa tibia agitaba levemente sus cabellos y le traía recuerdos de otros mares, más cálidos y lejanos.

John Trenton se sorprendía de continuar con vida. Hacía apenas unos días, febril y empapado en sudor, tendido en el catre de la enfermería, nadie habría dado un penique por su pellejo. Él, el primero. Pero los caminos del Señor eran inescrutables. Pálido, demacrado, sin apenas fuerzas, recibía con alivio el sol de la tarde en el rostro. El cirujano le había recomendado que saliera a cubierta para que la sangre, al circular, ayudase a eliminar la bilis negra.

Y allí estaba, obedeciéndolo.

Agitó el muñón para espantar unas moscas del vendaje. El movimiento le arrancó un pinchazo de dolor. Por más que hubiera cedido la inflamación, la

herida aún estaba tierna. Fijó la vista en el brazo amputado, al que había prestado escasa atención en aquellos días. La cercanía de la muerte, sin duda, que todo lo relativizaba. Lo midió: desde el hombro, un palmo. Pero con la recuperación, comenzaba también a advertir sus inconvenientes. El aseo, por ejemplo. Las moscas, tras zumbar unos momentos en el aire, regresaron al vendaje, empeñadas en libar su suciedad.

Sintió pasos a su espalda, felinos y firmes, y supo al instante de quién se trataba. El almirante se situó a su derecha, apoyado en la misma borda.

—Me alegro de veros recuperado, John. Habría sido una lástima perder a un capitán como vos.

—Y yo de poder seguir a vuestro servicio, señor —respondió. Y lo decía en serio, sin ánimo de adular.

Un cañonazo rompió la calma de la mañana. Un disparo sin efecto, pues los buques se hallaban fuera de alcance de la fortaleza.

—Un buen incordio ese castillo de Cascaes —dijo el almirante.

—¿No habéis tratado de asaltarlo?

Sir Francis movió la cabeza. Vestía un jubón ligero, abierto por el pecho, y se abanicaba el rostro con la mano. A pesar de la brisa, el calor no cedía.

—Sin éxito: tiene los muros gruesos y elevados, abundante artillería y una guarnición determinada a resistir. Pero, por Dios, habrá que continuar intentándolo. Necesitamos hacer aguada con tranquilidad. No quiero más apestados en los barcos.

—¿Cuáles son los planes, señor?

Drake aspiró con fuerza, extendió el brazo derecho y lo movió en abanico. Los navíos de la Contra Armada se extendían más de una milla a uno y otro lado del Revenge, formando una media luna en cuyo centro, como una araña en su tela, estaban ellos.

—Por lo pronto, permanecer aquí y cazar cuanto mercante se nos ponga a tiro. Ya hemos hecho veintinueve presas. —Drake señaló un grupo de buques fondeados en el centro del arco—. Sus repletas bodegas están llenando las nuestras.

Pese al tono animado, Trenton le notaba una cierta apatía, como si el entusiasmo que siempre impulsaba sus empresas se hubiera enfriado.

—¿No forzaremos la entrada?

Drake alzó la frente con presteza y le clavó una mirada viva. Pero el brillo se apagó enseguida.

—Debemos ser precavidos. El Austria podría mandar contra nosotros una armada desde el golfo de Cádiz. Por eso mantengo escuadras a la vela, para hacer descubierta y prevenir sorpresas.

—Entiendo —mintió Trenton. En realidad no comprendía nada: ni la pasividad del Dragón del Mar, ni la permanencia en Cascaes ni aquel despliegue en media luna, más defensivo que ofensivo, como si aquella inmensa armada tuviese algo que temer. Prefirió cambiar de tema—: ¿Cómo se comporta mi Fortune?

—¡Ah! Ese segundo vuestro promete.

—Hugh Hardinge.

—Tiene madera. Y os estima: os visitó dos veces cuando estabais inconsciente. También vuestro hermano, aunque no tuve oportunidad de saludarlo.

—Michael… —dijo con voz apagada. Hablar mucho lo agotaba—. ¿Y el Relief?

—No es el mejor buque de la flota, pero tampoco tengo queja de él.

En ese momento se les acercó el señor Oseley.

—Dos navíos enemigos nos acechan desde hace horas, señor —dijo el asistente.

—¿Desde San Julián?

—No. Por el lado del mar. —Oseley señalaba el extremo occidental de la formación, donde se adivinaban, sobre el azul bruñido del océano, los referidos barcos.

—Nos observan desde barlovento. —El almirante se acariciaba la descuidada barba—. Bien, habrá que estorbarlos. ¿A quién tenemos en esa posición? No me lo digáis: al pequeño Norris.

—A William Fenner.

Drake tosió. No le gustaba equivocarse.

—¿Cuáles son sus navíos más ligeros?

—Tendría que consultarlo, señor.

Sir Francis y su asistente desaparecieron en la penumbra del alcázar. Trenton permaneció arriba, contemplando los dos puntos blancos que flotaban en el horizonte. De pronto, pensó de nuevo en su hermano. Casi lo había olvidado. ¿Cómo soportaría la campaña?

El escaso oleaje golpeaba con mansedumbre el casco del Relief. El atardecer comenzaba a disipar el calor de junio y Michael Gardiner, con la panza llena

tras una cena abundante, se encaminó a la cámara de popa. Antes de entrar, repasó con rapidez su atuendo y se relamió los labios. Dentro lo aguardaba uno de los placeres con que la vida, a veces, bendice al hombre.

La mestiza tenía un ojo y parte del pómulo amoratados, los brazos llenos de cardenales y unos finos grilletes en las muñecas. Al oír la puerta alzó el rostro.

—¿Dónde está Isabel? —preguntó—. ¿Por qué no regresa?

Michael, satisfecho consigo mismo y con el rumbo de los acontecimientos, no tuvo inconveniente en responderle:

—Tu amiguita va camino de Lisboa, ni más ni menos que en compañía del rey de Portugal. No te preocupes por ella: seguro que está bien atendida —soltó una carcajada áspera.

—¿Nosotros no vamos a Lisboa?

—Nosotros tenemos otras ocupaciones. ¿No estás a gusto aquí, mestiza? Qué desagradecida —añadió con fingida aflicción—. Pero no te apures, ya sabes que cuido de ti con mucho gusto.

—No necesito tus cuidados —replicó ella con desprecio. Y, para que no quedara duda, le lanzó un salivazo que fue a darle junto a la nariz.

Michael se limpió con la manga de la camisa y cabeceó en silencio. La sonrisa desapareció: el tiempo de las bromas se había terminado. Examinó las formas de la mujer, que ni la ropa alcanzaba a ocultar, y el deseo lo inflamó al instante. Por más veces que lo hubiera saciado, siempre volvía, impositivo, vehemente, reclamando su tributo.

—Túmbate en la cama —ordenó con voz ronca.

—No quiero.

—Creí que ya conocías las normas.

—No me gustan tus normas.

Yabama alzó la barbilla sin mostrar temor.

—Tendré que esmerarme en enseñártelas —sentenció él. La agarró del brazo con brusquedad y la arrojó sobre el lecho. Ella se revolvió y le soltó una patada certera en la espinilla—. ¡Ahora verás, zorra!

Yabama, ágil pese a los grilletes, rodó, se incorporó al otro lado del catre y buscó distancia. Michael lo rodeó, dispuesto a atraparla, pero ella saltó por encima del lecho y volvió a escurrirse.

—Estate quieta.

—Cógeme —lo retó. Yabama hablaba un inglés bastardo, aprendido en las cubiertas de los barcos y en las tabernas de los puertos.

Michael abrió los brazos para cercarla. Aunque el espacio era angosto, la mujer lo esquivó varias veces, hasta que logró atraparla y tumbarla sobre el lecho. Ella respondió con puntapiés y mordiscos.

—Diablo de mujer —gruñó él. Y, de improviso, le asestó un puñetazo en el rostro, justo sobre el pómulo amoratado. La fuerza del golpe la dejó tendida, inconsciente. Michael se irguió, resollando, y la observó con las trencillas desparramadas sobre la cobija.

—Tú lo has querido —murmuró.

La acomodó en el centro del lecho, abrió un arcón, sacó un pedazo de cuerda y amarró la cadena de las esposas a una argolla clavada junto a la cabecera. Luego, sin esperar a que recobrase el sentido, empezó a desnudarla con movimientos seguros.

Despertó cuando le quitaba las calzas, y tardó un instante en comprender lo que ocurría. Él ya había liberado un pernil y ella trató de impedirle hacer lo mismo con el otro. Pataleó, se retorció y, en la breve lucha que siguió, consiguió propinarle una coz en la nariz.

—¡Sufre, perro!

Michael masculló unos insultos entrecortados mientras forcejeaban. Con un movimiento brusco, le sujetó las piernas, las abrió y se tendió sobre ella, inmovilizándola con su peso.

—Así tiene más mérito, mestiza. Y es más placentero. Mucho más.

Sin levantarse, se bajó las propias calzas para sentir su piel contra la de ella, cálida, acogedora. Un goce sin barreras. Le alzó la camisa hasta descubrir los pechos, que lamió, mordisqueó y apretó con ansia, antes de atacar aquella selva rebelde que se negaba a reconocerlo, pero cuyo fuego conocía bien. Su virilidad, rígida y ansiosa, buscó a ciegas el cáliz árido, y empujó y espoleó y forzó hasta que al fin lo acogió en su seno con una humedad redentora.

Yabama cesó su resistencia. Cerró los ojos y buscó refugio en su interior. Murmuró una plegaria en su lengua ancestral, que evadía su mente y la transportaba a su isla natal, a los bosques húmedos, a las nieblas, al canto frenético de los chiquirines durante la canícula, al brillo de los cocuyos tras la lluvia, y a los ensalmos de la vieja Tomasa, que no podían salvarla en aquel trance. Se hizo tronco caído, sintiendo en su organismo la solidez de la madera, la paciencia del corcho, la lentitud de la savia. Dejó que un torrente de agua virgen lavara su cuerpo, que su estruendo cubriera los jadeos, los insultos, la violencia. Rogó a Atabey, madre de todas las madres, que secara la semilla

del bastardo y se perdiera su linaje; a Juracán, señor del rayo y la tormenta, que arrastrara la memoria del ultraje; y a Anacucaya, lucero inmutable, que guiara los pasos de su hombre para que no se perdiera en los corredores de la gran serpiente y alcanzara su paradero en medio de la tiniebla.

Cuando Michael terminó y se apartó, jadeante y satisfecho, ella lo maldijo, como tantas otras veces, para que Maquetaire lo arrastrara a las moradas de los muertos, donde sólo habría espacio para el tormento.

—¿Qué algarabía es esa? Calla, perra.

La mujer se volvió temblando, con los puños cerrados y el espíritu entero.

—Un día mi hombre te matará.

Michael, ya de pie, compuso una media sonrisa, incómodo por la amenaza y excitado por el desafío.

—Esperaré con ansias ese día.

Se acomodó las calzas, la cubrió con una cobija y se detuvo un instante a contemplarla. Ah, qué hembra.

—Volveré —anunció desde la puerta.

Fuera, unos marineros izaban una pipa con el cabrestante mientras entonaban una saloma monótona. El cielo del oeste ardía en un crepúsculo hermoso y ensangrentado.

4

Lisboa

El San Jerónimo y la Portuguesa llevaban varios días jugando al gato y al ratón con la armada inglesa, la rondaban, trataban de adivinar sus intenciones e incluso habían salvado a un par de naos de caer en sus garras. Sin embargo, Gabriel no había logrado identificar al Relief. Cuando caía la tarde, si el estado de la mar lo permitía, ambos navíos regresaban a Lisboa para dar puntual cuenta de los movimientos enemigos. Gabriel, a Bazán; Humberto Manso, a don Matías de Alburquerque. Aquel arreglo —nacido de la desconfianza del almirante hacia los portugueses— los obligaba a una duplicidad estéril. Y a él, a tratar con el correoso marino más a menudo de lo que le habría gustado.

—¿Decís que siguen sin moverse de Cascaes? —le preguntó don Alonso, tras escuchar su informe.

—Excepto para apresar mercantes —respondió Gabriel—. Y tienen ya a

unos cuantos.

—Ese Dráquez siempre ha sido un pirata avaricioso, y no desaprovecha ocasión para ejercer su viejo oficio. Pero no podemos fiarnos de las apariencias. Con el ejército de Norris frente a nuestras murallas, puede atacar en cualquier momento. En realidad, sería lo más lógico.

—Cierto, excelencia. Cuesta entender por qué no lo ha hecho todavía.

Bazán, que se hallaba a bordo de La Loba —sucesora de la galera que comandara su hermano en Lepanto—, medía con pasos cortos las tablas a la entrada de la elevada carroza, desde donde se dominaban el puerto, sus numerosos almacenes y construcciones, el astillero, la explanada de la Ribeira con el palacio real, la Baixa y, más arriba, las casas que se encaramaban por las laderas que, a derecha e izquierda, conducían a los barrios altos de la villa.

—¿Y la fortaleza de Cascaes? —quiso saber el viejo marino.

—Resiste. Ayer nos resguardamos a su amparo para librarnos del acoso de varios navíos que trataban de darnos caza.

El almirante detuvo en seco su paseo.

—Mucho debisteis de acercaros. Para conocer sus intenciones no hace falta meterse hasta la cocina.

—Tengo mis propios objetivos, excelencia, ya os lo dije.

—Lo sé, lo sé —concedió Bazán, más relajado—. Y no me parece mal, siempre que no pongáis en peligro la misión.

—Es mi buque lo que arriesgo.

—Y el patache.

Gabriel se encogió de hombros. Había sido el propio almirante quien lo emparejó con el San Jerónimo.

Finalizadas las novedades, fue en busca del alférez Jaque. Sus despachos con el almirante le permitían frecuentar a sus amigos. Se interesaba por sus andanzas, y escuchaba sus alegrías y tribulaciones como si fueran propias. Con los suyos lejos, aquellas visitas tenían para él algo de refugio.

La familia Queiroz, con la amenaza inglesa encima, se había trasladado a casa de una regatera, amiga de Natalia, que vivía intramuros. Tiago, integrado en su compañía de portugueses, lo puso al tanto del apresurado matrimonio de Branca con Rodrigo Jaque, así como la parte que le cupo en ello.

—¡Qué me decís! —se sorprendió Gabriel, y supo leer entre líneas el sacrificio del joven. El bisoño que retornó de la jornada de Inglaterra se había transformado en un soldado seguro de su papel en aquellos turbulentos días.

A Jaque lo encontró cerca de la puerta norte de la muralla, junto a la iglesia de San Andrés, donde se hallaba su compañía, recién llegada a la ciudad tras varias jornadas de hostigar el avance enemigo. La plaza que rodeaba al templo se había convertido en un improvisado campamento, con hogueras para calentar el rancho, pertrechos, armas, jergones extendidos y una cerca de sogas para encerrar a los caballos.

El alférez se alegró al verlo. Tras disculparse por la suciedad y el polvo que llevaba encima, le ofreció compartir el rancho del día, le refirió en breves palabras la encamisada y acabó aterrizando en el problema que ocupaba sus pensamientos.

Sentados sobre dos sillas de montar, le confesó sus incertidumbres acerca del reciente matrimonio. Aunque lo había contraído por amor, no estaba seguro de que Branca compartiera del todo sus sentimientos.

—A mí me parece una mujer que sabe lo que quiere —replicó Gabriel, que no veía la gravedad del asunto.

—Dios os oiga. Pero yo no lo tengo tan claro, capitán. Y os juro que antes me corto las manos que ponérselas encima si ella no lo desea.

—Loable propósito, amigo Rodrigo. Pero ¿qué os hace pensar que no querrá unirse a vos? No se rinden damas ni se conquistan plazas con espíritu pusilánime.

Jaque frunció los labios y arrugó el ceño.

—Sé que Branca estuvo, en el pasado, prendada del compañero de su madre.

—Sería un capricho juvenil.

—¿Capricho? Si para seguirlo se hizo pasar por varón y se embarcó en una de las naos de la Gran Armada.

—Vaya, con la moza. Creedme: os habéis echado una esposa con carácter. ¿Cómo acabó todo?

—Él la descubrió y la obligó a bajar a tierra.

—¿Y qué fue de ese hombre?

—Jamás regresó.

—¿Le habéis preguntado a ella por el asunto?

—¿A Branca? Jamás se me ocurriría.

Al contrario que Tiago, Jaque le pareció ahora más descentrado que la última vez que lo viera. Sus tribulaciones se le antojaban algo desmedidas. Quizá el amor le estaba nublando la vista.

—Y la guerra ¿cómo la veis?

—Soy optimista. Sin artillería y sin el apoyo de su flota, ¿qué clase de sitio pretenden hacer los ingleses en Lisboa? Me preocupa más el enemigo interior. Aunque los naturales les han prestado poca ayuda desde el desembarco, tampoco se inclinan abiertamente por nosotros.

—Quizá aguardan a ver hacia qué lado inclina su fiel la fortuna.

A cambio de sus confidencias, Gabriel le relató el secuestro de su hermana y la búsqueda del Relief. La reacción del alférez lo desconcertó:

—Casi me hacéis sentir vergüenza. Al lado de vuestros problemas, los míos se antojan minucias.

—Os jugáis la vida cada día, señor Jaque. Minucias o no, espero que podáis resolverlos felizmente.

—Y yo os deseo la mejor de las suertes.

Gabriel regresó a la fragata pensando que la suerte, por sí sola, valía poco. Sólo la voluntad del hombre inclinaba el curso de las cosas, y ni aun así bastaba. Llevaba días observando y examinando navíos sin dar con el que buscaba. Cuanto más conocía el laberinto de la Contra Armada, más clara veía la dificultad de su empeño: no sólo por el número de buques, sino porque muchos tenían el mismo porte que el Relief, lo que hacía casi imposible distinguirlo entre el sinfín de cascos y velas.

Quedaba un atajo, más expeditivo y también más arriesgado. Consistía en apresar uno de los barcos ingleses y arrancar la información a sus oficiales.

A Pascual Laiseca no le gustó la idea. Negó despacio y se lo desaconsejó con razones bien trabadas. Primero, lo difícil del empeño; después, los reparos que pondría el señor Manso, por no mentar al almirante Bazán; y por último, pero no menos importante, el peligro añadido al que se expondría a la tripulación.

—Los años te están volviendo miedoso, Pascual.

—¿Miedo yo?

—Cuando hacíamos corso en el mar del Norte no eras tan delicado.

—Era distinto. Allí atacábamos presas sueltas. O, a lo sumo, pequeñas escuadras. Pero ¿has contado cuántas velas tiene ese míster Drake bajo su mando? —replicó con viveza—. Entre grandes y chicas, descontando pérdidas y deserciones, le restan más de doscientas.

—No vamos a atacar a toda la armada, Pascual. Nos basta con apoderarnos de un solo bajel.

—¿Y me dirás cómo?

—Es muy sencillo —intervino Mahagüini, también presente—: la próxima

vez que nos persigan, en lugar de acogernos a los cañones de Cascaes, nos abrimos a la mar y les tomamos uno.

Laiseca se sintió traicionado por su compañero, que, para una vez que hablaba, le quitaba la razón.

—No creo que sea tan simple. Pero supongamos que sale bien —concedió —, que capturamos uno, interrogamos a los hombres y nos dicen dónde está el Relief. O dónde creen que está, porque también para ellos cuenta el número. Luego, ¿qué?

—Luego, ya veremos —dijo Gabriel—. ¿Te parece poco avance saber dónde se halla lo que buscamos?

—¿Y Humberto Manso?

—De Manso me encargo yo.

García se les acercó con un cuartillo de vino.

—Para que vuesas mercedes se refresquen el gaznate —dijo. Y entregó a cada uno una jarrilla de hojalata.

—Espabila el pajecito —apuntó Laiseca.

—Espabila —confirmó Mahagüini.

—Y le gusta el mar —dijo Gabriel, con una sonrisa de satisfacción. Iba a hacer de aquel zagal un marino de provecho.

XXVI

1

Afueras de Lisboa

El ejército inglés no llegó frente a las murallas de Lisboa hasta la mañana siguiente al Corpus Christi, con lo que don Antonio no pudo cumplir su propósito de entrar en ella en tan señalada fecha.

Norris y sus oficiales, tras recorrer el perímetro amurallado, decidieron asentarse en las alturas del oeste, entre los Molinos de Viento, el barrio alto de San Roque y la Esperanza, una posición de indudable valor estratégico, táctico y también logístico. Aparte de contar con buenos alojamientos, quintas e iglesias amplias y frescas, era fácilmente defendible frente a posibles salidas de los sitiados, se hallaba cerca del río —lo que facilitaba recibir el auxilio de su armada— y permitía, en buena medida, resguardarse de los cañones del castillo de San Jorge, cuyo alcance y precisión eran tales que ya durante la aproximación los habían obligado a avanzar por caminos desenfilados.

Pese a la aparente facilidad con que el ejército invasor se había presentado ante Lisboa, los problemas no tardaron en aflorar. El calor sofocante y la agotadora marcha a través de un país devastado por el enemigo habían quebrantado a la tropa. La alimentación era irregular, y en ocasiones miserable: hubo jornadas en que no tuvieron más sustento que avena sin moler o miel sin pan que la acompañase. El agua, tomada en abundancia de charcas y acequias, multiplicó los casos de disentería.

Mas, con ser graves estos males, ninguno pesaba tanto como la tibieza del pueblo portugués. La esperada insurrección contra el Austria no se producía, y aquella pasividad minaba la moral y comprometía el plan entero. Norris y sus coroneles, que habían confiado en una adhesión casi inmediata, empezaban a comprender el alcance de su error. Apretados por el tiempo y el dinero, habían prescindido de artillería de sitio, torres de asalto, escalas y demás ingenios necesarios para rendir una plaza del tamaño y fortaleza de Lisboa. Y sin esos medios, el asedio se convertía en apuesta cercana a la temeridad.

Norris, como es habitual entre los hombres, buscó fuera de sí las causas del infortunio. Al Prior le reprochaba las promesas infladas y los cálculos fallidos. La confianza inicial se tornó desdén, y los reproches, primero discretos, acabaron por hacerse públicos. Si no lo había enviado de vuelta a Inglaterra era porque aún abrigaba la esperanza de que sus partidarios le facilitasen, de algún modo, la entrada en la ciudad. A Drake, por su parte, le achacaba la falta de concierto en la estrategia y los movimientos, y la ausencia de una acción decisiva sobre el estuario. Norris había dado por supuesto que, a su llegada, la armada dominaría ya el Tajo; comprobar que no era así añadía un nuevo obstáculo a los muchos existentes.

Pese a todo, el general y su estado mayor procuraron mantener la compostura y concentrarse en lo único que importaba: forzar la caída de Lisboa antes de que la empresa se les deshiciera entre las manos.

Tras anunciar su presencia con redobles de tambor, banderas al aire y un vistoso despliegue de tropas para insuflar esperanza en los leales y desaliento en los contrarios, el general dispuso que se fortificasen las calles orientadas hacia la muralla. Se levantaron empalizadas y se asentaron gaviones rellenos de tierra para amortiguar el castigo de la artillería de San Jorge y el fuego constante de los tiradores apostados en el adarve. Aseguradas en lo posible las posiciones, pasó revista al terreno para identificar fortalezas y debilidades, y diseñar su plan de acción.

El punto más vulnerable del recinto era la ribera del Tajo. El prolongado auge comercial de la ciudad, el esplendor del imperio ultramarino, la paz con Castilla y la falta de enemigos externos, habían relegado la defensa de ese flanco. Donde antaño se alzaba una sólida cerca, se abrían hogaño puertas, postigos y calles que miraban al río con más afán de comercio que de resguardo. Era, sin duda, por allí por donde parecía lógico asestar el golpe principal. Norris estaba persuadido de que, con el apoyo de la flota, la ciudad habría cedido sin excesiva resistencia. Mas, para su desgracia, Drake seguía en paradero incierto, y quienes dominaban el estuario eran las galeras y naves mancas del enemigo.

Privado del control del río, volvió los ojos a la muralla occidental, que, aunque más sólida, ofrecía puntos desde los que hostigar y acercarse.

Intentó, pues, apoderarse de dos iglesias próximas a la cerca para convertirlas en improvisados baluartes, como hiciera en La Coruña con el convento de Santo Domingo. Pero los defensores, prevenidos, sembraron sus tejados,

salientes y arbotantes de arcabuceros y mosqueteros, cubiertos a su vez por el fuego desde las propias almenas. Una red de tiradores cruzados que complicaba la maniobra.

Y no fue el único contratiempo. Las casas y almacenes adosados a la muralla habían sido derribados o incendiados para dejar un corredor despejado que privaba al atacante de abrigo y facilitaba la defensa.

Ante tales impedimentos, Norris y sus coroneles optaron por una disposición más cauta. La noche que siguió a su llegada distribuyeron a las compañías en viviendas, corrales y bocacalles cercanas a la muralla, procurando aproximarse cuanto fuese posible sin exponerse en demasía. Y, antes de que clarease el alba, dieron comienzo formal al asedio.

Las banderas portuguesas ocupaban una pequeña pero decisiva manzana entre el postigo de la Trinidad y la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, uno de los templos que los mosqueteros españoles habían logrado tomar. Su cometido era batir a los defensores desde las casas fronteras.

A Geraldo le asignaron tres casas contiguas. Repartió a sus hombres con criterio, abrió pasos en paredes y tapias para comunicar las estancias por dentro y dispuso a los tiradores en ventanas, portones, balcones y doblados. Con la claridad del amanecer, el fuego se hizo más vivo y certero. Dos de los suyos yacían ya muertos; otros dos, malheridos, habían sido evacuados al hospital de campaña.

La estancia que servía de puesto principal contaba con amplios balcones enrejados que miraban a la muralla. En el centro había una gran mesa de madera noble, manchada con la sangre de uno de los muertos, y a su lado una tina con agua para enfriar los cañones de las armas. Geraldo vigilaba el tejado de la iglesia de Loreto, erizado de enemigos. El fuego era graneado y las balas silbaban tan cerca que podía sentirse el calor del plomo.

—¡Capitán!

Mendes debió repetir el llamado para sacarlo de la concentración con que seguía el tiroteo. Geraldo se volvió hacia el sargento, que se apoyaba en su larga vara de mando.

—Tenemos una visita ilustre —añadió.

—¿De quién se trata?

—Del rey en persona.

Geraldo se irguió de pronto y le dirigió una batería de apresuradas preguntas.

—¿Dónde está? ¿Qué quiere? ¿Por qué no me habéis avisado antes?

—Acaba de llegar —repuso Mendes con calma—. Está en el patio de la casa contigua, y desea hablar con vos.

Geraldo le pidió que lo llevara hasta él. Antes de salir ordenó a sus soldados que no bajaran la guardia:

—Que los castellanos sepan quiénes somos.

Salieron de la habitación, cruzaron un corredor largo y desembocaron en un patio de tapias altas. A través de un boquete irregular, accedieron al patio vecino, más grande y luminoso, donde don Antonio de Avis conversaba plácidamente con varios miembros de su séquito y con los capitanes que cubrían aquel sector: los hermanos Jerónimo y Gonzalo Nunes.

—Amigo Henriques, me alegra veros. —Don Antonio le dedicó una sonrisa franca y una mirada vivaz que reconfortaron a Geraldo—. ¿Cómo se portan vuestros hombres?

—Como leones, alteza.

Don Antonio le echó un brazo al hombro y lo atrajo hasta el círculo de sus allegados. El príncipe don Manuel, que conocía a Geraldo, le tendió la mano.

—Venid —dijo el rey—. Os presentaré a un amigo muy querido: fray Luis de Soares.

El fraile inclinó con rigidez una cabeza que ya no requería tonsura. Geraldo lo había visto alguna vez por el campamento, aunque nunca habían hablado. Tenía los ojos pequeños y las orejas grandes y tan curtidas por el sol que parecían de barro cocido.

—Fray Luis pertenece a la orden de la Santísima Trinidad y de los Cautivos, dedicada, como sabéis, a devolver la esperanza y la fe a los hermanos que padecen el yugo de la esclavitud o la prisión.

Mientras el rey hablaba, el fraile mantenía la cabeza baja, en gesto de modestia. En su hábito blanco destacaba una cruz bicolor, con un brazo rojo y otro azul.

—Pero acompañadme. También vuesas mercedes, señores capitanes. —Don Antonio dedicó un gesto de disculpa al resto de su séquito y se apartó hacia un rincón del patio al que una higuera ofrecía su sombra.

A Geraldo, aquel detalle de confianza lo llenó de orgullo.

—Al otro lado de la muralla que tenemos enfrente se halla el convento de los Trinitarios de Lisboa. —El rey hizo una pausa—. Fray Luis lleva algún tiempo en contacto secreto con el abad, un hombre afecto a nuestra causa —prosiguió en voz más baja—. Han entrado en inteligencia para que, de no ser posible

forzar las defensas de la villa, como todo indica, por la noche nos franqueen la entrada.

La noticia impresionó a Geraldo, que no sabía bien cómo reaccionar: si con la calma del veterano, con la ilusión del vasallo fiel o con el pasmo de quien escucha una gran revelación. Optó por un término medio. Abrió mucho los ojos, cabeceó y dijo:

—Una noticia extraordinaria, alteza.

Los hermanos Nunes también expresaron su sorpresa.

—Así es, señores. Pero mejor cedo la palabra a fray Luis para que os cuente el concierto.

—Dentro del huerto del convento hay un portillo de la muralla condenado tiempo atrás —dijo el fraile, que tenía una voz grave y profunda—. Esta noche, después del toque de completas, los monjes se pondrán manos a la obra. No sé cuántos ayudarán al buen abad, ni el grosor del muro, ni el tiempo que tardarán en reabrirlo. Puede que lo consigan en una hora, o puede que en cuatro.

—Vuestra tarea será doble —tomó el relevo el rey—. Por un lado, tendréis que recrudecer el ataque para mantener ocupados a los castellanos y cubrir el ruido que puedan hacer los monjes. Por otro, estar atentos al portillo. En cuanto esté despejado, habréis de lanzaros hacia él y penetrar en la muralla.

Aquella última frase estimuló a Geraldo, que se dio un golpe en la coraza con el puño. ¡Clang!, sonó. Jerónimo Nunes se mostró más prudente.

—¿Nosotros solos? —preguntó.

Sonrió don Antonio con la suficiencia de quien se espera la pregunta y conoce la respuesta.

—Detrás de estas casas se va a concentrar el regimiento del coronel Brett, a quien acompaña, nada menos, que el conde de Essex. —El rey hizo una breve pausa para dejar que sus capitanes asimilaran la noticia—. En fin, nos hallamos, como veis, en un momento crucial, y vosotros, mis señores, tenéis en vuestras manos la llave de la jornada.

Los capitanes permanecieron en silencio. No había palabras adecuadas para responder al peso de aquella responsabilidad. Ni a la confianza que implicaba.

—Esta información es confidencial —añadió don Antonio—. No debéis revelarla a nadie hasta que llegue el momento oportuno. Cualquier indiscreción, por inocente que parezca, podría resultar fatal.

Comunicada la misión, regresaron junto al resto del grupo. Y tras un rato

más de conversación, el rey se despidió para proseguir su ronda.

Geraldo volvió a su puesto inflamado de moral y lleno de sueños. Mas, para hacer realidad esos sueños, debía antes concentrarse en la batalla.

Y la batalla prosiguió, recrudecida, por la tarde.

Los ingleses acometieron también por el ángulo en que la muralla giraba hacia la ribera. Combatiendo con coraje y tesón, lograron alcanzar el astillero y hacerse con algunos almacenes y corrales en la orilla del Tajo, desde los que atacaron con violencia las puertas, lienzos y bocacalles de aquel flanco. Pero el conde de Fuentes había emplazado con acierto sus cañones y los combates se prolongaron durante horas. Dos, tres y hasta cuatro veces intentaron los ingleses penetrar en la villa, y otras tantas fueron rechazados. Aquella artillería, con apoyo de los tiradores apostados en casas y tejados, obligaba a las tropas de Norris a derramar mucha sangre con escaso resultado.

El estruendo, el humo espeso de la pólvora y el calor sofocante convirtieron el astillero, durante unas horas, en el ojo mismo del huracán. Avanzada la tarde, cuando la defensa parecía vacilar, irrumpieron las galeras desde el río y batieron la retaguardia inglesa. Atrapados entre dos fuegos, los asaltantes se vieron forzados a replegarse a sus posiciones iniciales.

2

Lisboa

La estrategia del archiduque don Alberto, que había ordenado al conde de Fuentes recoger dentro de Lisboa a todas las fuerzas disponibles, daba fruto. El castillo de San Jorge hostigaba con sus tiros parabólicos a cualquier escuadrón enemigo que, por descuido, quedase enfilado. Las tropas, firmes en sus posiciones, rechazaron con brío los asaltos ingleses, primero en la zona de los Molinos de Viento y en la puerta de Santa Catalina, y luego más abajo, en el flanco que daba al río. Y la caballería portuguesa del conde de Vila da Horta se encargaba de la vigilancia interior de calles y plazas, en prevención de tumultos o saqueos.

Ignoraba Alberto de Austria que tenía un feroz detractor en Bruno Maciel, que a cada momento lo maldecía por haber ordenado, a través de un bando, la requisa de todas las acémilas, carros y carretas necesarias para la defensa. A causa del dicho bando, llevaba día y medio acarreando víveres y pipas de agua

y de vino a diversos puntos de la ciudad, para que no les faltase mantenimiento a los soldados.

—¡Que tenga yo que alimentar a estos gandules! —refunfuñaba el hombre —. Y sin ganar un solo real.

—Si os pagaran, ¿os habría mortificado menos? —le preguntó Mateo.

—Si ese archiduque se aprovecha de mí para la defensa de su reino, qué menos que pagar por ello. ¿Sabes cuánto dinero hemos dejado de ganar hoy?

—¿De qué dinero habláis, padre? Con el inglés en las puertas, no hay quien quiera hacer un porte.

—Ese no es el punto, Mateo. Pregúntate por qué no hay portes. ¿No lo sabes? Porque estamos sitiados. ¿Quién tiene la culpa de este puto sitio? Los castellanos. ¿Y por qué hay castellanos en Lisboa? ¿Eh? Por culpa de ese desconfiado de Felipe.

Las últimas pipas las descargaron en la Baixa, cerca del astillero, donde, a causa de los combates, se concentraban muchas tropas. Maciel, que tenía ganas de visitar a su viuda, encomendó a su hijo la recogida del carro. Y Mateo lo agradeció. Prefería realizar esa tarea solo que seguir escuchando la inagotable letanía de su padre.

Atravesó las agitadas calles —nadie quería perder noticia de lo que ocurría —, hasta el corralón donde solían guardar el carro. Desunció las mulas, les dio de beber, echó en el pesebre dos cuartillos de cebada que revolvió con la paja y cogió un cepillo de raíces. Mientras lo pasaba por el lomo de los animales, volvió sobre la idea que venía rumiando todo el día.

Sacó luego del bolsillo una navaja, abrió un melón pequeño y fue cortando tajadas. Algunas palomas revoloteaban y se posaban en las tapias y tejados cercanos. Lamentó no haberse traído la hondilla para intentar tumbar a una. Al terminar, recogió las cáscaras, se las echó a las mulas y abandonó el corralón. Necesitaba algo de consejo.

Tomó el empinado camino que conducía al castillo de San Jorge y, a media altura, se desvió a la derecha, por un estrecho callejón que desembocaba en un huerto de naranjos al que daban varios mesones. En el centro se alzaba un pilar con un buen caño de agua. Entre los árboles, cuerdas tendidas sujetaban sábanas y ropas recién lavadas. Alrededor, mesas y bancos de madera tosca acogían a grupos de mujeres en ropa de faena que reían y charlaban sin freno.

En uno de esos grupos, aunque un poco apartada, divisó a Branca.

—¿Cómo tú por aquí, hermanito?

—Hace días que no te veo. Espero no ser inoportuno…

—Al contrario. Estaba deseando ver una cara familiar.

La brisa que soplaba a la sombra de los naranjos atenuaba el calor del día.

—¿Es algún enamorado, Branca? —le preguntó con un guiño una mujer pecosa.

—No, es mi hermano Mateo.

Satisfecha la curiosidad, la mujer volvió a la alegre algarabía del grupo.

—¿Cómo te va con tu marido? —preguntó Mateo.

A Branca se le subió de golpe el color al rostro. Era la primera vez que alguien de la familia se refería a Rodrigo Jaque como su marido. Aunque marido, lo que se dice marido, todavía no lo era. Algo que por nada del mundo le confesaría a Mateo. Y menos a aquellas mujeres que daban por sentado lo contrario. ¡Qué mujeres, virgen santa! Hablaban de los asuntos del lecho con tal frescura que casi la avergonzaban.

—Está cerca de aquí, en la puerta norte. Ayer fui a llevarle la comida. Es costumbre entre las… esposas de los soldados preparar el almuerzo y hacérselo llegar al puesto.

—¿Preocupada?

Mateo tomó por preocupación el azoramiento de su hermana, y ella se lo pensó unos instantes antes de responder. ¿Lo estaba?

—Es una zozobra constante, hermano. No sólo por el señor Ja…, es decir, por Rodrigo, sino por el asedio, la guerra, los enemigos, todo. No parece real. Ahora estamos aquí, charlando tranquilamente, y mañana podríamos estar… ¡Ah! No quiero ni pensar en lo que ocurrirá si los ingleses entran en la ciudad. Dicen que el Prior ha prometido doce días de pillaje. Miles de diablos desatados, recorriendo calles, saqueando casas, matando y deshonrando. Qué horror.

Mateo asintió. No se lo había planteado así.

También allí había palomas en los tejados, y tórtolas, y bandadas de gorriones picoteando entre las migas y los granos que caían al suelo. Con una buena ballesta, podría cenar pajaritos fritos.

—¿Y tú? —Branca cambió de tercio—. ¿Dónde está Maciel?

—Ha ido a ver a su querida.

—A su buscona, querrás decir. No sé cómo lo soportas.

—Es nuestro padre.

—Es el asesino de nuestra madre.

Mateo dejó pasar el comentario. Era verdad lo que decía Branca, pero el viejo estaba cojo, necesitaba ayuda y seguía siendo su padre. Mejor sería entrar en materia de una vez.

—He venido a pedirte tu parecer sobre un asunto —dijo, y a continuación le contó lo que había sabido del capitán Lope de Sousa y del dinero que el señor Reigosa le había hecho llegar a través de Maciel—. Creo que ese dinero era para una traición —concluyó—. Quizá para franquearles la entrada a los ingleses por algún postigo.

Branca quedó boquiabierta. El sol se ocultaba tras una de las colinas de Lisboa. Era la hora de los mosquitos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó al fin.

—Padre lleva tiempo en pláticas con ese capitán. Los dos reniegan del rey Felipe y del archiduque, siempre disconformes con lo que tienen. Pero hasta el otro día, cuando le entregamos el dinero, no sospeché lo serio del negocio.

—¿Has hablado con Tiago?

—Lo pensé, pero ese don Lope es su capitán, y el asunto podría salpicarle. Tu marido, en cambio, es un oficial y quizá pueda averiguar algo.

—No creo —respondió pensativa—. Rodrigo es español, y no están las cosas para que un castellano meta las narices en los asuntos de los portugueses.

—Nada perdemos por preguntarle. ¿No dices que está cerca? Pues vamos a buscarlo.

Branca reconocía el peso de los argumentos de su hermano. El asunto era, en verdad, grave. De modo que superó la extraña vergüenza que le causaba ir a buscar a Rodrigo, se levantó de la silla, se ajustó la cofia de casada, de fina lencería blanca, rematada en unas cintas que descendían por la trenza, y echó a andar delante de Mateo.

—¿Vendrás para la cena? —le preguntó la mujer pecosa.

—Vendré.

Para llegar a la puerta norte había que bajar y luego ascender por la colina de Gracia. Vencejos y golondrinas llenaban el cielo del atardecer, sin una nube, y con calima en el horizonte.

El alférez Jaque distinguió enseguida su silueta esbelta y su paso cadencioso. Le bastó esa imagen para convertir en gozoso un día de sudor y violencia. La observó mientras avanzaba entre la tropa, atrayendo las miradas de muchos, y se infló de orgullo. Era su esposa.

Se saludaron con una sonrisa. Aquella tarde se sentía capaz de vencer a un

gigante. Ni siquiera las sospechas que Mateo le transmitió lograron disipar esa sensación de plenitud.

—Capitán Sousa, ¿no?

—Lope de Sousa —precisó Mateo—. Del tercio de Manuel Castelblanco.

—¿Y Tiago, dónde está?

—Junto al río, guardando los muelles del carbón y los hornos de cal. Pasamos por allí esta mañana.

—¿Qué podemos hacer? —resumió Branca su inquietud.

Se hizo un silencio breve. Branca miraba de reojo a Jaque: las dos arrugas verticales a los lados de la boca, la dentadura blanca, el cabello suelto y algo sucio, los hombros anchos. ¿Cómo sería dejarse abrazar por él?

—Marchad tranquilos —dijo su esposo—, que sé muy bien con quién debo hablar.

La conversación parecía cerrada, pero Jaque seguía contemplando a Branca.

—¿Cómo ha sido tu día? —dijo ella.

—Malo, hasta hace un momento, querida.

Branca se ruborizó, pero no le importó demasiado.

—No permitas que te maten —respondió—. Querido.

3

Postigo de los Trinitarios

Con la caída de la tarde, el tiroteo había amainado un tanto. Por encima de la muralla asomaba el campanario del convento de los Trinitarios, al que Geraldo dirigía la vista con frecuencia. En los tejados de la vecina iglesia de Loreto, los mosqueteros enemigos se movían como sombras.

Los ingleses, tras ser rechazados en el astillero, habían rodeado las murallas por el norte y desplazado muchas de sus banderas hacia la otra punta de la ciudad, con la intención de lanzar un ataque durante la bajamar por la zona de los muelles del carbón.

Un balazo impactó en la arista del balcón enrejado donde se hallaba Geraldo y desprendió un pedazo de argamasa que le salpicó de polvo la coraza. Asomó con cautela la cabeza y oteó el origen del disparo. Por la trayectoria, dedujo que el tirador se ocultaba tras uno de los arbotantes de la nave central de la iglesia. A escasos veinte pasos, la figura resultaba borrosa.

Apoyó el cañón del arcabuz sobre un barrote. No era un arma propia de un capitán, al menos en circunstancias ordinarias, pero había tomado la de uno de los heridos. Se enjugó con el envés de la mano el sudor que le bajaba de la frente, apuntó con cuidado y apretó el gatillo. El humo se le metió en la garganta, y al disiparse comprobó con una punzada de júbilo que había sido un tiro afortunado. Varios enemigos arrastraron al caído por el tejado hasta una de las ventanas. *Un bastardo menos,* pensó. El pensamiento le trajo, como un relámpago, la imagen de Duarte Salazar. Le habría gustado que fuese él.

Por más vueltas que le daba, no comprendía cómo pudo engañarlo tanto tiempo si apenas había cambiado: la barba, que en Terceira no gastaba, y el rostro, algo más chupado, pero seguía siendo el mismo maldito Salazar de siempre, cínico e insolente. Cuántas veces no se habría burlado de su ceguera. Aquel pensamiento lo corroía. Ponerle los grilletes se le antojaba un castigo leve para el daño que había hecho.

Las campanas doblaron a completas. Al fin.

—A partir de ahora, quiero que queméis los arcabuces hasta derretirlos —ordenó a sus hombres—. Se avecina un asalto y hemos de mantenerlos entretenidos.

Los soldados obedecieron con el cansancio de quien lleva doce horas al pie del cañón. Geraldo recorrió las tres casas que ocupaba su bandera. A todos daba la misma consigna: apretar.

Después, se allegó hasta donde estaban los hermanos Nunes para coordinar la acción. Aunque tenían una idea aproximada de la ubicación del viejo postigo, nadie conocía con certeza su emplazamiento. Podía incluso hallarse bajo los escombros de las casas que los españoles habían quemado y desbaratado junto a la muralla.

Sin embargo, Geraldo abrigaba el presentimiento de que estaba justo frente a su sector, y se apresuró a regresar. Aquella operación le ofrecía la oportunidad de arrojarse como un tigre sobre el portillo y ser el primero en poner el pie dentro de Lisboa. Ah, cuánta gloria podía ganar.

Detrás de los patios comenzaba a reunirse el regimiento inglés. El ruido de las botas, de los correajes y corazas, y el murmullo de tantas voces eran claramente perceptibles.

La oscuridad se apoderó al fin de la ciudad. La luna, ya menguante, aún no se alzaba y el cielo estaba cuajado de estrellas. Los murciélagos, sucesores de las golondrinas, se daban su festín de insectos. Un cañonazo despedazó parte del

alero. Las piezas menores que los españoles habían emplazado en las torres cercanas no dejaban de causarles daños.

Avanzaba la noche. Geraldo, inquieto, hizo otra ronda de reconocimiento y exigió a sus hombres un último esfuerzo.

—Más no se puede —protestó el cabo Hernandes—. Los cañones están al rojo vivo. Si no los refrescamos, van a reventarnos en las manos.

—Para eso están las tinas con agua —le replicó, de malos modos.

El propio Robert Devereux visitó la posición. Alto, apuesto, cortés, su sola presencia imponía. Durante un rato permaneció junto a Geraldo, observando el lienzo frontero en silencio.

Poco después, la campana de la catedral, lejana, se impuso sobre las salvas de los arcabuces y el trueno, cada vez más esporádico, de los cañones. Era la medianoche.

—Malditos frailes —murmuró Geraldo—. ¿A qué esperan?

Los hombres, agotados y desilusionados, disparaban con menos frecuencia. Y Geraldo, con los ojos rojos por el cansancio y el humo de la pólvora, no tenía ánimo para exigirles más.

La luna salió al fin, recortando su círculo menguante sobre el castillo de San Jorge. Las iglesias tocaron a laudes. Pronto amanecería.

Nada.

4

Afueras de Lisboa

Amaneció un día más. En la gran plaza del Rossio comenzaron a concentrarse numerosas compañías de infantería y escuadrones de caballería. Pareciole al conde de Fuentes que la retirada estratégica de los días anteriores podía haber sido interpretada por el enemigo como signo de temor. Y puesto que la tibieza de los últimos asaltos ingleses revelaba desánimo, resolvió invertir la situación: arremeter contra sus posiciones y tomarles la iniciativa.

El ataque se articularía en dos frentes. Uno de los grupos, el más numeroso, partiría por la puerta de San Antón, al norte de la villa. El otro lo haría por la puerta de Santa Catalina, junto a la iglesia de Loreto, en el centro del muro oeste.

En medio de la plaza, Jaque trataba de apaciguar a su caballo, nervioso por el

tumulto de voces y relinchos, y por la tensión creciente que se respiraba entre las filas. Todos los hombres sabían que aquella sería una maniobra difícil, pero necesaria, que permitiría alterar el curso de la campaña. Y arriesgada, porque iban a enfrentarse a un ejército mucho más numeroso y bien atrincherado en un barrio de calles angostas y quebradas, donde la caballería tendría poco margen para desplegarse con eficacia.

Pasada la hora tercia, el conde de Fuentes subió los escalones del pórtico del hospital de Todos los Santos, cuya imponente mole presidía la plaza del Rossio, y ordenó a los capitanes que iniciaran la marcha con sus respectivas unidades.

Desfiló el contingente que atacaría por la puerta de Santa Catalina y desapareció entre las callejuelas que conducían hacia ella. Al momento se abrieron, con gran estrépito de herrajes y crujido de travesaños, las hojas de la puerta de San Antón, por la que fueron desfilando, en riguroso orden de batalla, tres compañías de arcabuceros y piqueros y dos de caballería.

El ancho camino seguía el trazado curvo de la muralla y ascendía hasta alcanzar el colegio de los jesuitas, en lo alto del cerro. Desde allí podían contemplar el barrio alto de San Roque, convertido en un vasto campamento. Aquel día, los ingleses habían optado por tomarse un respiro: el movimiento era escaso y no se observaban indicios de ofensiva inmediata.

Escondidos tras el edificio del colegio, los capitanes aguardaban la señal de ataque. El sol, más benigno que en jornadas pasadas, calentaba con mansedumbre el hierro de las corazas. Jaque sentía acumularse el sudor bajo el acero de su celada y de su armadura —liviana, sin gorjal ni protecciones en los brazos—. Le resbalaba desde la frente hasta las cejas, le chorreaba por el cogote, le empapaba las axilas y le corría por los antebrazos. Su caballo subía y bajaba la cabeza con brusquedad, masticaba el bocado y giraba sobre sí mismo, impaciente por moverse. Lo mismo ocurría con las monturas de sus compañeros, que piafaban entre el murmullo contenido de la tropa. Una densa nube de moscas molestaba a los animales.

Pese a todo, Rodrigo Jaque se sentía exultante. Gracias al soplo que le diera Mateo, habían conseguido apresar a Lope de Sousa antes de que le franquease las puertas al enemigo. El capitán, aunque admitió haber recibido dinero, negó cualquier propósito de traición y, para probarlo, no vaciló en señalar a Rafael Reigosa y a Ruy Díaz Lobo, que fueron detenidos de inmediato en sus domicilios. En un proceso sumario, ambos fueron condenados a pena capital y

degollados en la madrugada. Sobre la picota donde quedaron expuestos, se colgó un cartel escrito en gruesas letras: *«Traidores al rey»*.

También se había neutralizado aquella noche otra conjura en el convento de los Trinitarios. Dos monjes del propio convento, sospechando el concierto que tenía el abad con gente del prior de Crato, dieron aviso al retén más cercano. Un piquete de soldados penetró en el edificio con suma cautela y sorprendió al abad y varios frailes en plena faena de zapa. Los apresaron y los entregaron a la justicia eclesiástica.

Pero más que todo eso, lo que verdaderamente elevaba el ánimo del alférez era el recuerdo de la visita que Branca le hiciera la tarde anterior: la ternura de su trato, la calidez de su mirada y el modo en que lo llamó «querido», pues nada hace tan valiente a un caballero que verse favorecido por su dama.

Rugieron los cañones del castillo de San Jorge, y sus pesadas balas caían con zumbido mortal sobre San Roque. Apenas se oyeron los primeros gritos, los capitanes dieron la orden de avanzar. Como un solo cuerpo, el contingente de infantería emergió de su escondite, descendió con rapidez por la ladera y arremetió contra las barricadas del extremo norte del campamento inglés. Tras una acometida feroz, lograron romper sus primeras líneas y adentrarse en él.

Las mangas de tiradores se desparramaron por las callejuelas estrechas y disparaban sin descanso contra cualquier escuadra que les saliese al paso. Los ingleses comenzaron a ceder terreno.

Al estrépito de los arcabuces se sumaban los gritos, los alaridos de dolor, las voces de mando, el clamor de los vítores y el retumbar constante del castillo, que continuaba castigando el extremo opuesto del arrabal. También reinaba el desorden frente a la puerta de Santa Catalina, donde el ataque paralelo había encendido por igual la refriega.

Después de un rato de encarnizada escaramuza, las compañías de mosqueteros y arcabuceros iniciaron su repliegue con buen orden, sin romper la formación ni cesar en sus rociadas mientras los ingleses, repuestos de la sorpresa, aprovechaban su superioridad numérica para recuperar posiciones.

Había llegado el momento de la caballería.

Desde su montura, Rodrigo Jaque contemplaba las incontables nubecillas de humo de los disparos: brotaban entre las callejas, ascendían sobre los tejados y formaban una calima espesa y gris suspendida en el aire quieto del mediodía.

El capitán Alarcón dio la orden de cargar. Su compañía, dividida en dos escuadrones, picó espuelas y se lanzó cerro abajo, como una tromba, para

proteger la retirada de los infantes. Cruzaron al galope entre las filas de los suyos y se arrojaron de lleno contra las fuerzas inglesas, que trepaban con dificultad por la ladera.

El alférez Jaque cabalgaba al frente de su escuadrón, como corresponde a todo buen oficial. Avanzó con ímpetu, embistiendo con su montura a un grupo de arcabuceros enemigos que, tras una salva, intentaban recargar sus armas. Arrolló a dos y el bruto pisoteó al tercero. Sin aminorar la marcha, disparó una de sus pistolas contra un soldado que se le acercaba por un costado. La guardó en la funda del arzón y sacó la segunda.

Sus hombres, actuando con igual resolución, se aproximaban hasta las filas enemigas, disparaban con sus armas de fuego y, sin detenerse, se revolvían para emprender la retirada. El campo, verde y florido, estaba ahora sembrado de cuerpos sin vida, de arcabuces, espadas y estandartes caídos.

Más ingleses se incorporaban a la línea de combate. A lo lejos, por una callejuela transversal, un cuadro de piqueros se alineaba para avanzar. Las balas zumbaban alrededor de Jaque. Una impactó sobre uno de sus hombres, que cayó del caballo con un grito sordo. El animal, desbocado, soltó una coz que le alcanzó de refilón en la coraza.

Jaque miró por encima del hombro: los arcabuceros habían conseguido replegarse hasta el amparo del colegio y habían recompuesto su formación. Nada más quedaba por hacer allí. Pero el herido se había incorporado sobre una rodilla y se sujetaba con fuerza la ensangrentada pierna. Sin dudarlo, el alférez tiró de las riendas y espoleó a la cabalgadura. El bruto, al sentir el hierro de las rodajas, se encabritó y arrancó a galope. Volaban los disparos, caía el plomo. Un infante enemigo, armado con una partesana, corría ya hacia el caído. Jaque disparó su segunda pistola y logró detener al atacante.

En cuatro trancos alcanzó a su compañero. Cargó el peso sobre un estribo, se inclinó con destreza, lo asió del brazo y, ayudado por la velocidad del caballo, lo alzó en vilo. El hombre cayó con violencia sobre la grupa y se aferró a su cintura.

La mayoría de los jinetes, cumplida la cobertura de la infantería, se retiraban ya. El capitán Alarcón, que lucía un chapeo negro adornado con una pluma roja, aguardaba pistola en mano a que sus hombres lo sobrepasaran.

La montura de Jaque, cargada con dos jinetes, resbaló y se sentó de ancas. Tres enemigos se aproximaban a paso rápido. Jaque apretó las espuelas y desenvainó la espada, para vender cara la vida. Pero el caballo se incorporó y,

bufando, jadeando y escupiendo espuma, con el cuello extendido y los belfos blancos, reanudó la marcha. Nuevos disparos sonaron a su espalda.

—¡Vamos, alférez!

Gaspar de Alarcón le hacía gestos para que se apresurara, mientras un grupo de arcabuceros frenaba a los perseguidores con una nueva rociada. El caballo comenzó a tambalearse. Perdía velocidad, y su aliento se tornaba ronco. Había sido alcanzado en las ancas.

La ladera se suavizaba. Jaque apretó los talones y le exigió un último esfuerzo. Las gotas de espuma eran ya rosadas. Entonces, otro jinete se aproximó a ellos y recogió al herido.

Así, liberado de parte del peso, el animal pudo alcanzar la cima y ponerse a cubierto tras el colegio jesuita. Jaque desmontó de un salto y fue a examinar la herida. Por un agujero del tamaño de una manzana, manaba un torrente de sangre brillante que manchaba el pelaje y resbalaba hasta el casco.

Las compañías dejaron las alturas de San Roque y emprendieron el regreso hacia la ciudad. Aunque mantenían la formación por puro hábito, el peligro había pasado: los ingleses, contenidos por el fuego de cobertura que provenía del adarve, abandonaron la persecución.

Rodrigo Jaque llevaba de la brida a su montura, coja y empapada en sudor. Al cruzar la puerta de la muralla, el capitán Alarcón se le acercó.

—Esta vez has estado cerca de no contarla.

—No se puede abandonar a un compañero.

Asintió Alarcón y le tendió una de sus pistolas.

—Está cargada —dijo simplemente. Luego, como si la decisión ya estuviera tomada, añadió—: Te voy a proponer para una ventaja.

—No lo merece.

—Eso lo decido yo.

Jaque tomó el arma, la apoyó en la frente de la bestia, apartó el rostro y disparó. El animal se desplomó. El alférez, que estaba tan bañado en sudor como si hubiese saltado a una alberca con la armadura puesta, se soltó el barboquejo y se quitó el casco. El cabello húmedo le cayó sobre la frente. El calor había crecido y la brisa apenas alcanzaba a aliviarlo. Sintió un agotamiento súbito, profundo, casi febril.

Más tarde supo que la otra columna también había cumplido su cometido, aunque la caballería, atrapada entre las callejas, sufrió mucho para poder salir y, en la retirada, atropelló y desordenó a la propia infantería.

El ataque había causado un daño tangible al enemigo. Algunos hablaban de doscientas bajas; otros, de quinientas. Como siempre, la verdad estaría en el punto medio. Las pérdidas propias, en cambio, fueron precisas: veinticinco muertos —entre ellos, un capitán y un alférez— y cuarenta heridos.

El capitán Alarcón concedió a Jaque la tarde libre, y lo despachó con la orden tajante de descansar. El alférez se dirigió a su alojamiento en el mesón, donde Branca lo aguardaba llena de inquietud. Lo recibió con un abrazo, cenó con él y, al caer la noche, lo acompañó al cuarto que compartían. Como en otras ocasiones, Jaque arrojó una manta al suelo y se tumbó sin decir palabra. Pero Branca no se lo permitió.

Lo tomó del brazo, lo condujo hasta el catre que ocupaba ella y, con manos temblorosas, lo ayudó a despojarse de las botas, de la camisa sudada, los cordones de las calzas y las medias sucias. Después, se dejó desabotonar el vestido y se acomodó a su lado entre las sábanas. Se inclinó, sopló la vela y en la oscuridad buscó las cicatrices que ya le había visto antes y le preguntó por ellas. Pero Jaque silenció sus preguntas con besos. Aquella inesperada recompensa valía más que cualquier ventaja que le pudiera prometer el capitán. Y pensaba disfrutarla sin medida, porque el mañana no estaba escrito para nadie.

Pero amaneció un nuevo día.

El archiduque Alberto, para celebrar el triunfo obtenido y acallar al mismo tiempo las habladurías y alarmas que circulaban entre los vecinos, ordenó realizar una parada militar.

Cabalgó don Alberto de Austria a la cabeza, flanqueado por el conde de Fuentes y Diego Coutinho, y seguido por un nutrido séquito de maestres, capitanes y entretenidos, por nobles y fidalgos, cuyas coloridas ropas y capas de seda alegraban la vista de cualquiera. Tras ellos avanzaba una larga columna de soldados formados en escuadrones compactos. Los tercios de Francisco Toledo, Gabriel Niño, Pedro Guzmán y Esteban Ibarra marchaban con el paso mesurado de quienes conocen su oficio, sus picas, firmes y enhiestas, formaban un bosque cerrado. Los seguían las compañías portuguesas, con sus partesanas y arcabuces, y la caballería con sus corazas ligeras, cascos y penachos.

El desfile arrancó del patio del castillo, cuya posición elevada lo hacía visible desde todos los rincones de la ciudad, e incluso desde las trincheras del enemigo. Las banderas, con sus cruces de borgoña, las armas de Portugal y los

escudos y blasones de los señores, ondeaban con pesadez en el aire casi quieto. El sol de la tarde reverberaba en las armaduras, en los cañones de los arcabuces y en las aristas de las picas. La formación descendió con paso marcial por la cuesta que llevaba a la Baixa, recorrió la plaza del Rossio y siguió por las estrechas callejuelas que conducían a la judería vieja. Miles de vecinos salieron a su paso: mujeres con cofias asomadas a los balcones, merceros y frailes, niños subidos a los pretiles de las fuentes y a los barrotes de las ventanas. Aplaudían y observaban con una mezcla de alivio y asombro aquella muestra palpable de fuerza. El choque sordo de las suelas contra el empedrado, el rumor de las voces, el fragor metálico de las armaduras, el relincho de los caballos.

La procesión terminó en la vasta explanada del Terreiro. Las tranquilas aguas del Tajo reflejaban la luz oblicua y los mástiles de las naos se mecían como ramas desnudas. Aquel desfile había sido una muestra de confianza para la inquieta y asustada población de Lisboa.

5

Camino de Cascaes

Los ingleses sepultaron a sus muertos, que fueron numerosos, entre ellos, el coronel Brett, que recibió un solemne funeral en la iglesia de Santa Catalina con cajas destempladas, banderas a media asta y arcabuces invertidos. Una ceremonia fúnebre que marcaba no sólo el fin de un hombre, sino también de la propia empresa.

Tras los oficios, Norris y sus coroneles mantuvieron una reunión que discurrió por senderos sombríos. Se habló del estado cada vez más precario de la tropa, mal alimentada, enferma y ahora profundamente desmoralizada. Las bajas habidas eran la prueba sangrante de sus debilidades, y una invitación peligrosa a nuevos ataques españoles, cuya moral parecía desbocada. Persistía, además, la amenaza latente de que llegaran más socorros para la ciudad.

Por otro lado, los problemas del asedio se hacían cada vez más patentes. La baza de un levantamiento popular a favor del Prior se había esfumado, y con ella, la promesa de que las puertas se abrirían desde dentro. Ante aquella cruda evidencia, la empresa se revelaba inviable, y el consejo acordó, contra el vehemente criterio del conde de Essex, y sin consultar siquiera al Prior do

Crato, la retirada inmediata de Lisboa.

—Hay tiempos de acometer y tiempos de retirarse, conde —concluyó el general Norris.

Al ocaso se encendieron numerosas hogueras para simular que el campamento seguía ocupado. A medianoche, en absoluto silencio, sin luces ni tambores, el ejército emprendió la marcha hacia Cascaes. Don Antonio encabezaba la vanguardia y la escasa caballería cubría la retaguardia. El tamaño de la fuerza, sin embargo, hacía el avance lento y pesado.

Con las primeras luces del alba fueron descubiertos por las galeras, que comenzaron a batirlos desde el río y los forzaron a apartarse de la orilla para internarse por un camino más largo y expuesto. La retaguardia, donde marchaban las banderas portuguesas, quedó especialmente comprometida y hubo de soportar durante toda la jornada el acoso constante de la caballería española.

Duarte y los hombres de la compañía de Geraldo resistían a duras penas aquellas acometidas. Los jinetes surgían de improviso, cargaban con estrépito y desaparecían para reaparecer más adelante, desde otro flanco, como si la tierra los pariese. La marcha se volvió extenuante. El sol, la falta de reposo y la tensión incesante los llevaron al límite. El repliegue degeneró en un vía crucis de emboscadas, desorden y muerte; en la precipitación se abandonaba a heridos y rezagados, y más de un estandarte cayó en manos enemigas.

Mientras combatía y se replegaba, Duarte no podía apartar el pensamiento de Isabel, que marchaba con el bagaje, lejos de él. Le angustiaba no poder protegerla y temía que alguna escaramuza se cebara en aquel sector más vulnerable. También lo mortificaba no haber hallado ocasión, durante el asedio, para cruzar las líneas y huir con ella a la ciudad. Había meditado el plan una y otra vez —calculado distancias, tanteado apoyos, buscado descuidos en la vigilancia—, pero siempre se interponían el servicio, los relevos o la mirada alerta de Geraldo. Milagro fue que, entre tanto desconcierto, emboscada y fuego cruzado, ambos lograsen sobrevivir.

Al término de aquella jornada amarga alcanzaron Cascaes, donde los aguardaban la flota y la fortaleza, por fin en su poder. Amparados por el mar, los barrancos y el castillo, los restos del ejército se atrincheraron en aquel rincón de Portugal, recompusieron como pudieron sus filas y contaron sus pérdidas.

Mas la situación de Duarte no mejoró. El perímetro defensivo estaba bien

guardado, y el cerco español hacía casi imposible cualquier fuga. Corrían rumores de un próximo reembarque, pero nada era seguro, y él, entre tanto, no acertaba a urdir un plan viable que no los expusiera a ambos.

La única nota positiva, en medio de aquella incertidumbre, era el sutil cambio en el trato de Isabel. En los breves instantes en que coincidían, advertía menos aspereza en su voz, le respondía sin ironía, sostenía la conversación un poco más de lo necesario y, en cierta ocasión, dejó asomar una sonrisa leve, tan fugaz que pudo haber sido ilusión suya.

¿Simple cortesía, fruto de la costumbre o de la necesidad?

En todo caso, aquel pequeño cambio de Isabel provocó en él una sacudida íntima, con señales que no podía ignorar: una torpeza desacostumbrada cuando ella se acercaba, el pulso acelerado al oír su voz, la mirada que, pese a su empeño en mantener la distancia, la buscaba entre el ir y venir del campamento. Y, sobre todo, cierta desazón callada cuando pasaban horas sin verla. No quiso poner nombre a aquello. Pero la sola sospecha de que su ánimo se inclinaba más de la cuenta lo inquietó tanto como, en secreto, lo confortó.

Isabel, por su parte, se fue amoldando, sin entusiasmo, a la vida de campamento. Se arrimó a un grupo de mujeres que seguían al ejército y con ellas compartía las tareas más humildes: lavar en el arroyo, guisar en común, remendar prendas junto al fuego. El trajín diario, aunque áspero, imponía cierta rutina que ayudaba a no pensar demasiado.

Su situación distaba de ser segura, pero el peligro inmediato de la deshonra o la violencia había menguado. Que todos la tuviesen por mujer de Duarte —por vergonzante que le resultara— acabó por convertirse en un amparo eficaz frente a miradas y propósitos ajenos. Aquella protección involuntaria la obligó, a su pesar, a matizar el juicio que había formado de él.

El trato frecuente fue limando su prevención. Empezó a observarlo con menos dureza: su manera de cumplir el servicio, la lealtad que le profesaban algunos hombres, el silencio obstinado con que soportaba sus desplantes. Y con esa observación nació una curiosidad nueva. Duarte Salazar, o Eduardo Pinto, ¿quién era en verdad? ¿Qué lazo lo unía a Geraldo? ¿De dónde procedía el rencor que advertía entre ambos? Preguntas que, poco a poco, comenzaron a ocupar su pensamiento con la misma insistencia que el temor al mañana.

XXVII

1
Cascaes

En Lisboa, una vez confirmado que la retirada enemiga no era una estratagema, se organizó con mayor calma una fuerza con numerosas compañías de infantería, caballería y algunas piezas de artillería de campaña.

Bajo el mando del conde de Fuentes, esta columna salió en busca del ejército inglés y se desplegó en los alrededores de Cascaes. Sus efectivos seguían siendo insuficientes para presentar una batalla campal decisiva, pero servirían para fijar al enemigo en aquel reducto costero. El tiempo, en cualquier caso, corría ahora a su favor.

Tal era la ventaja estratégica que fueron los ingleses, alentados por Devereux, quienes, en un último intento por salvar la campaña, enviaron al archiduque una carta formal, firmada por Drake y Norris, en la que retaban a su ejército a combatir en los llanos de Oeiras.

Por supuesto, el archiduque y su consejo desestimaron el desafío. Con la situación bajo control y dueños de la iniciativa, no tenía sentido arriesgarse a una batalla en desventaja numérica en un país de fidelidades inciertas, y optaron por establecer una línea de posiciones alrededor de las inglesas, realizar escaramuzas de desgaste y apretar su logística destruyendo molinos, graneros y cualquier fuente de aprovisionamiento.

En una de estas escaramuzas, arriesgando más de lo prudente, el alférez Jaque resultó gravemente herido. La bala de un arcabuz le atravesó el muslo de parte a parte y se incrustó con fuerza en el armazón de madera de su silla de montar. Tras comprimirla y aplicarle un torniquete de emergencia, fue enviado en parihuelas hacia Lisboa. Perdió tanta sangre durante el penoso traslado por caminos de herradura que ingresó prácticamente cadáver en el hospital de Todos los Santos. Un cirujano le contuvo la hemorragia, le cauterizó la herida y lo dejó al cuidado de los frailes que ejercían de enfermeros, para que procurasen conservarle encendida la llama de la vida.

Branca supo de su percance por la esposa de un convaleciente. En un principio se le hizo extraño que le hablaran de su marido, y no supo cómo reaccionar. Luego, llenó una talega con algo de comida y una mudada limpia, y acudió a su lado. Lo halló muy pálido y profundamente dormido. Un fraile se acercó a ella con pasos suaves y se sentó a su lado.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó.

—Desde antier.

—¿Cómo se encuentra?

—Ya lo veis. Ha perdido mucha sangre. Y la herida se ha inflamado. —El fraile levantó la sábana y le mostró el aparatoso vendaje de la pierna—. El cirujano ha ordenado lavarlo con vinagre de saúco y cubrirlo con emplasto de diapalma.

Asintió Branca, sin entender muy bien los efectos de aquellos remedios.

—¿En qué puedo ayudar?

—Necesita reposo, alimento y oración.

Branca sacó de la talega las cuatro cosas que había traído.

—Me temo que es muy pronto para que coma esas viandas. Lo estamos manteniendo con una dieta de caldos de gallina y mermelada.

El fraile rezó un rato en un murmullo y se marchó. Branca se quedó al lado de Jaque, que al poco abrió los ojos.

—Branca —dijo. Y brilló en ellos una luz alegre.

—Rodrigo. Virgen santa, ¿qué te ha ocurrido?

Él puso su mano fría sobre la de ella y sonrió.

—Mejoraré. No te preocupes, que tienes alférez para largo —dijo Jaque, y se arrancó a narrarle el lance en el que había sido herido, pero estaba tan débil que la voz se le apagaba.

Visto que no le convenía hablar, Branca consiguió un balde con agua. Le quitó la ropa sudada y sucia, lo lavó con un trapo húmedo y lo vistió con la muda. El ajetreo lo agotó más y al momento volvió a dormirse. Ella entonces imitó al fraile y le rezó un rosario, lo besó en la frente y se marchó.

—Volveré mañana, Rodrigo —prometió, aunque él no la escuchara.

El almirante Bazán ordenó concentrar en el mar de la Paja cuantos buques tenía a mano —incluidos el patache y la fragata— para que, mientras durase el cerco por tierra, reforzasen la defensa de la ciudad desde el flanco fluvial. Gabriel acató la orden, aunque no sin disgusto. Días antes habían apresado una pinaza inglesa y sometido a su capitán a minucioso interrogatorio. La Contra

Armada era tan crecida que, por más que le apretó las clavijas, el hombre no supo precisar el paradero del Relief. Sólo cuando Gabriel mencionó el nombre de Michael Gardiner —que el inglés reconoció al instante— se produjo un cambio en su semblante. Deseoso de congraciarse, les reveló que aquel barco no navegaba en las alas, más expuestas, sino en el corazón mismo del dispositivo, protegido por el grueso de la flota.

La noticia fue poco alentadora; y la orden de recogerse en el estuario, todavía menos.

—De poco servimos aquí dentro —comentó Laiseca, con la vista en las aguas calmas.

—Aquí servimos de poco, y fuera nos arriesgamos demasiado —le replicó Gabriel, sin ocultar su impaciencia—. ¿En qué quedamos, señor maestre?

—A mí qué me cuentas —se encogió de hombros Laiseca—. Tú eres el que quiere recuperar a tu hermana, y a la madre de ese rapaz.

Por fortuna para Gabriel, el asedio de Lisboa fue breve. Con los ingleses replegados en el reducto de Cascaes, el escenario volvió a ser su amplia bahía. Bazán dejó en el Tajo la guarnición precisa y trasladó la mayoría de sus naves a aquellas aguas.

Y Gabriel prosiguió con su acecho, que al fin dio fruto: siguiendo las indicaciones del capitán de la pinaza pudieron, tras un largo y concienzudo escrutinio, identificar a su presa.

Como lobos que ventean el rebaño, aguardando con impaciencia a que una oveja se aparte del grupo, la Portuguesa y el San Jerónimo rondaban en la distancia la armada enemiga. Mantenían un ojo puesto en el lejano Relief y el otro en los navíos ingleses más poderosos y mejor artillados, que, de cuando en cuando, se adelantaban en actitud hostil.

La amenaza constante de un enemigo tan poderoso requería una vigilancia extrema. Cada jornada comenzaba con los cañones cebados, la pólvora y las balas dispuestas en cubierta, y concluía con el regreso de todo ello a la santabárbara. Marineros y soldados mantenían el barco y las armas listas para el combate, conscientes de que cualquier descuido se pagaría caro.

La tripulación se estaba comportando con disciplina ejemplar. A bordo de un navío no hay secretos duraderos. Todos conocían, en mayor o menor grado, las razones que impulsaban a Gabriel, y las respetaban en silencio.

García, aunque no pasaba de ser el último paje de la fragata, cumplía sus cometidos con aplicación y constancia. Cuando los terminaba, y si la mar daba

tregua, su padre continuaba adiestrándolo en el manejo de los instrumentos náuticos: el astrolabio, el cuadrante, la brújula y, en las noches despejadas, la ballestilla. Le mostraba cómo tomar la altura, cómo medir la velocidad con la ampolleta y la corredera, cómo calcular rumbos y estimas; le daba a conocer el nombre y la función de velas y cabos, los vientos y sus mudanzas, y cuantos saberes exige el gobierno de un navío y el trato en los puertos.

Mas no eran aquellas las únicas ni las principales destrezas que se afanaba en transmitirle. Con paciencia le fue guiando la mano para cortar, desbarbar y asentar la pluma; de las letras pasó a las sílabas, de estas a las palabras y, al cabo, a las frases. El gasto de tinta y papel no fue pequeño, mas el empeño del muchacho daba fruto. Ya trazaba su nombre y el de los hombres de a bordo, copiaba buena parte del léxico marinero y aun se atrevía a consignar, con pulso todavía incierto, breves anotaciones en las cartas de navegación.

El Relief, entre tanto, apenas había variado su posición. A lo sumo mudaba de fondeadero unos cables más acá o más allá, pero siempre cerca del centro del dispositivo, bien arropado por el grueso de la flota. La ocasión de echarle mano no se vislumbraba.

La escuadra de Bazán se vio reforzada por la llegada, desde Cádiz, del Adelantado Mayor de Castilla, don Martín de Padilla, con otras quince galeras. Traía, además, varias embarcaciones embreadas y atestadas de materia inflamable, dispuestas para servir de brulotes. Desde entonces, la estrategia fue clara: estrechar el cerco, inquietar sin descanso a la armada inglesa y, en cuanto el viento se mostrase propicio, soltar sobre ella aquellos navíos incendiarios.

Para Gabriel, aquel nuevo escenario resultó providencial. En el caos que habría de seguir al lanzamiento de los brulotes podía abrirse una rendija. Y en esa confusión tal vez el Relief quedara, por fin, al descubierto.

2

Bahía de Cascaes

En el campo inglés, la situación se había vuelto cada vez más tensa. El rechazo constante de los felipistas a presentar batalla campal terminaba por matar las últimas esperanzas de lograr un éxito positivo en tierra. Aquel punto muerto reavivó las disputas entre los principales.

Norris abogaba con pragmatismo por dar por finalizada la campaña y volver

a Inglaterra antes de que la fuerza expedicionaria quedase deshecha. Los imprevistos se acumulaban. La captura de una pequeña flotilla mercante les había proporcionado trigo y cebada, alivio pasajero para unas despensas exhaustas; pero, sin molinos donde reducir el grano a harina, se veían obligados a comerlo hervido. Aquella ración basta y repetida, unida al agua insalubre y al calor, favorecía la disentería y otras dolencias que diezmaban la tropa.

Drake apoyaba en esta ocasión a Norris y apostaba por partir. Robert Devereux, en cambio, persistía en la idea de mantenerse en Cascaes y provocar a cualquier precio el enfrentamiento decisivo contra un enemigo que se mostraba esquivo y paciente.

—Las circunstancias son las que son —le replicó Norris—, y no podemos ignorarlas.

—¿Qué circunstancias? —dijo Devereux.

—El estado de nuestros hombres, por Dios —dijo Norris—. ¿No lo veis? El tifus y la disentería se están propagando con rapidez entre las tropas.

Devereux, acicateado por el odio a lo español y por el deseo de recuperar la gloria perdida, se resistía a partir.

—Sus éxitos los han enardecido tanto que de un momento a otro entablarán batalla. Vamos, John, no os echéis atrás ahora.

—Esos españoles no van a cambiar su táctica —replicó el general—. Continuarán desgastándonos con pequeños golpes de mano, mientras aguardan a que se les unan más y más unidades. Y sólo cuando se sientan seguros y superiores, vendrán a buscarnos.

—Aquí los esperaremos —estalló Devereux.

—Alabo vuestro coraje —dijo Norris, cansado por la insistencia del joven aristócrata—, y sabe Dios que el cuerpo me pide seguiros, pero es mi deber mirar por el bien del ejército.

—Hay que considerar también la situación en el mar, Robert —intervino Drake con voz suave. Para el almirante, Portugal no tenía ya nada que ofrecer.

—¿Qué ocurre con el mar?

—La aparición de nuevas galeras supone un peligro adicional. En un día sin viento se pueden colar hasta la cocina y hacernos un buen desaguisado.

El debate se prolongó un poco más sin que se alcanzara un acuerdo. Aunque el almirante y el general coincidían en reembarcar a la tropa y abandonar Portugal, la calidad y ascendencia de Devereux les impedía desoírlo sin más.

No así al Prior do Crato, que ya ni siquiera era convocado a las reuniones de consejo. Sus seguridades de los primeros días, su altivez y sus aires de legítimo rey habían quedado atrás, desvanecidos por el fracaso. Deambulaba por el campamento como un fantasma al que sólo saludaban sus propios soldados, y al que compadecían, tristes y resignados, sus capitanes más leales.

La llegada de un convoy procedente de Inglaterra precipitó los acontecimientos. Traía algunos refuerzos y víveres frescos, pero su carga más determinante era una carta de la reina. Su Graciosa Majestad, informada tanto de la desobediencia a sus instrucciones como del revés sufrido en La Coruña, censuraba a Essex, Norris y Drake por haber distraído fuerzas contra una plaza de escaso valor estratégico en vez de ceñirse al objetivo principal; rehusaba enviar nuevos hombres o pertrechos, pues no estaba dispuesta a sostener una campaña prolongada en Portugal, y dictaba dos órdenes taxativas: su favorito debía regresar sin demora a la corte, y Drake había de dirigirse contra la flota española en Santander con la mayor brevedad.

Entre tanto, Trenton, casi repuesto de la amputación y hastiado de la forzada inactividad, había regresado al Fortune. Sus hombres le dispensaron un recibimiento tan caluroso que estuvo a punto de emocionarse. Al día siguiente, realizó una visita inesperada al Relief. El capitán Yates, a quien la conciencia no paraba de mortificar, aprovechó la ocasión para sincerarse y enterarlo de la efímera estancia de Isabel a bordo.

La indignación por la conducta de su hermano dejó a Trenton atónito y su primera acción fue sacarlo de su camarote. La discusión que tuvo con él fue tan violenta que los ecos de la gresca se oyeron hasta en los barcos fondeados a un cable de distancia. Michael trató de excusarse, intentando cargar las culpas sobre los exigentes portugueses que habían capturado a las mujeres. Pero, al ver que sus argumentos no surtían efecto, se quitó la careta y le espetó con crudeza que por nada del mundo habría permitido que «su Elizabeth» regresara a Saint James y le causara más quebraderos de cabeza.

—Además, ella no quiere volver contigo. Desengáñate de una vez.

—¿Pero a qué la has condenado, necio? La has puesto en manos de una jauría ávida de mujer. Ya soportó a una tropa de canallas en el pasado y me juré que jamás volvería a pasar por un trance similar.

—Me importan un bledo tus nobles promesas. Confórmate con que no la haya matado, que ganas no me faltaron.

A pesar de su delicado estado de salud y de la ausencia de un brazo, Trenton,

cegado por la rabia, se abalanzó sobre Michael, le propinó un cabezazo en la cara, lo derribó contra las tablas y le asestó un durísimo puñetazo en el estómago que lo dejó sin aliento. Yates y su contramaestre, temiendo que lo matase allí mismo, se apresuraron en separarlos. Pero la furia del herido no se calmaba. Antes de que su hermano lograra levantarse, le largó varias patadas en los riñones y en la entrepierna, lo vilipendió, lo insultó y lo humilló delante de toda la tripulación, hasta que, exhausto, sin aliento, con el rostro lívido y tambaleándose por el esfuerzo, bajó al esquife y regresó al Fortune.

Dos marineros condujeron al apaleado armador a su cámara y lo tendieron sobre el lecho. El incidente lo había quebrado de tal modo que, por primera vez, descuidó la vigilancia sobre Yabama. Y ella, aprovechando el descuido, cogió el perno que abría sus esposas, se liberó de los hierros y, sin vacilar, se lanzó al agua desde el balconcillo de popa.

Michael, alertado por el chapuzón, se arrastró maltrecho por el pasillo de la toldilla, salió trastabillando al combés y se acodó en la borda. A gritos roncos denunció la huida de la mujer y ordenó a unos marineros que saltaran en su persecución. Como nadie se movía, prometió a voz en cuello una libra de oro a quien la capturase y, al fin, estimulados por la recompensa, saltaron al agua tres hombres, que no tardaron en alcanzar a la fugitiva y devolverla al Relief.

Tosiendo agua, empapada y con el rostro y los brazos surcados por cardenales oscuros, Yabama mantenía, sin embargo, clavada en el armador, la misma mirada de orgulloso desafío que no había dejado de mostrarle ni un solo instante.

Michael no le perdonó ni el intento de huida ni la humillación que este gesto añadía a la recibida de su hermano. Hizo que la amarrasen al cabrestante del combés y la despojaran de la saya, pidió al contramaestre el látigo de siete colas y le largó, con fría cólera, una tanda de azotes que le desollaron la espalda y la sumieron en la inconsciencia. Pese a la desnudez de la mujer, muchos de los presentes, curtidos por el mar, lamentaron en silencio la dureza del castigo. Llevaba semanas soportando los ultrajes del armador, y el sentimiento generalizado era de piedad hacia ella.

Cuando recobró la conciencia, le lavaron las heridas con agua salada para evitar la podredumbre, la envolvieron en una áspera túnica de lona, le colocaron de nuevo los grilletes en las muñecas y la devolvieron a la cámara. Allí, Michael, enfurecido y vengativo, la forzó con un ensañamiento propio de una bestia.

—Te vas a tragar de una vez tu orgullo, puta.

3

Cascaes

El reembarco del ejército, una vez tomada la decisión, no se hizo esperar. Sin embargo, la maniobra se reveló de inmediato mucho más delicada y peligrosa de lo previsto.

Para evitar que las tropas españolas, atentas desde sus posiciones en tierra, aprovecharan la vulnerable confusión del embarque y lanzaran un asalto decisivo, Norris redujo el perímetro del campamento y lo reforzó con nuevas trincheras, parapetos de tierra y piezas de artillería desembarcadas de los buques mayores. Mientras tanto, Drake, que no podía descuidar la presencia de la flota de Bazán, apostada en la desembocadura del Tajo, estableció con los buques más rápidos y maniobrables un amplio arco de protección que interceptara y detuviera cualquier ataque.

Las compañías se concentraban en la playa de Rainha, desde donde eran transportadas en sucesivas oleadas de lanchas y bateles hasta los barcos. El tamaño del ejército, que pese a las bajas seguía siendo grande, unido a la presión enemiga, hicieron que la tarea se realizara con una mezcla de lentitud y precipitación, y que se prolongara durante un par de días.

Desde que se corrió la voz de que la partida era inminente, Duarte resolvió huir, sin excusas ni aplazamientos. Embarcarse de nuevo significaba tirar por la borda todo lo andado y alejarse, quizá para siempre, de cualquier ocasión de salvar a Isabel. Se reprochó su anterior cautela. Había aguardado el momento propicio, una conjunción favorable que nunca llegó, y ahora entendía —con un amargo desengaño— que su empeño en librarla de todo riesgo lo empujaba a intentarlo en circunstancias mucho más peligrosas.

La fortuna, al menos, le ofrecía un resquicio. La compañía de Geraldo figuraba entre las destinadas a cubrir el perímetro defensivo. Los portugueses, ya sin causa que los sostuviera, eran enviados a los puestos más expuestos, como si su sangre valiera menos. El desmoronamiento del proyecto restaurador había sembrado dudas en no pocos hombres, y Duarte empezó a tantear, con prudencia, a algunos camaradas.

Se dirigió primero al cabo Hernandes, que en otras ocasiones lo había sacado

de apuros frente a Geraldo. El veterano, tras escuchar sus razones, rehusó secundarlo.

—Si nos echan mano los felipistas, nos ahorcan por traidores —dijo, escupiendo a un lado—. Tú tienes a esa mujer que te empuja, y lo entiendo, pero yo tengo ganas de vivir.

Duarte no insistió. En todo caso, Hernandes le prometió ayudarlo en lo que estuviera en su mano. Y lo que estaba en su mano fue ayudarlo a sobornar a uno de los arrieros que aún merodeaban por el campamento, para que los condujera tierra adentro en sus bestias.

A quien vio más receptivo y animado fue a Fernando Álamo. El onubense fatalista que lo había acompañado desde Galway estaba, como él, decidido a quedarse en tierra.

—¿Estáis seguro?

—Salga como salga. Después de la Gran Armada, de Irlanda, de Galicia y ahora de Lisboa —le dijo con cansancio en la voz—, no quiero volver a saber de las armas si no es para cazar un buen jabalí en los esteros de Ayamonte.

El sector que los portugueses debían vigilar comprendía un cauce ancho y seco que cerraba Cascaes por el este. A lo largo del talud se habían dispuesto, a trechos iguales, puestos de guardia servidos por retenes que se relevaban cada cuatro horas; el resto de la tropa debía permanecer alerta para acudir al punto que lo reclamase. Las líneas españolas se hallaban a más de una legua, pero nadie olvidaba sus temidas encamisadas.

Tras concertarse con el arriero, Duarte buscó a Isabel, la puso al tanto de su plan y le dijo que el hombre los esperaría aquella misma noche.

Ella lo miró recelosa.

—¿Por qué habría de haceros caso?

—¿Preferís volver con los vuestros o regresar al Relief?

La pregunta, tan directa, tan descarnada, la desconcertó, y calló unos instantes, valorando las implicaciones.

—¿Vamos a huir vos y yo?

—No se me ha perdido nada en Inglaterra —le dijo Duarte. Al ver que no comprendía, añadió—: No profeso devoción alguna por la causa del Prior. Si he servido bajo su bandera y le juré lealtad fue por salvar el cuello. Algunos de esta compañía estuvimos en la Gran Armada; naufragamos en Irlanda y caímos prisioneros de los ingleses. La fortuna quiso que escapáramos, tomáramos un bergantín y pusiéramos proa a la península. Pero en mitad de la

travesía dimos con esta malhadada armada… y aquí estamos.

Resopló con alivio al concluir. Llevaba semanas deseando revelarle la verdad, y al hacerlo, sintió una extraña ligereza, como si se hubiera sacudido una pesada carga.

—Aquí estamos —repitió Isabel, con la mirada fija.

Estaba aprendiendo a valorar las cualidades de su captor, a agradecer para sus adentros no haber traspasado ciertos límites ni tolerado que otros lo hicieran. El relato del naufragio, del cautiverio y de aquella huida improbable lo aproximó un paso más a ella, aunque si sus propósitos eran limpios, ¿por qué había callado tanto tiempo?

Duarte adivinaba el combate que se libraba en su ánimo: ese ir y venir entre el recelo y la esperanza, entre el impulso de creerle y la cautela aprendida a golpes. Tenía la cabeza apenas inclinada, la piel tostada por el sol, y una sombra de inquietud en los ojos. Un mechón se le había soltado del tocado y lo apartó con gesto nervioso. Pese al cansancio del camino, a la vida áspera del campamento y al continuo sobresalto, a Duarte le pareció más atractiva que nunca.

Comprendió que necesitaba ofrecerle algo firme a lo que asirse. Con suavidad, le tomó la mano; ella hizo ademán de retirarla.

—Nada debéis temer de mí, Isabel —le dijo, reteniéndola entre las suyas—. Temed si acaso la situación en la que nos encontramos, pero no a mí, pues lo único que yo deseo es ayudaros a huir, conduciros hasta Lisboa. Allí tengo amigos y conocidos que podrán acogeros mientras halláis la manera de regresar a La Coruña, con los vuestros.

—¿Lisboa? Entonces, ¿por qué no…? —Isabel retiró la mano y dejó la pregunta en suspenso. Quería confiar, lo deseaba, pero todavía no lograba vencer del todo su aprensión.

—¿Por qué no lo intenté cuando estuvimos a sus puertas?

—Eso.

—Porque nunca encontré la ocasión propicia. Y tampoco quise poneros en peligro.

Se hizo un silencio repentino.

—Entiendo —musitó, al cabo de unos momentos.

—¿Vendréis?

Ella desvió la mirada. Tal vez hubiese un rayo de luz al final de aquel túnel oscuro. En todo caso, un futuro incierto junto a Duarte, en tierra portuguesa,

le resultaba menos temible que volver a embarcarse con aquella armada. Y, tras un último instante de vacilación, asintió.

—¿A qué hora?

—A medianoche.

El caótico campamento donde se acumulaban los carros y carretas de la impedimenta estaba situado en las afueras de la villa. El desorden era monumental. Por doquier se amontonaban costales de grano, fardos de ropa, cajas y arcones repletos del botín saqueado, material de campaña desmontado, armas, pertrechos y toda clase de objetos descartados por falta de espacio en las bodegas de los navíos.

Sabiendo que Geraldo no perdía de vista a Duarte, fue Álamo quien se encargó de preparar una mochila con algunas provisiones compradas en Cascaes y de esconderla junto al puesto de vigilancia.

Cayó la tarde. Los soldados acampaban en grupos heterogéneos, asentados en cualquier parte, en tiendas, corrales o al aire libre. Se repartió la escasa cebada cocida que servía de cena y los cabos organizaron las guardias. Duarte y su compañero se ofrecieron para el turno más pesado, el de la modorra, así que se echaron sobre unas mantas y procuraron descansar un rato.

Duarte aprovechó la quietud de la noche para recorrer, en silencio, el camino andado desde que, en mayo del año anterior, zarpara de Lisboa a bordo del San Martín. En trece meses había vivido varias vidas: soldado, náufrago y cautivo, fugitivo y la de hombre alistado bajo bandera ajena. Demasiadas mudanzas, demasiados rostros y pérdidas, demasiados reveses y golpes de fortuna.

Cuando el largo crepúsculo se apagó y el cielo se pobló de estrellas, se le apareció contra ese fondo oscuro el rostro de Isabel, su gesto serio, su belleza serena, sus ojos castaños que lo miraban unas veces con reproches y otras con preguntas.

Ya no podía engañarse. Amaba a esa mujer. Precisamente a ella, que lo tenía por villano y embustero, que lo juzgaba enemigo, que desconfiaba de su palabra, temía sus intenciones y habría dado cualquier cosa por no verse ligada a él. Sin embargo, había percibido en ella una leve vacilación, una rendija por donde tal vez pudiera abrirse paso la confianza.

El cansancio acumulado de semanas, el peso de aquella emoción y la inminencia de la huida desvanecieron todos sus pensamientos y se entregó, al fin, a un sueño profundo y reparador.

4

Embocadura del Tajo

El ejército felipista se engrosaba con cada jornada. A las fuerzas ya reunidas en Lisboa se sumaron veinte fidalgos, doscientos caballos y mil infantes del conde de Braganza, tres compañías de Entre Duero y Miño, otra enviada por el conde de Oropesa, y la gente de don Alonso de Vargas, general de la caballería de España. Con tales refuerzos, el conde de Fuentes aseguró por completo puertas y murallas, y pudo volver su atención, con mayor brío, hacia el enemigo atrincherado en Cascaes.

Fuera porque la decisión estuviese ya tomada, fuera porque la presión comenzaba a surtir efecto, los ingleses apresuraron el reembarco y, en apenas dos días, dejaron las playas limpias de tropas. Quedaron a la espera de un viento favorable que les franqueara la salida.

En la barra del Tajo, Bazán y Padilla vigilaban cada mudanza del cielo. Tenían listos los brulotes, embreados y cargados de pólvora, y aguardaban tan sólo que el viento cambiase para arrojarlos sobre la armada enemiga. Mas el norte, tenaz y adverso, se mantenía firme, sin conceder a unos ni a otros la ocasión de obrar.

Gabriel lamentaba no tener una galera con la que acometer un abordaje nocturno contra el Relief. Aunque los remos auxiliares de la fragata les permitían maniobrar en bajos y estuarios, ni su andar ni su ligereza podían compararse a los de una galera. Intentarlo con la Portuguesa habría sido una imprudencia que ni siquiera él estaba dispuesto a asumir.

Como si aquello no bastara, el capitán Manso le comunicó la nueva disposición de Bazán: ambos debían agregarse a una flotilla de carabelas que se armaba con gente y pertrechos para partir hacia las islas Azores.

—¿Qué clase de orden es esa? —le respondió Gabriel, sin dar crédito.

—Viene de más arriba —contestó Manso—. El archiduque, y acaso el propio rey, temen que los ingleses traten de capturar la flota de la Carrera de Indias. Con la armada en Santander y las galeras aquí, las Azores están sin resguardo ninguno. Por eso nos envían.

—Ve tú si gustas, Humberto, que yo aquí me quedo.

—¿Vas a desobedecer al almirante?

—Al almirante y a quien haga falta. Bien sabes que no pienso despegarme de la Contra Armada.

El capitán Manso conocía las razones de Gabriel, y lo conocía a él lo suficiente para saber que hablaba en serio.

—Antes de desobedecerlo, habla con él. Nada tienes que perder.

Apenas se hubo marchado Manso, lo abordaron Laiseca y Mahagüini, que no tardaron en advertir que algo grave ocurría.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó el maestre, puesto al tanto del conflicto —. Ese Bazán va a echar por tierra todo el esfuerzo y los riesgos que nos ha costado identificar al Relief.

—Seguiré el consejo de Humberto —respondió Gabriel.

Y sin mayor demora se dirigió a la galera real. El almirante lo recibió con la cara larga, tras una extenuante reunión con el adelantado Martín Padilla, con quien sostenía constantes roces por cuestiones de precedencia y competencias. Se entendía mejor con el portugués Matías de Alburquerque que con su compatriota.

—¿Qué se os ofrece, señor Del Puerto? —Lanzó Bazán la pregunta sin saludos ni rodeos, el gesto adusto, la voz cargada de fastidio.

—Pediros que me eximáis de viajar a las Azores —respondió Gabriel, que decidió también prescindir de formalidades.

—Y eso ¿a santo de qué?

Le recordó Gabriel que su hermana y una amiga de esta estaban prisioneras en uno de los navíos enemigos.

—Si parto hacia las islas, como ordenáis, perderé su pista. Y Dios sabe cuánto tiempo me llevará recuperarla.

—Si es que aún viven. —Al punto pareció arrepentirse el almirante de su rudeza y suavizó el tono—. Por supuesto, espero que así sea. Pero tampoco permaneciendo aquí lo tendréis fácil.

La galera real se hallaba anclada frente al castillo de San Julián, guardando el estrecho canal entre la orilla norte del Tajo y el banco de arena y piedras del Sable. La corriente, menos plácida en aquel punto, mecía el casco alargado del bajel.

—Creo haber identificado al navío, excelencia. Y cuando lancemos los brulotes y el enemigo se desordene, podré acercarme y abordarlo.

—El viento no da señales de cambiar.

—Entonces será durante el combate. O cuando partan. De una u otra forma, hallaré la ocasión.

—Entonces será la ocasión de todos. El corso en Flandes os ha

malacostumbrado, señor Del Puerto. Olvidaos de obrar por vuestra cuenta mientras estéis a mi servicio. Os he concedido cierta autonomía, y os he tratado con más miramiento que a la mayoría de mis capitanes. ¿Qué más queréis?

—Que me permitáis permanecer a vuestro lado. —Don Alonso se atusó el bigote y se abrochó el jubón, pues refrescaba en la carronada de la galera con la caída de la tarde—. Me lo debéis —añadió Gabriel, al ver que el almirante dudaba.

—¿Cómo? —Lo fulminó con la mirada—. Sabed que nada os debo, señor capitancillo.

Gabriel encajó el golpe, pero supo que el dardo había dado en el blanco. El almirante, desahogado ya, no dejaría de considerar sus razones.

—Desde que embargasteis mi fragata —prosiguió con calma— he cumplido sin rechistar todas las órdenes que vuestra merced me ha confiado, posponiendo la misión que me encomendara mi señor tío. He estado a vuestra disposición en Lisboa, en las Azores, en Escocia y en Inglaterra, y volveré a estarlo cuando lo mandéis. Si bien lo miráis, ¿qué os pido sino seguir cerca del enemigo para ayudaros a batirlo? Mi fragata, aun sin ser galera, puede comportarse casi como una de ellas. Para ir a las Azores, en cambio, os serviría cualquier zabra o carabela de las muchas que hay en el estuario… y que, por cierto, nadie ha embargado.

Don Alonso alzó la diestra, con la palma abierta.

—Basta, basta. Os he comprendido —dijo, y apuntó una media sonrisa bajo el espeso bigote—. He tenido una tarde harto fatigosa. Por no oíros más, sería capaz de concederos lo que pedís.

—Y yo, de obedeceros, excelencia.

—¡Voto a Neptuno que sois impertinente! Tentado estoy de llevaros conmigo a Santander.

—¿Santander?

—Su Majestad, deseoso de sacarse la espina del desastre de la Gran Armada y resarcirse de esta nueva afrenta, prepara ya un contraataque con las naves retornadas al Cantábrico. Y ha tenido a bien nombrarme capitán general de esa nueva armada.

—Al fin reconocen vuestra valía, excelencia. ¿Y cuándo habéis de partir hacia allá?

—En cuanto este negocio de Portugal se resuelva. ¿Vendréis conmigo?

—Os agradezco la oferta en lo que vale, pero me espera la tarea de establecer la delegación comercial de los Del Puerto en esta ciudad.

—Cierto. Pues os deseo mucha suerte en ambas empresas, porque la vais a necesitar.

5

Cascaes

La mano de Fernando Álamo lo sacó del sueño.

—¡Duarte, Duarte! Es la hora del relevo.

Despertó al instante. El campamento dormía envuelto en un silencio espeso, apenas roto por el crepitar moribundo de las hogueras. Los dos hombres se dirigieron al borde de la vaguada, donde estaba su puesto de vigilancia, y relevaron a los compañeros del turno anterior.

—Todo vuestro —dijo uno de ellos, antes de recoger sus armas y desaparecer entre las sombras.

Álamo portaba un arcabuz; Duarte, sólo espada y daga.

—¿A quiénes tenemos a los lados? —preguntó Álamo.

—Al señor Hernandes y a Manuel Reis.

—¡Vaya! Por una vez nos sonríe la suerte.

—De suerte, nada, señor Álamo.

Pasados unos minutos, Duarte dejó al onubense en su puesto y desanduvo el camino. Había citado a Isabel en un soto de olmos, al borde del llano donde se amontonaba el bagaje. Una tos breve delató la presencia del arriero, que aguardaba junto al tronco de un árbol. Había atado una mula a una rama baja.

—¿Sólo un animal? —inquirió Duarte.

—No he conseguido más —respondió, entre descuidado e inquieto—. ¿A qué esperamos?

—A otra persona. Os dije que seríamos dos.

Isabel no aparecía y Duarte, preocupado, se acercó al borde del soto. La luna tejía un tapiz de claroscuros, soplaba una brisa fresca y agradable y el clamor de los grillos llenaba la noche. Al poco, percibió un movimiento: era ella. Salió a su encuentro. Vestía una saya oscura, distinta a la que solía usar, y un hato cruzado en bandolera. Al notar la mirada de Duarte, le aclaró que se la había dejado una amiga.

—Por aquí —susurró él.

El arriero, nervioso, la ayudó a montar. El aparejo era simple: una albarda y una manta como asiento; por cincha, una cuerda con una argolla.

—Dadme el cabestro —dijo Duarte.

—Lo llevaré yo —replicó el arriero.

—¡Que me lo deis, pardiez! —ordenó Duarte, y tomó la rienda y echó a andar a través de un jaral de matas altas, olorosas a resina.

Al poco, la mula se detuvo en seco.

—Vamos —dijo Duarte, volviéndose. El hombre no estaba.

—Se ha largado —murmuró Isabel.

—¡La madre que lo parió! —Duarte tiró del cabestro, pero el animal se resistía—. Será mejor que os bajéis.

Tan pronto como Isabel puso pie en tierra, le largó una patada al animal, que rebuznó, se revolvió y, al fin, se decidió a andar. Álamo los esperaba junto al parapeto del puesto de guardia.

—El arriero ha huido —anunció Duarte.

—¿Y ahora qué hacemos? Él nos iba a guiar.

—Bajaremos al barranco y seguiremos el cauce para rodear las líneas españolas por el oeste. No creo que lleguen hasta el mar.

Un crujido de pasos interrumpió la conversación. Varios hombres emergieron de la penumbra y se plantaron frente a ellos, delante del pequeño parapeto del puesto de guardia.

—¡Daos preso, Salazar!

La claridad lunar iluminaba el rostro sonriente de Geraldo Henriques. Sostenía en una mano el terciado y en la otra un pistolete.

—Ponedles los grilletes —ordenó a los dos infantes que lo acompañaban.

Duarte desenvainó la espada y retrocedió un paso.

—Tendrás que matarme, Geraldo —dijo con la voz tensa.

—También a mí —añadió el onubense, que tomó el arcabuz de donde lo tenía apoyado.

Geraldo reaccionó con rapidez. Apuntó sin vacilar, apretó el gatillo. La chispa encendió la cazoleta, siguieron la breve llamarada y el disparo. Fernando Álamo cayó hacia atrás y quedó sentado en el suelo. Soltó una mano del arma y se la llevó al pecho para cubrirse la herida y contener la hemorragia. En su mirada se dibujó primero la incredulidad, luego el asombro helado y, por fin, el dolor.

—¿Qué has hecho, bastardo? —Duarte se arrodilló junto a su compañero sin soltar la espada.

—Demasiado bonito —musitó Álamo, que tenía el rostro contraído por el dolor y una expresión resignada, como si las cosas estuvieran destinadas a salir mal desde el principio.

—Un desertor menos —bufó Geraldo, sin apartar la vista.

Los infantes, con las alabardas tendidas hacia delante, no se movieron. Quizá los había impresionado la caída del compañero, que ahora tosía y respiraba con un sonido húmedo y entrecortado.

—Dejadnos marchar, señor capitán —suplicó Isabel, venciendo el horror de lo que acababa de presenciar—. La guerra se acaba, os embarcáis para Inglaterra… ¿Qué sentido tiene esta muerte, cualquier muerte?

—Vuestro… hombre —Geraldo pronunció la palabra con desprecio— ha de responder por muchas cosas. Cosas que vos ignoráis.

Isabel, que recordaba bien lo ocurrido en Torres Vedras, percibió en su voz un odio puro, visceral. Y supo que no cedería. Les suplicó entonces a los soldados.

—Y vuesarcedes, señores, ¿qué ganáis arrestándolo? ¿Vale la pena arriesgar más sangre por un asunto como este?

Los hombres intercambiaron una mirada de duda.

—¡Apresadlo de una vez! —vociferó Geraldo—. Las mujeres reblandecen el corazón de cualquier simple. Debí elegir a otros menos tibios.

Duarte se había incorporado. Le bullía la sangre, y un impulso ciego lo empujaba a arremeter contra Geraldo y atravesarlo sin más, pero supo contenerse y valorar sus posibilidades.

—Pelea conmigo, Henriques —dijo con firmeza—. Esto es entre tú y yo. Aparta a los demás y terminemos de una vez. Sea como fuera, yo maté a tu padre, y hace diez años que ansías vengarlo. Aquí estoy. ¿O necesitas que otros hagan tu trabajo?

Geraldo rugió, herido en el orgullo y en el recuerdo. Una mueca torcida le cruzó el rostro. Se acomodó el pistolete en el cinto, hizo un leve ademán para que sus hombres se apartaran, desenvainó el terciado y se puso en guardia, los pies bien plantados en la tierra.

—¡Vamos! —dijo, con voz enronquecida.

La mula, asustada por los gritos y movimientos, piafó nerviosa. Isabel la condujo unos pasos atrás, sin apartar los ojos de los dos hombres.

—Por el amor de Dios, detened el duelo —imploró.

Pero ninguno de ellos la escuchó. Con los brazos extendidos, agregaron las espadas por la punta, como para medir la distancia, para probar la firmeza del contrario.

Fue Geraldo quien abrió el asalto con una estocada veloz dirigida a la cabeza. Duarte la contuvo con una parada seca, que le hizo vibrar el codo. Dio un paso lateral y adoptó una guardia baja, más prudente. Su hoja, algo más corta que la del adversario, exigía precaución. No pensaba regalarle la victoria ni dejarse arrastrar por la ira.

Durante unos instantes se tantearon con el tercio débil, lanzando amagos que aún no alcanzaban distancia real de corte. El chasquido del acero había acallado incluso a los grillos. Geraldo fingió una finta al costado izquierdo y, cambiando súbitamente la línea, buscó una abertura por el derecho. Duarte reaccionó con presteza: paró el golpe, y la hoja apenas rozó la manga de su jubón. No sería un duelo sencillo. Su enemigo era más diestro de lo que recordaba, pero seguía siendo impulsivo.

Geraldo redobló el ataque con una serie de reversos y diagonales cruzadas que Duarte fue bloqueando sin arriesgar, aguardando una brecha. Pero en uno de los lances, midió mal la distancia y sintió la mordida de acero en su carne. Llevó la mano libre al antebrazo derecho y sintió el corte limpio, profundo, y el calor de la sangre manando. Geraldo, envalentonado, percibió que la herida mermaba la capacidad de su oponente para cubrir aquel lado y lo presionó por allí.

Duarte adoptó una guardia de posta larga, más defensiva. La espada pesaba ya más de lo habitual en su diestra, fatigada por la herida y el esfuerzo. La luna, alta, derramaba la luz justa para que pudieran distinguirse las hojas, pero no para confiarse. Seguir el juego de aceros requería una concentración feroz, casi desesperada.

Entonces, desde el suelo, Fernando Álamo tosió y rompió el silencio.

—Dadle su merecido, Duarte —dijo.

Los rostros se volvieron hacia él, sorprendidos de que aún respirase.

El ritmo del combate se intensificó. Cruzaron una serie de estocadas cortas, rápidas, con desplazamientos mínimos, como un baile mortal en el que ninguno concedía un palmo. Duarte, sintiéndose acorralado, decidió arriesgar: fingió cerrar la guardia, y de súbito tiró una estocada baja al muslo de Geraldo. Pero este, atento, interceptó el ataque y, aprovechando el contacto, remontó el

acero sobre el de Duarte y, con un giro seco de muñeca, lo desarmó. La espada voló, y aún no había tocado el suelo cuando la punta del terciado de Geraldo ya se apoyaba sobre su pecho.

—Aquí terminan tus infamias, don traidor —dijo, saboreando su victoria.

Los infantes, que habían seguido el duelo con atención contenida, esperaban el desenlace. Uno de ellos sentía simpatía por Duarte, pero el capitán había vencido. Así eran los duelos.

Entonces Isabel se adelantó. Sin vacilar, apartó la hoja de Geraldo con las manos desnudas y se interpuso entre ambos.

—No lo matéis. Por Dios y la Virgen.

—¡Apartad, bruja! —rugió Geraldo. La empujó para apartarla, pero ella se le abrazó con fuerza.

Duarte, inmóvil, la miraba sin saber qué hacer. Ella estaba salvándole la vida, pero ¿a qué precio?

—Dejadlo, Isabel —murmuró—. Subíos a la mula y marchaos.

—¿Y a dónde? —respondió ella.

Geraldo la empujó con violencia y la hizo trastabillar. Isabel se irguió de nuevo y volvió a interponerse, aferrada a su brazo.

—Tened piedad —suplicó.

Pero no fue su súplica la que detuvo el brazo del capitán. Fueron las voces. Dos sombras emergieron del bosque y cruzaron el claro. El cabo Hernandes y otro soldado llegaban al puesto.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —inquirió el primero de ellos, jadeante por la carrera.

—¿Por qué habéis abandonado vuestro puesto, cabo? —le espetó Geraldo, sin bajar la espada.

—Oí un disparo y he acudido cuanto antes. A tiempo de evitar que os matéis, por lo que veo.

—Hazte a un lado —replicó Geraldo, sin perder el tono amenazante—. Voy a rematar a este desertor.

Se sacudió a Isabel y alzó el terciado. No había elevado aún la hoja un palmo cuando una detonación lo detuvo en seco.

—Muérete, cabrón.

Álamo aferraba el arcabuz entre las manos. El retroceso lo había arrojado contra el parapeto y tenía la boca manchada de sangre.

—Se acabó el perro rabioso —añadió, con voz apenas audible.

Geraldo se había caído de lado, encogido sobre sí mismo, con la sien apoyada en la tierra. Abrió la boca, pero ningún sonido brotó. Sus dedos se cerraron con rabia, temblaron unos instantes y luego quedaron quietos, engarfiados en el aire.

Una calma repentina se apropió del claro. Nadie se movía. Todos miraban el cuerpo inmóvil del capitán. Álamo, tras comprobar la muerte de su verdugo, sonrió y se derrumbó hacia delante.

El cabo Hernandes fue el primero en recuperarse.

—Duarte, coge a la mujer y marchaos. —Se volvió al centinela—: Tú, Manuel, regresa al puesto. Y vosotros —señaló a los infantes—, quedaos aquí hasta el relevo. Yo voy a por una pala.

—¿Y Salazar? —preguntó uno de ellos, sin entender.

—¿Qué pasa con él?

—¿Lo vais a dejar ir? Han matado al capitán…

—Lo ha matado Fernando Álamo —replicó el cabo—, que también está muerto. Y vosotros, por cierto, no hicisteis nada por impedirlo. Esta noche han pasado demasiadas cosas y mejor será que no se sepa ninguna. Mañana embarcaremos, y nadie quiere problemas. ¿Estamos?

El alabardero bajó la cabeza. El otro cruzó los brazos y asintió en silencio.

—¿A qué esperas, hombre?

Duarte, todavía aturdido, reaccionó por fin. Recogió la espada y la mochila que había preparado su compañero, fue a buscar a la mula, que pastaba a unos pasos y, sin decir palabra, ayudó a Isabel a montarse.

—Vente con nosotros —le ofreció a Hernandes.

El cabo negó con la cabeza.

—Lárgate de una vez.

Duarte tomó el cabestro y tiró de la bestia, que obedeció sin resistencia. Pasaron el puesto de guardia y se internaron por la vereda que descendía en zigzag hacia el barranco. La luna, ya muy baja, se ocultaría pronto tras las colinas. Cuanto más cerrase la noche, más fácil sería pasar inadvertidos.

XXVIII

1

Bahía de Cascaes

La carta de la reina precipitó la partida e hizo saltar todas las alarmas. En el consejo previo al embarque, cada cual procuraba apartar de sí la responsabilidad del desastre.

—Os habéis portado como un maldito canalla, sir Francis —le espetó Norris sin rodeos—. Aquí, y también en La Coruña.

El almirante no se alteró.

—No echéis sobre mí la culpa de vuestros errores, general. Os previne contra el desembarco en Peniche, cuya guarnición, por cierto, aún debemos recoger.

—Vuestra opinión, a la que tenéis perfecto derecho, quedó clara desde el principio —replicó Norris—. Pero una cosa es disentir, y otra muy distinta, contribuir al fracaso del asedio. Si vuestra armada se hubiera presentado frente a Lisboa mientras la cercábamos por tierra, ahora estaríamos brindando en el palacio del virrey.

—Hacer cábalas es fácil, pasado el momento. Controlar la embocadura del Tajo, mantener los suministros y proteger la retaguardia no han sido tareas sencillas.

—¿Qué suministros? —estalló Norris—. ¿Qué retaguardia?

—¿Pretendéis convencernos de que habéis mantenido a doscientas velas en esta bahía para contener a una docena de galeras? —preguntó, encendido, Robert Devereux.

Drake mantuvo la calma. Tenía la intención de dejar que aquellos hombres se cocieran un poco más en su propia salsa antes de mostrarles una vía para salvar la infeliz jornada.

—Conocíais nuestra penuria —insistió Norris—. ¿Por qué no desembarcasteis los tres mil infantes que llevabais a bordo para asegurar el territorio y garantizar harina y abastecimientos?

Thomas Fenner acudió en auxilio de su almirante.

—El Prior juró que nada os faltaría ¿Cómo íbamos a saber que sus promesas acabarían en nada? En cuanto a la infantería, desembarcarla sin información precisa del despliegue enemigo habría sido una temeridad.

Tomaron la palabra el coronel Sydney, luego Edward Norris y otros coroneles, a quienes replicaron los capitanes de mar. Incluso Trenton, presente por mandato de Drake, partió una lanza por su jefe.

—Basta de cháchara, señores —dijo al fin el almirante. De nada sirve revolver faltas ya consumadas. Si queréis hablar del ayer, hacedlo sin mí. Yo prefiero ocuparme del mañana. Porque aún no hemos perdido la partida.

El silencio cayó de golpe, y todas las miradas se volvieron hacia él.

—¿A qué partida os referís? —preguntó Norris, con despecho.

—Permitid que se explique, John —terció el conde de Essex. Era, con diferencia, quien más disculpas debería preparar.

Drake aguardó unos instantes más. ¡Con qué facilidad se callaban todos! Se habrían dejado clavar un cuchillo con tal de salvar sus egregios traseros. Le resultaban patéticos. En especial el favorito de la reina, tan arreglado, tan apuesto, tan veleta.

—Tenemos el verano encima —dijo al fin. E hizo otra pausa.

—¿Y qué? —preguntó Devereux.

—La flota de la Carrera de Indias estará por llegar a las Azores. Si con capturar uno solo de sus galeones podríamos sufragar esta campaña, ¿qué no conseguiríamos si nos hiciéramos con la flota completa? ¿Creéis que sería botín suficiente para Su Majestad?

Asintieron, unos sólo con gestos, otros murmurando su aprobación. Incluso Norris bajó la mirada y pareció, por un momento, convencido.

—¿Toda la flota? —observó uno de los coroneles—. Con nuestra armada rondando por aquí, ¿creéis que el rey de España va a arriesgar su tesoro?

—El rey Felipe, como todos los monarcas de este mundo, necesita dinero contante y sonante para sostener sus empresas. Y más aún ahora, cuando debe rehacerse de las pérdidas de su «Invencible». —Algunos rieron ante el calificativo—. Si no ha zarpado de Nueva España toda la flota, os aseguro que al menos lo habrá hecho una escuadra con un buen situado. Por no hablar de las naos portuguesas que regresan de las Indias Orientales.

—¿Esa es vuestra gran baza: uno de nuestros objetivos iniciales? —se burló el general Norris, recuperado del anuncio de Drake—. ¿Proponéis navegar

hasta las Azores y aguardar allí la llegada de la flota de Indias con las tripulaciones hambrientas y apestadas? ¿Queréis volver a casa con ataúdes en lugar de barcos?

—Tendremos que dividirnos —respondió Drake, imperturbable—. Una agrupación pondrá rumbo a Inglaterra con los heridos y los enfermos más graves, y el resto nos dirigiremos a las Azores.

La propuesta de sir Francis no despertó entusiasmo entre los coroneles, pero tuvo la virtud de silenciar sus quejas. La posibilidad de capturar la flota de Indias, repleta de plata y géneros valiosos, prometía borrar los fracasos cosechados y devolverles el crédito perdido.

—¿Quién regresará a Inglaterra? —preguntó Thomas Fenner.

—Estoy seguro de que al segundo conde de Essex le convendrá presentarse en Londres cuanto antes —respondió Drake con estudiada cortesía—. Bien sabemos cuán breve es la paciencia de Su Majestad. Naturalmente, se le reservará la parte que le corresponda del botín.

Devereux sostuvo un momento la mirada del almirante. La idea de volver a la corte no le era indiferente; tampoco la de quedar al margen de tan prometedora aventura. Mas al punto se dio cuenta de que no tenía alternativa.

—¿Cuándo zarpamos?

—Cuanto antes —replicó Drake.

—¿Con este viento? —La duda de Norris sonó a censura.

—Es verdad que estos nortes no nos favorecen, pero permanecer aquí multiplicará los riesgos. Si los españoles aprendieron algo de la lección que les dimos el verano pasado, y seguro que lo hicieron —sir Francis sacó pecho—, estarán aguardando el momento propicio para echarnos encima un puñado de brulotes. Y eso sí que sería un verdadero descalabro.

—¿Qué rumbo tomaremos? —quiso saber Roger Williams—. Si este viento puede entorpecer la travesía hacia las Azores, mucho más hacia Inglaterra.

—El único rumbo posible, Roger: hacia el sur —respondió Drake—. Al alejarnos de la costa podremos dar bordadas que nos permitan ganar en latitud.

—Será duro para las naves menos marineras —comentó Trenton, con la mente puesta más en el barco de su hermano (y de su padre) que en el suyo.

—Cualquier opción entraña riesgos, mi estimado John, y trabajo. A menos que tengáis otra mejor…

De pronto, el reservado Trenton se convirtió en el centro de todas las

miradas. Algunos se preguntaban quién era aquel capitancillo que osaba poner reparos tan nimios. Dudaba John en responder que bastaría con situar los grandes galeones en retaguardia para paliar en parte el problema, cuando Drake volvió a tomar la palabra.

—Además, así haremos creer a los españoles que vamos a Cádiz. Y con suerte, las galeras se apresurarán a partir hacia allá.

Nadie respondió.

Sir Francis había logrado sortear una situación adversa y convertirla en ventajosa. La flota del tesoro había sido, desde el principio, su verdadero objetivo. Un objetivo que no sólo le reportaría riquezas y lo redimiría ante la reina y ante sus inversores, sino que le procuraría fama inmortal. ¿Quién había capturado nunca una flota completa?

Con la decisión tomada, el escuadrón de Roger Williams, con el conde de Essex a bordo, zarpó de madrugada en compañía de los filibotes que aún quedaban: navíos ligeros y maniobrables, más aptos para barloventear y aproar al norte. Ya avanzada la mañana se hizo a la mar el resto de la armada, reunida, por orden expresa del almirante, en un solo cuerpo de más de ciento cincuenta velas.

2

Litoral portugués

La repentina partida de la Contra Armada, bien que esperada, no dejó de sorprender a los españoles, sobre todo por realizarse en dos grupos separados. Tras un breve consejo, el adelantado y el almirante decidieron dividir también la escuadra de galeras.

Bazán permaneció en la desembocadura del Tajo para asegurar la costa y limpiar aquella zona de los últimos restos enemigos. Atacó sin demora un navío rezagado, embistió y prendió fuego a otros dos menores, y no cejó hasta capturar a los supervivientes que huían en los botes. Represó además dos y rindió a las tripulaciones de presa.

Martín Padilla, por su parte, temiendo que el destino de la Contra Armada fuese Cádiz, zarpó en su persecución con el resto de las galeras. Sus capitanes forzaron al máximo a los galeotes y al caer la tarde lograron avistarla. El viento, que soplaba con levedad, les impedía recortar con más rapidez la

ventaja, pero en la madrugada decayó casi por completo y Padilla ordenó tomar el barlovento y atacar.

Remando con vigor al son de los tambores, las galeras se aproximaban a las naves inglesas, las castigaban por popa con los cañones de crujía y barrían sus cubiertas con rociadas de arcabucería. La embestida sembró el pánico: sin viento para maniobrar, los ingleses sólo podían botar sus esquifes e intentar remolcar sus barcos por cualquier rumbo. Cada cual se ocupaba de su propia salvación. Algunas pinazas, provistas de remos auxiliares, los emplearon para huir, no para ayudar. Lo mismo hicieron las naves más marineras, entre ellas la del almirante, que aprovechó la exigua ventolina para alejarse del combate. Y sólo cuando estuvo a salvo, se preocupó de reagrupar a los navíos de vanguardia en torno al Revenge.

El desorden fue en aumento. Las galeras cañoneaban e incendiaban navíos ante la inacción del resto. Uno, otro, otro más. La mañana trajo luz, mas no viento, y la ofensiva prosiguió. Los cómitres exigían hasta el límite a los forzados; los artilleros pedían más balas y exprimían sus piezas, cuyas culatas enrojecían por el calor, los arcabuceros gastaban pólvora sin medida en descargas continuas, los marineros lanzaban alcancías con mecha sobre las velas enemigas con intención de incendiarlas. Saltaban astillas, reventaban tracas y cuadernas; las entenas, partidas, colgaban como alas rotas, y más de un mástil se vino abajo con estrépito. El humo, bajo y espeso, se tendía sobre el mar y, aliado con los españoles, ocultaba sus movimientos y sembraba confusión entre los enemigos.

La galera del adelantado embistió a dos urcas de transporte, a un patache y una lancha. Las demás no fueron menos diligentes: abordaron, incendiaron o hundieron cuantas embarcaciones pudieron, y dejaron otras muchas tan dañadas que comprometieron su retorno a Inglaterra. Hacia el mediodía se levantó el viento, y Padilla, perdida la ventaja, ordenó la retirada para dar respiro a los remeros, enfriar las piezas y proceder al reparto e interrogatorio de los numerosos prisioneros.

La Contra Armada, deshecha y dispersa, mas no destruida —su tamaño era tal que el revés encajado supuso apenas un picotazo—, fue desvaneciéndose por el horizonte de poniente. Tras ella quedaban restos a la deriva, náufragos aferrados a maderos, cascos devorados por las llamas y columnas de humo que ascendían al cielo como testimonio mudo del desastre.

Guiada por aquellas humaredas, la Portuguesa llegó al escenario del combate

cuando este ya había cesado. Las galeras se alejaban con parsimonia por su banda de babor, y los enemigos aún se distinguían por la de estribor. Gabriel mandó cambiar la bandera y seguirlos.

—¿Y eso? —preguntó Laiseca.

—Así nos tomarán por uno de ellos, Pascual.

Viraron por avante y siguieron su estela. Por la tarde alcanzaron a algunos de los bajeles más rezagados, pero ninguno era el Relief. Desde una nao bastante maltrecha les hicieron señales de socorro que Gabriel ignoró. Su mente estaba clavada en el objetivo: tenía que encontrarlo antes del anochecer.

Escarmentados por la falta de apoyo mutuo en la refriega de la mañana, los ingleses se reagruparon en pequeños núcleos según la velocidad de cada nave y los daños sufridos. Aquella dispersión hacía más difícil dar con el Relief.

Tras dejar por la popa una veintena de velas, al caer la tarde avistaron dos escuadrillas que se separaban. Una navegaba hacia el norte franco, ciñendo a tres cuartas; la otra se abría hacia el nordeste.

—¿A cuál seguimos? —preguntó el maestre.

Gabriel, asido a un cabo en el castillo de proa, escrutó el horizonte antes de decidir.

—A la del nordeste.

—¿Por qué?

—El Relief es torpe. Le convendrá un rumbo más franco para avanzar sin forzar tanto la ceñida.

Laiseca frunció el ceño.

—No es una razón muy convincente.

—No tengo otra mejor, Pascual.

Metieron dos cuartas al este y siguieron a aquella agrupación hasta que la noche los envolvió.

Con la oscuridad se aquietó también el mar. El viento, más templado, hinchaba las velas con un soplo constante y la Portuguesa se deslizaba con suavidad sobre las olas. Los hombres de guardia hablaban en voz baja o se movían con pasos cautelosos sobre la cubierta. Mahagüini, a cargo de la guardia, se hallaba en el alcázar y Gabriel se acercó a él y apoyó los brazos en la regala. Sobre sus cabezas se abría en aquel momento un cielo despejado y cuajado de estrellas.

—Bonita noche —dijo de improviso Mahagüini.

—Muy cierto.

—La esfera celeste girando sobre nosotros. Así lo dispuso el mundo.

—¿Estarán todas en la misma esfera? —preguntó Gabriel.

—Las más débiles se han de mover en esferas más alejadas. Eudoxo decía que veintiséis, pero Aristóteles llegó a contar hasta cincuenta y cinco, si se incluyen las del sol y la luna.

El comentario sorprendió a Gabriel. Nunca habría imaginado que su amigo tuviera noticias de tales filosofías, y le dio la medida de lo poco que lo conocía.

—Y detrás de ellas ¿qué habrá? ¿Qué rige su movimiento?

—La voluntad divina.

—¿Ha de ser así?

—¿Qué, si no?

Gabriel no estaba seguro. Para qué hacía Dios girar aquel firmamento inmenso, qué propósito podría tener tanta grandeza. Qué lugar ocupaban ellos.

—¿Y si todo fuera azar? ¿O destino, o providencia?

El medio indio no respondió, y continuaron contemplando el cielo en silencio.

—En todo caso, es muy hermoso —dijo al cabo Gabriel.

—Hermoso y desmesurado.

Al alba la habían perdido de vista, pero conservaron el rumbo. Navegaban ya frente al cabo da Roca.

A mediodía dieron con otro grupo, más nutrido y algo desordenado, que barloventeaba cerca de la costa portuguesa. Se aproximaron con cautela. En cabeza se distinguían varios galeones, quizá uno de ellos fuera la almiranta. Si los detenían para pedirles señas, tendrían problemas. Pero ninguno les dio el alto.

Por la tarde avistaron Peniche. Desde la cofa del palo mayor, Gabriel distinguió nubes de humo en tierra y, poco después, el eco lejano de algunos disparos.

—¿Combaten, padre? —preguntó García, encaramado junto a él en la estrecha plataforma.

—Eso parece. Algún destacamento de caballería habrá acudido a hostigar el embarque de la guarnición.

El tiroteo se prolongó hasta el anochecer. Ni siquiera en la prisa de la retirada los ingleses perdían ocasión de hacer presa: una urca que se acercó demasiado fue rendida sin esfuerzo por dos navíos ligeros.

Al amanecer, el viento roló al nordeste y el grueso de la Contra Armada se

apartó de la costa con rumbo a las Azores. Pero tras una larga bordada mar adentro, volvió a caer hacia la península. Un temporalillo de poniente descompuso, al día siguiente, la formación y seis o siete bajeles se descolgaron del cuerpo principal. Cerca de Oporto, un pequeño galeón se aproximó a la Portuguesa.

—Malo —gruñó Mahagüini.

—Buenas intenciones no traen —añadió Laiseca.

—Mucho han tardado en recelar de nosotros —dijo Gabriel, y mandó cazar escotas y abrirse al sur.

El galeón los siguió varias horas antes de desistir y regresar con la armada: nadie quería rezagarse. Gabriel apretó entonces a la fragata para recobrar lo perdido. Un día entero de dura faena y velamen exigido al límite les permitió avistar de nuevo la retaguardia y colocarse tras navíos que ya habían dejado atrás, con el riesgo que aquello suponía.

Para colmo, el viento viró al sudoeste.

—Maldita sea —murmuró Gabriel.

—¿Qué sucede, padre?

—Este viento los llevará hacia Inglaterra sin dificultad.

—¿No podremos rescatar a madre?

—Será más difícil.

Aquel sudoeste los empujaba con rapidez hacia el norte. El mar, gris bajo el cielo encapotado, levantaba olas largas entre las que cabeceaban las siluetas dispersas de varios bajeles. A estribor, la costa apenas se adivinaba en la bruma.

—¡Capitán! —gritó de pronto Mahagüini.

Gabriel acudió.

—¿Qué ocurre?

El medio indio, inclinado sobre la regala, señalaba al horizonte.

—El Relief.

—¿Estás seguro?

A lo lejos, una mancha clara se recortaba contra el cielo plomizo.

—El Relief —repitió, sin vacilar.

3

Camino de Lisboa

Duarte e Isabel se dirigieron hacia el oeste, en busca de la costa, siguiendo veredas de herradura apenas visibles entre la maleza. Cuando la luna se ocultó, la oscuridad se adueñó por completo de los campos y no se distinguía más allá de la propia mano. Para evitar un tropezón o una caída inoportunos, Duarte redujo el paso y permitió que la mula, fiada en su instinto, encontrase el camino. Él se limitaba a corregir la dirección cuando notaba que se desviaba. A su derecha, la Osa Menor se disimulaba en un cielo cuajado de estrellas.

Marchaban en silencio, atentos a cualquier ruido que delatase movimientos de tropas. Los hitos del camino eran apenas perceptibles: el perfil de los árboles recortado contra el cielo, el rumor de un regato escondido, la humedad súbita del aire al cruzar una umbría, el golpeteo irregular de los cascos sobre la tierra, las piedras o las raíces superficiales. De vez en cuando, Isabel se removía en el aparejo, cambiaba de postura o se inclinaba hacia delante para aliviar las piernas dormidas, pero no pronunciaba queja alguna. El viento, que venía del norte, se tornó más fuerte y desapacible, y ella sacó del hatillo una capa y se la echó por los hombros.

Duarte se encerró en sus pensamientos. Recordaba, una a una, las últimas horas: la traición del arriero —no podía haber sido otro—, la llegada de los hombres, el duelo, la súbita intervención de Isabel, la muerte de Álamo y la de Geraldo, su viejo enemigo, a quien, pese a todo, no guardaba rencor. Tal vez porque ya no le cabía más. Verlo hecho un guiñapo sobre la tierra, consumido por su propio veneno, le había dejado en el alma una sensación de vacío y fatiga.

Cargaba muchas muertes sobre la conciencia, pero las de los Henriques pesaban más que ninguna. Porque, al final, Geraldo había muerto por él. Y también Fernando Álamo, que ya no volvería a quejarse, ni regresaría a Ayamonte ni cazaría un buen jabalí en sus esteros. Incluso el cabo Hernandes podía verse comprometido por aquella fuga. Se sintió culpable. Por un instante pensó que habría sido más justo quedar él tendido en el claro, boca abajo, frente al puesto de guardia.

Todo en su vida parecía torcerse. Cuanto deseaba o emprendía se desvanecía como humo. Había perdido a Marcia, había perdido a Belinha; se había distanciado de su padre, había naufragado, visto morir a compañeros en Irlanda, caído prisionero… y vuelto a caer.

La noche lo envolvía con sus rumores: el ulular lejano de un búho, el cricrí incesante de los grillos, algún ladrido perdido entre campos dormidos.

Y, sin embargo, algo permanecía en pie: Isabel. Al menos la había librado de sus cadenas y estaba, por el momento, a salvo. Y se aferró a esa sola certeza, a ese norte, a esa tabla. La conduciría a Lisboa, como le había prometido, le buscaría un barco para Galicia, le diría adiós y luego trataría de reencaminar su vida. Isabel. El nombre le hacía daño. Isabel, Isabel, Isabel, repetían los cascos de la mula sobre el sendero.

Entonces acudió a su memoria el semblante apacible de fray Antonio. Pensó, con sorpresa, en la vida religiosa. ¿Y si tantos reveses no fuesen castigo, sino prueba? Recordó también al padre Dimas, el jesuita de Angra que en otro tiempo quiso atraerlo al seminario. Tal vez la llamada llevaba años sonando, discreta y persistente. La idea, por absurda que fuese, le trajo un sosiego extraño: la clausura, el silencio, la regularidad de los oficios se le antojaron un descanso a sus pasiones.

—Vais muy callado, señor Salazar. —La voz de Isabel pareció brotar de los propios pensamientos de Duarte.

Sonaba cordial, casi amigable.

—Medito sobre el mañana.

—¿En volver a tomar las armas?

—Más bien en ingresar en un convento y dedicarme a la oración y a la vida contemplativa.

Isabel calló. ¿Qué respuesta era aquella? ¿Acaso se burlaba? Pero sus palabras tenían el peso de la verdad. ¡Qué hombre tan extraño! Si no era el canalla ni el farsante que había creído, ¿quién era en realidad?

—¿Por qué me habéis salvado la vida? —preguntó él.

—Era mi deber cristiano —respondió ella—. ¿Por qué queríais vos matar a Geraldo?

—Nos iba la vida en ello.

El sordo romper de las olas anunció la cercanía del mar. Duarte tiró de las riendas y detuvo a la mula. Debían girar a la derecha y encaminarse al norte durante, al menos, una legua más, hasta dejar atrás las posiciones felipistas. Podían tropezar con una patrulla y salir airosos… o provocar, por un mal entendido, una desgracia fatal. Con los ánimos enardecidos, cualquier encuentro era incierto. Decidió, pues, trazar un rodeo amplio antes de enfilar hacia Lisboa.

Un poco más adelante, hallaron un pinar y Duarte lo cruzó hasta dar con un calvero abrigado entre los árboles.

—Aquí podremos descansar unas horas —le indicó a Isabel.

Desaparejó la mula, la ató a un pino joven y echó la manta sobre el lecho de agujas. Isabel se tendió sin una queja y, rendida, se durmió casi al instante. Duarte se echó a corta distancia y el cansancio lo venció, también a él, enseguida.

Al clarear, reanudaron la marcha.

La costa era rocosa, desnuda y escarpada, batida por el oleaje. Acantilados cortados a pico se alternaban con calas minúsculas, casi inaccesibles. A media mañana avistaron una aldea encaramada a la falda de un serrijón verde y abrupto. Aunque les tomaría más tiempo, Duarte prefirió cruzarlo por el norte. El camino, que se volvió tortuoso, con pronunciadas subidas y bajadas, atravesaba barrancos profundos, arroyos de aguas limpias y tramos de bosque frondoso, fresnos, alcornoques y alisos, enebros y madroños, y claros cubiertos de brezo rojo. En las hondonadas, el aire era fresco y húmedo; en los collados, soplaba con fuerza el viento.

Se detuvieron junto a una fuente. Isabel, cansada de cabalgar, llevaba un buen trecho a pie y parecía agotada. Duarte partió pan y queso y ella los cogió en silencio.

—¿Puedo preguntaros de dónde sois? —dijo, al fin.

Duarte terminó de masticar antes de responder:

—Nací en Angra, en la isla de Terceira. ¿Y vos?

—Provengo de Nueva España, de una villa costera llamada Veracruz.

—Largo ha sido el camino que os ha traído hasta aquí.

—Largo —repitió ella, de pronto sombría. Que no hubieran compartido antes una información tan elemental daba la medida del distanciamiento que habían mantenido.

Duarte intuyó que la historia de Isabel debía de ser dolorosa. Para distraerla, cuando reanudaron la marcha dio en contarle algunas anécdotas de su paso por los tercios. Isabel sonrió por primera vez en mucho tiempo. A cambio, le refirió algunas anécdotas de la suya, y, cuando quiso darse cuenta, le había confesado su captura por los piratas, su matrimonio con Trenton, la huida de Inglaterra y su recalada en La Coruña.

—Una vida marcada por la guerra —comentó él.

—Al menos, eso tenemos en común —replicó ella, con un mohín gracioso.

La sierra terminó con la misma brusquedad con que había comenzado, y el terreno se volvió llano y transitado: caminantes solitarios, arrieros, mujeres con

cántaros, un carro rebosante de forraje. A su paso, se sucedían campos de cultivo, olivares, pinares, encinares, y aquí y allá, casas de labranza y cortijadas.

Al caer la tarde, se atrevieron a acercarse a una venta al borde del camino para pasar la noche. El precio era elevado y la cena, una mazamorra infame. La ventera se justificó: los españoles habían quemado los graneros y, después, los ingleses habían arramblado con lo poco que se había salvado.

—Gracias damos por seguir vivos —dijo. Y añadió—: Vuesas mercedes no son de por aquí, ¿verdad?

—Mi esposa y yo venimos de Cascaes —respondió Duarte—. ¿Sabéis si hay tropas en el camino de Lisboa?

—Yo diría que no.

Tan pobre era el establecimiento que Isabel se lavó por partes en un barreño, y Duarte, para no desmerecer a sus ojos, la imitó luego. El cuarto que les ofrecieron tenía las paredes de madera, la puerta desencajada y, por lecho, un jergón de paja vieja.

—¿Qué habrá sido de Yabama? —preguntó Isabel, ya tumbada.

Duarte negó con la cabeza. En manos de Michael Gardiner, pocas esperanzas cabían. A Isabel se le escaparon unas lágrimas de aflicción, y también de remordimiento. La suerte incierta de su amiga todavía le oprimía el ánimo.

—No debí abandonarla. Jamás.

—¿Qué remedio os quedaba? A veces, en la vida, hay que elegir entre lo malo y lo peor.

—¿Ese ha sido vuestro caso?

Duarte, que se había recostado sobre la manta de arriero, le habló entonces de Galway, del encierro, del hambre, de la espera interminable; de la saca al amanecer y de la ejecución en las afueras. No cargó las tintas; refirió los hechos con llaneza. Isabel lo escuchaba sin interrumpirlo. La llama de la vela, puesta entre ambos sobre una caja, vacilaba y dibujaba en su rostro asombro, compasión, espanto.

—¿Por qué os odiaba tanto Geraldo? —inquirió a continuación. Aquel asunto le intrigaba.

Duarte giró la cabeza y fijó los ojos en ella.

—Es una historia muy larga, y ya es tarde —dijo. En realidad no estaba preparado para hablarle de Marcia—. Otro día os la contaré, si os place.

—Os tomo la palabra.

La siguiente jornada fue tan larga y fatigosa que, en las últimas leguas del camino, Duarte hubo de montarse en la mula y sostener a Isabel entre los brazos. La cercanía de su cuerpo, el roce de sus brazos, el de su cabello, lo enternecía y atormentaba a partes iguales. Mientras el animal avanzaba lentamente, evocaba la conversación de la noche anterior, las miradas que ella le había dirigido, llenas de comprensión y franqueza. De piedad. Pero ¿amor? No.

Al coronar las colinas de Monsanto se abrió Lisboa ante ellos, con sus casas abigarradas, el mar de tejados, el perfil del castillo y, al fondo, el espejo inmenso del Tajo. Una hora después, con el sol ya ocultándose, entraban sin dificultad por la puerta de San Antón. Duarte descendió en la plaza del Rossio y condujo a una Isabel tambaleante hasta una posada en la Baixa que conocía desde tiempo atrás. No eran horas para presentarse en casa ajena, ni estaba Isabel para andar recorriendo la villa. Dejó, pues, la mula en el corral y, como ya no era necesario fingir, pidió al posadero dos cuartos.

4

Litoral portugués

El ataque de las galeras y la dispersión posterior de la Contra Armada obligaron a Drake a renunciar a su proyecto de alcanzar las Azores. La escuadra había quedado maltrecha y desordenada.

La situación a bordo empeoraba cada día. En algunas naves había tantos apestados que apenas restaban manos para gobernarlas; en otras, los hombres útiles eran tan pocos que hubo que dejarlas atrás, a la deriva, en medio del océano. Drake habría podido desentenderse del conjunto y proseguir hacia las islas con un puñado de buques escogidos. Pero había un obstáculo mayor.

Tras la desbandada, había perdido el control efectivo sobre muchos capitanes. Y no estaba dispuesto a permitir que un resentido Norris, o alguno de sus coroneles, llegara antes que él a Londres y ofreciera a la reina su propia versión de los hechos. Esa consideración pesó más que cualquier cálculo estratégico. Continuó, pues, hacia el norte, sin descartar un golpe de mano contra algún puerto mal defendido que mitigara la afrenta.

En la partida de Cascaes había reinado la confusión. Soldados y marineros habían subido a los buques sin orden ni concierto, mezclados con compañías

extrañas y bajo mandos nuevos. El Relief no fue una excepción. Así, mientras que Hernandes volvió a embarcarse en él, Mendes y su gente lo hicieron en otro bajel.

—¿Y el capitán Henriques? —le preguntó Michael Gardiner.

—Muerto —respondió el cabo.

—Lo siento. Parecía hombre de valía.

—Y un buen capitán —añadió el cabo, con una rotundidad que quizá no sentía.

Desde Cascaes navegaron en el cuerpo central, no lejos del Revenge. Pero tras el ataque de las galeras lo perdieron. Las limitaciones marineras del Relief se hicieron pronto patentes y, jornada tras jornada, iba rezagándose. Sólo la cercana presencia del Fortune, que contra todo pronóstico se mantenía a la vista, les daba cierto amparo.

Para Yabama, en cambio, cada milla hacia el norte era una condena. Desde que Isabel bajó a tierra —y más aún desde su intento de huida— su vida se había vuelto un suplicio tal que amenazaba con quebrantar su fe en Atabey y en el regreso de l'Avide. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no acudía?

La mente se le extraviaba cada vez con mayor frecuencia por corredores oscuros. La confusión descendía sobre ella, se le adhería a la piel como una telaraña pegajosa, húmeda y densa. La sensación era tan física, tan real que trataba de sacudírsela a manotazos. Los recuerdos se desvanecían; los rostros se confundían; el tiempo se alargaba o se comprimía; y las imágenes se deformaban: el barco ascendía sobre las olas hasta el vértigo, o la cubierta giraba sin freno y ella acababa desplomada, rodando como una peonza. Entonces, una patada brutal del gran bastardo de Gardiner la devolvía al mundo:

—Despierta, puta.

La había violado tantas veces que no conservaba la cuenta. La había golpeado hasta dejarla inconsciente, azotado, humillado y martirizado de todas las formas posibles. Aquel hombre poseía una imaginación prodigiosa para la crueldad. Y aunque jamás se había quejado en su presencia, ni le había dado indicio ninguno de sumisión, sus fuerzas se agotaban. La bazofia escasa y miserable con que la alimentaba bastaba apenas para mantenerla en pie.

Su debilidad era tan manifiesta que Michael le permitió un par de veces salir a cubierta y beneficiarse del sol. Los tripulantes, por embrutecidos que estuvieran, le dedicaban miradas de conmiseración. Hernandes, desde que

volvió a bordo, le daba a escondidas raciones extras del monótono rancho.

—Isabel está a salvo —le dijo en cierta ocasión—. Por ese lado, estad tranquila.

—Por ese lado… —repitió ella, como un eco lejano.

—¿Queréis que lo mate?

Yabama, que tenía la mente casi ida, regresó de pronto al presente. Matarlo.

—Maquetaire se lo llevará —dijo—. Pero no hoy. No por vuestra mano.

El soldado pensó que desvariaba.

Después de satisfacer por enésima vez sus deseos con la mestiza, Michael subió a cubierta. La mujer era ya un deshecho, y aun así su apetito no se apagaba. Cuanto más la tomaba, más insaciable se volvía. ¿Y si estaba enferma? ¿Y si incubaba la peste? Varias veces pensó ordenar que la metieran en un saco y la arrojasen al mar. Pero la tentación lo ataba como una gruesa maroma: la piel de canela, los pechos mórbidos, la cintura estrecha, las nalgas respingonas, el sexo ardiente. Esos ojos que lo desdeñaban. Todo en ella avivaba su pasión.

La llovizna, fina y fría, le refrescó el cuerpo todavía sudoroso. Se acercó a Yates, que gobernaba la nao desde el alto alcázar de popa.

—¿Novedades, capitán?

—Hemos echado al mar ocho cadáveres en dos días —respondió Yates, con sequedad.

—Con este viento, pronto llegaremos a Inglaterra —comentó el armador.

No había sido aquella una campaña para lucirse, pero Michael había sabido sacar provecho en los saqueos de la Pescadería y de Cascaes. Bastante para cubrir gastos y guardar algo. A cosa de una milla, por la aleta de babor, navegaba un navío de buena arboladura. Yates lo señaló con la barbilla.

—Ese va más rezagado que nosotros —comentó Michael, sin darle importancia.

—Nos sigue desde el amanecer, y cada hora nos gana un cable. Ese barco estaba frente a Cascaes.

—Como todos.

—Como todos no. Si el ojo no me engaña, y rara vez lo hace, era uno de los buques encargados de vigilarnos.

—Acerquémonos más al Fortune, por si acaso. Mi querido hermano no nos negará el amparo.

—Este cascarón no da para más. —Yates movió la cabeza, dubitativo—.

Confiemos en alcanzar las rías de Galicia; allí será fácil escabullirse.

La preocupación se le hacía a Michael exagerada. Esos malditos capitanes les habían cogido tanto miedo a los españoles que cualquier arenque les parecía un tiburón. Permaneció, con todo, en el alcázar, atento a las evoluciones del barco que los seguía. Estaba demasiado lejos para distinguir otra cosa que el conjunto del velamen, los topes de los masteleros y la forma alargada del casco, que a veces desaparecía entre las olas, más crecidas que en los días pasados.

Tan concentrado estaba que lo sobresaltó la bronca voz de Yates ordenando poner la nave en zafarrancho.

—¿No es prematuro? —protestó Michael—. Tanto alboroto por una vela.

—Prevenir no cuesta nada.

Se aprestaron los cañones de cubierta, los únicos que tenían. Subieron de la bodega picas, sables y mosquetes. El contramaestre desgranó órdenes para exprimir al Relief, y los marineros, calados y rendidos, treparon a la jarcia. La disciplina tensa de un barco que se prepara para el choque minó un tanto la seguridad de Michael.

XXIX

1
Costas de Galicia

La distancia disminuía con más lentitud de lo que Gabriel habría deseado. El viento, que soplaba casi por la popa, hacía que las ventajas de la fragata resultaran menos evidentes.

Con todo el velamen desplegado, juanetes incluidos, todos hacían cuanto podían por arrancarle el último nudo de velocidad. Bracead esta vela, soltad aquéllas, templad cabos, aferrad escotas. El trapo, tenso al máximo, portaba como nunca.

Apoyado en el barandal de la tolda, el capitán parecía una estatua de granito. No quitaba ojo a la silueta del Relief. Mahagüini no se había equivocado: los castillos altos y el casco color almagre. La mirada fija al frente, el sabor a sal en la boca, el viento en el rostro y el pensamiento en Isabel y Yabama. Para protegerlas, su primer designio había sido arrimarse con cualquier pretexto y saltar a su cubierta.

Pero resultaba evidente que habían descubierto sus propósitos. Habría que combatir. Si las mujeres seguían allí —y rogaba por que así fuera—, estarían encerradas en alguna cámara de popa. El abordaje debía ser rápido y limpio, y las andanadas, bajas y medidas. Había dado órdenes a los artilleros de no barrer la tolda. También la gente de pelea sabía lo que se esperaba de ella: una rociada de escopetería inmisericorde, y luego lanzarse en tromba sobre la cubierta enemiga.

La costa corría cercana. Arreciaba la lluvia. Escorada a estribor, la Portuguesa cortaba la mar con brío, trepaba las crestas y caía entre nubes de espuma. El agua dulce y la salada formaban lágrimas gemelas que se confundían sobre la piel.

Pasado el mediodía, la distancia se había reducido a la mitad. Ya se distinguía la gavia de mesana con forma de trapecio. Más a poniente avanzaba otro buque, mayor y de andar más elegante. Y desvaídas por la lluvia, casi perdidas

en el horizonte, se adivinaban las velas dispersas de la triste retaguardia de la Contra Armada.

Se abrió un claro fugaz. Un rayo solitario iluminó un círculo de mar con una luz dorada, para desaparecer al instante. El viento pasó de fresco a frescachón. Dos vueltas en la ampolleta de la bitácora indicaban que se había ido otra hora sin gran ventaja en la caza. La desembocadura del Miño había quedado atrás, custodiada por el monte de Santa Tecla.

—Que larguen la boneta —ordenó Gabriel.

Desplegar aquel trapo adicional en la vela mayor era arriesgado con aquel mar y aquel el viento, y así se lo hicieron saber Laiseca y Ballesteros. Gabriel escuchó sus advertencias, pero las ignoró.

Con el trapo añadido ganaron velocidad.

—¡Siete nudos! —cantó García, tras recoger la corredera.

Ya se veía con claridad el balconcillo de popa de su presa. Con suerte, se pondrían a su altura antes de que cayera el día. Pascual Laiseca mandó aprestar los cañones de estribor.

—También los de babor, Pascual —dijo Gabriel, al tiempo que señalaba hacia el otro barco, que había aflojado la marcha.

—¿Crees que intervendrá?

—Es mejor prevenir.

Mahagüini distribuyó los puestos de combate. Los mosqueteros, en las vergas y castillos; el trozo de abordaje, en las cubiertas.

La costa gallega se alzaba áspera y montañosa. A lo lejos se entreveía el perfil de unas islas.

—Las Cíes —anunció Laiseca.

—Y la ría de Vigo —añadió Ballesteros—. ¿Se meterán allí?

—No, si lo evitamos —dijo Gabriel. Y ordenó acercarse más a tierra. De aquel modo, al interponerse entre su presa y el litoral, impedirían que se refugiara en la ría.

Se aproximaron a los peligrosos rompientes del cabo Sillero. Navegaban tan ceñidos a tierra que daba vértigo mirar cómo las olas batían contra las peñas desnudas y se retiraban entre espumarajos blancos. El Relief, como habían previsto, no pudo entrar en la ría. Sin embargo, al cruzar frente a la embocadura, divisaron gran cantidad de velas: parte de la Contra Armada se había metido allí.

—¿Querrán atacar Bayona? —preguntó Ballesteros.

—Lo dudo —respondió Laiseca—. Hasta donde yo sé, esa plaza está bien defendida.

A la altura de la isla de San Martín, la fragata se abrió al mar para tomar el barlovento y mantener a su presa a estribor. El Relief se aprestaba a la defensa. Algunos hombres trepaban a las vergas y otros se apostaban tras la borda, en la que no habían instalado siquiera empavesadas.

El buque que lo acompañaba se había perdido al otro lado de las Cíes.

Tras dejar a levante el estrecho y peligroso canal que separaba San Martín de la isla del Medio, se pusieron al fin a tiro de cañón. El Relief disparó primero: de sus cuatro piezas, sólo una los alcanzó en el castillete de proa. Gabriel retuvo la respuesta.

—¿A qué esperamos, capitán? —lo apremió el maestre.

Pero Gabriel había mudado de parecer: la impericia con que los artilleros enemigos recargaban, le hacía confiar en que podrían abordarlos sin emplear sus cañones.

—Arrímate, Pascual —ordenó con firmeza—. Y vos, señor Martínez, atento a mi señal.

Pasaron unos momentos, largos como días sin pan. El Relief, atrapado entre la fragata y la isla, apenas tenía margen de maniobra. En su cubierta, los servidores se agitaban en torno a las piezas, sudorosos, desorganizados. A uno de ellos se le cayó la baqueta y se agachó a recogerla; otro trataba de cebar la pólvora con manos torpes. Sus oficiales los apremiaban con improperios y gestos furibundos. Los rostros, claramente visibles, mezclaban miedo, rabia y desconcierto. Aun así, les dio tiempo a largarles una media rociada de escopetería que hirió a un marinero. García y otro paje se dieron prisa en arrastrarlo a la relativa seguridad de la tolda.

Gabriel le hizo una seña a Mahagüini.

—¡Fuego! —ordenó este.

Los mosqueteros y arcabuceros tiraron casi al unísono, y un rosario de nubecillas blancas puntearon el aire como cohetes de feria. La descarga cerrada barrió la cubierta del Relief. Las balas impactaban en la borda, los cabilleros, barriles y cuerpos con un golpeteo siniestro. Algunos hombres cayeron en el acto, dos se desplomaron desde las vergas, otros fueron alcanzados en brazos, piernas, hombros, se lanzaron a las tablas, se agacharon tras la borda o buscaron refugio en las escotillas.

Laiseca ordenó soltar escotas. La fragata perdió arrancada y se abarloó al

inglés. Los garfios volaron y mordieron la obra muerta, y sus cables fueron tensados con enorme esfuerzo. Los cascos crujieron al tocarse. Otra rociada segó la cubierta enemiga. Gabriel, de pie sobre la regala, alzó el sable y ordenó el abordaje.

Saltó el primero, seguido por dos docenas de diablos que cayeron sobre el combés del Relief como lobos hambrientos.

Gabriel se movió hacia su izquierda. Un artillero joven soltó el botafuego al verlo llegar, desenvainó un machete y se le plantó delante con los ojos muy abiertos. Lo apartó con un revés del guardamanos que lo tumbó sobre las tablas.

Buscó el alcázar. Lo subió en tres zancadas. Allí estaba el capitán enemigo, espada en mano.

—¡Rendid la nave! —le exigió en inglés.

El hombre respondió con una sucesión de mandobles mal medidos. Gabriel detuvo los golpes con el tercio medio del sable, uno, dos, tres. El cuarto lo desvió, cruzó la hoja y lo abatió con un pinchazo limpio en el costado.

Un falconete tronó a su espalda y le dejó un zumbido molesto en los oídos. Abajo, en el combés, entre el humo y la metralla, la lucha era feroz y sin cuartel. La escotilla que bajaba a la tolda estaba cerca y se encaminó hacia ella, pero un grito lo detuvo. Se giró y vio que Pascual Laiseca había caído. Un soldado, con el brazo derecho ensangrentado, lo atacaba con la zurda. Lento, pero decidido. Gabriel se lanzó sobre él y atajó su estocada para que Laiseca pudiera levantarse. Cuando el soldado recomponía la guardia, un arcabuzazo lo alcanzó en la pierna y lo hizo caer.

Los tiradores que habían quedado en la fragata los cubrían sin cesar con sus disparos. Los costados de las naves entrechocaban con el balanceo. En cubierta reinaba un caos de fuego y acero: gritos de mando, gemidos de dolor, maldiciones ahogadas por el estampido de los mosquetes y el choque metálico de las armas al encontrarse. El humo formaba una neblina espesa y el aire olía a sangre y pólvora quemada.

Pero la experiencia y la disciplina daban su fruto. Los españoles, organizados y feroces, fueron imponiéndose sobre sus enemigos. El combate decreció. Unos soltaron las armas y se rindieron, otros se arrojaron al agua, sólo unos cuantos continuaban combatiendo.

La cortina de nubes se rasgó, abriendo paso a unos tímidos rayos de sol. Gabriel dejó a Mahagüini a cargo de la cubierta y volvió su atención hacia la

escotilla de la tolda.

—Sígueme, Pascual.

Bajaron la escala y se adentraron en el alcázar. La penumbra era densa y peligrosa. Gabriel pateó la puerta de una cabina: vacía. También la siguiente. La cámara principal, en cambio, estaba abierta, y entró con el sable por delante.

Allí, sobre un catre, esposada a una argolla, yacía una mujer. Su figura era tan magra, su rostro tan hinchado y maltratado que tardó en reconocerla.

—¡Yabama! —exclamó al fin.

—Has venido —dijo ella.

Gabriel soltó del gancho la cadena de las esposas, la ayudó a incorporarse y la rodeó con los brazos. Ella se estremeció con el contacto.

—¿Dónde está la llave? —preguntó. El tiempo apremiaba.

Yabama señaló un cofrecillo que había en un estante. Pascual lo abrió sin decir palabra y comenzó a hurgar entre papeles y objetos revueltos.

—L'Avide, l'Avide —murmuraba Yabama mientras sus manos encadenadas le acariciaban el rostro—. Has tardado en venir.

Gabriel reparó en los moratones que cubrían su rostro, en los labios partidos, el ojo semicerrado, el cuello con huellas violáceas. La ropa desgarrada, los antebrazos lacerados. ¿Qué clase de animal había hecho aquello? El gesto se le ensombreció.

—¿Dónde está mi hermana?

Yabama se quedó quieta. Sus dedos detuvieron la caricia y parecieron encogerse.

—Desembarcó en Peniche —dijo, con un hilo de voz. Y, al ver cómo se crispaban las mandíbulas de su hombre, se apresuró a añadir—: Está en buenas manos. Un soldado la sacó del barco, antes de que Michael pudiera hacerle daño.

—¿Qué soldado? ¿Qué Michael? —Gabriel no entendía nada.

Desde la cubierta llegaban sonidos cada vez más lejanos: algún tiro aislado, el entrechocar de aceros, voces roncas, indistinguibles, en varios idiomas.

—Michael Gardiner es el armador del barco —aclaró Yabama—. Esta es su cámara.

Laiseca dio al fin con el perno de las esposas y le liberó las manos. Bajo los grilletes, la carne estaba despellejada y asomaba el hueso blanquecino.

—¿Él te hizo esto? —preguntó Gabriel.

Yabama asintió con un leve movimiento de cabeza y Gabriel la tomó del brazo y tiró de ella hacia la claridad del combés. La pelea había cesado. Mahagüini, dueño ya de la situación, había reunido junto al palo mayor a la docena larga de enemigos que aún seguían con vida. Dos hombres recogían los cadáveres y los arrojaban sin ceremonia por la borda. El mar los tragaba con un fúnebre chapoteo.

—La mitad son portugueses —anunció Mahagüini.

2

Islas Cíes

La tarde avanzaba. Pasó una nube más oscura, cargada de agua, que dejó caer un chaparrón antes de alejarse hacia la costa. Los vencidos estaban agotados, mojados, con la ropa sucia y las caras cubiertas de sangre, pero Gabriel no sintió ninguna lástima.

—¿Quién de vosotros es Michael Gardiner? —preguntó.

Los prisioneros se miraron unos a otros. Silencio. Gabriel repitió la pregunta en voz más alta, con el mismo resultado. Al fin se animó a hablar un hombre fornido, de barba recia.

—No está aquí. O ha saltado por la borda o se ha escondido en la bodega.

—No sabe nadar —apuntó otro, más joven.

La mención del salto desvió todas las miradas hacia tierra. La fuerza de las olas y la fuerte resaca hacían muy peligrosa aquella costa, pero dos hombres la habían alcanzado y trepaban por las peñas.

—¿Es alguno de esos? —preguntó Gabriel.

—No lo parece —respondió el de la barba recia.

—¿Quién sois vos?

—Diego Hernandes, cabo de estos soldados. Ella puede confirmarlo.

Gabriel miró a Yabama, que asintió. Laiseca le había echado una manta por los hombros, para cubrir sus harapos. La claridad gris de la tarde permitía apreciar los estragos en su cuerpo.

—El cabo sabe dónde está Isabel. —La voz de Yabama sonó más firme.

Hernandes fue a responder cuando Mahagüini lo cortó:

—¿Qué hacemos con estos hombres? —Sostenía en los brazos el arcabuz con la mecha encendida.

Gabriel se obligó a distanciarse del torbellino de nombres, heridas y preguntas y pensar con frialdad. No tenía ganas de cargar con los prisioneros, pero tampoco podía soltarlos.

—Los llevaremos a la fragata.

—¿Y el Relief?

Gabriel sonrió.

—Será nuestro botín.

Ordenó a cuatro hombres que registraran la bodega en busca del armador. A Mahagüini le encargó que organizase el traslado de los prisioneros, y a Laiseca que buscara una tripulación de presa y preparara la maniobra de separación. La armada inglesa estaba demasiado cerca para confiarse.

—Y ahora, señor Hernandes, podéis decirme dónde y con quién está Isabel.

El portugués sabía que sus próximas palabras podrían librarlo o condenarlo, y se esmeró en poner a Gabriel en antecedentes. Con voz baja, fue hilando la historia: la fuga irlandesa, la captura, el juramento de servir bajo las banderas del Prior y, por último, lo ocurrido con Isabel y Duarte.

—Cuando íbamos a reembarcar, huyeron juntos hacia Lisboa —concluyó.

—Mucha amabilidad para una prisionera, ¿no os parece?

Hernandes se encogió de hombros.

—¿Duarte, habéis dicho?

—Duarte Salazar.

—Es un buen hombre —susurró Yabama.

En ese instante, García saltó desde la fragata a la cubierta del Relief y corrió hacia ellos. Al ver a su madre, se detuvo de golpe.

—Madre —dijo.

—¡Hijo! ¡Oh, hijo! —Yabama fue a su encuentro y se agachó para abrazarlo.

El muchacho, aún sin habla, le pasó los dedos por el rostro maltrecho, con un gesto que no era de niño. El barco dio un bandazo. Madre e hijo sonreían, aferrados a un cabo, junto a la borda de babor. El viento soplaba con fuerza y agitaba la manta de Yabama como una bandera.

Mahagüini se aproximó a Gabriel, lo tocó en el hombro y señaló hacia el extremo de la isla Norte:

—El bajel que acompañaba al Relief.

Aquel barco había superado las Cíes por sotavento y ahora maniobraba para virar contra el viento. Tardaría lo suyo en conseguirlo.

Dos marineros sacaron de la cámara de popa un pesado arcón que

depositaron a los pies de Gabriel.

—Abridlo —les dijo su capitán.

Uno de ellos hizo saltar el candado con la culata del arcabuz y levantó la tapa. Mahagüini alzó las cejas al contemplar la cantidad de objetos de plata y oro que había en él.

—Buen pillaje hicieron estos —comentó Gabriel—. Llevadlo a la fragata y que el señor maestre se haga cargo.

Los marineros se dieron prisa en obedecer. De la bodega subían voces, rumor de pasos y ruidos de arrastrar cajas y tumbar bultos. Un hombre asomó por la escotilla y se encaminó con tranquilidad a la tolda.

—Eh, deteneos —le ordenó Gabriel.

El hombre, descubierto, dio la vuelta y corrió hacia la escala que subía a la cubierta del alcázar.

—Es Michael —avisó Yabama con voz aguda.

Michael, al oírla, cambió nuevamente de dirección y se abalanzó sobre ella. Con el brazo izquierdo la rodeó por la cintura; con el derecho le apretó un afilado cuchillo contra el cuello. Su movimiento fue tan rápido que nadie tuvo tiempo de impedírselo.

—Apártate, García —dijo Yabama, serena.

El niño retrocedió unos pasos y quedó en mitad del combés.

—Dejad ese cuchillo —dijo Gabriel, contagiado por la calma de ella.

El hombre negó con la cabeza.

—No os acerquéis. Botad el esquife y apartaos. Cuando esté lejos, la soltaré.

—¿Y si no lo hacemos?

—La mataré.

—Mátala de una vez —replicó Gabriel con frialdad—. Esa mujer me importa un comino.

Gardiner dudó un instante, pero una sonrisa le barrió las dudas.

—Sé que te importa —dijo—. Y también el chico.

Gabriel alzó las manos con las palmas hacia arriba, como un niño pillado en una travesura. Temía que Gardiner cumpliera la amenaza. Un hombre acorralado era tan imprevisible como una bestia. Y no quería arriesgar la vida de Yabama.

El sol acababa de ocultarse. En la isla, los dos hombres que habían logrado escapar alcanzaron una cresta y se perdieron tras ella. Gabriel se desprendió del sable. Luego, con la mano izquierda, desenvainó la daga. Mahagüini se

apartó hacia un lado.

—Atiende, Gardiner. Eres el armador de este buque y nada tengo contra ti.

Le mostró la daga y también la dejó caer. Gabriel dio dos pasos hacia delante, hasta colocarse junto a García. Lo tomó del brazo y lo colocó detrás de sí.

—Ve con el señor Martínez.

Cuando el niño se hizo a un lado, avanzó otro paso.

—No puedo permitir que te vayas, pero si la sueltas, te prometo un trato justo. —Le hablaba en inglés, para asegurarse de que lo entendiera—. Te llevaré a La Coruña, te pondré bajo custodia en una casa particular y negociaremos un rescate hacedero. En cambio, si la matas… ¡Ah!, si la matas, añorarás el infierno.

Michael parecía hechizado por la voz de Gabriel, como una víbora ante la chirimía de un encantador.

—¿Qué garantías tengo? —preguntó.

—Mi palabra. —Gabriel quiso mostrarse firme y a la vez cordial.

—No le prometas nada a este bastardo —le advirtió Yabama. La voz baja, helada—. Está condenado.

—¿Me lo juras? —insistió el armador, con un destello de esperanza.

Gabriel asintió.

—Maquetaire lo espera en los corredores oscuros. —Los ojos de ella buscaron con furia los de Gabriel—. Tiene que morir.

Michael no comprendió lo que decía Yabama, pero se tensó y la apretó más fuerte.

—Lo juro —repitió Gabriel, despacio—. Nada te ocurrirá… si la dejas vivir.

Se hizo un silencio pesado. El viento hacía restallar la jarcia y flamear las velas sueltas. Los cascos entrechocaban con el balanceo y las olas rompían con fuerza contra las peñas. Gardiner vacilaba. Había una salida, pero pasaba por fiarse de aquel hombre. El filo del cuchillo temblaba sobre la piel de Yabama. Ella ladeó la cabeza, como si fuera a apoyar la mejilla en el brazo de su captor. El gesto tenía una ternura extraña, casi incongruente. Y entonces, con una rapidez inesperada, se volvió y le mordió la mano con todas sus fuerzas.

—¡Puta! —rugió Gardiner, y el instinto reflejo le hizo apartar el cuchillo.

Yabama se deshizo de su abrazo, dejó caer la manta y dio una zancada hacia Gabriel. El armador alargó con velocidad el brazo izquierdo, como el ataque de una serpiente, e hizo presa en la saya. Tiró con fuerza hacia sí, la hizo rotar

y le descargó una puñalada en el pecho.

—¡Nooo! —gritó Gabriel, y se agachó para recuperar su daga. Pero el estampido seco de un disparo retumbó a su espalda.

Gardiner abrió los ojos con asombro, como si no comprendiera, dio un paso adelante, otro más, se tambaleó y cayó de rodillas sobre las tablas, con un agujero en las tripas. Intentó levantarse, pero sus fuerzas le fallaron y se desplomó de lado junto al cabillero del árbol mayor.

Gabriel corrió hacia Yabama, que estaba sentada, recostada contra la borda. La sangre, espesa y negra, le empapaba la saya y se escurría entre los dedos. Se acuclilló, le sostuvo la cabeza y le apartó los cabellos del rostro.

—¿Ha muerto el gran bastardo? —preguntó ella con un hilo de voz.

Gabriel giró la cabeza. El cuerpo de Gardiner temblaba con los últimos estertores de la vida.

—Está en ello —respondió.

—Remátalo —le pidió Yabama con voz débil, pero firme.

—¿Por qué?

—Así tiene que ser.

Gabriel no entendía aquella petición, pero no podía rehusarse. Se levantó, tomó a Gardiner por el pelo, lo miró a los ojos y con una puñalada certera acabó con su vida.

García se allegó junto a su madre.

—Madre —dijo. Su madre le dedicó una sonrisa gastada y le acarició la mejilla, dibujando en ella un rastro rojizo y húmedo.

—Sé fuerte, hijo —le dijo Gabriel—. Ve a la fragata y dile al barbero que se prepare. Vamos a llevarla a la cámara.

El chico salió disparado, y Gabriel trató de alzar a Yabama en vilo, pero ella gimió, negó con la cabeza y le suplicó que la dejara.

—No hay esperanza —murmuró.

—Siempre la hay —respondió él.

Y, sin atender protestas ni ruegos, la cogió en brazos. Mahagüini soltó el arcabuz con que había derribado a Michael y lo ayudó a franquear las bordas y transportarla hasta la cámara de popa. El barbero, al verla, frunció el ceño.

—No me gusta —masculló.

Laiseca irrumpió en la cámara con el anuncio de que el navío inglés había terminado la virada y se dirigía hacia ellos. Gabriel juró por lo bajo.

—El peligro no ha pasado —insistió Laiseca.

Tenía razón. Aunque el alma se le desgarrase, debía pensar como capitán.

—Aguanta, mujer, aguanta —le dijo a Yabama.

Ella quiso aferrarse a su mano, pero los músculos apenas le respondían y el gesto se quedó en una caricia. Gabriel le pasó los dedos por las líneas de las cejas, la besó en la frente y salió a cubierta. A la luz moribunda del crepúsculo, vio que el barco inglés, tratando de alejarse de la isla Norte, se abría con dificultad hacia barlovento.

—No viene contra nosotros, Pascual.

—¿Cómo que no?

—Fíjate bien. Intentan ganar el viento para entrar en la ría.

—No sé yo…

Pero Gabriel estaba bastante seguro. En todo caso, había que moverse. El enemigo merodeaba por todas partes. Ordenó a Ballesteros que se pasara al Relief con la tripulación de presa. Había que retirar los garfios, cazar escotas y salir de allí.

—Seguimos en zafarrancho —avisó a sus hombres.

—¿A dónde vamos? —preguntó Laiseca.

—A La Coruña. Ya es hora de volver a casa.

Tal como había predicho Gabriel, el navío inglés acabó por dar un rodeo y embocar la ría de Vigo. En su aproximación llegó a situarse a tres cables, lo bastante cerca para soltar una andanada inofensiva. No buscaban el combate.

Gabriel volvió junto a Yabama, que yacía inmóvil sobre el jergón, con los ojos cerrados y la respiración muy tenue. El barbero había detenido la sangría y le había vendado el pecho. Gabriel le cogió la mano. Estaba flácida, no respondía a su contacto ni le devolvía la presión. Al cerrar la noche prendió una bujía, que se balanceaba con el movimiento de la nave. A su luz, la piel se veía descolorida, sin lustre.

Así pasaron varias horas. El viento soplaba con furia, la Portuguesa cortaba las olas, incansable, en su viaje hacia el norte. Y Yabama no mejoraba. Gabriel unió las manos y rezó por ella. Pero la muerte era sorda a ruegos, llantos ni razones.

Antes de fallecer, se despejó.

—¿L'Avide?

—Aquí estoy, mujer.

Yabama giró la cabeza hacia él, o más bien la dejó caer en su dirección. En sus ojos castaños brilló una chispa de reconocimiento.

—No abandones a mi hijo. —La voz era poco más que un susurro.

Gabriel asintió. Ella continuó mirándolo en silencio. Sus labios se movían en lo que parecía una plegaria.

—Madre —exclamó. Abrió mucho los ojos, dio un suspiro profundo y la muerte la sorprendió en mitad de un parpadeo. Las pupilas se volvieron opacas y el rostro se paralizó. Tenía una expresión embelesada, como una santa ante una revelación.

Gabriel no quiso llevar su cuerpo a La Coruña, ni confiarlo al huerto recogido de un convento ni a la tierra anónima de un camposanto. Ignoraba cuál habría sido su deseo, pero le desagradaba imaginarla bajo una losa fría en una ciudad extraña. Yabama había sido una mujer pirata, hecha al mar y a sus azares, había vivido de él y en él era donde debía hallar reposo.

Mandó botar el esquife. Lo cargaron con leña seca, bien embreada, y sobre aquel lecho dispusieron el cuerpo envuelto en una lona. No hubo salmos ni oraciones.

Gabriel tomó una antorcha, vaciló un instante —apenas un pensamiento— y acercó la llama. La brea prendió y el fuego creció, rojo y dorado, trepando por la madera. Cuando la pira ardía con firmeza, cortó el cabo que unía el esquife a la fragata y lo dejó a merced de la corriente.

El fuego refulgía en la oscuridad como un faro encendido. Durante un largo trecho se distinguió su resplandor, avivado por el viento. Después se desdibujó con la bruma, se convirtió en un puntito incandescente y se perdió en la noche.

3

Lisboa

Duarte llevó a Isabel con los Queiroz.

La familia no tuvo reparo en acogerla en su casa, que habían recuperado casi intacta tras la marcha del ejército de Norris. Hacía más de un año que Duarte no los veía, y Natalia lo puso al tanto, entre muchas otras novedades, del matrimonio de Branca con un oficial español que convalecía de una grave herida en el hospital de Todos los Santos.

—Habríamos preferido casarla con un ricohombre de la Baixa —comentó la mujer—, pero su tío estaba comprometido con el Prior, y fue arrestado y

ejecutado. Así que, al fin, el matrimonio no ha resultado tan desventajoso.

El cambio de parecer de los Queiroz permitió a Branca regresar a casa mientras su esposo se recuperaba. El reencuentro con Duarte fue mejor de lo que este había anticipado. La muchacha se había espabilado, y aunque al principio se mostró algo azorada, pronto lo superó y lo trató con la naturalidad, y hasta la complicidad, de viejos amigos.

Branca hizo buenas migas con Isabel, pese a la diferencia de edad. Con su buen ánimo y su alegría contagiosa, la entretenía y la hacía sentirse como en casa, le contaba chismes locales, anécdotas de regatera y le preguntaba, a su vez, detalles sobre la vida de casada.

—Porque vos estuvisteis casada, ¿verdad?

—Lo estuve —respondió Isabel—. Pero ahora la casada sois vos.

—Cierto —reconoció, con un deje soñador.

—Espero que vuestro alférez se reponga pronto.

—Se repone, que no es poco.

Duarte no había olvidado la promesa de buscarle un navío que la devolviese a La Coruña. Pero, con la diáspora de la Contra Armada y la consiguiente inseguridad de las rutas navales, consideró prudente dejar pasar un tiempo. Un tiempo que aprovechó para cumplir otra promesa.

Una mañana se presentó en el castillo de San Jorge con la intención de hablar con el conde de Fuentes, ardua tarea en la que perdió dos completos e infructuosos días. Mas al fin, tras varias gestiones con oficiales y secretarios, consiguió ser recibido por el maestre de campo Francisco de Toledo.

—Os recibo en honor a nuestra mutua participación en la jornada de Inglaterra —le dijo el maestre.

El militar había navegado en el galeón San Felipe, que, desarbolado y sin gobierno, llegó a las costas de Flandes y fue capturado por los rebeldes holandeses. Por fortuna, el maestre y unos cuantos soldados pudieron embarcar en un bote y ponerse a salvo en Nieupoort, donde fueron acogidos por Alejandro de Farnesio. Más adelante retornó a España para hacerse cargo de uno de los tercios estacionados en Lisboa.

—Agradezco a vuestra señoría la deferencia.

Don Francisco cabeceó y Duarte le explicó la larga odisea vivida desde que la Santa Bárbara naufragó en Irlanda hasta su regreso a Lisboa.

—Toda una aventura —comentó el maestre cuando hubo terminado, y se ofreció a mediar con el conde de Fuentes.

—En realidad, nada deseo para mí —prosiguió Duarte—. El motivo de esta entrevista es trasladaros el mensaje que uno de los nobles irlandeses me entregó para Su Majestad, y que me vi obligado a destruir al caer en manos de los ingleses.

Y a continuación le refirió el contenido de la carta de Richard Tyrrell, señor de Fartullagh.

Francisco de Toledo se mesó la barba, muy negra pese a su edad.

—Una lástima que se perdiera —se lamentó—. Las palabras, como sabéis, se las lleva el viento, por eso os ruego que pongáis por escrito lo que me habéis contado, señor Salazar, que yo me comprometo a hacérselo llegar a Su Majestad, o a alguno de sus consejeros, con una nota mía.

Duarte le aseguró que la redactaría sin demora.

—Entregádsela a mi secretario cuando esté lista —dijo Toledo, antes de cambiar de tema—. ¿Sargento, habéis dicho?

—Así es, señoría. Fui asistente de don Álvaro de Bazán, y después del duque de Medina Sidonia, a bordo del San Martín.

Silbó Francisco de Toledo.

—Con vuestra hoja de servicios no me importaría incorporaros en alguna de mis compañías. Necesito hombres capaces.

Duarte agradeció la oferta, pero necesitaba tiempo para resolver unos asuntos personales que lo retenían en Lisboa y pensar en su futuro.

—Sea como decís —asintió el maestre—. Ya sabéis dónde encontrarme.

Antes de despedirlo, le entregó un billete para el pagador, con la indicación de que se le abonase un anticipo por las soldadas devengadas durante su ausencia.

—Aunque prisionero, no habéis dejado de servir al rey —le recordó.

Duarte le dio algunas vueltas a la invitación del maestre, sin terminar de decidirse. Llegaron entonces a Lisboa noticias de la retirada definitiva de la Contra Armada. Era hora de buscarle a Isabel un barco que la devolviese con los suyos, una tarea que había demorado más de la cuenta a causa de la inseguridad, pero lo cierto era que no deseaba separarse de ella.

En aquellos días la había visto a menudo. Gracias a la comida abundante, al sosiego del hogar de los Queiroz y a la buena compañía, Isabel se recuperó con rapidez de los estragos sufridos. Branca le prestó alguna ropa para sustituir las suyas, viejas y deslucidas, y el cambio fue asombroso.

Los sentimientos de Duarte seguían siendo los mismos, si no se habían

intensificado, y verla marchar, perderla para siempre, lo atormentaba. Pero nobleza obligaba, y, tras mucho buscar y negociar, contrató pasaje en una nao portuguesa que se dirigía hacia el Cantábrico.

Isabel aguardaba con impaciencia el momento de partir, de reencontrarse con los suyos —en especial con su hijo Santiago, a quien no había apartado de su pensamiento ni un solo día— y de volver a la rutina apacible del beaterío de Santa Bárbara. El porvenir se le antojaba halagüeño. Sin embargo, las bondades de aquella ciudad donde la habían acogido con tanta amabilidad, y la natural inercia a todo cambio, hacían que una parte de su corazón se resistiera a marcharse.

La primavera se despedía entre brisas suaves y tardes eternas, con la misma placidez con que discurría la corriente del Tajo.

Duarte le compró, para el viaje, un hermoso vestido con verdugados que se llevó la mitad de los atrasos que le habían satisfecho.

—No era necesario, Duarte —le dijo Isabel. La confianza entre ambos le permitía ya tratarlo por su nombre.

—Me place que lo tengáis. Consideradlo un obsequio de despedida.

—¿Cuándo será la partida? —preguntó ella con viveza.

La repentina calidez que percibió en su voz hizo que a Duarte se le acelerase el pulso.

—Vuestro barco zarpará pasado mañana, con la primera marea. O eso me ha asegurado el capitán.

—¿Y vos?

—Buscaré plaza en el tercio de Francisco de Toledo. O quizá me marche a Santander, a sumarme a una nueva armada.

—En todo caso, os espera la guerra.

—Es el destino del soldado.

—El capitán de la nao ¿es de fiar?

—Estimo que sí. ¿Qué os inquieta? —Duarte la notó extraña.

—Volver a embarcarme. Otra vez entre hombres desconocidos. Una mujer sola…

—No os preocupéis. Me he asegurado de que no seáis la única dama a bordo.

—El mar siempre me ha causado temor.

—Puedo enseñaros la nao y presentaros al capitán, si eso os tranquiliza. ¿Qué decís?

—Que me place la idea.

—¿Mañana?

—Mañana.

Tras despedirse de Isabel, Duarte fue al encuentro de Tiago, a quien halló muy cambiado. El joven le contó los combates en que había tomado parte durante el cerco de Lisboa. Aunque su bandera permaneció la mayor parte del tiempo dentro del recinto amurallado, cuando el ejército de Norris emprendió la retirada lo persiguieron hasta Oeiras. También le refirió la ventaja que le habían concedido por haber desbaratado un intento de traición.

—Gracias a un aviso de mi primo Mateo —explicó con orgullo—, logramos impedir que el capitán de mi compañía franqueara las puertas al enemigo.

—¿Y qué fue del capitán?

—Lo arrestaron —respondió Tiago—, pero juró ante los Evangelios que jamás tuvo intención de dejar pasar a los enemigos y la cosa se zanjó con una dispensa del servicio.

—Entonces os habéis ganado un enemigo.

—¿Y en qué consiste nuestro oficio sino en enfrentar enemigos? —le respondió el joven con presteza.

Al día siguiente, Duarte recogió a Isabel y la acompañó a los muelles. La tarde, calurosa, no invitaba a esfuerzos. Pero la frescura del río mitigaba el bochorno. Un barquero los llevó hasta la nao, fondeada aguas arriba. El capitán no se hallaba a bordo, y el maestre les enseñó las cubiertas y la cabina que Isabel compartiría con la familia de un escribano que viajaba a Santiago de Compostela. El espacio era escaso, pero la travesía se preveía breve.

—Si el viento acompaña, en dos días estaremos en La Coruña.

—¿Y si no acompaña? —preguntó Isabel.

—¿Quién sabe, señora? La mar es caprichosa.

—Ese es el problema.

El maestre se comprometió a enviarle el esquife al muelle del carbón.

—Estad allí a la salida del sol, que la marea no espera.

De vuelta a tierra, recorrieron la ribera con pasos lentos, como si ambos quisieran saborear aquellos últimos momentos.

—¿No os agota la vida militar? —preguntó de pronto Isabel—. En el tiempo que he pasado a vuestro lado, he podido hacerme una idea de lo dura que es. Cambiar constantemente de campamento, comer a salto de mata, arriesgar la vida a cada paso. Sin afectos estables…

—Es una vida dura, como bien decís —respondió Duarte—, aunque uno se acostumbra.

—¿Y no imagináis otra?

La pregunta lo detuvo en seco. Isabel también se detuvo, se volvió hacia él y le sonrió.

—¿Qué os ocurre? ¿Os encontráis mal?

Duarte comprendió que había llegado su última oportunidad. Que perdería a Isabel si le mostraba sus sentimientos, pero también si los callaba. Temía hablar, le asustaba escuchar sus palabras y su rechazo, un rechazo del que le costaría rehacerse, bien lo sabía, como también sabía, con una lucidez meridiana, que sólo había una forma de no perderla.

—Claro que la imagino, Isabel. Y sueño con ella, con otra vida.

—¿Qué tipo de vida?

Duarte contuvo la respuesta unos instantes.

—Una vida al lado de la mujer que quiero. —Ya estaba dicho.

Isabel guardó silencio. Se hallaban cerca de la puerta de Santa Catalina, muy concurrida. A su lado pasaban aguadoras con los cántaros sobre los rodetes, arrieros que guiaban las acémilas, pescadores cargando nasas, soldados, criados con libreas, familias paseando con la fresca, mozas de partido, alcoholadas y provocativas, alguna silla de manos, algún jinete.

—Parece un proyecto hermoso, si ella os quisiera.

—Tengo miedo de preguntárselo.

—¿Un soldado como vos? —dijo Isabel con ligereza.

—Un soldado como yo —repitió él, con un hilo de esperanza.

—Habéis sobrevivido a la batalla, al naufragio, al más terrible de los cautiverios. Marchasteis entre vuestros enemigos, respetasteis a una prisionera, salvasteis su honor arriesgando vuestra vida. ¿Y os da miedo hacer una pregunta?

—¿Creéis que tengo alguna posibilidad?

—Tendréis que hacer la prueba.

Duarte tomó aire. ¿En verdad lo quería, o jugaba con sus sentimientos? ¿Podía alguien ser tan cruel?

—¿Qué clase de trampa me estáis tendiendo?

—Amor que no arriesga no merece su nombre, señor Salazar.

—Isabel —dijo.

—No tengo todo el tiempo del mundo.

—Isabel —repitió.

—Vais a desgastarme el nombre.

—¿Querréis casaros conmigo?

—¿Por qué?

La pregunta lo desconcertó. Ya había lanzado los dados y sólo aguardaba la sentencia: un sí o un no, rápido, como un disparo. Pero aquellas preguntas prolongaban el suplicio.

—Porque os amo, Isabel, como nunca he amado a nadie. Porque os tengo siempre en el pensamiento, cuando hablo, cuando camino, cuando trabajo, cuando descanso, cuando combato y cuando huyo; porque veo vuestro rostro en todos los rostros, en todos los momentos: si cierro los ojos, si los tengo abiertos, si velo, si duermo o si sueño. Porque me hacéis sentirme príncipe y villano, desprendido y miserable, dudoso y confiado, humilde y altivo, rendido a veces, a veces temerario, desenvuelto, vergonzoso. Y confundo por vos el día con la noche, el pesar con la alegría, la ventaja con el quebranto. Porque no tendré paz, Isabel, ni sosiego ni reposo hasta que no me digáis de una dichosa, o de una condenada vez, si mis sentimientos son correspondidos.

—Basta, basta, caballero. Parecéis un clérigo en una boda —rio Isabel.

Una risa que a Duarte le supo a gloria. A voluntad que cede, a corazón que aprueba. Aun así, necesitaba oírselo.

—Entonces… ¿me aceptáis?

—Os acepto. Pero soy una mujer recién enviudada y necesito un tiempo de luto.

—Tomaos todo el que necesitéis.

—Lo tomaré. Mas no será eterno.

—Eso espero. ¿Me permitís besaros?

—No —dijo ella con firmeza—. Es decir, aquí no. Me haríais parecer una meretriz.

Miró Isabel a su alrededor. Aunque el trajín había disminuido, seguía siendo abundante: regateras, vendedores, lacayos, marineros.

—Y ahora, señor Salazar, ¿vendréis por fin conmigo a La Coruña?

—¡Oh, cielos! —se lamentó Duarte—. ¿Todo este lío era sólo para hacer que os acompañara?

—No, bobo. Ha sido porque también yo os quiero. No lo supe hasta hace poco. Aunque, en realidad, eso no es exacto. Lo sabía desde antes, sólo que el enojo por que me hubieseis capturado …

—¡Pero si no he dejado de protegeros!

—La inquina que, injustamente, os dediqué —continuó ella—, y las desventuras de la guerra, y mis propios temores no me permitían verlo. Hasta que vuestra gentileza, vuestro coraje y vuestro ingenio me abrieron los ojos.

Más adelante, cuando se extendieron las sombras, en un recodo de la calleja que conducía a la casa de los Queiroz, le permitió Isabel que la besara. Y aquel soldado de ventura, aquel náufrago, prisionero, reo, fugado, perjuro, huido, le recorrió el rostro a besos, los ojos, las mejillas, la boca, la barbilla, las orejas y nuevamente la boca hasta que Isabel protestó y lo apartó sofocada.

—Tendréis que raparos esa barba de salvaje si queréis volver a probar mis labios.

—Tendré que hacerlo —respondió él antes de reemprender el paseo.

La repentina decisión de Duarte de acompañar a Isabel hasta La Coruña sorprendió a Natalia y a Filipe. Incluso a Tiago. Branca, en cambio, sonrió con picardía cuando Isabel se lo confesó aquella noche.

—Lo conocíais bien, ¿verdad?

—Vivió unos años con mi madre —dijo Branca, más seria—, hasta que murió. Ella lo quiso mucho. Y yo también —añadió.

Isabel no se sorprendió. Algún vínculo profundo debía de unirlo con la familia Queiroz.

—No somos niños, Branca. Ninguno de los dos —respondió—. La vida nos ha dejado cicatrices profundas.

—Y jugosas historias.

—También.

Isabel sonrió. La travesía a La Coruña prometía ser pródiga en revelaciones.

4

La Coruña

La Portuguesa arribó a La Coruña tras batallar contra unos incómodos nortes que dificultaron la travesía.

Gabriel entregó los cautivos del Relief al marqués de Cerralbo, que los cargó de cadenas y los mandó a prisión. Los portugueses serían devueltos al cabo de unos meses a su tierra. Los ingleses, en cambio, servirían para rescatar a los náufragos de la Gran Armada que aún permanecían en las prisiones de

Irlanda, Inglaterra y Flandes.

El Relief fue declarado «buena presa».

—Buena presa, pero mal barco —comentó Laiseca.

Gabriel estuvo de acuerdo con su maestre, por una vez, y decidió deshacerse de él y subastarlo. Las ganancias las compartió con la dotación que tan buenos servicios le había prestado a lo largo de aquella campaña.

El reencuentro con su familia fue emotivo. Todos lamentaron la muerte de Yabama, a cuyas extrañas costumbres se habían ido acostumbrando, y la desaparición de Isabel, cuyo paradero suscitó todo tipo de especulaciones.

—Al menos, sabemos que no ha muerto —resumió su primo.

Cuando estuvo a solas con Gabriel, Marcia le besó la mano con una ternura y calidez que lo decían todo.

—Tu hijo será mi hijo —le aseguró entre lágrimas.

Su embarazo parecía haber estado esperando el arribo de Gabriel para llegar a término. El parto fue difícil, pero feliz. Tras varias horas de sufrimiento, la mujer dio a luz una niña que pesó sus buenas siete libras.

—La llamaremos Isabel —dijo el flamante padre.

—No me gusta que se repitan los nombres en la familia —respondió ella—. Después uno no sabe a quién está llamando. Prefiero llamarla Teresa.

—¿Por qué Teresa?

—Es un nombre que siempre me ha gustado. ¿Te alegras de que haya sido niña?

—Me alegro tanto como lo temo. Si sale a ti, no sé cómo podré lidiar con las dos.

Marcia le lanzó una almohada a la cabeza. Su marido podía ser muy tonto cuando se lo proponía.

Sancho del Puerto les ofreció un ala de su morada para que vivieran en ella, pero Gabriel no quiso aceptarlo. Tenía intención de trasladarse a la Pescadería en cuanto la casa estuviera en condiciones de ser habitada. Los daños durante la ocupación inglesa no habían sido tan severos.

—Aquí hay espacio suficiente para dos familias —insistió Sancho—. Además, cuando se concrete lo de Lisboa, tendréis que trasladaros allá.

Gabriel dudaba en conseguir algún día autorización para establecer aquella delegación comercial, pero veía tan ilusionado a su tío que no quiso desengañarlo.

—Vos lleváis aquí toda la vida —le respondió—. La ciudad vieja es la ciudad

de la raigambre, de las familias de rancio abolengo. Y mira al pasado. La Pescadería, en cambio, mira hacia el futuro.

—¿Me estás llamando viejo?

—Dios me libre, tío.

La Coruña comenzaba a reponerse de los estragos del asedio. Las puertas se destapiaron y los lienzos y torreones de la muralla se repararon gradualmente. Se concluyeron las obras del castillo de San Antón, se proyectó un nuevo fuerte al otro lado de la bahía y una batería en Oza. El puerto recobraba lentamente su actividad: en lugar de buques erizados de cañones, se llenaba con mercantes venidos de distintas partes de la península y de Europa, siempre al albur de los vaivenes de la guerra. Los pescadores y pequeños armadores, cuyas naves habían sido pasto de las llamas, fueron los que enfrentaron una recuperación más difícil.

Los vecinos de la Pescadería iban reconstruyendo sus hogares con tesón y diligencia, sin depositar demasiadas esperanzas en la ayuda que las hermandades y cofradías habían solicitado al obispo de Santiago y al rey don Felipe.

La alegría por el retorno de Gabriel y el advenimiento de Teresa se veía empañada por los cargos que aún pesaban sobre Marcia. Pese a las gestiones de Sancho ante el marqués de Cerralbo, las de Froilán con el oidor Luis de Padilla, a cuyo lado había combatido durante el asedio, y al apoyo incondicional de María Mayor Fernández da Cámara y Pita, flamante heroína de la villa, que estaba dispuesta a jurar sobre los evangelios su inocencia, el proceso seguía abierto, a la espera de que se dictaminase la sentencia definitiva.

Descartado Luján e interrogada Genara, que se conocía la vida y milagros de todo el vecindario, a Marcia no se le ocurría quién podía haberla denunciado.

—Ni lo sabré —le dijo a Gabriel—, mientras la justicia no acceda a revelar su nombre.

Pero se equivocaba.

Martín Robledo se presentó en la Pescadería una fresca mañana en la que Gabriel ayudaba a unos peones de albañil a limpiar de escombros el corral de la casa.

—Ya no te acuerdas de los amigos —le espetó de golpe, fiel a su estilo. Estaba más seco y renqueante que nunca.

—Eso mismo digo yo. Acabo de ser padre y aún no me has felicitado.

—Esta jodida pierna me tiene encerrado en la fragua —se excusó Martín.

—Las viejas heridas, que nunca terminan de sanar.

Después de renegar un rato de la fragua, de su ayudante y de las autoridades, y de contarle que se había pasado antes a conocer a su hija y a darle la enhorabuena a la feliz madre, el herrero se removió inquieto, miró a los lados, para ver si alguien los escuchaba, y le preguntó por el proceso contra Marcia.

—¿Se puede saber qué te pasa, herrero del diablo?

—Nada, condenado corsario.

—¿Entonces?

—Entonces, entonces. El asunto es delicado. —Martín volvió a toser—. Mi esposa es una mujer muy suya, algo huraña y desconfiada

—No hace falta que lo jures.

—Pero es buena.

—A su manera.

Luego de unos cuantos circunloquios, y no pocas toses, su amigo le reveló que había sido Antoñita quien señaló a Marcia.

—Algunos comentarios y quejas suyas me hicieron recelar.

—¿Qué quejas? —quiso saber un boquiabierto Gabriel.

—De las suyas: sobre los extranjeros, sobre los enemigos soterrados, sobre el mal que nos causaban y lo mucho que nos confiábamos. Antonia protesta por casi todo y yo no le hago mucho caso. Si no, la vida podría volverse un infierno. Pero un día incluyó también a Marcia, y eso confirmó mis sospechas.

—¿Qué dijo de ella?

—No quieras saberlo, Gabriel. El caso es que me decidí a enfrentarla.

—Menos mal.

—Después de una discusión que casi me cuesta el matrimonio, logré que confesara que había denunciado a Marcia. —Martín hizo un alto para tomar aire.

—Tú no tienes una mujer, sino una arpía —lo cortó Gabriel.

Martín tragó grueso. Por muy amigo suyo que fuera Gabriel, más le valía que midiera sus palabras.

—Cuidado, que estás hablando de mi señora esposa.

—Porque es tu señora me contengo, Martín —replicó Gabriel—. Le ha hecho pasar a Marcia, y a toda mi familia, muy malos ratos. Y nos ha obligado a pedirle, y deberle, a Cerralbo un favor que se cobrará cuando mejor le convenga, no te quepa duda.

Agachó el herrero la cabeza ante aquella ristra de verdades. La sincera

contrición de aquel hizo que Gabriel se diera por satisfecho. ¿Qué culpa tenía el hombre de tener la mujer que tenía?

—En fin, pelillos a la mar —prosiguió, entre enfadado y divertido—. Y después de que te lo confesara, ¿qué hiciste?

—Le afeé su conducta, como podrás suponer, le exigí que escribiera una carta retirando la acusación y la acompañé a casa del oidor Padilla para que se la entregara en propia mano.

Gracias a ello, la causa, finalmente, se sobreseyó. La furia de Marcia tardaría más en disiparse. Puso a su delatora cual no digan dueñas. Hipócrita, bruja o mosquita muerta fueron los epítetos más suaves que le dedicó. Por fortuna, un acontecimiento la ayudó a olvidar aquel trago.

Una mañana de mediados de julio fondeó frente a la Marina una nao de pequeño tamaño que a nadie llamó la atención. Horas después, Isabel y Duarte se presentaban en la plazuela de Santa Bárbara, cansados de la travesía, pero sonrientes.

El reencuentro fue una fiesta íntima que colmó la alegría de todos.

La increíble aventura de Isabel mereció una larga y concurrida velada en la casa de los Del Puerto. Acudieron tíos, hijos, primos y sobrinos; nadie quiso perderse un momento tan especial.

Para Isabel, sin embargo, supuso un mazazo enterarse de la muerte de Yabama. No hallaba consuelo. Le debía la vida y no había sido capaz de devolverle el socorro.

—No te censures, Isabel —le dijo su hermano—. No estuvo en tu mano liberarla.

—Pero me siento culpable, y cobarde, por no haberlo intentado —respondió, con la voz entrecortada y lágrimas en los ojos.

—El único culpable de su muerte fue Michael Gardiner. Y ya ha pagado por ello.

Asintió Isabel, pero sabía que el luto por su amiga la acompañaría toda la vida.

Cenaron en el patio, aprovechando la tibieza de la tarde. Y cuando sobrevino la oscuridad, encendieron candelabros, colgaron candiles y prolongaron la reunión hasta bien entrada la noche.

—Ya iba a lanzarme de nuevo a buscarte por los puertos de media Europa —le dijo después Gabriel.

—Y yo me resignaba a criar a mi hija sin padre —siguió Marcia la broma.

—En realidad, nunca estuve en verdadero peligro —respondió Isabel—. Gracias a él.

Si el regreso de su cuñada había cogido desprevenida a Marcia, la aparición de Duarte la dejó petrificada. Jamás imaginó que lo volvería a ver. Y menos, después de tantos años. Lo abrazó como a un hermano largo tiempo perdido.

—Duarte, Duarte, Duarte —decía mientras observaba los cambios, las arrugas nuevas, la formalidad de aquel rostro. La vida de soldado y las desgracias le habían pasado una buena factura. No llegaba a los treinta y cinco años, pero ya tenía blancos los aladares.

—Querida amiga —la llamó él, que no quiso ensombrecer el momento con la noticia de la muerte de Geraldo.

Gabriel le estrechó la mano.

—¿Tú sabías algo? —le preguntó Marcia.

—Algo barruntaba.

—¿Barruntabas?

Gabriel se hizo el despistado y su esposa le dedicó una dura mirada.

También a Isabel le disgustó que Duarte no le hubiera contado una palabra sobre Marcia.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Cielos, mujer. Recelabas tanto de mí que si te lo hubiera contado —se defendió él—, más que calmarte, te habría espantado.

—Me robáis a una hermana, señor Salazar —dijo Gabriel, para aligerar el ambiente.

—Os devuelvo la gentileza, señor Del Puerto —respondió Duarte—. Vos me robasteis a una novia.

Los dos se rieron con la ocurrencia y la calidez de sus risas contagió a las mujeres. La familia se había ido retirando y sólo quedaban ellos. Hacía una noche muy estrellada. Se habían consumido las velas de los candelabros y las tímidas llamas de los candiles apenas iluminaban el patio. Un grillo más osado que sus congéneres cantaba escondido en su rincón. La brisa que soplaba del mar acariciaba sus pieles y llevaba hasta ellos el suave olor de una madreselva cercana. Los hombres compartieron algunas de sus aventuras, se admiraron de lo cerca que habían estado de encontrarse en más de una ocasión y se enfrascaron, al cabo, en una charla sobre barcos, travesías, asedios y batallas que aburría a sus compañeras. Isabel no tardó en retirarse.

La siguió Duarte, a quien Froilán le había preparado una habitación aparte.

No era apropiado que, estando prometidos, durmieran en la misma casa.

—Bien está lo que bien acaba —suspiró Marcia. La pequeña Teresa, saciada, dormía plácidamente en sus brazos.

—Disfrutemos la noche, querida. Quién sabe lo que nos depara el mañana.

—No seas ave de mal agüero.

Gabriel abrió la boca para responder, pero se lo pensó mejor y la cerró. ¿Para qué preocuparla? La humanidad lo maravillaba y le espantaba a partes iguales. Fuera del remanso que habían levantado juntos, campaban la codicia, la violencia y la miseria, pero también la bondad, la inocencia y la compasión. Gentes de toda clase, humildes y poderosos, nobles, villanos y pecheros, con sus anhelos, sus miedos, sus días iguales y sus sueños desmesurados. No era un hombre temeroso, pero por un instante sintió el peso del porvenir, con sus tempestades, sus guerras, sus pérdidas. El mañana no estaba escrito, y el pasado era ya una brisa leve que no movía ni velas ni bajeles. Le quedaba sólo aquel rincón de realidad: ese patio, aquella mujer, sus hijos, sus amigos, todo lo que de veras contaba. Cálido como el fuego, frágil como el cristal. Por eso respiró hondo y, en lugar de decir palabra, alzó la mano y le acarició la mejilla. Sus manos —y su voluntad— eran cuanto tenía para resguardar aquel instante de luz frente a la vasta incertidumbre de la vida.

EPÍLOGO

«Dejando de las naves la gran suma
un largo rastro de salada espuma».

LOPE DE VEGA,
La Dragontea

1

En su travesía de regreso a Inglaterra, Drake entró en la más meridional de las rías gallegas y atacó Vigo, donde había sido rechazado cuatro años atrás y con la que tenía una cuenta pendiente. Aun así, un trofeo menor después de haber renunciado a las Azores.

Pero también en Vigo le fue esquiva la fortuna.

Ante el tamaño del desembarco —pese a lo mucho que había mermado, el potencial de la Contra Armada todavía era grande—, los vecinos y soldados abandonaron sus casas y, sin apenas oponer resistencia, se retiraron a los cerros y campos de los alrededores. Los ingleses incendiaron los barcos que había en el puerto, entraron a saco en la villa, mataron y ultrajaron a quienes tuvieron la desdicha de quedarse y arramblaron con todo lo que de valor y utilidad hallaron en las moradas, desde viandas hasta animales.

Se apoderaron de las riquezas de iglesias, ermitas y conventos; acuchillaron cuadros religiosos, destruyeron imágenes y esculturas y profanaron los sagrarios; les prendieron fuego y dejaron que ardieran hasta los cimientos. No contentos con ello, hicieron lo mismo con la mitad de las casas de la villa, incluido el hospital de la Magdalena.

De Vigo pasaron a Teis y a Bouzas. Y, envalentonados por la facilidad con que se habían apoderado de sus riquezas, continuaron la rapiña por las aldeas y parroquias de la comarca, sin caer en la cuenta de que, dispersos en pequeños grupos, sin orden ni concierto, resultaban más vulnerables.

La guarnición de Vigo y las milicias vecinales, recuperadas de la sorpresa inicial y reforzadas con paisanaje de otras parroquias y con las mesnadas del

señor de Salvatierra, comenzaron a escaramuzar con los ingleses y portugueses y a emboscarlos. Una escuadra aquí, un pelotón ahí, un destacamento completo allá, hasta causarles, en poco tiempo, más de quinientas bajas y tomarles un centenar prisioneros. El vigor e intensidad de aquellas acciones fue tal que obligaron a las tropas a reembarcarse y zarpar apresuradamente. Primero Drake y el día siguiente Norris.

Pero no acabaron ahí las penalidades de la Contra Armada. Como se componía en buena parte de naves mercantes para el transporte de tropas y bastimentos, numerosas zabras y embarcaciones ligeras gallegas, conocedoras de la costa y armadas para el corso, la persiguieron en su retirada. Al amparo de la noche, caían sobre las unidades más rezagadas para abordarlas, hundirlas o incendiarlas en una cacería que desgajó por completo la retaguardia.

El regreso a Inglaterra se convirtió así en un penoso viacrucis. Al acoso de los gallegos se sumó la hostilidad de los elementos: soplaron de nuevo vientos contrarios que no sólo retrasaron la travesía, sino que obligaron a los ya maltrechos barcos y a sus agotadas tripulaciones a navegar de bolina y trabajar duramente por cada grado que ganaban en altura. Las vituallas, siempre escasas, se redujeron a niveles críticos, y el hambre volvió a instalarse entre las cubiertas.

En este escenario de miseria y debilidad, el tabardillo y el mal de cámaras, ya presentes desde Lisboa, se propagaron sin control y causaron gran número de fallecimientos. Un constante y lúgubre reguero de cadáveres era arrojado cada día al océano. La situación llegó a ser tan dramática que muchos barcos, sin hombres útiles para gobernarlos, hubieron de ser abandonados a la deriva. Sus dotaciones, extenuadas y enfermas, fueron repartidas entre otras naves para poder, al menos, proseguir la travesía. En aquella flota, ya completamente desmandada, imperaba la ley del «sálvese quien pueda».

Finalmente, un rosario de naves sueltas y pequeñas agrupaciones fue arribando a diversos puertos de Cornualles y del canal de la Mancha. Los hombres que alcanzaron tierra fueron recibidos con recelo y desagrado, vistos más como una plaga y un amargo recordatorio de la derrota que como soldados que regresaban de una durísima campaña.

En Londres, lejos del olor a muerte de los puertos del sur, Norris y Drake competían en descargar sus responsabilidades ante la reina. Achacaba cada uno el fracaso a los errores del otro, a la cobardía ajena o a la furia de los elementos, nunca a la soberbia, la imprevisión o la desunión propias.

El trágico saldo final de la expedición resultó imposible de fijar con exactitud. La dispersión de la armada, la pérdida de naves y la muerte de millares de hombres en el mar o en los puertos de regreso dejaron tras de sí un balance confuso y fragmentario. Esa misma confusión, paradójicamente, permitió minimizar entre silencios, excusas y relatos interesados la magnitud del desastre y desdibujarlo de la memoria de aquel reino y de sus gentes.

De los entresijos de este asunto informó puntualmente el señor Aranda al embajador Mendoza en una de sus cartas.

2

«De Manuel de Aranda a Bernardino de Mendoza. Cifrada.

Espero que esta misiva, que envío por la vía segura de unos mercaderes de lana de Caláis, encuentre a Vuestra Señoría con salud para lidiar con las intrigas de esa corte.

En esta, en cambio, se acumulan noticias y rumores, menudean informaciones y desinformaciones, se exigen responsabilidades, las disculpas van de la mano con los reproches, vuelan las acusaciones y, sobre todo, las mentiras se disfrazan de verdades en un teatro más ridículo que cómico.

Los generales Norris y Drake, tras su ignominiosa huida, han comparecido ante su graciosa majestad con enorme desvergüenza. En lugar de reconocer su descalabro, le han presentado un relato de hazañas fantásticas que omite cualquier referencia a la derrota, resta importancia a sus propias pérdidas y exagera el éxito de los ataques y escaramuzas, de las presas capturadas en el mar y de la confusión causada en las costas peninsulares.

La reina, sagaz y desconfiada como una zorra, no se ha creído el cuento. Son muchos sus oídos, y la verdad de las naves abandonadas, de los hombres diezmados por el hambre y la peste y de la contumaz desobediencia a sus órdenes ha llegado a ella por otros cauces. Su ira, me aseguran, es fría y terrible. Drake, ese ídolo plebeyo, ha caído de su elevado pedestal y ha perdido, al igual que Norris, la estima de su soberana y el favor de la corte. El castigo no será público, pero será.

Sin embargo, la farsa que pretendieron llevar a cabo sus generales se ha tornado ahora en operación de estado. La reina y sus ministros, temerosos de que el verdadero alcance de este revés altere a su pueblo y aliente a sus enemigos, han maquinado una campaña de desinformación muy bien urdida.

La idea partió del magín de un tal capitán Anthony Wingfield, que ha hecho circular por la ciudad una Relación verdadera de la expedición a Portugal. *Una palabra, "verdadera", que, por el mero hecho de mencionarse, ya arroja sombras sobre su contenido. Me he hecho con un ejemplar y sus líneas son un rosario de patrióticas falsedades: las derrotas se convierten en hábiles retiradas, los caídos en héroes y el*

desastre en un éxito que ha dejado, según proclama, "a la España entera temblando".

Su objetivo no es sólo engañar a su propio pueblo —que también—, sino salvar la reputación del reino y vender a las cortes europeas, a las amigas y en especial a las enemigas, la idea de que Inglaterra sigue siendo un león de brazo fuerte, sin rival sobre las olas. Les aterra que el verdadero tamaño de su debilidad aliente una represalia más contundente por nuestra parte o, peor todavía, una pérdida de respeto entre sus vecinos.

Por burdo que parezca este intento de tapar el sol con un dedo, no conviene subestimar su eficacia, pues una mentira repetida —e impresa— puede con el tiempo tomar el aspecto de una verdad incuestionable. Y aunque las victorias decisivas se obtienen por la fuerza de las armas, no son menores las que se logran por medio de la opinión o de la diplomacia, como bien sabe V. S. Me atrevo, por ello, a sugeriros, si lo consideráis oportuno, que trasladéis a Su Católica Majestad la ventaja y utilidad de responder con tinta a la guerra de la tinta.

También interesará saber a V. S. que la ruina definitiva del Prior do Crato es un hecho cierto. Tras demostrarse vanas sus promesas, ha dejado de ser una baza útil y ha caído en el más absoluto ostracismo. Peor aún. El pueblo llano lo culpa —hábilmente conducido, no me cabe duda— del desastre de la campaña y de la muerte de tantos nobles y capitanes, hasta el punto de abuchearlo e injuriarlo en las calles de Londres. Los rumores dicen que prepara su partida a Francia, con sus hijos e incondicionales, para mendigar la protección del rey Enrique. No en calidad de pretendiente, sino de suplicante.

A la espera de vuestras instrucciones, sigo atento a los movimientos de este reino. Dios guarde a Vuestra Señoría muchos años y lo mantenga en su santa gracia.

Post Scriptum: La amargura entre los soldados y marineros que regresaron es tan profunda que ha provocado motines y algaradas reprimidos con una dureza que la pluma de Wingfield olvida».

3

Joao y el señor Zarco continuaron proporcionando, desde el corazón de Londres, información crucial al embajador Mendoza en París. Sus despachos detallaban no sólo los menguantes avatares del Prior de Crato y su desmoralizado séquito, sino también las profundas repercusiones, más allá de la farsa oficial, del fracaso de la Contra Armada y de los nuevos planes bélicos —más cautelosos— que se debatían en los consejos privados de la reina Isabel. Sin embargo, con la continuación de la guerra, la atmósfera se enrareció en Londres, la caza de espías y la desconfianza se intensificaron y su situación llegó a un punto de riesgo insostenible que los obligó a partir.

Joao marchó, con Fátima, a París, donde los servicios prestados en Inglaterra

no pasaron desapercibidos al buen ojo y mejor instinto del embajador Mendoza, siempre necesitado de buenos corresponsales. El advenimiento al trono francés del hugonote Enrique IV, tras convertirse al catolicismo con la pragmática sentencia de que «París bien vale una misa», y recibir la absolución del papado, dio un vuelco a las relaciones entre ambas naciones, y Francia no tardó en declararle la guerra a España. El eje de las prioridades diplomáticas y militares hispanas giró de Londres a París, donde la intervención del joven agente fue tan activa y eficaz que logró hacerse un nombre en los reservados círculos de la inteligencia, un nombre que por ningún motivo conviene revelar.

El señor Zarco, cansado quizá de operar en primera línea, prefirió un destino menos expuesto, y, en lugar de París, marchó a Lisboa. Pese al malogro de las pretensiones de Crato, la calma estaba lejos de afirmarse en aquel reino, cuyas delicadas circunstancias requerían de hombres curtidos que supieran moverse entre nobles, fidalgos y prelados, en un ambiente de lealtades difusas, ambiciones personales, mercedes y favores.

En alguna ocasión, aprovechando sus desplazamientos, dio el señor Zarco en visitar en La Coruña a Gabriel y a Marcia, por quienes sentía una debilidad casi paternal, y a quienes gustaba de encargar discretos trabajillos con los que seguía cultivando viejas complicidades.

La petición de auxilio de Richard Tyrrell no fue la única que recibió el Rey Católico, que llevaba tiempo alentando una política de acercamiento y alianza con los clanes irlandeses en su doble empeño de sostener la causa del catolicismo y abrir un frente que debilitara a su rival. Mas la guerra con Francia, junto con otras urgencias de la Monarquía, desviaron la atención y, sobre todo, los recursos necesarios para convertir aquellos contactos en una empresa decidida. Hubo que esperar a que prendiera con fuerza la gran rebelión de los Nueve Años para que se enviara socorro militar directo a Irlanda, ya en tiempos de Felipe III.

El novicio Callum, en cambio, demoró menos tiempo en cumplir su anhelo de viajar a España y entrar en el Real Colegio de San Albano, de Valladolid, donde jóvenes católicos ingleses e irlandeses, privados de seminarios en sus islas, se formaban de la mano de los jesuitas. Durante varios años se aplicó al estudio de la teología y las letras sagradas, aprendió la lengua castellana y se acostumbró a los usos de una tierra extraña que, sin embargo, lo acogió como propia. Ordenado sacerdote y fortalecido en su vocación, regresó a Irlanda cuando los vientos de la guerra comenzaron a soplar con más fuerza.

Entre quienes se vieron zarandeados por aquellos vientos estuvo, fiel a sus lealtades, Shannon FitzGerald, que perdió las escasas propiedades que aún conservaba y, al cabo, consumida por una lucha interminable, también la propia vida. Nunca olvidó dedicar en sus rezos una oración por Duarte.

John Trenton, resignado al fin a dar por perdidos a Isabel y a su hijo, se volcó de lleno en el mar. El brazo que conservaba le bastaba para gobernar una nave —y, llegado el caso, una escuadrilla—, y su experiencia en combate valía más que cualquier miembro cercenado.

Aunque no contara con el apoyo de su antiguo valedor, Inglaterra seguía necesitada de buenos capitanes. La guerra con España se había vuelto larga, costosa y a menudo adversa, y Trenton tomó parte en diversas campañas, algunas más cercanas al corso que a una operación militar.

Pero las armas inglesas atravesaban horas poco propicias y la reina volvió los ojos, una vez más, hacia su más afamado marino, el temido sir Francis Drake, a quien puso al mando de una nueva y ambiciosa expedición contra las plazas españolas del Caribe. El Dragón del mar se acordó de Trenton y este acudió a su llamada. La empresa, concebida para devolver golpes y vengar agravios, no encadenó sino reveses: primero en Gran Canaria, luego en Puerto Rico y por último en el istmo de Panamá. A las derrotas, se sumaron las fiebres y la disentería. La estrella de Drake, que tanto había brillado, se apagó en aquellas aguas cálidas: quebrantado de cuerpo y ánimo, murió a bordo de su galeón y fue lanzado al mar sin muchos honores. Irónico destino para el hombre que soñó con capturar toda una flota.

El calamitoso balance de aquella jornada —de las veintiocho velas que zarparon apenas ocho regresaron— hizo germinar en Trenton el deseo de cambiar el rumbo de su vida. Abandonó las empresas de la Corona y las cubiertas de los barcos y se retiró a Saint James. Muerto su hermano y achacoso sir Humphrey, tomó sobre sí el gobierno de la heredad, atendió sus negocios y participó, ya sólo como armador, en alguna esporádica correría corsaria.

Su madre, la señora Gardiner, no cejó en su propósito de buscarle una esposa que fuera inglesa y devota de la Reforma. Pero en esto, como en otras cosas, Trenton no se dejó guiar y nunca volvió a casarse.

En Lisboa, la recuperación del alférez Jaque fue larga y en apariencia favorable. Branca no se apartaba de su lado, lo asistía en las curas, velaba su sueño, le prodigaba su afecto, y pronto quedó encinta.

Mas la mejoría de Jaque resultó engañosa. El tósigo oculto en la herida ganó terreno sin que nadie acertara a remediarlo, y en pocos días el alférez se agravó, perdió fuerzas y falleció. Branca, que al principio tuvo dudas de su amor, comprendió demasiado tarde las firmes raíces que había echado en su pecho. La embargó una melancolía pesada y durante un tiempo se abandonó a ella.

Pero la savia de la juventud es pujante y poco a poco halló el modo de rehacerse. El hijo que llevaba en el vientre la anclaba al mundo, y también la presencia de su primo Tiago, que no había olvidado la inclinación que sentía por ella. Con tiento y paciencia, sin violentar el luto, volvió a cortejarla. Mes tras mes, su constancia fue tornando favorable el ánimo de la joven, hasta que, casi sin advertirlo, se descubrió de nuevo enamorada.

No era ya la pasión adolescente que sintiera por Duarte, ni el amor florido que había compartido con Rodrigo Jaque, sino un afecto más sereno, probado por el dolor y asentado en la confianza. Tiago aguardó sin impaciencia la dispensa necesaria y aceptó como propio al hijo del alférez, al que dio su apellido y trató desde el primer día con la naturalidad y el orgullo de un padre.

Meses después de su llegada a La Coruña, Isabel y Duarte se casaron en la capilla del beaterío de Santa Bárbara, convirtiéndose ella, sin saberlo, en bígama.

Tiempo más tarde descubrió, por vericuetos largos de referir, que Michael Gardiner le había mentido y que su primer esposo seguía con vida. Cuando comprendió que había vivido en pecado, su turbación fue honda, y, temerosa de haber edificado su dicha sobre un engaño, buscó alivio en la oración y en la penitencia. Duarte, menos escrupuloso y más práctico, promovió ante Roma la nulidad del primer matrimonio de Isabel, alegando coacción y ultraje. Tras tres años de gestiones y esperas, la sentencia fue favorable y la pareja pudo recuperar la paz que había perdido.

Lo cierto era que Duarte había hallado, junto a Isabel, una plenitud y equilibrio que jamás poseyó en los campamentos ni en las cubiertas de los barcos. Volver a sentar plaza en el ejército se le antojaba una empresa tan ingrata que decidió dejar a un lado la carrera de las armas y probar sustento por caminos más sedentarios.

En ello vino a socorrerlo Gabriel del Puerto, que cayó en la cuenta de que la participación de Duarte, un portugués con una hoja de servicios intachable, podía dar un impulso al proyecto, en aquellos momentos estancado, de abrir la

delegación comercial en Lisboa. Y acertó. Con su nombre y su crédito, y la discreta intercesión de Ramón Zarco, las autoridades dieron al fin su beneplácito para establecerse en la capital del Atlántico y comerciar con las Indias Orientales.

Duarte e Isabel se trasladaron a Lisboa para hacerse cargo de todos los fletes y portes que tuviesen que ver con la nueva ruta. El hombre demostró pronto que su pericia no se limitaba al manejo de la espada y el arcabuz. Hábil en el trato y firme en la palabra dada, supo granjearse confianzas y hacer prosperar el negocio. En pocos años, aquel soldado errante se convirtió en un respetado mercader, que no olvidaba su pasado, pero tampoco lo añoraba.

Gabriel y Marcia permanecieron afincados en la Pescadería. A Teresa la siguieron otras tres niñas que ataron a su madre a las faenas de la casa. Marcia cambió, no sin cierto sentimiento de pérdida, la emoción de sus pasadas aventuras por otra empresa igual de exigente y no menos emocionante: criar y educar a sus hijas. Sin embargo, de cuando en cuando confiaba el hogar al cuidado de otros y acompañaba a su esposo en alguna travesía señalada, como la que los llevó hasta Veracruz para que Gabriel se reencontrara con su madre y sus hermanos —Isabel no se atrevió a cruzar nuevamente el Atlántico—, a quienes no veía desde hacía tres lustros. Fue una visita intensa, con abrazos demorados y silencios difíciles. El tiempo había mudado los rostros y los ánimos: Gabriel apenas reconoció en aquellos hombres y mujeres a la madre y a los hermanos que despidió, ni ellos en él al joven impetuoso que un lejano día partió hacia España.

Gabriel procuró cumplir la promesa hecha a Marcia de no arriesgarse más de la cuenta y enterrar para siempre al temible l'Avide. Mas la mar es una amante celosa y mudable, que no siempre le permitió ser fiel a la palabra dada y que en más de una ocasión lo arrastró a parajes remotos donde volvió a jugarse la vida.

También la guerra y el corso conspiraron para apartarlo de los suyos. Gabriel tomó parte en acciones en el canal de la Mancha, en el socorro a la fortaleza de Blavet, en Normandía, en una jornada áspera en Irlanda y, junto al vizcaíno Pedro de Zubiaur, en varias correrías por las costas de Cornualles. Fue dos veces herido, cayó de nuevo prisionero y de nuevo recobró la libertad.

La tripulación de la fragata se fue dispersando poco a poco; los Laiseca, Vermeulen o Ballesteros cedieron su lugar a rostros nuevos. Sólo Antonio Martínez, Mahagüini, permaneció fiel a la Portuguesa, y a la nave que la

sustituyó, de nombre Yabama, hasta que el Altísimo tuvo a bien llevárselo en una escaramuza contra filibusteros holandeses en una playa de la Florida, casi en el mismo paraje donde, muchos años atrás, había naufragado y caído en manos de los indios Ais. Algunos quisieron ver en ello la mano del destino. Mahagüini, antes de expirar, se contentó con contemplar por última vez una costa amiga.

Y así, entre travesías y regresos, promesas cumplidas a medias y fidelidades mantenidas, la vida fue imponiendo con tozudez su pulso. Sólo los años, que todo lo liman, lograron templar al marino audaz que llevaba dentro Gabriel y devolverlo, maltratado pero entero, al amparo de su hogar.

A su lado, como una sombra amiga, y con el paso del tiempo, también protectora, creció y maduró García, que hizo de la mar su oficio y su fortuna. Y cuando el padre ya no tuvo fuerzas para subir a cubierta ni vista para escrutar el horizonte, fue el hijo quien tomó el relevo y paseó por los siete mares el nombre de los Del Puerto.

Nota histórica

La Contra Armada inglesa de 1589 no fue un episodio aislado, como tampoco lo fue el de la Armada Invencible (conocida en su tiempo como «la Grande y Felicísima Armada») del año anterior. Ambos hechos están directamente relacionados y forman, en realidad, un solo y gran episodio bélico en dos fases. La Contra Armada se organizó para responder al ataque de la Invencible y para aprovechar la momentánea indefensión naval que los naufragios y el mal estado de las naves retornadas habían provocado en las costas españolas.

Estas dos campañas navales forman parte, a su vez, de la larga guerra que sostuvieron Felipe II e Isabel I de Inglaterra y que concluyeron sus sucesores, Felipe III y Jacobo I, respectivamente, en 1604 por medio del Tratado de Londres, un acuerdo que, contra el relato popular, fue claramente favorable a los intereses españoles.

Sin embargo, las diferencias entre ambos eventos son enormes. La primera, y más palpable, es su difusión. El fracaso de la Invencible es bastante conocido y forma parte del imaginario colectivo en España y fuera de ella (deformado y magnificado, por cierto), mientras que el desastre de la Contra Armada es, pese a su magnitud, prácticamente desconocido fuera de los círculos de apasionados por la historia del siglo XVI. Las causas de esta diferencia hay que buscarlas en la campaña de desinformación que pusieron en marcha la reina Isabel I y sus consejeros para ocultar su fracaso, y también en la muy posterior revisión inglesa de su propia historia, que vio en aquel episodio, erróneamente, el nacimiento de su poder naval y el principio del declive del español. Por supuesto, el potencial naval español siguió siendo enorme durante casi un siglo más.

Una vez recuperado del revés de la Invencible, en fecha tan temprana como noviembre de 1588, Felipe II había ordenado construir doce nuevos galeones, artillar e incorporar otras naves a la Armada y profesionalizar sus mandos y dotaciones. A finales del año siguiente, ya contaba con cerca de un centenar de navíos de guerra listos para el combate. Además, durante el transcurso del conflicto serían enviadas contra Inglaterra otras dos grandes armadas, en 1596 y 1597, una tercera a Irlanda en 1601, y las flotas de la carrera de Indias

continuaron cruzando el Atlántico y trayendo desde América más caudales que en los años anteriores.

La segunda gran diferencia se refiere a la concepción misma de ambas empresas. La Invencible fue un esfuerzo exclusivo de la Corona, mientras que la Contra Armada fue una operación conjunta, una joint venture, entre la Corona e inversores y armadores privados, lo que, a la postre, fue el origen de su fracaso. Las desobediencias de Drake y Norris a las órdenes de la reina deben enmarcarse en esta dicotomía, en la que los intereses particulares de los comandantes y sus financiadores entraban en constante choque con los estratégicos del reino.

La debacle de la Contra Armada supuso, como se narra en la novela, la caída en desgracia de Francis Drake, que durante seis años se vio alejado de la corte y relegado al modesto puesto de comandante de las defensas costeras de Plymouth. Hubo que esperar hasta 1595 para que una reina necesitada de liquidez lo requiriese de nuevo, para comandar, junto a su viejo compañero de correrías, John Hawkins, una flota corsaria de veintisiete navíos dirigida contra el Caribe español.

Al contrario que en otras expediciones, en esta la fortuna les volvió la espalda. Tras cosechar varios fracasos y derrotas —primero en Las Palmas de Gran Canaria, después en Puerto Rico y, por último, en Panamá—, Drake murió a bordo de su nave, el Defiance, víctima de la fiebre y la disentería, en febrero de 1596. El desastre fue tan clamoroso que movió a Lope de Vega a escribir una obra teatral, La Dragontea (1598), título inspirado en el apellido del corsario, a quien el poeta satiriza y demoniza.

La odisea de los presos de la Invencible en Irlanda, donde naufragaron al menos diecisiete buques, fue diversa y variable, aunque con la muerte y la tragedia como denominador común. La isla era, en aquellos momentos, un territorio muy fragmentado que Inglaterra apenas conseguía mantener bajo su dominio. En un primer momento, las autoridades y mandos militares ingleses destacados allí sospecharon que el rodeo de la Invencible por el norte de Gran Bretaña podía ocultar un intento de desembarco en Irlanda, por lo que adoptaron una política de exterminio contra los prisioneros.

Por otro lado, la actitud de la población local tampoco fue uniforme. Hubo quienes ofrecieron ayuda sin reservas; otros aprovecharon la ocasión para despojar a los recién llegados de cuanto llevaban, y no faltaron quienes

optaron por entregarlos a las autoridades inglesas.

La urca Santa Bárbara, después de su escala en La Coruña, llevaba a bordo, según los registros, veinticuatro marineros y veintiséis soldados. Durante mucho tiempo se la consideró naufragada en las islas Hébridas, Escocia, pero el reciente estudio llevado a cabo por Pedro Luis Chinchilla —recogido en la magnífica y completa obra Los prisioneros de la Armada Invencible (Ediciones B, 2023)—, verifica que su naufragio se produjo en Irlanda, posiblemente en la ensenada de Carna.

En la cárcel de Galway se encerró a prisioneros provenientes de al menos seis barcos diferentes, a los que se dispensó un trato tan brutal y sanguinario que pocos lograron salir vivos de ella. En un solo día fueron asesinados más de doscientos hombres en las inmediaciones del cementerio de Forthill por orden del gobernador inglés Richard Bingham. La fecha más probable de este suceso fue el mes de octubre de 1588, aunque en la novela, por motivos argumentales, me he tomado la licencia de situarlo dos meses después.

Entre los muchos hechos documentados, se halla la trágica ejecución de Antonio de Ulloa y Sandoval, cuyo testamento, traído a España por dos católicos que huían de las persecuciones religiosas —el irlandés Jhoannes Stanlie y el inglés Richard Halton—, es un testimonio desgarrador del horror vivido allí. En sus últimas voluntades, escritas a toda prisa, Ulloa pedía misas en varias iglesias de Córdoba, su tierra, y se encomendaba a la Virgen de las Angustias antes de que el verdugo le concediera más tiempo. Cuatro siglos después, en marzo de 2024, una cofradía cordobesa cumplió por fin aquellos deseos postreros.

El niño Gregorio Lange, natural de Danzig, capturado tras el naufragio de la urca Falcón Blanco «mediano» —había otra urca con el mismo nombre y el apodo de «mayor»—, fue uno de los pocos prisioneros de Galway que consiguieron salvar la vida. Después de más de un año en distintas prisiones logró regresar a su hogar.

Con la ayuda de señores, religiosos o gentes de buena voluntad, una parte de los náufragos logró pasar a Escocia y dirigirse a Edimburgo, en la costa este, donde nobles como John Seton y su cuñado lord Hamilton los ayudaron a regresar a su tierra de formas muy diversas y por distintas rutas.

La odisea, en todo caso, no concluía cuando se subían al barco, porque hubo casos en los que fueron capturados en el viaje de regreso, como les ocurrió a unos náufragos de la Rata Encoronada, que cayeron en manos de rebeldes

holandeses cuando trataban de alcanzar Dunquerque, un puerto del Flandes español, y sufrieron prisiones en Holanda. Estos episodios me sirvieron de base para urdir la captura de Duarte y sus compañeros cuando abandonaron Irlanda.

En Inglaterra, la suerte de los náufragos y prisioneros de la Gran Armada fue muy desigual. Algunos lograron regresar relativamente pronto, rescatados por la Corona o por fiadores particulares, mientras que otros hubieron de esperar años para alcanzar la libertad. Los lugares de encierro fueron también muchos: desde las cárceles de Bridewell y Marshalsea, en Londres, hasta graneros, barcos, castillos o casas particulares del sur y sudoeste del país.

Pedro de Valdés y algunos de los capitanes y principales que viajaban con él fueron retenidos en la propiedad de Richard Drake, pariente lejano de sir Francis Drake, y tratados con gran consideración. Valdés recuperó la libertad en 1593, merced a un canje por un prisionero inglés y al pago de mil quinientas libras de rescate. La entrega de su navío a Drake suscitó una controversia notable, tanto en España como en Inglaterra. Aunque la nao quedó abandonada a su suerte en el canal de la Mancha, las prácticas de la guerra exigían que, antes de rendirse, se inutilizasen las piezas de artillería y se arrojasen al mar las joyas y el dinero.

Es probable que Valdés, además de convenir con Drake la capitulación, lo ayudara a apropiarse de treinta mil escudos. La nao Nuestra Señora del Rosario llevaba a bordo valiosas joyas y una caja de cincuenta mil escudos; sin embargo, el inglés sólo declaró haber hallado veinte mil, y Valdés jamás lo desmintió.

El naufragio de la urca hospital San Pedro el Mayor es, como se narra, un caso de verdadera mala suerte. Después de recalar en Irlanda y encaminarse a España, el viento y las corrientes lo obligaron a adentrarse nuevamente en el canal de la Mancha, donde naufragó en las costas de Devon, con cerca de doscientos hombres entre gente de mar y guerra y enfermos de otros barcos. La mayoría de los náufragos fueron rescatados en 1589, pero algunos de los sanitarios fueron retenidos hasta fecha tan tardía como 1592, o la más tardía aún de 1597, en que fue liberado el boticario Lope Ruiz de la Peña. Tres de los sanitarios de la urca, Pedro Robledo, Francisco Ledesma y Pedro de San Millán, se escaparon de Salcombe en 1589 a bordo de una embarcación francesa que los llevó a Bretaña.

Conviene destacar el empeño que puso Felipe II en liberar a los suyos. En cuanto tuvo noticias ciertas del paradero de los prisioneros, no escatimó medios ni dinero, y orquestó, a través de Alejandro Farnesio, gobernador de Flandes, una gran operación de rescate que, valiéndose de canales diplomáticos, servicios de espionaje y acciones tan audaces como la protagonizada por el marino vasco Pedro de Zubiaur en 1590 —que logró liberar a cerca de quinientos hombres—, devolvió a sus hogares a centenares de cautivos.

Contra lo que esperaban sus mandos, la expedición inglesa halló en La Coruña una resistencia tenaz y bien organizada. La ciudad, lejos de rendirse ante la superioridad del enemigo, sostuvo durante días un combate encarnizado en murallas, puertas y arrabales. Soldados, milicianos y vecinos se emplearon con igual resolución para rechazar los asaltos, reparar las brechas y mantener la defensa. Aquella resistencia obstinada, sostenida en condiciones muy adversas, frustró las expectativas inglesas de tomar la plaza con rapidez y convirtió el ataque en un fracaso tan inesperado como costoso.

Al redactar estos capítulos he empleado el término «miliciano» para referirme a los vecinos armados y encuadrados en compañías de milicias urbanas, una figura vigente en el siglo XVI. Aunque el sustantivo es de uso más tardío —generalizado a partir del siglo XVIII—, lo utilizo por la exactitud de su significado y para distinguir con facilidad a estos hombres del resto de la población.

Entre los episodios que la tradición ha conservado destaca la figura de María Pita, cuya intervención durante uno de los asaltos se convirtió en símbolo del valor mostrado por los defensores. La Corona reconoció sus méritos con mercedes y privilegios diversos.

La historia la recuerda con el nombre de María Pita, pero los documentos de la época consignan su identidad completa como María Mayor Fernández da Cámara y Pita, vecina de la ciudad. El apelativo con el que ha pasado a la posteridad procede del apellido de su segundo marido, Gregorio de Rocamonde Pita, y acabó por convertirse en la forma breve y popular con que fue conocida por sus contemporáneos y por la memoria colectiva.

Junto a María Pita, otras mujeres compartieron fatigas y peligros —transportando municiones, atendiendo a los heridos o combatiendo en la propia muralla—, aunque sus nombres apenas han llegado hasta nosotros. Los

memoriales de la época nos han legado el de Inés de Ben, que fue herida en el asedio, enviudó y perdió casa y hacienda en el saqueo de la Pescadería. Pero sus peticiones no fueron oídas en la corte y murió en la pobreza.

Un último apunte merece la actuación de las dos galeras presentes en el puerto, la Diana y la Princesa. Diversos testimonios de la época coinciden en señalar la escasa utilidad de sus capitanes durante el asedio, pues ni contribuyeron de forma decisiva a la defensa de la bahía ni introdujeron en la ciudad los refuerzos que habrían podido aliviar la situación de los defensores. Esta conducta, recogida en crónicas y documentos contemporáneos, contrasta con el cordial recibimiento que les dispensó el marqués de Cerralbo una vez levantado el cerco, un gesto en verdad difícil de explicar.

La empresa inglesa contra Lisboa se vio lastrada desde su origen por una cadena de errores de cálculo. El Prior de Crato confiaba en que, a su paso, el pueblo portugués se alzaría contra Felipe II —Felipe I para los portugueses— y se sumaría en masa a su causa. Pero aquella esperanza resultó ilusoria: salvo apoyos aislados, la población se mostró mayoritariamente pasiva y no proporcionó el respaldo que los invasores esperaban. A esta equivocada premisa se añadió la falta de previsión inglesa. Convencidos de que la ciudad se rendiría o abriría sus puertas desde dentro, los mandos de la expedición no embarcaron artillería de sitio ni caballería, dos elementos esenciales para sostener un asedio o dominar el territorio. Hubo, además, algunos intentos de penetrar en Lisboa con la ayuda de partidarios clandestinos del Prior, pero todos fueron descubiertos y abortados por los defensores; en uno de los casos más conocidos, el que implicaba al convento de los Trinitarios, la conspiración quedó al descubierto por el aviso de dos frailes.

La actuación del conde de Fuentes durante la retirada inglesa ha sido considerada en ocasiones excesivamente prudente. Algunos contemporáneos, y no pocos comentaristas posteriores, le reprocharon no haber perseguido con mayor agresividad al ejército de Norris para infligirle una derrota definitiva. Sin embargo, esa aparente moderación debe valorarse a la luz de varios factores. La prioridad absoluta del mando felipista era evitar, a cualquier precio, la caída de Lisboa, objetivo principal de la expedición enemiga. Las fuerzas disponibles para su defensa —unos cuatro mil hombres aproximadamente— bastaban para guarnecer las murallas, reforzar puntos sensibles o lanzar golpes de mano, pero resultaban claramente insuficientes para arriesgarse a una batalla campal

contra un ejército muy superior en número. A ello se añadía la incertidumbre del escenario portugués, todavía marcado por lealtades ambiguas y por la actitud expectante de algunos poderosos señores del reino. En ese contexto político y militar, la cautela de Fuentes no respondía tanto a falta de decisión como a la necesidad de preservar la plaza y evitar un revés que pudiera cambiar el curso de la campaña.

El espionaje tuvo una importancia capital en las guerras europeas de la segunda mitad del siglo XVI. Felipe II, consciente de ello, se preocupó por desarrollar, extender y sufragar una vasta red de inteligencia compuesta por agentes, corresponsales, informantes, enlaces y confidentes que se extendía desde las naciones atlánticas hasta los dominios otomanos. En Francia e Inglaterra, dicha red estuvo dirigida y controlada desde 1578 por el embajador Bernardino de Mendoza, un militar y diplomático experimentado que desempeñó un papel crucial en la confrontación con Inglaterra y en las disputas dinásticas con el prior de Crato. Los personajes de Ramón Zarco y Joao Veiga, así como sus actividades, están basados en agentes reales que operaron infiltrados en la corte o en el entorno del Prior.

Para documentar el trasfondo histórico de la novela he empleado tanto fuentes originales como fuentes secundarias. Entre estas últimas me han resultado de especial utilidad la mencionada obra de Pedro Luis Chinchilla; Contra Armada. La mayor catástrofe naval de la historia de Inglaterra*,* de Luis Gorrochategui Santos (Ministerio de Defensa, 2011); Derrota y muerte de sir Francis Drake*,* de Mariano González-Arnao (Xunta de Galicia, 1995); *Espías de Felipe II: los servicios secretos del imperio español,* de Carlos J. Carnicer García y Javier Marcos Rivas; Jornadas Internacionales sobre la Armada Española de 1588 y la Contra Armada inglesa de 1589 (Ministerio de Defensa, 2011), y *La sanidad en la jornada de Inglaterra (1587-1588),* de Manuel Gracia Rivas (Editorial Naval, 1988).

Entre las fuentes originales cabe destacar el enorme corpus incluido en la magna obra de dieciséis volúmenes La batalla del océano (2013), elaborada y recopilada por José Ignacio González-Aller Hierro et al. y editada por el Ministerio de Defensa y la Armada Española y disponible en formato PDF; los diarios y relaciones recopilados por Santiago Daviña en La Coruña: nuevos relatos sobre el cerco de 1589 (Publicaciones Arenas, 1997) y la anónima Relación de lo sucedido de la armada enemiga del reino de Inglaterra a este de

Portugal, conservada en la Biblioteca Nacional de España (Mss/18579).

Agradecimientos

Durante la escritura de esta novela he contado con la ayuda y el apoyo de algunas personas a quienes deseo dar las gracias. Sin ellas, el resultado final no habría sido el mismo.

A Cris y a Carla, que, como en otras ocasiones, se prestaron a hacer la primera lectura del manuscrito, por su acompañamiento, paciencia y juiciosas observaciones. También a Cristina, Pablo y Sofía, así como a Adrián Badía, Manuel Calero y Paco Carmona, que se leyeron unos capítulos especialmente complicados y me ayudaron a decidir cómo tratarlos.

A Pedro y a Jesús, de Fronteros de Extremadura, debo numerosas aclaraciones acerca del armamento de la época, las panoplias y las formas de combate contra plazas sitiadas, además de la recomendación de bibliografía relacionada con el tema. Los errores que pueda haber al respecto son exclusivamente míos.

A Manuel Calderón, de CalderónSTUDIO®, por convertir los borradores que le envié en los hermosos mapas que ilustran y aportan claridad a la novela. Al Certamen Internacional de Novela Histórica Ciudad de Úbeda, por su constante y generosa labor en favor del género histórico y de quienes lo cultivamos, así como por haber distinguido con el Premio Cerros de Úbeda 2025 a *La armada de Dios,* segunda entrega de la trilogía que ahora se cierra.

A Carlos Alonso, editor de Pàmies, por su confianza; y a Conchi Gábana, de quien nunca dejo de aprender.

Y, por supuesto, a Felipa, que me ha regalado con generosidad el tiempo necesario para escribir.

La elaboración de esta novela no es obra exclusiva del autor. Para construir el trasfondo histórico, el paisaje humano, vestir y arropar a los personajes, curarlos y darles de comer, he tenido que consultar las obras, artículos e investigaciones de muchos autores a quienes no conozco personalmente. A todos ellos, también mi agradecimiento.

Por último, pero no menos importante, a ti, lector, que has escogido esta novela entre tantas como hay disponibles y le has dedicado una parte de tu tiempo. Tus impresiones serán bienvenidas, si deseas dejarlas, a través de la

página web www.julioalejandre.com.